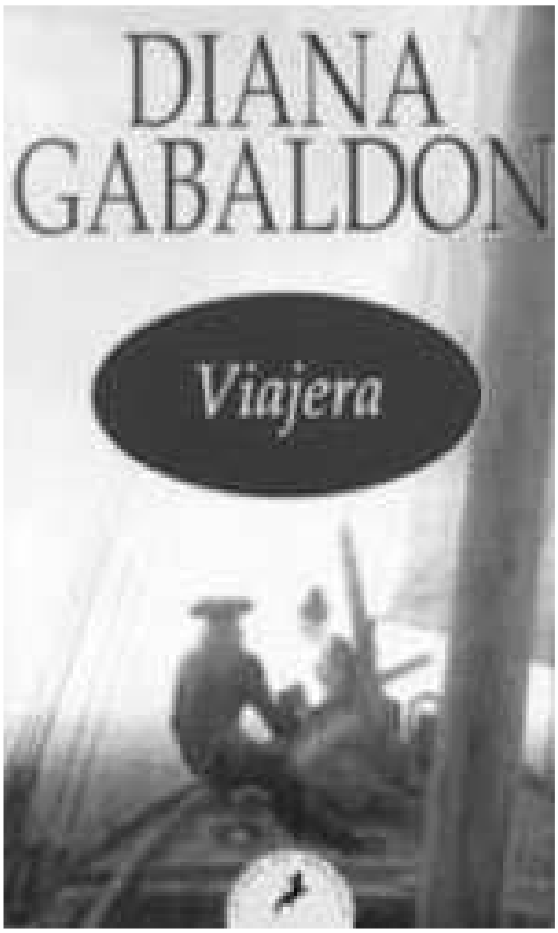
VIAJERA

DIANA GABALDÓN



Titulo Original: *Voyager (1993)*

Sipnosis:

Cuando Claire Randall concibe la esperanza de que su amado James Fraser pudo haber sobrevivido a la guerra entre ingleses y escoceses, decide emprender un nuevo viaje en el tiempo para intentar reunirse con él. Y pese a que lo consigue, Claire y James se ven obligados a iniciar una larga travesía hacia las exóticas y desconocidas costas del Caribe, donde, entre las amenazas de los piratas y los misterios del vudú, procurarán forjarse una nueva vida lejos de las brumosas y beligerantes islas británicas.

Tercera parte de la serie *Forastera (Outlander)*,

ÍNDICE

Agradecimientos 5
Prólogo 6

PRIMERA PARTE
La batalla y los amores de los hombres *7*
1. *El festín de los cuervos* *8*
2. *Se inicia la búsqueda* *15*
3. *Franca y plena revelación* *18*

SEGUNDA PARTE
Lallybroch *30*
4. *El Gorropardo* *31*
5. *Nos dan un niño* *34*
6. *Estando ahora justificado por su sangre* *44*

TERCERA PARTE
Cuando soy tu cautivo *50*
7. *Fe en los documentos* *51*
8. *Prisionero del honor* *59*
9. *El vagabundo* *67*
10. *La maldición de la bruja blanca* *73*
11. *El gambito de Torremolinos* *84*
12. *Sacrificio* *89*
13. *En medio del juego* *94*

CUARTA PARTE
El Distrito de los Lagos *95*
14. *Geneva* *96*
15. *Por accidente* *107*
16. *Willie* *113*
17. *Surgen los monstruos* *117*

QUINTA PARTE
No puedes volver a casa *120*
18. *Raíces* *121*
19. *Para conjurar a un fantasma* *124*
20. *Diagnóstico* *130*
21. *Q.E.D* *134*
22. *Víspera de Todos los Santos* *137*
23. *Craigh na Dun* *140*

SEXTA PARTE
Edimburgo *142*
24. *A. Malcolm, impresor* *143*
25. *Casa de placer* *151*
26. *El desayuno tardío de las prostitutas* *163*
27. *En llamas* *181*

28. *Guardián de la virtud* *198*
29. *La última víctima de Culloden* *202*
30. *La cita* *210*
31. *Luna de contrabandistas* *215*

SÉPTIMA PARTE
De nuevo en casa *217*
32. *El regreso del hijo pródigo* *218*
33. *Tesoro enterrado* *227*
34. *Papá* *233*
35. *Fuga del Edén* *238*
36. *Hechicería práctica y aplicada* *243*
37. *Qué hay en un nombre* *247*
38. *Encuentro con un abogado* *251*
39. *Perdido y llorado por el viento* *262*

OCTAVA PARTE
En el agua *268*
40. *Descenderé hasta el mar* *269*
41. *Nos hacemos a la mar* *278*
42. *La cara de la luna* *289*
43. *Miembros fantasmas* *293*
44. *Fuerzas naturales* *296*
45. *La historia del señor Willoughby* *303*
46. *Encuentro con una Marsopa* *306*
47. *El ba reo de la epidemia* *315*
48. *Momento de gracia* *321*
49. *Tierra a la vista* *324*
50. *Encuentro con un sacerdote* *327*
51. *Donde Jamie huele una rata* *338*
52. *Celebramos una boda* *342*

NOVENA PARTE
Mundos desconocidos *350*
53. *Guano de murciélago* *351*
54. *«El pirata impetuoso»* *355*
55. *Ishmael* *361*
56. *Sopa de tortuga* *367*
57. *La tierra prometida* *372*
58. *La máscara de la Muerte Roja* *376*
59. *En el que mucho es revelado* *381*
60. *El aroma de las piedras preciosas* *389*
61. *La hoguera del cocodrilo* *400*
62. *Abandawe* *413*
63. *De las profundidades* *424*

A mis hijos, Laura Juliet, Samuel Gordon y Jennifer Rose,
que me proporcionaron el corazón, la sangre y los huesos de este libro.

Agradecimientos

El más profundo agradecimiento de la autora a:

Jackie Cantor, como siempre, por ser de esa rara y maravillosa clase de correctores a quienes no les molesta que un libro sea largo, mientras sea bueno; mi esposo, Doug Watkins, por su ojo literario, sus notas al margen (por ejemplo: «¿otra vez pezones?») y los chistes que, según insiste, le robo para atribuírselos a Jamie Fraser; Laura, mi hija mayor, quien dijo: «Si vienes otra vez a mi clase para hablar de literatura, habla sólo de libros y no de penes de ballena, ¿vale?»; Samuel, mi hijo, que en el parque se acerca a gente completamente desconocida para preguntarle: «¿Ha leído usted el libro de mi madre?»; Jenny, mi hija menor, quien dice: « ¿Por qué no te maquilas siempre como en las solapas de tus libros, mamá?»; Margaret J. Campbell, estudiosa; Barry Fodgen, poeta inglés, y Pindens Cinola Oleroso Loventon Greenpeace Ludovic, perro, por permitirme tan generosamente utilizar su identidad como base para los excesos de imaginación (el señor Fodgen desea dejar constancia de que su perro Ludo nunca ha tratado de copular con la pierna de nadie, fuera o no de madera, pero comprende el concepto de licencia poética); Perry Knowlton, quien, además de ser un excelente agente literario, es una fuente de conocimientos sobre bolinas, velas mayores y asuntos naúticos, amén de conocer las bellezas de la gramática francesa y la manera correcta de destripar un venado; Robert Riffle, gran autoridad sobre qué plantas crecen dónde y cómo; Kathryn, por su útil información sobre las enfermedades tropicales, sobre todo en lo referente a los pintorescos hábitos de los gusanos loa loa; Michael Lee West, por sus detalladas descripciones de Jamaica, incluyendo el dialecto regional y las anécdotas folclóricas; el doctor Mahlon West, por su asesoramiento sobre la fiebre tifoidea; William Cross, Paul Block (y el padre de Paul) y Chrystine Wu (y sus padres), por su inapreciable asistencia con el vocabulario, la historia y las actitudes culturales chinas; Max Watkins, mi suegro, quien me proporcionó, como siempre, comentarios útiles sobre el aspecto y las costumbres de loss caballos, incluyendo hacia dónde miran cuando sopla el viento; Peggy Lynch, porque quiso saber qué diria Jamie si viera un retrato de su hija en biquini; Lizy Buchan, por contarme la historia de un antepasado de su marido que había escapado de Culloden; el doctor Gary Hoff, por detalles médicos; Fay Zachary, por el almuerzo y los comentarios críticos; Sue Smiley, por su lectura crítica y por sugerir el pacto de sangre; David Pijawka, por los materiales sobre Jamaica y su muy poética descripción del aire después de una tormenta caribeña; Iain MacKinnon Taylor y su hermano, Hamish Taylor, por sus utilísimas sugerencias y correcciones de la ortografía y los usos de términos gaélicos. Y, como siempre, los diversos miembros del CompuServe Literary Forum, incluidos Janet McConnaughey, Marte Brengle, Akua Lezli Hope, John I., Myers, John E. Simpson Jr., Sheryl Smith, Alit, Norman Shimmel, Walter Hawn, Karen Pershing; Margaret Ball, Paul Solyn, Diane Engel, David Chaifetz y muchos otros, por mostrarse interesados, proporcionar planteamientos útiles y reír cuando tocaba.

Prólogo

Cuando yo era pequeña nunca quería pisar charcos. No porque temiera mojarme los calcetines o pisar gusanos ahogados; era, en general, una criatura sucia, con una bienaventurada indiferencia hacia cualquier tipo de mugre.

Era porque no creía que aquel espejo liso sólo fuera una fina película de agua sobre la tierra sólida. Estaba persuadida de que era una puerta hacia algún espacio insondable. A veces, al ver las diminutas olas provocadas por mi proximidad, pensaba que el charco era profundísimo, un mar sin fondo en el que se ocultaban la perezosa espiral del tentáculo y el brillo de la escama, con la amenaza de enormes cuerpos y dientes agudos a la deriva, sin lentes, en las remotas profundidades.

Y entonces, bajando la vista al reflejo, veía mi propia cara redonda y mi pelo rizado en una extensión azul sin contornos, y pensaba en cambio que el charco era la entrada a otro cielo. Si lo pisaba caería de inmediato y seguiría cayendo, más y más, en el A espacio azul.

Sólo había un momento en que osaba caminar a través de un charco: era en el crepúsculo, cuando asomaban las estrellas vespertinas. Si al mirar en el agua veía allí un alfilerazo luminoso, entonces podía chapotear sin miedo, pues si caía en el charco y en el espacio podría aferrarme a esa estrella, al pasar, y estaría segura.

Aún ahora, cuando veo un charco en mi camino, mi mente se detiene a medias (aunque mis pies no lo hagan) y luego sigue su camino, dejando atrás sólo el eco del pensamiento:

¿Y si esta vez cayeras?

PRIMERA PARTE

La batalla y los amores de los hombres

1

El festín de los cuervos

Muchos jefes montañeses lucharon,
muchos hombres valientes cayeron,
la muerte misma se pagó muy cara,
todo por el rey y la ley de Escocia.
— «Will Ye No Come BackAgain?»

l6 de abril de 1746

Estaba muerto. Sin embargo la nariz le palpitaba dolorosamente, cosa que le resultó extraña, dadas las circunstancias. Aunque depositaba una considerable confianza en el entendimiento y la merced de su Creador, albergaba ese residuo de culpa por la que todos tememos la posibilidad del infierno. Aun así, por lo que había oído hablar sobre el averno, le parecía improbable que los tormentos reservados para sus infortunados habitantes pudieran restringirse a un dolor de nariz.

Por otra parte, aquello no podía ser el cielo, teniendo en cuenta varias cosas. Para empezar, él no lo merecía. Tampoco tenía pinta de serlo. Y, además, dudaba de que una fractura de nariz estuviera incluida entre las recompensas para los bendecidos, y no para los condenados.

Si bien se había imaginado siempre el Purgatorio como un sitio gris, las vagas luces rojizas que lo ocultaban todo le parecían adecuadas. Se le estaba despejando un poco la mente y volvía, con lentitud, su facultad de raciocinio. Bastante fastidiado, se dijo que alguien debería atenderlo y decirle exactamente cuál era su sentencia, hasta que hubiera sufrido lo suficiente para purificarse y entrara, por fin, en el Reino de Dios.

Mientras esperaba, comenzó a hacer inventario de cualquier otro tormento que se le exigiera soportar. Tenía numerosos cortes, chichones y cardenales aquí y allá; estaba casi seguro de haberse fracturado otra vez el dedo anular derecho; era difícil protegerlo por el modo en que sobresalía, con la articulación anquilosada. Pero nada de eso era tan malo. ¿Qué más?

Claire. El nombre le apuñaló el corazón con el dolor más atroz que su cuerpo hubiera soportado hasta entonces. Ignoraba si a la gente del Purgatorio se le permitía rezar, pero igualmente lo intentó. «Señor», oró, «que ella esté a salvo. Ella y la criatura.» Estaba seguro de que Claire habría llegado al círculo; con sólo dos meses de embarazo, aún era ligera de piernas... y terca como ninguna otra mujer que conociera. Pero si había logrado efectuar la peligrosa transición al lugar del que había venido (deslizándose precariamente por los misteriosos estratos que yacían entre el entonces y el ahora, indefensa en el abrazo de la roca), no lo sabría jamás; el mero hecho de pensarlo bastó para hacerle olvidar hasta el palpitar de la nariz.

Al reanudar su interrumpido inventario de males físicos, lo afligió más de lo habitual descubrir que parecía faltarle la pierna izquierda. La sensación se cortaba en la cadera, con una serie de aguijonazos que le hacían cosquillas en la articulación.

Aquello hirió su vanidad. Ah, ahí estaba la cosa: un castigo destinado a curarlo del pecado de vanidad. Apretó mentalmente las mandíbulas, decidido a aceptar lo que viniera con fortaleza y con tanta humildad como pudiera. Aun así no pudo evitar alargar una mano exploratoria (o lo que fuera que estaba usando como mano) para ver dónde terminaba ahora el miembro.

La mano chocó con algo duro; los dedos se enredaron en pelo húmedo y enmarañado. Se incorporó bruscamente y, con algún esfuerzo, rompió la capa de sangre seca que le sellaba los párpados. La memoria volvió en un torrente, haciéndole gruñir en voz alta. Se había equivocado. Estaba en el infierno, sí. Pero desgraciadamente James Fraser no estaba muerto, después de todo.

Tenía el cuerpo de un hombre cruzado sobre el suyo. El peso muerto le aplastaba la pierna izquierda, lo cual explicaba la ausencia de sensibilidad. La cabeza, pesada como una bala de cañón, descansaba boca abajo sobre su abdomen; el pelo apelmazado caía, oscuro, sobre el lienzo mojado de su camisa. Se incorporó bruscamente, presa del pánico; la cabeza rodó de costado hasta su regazo y un ojo entreabierto miró ciegamente hacia arriba, tras los protectores mechones de pelo.

Era Jack Randall; su fina chaqueta roja de capitán estaba tan oscurecida por la humedad que parecía casi negra. Jamie hizo un torpe esfuerzo por apartar el cadáver, pero se descubrió asombrosamente débil; su mano se estiró débilmente contra el hombro de Randall; el codo del otro brazo cedió de súbito cuando trató de apoyarse. Estaba otra vez tumbado de espaldas, con el cielo gris de la nevisca vertiginosamente arremolinado en lo alto. La cabeza de Jack Randall se movía obscenamente en su vientre, hacia arriba y hacia abajo, al compás de sus jadeos.

Presionó con las manos el suelo pantanoso (el agua se elevó entre sus dedos, fría, empapando la parte posterior de su camisa) y se retorció hacia un lado. Mientras se debatía en el suelo, luchando con los pliegues arrugados de su manta escocesa, le llegaron sonidos por encima del ulular del viento de abril: gritos lejanos y gemidos, como un reclamo de fantasmas en el viento. Y por encima de todo, el bullicioso graznido de los cuervos. Docenas de cuervos, a juzgar por el ruido.

Aquello era extraño, pensó difusamente. Las aves no vuelan con semejante tormenta. Con un esfuerzo final, logró liberar la manta de su cuerpo y se cubrió torpemente con ella. Al estirarse para cubrir las piernas vio que tenía la falda y la pierna izquierda empapadas de sangre. El espectáculo no lo afligió; ofrecía apenas un vago interés por el contraste de las manchas de color rojo oscuro contra el verde agrisado del páramo que lo rodeaba. Los ecos de la batalla se esfumaron de sus oídos y abandonó el campo de Culloden entre el reclamo de los cuervos.

• • •

Despertó mucho después al oírse llamar por su nombre:

—¡Fraser! ¡Jamie Fraser! ¿Estás aquí?

«No», pensó aturdido. «No estoy.» Dondequiera que hubiese estado durante su inconsciencia, era un lugar mejor que aquél. Yacía en un pequeño declive, medio anegado de agua.

—Te digo que lo vi bajar por aquí. Cerca de un gran matorral de aliagas. —La voz sonaba lejana, apagándose mientras discutía con alguien.

Hubo un susurro cerca de su oído. Al girar la cabeza vio al cuervo en la hierba, a treinta centímetros de distancia: un borrón de plumas negras agitadas por el viento, que lo miraba con un ojo brillante como una cuenta de vidrio. Como si decidiera que él no representaba amenaza alguna, movió el cuello con desenvoltura y hundió el pico afilado y grueso en el ojo de Jack Randall.

Jamie se agitó con un grito de asco que puso al cuervo en fuga dando graznidos de alarma.

—¡Sí! ¡Por allí!

Hubo un chapoteo en el suelo pantanoso, una cara ante él, y la bienvenida sensación de una mano en el hombro.

—¡Está vivo! ¡Ven, MacDonald! Ven, échame una mano. No podrá caminar solo.

Eran cuatro. Lo levantaron con bastante esfuerzo; sus brazos pendían, inertes, sobre los hombros de Ewan Cameron y Iain MacKinnon.

Habría querido decirles que lo dejaran; al despertar había recordado su intención de morir. Pero la dulzura de aquella compañía era irresistible. El descanso había devuelto la sensación a su pierna entumecida, haciéndole comprender la gravedad de la herida. De cualquier modo moriría pronto; gracias a Dios, no tendría que hacerlo solo, en la oscuridad.

—¿Agua? —Notó el borde de la taza en los labios. Se incorporó lo suficiente para beber, con cuidado de no volcar el agua. Una mano le oprimió la frente durante un segundo y se retiró sin comentarios.

Estaba ardiendo; cuando cerraba los ojos podía sentir las llamas detrás de ellos. Los escalofríos despertaban los demonios que dormían en su pierna.

Murtagh. Tenía una sensación horrible con respecto a su padrino, pero ningún recuerdo que le diera forma. Murtagh había muerto; sabía que así era, pero ignoraba cómo o por qué lo sabía. La mitad del ejército de las Tierras Altas había muerto, masacrado en el páramo; al menos, eso deducía por lo que conversaban los hombres en la granja, aunque por su parte no recordaba la batalla. No era la primera vez que combatía con un ejército y sabía que esa pérdida de memoria no era extraña entre los soldados, aunque nunca la hubiera experimentado personalmente.

—¿Todo va bien, Jamie? —Ewan, a su lado, se incorporó sobre un codo, pálida la cara preocupada a la luz del alba. Un vendaje manchado de sangre le rodeaba la cabeza; tenía marcas herrumbrosas en el cuello de la camisa, por el roce de una bala en el cuero cabelludo.

—Sí, me las arreglo. —Alzó una mano para tocar a Ewan en el hombro, en señal de gratitud. Ewan le dio unas palmaditas y volvió a acostarse.

Cuatro de los hombres hablaban en voz baja al lado de la única ventana.

—¿Tratar de correr? —dijo uno, señalando hacia fuera con un cabezazo—. Por Dios, hombre, el que mejor está apenas puede andar a trompicones. Y seis de nosotros no están en condiciones de dar un paso.

—Si podéis huir, hacedlo —dijo un hombre desde el suelo. Señaló con una mueca su propia pierna, envuelta en los restos de una colcha andrajosa—. No os quedéis por nosotros.

Duncan MacDonald se apartó de la ventana con una sonrisa lúgubre, meneando la cabeza. La luz de la ventana recortaba los rasgos rudos de su rostro, acentuando las arrugas de la fatiga.

—No, esperaremos —dijo—. Para empezar, los ingleses pululan como piojos por aquí; desde la ventana se los ve en bandadas. En estos momentos nadie podría escapar entero de Drumossie.

—Ni siquiera los que huyeron ayer del campo de batalla podrán llegar lejos —intervino MacKinnon con suavidad—. ¿No oísteis las tropas inglesas que pasaban por la noche, a marcha forzada? ¿Creéis que les costaría mucho derribar a nuestro miserable grupo?

Ante eso no hubo respuesta; todos la conocían demasiado bien. Antes de la batalla ya eran muchos los escoceses que apenas podían mantenerse en pie, debilitados como estaban por el frío, la fatiga y el hambre.

Jamie volvió la cara a la pared, rezando para que sus hombres hubieran partido con tiempo suficiente. Lallybroch estaba muy lejos; si lograban distanciarse bastante de Culloden era improbable que los atraparan. Sin embargo, Claire le había dicho que las tropas de Cumberland asolarían las Tierras Altas, adentrándose mucho por su sed de venganza.

Esta vez, al pensar en ella sólo sintió una oleada de terrible nostalgia. ¡Dios, tenerla allí, sentir sus manos curándole las heridas, refugiar la cabeza en su regazo! Pero ella se había ido; estaba a doscientos años de distancia... ¡Gracias al Señor! Las lágrimas le gotearon lentamente entre los párpados cerrados.

«Señor, que esté a salvo», rezó. «Ella y la criatura.»

A media tarde, el aire se cargó súbitamente de olor a quemado; entraba por la ventana sin vidrios, más denso que el humo de pólvora negra, picante, con un deje vagamente horrible, por su reminiscencia a carne asada.

—Están quemando a los muertos —dijo MacDonald. En todo el tiempo que llevaban en la cabaña apenas se había apartado de su asiento junto a la ventana. Él mismo parecía una calavera, con el pelo negro por el carbón y apelmazado por la tierra, recogido hacia atrás para descubrir un rostro en el que asomaban todos los huesos.

Aquí y allá, en el páramo, sonaban chasquidos leves. Disparos de pistola. Los tiros de gracia, administrados por los oficiales ingleses dotados de alguna compasión, antes de que un pobre diablo vestido de tartán fuera arrojado a la pira, con sus camaradas más afortunados. Cuando Jamie levantó la vista, Duncan MacDonald seguía sentado junto a la ventana, pero tenía los ojos cerrados.

A su lado, Ewan Cameron se persignó.

—Quiera Dios que nosotros recibamos la misma misericordia —susurró.

Así fue. Apenas pasado el mediodía de la segunda jornada, unos pies calzados con botas se aproximaron a la casa; la puerta se abrió sobre silenciosos goznes de cuero.

—Por Dios. —Fue una exclamación sofocada ante la escena que se veía dentro de la casa. La corriente de aire que entró por la puerta agitó el aire fétido sobre cuerpos mugrientos, desharrapados y cubiertos de sangre, tendidos o encorvados en el suelo de tierra apisonada.

Nadie había mencionado la posibilidad de una resistencia armada; no tenían ánimos y sería inútil. Los jacobitas se quedaron sentados, esperando conocer la voluntad del visitante.

Era un comandante, limpio y reluciente con su uniforme planchado y sus botas lustradas. Tras un momento de vacilación para inspeccionar a los habitantes, entró seguido de cerca por su teniente.

—Soy lord Melton —dijo mirando a su alrededor, como si buscara al líder de aquellos hombres, a quien sería más correcto dirigir sus comentarios.

Duncan MacDonald, después de devolverle la mirada, se levantó con lentitud e inclinó la cabeza.

—Duncan MacDonald, de Glen Richie —dijo—. Y otros —hizo un ademán con la mano—, que formaban parte de las fuerzas de Su Majestad, el rey Jacobo.

—Eso imaginaba —dijo el inglés seco. Era joven, de unos treinta años, pero tenía el porte y la seguridad de un militar avezado. Miró deliberadamente a los hombres, de uno en uno; luego hundió la mano en su chaqueta para sacar un papel plegado—. Aquí tengo una orden de Su Gracia, el duque de Cumberland —dijo—. Autorizando la ejecución inmediata de cualquier hombre que haya participado en la traidora rebelión que acaba de terminar. —Recorrió una vez más con la vista los confínes de la cabaña—. ¿Hay aquí alguno que se proclame inocente de traición?

Hubo un levísimo aliento de risa entre los escoceses. ¿Inocentes, con el humo de la batalla todavía ennegreciéndoles la cara? ¿Allí, al borde del matadero?

—No, milord —dijo MacDonald con una ligera sonrisa en los labios—. Traidores, todos. ¿Se nos va a ahorcar, pues?

Melton contrajo la cara en una pequeña mueca de disgusto; luego volvió a su impasividad. Era un hombre liviano, de huesos finos, a pesar de lo cual llevaba bien la autoridad.

—Se os fusilará —dijo—. Tenéis una hora para prepararos. —Vacilando, miró a su teniente, como si temiera parecer demasiado generoso ante el subordinado, pero continuó—: Si alguno de vosotros desea útiles de escribir, para escribir una carta, os atenderá el escribiente de mi Compañía.

Después de saludar brevemente a MacDonald con la cabeza, giró sobre sus talones y se retiró.

Fue una hora lúgubre. Unos pocos aprovecharon el ofrecimiento de pluma y tinta. Otros oraban en silencio o se limitaban a esperar, sin levantarse.

MacDonald había implorado misericordia para Giles McMartin y Frederick Murray, argumentando que apenas tenían diecisiete años y no se les podía castigar igual que a sus mayores. La solicitud fue denegada; los muchachos permanecían sentados con la espalda contra la pared, pálidos y cogidos de la mano.

Jamie sintió un profundo pesar por ellos... y por los otros que estaban allí, amigos leales y soldados valientes. Por él sólo experimentaba alivio. Esa miseria física estaba a punto de terminar.

Más por salvar las formas que por necesidad, cerró los ojos para rezar el Acto de Contrición en francés, como siempre lo hacía: *«Mon Dieu, je regrette...»* Pero no se arrepentía de nada. Era demasiado tarde para arrepentimientos.

Se preguntó si al morir se encontraría inmediatamente con Claire. O tal vez, como esperaba, estaría condenado por un tiempo a la separación. Olvidando la oración, empezó a conjurar su rostro tras los párpados: la curva de la mejilla y la sien, esa frente ancha y despejada que siempre lo incitaba a besarla, justo allí, en ese punto suave entre las cejas, entre los claros ojos ambarinos.

A media tarde regresó Melton, esta vez seguido por seis soldados, además del teniente y el escribiente. Una vez más se detuvo en el umbral de la puerta, pero MacDonald se levantó antes de que pudiera decir nada.

—Yo seré el primero —dijo. Y cruzó la cabaña con paso firme. Sin embargo, cuando inclinó la cabeza para cruzar la puerta, lord Melton le apoyó una mano en la manga.

—¿Queréis darme vuestro nombre completo, señor? Mi empleado tomará nota.

MacDonald echó un vistazo al escribiente, con una sonrisa amarga tratando de aparecer en su boca.

—Una lista de trofeos, ¿no? Bien. —Se encogió de hombros irguiendo la espalda—. Duncan William MacLeod MacDonald, de Glen Richie. —Hizo una cortés reverencia a lord Melton—. A su servicio... señor.

Cruzó la puerta. Poco después se oyó un disparo a corta distancia.

A los muchachos se les permitió ir juntos, cogidos con fuerza de la mano. Los demás fueron sacados de uno en uno; a cada cual se le preguntó el nombre para que el escribiente pudiera registrarlo.

Cuando llegó el turno de Ewan, Jamie forcejeó para incorporarse sobre los codos y le estrechó la mano con tanta fuerza como pudo.

—Pronto volveremos a vernos —susurró.

A Ewan Cameron le temblaba la mano pero se limitó a sonreír. Luego se inclinó para besar a Jamie en la boca y salió.

Quedaban los seis que no podían caminar.

—James Alexander Malcolm MacKenzie Fraser —dijo él con lentitud para que el escribiente tuviera tiempo de anotarlo bien—. Señor de Broch Tuarach. —Lo deletreó con paciencia; luego levantó la vista hacia Melton.

—Debo pediros, milord, la cortesía de ayudarme a ponerme en pie.

Melton, en vez de responderle, lo miraba fijamente; su expresión de remoto disgusto había dado paso a una mezcla de estupefacción y de algo parecido al horror.

—¿Fraser? —repitió—. ¿De Broch Tuarach?

—Ése soy yo —confirmó Jamie con paciencia. ¿No se daría un poco de prisa aquel hombre? Una cosa era resignarse a ser fusilado y otra muy distinta escuchar cómo mataban a tus amigos; aquello no calmaba los nervios, precisamente.

—Por todos los diablos —murmuró el inglés. Se inclinó para mirar bien a Jamie, que yacía a la sombra de la pared. Luego hizo una seña a su teniente.

—Ayudadme a llevarlo a la luz —ordenó.

No lo hicieron con suavidad; Jamie gruñó durante el traslado, que le provocó un rayo de dolor desde la pierna izquierda hasta la coronilla. Aturdido, no escuchó lo que Melton le estaba diciendo.

—¿Eres el jacobita al que llaman «Jamie el Rojo»? —preguntó éste otra vez, con impaciencia.

Aquello provocó un relampagueo de miedo en Jamie; si se enteraban de que era el conocido Jamie el Rojo no lo fusilarían. Lo llevarían a Londres para juzgarlo, encadenado, como botín de guerra. Después, la cuerda del verdugo y yacer en el patíbulo, hasta que le abrieran el vientre y le arrancaran las entrañas. Sus tripas despidieron otro gorgoteo largo y resonante; a ellas tampoco les gustaba la idea.

—No —dijo con tanta firmeza como pudo reunir—. Terminemos de una vez, ¿eh?

Melton, sin prestarle atención, se dejó caer sobre las rodillas para desgarrarle el cuello de la camisa. Luego cogió a Jamie por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—¡Maldición! —dijo, clavándole un dedo por encima de la clavícula. Allí había una pequeña cicatriz triangular, que parecía ser la causa de la preocupación de su interrogador.

—James Fraser, de Broch Tuarach; pelo rojo y una cicatriz de tres esquinas en el cuello. —Melton le soltó el pelo y se sentó sobre los talones, frotándose el mentón con aire distraído. Luego, ya tomada la decisión, se volvió hacia el teniente y señaló con un gesto a los cinco hombres que restaban en la cabaña.

—Llevaos a los demás —ordenó. Tenía las rubias cejas unidas en una profunda arruga. Se irguió ante Jamie mientras se llevaban a los otros prisioneros escoceses.

—Tengo que pensar —murmuró—. ¡Maldita sea, tengo que pensar!

—Hacedlo, si podéis —dijo Jamie—. Por mi parte, necesito acostarme. —Lo habían incorporado y tenía la espalda apoyada en la pared más alejada y las piernas estiradas, pero aquella posición era más de

lo que podía soportar tras haber estado dos días tendido de espaldas. Se inclinó hacia un lado para deslizarse hacia el suelo.

Melton murmuraba por lo bajo y Jamie no llegó a distinguir las palabras; de todas formas, no le interesaban mucho. Así, sentado a la luz del sol, se había visto la pierna con claridad por primera vez; estaba casi seguro de que no viviría lo suficiente para que lo ahorcaran.

El rojo intenso de la inflamación se extendía desde la mitad del muslo hacia arriba, mucho más visible que las manchas de sangre seca. La herida en sí estaba purulenta; como ya había disminuido el hedor de los otros hombres, le era posible percibir el olor dulzón del pus. De cualquier modo, una rápida bala en la cabeza parecía mil veces preferible al dolor y el delirio de la muerte causada por la infección. Se adormeció, con la tierra fresca bajo la mejilla ardiente, fresca y reconfortante como el pecho de una madre.

No estaba realmente dormido, sino adormilado por el sopor de la fiebre, pero la voz de Melton en su oído le espabiló bruscamente.

—Grey —dijo la voz—. ¡John William Grey! ¿Recuerdas ese nombre?

—No —dijo él, desorientado por el sueño y la fiebre—. Mira, hombre, mátame o vete, ¿quieres? Estoy enfermo.

—Cerca de Carryarrick. —La voz de Melton lo acicateaba con impaciencia—. Un jovencito, un muchacho rubio de unos dieciséis años. Lo encontraste en el bosque.

Jamie bizqueó hacia su torturador. La fiebre le distorsionaba la visión, pero le pareció ver algo vagamente familiar en aquel rostro de finos huesos y ojos grandes, casi de niña.

—Ah —dijo rescatando una cara de entre el raudal de imágenes que se arremolinaba erráticamente en su cerebro—, el mocito que trató de matarme. Sí, lo recuerdo.

Cerró los ojos otra vez. Debido a la fiebre, una sensación parecía fundirse con otra. Una vez le había roto el brazo a John William Grey; el recuerdo del delicado hueso bajo su mano se convirtió en el antebrazo de Claire, al arrancarla de entre las piedras. La brisa fresca y brumosa le acarició la cara con los dedos de Claire.

—¡Despierta, maldito seas! —La cabeza se le balanceó sobre el cuello. Melton lo sacudía con impaciencia—. ¡Escúchame!

Jamie abrió los ojos, fatigado.

—¿Sí?

—John William Grey es mi hermano —dijo Melton—. Él me habló de su encuentro contigo. Le perdonaste la vida y te hizo una promesa. ¿Es cierto?

Con gran esfuerzo, Jamie echó la mente hacia atrás. Había encontrado al niño dos días antes de la primera batalla de la rebelión, la victoria escocesa de Prestonpans. Los seis meses transcurridos desde entonces parecían un vasto abismo, por las muchas cosas que habían sucedido en aquel tiempo.

—Lo recuerdo, sí. Prometió matarme. No me molestaría que lo hicieras por él.

Se le estaban cayendo los párpados. ¿Tenía que permanecer despierto para que lo fusilaran?

—Dijo que tenía una deuda de honor contigo. Y es cierto. —Melton se levantó, sacudiéndose las rodilleras de los pantalones de montar, y se volvió hacia el teniente que observaba el interrogatorio con evidente desconcierto.

—Qué situación tan malhadada, Wallace. Este... este jacobita es famoso. ¿No habéis oído hablar de Jamie el Rojo? ¿El que figura en los carteles?

El teniente asintió, mirando con curiosidad la silueta desaliñada que yacía sobre el polvo, a sus pies. Melton sonrió con amargura.

—No, ahora no parece tan peligroso, ¿verdad? Pero aun así es el Rojo Jamie Fraser. A Su Gracia le causaría un enorme placer enterarse de que tenemos a un prisionero tan ilustre. Aún no han hallado a Carlos Estuardo, pero unos cuantos jacobitas conocidos serán igualmente gratos para las turbas de Tower Hill.

—¿Debo enviar un mensaje a Su Gracia? —El teniente alargó la mano hacia la caja de los mensajes.

—¡No! —Melton giró en redondo fulminando con la mirada a su prisionero—. ¡Ahí está el problema! Aparte de ser excelente carne de patíbulo, esta ruina cochambrosa es también el hombre que capturó al menor de mis hermanos, cerca de Preston, y en vez de matarlo, que era lo que el crío merecía,

le perdonó la vida y lo devolvió a sus compañeros. De ese modo —añadio entre dientes— mi familia contrajo una maldita deuda de honor.

—Dios mío —dijo el teniente—. Así que no podéis entregarlo a Su Gracia, después de todo.

—¡No, maldita sea! ¡No puedo siquiera fusilar a este cretino sin faltar al juramento de mi hermano!

El prisionero abrió un ojo.

—Puedes faltar a él; no se lo diré a nadie —sugirió. Y volvió a cerrarlo rápidamente.

—¡Callate! —Ya perdidos por completo los estribos, Melton pateó al prisionero, que lanzó un quejido ante el impacto, pero no dijo nada más.

—Podríamos fusilarlo bajo un nombre supuesto —sugirió el teniente por ayudar.

Lord Melton lanzó a su asistente una mirada de fulminante desdén. Luego echó un vistazo a la ventana para calcular la hora.

— Dentro de tres horas habrá oscurecido. Supervisaré el entierro de los otros ejecutados. Buscadme una carreta pequeña y hacedla llenar de heno. Conseguid un carretero. Elegid a una persona discreta, Wallace, es decir... sobornable. Que esté aquí con el vehículo en cuanto oscurezca.

— Si, señor. Eh..., ¿señor? ¿Qué hacemos con el prisionero? —El teniente señaló con timidez el cuerpo tendido en el suelo.

— ¿Qué qué hacemos con él? —repitio Melton brusco—. Débil como está, no puede siquiera arrastrarse, mucho menos caminar. No irá a ninguna parte... al menos hasta que llegue la carreta.

—¿Carreta? —El prisionero mostraba señales de vida. De hecho, bajo el estímulo de la agitación había logrado incorporarse sobre un codo—. ¿Dónde me envías?

Melton se volvió desde la puerta con una mirada de intenso disgusto.

— Eres el señor de Broch Tuarach, ¿no? Bueno, pues allí te envió.

— ¡Pero no quiero ir a casa! ¡Quiero que se me fusile!

Los ingleses intercambiaron una mirada.

— Delira —dijo el subordinado.

Melton asintió.

— Dudo que sobreviva al viaje, pero al menos su muerte no caerá sobre mi conciencia.

La puerta se cerró con firmeza tras los ingleses, dejando a Jamie Fraser muy solo... y aún con vida.

2

Se inicia la búsqueda

Invemess
2 de mayo de 1968

—¡Por supuesto que murió! —La voz de Claire sonaba áspera por la agitación y retumbaba con fuerza en el estudio medio vacío, produciendo ecos entre las estanterías llenas de libros revueltos. Estaba apoyada en la pared revestida de corcho, como una prisionera que esperara al pelotón de fusilamiento, mirando alternativamente a su hija y a Roger Wakefíeld.

—No creo. —Roger se sentía terriblemente cansado. Después de frotarse la cara con una mano, recogió una carpeta del escritorio que contenía toda la investigación que había hecho desde que Claire y su hija le pidieran ayuda, tres semanas atrás.

Hojeó lentamente el contenido. Los jacobitas de Culloden. El Alzamiento de 1745. Los valientes escoceses que se habían agrupado bajo el estandarte de Carlos Estuardo, el Bonnie Prince, atravesando Escocia como una espada flamígera... sólo para caer en la ruina y la derrota contra el duque de Cumberland, en el páramo gris de Culloden.

—Toma —dijo retirando varias páginas cosidas. La arcaica escritura parecía extraña en la nitidez de la fotocopia—. Aquí tienes la nómina del regimiento de Lovat.

Tendió las hojas a Claire, pero fue Brianna, su hija, quien las cogió volviendo las páginas, con una leve arruga entre las cejas rojizas.

—Lee este encabezamiento —dijo Roger—. Donde dice «Oficiales».

—Está bien. «Oficiales» —leyó ella en voz alta—: «Simón, amo de Lovat...»

—El Joven Zorro —interrumpió Roger—. El hijo de Lovat. Y cinco nombres más, ¿no?

Brianna lo miró enarcando una ceja, pero continuó con la lectura.

—«William Chisholm Fraser, teniente; George D'Amerd Fraser Shaw, capitán; Duncan Joseph Fraser, teniente; Bayard Murray Fraser, comandante.» —Hizo una pausa para tragar saliva antes de leer el último nombre—. «James Alexander Malcolm Mackenzie Fraser. Capitán.» —Bajó los papeles, algo pálida—. Mi padre.

Claire se le acercó para estrecharle el brazo. Ella también estaba pálida.

—Sí —le dijo a Roger—. Sé que fue a Culloden. Cuando me dejó allí..., en el círculo de piedra..., pensaba volver al campo de Culloden para rescatar a sus hombres, que estaban con Carlos Estuardo. Y sabemos que lo hizo. —Señaló con la cabeza la carpeta del escritorio, limpia e inocente la superficie de manila a la luz de la lámpara—. Tú hallaste sus nombres. Pero... pero... Jamie... —Pronunciar el nombre en voz alta parecía conmoverla; cerró los labios con fuerza.

Ahora le tocaba a Brianna dar apoyo a su madre.

—Dijiste que tenía intención de regresar. —Sus ojos alentadores, de un azul oscuro, estaban fijos en la cara de Claire—. Quería sacar a sus hombres del campo y luego volver a la batalla.

La madre asintió, recobrándose un poco.

—Sabía que no eran muchas las posibilidades de escapar; si lo atrapaban los ingleses..., dijo que prefería morir en combate. Ésa era su intención. —Se volvió hacia Roger; sus ojos ambarinos eran inquietantes. Parecían ojos de halcón, como si ella pudiera ver mucho más lejos que la mayoría—. No puedo creer que no muriera allí. ¡Cayeron tantos...! ¡Y él lo quería!

Casi la mitad del ejército de las Tierras Altas había muerto en Culloden, derribados por una ráfaga de cañonazos y fuego de mosquetes. Pero Jamie Fraser, no.

—No —dijo Roger con obstinación—. Ese fragmento del libro de Linklater que os leí... —Alargó la mano hacia un volumen blanco, titulado *El príncipe en los brezales*—. «Después de la batalla —leyó—,

dieciocho oficiales jacobitas heridos se refugiaron en una granja, cerca del páramo. Allí penaron durante dos días, con las heridas sin curar. Al terminar ese período fueron sacados fuera y fusilados. Un hombre llamado Fraser, del regimiento de Lovat escapó a la matanza. El resto fue sepultado en el límite del parque doméstico.» ¿Veis? —añadió, mirando con severidad a las dos mujeres por encima del libro—. Un oficial del regimiento de Lovat.

Cogió las hojas de la nómina.

—¡Y aquí están! Sólo seis. Ahora bien: sabemos que el hombre de la granja no puede haber sido el joven Simón, porque es un personaje histórico muy conocido y estamos bien enterados de lo que le sucedió. Se retiró del campo de batalla con un grupo de sus hombres, sin herida alguna, y marchó hacia el norte, combatiendo, hasta llegar al castillo de Beaufort, cerca de aquí. —Señaló vagamente las luces de Invemess, que titilaban débilmente en la enorme ventana—. El hombre que escapó de la granja de Leanach tampoco era uno de los otros cuatro oficiales: William, George, Duncan ni Bayard. ¿Por qué? —Sacó otro papel de la carpeta para blandirlo casi triunfalmente—. ¡Porque todos ellos murieron en Culloden! Los cuatro fueron ejecutados en el campo; sus nombres figuran en una placa de la iglesia de Beauly.

Claire dejó escapar un largo suspiro; después se instaló en el viejo sillón de cuero, detrás del escritorio.

—Jesús bendito —dijo. Se inclinó hacia delante con los ojos cerrados, apoyando los codos en el escritorio, y escondió la cabeza entre las manos; el pelo castaño, denso y rizado, cayó ocultándole la cara. Brianna le puso una mano en la espalda, preocupada. Era una muchacha alta, de huesos grandes, y su larga cabellera roja centelleaba a la luz cálida de la lámpara.

—Si no murió... —empezó vacilando.

Claire levantó bruscamente la cabeza.

—¡Murió, por supuesto! —dijo. Tenía la cara tensa, con pequeñas arrugas visibles alrededor de los ojos—. Por Dios, han pasado doscientos años. ¡Haya muerto en Culloden o no, ya no existe!

Ante la vehemencia de su madre, Brianna dio un paso atrás, bajando la cabeza; el pelo rojo, como el de su padre, quedó colgando junto a la mejilla.

—Supongo que sí —susurró.

Roger notó que estaba conteniendo las lágrimas. Había una explicación: enterarse en tan poco tiempo de que, primero, el hombre al que había amado y llamado «papá» toda su vida no era su padre; segundo, que su verdadero padre era un escocés que vivió en las Tierras Altas doscientos años atrás; y tercero, que probablemente había perecido de alguna manera horrible, inconcebiblemente lejos de la esposa y de la hija por quienes se había sacrificado, eso desquiciaba a cualquiera, se dijo Roger.

Se acercó a Brianna para tocarle el brazo. Ella lo miró tratando de sonreír y Roger la rodeó con sus brazos.

Claire seguía sentada ante el escritorio, inmóvil. Los amarillos ojos de halcón tenían ahora un color más suave, por la lejanía del recuerdo. Descansaban mirando sin ver la pared oriental del estudio, aún cubierta desde el suelo hasta el techo de notas y mementos dejados por el reverendo Wakefield, el difunto padre adoptivo de Roger.

El historiador carraspeó un poco.

—Eh... Si Jamie Fraser no murió en Culloden... —dijo.

—Es probable que muriera muy poco después. —Claire lo miró directamente a los ojos; la serenidad había vuelto a sus ojos amarillos—. Tú no tienes idea de lo que fue aquello. En las Tierras Altas había hambruna; los hombres que fueron a la batalla llevaban varios días sin comer. Él estaba herido; eso lo sabemos. Aun si escapó, no había nadie... nadie que lo atendiera. —La voz se le rompió al decirlo; en la actualidad era médico; por aquel entonces, veinte años antes, al salir del círculo de piedras para encontrar su destino junto a James Fraser, era curandera.

Roger era muy consciente de las dos presencias: la muchacha alta y trémula que tenía entre los brazos y la mujer del escritorio, tan quieta y serena. Había viajado a través de las piedras, a través del tiempo; fue sospechosa de espionaje, arrestada por bruja, arrebatada, por unas inconcebibles extrañas circunstancias, de los brazos de Frank Randall, su primer esposo. Y tres años después James Fraser, su

segundo esposo, la había enviado nuevamente a través de las piedras, embarazada, en un desesperado esfuerzo por salvarla, y salvar al hijo que iba a nacer, del inminente desastre que pronto sucedería.

Sin duda alguna, pensó, la mujer había pasado por muchas cosas. Pero Roger era historiador. Tenía la curiosidad insaciable y amoral del erudito demasiado potente para dejarse restringir por la simple compasión.

—Si no murió en Culloden —siguió con firmeza—, tal vez yo pueda averiguar qué le sucedió. ¿Queréis que lo intente?

Esperó, sin aliento, notando a través de la camisa la cálida respiración de Brianna.

Jamie Fraser había tenido una vida y una muerte. Roger se sentía oscuramente obligado a averiguar toda la verdad; las mujeres de Jamie merecían saber todo lo posible sobre él. Para Brianna, ese conocimiento era todo lo que podría tener del padre al que nunca había conocido. Y para Claire... Detrás de la pregunta que había formulado estaba la idea que, obviamente, ella no había captado, aturdida como estaba todavía por la impresión: ya había cruzado dos veces la barrera del tiempo. Era posible que lo hiciera otra vez. Y si Jamie Fraser no había muerto en Culloden...

Vio que el pensamiento chispeaba en el ámbar turbio de sus ojos. Ella pasó largo rato sin hablar. Su mirada permaneció fija en Brianna por un instante. Luego volvió a la cara de Roger.

—Sí —dijo con un susurro tan suave que apenas pudo escucharla—. Sí. Averíguamelo, por favor. Averígualo.

3

Franca y plena revelación

Inverness
9 de mayo de 1968

El puente sobre el río Ness tenía un denso tránsito peatonal, mucha gente volvía a su casa para tomar el té. Roger caminaba delante de mí, protegiéndome de los empujones con sus anchos hombros.

Me palpitaba con fuerza el corazón contra la cubierta rígida del libro que llevaba apretado contra el pecho. Así era cada vez que me detenía a pensar en lo que estaba haciendo. No estaba segura de cuál de las dos alternativas era peor: descubrir que Jamie había muerto en Culloden o descubrir que había sobrevivido.

Las tablas del puente sonaban a hueco bajo nuestros pies mientras volvíamos a la casona. Me dolían los brazos por el peso de los libros que llevaba; pasaba la carga de un lado al otro.

—¡Cuidado, hombre! —gritó Roger apartándome con destreza de un trabajador que, montado en una bicicleta, se había lanzado por el puente y estuvo a punto de tirarme contra la barandilla.

—¡Perdón! —fue su grito de disculpa. Y el ciclista sacudió la mano por encima del hombro, mientras la bicicleta serpenteaba entre dos grupos de escolares que volvían a casa. Eché una mirada hacia atrás por si veía a Brianna, pero no había señales de ella.

Roger y yo habíamos pasado la tarde en la Sociedad para la Conservación de Antigüedades y Brianna había ido a la oficina de Clanes de las Tierras Altas para hacer fotocopias de una lista de documentos recopilados por Roger.

—Eres muy amable al tomarte tantas molestias, Roger —dije elevando la voz para hacerme oír por encima del ruido del puente y el rumor del río.

—No es nada —dijo algo incómodo. Se detuvo a esperar que yo lo alcanzara—. Soy curioso —añadió con una ligera sonrisa—. Ya sabes cómo somos los historiadores: no podemos dejar pasar un acertijo.

Y sacudió la cabeza para apartarse el pelo oscuro de los ojos, revuelto por el viento, sin utilizar las manos.

Yo sabía cómo eran los historiadores; había convivido con uno durante veinte años. Frank tampoco había querido dejar pasar aquel acertijo, pero tampoco estuvo dispuesto a solucionarlo. De cualquier modo, Frank había muerto dos años atrás y ahora me tocaba el turno a mí y a Brianna.

—¿Has tenido noticias del doctor Linklater? —pregunté mientras bajábamos por el arco del puente. Pese a lo avanzado de la tarde, el sol todavía estaba alto en aquella zona tan septentrional.

Roger sacudió la cabeza, entornando los ojos para protegerlos del viento.

—No, hace apenas una semana que le escribí. Si no recibo noticias suyas antes del lunes, le llamaré por teléfono. No te preocupes. —Me sonrió—. Fui muy circunspecto. Sólo le dije que, para un estudio que estaba realizando, necesitaba una lista, si existía alguna, de los oficiales jacobitas que estuvieron en la granja de Leanach después de Culloden. Y le pedí que, si existe alguna información en cuanto al superviviente de aquella ejecución, me remitiera a las fuentes originales.

—¿Conoces personalmente a Linklater? —pregunté apoyando los libros en la cadera para aligerar el brazo izquierdo.

—No, pero le escribí en papel con membrete del Balliol College e hice una sutil alusión al señor Cheesewright, mi antiguo mentor; él sí conoce a Linklater. —Roger me guiñó un ojo reconfortantemente y yo reí.

De nuevo en el estudio del difunto reverendo Wakefield, deposité mi brazada de libros en la mesa y, aliviada, me dejé caer en el sillón, junto al hogar, mientras Roger iba a la cocina en busca de un refresco.

Mientras me lo tomaba se me calmó la respiración; mi pulso, en cambio, seguía siendo inconstante. Contemplé la imponente pila de libros que habíamos traído. ¿Figuraría Jamie en alguno de ellos? Y en ese caso... «No te anticipes demasiado», me aconsejé. «Es mucho mejor esperar a ver qué logra descubrir él.»

Roger estaba investigando los estantes del estudio, en busca de otras posibilidades. Por fin dejó caer la mano sobre una pila de libros en la mesa cercana. Eran los de Frank: un logro impresionante, por lo que decían los elogios impresos en las sobrecubiertas.

—¿Has leído éste? —preguntó cogiendo el volumen titulado Los jacobitas.

—No. —Tomé un reconfortante trago de refresco y tosí—. No, no pude.

Después de mi retorno me había negado resueltamente a mirar cualquier material relacionado con el pasado de Escocia, a pesar de que Frank estaba especializado, entre otras cosas, en el siglo XVIII. Sabiendo que Jamie había muerto, enfrentada a la necesidad de vivir sin él, evité todo lo que pude traérmelo a la mente. Era inútil (la existencia de Brianna era un recordatorio cotidiano), pero aun así no podía leer aquellos libros referidos al Bonnie Prince, aquel joven terrible y fútil, ni sobre sus seguidores.

—Comprendo. Se me ocurrió que podrías saber si había aquí algo útil. —Roger hizo una pausa; el rubor se acentuó en sus pómulos—. Tu... eh... tu marido... Frank, quiero decir —añadió precipitadamente—. ¿Le dijiste... hum... lo de...? —Se le apagó la voz, sofocada por el bochorno.

—¡Claro, por supuesto! —respondí con aspereza—. ¿Qué pensabas? Después de faltar de casa tres años, no era cuestión de entrar en su oficina diciendo: «Hola, querido, ¿qué te gustaría cenar?»

—No, desde luego —murmuró Roger. Se volvió hacia los libros. Tenía el cuello rojo de vergüenza.

—Disculpa —le dije respirando hondo—. Tu pregunta es normal. Sólo que..., todavía duele un poco.

Mucho, en realidad. Me sorprendía y horrorizaba descubrir lo mucho que aún me dolía aquella herida. Dejé el vaso en la mesa, junto a mi codo. Si íbamos a seguir con el tema, necesitaría algo más fuerte que un refresco.

—Sí, se lo dije —continué—. Le conté todo: lo de las piedras... lo de Jamie. Todo.

Roger tardó un momento en replicar. Luego se volvió, dejándome ver sólo las líneas fuertes y nítidas de su perfil, sin mirarme. Contemplaba los libros de Frank, la foto de la sobrecubierta: Frank, delgado, moreno y apuesto, sonriendo a la posteridad.

—¿Te creyó? —preguntó en voz baja.

Tenía los labios pegajosos por el refresco. Me los lamí antes de responder.

—No. Al principio, no. Creyó que estaba loca. Hasta me hizo visitar a un psiquiatra. —Solté una risa breve, pero el recuerdo me hizo apretar los puños con furia.

—¿Y después? —Roger se volvió hacia mí. El rubor había desaparecido, dejando sólo un eco de curiosidad en los ojos—. ¿Qué pensó?

Aspiré hondo, cerrando los ojos.

—No lo sé.

El pequeño hospital de Inverness tenía un olor extraño, como a desinfectante y algodón.

No podía pensar y trataba de no sentir. El retorno era mucho más aterrorizador que mi expedición al pasado, pues allí me había protegido la capa de duda e incredulidad en cuanto a dónde me encontraba y qué estaba sucediendo; además, había vivido con la esperanza constante de escapar. Ahora sabía demasiado bien dónde estaba y tenía la certidumbre de que no había manera de escapar. Jamie había muerto.

Los médicos y las enfermeras trataban de hablarme con amabilidad; me daban de comer y me traían bebidas, pero en mí sólo había espacio para la pena y el terror. Les había dicho mi nombre, pero no quise hablar más.

Tendida en la cama blanca y limpia, mantenía los dedos apretados sobre mi vientre vulnerable y los ojos cerrados. Rememoraba una y otra vez las últimas cosas que había visto antes de cruzar entre las piedras (el páramo lluvioso y la cara de Jamie), sabiendo que, si miraba demasiado tiempo el nuevo ambiente que me rodeaba, aquellas imágenes se desvanecerían, reemplazadas por cosas mundanas: las enfermeras, el ramo de flores junto a mi cama... Disimuladamente, apretaba un pulgar contra la base del

otro, hallando un oscuro consuelo en la diminuta herida que tenía allí, un pequeño corte conforma de J. Me la había hecho Jamie a petición mía: el último de sus contactos en mi carne.

Debí de permanecer algún tiempo así; a ratos dormía, soñando con los últimos días del Alzamiento Jacobita; volvía a ver al muerto en el bosque, dormido bajo un cobertor de hongos muy azules, y a Dougal MacKenzie, agonizando en el suelo de un desván, en la casa Culloden, y a los hombres harapientos del ejército de las Tierras Altas, durmiendo en las zanjas lodosas, el último descanso antes de la matanza.

Por fin abrí los ojos. Frank estaba allí, en el vano de la puerta, alisándose el pelo con una mano. Se le veía desconcertado... y no era de extrañar, pobre hombre.

Me recosté en las almohadas, observándolo sin hablar. Se parecía a sus antepasados, Jack y Alex Randall: facciones nítidas y aristocráticas, cabeza bien formada bajo el pelo abundante, oscuro y lacio. Sin embargo, en su cara había una diferencia indefinible con respecto a ellos, más allá de la leve diferencia de facciones. En él no existía la marca del miedo ni de la crueldad; ni la espiritualidad de Alex ni la glacial arrogancia de Jack. Su cara delgada parecía inteligente, bondadosa y algo cansada; estaba ojeroso y sin afeitar. Supe, sin que nadie me lo dijera, que había pasado la noche al volante para llegar hasta allí.

—¿Claire? —Se acercó a la cama, hablando vacilante, como si no estuviera seguro de que yo fuera realmente Claire.

Yo tampoco estaba segura, pero asentí.

—Hola, Frank. —Mi voz sonaba ronca y ruda, como si no estuviera acostumbrada al habla.

Él me cogió una mano y yo se la dejé.

—¿Estás... bien? —preguntó tras un minuto, con el entrecejo fruncido.

—Estoy embarazada. —A mi mente desordenada, ése le parecía el punto más importante. No había pensado en qué le diría a Frank si volvía a verlo, pero en cuanto lo vi ante la puerta eso pareció quedar claro. Le diría que estaba embarazada y él se iría, dejándome sola con mi última imagen de la cara de Jamie, con su ardiente contacto en la mano.

Su cara se puso un poco tensa, pero no me soltó la mano.

—Lo sé. Me lo han dicho. —Aspiró hondo y dejó escapar el aire—. ¿Puedes decirme qué te sucedió, Claire?

Por un momento me quedé en blanco y me encogí de hombros.

—Supongo que sí—dije. Con fatiga, ordené mis pensamientos, no quería hablar de eso, pero tenía ciertas obligaciones con aquel hombre. No me sentía culpable, aún no; obligada sí. Había estado casada con él.

—Bueno —le dije—, me enamoré de otro y me casé con él. Lo siento —añadí en respuesta a la expresión de horror que le cruzó la cara—. No lo pude evitar.

Él no esperaba eso. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Me apretaba la mano con tanta fuerza que la retiré, haciendo una mueca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz áspera—. ¿Dónde estuviste, Claire? —Se levantó súbitamente, irguiéndose junto a la cama.

—¿Recuerdas que la última vez que me viste iba al círculo de piedras de Craigh na Dun?

—¿Sí? —Me miraba con una mezcla de enojo y desconfianza.

—Bueno... —me pasé la lengua por los labios; estaban muy secos—. Lo cierto es que, en ese círculo, entré en una piedra hendida y terminé en 1743.

—¡No te hagas la graciosa, Claire!

—¿Crees que es un chiste? —La idea era tan absurda que me eché a reír, aunque me sentía muy lejos de tomarme las cosas con humor.

—¡Basta!

Dejé de reír. Como por arte de magia dos enfermeras aparecieron en la puerta; debían de haber estado acechando en el pasillo. Frank se inclinó para apretarme un brazo.

—Escúchame —dijo entre dientes—. Quiero que me digas dónde estuviste y qué has estado haciendo.

—Te lo estoy diciendo. ¡Suéltame! —Me incorporé en la cama y tiré de mi brazo para arrancárselo—. Ya te lo dije: crucé una piedra y acabé doscientos años atrás. Y allí conocí a tu maldito antepasado Jack Randall.

Frank parpadeó, completamente desconcertado.

—¿A quién?

—A Jack Randall, el Negro. ¡Y era un pervertido, sucio y asqueroso!

Frank se había quedado boquiabierto, al igual que las enfermeras. Oí pasos que venían por el corredor, tras ellas, y voces apresuradas.

—Tuve que casarme con Jamie Fraser para escapar de Jack Randall, pero después... Jamie... No lo pude evitar, Frank; me enamoré de él y habría seguido a su lado si hubiera podido. Pero él me envió de regreso por lo de Culloden y por el bebé, y... —Me interrumpí; un médico con bata cruzó la puerta, apartando a las enfermeras.

—Lo siento, Frank —dije fatigada—. No quería que pasara todo eso. Hice lo posible para regresar, de veras, pero no pude. Y ahora es demasiado tarde.

Contra mi voluntad, las lágrimas se me acumularon en los ojos y empezaron a rodarme por las mejillas. Casi todas por Jamie, por mí misma y por el hijo que esperaba, pero también algunas por Frank. Sorbí por la nariz, tragando con fuerza, en un intento por contenerme, y me incorporé en la cama.

—Mira —dije—, sé que no querrás saber nada más de mí y no te critico en absoluto. Simplemente... vete, ¿quieres?

Había cambiado de cara. Ya no parecía enfadado, sino inquieto y algo desconcertado. Se sentó junto a la cama, sin prestar atención al médico, que había entrado y me buscaba el pulso.

—No me voy —dijo con mucha suavidad. Y volvió a cogerme la mano, aunque yo trataba de retirarla—. Ese tal... Jamie. ¿Quién era?

Aspiré honda y entrecortadamente.

—James Alexander Malcolm MacKenzie Fraser —dije espaciando las palabras con formalidad, tal como las había pronunciado Jamie la primera vez que me dijo su nombre completo..., el día de nuestra boda. La idea me trajo nuevas lágrimas; me las sequé con el hombro, pues no disponía de las manos.

—Era un escocés de las Tierras Altas. Lo ma...mataron... en Culloden.

No sirvió de nada: estaba llorando otra vez; las lágrimas no constituían un calmante para el dolor que me desgarraba, sino la única reacción posible ante un sufrimiento insoportable. Me incliné un poco hacia delante, tratando de envolver aquella diminuta e imperceptible vida que tenía en el vientre, lo único que me quedaba de Jamie Fraser.

Frank y el médico intercambiaron una mirada de la que apenas me percaté. Para ellos, naturalmente, Culloden formaba parte de un pasado remoto. Para mí había sucedido apenas dos días antes.

—Deberíamos dejar que la señora Randall descansara un poco —sugirió el médico—. En estos momentos parece estar algo alterada.

Frank nos miró a ambos sin saber qué hacer.

—Bueno, es cierto que parece alterada. Pero quiero averiguar... ¿Qué es esto, Claire?

Al acariciarme la mano había descubierto el anillo de plata en mi dedo anular y se inclinó para examinarlo. Era el anillo que Jamie me había dado en la boda: una ancha banda de plata con el diseño entrecruzado de las Tierras Altas, diminutas flores de cardo estilizadas, grabadas en los eslabones.

—¡No! —exclamé presa de pánico al ver que Frank trataba de quitármelo del dedo. Arranqué la mano y me protegí el puño bajo el seno, cubierto por la mano izquierda, donde aún tenía la alianza de oro que me había regalado Frank—. No, no puedes quitármelo. ¡No te lo voy a permitir! ¡Es mi anillo de casada!

—Mira, Claire...

Lo interrumpió el médico, que se había acercado a él y se inclinó para murmurarle algo al oído. Capté algunas palabras:

—... No molestar a su esposa justamente ahora. El shock...

Un momento después Frank estaba nuevamente en pie, firmemente conducido hacia fuera por el médico, que al pasar hizo una señal a una de las enfermeras.

Apenas sentí el aguijonazo de la aguja hipodérmica, envuelta como estaba en una nueva oleada de pesar. Oí vagamente las palabras con que se despedía Frank:

—¡Está bien, Claire, pero me enteraré!

Luego descendió la bendita oscuridad y dormí sin soñar durante mucho rato.

Roger inclinó el botellón, llenando la copa hasta la mitad, y la entregó a Claire con una leve sonrisa.

—La abuela de Fiona decía siempre que el whisky es bueno para todos los males.

—He visto remedios peores. —Ella cogió la copa y le devolvió la sonrisa.

Roger se sirvió un trago y se sentó a su lado, sorbiendo su bebida en silencio.

—Traté de que se fuera, ¿sabes? —dijo ella bajando la copa—. Le dije que comprendería si sus sentimientos hacia mí habían cambiado, creyera lo que creyese. Ofrecí concederle el divorcio; que se fuera, que me olvidara, que reiniciara la vida que había comenzado a construir sin mí.

—Y él no quiso —dijo Roger. Al bajar el sol, empezaba a hacer frío en el estudio. Se agachó para encender la vetusta estufa eléctrica—. ¿Por tu embarazo? —Adivinó.

Claire le dedicó una rápida mirada. Luego sonrió con ironía.

—Eso es. Dijo que sólo un canalla era capaz de abandonar a una mujer embarazada y sin recursos. Sobre todo si su visión de la realidad parecía algo tenue —añadió sardónica—. Yo no estaba sin recursos, tenía algo de dinero de mi tío Lamb. Pero Frank tampoco era un canalla.

Su mirada se desvió hasta los estantes de libros. Allí estaban las obras históricas de su marido, con los lomos centelleantes a la luz de la lámpara.

—Era un hombre muy decente —concluyó con suavidad. Y tomó un sorbo más, cerrando los ojos al elevarse los vapores alcohólicos—. Además, sabía o sospechaba que no podía tener hijos. Un verdadero golpe para un hombre tan dedicado a la historia y a las genealogías. Con todas esas ideas dinásticas, ¿no?

—Sí, comprendo —dijo Roger con lentitud—. Pero ¿no sentía...? Es decir..., el hijo de otro hombre...

—Tal vez. —Los ojos de ámbar volvieron a mirarlo, algo ablandados por el whisky y las reminiscencias—. Pero como no quería, ni podía creer nada de lo que yo dijera sobre Jamie, esencialmente el niño sería hijo de padre desconocido. Si él ignoraba quién era ese hombre (y se convenció de que yo tampoco lo sabía, de que había inventado esas alucinaciones por efecto del *shock* traumático), entonces nadie diría que la criatura no era suya. Yo no, desde luego —añadió con un dejo de amargura.

Tomó un gran sorbo de whisky, que la hizo lagrimear un poco, y se enjugó los ojos.

—Pero lo cierto es que me llevó lejos. A Boston. Le habían ofrecido un buen puesto en Harvard donde nadie nos conocía. Allí nació Brianna.

El llanto nervioso me despertó una vez más. Había vuelto a la cama a las seis y media, después de levantarme cinco veces por la noche para atender a la niña. Una legañosa mirada al reloj me reveló que eran las siete. Desde el cuarto de baño surgía una alegre canción: la voz de Frank se elevaba en «Rule, Britannia», por encima del ruido del agua corriente.

Permanecí en la cama, con los miembros pesados por el agotamiento, preguntándome si tendría las fuerzas necesarias para soportar el llanto hasta que Frank saliera de la ducha y me trajera a Brianna. Pero el llanto subió de tono y se convirtió en un chillido.

Crucé pesadamente el pasillo helado hasta la habitación infantil. Brianna, de tres meses, estaba tendida de espaldas, gritando a pleno pulmón. Aturdida por la falta de sueño, tardé un momento en recordar que la había dejado boca abajo.

—¡Querida! ¡Te has dado la vuelta sola! —Aterrorizada por su audacia, Brianna agitó los puñitos rosados y chilló con más fuerza, apretando los ojos.

La levanté de prisa para darle palmaditas en la espalda, murmurando sobre la pelusa roja que le cubría la cabeza.

—¡Oh, mi pequeña preciosa! ¡Qué niña tan inteligente eres!

—¿Qué pasa? —Frank salió del baño secándose la cabeza y con una segunda toalla envuelta en la cadera—. ¿Algún problema con Brianna?

Se acercó a nosotras con cara de preocupación. Al acercarse el nacimiento, los dos habíamos estado nerviosos: Frank, irritable; yo, aterrorizada. No teníamos idea de lo que podía suceder entre nosotros al aparecer el vástago de Jamie Fraser. Pero cuando la enfermera cogió a Brianna de su cuna y se la entregó a Frank diciendo: «Aquí está la niña de papá», él se quedó con la cara sin expresión; luego, al mirar la diminuta cara, perfecta como un pimpollo, se maravilló. Al cabo de una semana la niña era suya, en cuerpo y alma.

Me volví hacia él, sonriendo.

—¡Se ha dado la vuelta! ¡Completamente sola!

—¿De veras? —Refulgía de placer—. ¿No es demasiado pronto para que haga eso?

—Sí. Según el doctor Spock, no debería haberlo hecho hasta el mes que viene, por lo menos.

—Bueno, ¿qué sabe ese doctor Spock? Ven aquí, preciosa mía; dale un beso a papá por ser tan precoz.

Levantó el cuerpecito suave, envuelto en su camisón rosado, y le dio un beso en el botón que pasaba por nariz. Brianna estornudó y los dos reímos.

Entonces fui consciente de que era mi primera carcajada en todo un año. Más aún: era la primera vez que me reía con Frank.

Él también lo notó; sus ojos se encontraron con los míos por encima de la cabeza de Brianna. Eran de un suave color avellana y en ese momento estaban llenos de ternura. Le sonreí, algo trémula, alerta por el hecho de que él estaba casi desnudo, con gotas de agua deslizándose por los hombros delgados y brillando en la piel morena y suave del pecho.

Los dos percibimos simultáneamente el olor a quemado. Eso nos arrancó de la bienaventuranza doméstica.

—¡El café! —Frank puso a Bree en mis brazos, sin ninguna ceremonia, y salió disparado hacia la cocina, dejando ambas toallas hechas un bulto a mis pies. Lo seguí con más lentitud, llevando a Bree apoyada en el hombro.

Estaba de pie ante el fregadero, desnudo, entre una nube de vapor maloliente que surgía de la cafetera chamuscada.

—¿Qué te parece té? —sugerí, acomodando diestramente a Brianna en mi cadera con un brazo, mientras revolvía el aparador—. Por desgracia se ha acabado; sólo queda alguna bolsita.

Frank hizo una mueca; siendo inglés hasta los tuétanos, habría preferido lamer el agua del inodoro antes que tomar té de bolsitas.

—No, puedo tomar una taza de café camino de la universidad. A propósito: ¿ recuerdas que esta noche vendrán a cenar el decano y su esposa? La señora Hinchcliffe trae un regalo para Brianna.

—Está bien —dije sin entusiasmo. Ya había tratado con los Hinchcliffe y no estaba muy deseosa de repetir la experiencia.

Brianna hundió la nariz en la pechera de mi bata roja, emitiendo pequeños gruñidos voraces.

—No puede ser que tengas hambre otra vez —dije a su coronilla—. Te di de mamar hace apenas dos horas.

—La señora Hinchcliffe dice que no es conveniente alimentar a un bebé cada vez que llora —observó Frank—. Si no se les enseña a respetar los horarios, se malcrían.

—Bueno, pues será una malcriada, ¿no? —repliqué con frialdad y sin mirarlo. La boquita rosada se cerró con fiereza y Brianna empezó a mamar con despreocupado apetito. La señora Hinchcliffe también opinaba que dar el pecho era vulgar y antihigiénico.

Frank suspiró sin insistir.

—Bueno —dijo, incómodo—. Volveré a eso de las seis. ¿Quieres que traiga algo para ahorrarte una salida?

Le dediqué una breve sonrisa.

—No, puedo arreglarme.

—Ah, bueno.

Vaciló un momento mientras yo acomodaba a Bree en mi regazo, con la cabeza en el hueco de mi brazo; la curva de su cabeza repetía la de mi pecho. Al apartar la vista de la niña descubrí que él me estaba observando apasionadamente, con la mirada fija en la redondez del seno semidescubierto.

Yo también lo recorrí con la vista. Al detectar un comienzo de excitación sexual, incliné la cabeza sobre la pequeña para ocultar mi rubor.

—Adiós —murmuré sin mirarlo.

Se quedó inmóvil un momento; luego se inclinó hacia delante y me dio un beso en la mejilla; el calor de su cuerpo desnudo me inquietaba.

—Adiós, Claire —dijo suavemente—. Hasta la noche.

Como no volvió a la cocina antes de salir, pude terminar de dar el pecho a Brianna y tratar de poner algo de orden en mis propios sentimientos.

Desde mi retorno no había visto desnudo a Frank, pues se vestía siempre en el baño o en el vestidor. Hasta esa mañana tampoco había tratado de besarme. Como el embarazo fue de los que los ginecólogos denominan «de alto riesgo», él no habría podido compartir mi cama, aun en el caso de que yo hubiera estado dispuesta..., y no lo estaba.

La niña era nuestro interés compartido, un punto a través del cual podíamos contactar de inmediato, pero manteniendo la mínima distancia. Al parecer, esa distancia mínima ya era excesiva para Frank.

Yo podía hacerlo..., físicamente al menos. La semana anterior, con un guiño y una palmada en el trasero, el médico me había asegurado que podía reanudar «las relaciones» con mi esposo cuando quisiera.

Sabía que Frank no se había mantenido célibe desde mi desaparición. Aún no llegaba a los cincuenta años; era delgado, moreno y musculoso, un hombre muy apuesto. En las fiestas, las mujeres se arremolinaban a su alrededor como abejas en torno a la miel, emitiendo pequeños murmullos de excitación sexual. Pero él había sido discreto. Siempre pasaba la noche en casa y cuidaba de no presentarse con manchas de lápiz labial en el cuello de la camisa. Así que ahora tenía intenciones de lanzarse afondo. Al parecer tenía cierto derecho; ¿acaso no era mi deber, puesto que yo era nuevamente su esposa?

Existía un pequeño problema. Cuando yo despertaba por la noche, no era a Frank a quien buscaba.

—Jamie —susurré—. Oh, Jamie.

Mis lágrimas chisporrotearon en la luz matinal, adornando la pelusa roja de Brianna como perlas y diamantes esparcidos.

No fue un buen día. Brianna tenía un feo sarpullido a causa de los pañales y estaba irritable. Había que levantarla continuamente. Mamaba y alborotaba alternativamente; a intervalos vomitaba, dejando manchas mojadas y pastosas en toda mi ropa. Antes de las once ya me había cambiado tres veces la blusa.

El pesado sostén de lactancia me molestaba en las axilas y tenía los pezones fríos y agrietados. En medio de mi laboriosa limpieza, la caldera murió con ruido sibilante bajo las tablas del suelo.

—No, la semana que viene no puede ser —dije por teléfono al taller de reparaciones. Miré hacia la ventana, donde la fría niebla de febrero amenazaba con filtrarse bajo el antepecho para devorarnos—. Aquí dentro hace apenas cinco grados y tengo una niña de tres meses. ¿La oye llorar?

—Está bien, señora —dijo una voz resignada al otro lado de la línea—. Iré esta tarde, entre las doce y las seis.

—¿Entre las doce y las seis? ¿No puede indicarme una hora más precisa? Tengo que ir al mercado —protesté.

—La suya no es la única caldera rota de la ciudad, señora —dijo la voz con decisión. Y colgó.

Apretando los dientes, llamé al costoso mercado que hacía entregas a domicilio y pedí lo necesario para preparar la cena. Luego levanté a la niña, que en aquel momento tenía el color de una berenjena y olía notoriamente mal.

—Bueno, tesoro, bueno, bueno. —Me la apoyé en el hombro para darle palmaditas, pero los chillidos continuaban. No se la podía criticar, pobrecita; tenía el trasero casi en carne viva.

Como Brianna no podía dormir más de diez minutos seguidos, yo tampoco podía. Hacia las cuatro, cuando nos adormecimos, nos despertó la estruendosa llegada del hombre que venía a reparar la caldera: golpeó la puerta sin molestarse en dejar su enorme llave inglesa.

Sosteniendo a la niña con un brazo, comencé a preparar la cena con la otra mano libre, acompañada por los chillidos en mi oreja y los ruidos violentos que venían del sótano.

—No le prometo nada, señora, pero por ahora tendrá calefacción. —El hombre de la caldera apareció bruscamente, limpiándose una mancha de grasa de la frente arrugada.

Media hora después, el pollo yacía en su fuente, relleno y pringado, rodeado de ajo picado, ramitas de romero y cáscaras de limón. Después de echar un chorrito de limón sobre la piel untada de manteca, pude ponerlo en el horno e iniciar la tarea de vestirnos. La cocina parecía el resultado de un asalto, con los armarios abiertos y todas las superficies horizontales sembradas de cacharros. Cerré violentamente un par de aparadores y, por fin, la puerta de la misma cocina, confiando en que eso mantuviese fuera a la señora Hinchcliffe, si los buenos modales no bastaban.

Frank había comprado un vestido nuevo para Brianna. Era un bonito traje rosado, eché un vistazo dubitativo a las capas de encaje que rodeaban el cuello. Parecían algo ásperas pero también delicadas.

—Bueno, probemos —le dije—. Papá quiere que estés muy bonita. Tratemos de no vomitarlo, ¿eh?

Ella parpadeó con unos gorgoritos tentadores. Por darle gusto, bajé la cabeza y le hice «¡Pufff!» en el ombligo, ante lo cual se retorció de gozo. Lo hicimos varias veces más antes de iniciar el penoso trabajo de introducirla en el vestido rosado.

A Brianna no le gustó; comenzó a quejarse en cuanto se lo pasé por la cabeza. Cuando le pasé los bracitos regordetes por las mangas abombadas, echó la cabeza atrás con un grito penetrante.

—¿Qué pasa? —pregunté sobresaltada. A esas alturas conocía todos sus gritos y qué significaban, poco más o menos. Pero ése era nuevo; estaba cargado de miedo y dolor.

—¿Qué pasa, cariño?

Ahora chillaba furiosamente, con lágrimas corriéndole por la cara. Al levantarla vi una larga línea roja en la tierna cara interior del brazo que agitaba. En el vestido había quedado un alfiler y yo acababa de abrirle la piel al subirle la manga.

—¡Oh, cariño! ¡Oh, perdona! ¡Mamá lo siente mucho! —Bañada en lágrimas, retiré el alfiler, vacilando entre la furia y la aflicción. Llevé a Brianna al dormitorio y la acosté en una de las camas gemelas, la mía, para ponerme precipitadamente una falda decente y una blusa limpia.

El timbre sonó cuando me estaba subiendo las medias. Tenía un agujero en el talón, pero ya no había tiempo para solucionarlo. Metí los pies en unos ajustados zapatos de lagarto y, recogiendo a Brianna, fui a abrir.

Era Frank, tan cargado de paquetes que no podía usar la llave. Con una sola mano, lo alivié de la mayor parte y amontoné todo en la mesa del vestíbulo.

—¿La cena ya está lista, querida? He traído un mantel y servilletas nuevas; me pareció que el juego viejo estaba algo raído. Y aquí está el vino, por supuesto.

Alzó la botella con una sonrisa; luego se inclinó para mirarme. Dejando de sonreír, miró con desaprobación mi pelo desaliñado y mi blusa, recién manchada por un vómito de leche.

—Por Dios, Claire —dijo—, ¿no has podido arreglarte un poco? Después de todo, estás en casa todo el día sin otra cosa que hacer. ¿No podías tomarte unos minutos para... ?

—No —dije en voz bien alta.

Planté en sus brazos a Brianna, que lloriqueaba otra vez, nerviosa por el cansancio.

—No —repetí.

Cogí la botella de vino de su mano.

—¡NO! —chillé golpeando el suelo con un pie.

Balanceé la botella con un gesto amplio. Agachó la cabeza, pero fue el marco de la puerta lo que golpeé. Volaron salpicaduras purpúreas de Beaujolais y las astillas de vidrio centellearon a la luz de la entrada.

Tiré la botella rota entre las azaleas y salí corriendo en medio de la niebla helada, sin abrigo. En el extremo del camino me crucé con los asombrados Hinchcliffe, que llegaban con media hora de

anticipación, presumiblemente con la esperanza de sorprenderme en alguna deficiencia doméstica. Ojalá disfrutaran la cena.

Conduje sin rumbo por la niebla, con la calefacción del coche a todo trapo, hasta que empecé a quedarme sin gasolina. No quería volver a casa; todavía no. ¿ Una de esas cafeterías que están abiertas toda la noche? Entonces caí en la cuenta de que era viernes por la noche y de que iban a dar las doce. Después de todo, tenía un sitio al que ir. Viré hacia atrás, hacia el suburbio donde vivíamos, rumbo a la iglesia de San Finbar.

—¿San Finbar? —había dicho Frank incrédulo—. Ese santo no existe. No es posible.

—Existe —dije con un dejo de presunción—. Fue un obispo irlandés del siglo XII.

—Ah, irlandés —replicó despectivo—. Así se explica. Lo que no puedo entender —añadió tratando de actuar con tacto— es... eh... bueno, ¿por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué eso de la Adoración Perpetua? Nunca fuiste devota, no más que yo. No vas a misa ni nada de eso. El padre Beggs me pregunta por ti todas las semanas.

Sacudí la cabeza.

—No sabría explicártelo, Frank. Simplemente..., es algo que necesito hacer. —Lo miré incapaz de expresarme adecuadamente—. Allí hay... paz.

Él abrió la boca para decir algo más, pero me volvió la espalda meneando la cabeza.

Había paz, sí. El aparcamiento de la iglesia estaba desierto, sin contar el coche del único adorador que estaría de turno a aquella hora. Me arrodillé detrás de él; era un hombre corpulento, con un chubasquero amarillo. Al poco rato se levantó y, tras hacer una genuflexión ante el altar, se dirigió hacia la puerta, saludándome brevemente con la cabeza al pasar.

Cerré los ojos escuchando el silencio.

Todo lo que había sucedido durante el día me pasaba por la mente, en un desencajado torrente de ideas y sensaciones. Por fin, como solía ocurrirme allí, dejé de pensar.

—Oh, Señor —susurré—, encomiendo a tu misericordia el alma de tu servidor James. —«Y la mía», añadí en silencio. «Y la mía.»

Permanecí sentada, sin moverme, hasta que oí los pasos suaves del siguiente adorador, que se acercaban por el pasillo. Venían cada hora, día y noche. El Bendito Sacramento no debía quedarse solo.

Mientras me dirigía hacia la parte trasera de la capilla, vi una silueta en la última fila, a la sombra de la estatua de San Antonio. Al acercarme, se movió; luego se puso en pie y salió a mi encuentro.

—¿ Qué haces aquí? —siseé.

Frank señaló con la cabeza al nuevo adorador, que ya estaba arrodillado, y me cogió por el codo para guiarme al exterior.

Esperé a que se cerrara la puerta de la capilla antes de girar para mirarlo de frente.

—¿Qué significa esto? —exclamé, colérica—. ¿Por qué has venido a buscarme?

—Estaba preocupado por ti. —Señaló el estacionamiento vacío, donde su gran Buick anidaba protectoramente junto a mi pequeño Ford—. Es peligroso que una mujer ande sola a estas horas por esta parte de la ciudad. He venido para acompañarte a casa. Nada más.

No mencionó a los Hinchcliffe ni habló de la cena. Mi enfado cedió un poco.

—Ah. ¿Y qué has hecho con Brianna?

—Pedí a nuestra vecina, la vieja señora Munsing, que estuviera alerta por si lloraba. Pero parecía dormir profundamente. Ven, que hace frío fuera.

—Nos veremos en casa —dije.

Cuando entré para ver a Brianna, me abrazó la calidez de la habitación infantil. Aún dormía, pero se la notaba algo inquieta.

—Empieza a tener hambre —susurré a Frank, que se había acercado por atrás y la miraba afectuosamente por encima de mi hombro—. Será mejor que le dé el pecho antes de acostarme, así dormirá hasta más tarde.

—Voy a traerte algo caliente.

Mientras yo levantaba el bulto cálido y soñoliento, él desapareció por la puerta de la cocina.

Había vaciado un solo pecho, pero estaba ahíta. Por mucho que le hablara o la sacudiera suavemente, no despertó lo suficiente para mamar del otro pecho; así que la arropé en la cuna, dándole palmaditas en la espalda hasta que emitió un eructo satisfecho, seguido por la respiración pesada de la satisfacción absoluta.

—Esta noche ya no despertará, ¿verdad? —Frank la cubrió con la manta decorada con conejitos amarillos.

—Sí. —Me senté en la mecedora, demasiado exhausta, física y mentalmente, para levantarme otra vez. Frank se detuvo a mi lado y me puso una mano liviana en el hombro.

—¿Así que él ha muerto? —preguntó con suavidad.

«Te dije que sí», iba a responder. Pero me interrumpí y cerré la boca. Me limité a asentir con la cabeza, meciéndome lentamente con la vista fija en la cuna oscura y su diminuta ocupante.

Aún tenía el seno derecho dolorosamente henchido de leche. Con un suspiro de resignación, alargué la mano hacia el extractor de leche, un artefacto de goma, feo y ridículo.

Despedí a Frank con un ademán.

—Anda, acuéstate. Tardaré sólo unos minutos, pero tengo que...

En vez de responderme o retirarse, me quitó el extractor de la mano para dejarlo en la mesa. Luego, inclinando la cabeza, fijó suavemente los labios a mi pezón. Lancé un gemido, sintiendo el escozor casi doloroso de la leche que corría por los pequeños conductos. Le puse una mano en la nuca para apretarlo un poco más a mí.

—Con más fuerza —susurré. Su boca sorbía suavemente; no se parecía en nada a las implacables y duras encías de un bebé.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la marea.

La puerta principal de la vieja casona se abrió con un chirrido de goznes herrumbrosos, anunciando el regreso de Brianna Randall. Roger se levantó de inmediato para salir al vestíbulo, atraído por las voces de las muchachas.

—Medio kilo de la mejor manteca. Eso es lo que me encargaste pedir y lo hice, pero ¿es que hay mantecas mejores o peores? —Brianna estaba entregando unos paquetes a Fiona, riendo mientras hablaba.

—Bueno, si se la compraste a ese viejo tunante de Wicklow, ésta será de las peores, diga él lo que diga —la interrumpió Fiona—. ¡ Ah, has traído la canela, estupendo! Entonces voy a hacer panecillos de canela. ¿Quieres ver cómo los preparo?

—Sí, pero antes quiero la cena. ¡Estoy muerta de hambre! —Brianna se puso de puntillas, olfateando esperanzada hacia la cocina—. ¿Qué tenemos para cenar? ¿Asaduras?

—¡Asaduras! Por Dios, en primavera no se comen entrañas, *Sassenach* tonta! Se comen en el otoño, cuando se matan las ovejas.

—¿Yo soy una *Sassenach*? —Brianna parecía encantada con el término.

—Por supuesto, boba. Pero me gustas, a pesar de todo.

Fiona reía con la cabeza levantada hacia Brianna, que le pasaba casi treinta centímetros. La menuda escocesa tenía diecinueve años; era bonita, simpática y algo regordeta; a su lado, Brianna parecía una talla medieval, por su seriedad y sus huesos fuertes. Con su nariz larga y recta y la cabellera refulgiendo como oro rojizo bajo el globo de vidrio que pendía del techo, habría podido salir de un manuscrito iluminado, tan real como si hubiera soportado un milenio sin cambios.

Roger se dio cuenta de que Claire estaba de pie a su lado. Miraba a su hija con una expresión en la que se mezclaban el amor, el orgullo y algo más: ¿recuerdos, tal vez? Con una leve sorpresa, pensó que también Jamie Fraser habría tenido, no sólo la llamativa estatura y el pelo vikingo que había legado a su hija, sino también, probablemente, la misma presencia física.

Era notable, se dijo. Ella no hacía ni decía nada para salirse de lo normal; sin embargo, era innegable que Brianna atraía a la gente. Existía en ella cierto atractivo casi magnético, por el que todos se sentían impulsados a acercarse al fulgor de su aura.

—Hola—le dijo sonriendo—. ¿Tuviste suerte en la oficina de los Clanes o has estado muy ocupada haciendo de pinche?

—¿Pinche? —Los ojos de Brianna se rasgaron en azules triángulos divertidos—. ¡Pinche! Primero me llaman *Sassenach;* ahora, pinche. ¿Cómo te llaman los escoceses cuando quieren ser amables?

—Prrreciosa —respondió él, arrastrando exageradamente las erres a la manera escocesa.

Las dos chicas rieron.

—Pareces un terrier malhumorado —comentó Claire—. ¿Has encontrado algo en la biblioteca de los Clanes, Bree?

—Un montón de cosas —respondió la muchacha revolviendo las fotocopias que había dejado en la mesa del vestíbulo—. Me las arreglé para leer la mayor parte mientras sacaban las copias. La más interesante es ésta.

Sacó una hoja del fajo y la entregó a Roger. Era un extracto de cierto libro sobre leyendas de las Tierras Altas, un artículo encabezado «Salto del Tonel».

—¿Leyendas? —se extrañó Claire, mirando por encima del hombro de Roger—. ¿Es eso lo que necesitamos?

—Podría ser —respondió con aire distraído, pues estaba leyendo la página por encima—. Por lo que se refiere a las Tierras Altas de Escocia, la mayor parte de la historia es oral, más o menos hasta mediados del siglo XIX. Eso significa que no se distinguía entre los relatos basados en personajes históricos y los cuentos sobre cosas míticas, como caballos acuáticos, fantasmas y hazañas del Pueblo Antiguo. A menudo, los eruditos que tomaban notas de los relatos no sabían con certeza de qué estaban hablando; a veces era una combinación de mito y realidad; otras veces se podía notar que lo descrito era un hecho histórico.

»Esto, por ejemplo —pasó el papel a Claire— parece un hecho real. Explica cómo se originó el nombre de cierta formación rocosa de las Tierras Altas.

Claire se sujetó el pelo tras la oreja e inclinó la cabeza para leer, bizqueando a la luz escasa del techo.

—«Salto del Tonel» —leyó Claire—. «Esta extraña formación, situada a cierta distancia de un arroyo, se denomina así por un señor jacobita y su sirviente. El señor, uno de los pocos afortunados que logró escapar del desastre de Culloden, regresó dificultosamente a su casa, pero se vio obligado a permanecer casi siete años oculto en una cueva de sus tierras, mientras los ingleses recorrían las Tierras Altas en busca de los fugitivos partidarios de Carlos Estuardo. Los arrendatarios del señor guardaron lealmente el secreto de su presencia y le llevaban comida y provisiones a su escondrijo. Siempre ponían cuidado en referirse al fugitivo llamándolo sólo "El Gorropardo". Cierto día, un zagal que llevaba un tonel de cerveza para el señor se encontró en la senda con un grupo de dragones ingleses. Al negarse valerosamente a responder a las preguntas de los soldados y a entregar su carga, el niño fue atacado por uno de los dragones y dejó caer el tonel, que bajó rebotando por la empinada colina, hasta el arroyo de abajo.»

Levantó la vista del papel, mirando a su hija con una ceja enarcada.

—¿Por qué esto? Sabemos..., o creemos saber —corrigió con una irónica inclinación de cabeza dirigida a Roger— que Jamie escapó de Culloden, pero no fue el único. ¿Qué te hace pensar que este señor pudo haber sido Jamie?

—Lo de Gorropardo, por supuesto —respondió Brianna, como si la pregunta la sorprendiera.

—¿Qué? —Roger la miró intrigado—. ¿Qué pasa con el Gorropardo?

A modo de respuesta, Brianna asió un mechón de su denso pelo rojo y lo sacudió bajo la nariz del historiador.

—¡Gorropardo! —repitió impaciente—. Un gorro de color castaño opaco, ¿entiendes? Usaba constantemente un gorro, porque podían reconocerlo por su pelo rojo. ¿No dices que los ingleses lo llamaban «Jamie el Rojo»? Sabían que era pelirrojo. ¡Tenía que esconder la cabeza!

Roger la miró fijamente, enmudecido.

—Podrías estar en lo cierto —reconoció Claire. El entusiasmo hacía que le brillaran los ojos—. Era como el tuyo. Jamie tenía el pelo igual que el tuyo, Bree. —Alargó una mano para acariciar suavemente la cabellera de Brianna. La muchacha suavizó la expresión al mirar a su madre.

—Lo sé —dijo—. No dejaba de pensarlo mientras leía. Trataba de verlo, ¿comprendes? —Se interrumpió con un carraspeo, como si se hubiera atragantado con algo—. Lo veía allí, escondido en los brezales, con el sol reflejándose en su pelo. Tú dijiste que había sido un proscrito. Se me ocurrió..., se me ocurrió que debía de saber muy bien cómo esconderse. Si lo buscaban para matarlo —concluyó con suavidad.

—Correcto. —Roger habló con energía para dispersar la sombra que nublaba los ojos de Brianna—. Has hecho un estupendo trabajo de deducción. Pero tal vez podamos comprobarlo si trabajamos un poco más. Si localizamos en un mapa el Salto del Tonel...

—¿Por qué clase de estúpida me tomas? —replicó Brianna desdeñosa—. Ya lo pensé. —La sombra había desaparecido, reemplazada por una expresión ufana—. Por eso he vuelto tan tarde; hice que el empleado sacara todos los mapas de las Tierras Altas que tenían allí.

Retiró otra hoja fotocopiada.

—¿Ves? Es tan pequeña que no aparece en la mayoría de los mapas, pero en éste figuraba. Justo aquí; aquí está la aldea de Broch Mordha, que según mamá está cerca de la finca Lallybroch. Y aquí... —movió el dedo medio centímetro para señalar una línea de letras microscópicas—. ¿Ves? Volvió a su finca, Lallybroch, y allí se escondió.

—No tengo una lupa a mano —dijo Roger enderezando la espalda— estoy dispuesto a creer que ahí pone «Salto del Tonel», si me das tu palabra. —Miró a Brianna con una amplia sonrisa—. Mis felicitaciones. Creo que lo has encontrado... Hasta aquí, al menos.

Brianna sonrió, con un brillo sospechoso en los ojos.

—Sí —dijo suavemente. Y tocó las dos hojas de papel—. Mi padre.

Claire le estrechó la mano.

—Si tienes el pelo de tu padre, me alegra ver que tienes el cerebro de tu madre —dijo sonriendo—. Vamos a celebrar tu descubrimiento con la cena de Fiona.

—Buen trabajo —dijo Roger a Brianna, mientras seguían a Claire hacia el comedor. Le apoyó una mano en la cintura—. Puedes estar muy orgullosa.

—Gracias —replicó ella con una breve sonrisa. Pero la expresión pensativa volvió casi de inmediato.

—¿Qué pasa? —Roger se detuvo en el vestíbulo.

—En realidad nada. —Ella se volvió a mirarlo, con una arruga visible entre las cejas rojizas—. Sólo que... estaba pensando, tratando de imaginar. ¿Cómo crees que fue aquello para él? Pasar siete años en una cueva...

Movido por un impulso, Roger se inclinó para depositar un leve beso entre sus cejas.

—No sé, querida —dijo—. Pero tal vez podamos averiguarlo.

SEGUNDA PARTE

Lallybroch

4

El Gorropardo

Lallybroch
Noviembre de 1752

Una vez al mes, cuando alguno de los niños le llevaba el mensaje de que no había peligro, bajaba a casa para afeitarse. Siempre por la noche, caminando con los pasos suaves del zorro en la oscuridad. Era necesario un pequeño gesto hacia el concepto de civilización.

Se filtraba como una sombra por la puerta de la cocina, donde le recibían la sonrisa de Ian o el beso de su hermana, entonces se iniciaba la transformación. El cuenco de agua caliente y la navaja recién afilada ya estaban esperándolo en la mesa, con lo que quedara de jabón. De vez en cuando era jabón de verdad, si el primo Jared había enviado un poco desde Francia; con más frecuencia, sebo a medio procesar que irritaba los ojos por la fuerza de la lejía.

Sentía iniciarse el cambio con el primer aroma de la cocina, tan fuerte y rico después de los olores del lago, el páramo y la leña, atenuados por el viento. Pero sólo al concluir con el rito del afeitado se sentía completamente humano una vez más.

Habían aprendido a no esperar que hablara antes de afeitarse; las palabras no surgían fácilmente tras un mes de soledad. Había noticias que pedir y escuchar: sobre las patrullas inglesas en el distrito, la política, los arrestos y juicios en Londres y Edimburgo... Pero eso podía esperar. Era mejor hablar con Ian sobre la finca y con Jenny sobre los niños. Si parecía no haber peligro, hacían bajar a los niños para que saludaran a su tío con abrazos somnolientos y besos húmedos, antes de volver tambaleándose a sus camas.

—Pronto será un hombre —había sido su primer tema de conversación en septiembre, señalando con la cabeza al hijo mayor de Jenny, el que llevaba su nombre. El niño, que tenía siete años, permanecía sentado a la mesa, algo cohibido y muy consciente de la dignidad de ser, por el momento, el hombre de la casa.

—Sí, con lo que necesito otro de esos seres por el que preocuparme —replicó agriamente su hermana. Pero tocó a su hijo en el hombro al pasar con un orgullo que desmentía sus palabras.

—¿No has tenido noticias de Ian? —Su cuñado había sido arrestado por cuarta vez, tres semanas antes, y llevado a Inverness bajo la sospecha de simpatizar con los jacobitas.

Jenny sacudió la cabeza, poniendo ante él un plato cubierto.

—No hay por qué preocuparse —dijo, sirviéndole pastel de perdices. Su voz era serena pero se acentuó la pequeña arruga vertical entre sus cejas—. He mandado a Fergus para que les enseñe la escritura de transferencia y la constancia de que Ian fue dado de baja por su regimiento. Lo enviarán a casa en cuanto entiendan que no es el señor de Lallybroch y que nada conseguirán acusándolo. —Después de echar una mirada a su hijo, alargó la mano hacia la jarra de cerveza—. Les será difícil demostrar la acusación de traición en un niño.

Su voz era lúgubre, pero encerraba un deje de satisfacción al pensar en la confusión de la corte inglesa. La escritura de transferencia, salpicada de lluvia, demostraba que el título de Lallybroch había pasado del James adulto al menor; cada vez que aparecía en los tribunales, burlaba los intentos de la Corona por apoderarse de la finca como propiedad de un traidor jacobita.

Los ingleses habían incendiado tres sembrados más allá del campo alto. Arrancaron de sus hogares a Hugh Kirby y a Geoff Murray para fusilarlos en sus propias casas, sin preguntas ni acusaciones formales. El joven Joe Fraser había sido advertido por su esposa, que vio llegar a los ingleses, y pasó tres semanas viviendo con Jamie en la cueva, hasta que los soldados estuvieron bien lejos del distrito..., llevándose a Ian.

• • •

En octubre habló con los niños mayores: Fergus, el francesito que había sacado de un burdel de París, y Rabbie MacNab, el hijo de la fregona y gran amigo de Fergus.

Mientras se afeitaba había visto, por el rabillo del ojo, la fascinada envidia de Rabbie MacNab, Fergus y el pequeño Jamie, que lo observaban con atención, algo boquiabiertos.

—¿Nunca habéis visto afeitarse a nadie? —preguntó enarcando una ceja.

Rabbie y Fergus intercambiaron una mirada; la respuesta corrió por cuenta del pequeño Jamie, propietario titular de la finca.

—Oh, bueno... sí, tío —dijo enrojeciendo—. Pero... es decir... —tartamudeó un poco, enrojeciendo aún más—. Ahora papá no está... y aunque esté en casa no siempre lo vemos afeitarse... y además, tú tienes tanto pelo en la cara, tío, después de todo un mes... Es que nos alegramos mucho de verte otra vez y...

Súbitamente, Jamie cayó en la cuenta de que, para los muchachitos, él debía parecer un personaje muy romántico. Vivir solo en una cueva, salir a cazar en la oscuridad, bajar en la bruma de la noche, sucio, barbudo y con el pelo revuelto... A esa edad, ser forajido y vivir escondido en el monte, en una cueva húmeda, podía parecer una aventura fascinante.

Podían entender el miedo, hasta cierto punto. El miedo a la captura, a la muerte. Pero no el miedo a la soledad, al propio temperamento, a la locura.

—Bueno, sí —dijo, volviéndose con aire indiferente hacia el espejo—. El hombre nace para sufrir y afeitarse. Una de las plagas de Adán.

—¿De Adán? —Fergus puso cara de desconcierto mientras los otros fingían tener alguna idea de lo que Jamie decía. De Fergus nadie esperaba que lo supiera todo, porque era francés.

—Ah, sí. —Jamie metió el labio superior bajo los dientes para raspar delicadamente debajo de la nariz—. Al principio, cuando Dios creó al hombre, la barbilla de Adán era tan lampiña como la de Eva. Y los dos tenían el cuerpo tan suave como un recién nacido —añadió, viendo que su sobrino echaba un vistazo a la entrepierna de Rabbie. Éste aún no tenía barba, pero el tenue bozo del labio superior revelaba crecimientos en otras partes.

—Pero cuando el ángel de la espada flamígera los expulsó del Edén, no bien hubieron cruzado las puertas del jardín, el pelo comenzó a crecer y a escocer en la barbilla de Adán. Y desde entonces el hombre está condenado a afeitarse. —Terminó su propia barbilla con un garboso movimiento final y se inclinó teatralmente ante su público.

—Pero ¿y el otro pelo? ¿Por qué? —quiso saber Rabbie—. ¡Ahí no te afeitas!

El pequeño Jamie soltó una risita aguda, otra vez sonrojado.

—Menos mal —observó su tocayo—. Haría falta una mano muy firme. Eso sí: no habría necesidad de espejo —añadió entre un coro de risas.

—¿Y las señoras? —preguntó Fergus. Al decir «señoras» se le quebró la voz en un graznido de rana que hizo reír aún más a los otros dos—. *Les filies* también tienen pelo allí y no se afeitan..., generalmente, al menos —añadió pensando, obviamente, en algunas de las cosas que había visto en el burdel.

Jamie oyó los pasos de su hermana en el pasillo, que se acercaba con el paso lento y bamboleante del embarazo avanzado. Traía la bandeja de la cena sobre su vientre hinchado.

—¡Silencio! —ordenó a los niños, que interrumpieron bruscamente las risas. Y se adelantó de prisa con la bandeja para ponerla en la mesa.

Era un plato apetitoso, hecho con tocino y carne de cabra; vio que la prominente nuez de Adán subía y bajaba en la garganta de Fergus al sentir el aroma. Sabía que ellos guardaban la mejor comida para él; era obvio, por lo demacrado de las caras que rodeaban la mesa. Cada vez que él bajaba traía toda la carne que lograba conseguir: conejos o gallos silvestres cazados con trampa y algunos huevos de chorlito; pero nunca era suficiente para aquella casa, cuya hospitalidad debía cubrir las necesidades, no sólo de los suyos y los criados, sino también de las familias de Kirby y Murray, ambos asesinados. Al menos hasta la primavera, las viudas y los huérfanos de sus arrendatarios debían permanecer allí y a él le correspondía hacer lo posible por alimentarlos.

—Siéntate a mi lado —dijo a Jenny cogiéndola del brazo para traerla suavemente hasta el banco puesto junto a él. Con gran firmeza, cortó un buen trozo de carne y puso el plato ante ella.

—¡Pero si eso es todo para ti! —protestó ella—. Yo ya he comido.

—No lo suficiente. Necesitas más..., por el bebé —añadió inspirado. Si no comía por sí misma, lo haría por la criatura.

Su hermana vaciló un momento y, sonriéndole, cogió la cuchara y empezó a comer.

Corría el mes de noviembre; el frío se filtraba por la camisa delgada y los pantalones de montar que llevaba puestos. Atento al rastro, apenas lo notó. El cielo estaba aborregado, pero la luna llena daba abundante luz.

No llovía, gracias a Dios; con el ruido del agua al caer era imposible oír nada, y el aroma penetrante de las plantas mojadas disfrazaba el olor de los animales. Su olfato se había vuelto casi penosamente agudo en los largos meses pasados a la intemperie; a veces, cuando entraba en la casa, los olores parecían capaces de derribarlo.

Giró con toda la lentitud posible hacia el sitio donde sus oídos le habían indicado que estaba el venado. Tenía el arco en la mano y una flecha lista. Podría disparar una sola vez, si acaso, cuando el animal huyera.

¡Allí! El corazón se le subió a la garganta al ver los cuernos, agudos y negros por encima de las aliagas. Afirmó el cuerpo, aspiró hondo y dio un paso adelante.

Fue un disparo limpio, afortunadamente se clavó justo detrás de la paleta. Difícilmente habría tenido fuerzas para perseguir a un ciervo adulto herido. Había caído en un lugar despejado, tras una mata de aliagas, con las piernas tiesas, en la forma extrañamente indefensa en que lo hacen los ungulados moribundos.

Jamie sacó el cuchillo del cinturón y se arrodilló junto al venado, diciendo apresuradamente la oración de gralloch que le había enseñado el viejo John Murray, el padre de Ian. Con la seguridad que le daba la práctica, levantó el hocico pegajoso con una mano y, con la otra, cortó el cuello del animal. Luego, el brusco esfuerzo de mover y destripar la res, el largo tajo donde se mezclaban fuerza y delicadeza para abrir el cuero entre las patas sin penetrar en el saco que encerraba las entrañas. Metió las manos en la res, profanando la intimidad caliente y húmeda, e hizo otro esfuerzo para retirar el saco viscoso, que brillaba entre sus manos a la luz de la luna. Un tajo arriba, otro abajo. Y la masa quedó libre, en la transformación de magia negra que convertía a un venado en carne.

Era un animal pequeño, aunque su cornamenta ya tenía puntas. Con un poco de suerte podría cargarlo él solo, en vez de dejarlo a merced de los zorros y los tejones hasta que pudiera traer ayuda para trasladarlo. Metió un hombro bajo una de las patas y se incorporó con lentitud, gruñendo por el esfuerzo, hasta acomodar firmemente el peso en la espalda.

Se sentía algo mareado. Cada vez le afectaba más la desorientación, la fragmentación de sí mismo entre el día y la noche. Durante el día era sólo una criatura que escapaba de su húmeda inmovilidad mediante una disciplinada y terca retirada por las vías del pensamiento y la meditación, buscando refugio en las páginas de los libros. Pero al salir la luna, sucumbiendo de inmediato a las sensaciones, emergía, como una bestia de su guarida, al aire fresco para correr por las colinas oscuras y cazar bajo las estrellas, impulsado por la noche, ebrio de sangre e influjo lunar.

Sólo cuando surgieron a la vista las luces de Lallybroch dejó, por fin, que el manto de humanidad cayera sobre él, que mente y cuerpo volvieran a unirse, mientras se preparaba para saludar a su familia.

5

Nos dan un niño

Tres semanas después aún no había noticias de Ian. Fergus llevaba varios días sin ir a la cueva, por lo que Jamie se consumía de preocupación por saber cómo iba todo en la casa. El venado ya habría desaparecido, con tantas bocas que alimentar, y la huerta rendía muy poco en aquella época del año.

Su preocupación era tanta que se arriesgó a una visita temprana; después de revisar sus trampas, bajó de las colinas justo antes del crepúsculo. Por si acaso, tuvo la prudencia de ponerse el gorro tejido con tosca lana parda que le protegería el pelo de cualquier rayo revelador del sol poniente. Su estatura, por sí sola, podía provocar sospechas, pero no dar certidumbre, y tenía plena confianza en la fuerza de sus piernas para escapar si tenía la mala suerte de encontrarse con una patrulla inglesa. Las liebres de los brezales no podían medirse con Jamie Fraser, si estaba sobreaviso.

Al acercarse notó que la casa estaba extrañamente silenciosa. Faltaba el bullicio habitual de los niños: los cinco de Jenny y los seis de los arrendatarios, por no mencionar a Fergus y a Rabbie MacNab, que distaban mucho de haber dejado atrás la edad de perseguirse por los establos, chillando como posesos.

Se detuvo ante la puerta de la cocina, sintiendo la casa desierta a su alrededor. Se encontraba en el vestíbulo trasero, con la despensa a un lado, el fregadero al otro y la parte principal de la cocina justo delante. Permaneció inmóvil, aguzando todos los sentidos, escuchando mientras inhalaba los abrumadores aromas de la casa. Había alguien allí: un leve rasgueo, seguido por un tintineo suave y regular, surgía a través de la puerta recubierta de paño que retenía el calor en la cocina, impidiendo que se filtrara hacia la helada despensa trasera.

Reconfortado por el ruido doméstico, abrió la puerta con cautela, pero sin miedo. Jenny, sola y embarazada, estaba de pie ante la mesa, batiendo algo en un cuenco amarillo.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está la señora Coker?

La hermana soltó la cuchara con un grito sobresaltado.

—¡Jamie! —Apretó una mano contra el pecho y cerró los ojos, pálida.

—¡Por Dios! ¡Casi me matas del susto! —Abrió los ojos, de color azul oscuro como los de él, y le clavó una mirada penetrante—. ¿Qué estás haciendo aquí, Virgen Santa? No te esperaba hasta dentro de una semana.

—Hace días que Fergus no sube a la colina; estaba preocupado —dijo simplemente.

—Eres un tesoro, Jamie. —Su cara estaba recobrando el color. Con una sonrisa, se acercó a su hermano para abrazarlo.

—¿Dónde están todos? —preguntó, soltándola de mala gana.

—Bueno, la señora Coker ha muerto —respondió acentuando la leve arruga entre sus cejas.

—¿Sí? —Jamie se persignó suavemente—. Lo lamento. —La señora Coker había sido criada primero y ama de llaves después, desde la boda de sus padres, más de cuarenta años atrás—. ¿Cuándo?

—Ayer por la mañana. No fue inesperado, pobrecita, y se fue apaciblemente. En su propia cama, como quería, con el padre McMurtry orando junto a ella.

Jamie echó una mirada reflexiva hacia la puerta que conducía hacia las habitaciones del servicio.

—¿Aún está allí?

La hermana sacudió la cabeza.

—No. Le dije a su hijo que debían velarla aquí, en la casa, pero los Coker pensaron que, estando las cosas como están —abarcó con un mohín la ausencia de Ian, el acecho de los ingleses, los arrendatarios refugiados, la falta de comida y la presencia de Jamie en la cueva—, era mejor hacerlo en Broch Mordha, en casa de su hermana. Han ido todos allí. Yo dije que no estaba en condiciones de acompañarlos —añadió con una sonrisa picara—. Pero en realidad necesitaba unas horas de paz y silencio.

—Y aquí vengo yo, a interrumpir tu paz —dijo Jamie melancólico—. ¿Quieres que me vaya?

—No, cabeza de chorlito —dijo la hermana afablemente—. Siéntate mientras sigo preparando la cena.

—¿Qué hay para comer? —preguntó olfateando con aire esperanzado.

—Depende de lo que hayas traído —replicó Jenny. Se movió pesadamente por la cocina, retirando cosas de los armarios, y se detuvo a revolver el gran caldero que pendía sobre el fuego, del que surgía un vapor tenue.

—Si has traído carne, la comeremos. Si no, será cebada hervida y carne en conserva.

—Menos mal que tuve suerte —dijo él. Volcó su bolsa y dejó caer los tres conejos en la mesa, un bulto inerme de pelaje gris y orejas caídas—. Y zarzamoras —añadió volcando el contenido de su gorro pardo, manchado por dentro de rico jugo rojo.

A Jenny se le iluminaron los ojos.

—Pastel de liebre —declaró—. No hay grosellas, pero las zarzamoras servirán. Y, gracias a Dios, queda suficiente manteca.

Viendo un leve movimiento entre el pelaje gris, golpeó la mesa con la mano, reduciendo a la nada al minúsculo intruso.

—Llévatelos fuera para desollarlos, Jamie, si no quieres que la cocina se llene de pulgas.

Al volver con los animales desollados, Jamie vio que la masa para el pastel estaba muy avanzada; Jenny tenía manchas de harina en el vestido.

—Córtalos en tiras y aplasta los huesos, ¿quieres, Jamie? —dijo consultando con el entrecejo arrugado las Recetas de cocina y pastelería de la señora McClintock, que tenía abierto en la mesa.

—¿No puedes preparar un pastel de liebre sin mirar ese librillo? —preguntó él, cogiendo la gran maza de madera.

—Claro que puedo —respondió su hermana, distraída, mientras hojeaba el volumen—. Pero cuando te faltan la mitad de las cosas necesarias, a veces aquí encuentras algo que puedes usar. Normalmente prepararía la salsa con clarete, pero sólo nos queda un tonel en el «hoyo del cura» y no quiero tocarlo. Podría hacernos falta.

Él no preguntó para qué. Un tonel de clarete podía engrasar los engranajes para que liberaran a Ian o, al menos, para conseguir noticias suyas. Distraído, se inclinó hacia el caldero para sumergir el cuchillo en el líquido hirviente; luego lo secó.

—¿Por qué has hecho eso, Jamie? —Jenny lo estaba mirando.

—Ah —dijo él aparentando indiferencia mientras cogía uno de los animales—. Claire me enseñó a lavar los cuchillos en agua hirviendo antes de tocar los alimentos con ellos.

Más que verlo, sintió que ella enarcaba las cejas. Sólo una vez le había preguntado por Claire, cuando volvió de Culloden, consciente sólo a medias y casi muerto de fiebre. «Se fue», había sido su respuesta, apartando la cara. «No vuelvas a mencionármela.» Leal como siempre, Jenny no lo hacía y él tampoco. Ignoraba por qué acababa de pronunciar su nombre, a menos que fuera por los sueños.

Habría podido jurar que a veces despertaba con el olor de ella en el cuerpo, almizclado e intenso, siempre mezclado con un fresco aroma a hierbas verdes. Más de una vez había vertido su simiente mientras soñaba, cosa que lo dejaba algo avergonzado e intranquilo. Para distracción de ambos señaló el vientre de Jenny.

—¿Cuánto falta? —preguntó ceñudo—. Pareces una gaita: un toque y ¡puf!

—¿Sí? Ojalá fuera tan fácil. —Arqueó la espalda, frotándose la cintura, y su vientre se proyectó de una manera alarmante. Él se apretó contra la pared para dejarle espacio—. Será en cualquier momento, supongo. Nunca se sabe con exactitud.

Cogió una taza para medir la harina y notó que en la bolsa quedaba muy poca.

—Cuando empiece, mándame llamar a la cueva —dijo súbitamente—. Bajaré, con ingleses o sin ellos.

Jenny dejó de revolver para mirarlo.

—¿Para qué?

—Bueno, Ian no está aquí —señaló Jamie cogiendo uno de los conejos desollados. Con la destreza de la práctica, desarticuló pulcramente un muslo y, con tres rápidos golpes de maza, la carne pálida quedó aplanada, lista para el pastel.

—De poco me serviría tenerlo aquí —musitó ella—. Ya se ocupó de su parte hace nueve meses. —Mirando a su hermano con la nariz fruncida, cogió el plato con la manteca.

Jamie no pudo resistir la tentación de apoyar levemente la mano en aquella curva monstruosa para percibir las poderosas patadas del habitante, impaciente por abandonar su encierro.

—Mándame a Fergus cuando llegue el momento —repitió.

Ella lo miró con exasperación y le apartó la mano con un golpe de cuchara.

—¿No acabo de decirte que no te necesito? Por Dios, hombre, demasiadas preocupaciones tengo ya, con la casa llena de gente, apenas lo indispensable para alimentarla, Ian preso en Inverness y los ingleses rondando las ventanas cada vez que me doy la vuelta. ¿Debo preocuparme también por el riesgo de que te atrapen?

—Por mí no te preocupes. Sé cuidarme —aseguró sin mirarla.

—Bueno, si sabes cuidarte, quédate en la colina. Ya he tenido seis hijos. ¿No te parece que a estas horas puedo arreglármelas?

—Contigo no se puede discutir —la acusó.

—No —replicó ella de inmediato—. Así que te quedarás allí.

—Vendré.

—Debes de ser el tonto más testarudo de Escocia.

Por la cara de su hermano se extendió una dilatada sonrisa.

—Puede que sí —dijo dándole unas palmaditas en el vientre henchido—. Y puede que no. Pero voy a venir. Cuando llegue el momento, envíame a Fergus.

Tres días después, al amanecer, Fergus subió la cuesta hasta la cueva, jadeando y perdiendo la senda en la oscuridad. Hizo tanto ruido entre las aliagas que Jamie lo oyó mucho antes de que llegara.

—Milord... —comenzó sin aliento al aparecer en el extremo de la senda.

Pero Jamie ya lo había dejado atrás y bajaba apresuradamente hacia la casa, echándose el manto por los hombros.

—Pero milord... —se oyó la voz del chico tras él, jadeante y asustado—. Los soldados...

—¿Qué soldados? —Jamie se detuvo bruscamente.

—Dragones ingleses, milord. Milady me manda deciros que no abandonéis la cueva bajo ningún concepto. Uno de los hombres los vio ayer, acampados cerca de Dunmaglas.

—Malditos sean.

—Sí, milord. —Fergus se sentó en una piedra para abanicarse, su estrecho torso palpitaba aceleradamente.

Jamie vacilaba, irresoluto. Todos sus instintos se negaban a volver a la cueva.

—Hum... —murmuró mirando a Fergus. En él se agitaba cierta sospecha. ¿Por qué su hermana le mandaba a Fergus a hora tan extraña? La respuesta era obvia: temía no estar en condiciones de enviarle el mensaje a la noche siguiente.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó.

—¡Oh, bien, milord, muy bien! —El caluroso tono de la afirmación confirmó las sospechas de Jamie.

—Está a punto de tener el niño, ¿no?

—¡No, milord, claro que no!

Jamie plantó una mano en el hombro de Fergus. Los huesos parecían pequeños y frágiles bajo sus dedos; recordó, incómodo, los conejos que había troceado para Jenny.

—Dime la verdad —exigió!

—¡De veras, milord!

La mano se ciñó inexorablemente.

—¿Ella te ordenó que no me lo dijeras?

La prohibición de Jenny debía haber sido literal, pues Fergus respondió a esa pregunta con evidente alivio.

—¡Sí, milord!

—Ah. —Jamie aflojó la mano y el chico se levantó de un brinco. Mientras se trotaba el hombro enclenque, empezó a hablar con volubilidad.

—Dijo que yo no debía decirle nada, salvo lo de los soldados, milord, y que si lo hacía me cortaría las criadillas para hervirlas como nabos.

Jamie no pudo reprimir una sonrisa.

—Por faltos de comida que estemos —aseguró a su protegido—, no es para tanto. —Echó un vistazo al horizonte, donde asomaba una fina línea rosada, tras la silueta negra de los pinos—. Ven, vamos. En media hora habrá amanecido.

En el amanecer no había rastros de silencio ni de vacío. Quien tuviera ojos en la cara podía ver que en Lallybroch estaba sucediendo algo anormal. El caldero de la colada se había quedado en el patio, con el fuego apagado, lleno de agua fría y ropa mojada. Unos gemidos quejumbrosos, como si estuvieran estrangulando a alguien, indicaban que la única vaca restante necesitaba con urgencia que la ordeñaran. Los balidos irritantes, en el cobertizo de las cabras, le revelaron que a sus ocupantes les habría gustado recibir una atención similar.

Cuando entró en el patio, tres pollos pasaron corriendo en un plumoso alboroto, perseguidos por Jehu, el terrier ratonero. Jamie le acertó con la bota bajo las costillas, haciéndolo volar por el aire.

Los niños, los muchachos mayores, Mary MacNab y Sukie, la otra criada, estaban reunidos en la sala bajo la vigilante mirada de la señora Kirby, una viuda severa, que les estaba leyendo la Biblia.

Desde arriba llegó un alarido que pareció prolongarse indefinidamente. La señora Kirby se interrumpió un momento para permitir que todos lo percibieran, antes de continuar con la lectura. Sus ojos, pálidos y húmedos como ostras crudas, se desviaron fugazmente hacia el techo; luego volvieron a posarse, satisfechos, en la hilera de caras tensas.

Kitty estalló en histéricos sollozos y sepultó la cara en el hombro de su hermana. Maggie Ellen se estaba poniendo roja bajo las pecas; su hermano mayor, en cambio, se había puesto mortalmente pálido tras oír el grito.

—Señora Kirby —dijo Jamie—. Calle, por favor.

La señora Kirby, ahogando una exclamación, dejó caer la Biblia, que aterrizó con un golpe sordo. Jamie se inclinó para recogerla; luego mostró los dientes a la mujer. Por lo visto, su gesto no tuvo éxito como sonrisa pero algún efecto produjo, pues la mujer, palideciendo, se llevó una mano al amplio seno.

—Creo que vosotras seríais más útiles en la cocina —dijo él. Su ademán de cabeza envió a Sukie hacia allí como si fuera una hoja en el viento. La señora Kirby se levantó para seguirla, con mucha más dignidad, pero sin vacilar.

Envalentonado por la pequeña victoria, Jamie se deshizo en pocos instantes de los otros ocupantes de la sala. La viuda Murray y sus hijas salieron a ocuparse de la colada y los niños menores, a encerrar los pollos, bajo la supervisión de Mary MacNab. Los niños mayores fueron, con obvio alivio, a ocuparse del ganado.

Una vez desierta la habitación, vaciló un momento. Sentía que debía quedarse en la casa montando guardia, aunque tenía aguda conciencia de que no podía hacer nada por ayudar, tal como Jenny había dicho. En el patio había visto una mula desconocida; presumiblemente, la partera estaba arriba, con Jenny.

Incapaz de permanecer sentado, vagó inquieto por la sala, con la Biblia en las manos, tocando cosas. Un gemido prolongado en el piso superior le hizo mirar involuntariamente el Libro Sagrado. No tenía muchas ganas de hacerlo, pero dejó que el libro se abriera por la primera página, donde se registraban los casamientos, nacimientos y defunciones de la familia.

Las anotaciones comenzaban con el casamiento de sus padres, Brian Fraser y Ellen MacKenzie. Los nombres y la fecha estaban escritos con la letra redonda de su madre; abajo, una breve anotación con los garabatos de su padre, más firmes y negros: «Casados por amor», decía; la observación venía al caso, teniendo en cuenta el registro siguiente, que fechaba el nacimiento de Willie apenas dos meses después.

Como siempre, Jamie sonrió al ver aquellas palabras, levantando la vista hacia el retrato: él mismo, a los dos años, con Willie y Bran, el enorme galgo. Era todo lo que quedaba de Willie, que había muerto de viruela a los once años. La pintura tenía un tajo, probablemente obra de una bayoneta, para descargar la frustración de su propietario.

—Y si no hubiera muerto, ¿qué? —dijo suavemente al cuadro.

Al cerrar el libro entrevió la última anotación. *Caitlin Maisri Murray, nacida el 3 de diciembre de 1749, fallecida el 3 de diciembre de 1749.* Si los soldados ingleses no hubieran llegado el 2 de diciembre, ¿se habría adelantado el parto de Jenny? Si hubieran tenido suficiente comida, si ella no hubiera sido piel, huesos y el bulto del vientre, ¿se habría remediado algo?

Desde arriba llegó otro alarido. En un espasmo de miedo, Jamie apretó el libro entre las manos.

—Ora por nosotros, hermano —susurró. Después de persignarse, dejó la Biblia y fue al granero, para ayudar con los animales.

Allí había poco que hacer; Rabbie y Fergus se bastaban holgadamente para atender los pocos animales restantes. El joven Jamie, con sus diez años, estaba ya en edad de prestar bastante ayuda. Buscando algo que hacer, Jamie recogió una brazada de heno para llevarla a la mula de la partera. Cuando se acabara el heno habría que matar a la vaca; a diferencia de las cabras, a ella no le bastaba el forraje de invierno de las colinas, aun con las hierbas que traían los pequeños. Con suerte, la res salada les duraría hasta la primavera.

Cuando entró en el granero, Fergus levantó la vista de su horquilla para estiércol.

—¿Ésa es una partera decente, de buena reputación? —interpeló proyectando agresivamente la mandíbula—. ¡No creo que Madame deba estar en manos de una campesina!

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Jamie irritado—. ¿Acaso yo me ocupo de contratar comadronas? —La señora Martin, la vieja partera que había asistido en el nacimiento a todos los Murray anteriores, había muerto durante la hambruna del año siguiente a Culloden, como tantos otros. La señora Innes, la nueva partera, era mucho más joven; era de esperar que ya tuviera experiencia suficiente para saber lo que hacía.

Rabbie también parecía inclinado a participar de la discusión. Miró a Fergus con gesto ceñudo.

—¿Y qué significa eso de «campesina»? Tú también eres campesino, por si no te has dado cuenta.

Fergus lo miró alzando la nariz con mucha dignidad.

—Que yo sea campesino o no, no tiene importancia —dijo altanero—. Yo no soy partera.

—¡No, eres un fiddle-ma-fyke! —Rabbie dio a su amigo un recio empellón.

Con una exclamación de sorpresa, Fergus cayó pesadamente hacia atrás. Se levantó al momento para lanzarse contra Rabbie, que reía, sentado en el borde del pesebre, pero Jamie lo sujetó por el cuello de la camisa.

—Nada de eso —ordenó—. No quiero que destrocéis el poco heno que nos queda. —Puso a Fergus en pie y, para distraerlo, preguntó—: ¿Qué sabes tú de parteras, al fin y al cabo?

—Mucho, milord. —Fergus se sacudió la ropa con gestos elegantes—. Mientras vivía en casa de Madame Elise, muchas de las damas fueron puestas en el lecho.

—No lo dudo —interpuso Jamie con sequedad—. ¿Para alumbrar, quieres decir?

—Para alumbrar, claro. ¡Caramba, yo mismo nací allí!

—Efectivamente. —A Jamie se le contrajo la boca—. Bueno, confío que hayas hecho cuidadosas observaciones y puedas decirnos cómo se deben hacer las cosas.

Fergus ignoró el sarcasmo.

—Por supuesto —dijo despreocupado—. Naturalmente, la partera debe poner un cuchillo bajo la cama, para cortar el dolor. Y un huevo consagrado con agua bendita a los pies de la cama para que la mujer pueda expulsar al niño con facilidad. Después del nacimiento —prosiguió perdiendo las dudas en el entusiasmo de su disertación—, la comadrona debe preparar un té con la placenta y dárselo a beber a la madre, para que la leche fluya en abundancia.

Rabbie tuvo una arcada.

—¿Con la placenta? —exclamó incrédulo—. ¡Dios mío!

Jamie también se sentía algo asqueado por aquella exposición de conocimientos médicos modernos.

—Bueno, sí —dijo a Rabbie tratando de fingir desenvoltura—. Ellos comen ranas, ¿sabes? Y caracoles. Supongo que lo de la placenta no es tan extraño.

Para sus adentros se preguntó si ellos mismos tardarían mucho en comer ranas y caracoles, pero prefirió reservarse el comentario.

Rabbie fingió algunas arcadas más.

—¡Cristo, quién querría ser francés!

Fergus giró en redondo y disparó un veloz puñetazo, que le alcanzó en la boca del estómago. Rabbie se dobló sin hacer ruido, con los ojos dilatados en una expresión de intensa sorpresa. Estaba tan ridículo que a Jamie le costó no reír, pese a su preocupación por Jenny y la irritación que le provocaban las reyertas de los muchachos.

—¡Por qué no dejáis de...! —comenzó.

Lo interrumpió un grito del pequeño Jamie, que hasta entonces había guardado silencio, fascinado por la conversación.

—¿Qué? —Jamie giró sobre sus talones y llevó automáticamente la mano a la pistola que llevaba cuando abandonaba la cueva. Pero no había ninguna patrulla inglesa en el patio del establo—. ¿Qué diablos pasa?

Entonces los vio. Tres pequeñas motas negras que volaban sobre las matas muertas en el sembrado de patatas.

—Cuervos —musitó, sintiendo que se le erizaba el pelo de la nuca. Que aquellas aves de la guerra y la matanza llegaran a una casa durante un nacimiento era el peor de los presagios. Y una de aquellas sucias bestias se estaba posando en el tejado, ante sus propios ojos.

Sin pensarlo conscientemente, sacó la pistola del cinturón y apoyó el caño en el antebrazo para apuntar con cuidado.

El arma se sacudió y el cuervo estalló en una nube de plumas negras. Sus dos compañeros se lanzaron al aire, como si los hubiera despedido la explosión, para alejarse con locos aleteos; sus ásperos gritos se perdieron rápidamente en el aire de invierno.

—*Mon Dieu!* —exclamó Fergus—. *C'est bien, ça!*

—Sí, buen disparo, señor. —Rabbie, aún impresionado y algo falto de aliento, se había repuesto a tiempo para ver el tiro. Ahora señalaba la casa con la barbilla—. Mirad, señor. ¿No es la partera?

Era la señora Innes, sí, que asomaba la cabeza por la ventana del piso superior, con el rubio pelo suelto, tratando de mirar hacia el patío. Tal vez el ruido del disparo le hacía temer algún problema. Jamie salió al patio y agitó la mano para tranquilizarla.

—Todo está bien —gritó—. Fue sólo un accidente. —No quería mencionar los cuervos por si la mujer se lo comentaba a Jenny.

—¡Subid! —gritó ella sin prestarle atención—. El bebé ha nacido y vuestra hermana quiere veros!

Jenny abrió un ojo, azul y levemente rasgado, como el de Jamie.

—Así que has venido, ¿no?

—Pensé que alguien tendría que estar aquí, aunque sólo fuera para orar por ti —respondió gruñón.

Ella cerró el ojo y una leve sonrisa le curvó los labios. Se parecía mucho a una pintura que él había visto en Francia.

—Eres tonto, pero me alegro —dijo con suavidad. Y abrió los ojos para echar un vistazo al bulto envuelto que tenía en el hueco del brazo—. ¿Quieres verlo?

—Ah, así que es un varón.

Con manos expertas después de ser tío durante años, Jamie cogió el pequeño paquete y lo acomodó contra su cuerpo, retirando la punta de manta que le sombreaba la cara. El bebé tenía los ojos muy cerrados; las pestañas no eran visibles en la arruga profunda de los párpados, que formaban un ángulo agudo sobre la suave redondez de las mejillas; eso presagiaba que tal vez, siquiera en ese único rasgo identificable, se parecería a la madre. La cabeza estaba llena de extraños bultos y desviada hacia un lado; su aspecto hizo que Jamie, incómodo, la comparara con un melón pateado; pero la gorda boquita se mantenía relajada y apacible; el húmedo labio interior se estremecía con el ronquido que acompañaba al agotamiento de haber nacido.

—Fue un trabajo duro, ¿no? —comentó dirigiéndose al niño.

Pero fue la madre quien respondió:

—Sí, en efecto. En el armario hay whisky. ¿Quieres traerme un vaso? —Su voz sonaba ronca; tuvo que carraspear para completar el pedido.

—¿Whisky? ¿No deberías beber cerveza con huevos batidos? —preguntó su hermano, reprimiendo con dificultad la imagen mental de lo que, según Fergus, era el sustento adecuado para las parturientas.

— Whisky—aseguró ella con decisión—. Cuando yacías abajo, baldado y con la pierna tan dolorida, ¿te di cerveza con huevos batidos?

—Me diste cosas mucho peores —dijo él sonriendo de oreja a oreja—. Pero es cierto, también me diste whisky. —Depositó cuidadosamente al niño dormido en el cubrecama y fue en busca de la bebida—. ¿Ya tiene nombre? —quiso saber señalando al bebé con la cabeza mientras escanciaba una generosa cantidad de líquido ambarino.

—Lo llamaré Ian, como su padre. —La mano de Jenny se posó en el cráneo redondeado, recubierto por una pelusa castaño dorada. En el punto blando de la coronilla palpitaba visiblemente el pulso; a Jamie le parecía tremendamente frágil, pero la partera le había asegurado que era un muchacho sano y vigoroso; habría que creerla. Movido por una oscura necesidad de proteger aquel punto blando, tan expuesto, levantó una vez más al bebé y le cubrió la cabeza con la manta.

—Mary MacNab me contó lo que hiciste con la señora Kirby —comentó Jenny tomando un sorbo—. Lástima que me lo perdí. Dice Mary que esa vieja bruja estuvo a punto de tragarse la lengua cuando te oyó.

Jamie sonrió como respuesta, dando suaves palmadas en la espalda del bebé, que descansaba sobre su hombro, profundamente dormido. Su cuerpecito, inerte como un jamón sin hueso, era un peso blando y reconfortante.

—Lástima que no lo hiciera. ¿Cómo haces para soportar a esa mujer? Yo la estrangularía si la tuviera en mi casa todos los días.

Su hermana resopló y cerró los ojos, echando la cabeza atrás para que el whisky descendiera por su garganta.

—Ah, la gente te molesta hasta donde se lo permites. Y yo no le permito mucho. De cualquier modo —añadió abriendo los ojos—, no me disgustaría librarme de ella. Estoy pensando colocársela al viejo Kettrick, el de Broch Mordha. El año pasado perdió a su esposa y a su hija; necesitará que alguien lo atienda.

—Sí, pero si yo fuera Samuel Kettrick me quedaría con la viuda de Murray, no con la de Kirby —observó Jamie.

—Peggy Murray ya está colocada —le aseguró su hermana—. En la primavera se casará con Duncan Gibbons.

—Duncan se ha movido deprisa —comentó un poco sorprendido. Entonces se le ocurrió algo y sonrió—. ¿Alguno de los dos lo sabe?

—No —respondió ella devolviéndole la sonrisa. Luego el gesto se esfumó en una mirada especulativa—. A menos que tú también estés pensando en Peggy.

—¿Yo?—Jamie dio un respingo, como si ella acabara de sugerir que él deseaba saltar por la ventana.

—Sólo tiene veinticinco años —insistió Jenny—. Puede tener más hijos. Y es buena madre.

—¿No has bebido demasiado whisky? ¡Estoy viviendo en una cueva, como un animal, y a ti se te ocurre que tome esposa! —De pronto se sentía vacío por dentro.

—¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con una mujer, Jamie? —preguntó su hermana en tono coloquial.

Se volvió a mirarla, estupefacto.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—No has estado con ninguna de las solteras que viven en Lallybroch y Broch Mordha —continuó ella sin prestarle atención—. Me habría enterado. Y creo que tampoco con ninguna de las viudas. —Hizo una delicada pausa.

—Sabes perfectamente que no —respondió sintiendo que se le sonrojaban las mejillas de fastidió.

—¿Por qué? —preguntó Jenny sin rodeos.

—¡Cómo que «por qué»! —la miraba con la boca entreabierta—. ¿Has perdido el juicio? ¿O me crees capaz de escabullirme de casa en casa, acostándome con toda mujer que no me expulse a escobazos?

—Como si alguna fuera a expulsarte. No, Jamie. Eres un hombre bueno. —Jenny sonrió con cierta tristeza—. No te aprovecharías de ninguna mujer. Primero tendrías que casarte, ¿no?

—¡No! —exclamó él violento. El bebé se retorció con un murmullo somnoliento. Automáticamente, lo trasladó al otro hombro sin dejar de darle palmaditas, mientras fulminaba a su hermana con los ojos—. No pienso casarme de nuevo, así que puedes olvidar esas ideas casamenteras, Jenny Murray. No quiero saber nada de eso, ¿me oyes?

—Te oigo, sí —dijo sin perturbarse. Y se retrepó un poco más en la almohada para mirarlo a los ojos—. ¿Piensas vivir como los monjes hasta el fin de tus días? ¿Irte a la tumba sin un hijo que te entierre y que bendiga tu nombre?

—¡Ocúpate de tus cosas, maldita seas! —Con el corazón acelerado, él le volvió la espalda para dirigirse a la ventana. Allí se quedó mirando sin ver el patio de los establos.

—Sé que aún lloras por Claire —sonó a su espalda, suavemente, la voz de su hermana—. ¿Crees que yo podría olvidar a Ian si no regresara? Pero es hora de que sigas adelante, Jamie. Claire no querría que te pasaras la vida solo, sin nadie que te consuele y te dé hijos.

—Ella estaba encinta —murmuró él, por fin, hablando con su propio reflejo en el vidrio empañado—. Cuando se... Cuando la perdí.

¿De qué otro modo podía decirlo? No había manera de explicar a su hermana dónde estaba Claire. De explicarle que no podía pensar en otra, con la esperanza de que estuviera con vida, aun sabiendo que la había perdido para siempre.

Tras un largo silencio, por fin, Jenny preguntó en voz baja:

—¿Por eso has venido hoy?

Él suspiró y se volvió a medias.

—Tal vez sí. Ya que no pude ayudar a mi esposa, pensé que podría ayudarte a ti. En realidad, no pude —añadió con cierta amargura—. Para ti soy tan inútil como lo fui para ella.

Jenny le alargó una mano, llena de aflicción.

—Jamie, *mo chridhe...* —Pero se interrumpió con los ojos dilatados por una súbita alarma: desde abajo llegaban gritos y ruido de madera astillada.

—¡Virgen Santa! —dijo palideciendo aún más—. ¡Son los ingleses!

—Dios mío. —Era tanto una plegaria como una exclamación de sorpresa. Jamie echó sendos vistazos a la cama y a la ventana, calculando las posibilidades de esconderse y las de escapar. El ruido de botas ya se oía en la escalera.

—¡El armario, Jamie! —susurró su hermana con urgencia.

Sin vacilar, entró en el ropero y cerró tras de sí.

Un momento después se abrió violentamente la puerta de la alcoba. Su vano se llenó con una silueta de chaqueta roja y sombrero ladeado que sostenía una espada desenvainada. El capitán de dragones hizo una pausa, recorriendo la habitación con la mirada; finalmente la fijó en la cama.

—¿La señora Murray? —preguntó.

Jenny hizo un esfuerzo por erguir la espalda.

—Soy yo. ¿Y qué demonios hacéis vos en mi casa? —interpeló. Estaba pálida, con la cara brillante por el sudor y los brazos trémulos, pero mantenía la cabeza erguida y la mirada aguda—. ¡Salid de aquí!

Sin prestarle atención, el hombre entró en el cuarto para acercarse a la ventana. Jamie vio pasar su forma borrosa junto a la esquina del ropero; luego reapareció de espaldas a él, dirigiéndose a Jenny.

—Uno de mis exploradores informó haber oído un disparo en las cercanías de esta casa no hace mucho rato. ¿Dónde están vuestros hombres?

—No tengo ninguno. —Los brazos temblorosos ya no la sostenían más. Jamie vio que su hermana se dejaba caer sobre las almohadas—. Ya os habéis llevado a mi esposo y mi hijo mayor tiene apenas diez años. —No mencionó a Rabbie ni a Fergus, que ya tenían edad suficiente para ser tratados (o maltratados) como hombres, si al capitán se le ocurría. Era de esperar que hubieran puesto pies en polvorosa en cuanto divisaron a los ingleses.

El capitán era un hombre curtido, de edad madura, poco dado a la credulidad.

—En las Tierras Altas, tener armas es delito grave —dijo volviéndose hacia el soldado que había entrado tras él—. Revisad la casa, Jenkins.

Tuvo que levantar la voz para dar esa orden, pues en la escalera la conmoción iba en aumento. Jenkins giró para salir de la habitación, pero en aquel momento entró la señora Innes, la partera, pasando violentamente junto al soldado que trataba de cerrarle el paso.

—¡Dejad en paz a la pobre señora! —exclamó enfrentándose al capitán con los puños apretados junto al cuerpo. Le temblaba la voz y se le estaba deshaciendo el moño, pero se mantuvo firme—. ¡Salid de aquí, condenados, y dejadla en paz!

—No estoy maltratando a tu señora —dijo el capitán con cierta irritación; era obvio que había tomado a la señora Innes por una de las criadas—. Sólo vengo a...

—¡No hace todavía una hora que ha dado a luz! ¡No es decente siquiera que la miréis, mucho menos que...!

—¿Que dio a luz? —La voz del capitán se hizo más aguda. Con súbito interés, su mirada pasó de la partera a la cama—. ¿Habéis alumbrado un niño, señora Murray? ¿Dónde está la criatura?

La criatura en cuestión se removió dentro de sus envolturas, perturbada por la mano tensa de su horrorizado tío. Desde las profundidades del ropero, Jamie podía ver la cara de su hermana, blanca hasta los labios, inmóvil como una piedra.

—La criatura ha muerto —dijo.

La comadrona abrió la boca, espantada. Por suerte, el capitán seguía concentrado en Jenny.

—¿Sí? —dijo lentamente—. ¿Fue...?

—¡Mamá! —El grito de angustia venía desde la puerta. El pequeño Jamie se desprendió de las manos de un soldado para lanzarse hacia su madre—. ¿El niño ha muerto, mamá? ¡No, no! —Sollozando cayó de rodillas, escondiendo la cara entre las sábanas.

Como llamando la atención de su hermano, el pequeño Ian dio evidencias de su estado pataleando con notable vigor contra las costillas de su tío; a continuación emitió una serie de gruñidos sofocados, que afortunadamente pasaron desapercibidos en el bullicio exterior.

Jennie estaba tratando de consolar al pequeño Jamie; la señora Innes hacía esfuerzos inútiles para levantarlo; el capitán intentaba en vano hacerse oír por encima de los gemidos apesadumbrados del niño y, por toda la casa, vibraban los sonidos apagados de las botas y los gritos.

Jamie tuvo la impresión de que el capitán quería saber dónde se encontraba el cuerpo del recién nacido. Estrechó el cuerpo en cuestión, meciéndolo para sofocar cualquier intención de llanto. Llevó la otra mano a la empuñadura del puñal, pero era un gesto vano; si abrían el ropero, ni siquiera cortarse el cuello le serviría de nada.

El recién nacido emitió un ruido irascible, sugiriendo que no le gustaban esas sacudidas. Jamie, que ya veía la casa en llamas y a sus habitantes masacrados, lo percibió tan potente como los angustiados aullidos de su sobrino mayor.

—¡Fuiste tú! —El pequeño Jamie se había puesto en pie, abotargado por las lágrimas y la ira, y estaba avanzando hacia el capitán, con la cabeza gacha, como un pequeño carnero—. ¡Tú mataste a mi hermano, inglés de mierda!

El capitán, algo sorprendido por aquel ataque, dio un paso atrás, parpadeando.

—No, muchacho, estás muy equivocado. Caramba, si yo sólo...

—¡Maldito estúpido! A *mhic an diabhoil!* —Completamente fuera de sí, el pequeño Jamie iba hacia el capitán, gritando todas las obscenidades que había oído en su vida, en gaélico o en inglés.

—Enh —dijo el bebé Ian, al oído de Jamie, el mayor—. ¡Enh, enh!

Eso se parecía mucho a los preliminares de un chillido mayúsculo. En su pánico, Jamie soltó el puñal y hundió el pulgar en la suave y húmeda abertura que estaba emitiendo aquellos sonidos. Las encías desdentadas del bebé se cerraron alrededor del dedo, con una ferocidad que estuvo a punto de arrancarle una exclamación.

—¡Vete. ¡Sal de aquí! ¡Lárgate o te mato! —gritaba el joven Jamie al capitán, con la cara contraída por la cólera.

—Esperaré a mis hombres en el piso de abajo —informó el capitán con toda la dignidad que le fue posible.

Y se retiró, cerrando apresuradamente la puerta. El pequeño Jamie, privado de su enemigo, cayó al suelo y se derrumbó en un llanto indefenso.

Por la rendija de la puerta, Jamie vio que la señora Innes miraba a la señora, abriendo la boca para formular una pregunta. Jenny se levantó como Lázaro, con una expresión feroz, apretando un dedo contra los labios para imponer silencio. Sacó los pies de la cama y se sentó a esperar. Los ruidos de los soldados sonaban en toda la casa.

Jamie aspiró profundamente y se preparó. Habría que correr el riesgo; tenía la mano y la muñeca mojados de saliva y los gruñidos frustrados del bebé estaban aumentando de volumen.

Salió a tropezones del ropero, bañado en sudor, y puso al bebé en brazos de Jenny. Ella se descubrió el pecho con un solo movimiento y oprimió la cabecita contra su pezón, inclinándose hacia el bulto diminuto para protegerlo.

El pequeño Jamie se había incorporado al ver abrirse el ropero; ahora, despatarrado contra la puerta, aturdido por la impresión, miraba alternativamente a su madre y a su tío.

Cuando los gritos y los crujidos de arneses anunciaron la partida de los soldados, Ian hijo, ya saciado, roncaba en brazos de su madre. Jamie los vio alejarse junto a la ventana, donde no podía ser visto.

—Bajo al «hoyo del cura» —dijo suavemente—. Cuando oscurezca volveré a la cueva.

Jenny asintió con la cabeza, sin mirarlo.

—Creo... que no debo volver a bajar —añadió por fin—. Durante algún tiempo.

Su hermana asintió una vez más, sin decir nada.

6

Estando ahora justificado por su sangre

Sólo volvió a bajar a la casa una vez más. Durante dos meses se mantuvo oculto en la cueva; casi no se atrevía ni a salir por la noche para cazar, pues los soldados ingleses estaban todavía acuartelados en Comar. Las tropas salían diariamente, en pequeñas patrullas de ocho o diez hombres, y recorrían la campiña saqueando lo que aún quedaba y destruyendo lo que no podían utilizar. Todo con la bendición de la Corona inglesa.

Al pie de la colina donde estaba la cueva pasaba un camino. Era apenas una tosca senda utilizada por los venados, aunque tonto era el animal que se aventurara donde su olor pudiera llegar a la cueva. Aun así, de vez en cuando Jamie veía algún grupo de ciervos rojos o encontraba sus huellas al día siguiente.

El camino también era utilizado por los pocos que tenían algo que hacer en la ladera. El viento soplaba desde la cueva, así que Jamie no esperaba ver ningún venado. Había estado tendido en el suelo, justo a la entrada de la caverna, donde las aliagas y los serbales dejaban pasar luz suficiente para leer en días despejados. No tenía muchos libros, pero Jared se las arreglaba para contrabandear algunos cuando enviaba regalos desde Francia.

Unas sombras se movieron sobre la página al agitarse las matas. El instinto afinado de Jamie captó de inmediato el cambio en la dirección del viento... y con él, un sonido de voces.

Se levantó de un brinco, llevando la mano al puñal del que jamás se separaba. Dejando cuidadosamente el libro se cogió al saliente de granito que usaba como apoyo y se izó hasta la estrecha grieta que constituía la entrada de la cueva.

El intenso reflejo de rojo y metal en el camino de abajo le sorprendió desagradablemente. No es que temiera que alguno de los soldados se apartara de la senda (estaban mal equipados para recorrer los tramos más normales de aquel brezal y mucho peor para trepar por una cuesta espinosa como aquélla) pero su presencia tan cercana le impediría salir de la cueva antes del oscurecer, ni siquiera para buscar agua o mear. Echó un rápido vistazo a la jarra de agua, aunque sabía que estaba casi vacía.

Un grito le obligó a mirar nuevamente hacia abajo; entonces estuvo a punto de perder asidero en la roca. Los soldados se habían agrupado en torno a una pequeña silueta, encorvada bajo el peso de un pequeño tonel. Era Fergus, que subía con un barril de cerveza recién destilada. ¡Por todos los diablos! No le habría venido nada mal la cerveza; hacía meses que no la probaba.

Como el viento había vuelto a cambiar, sólo le llegaron algunas palabras sueltas; pero la pequeña silueta parecía estar discutiendo con el soldado que tenía enfrente y gesticulaba violentamente con la mano libre.

—¡Idiota! —susurró Jamie—. ¡Dales ese tonel y que se vayan, pequeño estúpido!

Uno de los soldados lanzó sendos manotazos hacia el tonel y falló: la menuda silueta morena dio un ágil salto atrás. Jamie se dio una palmada en la frente, exasperado. Fergus no podía vencer su insolencia cuando se enfrentaba a la autoridad..., sobre todo si se trataba de la autoridad inglesa. Ahora se deslizaba hacia atrás, gritando algo a sus perseguidores.

—¡Tonto! —dijo Jamie, violentamente—. ¡Deja caer eso y huye!

En vez de soltar el tonel o partir corriendo, Fergus, visiblemente seguro de su propia velocidad, volvió la espalda a los soldados y les meneó el trasero de una manera insultante. Irritados hasta el punto de arriesgarse a pisar aquella vegetación pantanosa, varios de los Chaquetas Rojas brincaron fuera del camino para perseguirlo.

Jamie vio que el jefe levantaba un brazo y gritaba una advertencia. Por lo visto, había comprendido que Fergus podía ser un cebo, enviado para llevarlos a una emboscada. Pero Fergus también estaba gritando. Al parecer, los soldados entendían bastante bien su francés de albañal pues, aunque varios de los hombres se detuvieron ante el grito del jefe, cuatro de los soldados se arrojaron contra el muchacho.

Hubo un forcejeo y nuevos gritos; Fergus se escurrió como una anguila entre los soldados. Con toda aquella conmoción y entre los gemidos del viento, era imposible que Jamie oyera el susurro del sable al salir de su vaina. Sin embargo, le quedaría grabado que lo había oído, como si el leve sonido del metal hubiera sido la primera indicación del desastre. Parecía resonar en sus oídos cada vez que recordaba la escena. Y la recordaría durante muchísimo tiempo.

Tal vez fue por la actitud de los soldados, una irritación que se percibía hasta en la cueva. Tal vez sólo por la sensación de fatalidad que no lo abandonaba desde la batalla de Culloden. Fuera cierto o no que había oído el sonido del sable, su cuerpo estaba listo para saltar cuando vio el arco plateado de la hoja que hendía el aire.

Se movía casi con pereza, con lentitud suficiente para que su cerebro calculara su dirección, dedujera el blanco y gritara, sin palabras: «¡No!» Sin duda se movió con tanta lentitud que habría podido arrojarse sobre los hombres arracimados, sujetar la muñeca que blandía el sable y retorcerla hasta que soltara la mortífera hoja de metal.

La parte consciente de su cerebro le dijo que era una tontería y mantuvo sus manos petrificadas alrededor del saliente de granito, obligándolas a resistir el sobrecogedor impulso de salir de la cueva y echar a correr.

«No puedes», le dijo un susurro imperceptible bajo la furia y el horror que lo colmaban. «Él ha hecho esto por ti; no puedes vaciarlo de sentido. No puedes», repetía, frío como la muerte bajo la ardorosa oleada que lo sofocaba. «No puedes hacer nada.»

Y no hizo nada. Sólo observó, mientras la hoja completaba su perezosa curva dando en el blanco con un ruido sordo, casi intrascendente. Y el tonel en disputa caía dando tumbos por la cuesta del arroyo. Su zambullida final se perdió en el gorgoteo alegre del agua parda, mucho más abajo.

Los gritos cesaron bruscamente y sobrevino el silencio, pero en los oídos de Jamie el bramido continuaba. Se le aflojaron las rodillas y comprendió vagamente que iba a desmayarse. Su visión se convirtió en un negro rojizo, sembrado de estrellas y bandas de luz. Pero ni siquiera la sombra que avanzaba pudo borrar la visión final de la mano de Fergus, su mano pequeña y diestra de astuto carterista, en el lodo del camino, con la palma vuelta hacia arriba en un gesto de súplica.

Aguardó durante cuarenta y ocho largas e interminables horas, hasta que oyó el silbido de Rabbie MacNab en el sendero, debajo de la cueva.

—¿Cómo está? —preguntó.

—La señora Jenny dice que se curará —respondió Rabbie. Su cara juvenil estaba pálida y ojerosa; obviamente, aún no se había repuesto de la impresión recibida por el accidente de su amigo—. Dice que no tiene fiebre y que no hay señales de gangrena en el... —Tragó saliva audiblemente. —... En el..., muñón.

—¿Así que los soldados lo llevaron hasta la casa? —Sin esperar respuesta, Jamie iba ya colina abajo.

—Sí, me dio la impresión de que estaban muy nerviosos. —Rabbie se detuvo para desenredar la camisa de una zarza. Luego tuvo que darse prisa para alcanzar a su patrón—. Creo que lo lamentaban. Al menos, eso fue lo que dijo el capitán. Y dio un soberano de oro a la señora Jenny..., para Fergus.

—¿Ah, sí? —comentó Jamie—. Qué generoso.

No volvió a hablar hasta que llegaron a la casa.

Habían acostado a Fergus con gran pompa en la habitación de los niños, en una cama junto a la ventana. Jamie, al entrar, lo encontró con los ojos cerrados y las largas pestañas apoyadas suavemente sobre las mejillas flacas. Desprovista de la animación habitual, las muecas y las poses, su cara parecía diferente. La nariz algo ganchuda sobre la boca larga y movediza, le daba un aire levemente aristocrático; los huesos que se endurecían bajo la piel parecían prever que, al perder el encanto juvenil, aquel rostro sería hermoso.

Cuando Jamie avanzó hacia la cama, las pestañas oscuras se elevaron de inmediato.

—Milord —dijo Fergus. Una débil sonrisa devolvió de inmediato a sus facciones el aspecto familiar—. ¿Estáis seguro aquí?

—Por Dios, hijo, lo siento. —Jamie se dejó caer de rodillas junto a la cama. Apenas soportaba mirar el delgado antebrazo que yacía sobre el edredón, con la frágil muñeca vendada que terminaba en nada, pero se obligó a estrecharle un hombro a modo de saludo y a frotarle el abundante pelo oscuro—. ¿Duele mucho?

—No, milord —dijo Fergus. De pronto le cruzó las facciones un traicionero gesto de dolor. Sonrió con vergüenza—. Bueno, no mucho. Y Madame ha sido muy generosa con el whisky.

—Lo siento —repitió Jamie. No había otra cosa que decir. Ni siquiera podía hablar, por el nudo que tenía en la garganta. Se apresuró a bajar la vista, sabiendo que Fergus se pondría nervioso si lo veía llorar.

—Ah, milord, no os preocupéis. —En la voz de Fergus había un deje travieso—. He tenido suerte.

Jamie tragó saliva con dificultad antes de replicar.

—Sí, porque estás vivo, gracias a Dios.

—¡Oh, por más que eso, milord!

Al levantar la cabeza vio sonreír al muchacho, aunque seguía muy pálido.

—¿No recordáis nuestro acuerdo, milord?

—¿Nuestro acuerdo?

—Sí, cuando me cogisteis a vuestro servicio, en París. Me prometisteis que, si era arrestado y ejecutado, haríais decir misas por mi alma durante todo un año. —La única mano revoloteó hacia la maltrecha medalla verdosa que le pendía del cuello: San Dimas, santo patrono de los ladrones—. Pero si perdía una mano o una oreja estando a vuestro servicio...

—...te mantendría durante el resto de tu vida. —Jamie no sabía si reír o llorar. Se contentó con dar una palmadita a la mano que ahora yacía sobre el cobertor, muy quieta—. Lo recuerdo, sí. Y puedes confiar en que cumpliré el trato.

—Oh, siempre he confiado en vos, milord —le aseguró Fergus. Era obvio que se estaba fatigando; las mejillas estaban aun más pálidas y el pelo negro caía hacia atrás, sobre la almohada—. Así que tengo suerte —murmuró, todavía sonriente—. De golpe me he convertido en un caballero ocioso, *non*?

Cuando salió de la habitación, Jenny lo estaba esperando.

—Baja conmigo al «hoyo del cura» —le pidió cogiéndola por el codo—. Necesito hablar contigo y no quiero estar mucho tiempo a la vista.

Ella lo siguió sin comentarios al vestíbulo trasero que separaba la cocina de la despensa. En las lajas del suelo había un gran panel de madera con agujeros. Teóricamente, servía para ventilar el sótano, al que se llegaba por una puerta exterior; en realidad, si alguna persona suspicaz decidía investigar, aquel panel era visible desde el depósito del sótano.

Lo que no se veía era que los agujeros brindaban también aire y luz a un cuarto secreto, construido detrás del depósito, al que se podía descender retirando el panel, con su marco cementado y todo, para descubrir una breve escalerilla. Allí sólo cabían dos personas, si se sentaban juntas en el único banco. Jamie se acomodó junto a su hermana en cuanto hubo reemplazado el panel y bajado la escalerilla. Permaneció inmóvil un momento. Luego tomó aliento.

—No aguanto más —dijo. Hablaba en voz tan baja que Jenny se vio obligada a inclinar la cabeza para oír, como el cura al recibir la confesión de un penitente—. No puedo. Tengo que irme.

Ella le cogió de la mano, estrechándosela fuertemente con sus dedos pequeños y firmes.

—¿Intentarás otra vez ir a Francia?

Jamie había tratado de huir a Francia dos veces; y los dos intentos se vieron frustrados por la estrecha vigilancia que los ingleses mantenían en todos los puertos. No había disfraz suficiente para un hombre de su estatura y su color de pelo.

Sacudió la cabeza.

—No. Voy a dejar que me capturen.

—¡Jamie! —En su agitación, Jenny alzó momentáneamente la voz; luego volvió a bajarla, respondiendo al apretón de advertencia de su hermano. —No puedes hacer eso, Jamie. ¡Por Dios, te ahorcarían!

Mantenía la cabeza gacha, como si estuviera pensando, pero la sacudió sin vacilar.

—No lo creo. —Lanzó una rápida mirada a la mujer—. Claire... era vidente. —Era una buena explicación, aunque no fuese la verdad—. Ella vio lo que sucedería en Culloden; lo sabía. Y me dijo lo que pasaría después.

—Ah —murmuró Jenny suavemente—. Me lo imaginaba. Por eso me hizo plantar patatas..., y construir este lugar.

—Sí. —Estrechó la mano de su hermana antes de soltarla y se volvió en el estrecho asiento para mirarla—. Me dijo que la Corona pasaría algún tiempo persiguiendo a los traidores jacobitas... y así es —añadió irónico—. Pero que después de los primeros años ya no ejecutarían a los capturados; sólo irían a prisión.

—¡Sólo! —repitió ella—. Si quieres huir, Jamie, vete a los brezales. Pero entregarte para ir a una cárcel inglesa, te ahorquen o no...

—Espera —la interrumpió apoyándole una mano en el brazo—. Todavía no te lo he dicho todo. No pienso presentarme ante los ingleses y rendirme sin más. Han puesto un buen precio a mi cabeza, ¿no? Sería una pena malgastarlo, ¿no te parece?

Trató de imponer una sonrisa en su voz; ella, al percibirla, levantó bruscamente la vista.

—Madre de Dios —susurró—. ¿Quieres que alguien te traicione?

—Sí, aparentemente. —Había decidido el plan estando solo en la cueva, pero sólo ahora parecía real—. Tal vez Joe Fraser sea el más indicado.

Jenny se frotó los labios con el puño. Comprendió que había captado su idea de inmediato..., con todas sus implicaciones.

—Pero aunque no te ahorquen en el acto, Jamie... —susurró— es un riesgo infernal... ¡Te podrían matar al capturarte!

—Por Dios, mujer, ¿crees que me importa?

Hubo un largo silencio hasta que ella dijo:

—No, creo que no. Y tampoco te lo puedo reprochar. —Hizo una pausa para afirmar la voz—. Pero me importa a mí. —Le acarició suavemente el pelo de la nuca—. Cuídate, ¿quieres, grandísimo bobo?

El panel de ventilación se oscureció y oyeron un ruido de pasos ligeros. Probablemente una de las criadas, dirigiéndose a la despensa. Luego volvió la luz escasa y la cara de Jenny volvió a ser visible.

—Sí —murmuró por fin—. Me cuidaré.

Tardaron más de dos meses en arreglarlo todo. Cuando al fin llegó la noticia era primavera.

Él estaba sentado en su roca favorita, cerca de la entrada a la cueva, contemplando las primeras estrellas. Incluso en los peores momentos, en el año siguiente a Culloden, había encontrado paz en aquel momento del día. Al esfumarse la luz diurna, era como si los objetos se iluminaran difusamente desde el interior, recortándose en el cielo o la tierra, perfectos y nítidos en todos sus detalles. Vio la silueta de una polilla, invisible a la luz del sol, iluminada por el crepúsculo, con un triángulo de sombra más intensa que la destacaba sobre el tronco en que se ocultaba. En un momento alzaría el vuelo.

Entre los crecientes sonidos de la noche se oyó un silbido agudo. Podía haber sido el reclamo de un zarapito en el lago, pero reconoció la señal. Alguien venía por el sendero: un amigo.

Era Mary MacNab, que trabajaba como criada en Lallybroch desde la muerte de su esposo. Por lo general, quienes venían eran su hijo Rabbie o Fergus, trayéndole comida y noticias, pero ella también había subido algunas veces.

Traía una cesta mejor provista que de costumbre: una perdiz asada fría, pan fresco, varias cebollas tiernas, un puñado de cerezas tempranas y una botella de cerveza. Después de examinar aquel don del cielo, Jamie levantó la vista con una sonrisa irónica.

—Mi festín de despedida, ¿eh?

Ella asintió en silencio. Era una mujer menuda, de pelo oscuro veteado de gris, arrugada por las dificultades de la vida. Aún así mantenía la suavidad de sus ojos pardos y los labios llenos, dulcemente curvados. Entonces cayó en la cuenta de que le estaba mirando fijamente la boca y apartó la vista hacia el cesto.

—Caramba, quedaré tan harto que no podré moverme. ¡Hasta un pastel! ¿cómo os las habéis arreglado?

Ella se encogió de hombros (no era muy conversadora) y se hizo cargo del cesto para disponer la comida en la mesa: una tabla de madera en equilibrio sobre unas piedras. Puso cubiertos para los dos. Eso no era nada fuera de lo común: otras veces había cenado con él para contarle los chismes de la zona mientras comían. Aun así, siendo su última comida antes de abandonar Lallybroch, le sorprendió que ni su hermana ni los muchachos hubieran venido a compartirla.

Con un gesto cortés, le indicó que se sentara la primera. Luego ocupó su sitio, cruzando las piernas en el duro suelo de tierra.

—¿Habéis hablado con Joe Fraser? ¿Dónde ha de ser? —preguntó mientras daba un mordisco a la perdiz.

Ella le dio los detalles del plan; traerían un caballo antes del alba para que él saliera del estrecho valle utilizando el desfiladero. Luego cruzaría el rocoso pie de las colinas para descender al valle del arroyo Feesyhant, como si estuviera volviendo a casa. Los ingleses le saldrían al encuentro en algún punto entre Struy y Eskadale; probablemente en Midmains, que era buen lugar para una emboscada.

Después de comer, ella guardó pulcramente las cosas en el cesto, dejando lo suficiente para un pequeño desayuno antes de la partida. Contra lo que Jamie esperaba, no se fue. Sacó la ropa de cama de la grieta dónde él la guardaba y la extendió en el suelo. Luego se arrodilló junto al jergón, con las manos cruzadas en el regazo.

Él se reclinó en la pared de la caverna, cruzado de brazos, y clavó una mirada de exasperación en aquella cabeza inclinada.

—Conque así son las cosas, ¿no? —acusó—. ¿De quién fue la idea, tuya o de mi hermana?

—¿Qué importancia tiene? —replicó ella muy compuesta.

Él sacudió la cabeza y se agachó para ponerla en pie.

—No, no importa, porque no va a ocurrir. Te agradezco la intención, pero...

Ella lo interrumpió con un beso. Sus labios eran tan tiernos como parecían. Jamie la sujetó firmemente por ambas muñecas y la apartó.

—No —dijo—. No es necesario y no quiero hacerlo.

Tenía la incómoda sensación de que su cuerpo no estaba en absoluto de acuerdo con aquel comentario. Más incómodo aún lo ponía saber que sus pantalones, demasiado estrechos y gastados, hacían evidente la magnitud de aquel desacuerdo para quien quisiera mirar. La leve sonrisa de aquellos labios sugirió que estaba mirando.

La hizo girar hacia la entrada y le dio un leve empujón. Ella respondió echándose a un lado y alargando la mano hacia atrás, buscando los lazos de la falda.

—¡No hagas eso! —exclamó Jamie.

—¿Cómo vais a impedirlo? —preguntó Mary quitándose la prenda. La dobló pulcramente sobre el único banquillo.

—Si no te vas, tendré que hacerlo yo —replicó decidido. Y giró sobre sus talones. Cuando se dirigía hacia la entrada de la cueva, la oyó decir desde atrás:

—¡Milord!

Se detuvo, pero sin girarse.

—No es correcto que me llames así.

—Lallybroch es vuestro y lo será mientras viváis. Si sois el señor, así debo llamaros.

—No es mío. La finca pertenece al pequeño Jamie.

—No es el pequeño Jamie quien hace lo que estáis haciendo —replicó ella decidida—. Y no fue vuestra hermana quien me pidió que hiciera esto. Volveos.

Se giró de mala gana. Mary estaba descalza y en camisa, con el pelo suelto sobre los hombros. Estaba tan delgada como todos, pero tenía los pechos más grandes de lo que había pensado y los pezones se

revelaban, prominentes, bajo la fina tela. La camisa es taba tan raída como sus otras prendas, casi traslúcida en algunos puntos. Él cerró los ojos.

Sintió un leve contacto en el brazo y se obligó a permanecer inmóvil.

—Sé muy bien lo que estáis pensando —dijo ella—. Vi a vuestra señora y sé cómo eran las cosas entre vosotros dos. Yo nunca tuve eso —añadió en voz más baja— con ninguno de los dos hombres que me desposaron. Pero sé distinguir el verdadero amor. Y no es mi intención haceros sentir que habéis traicionado el vuestro.

El contacto, ligero como una pluma, pasó a su mejilla; un pulgar endurecido por el trabajo siguió el surco entre la nariz y la boca.

—Lo que quiero —continuó ella— es daros algo diferente. Algo inferior, tal vez, pero que os sea útil; algo que os conserve íntegro. Vuestra hermana y los niños no pueden dároslo pero yo sí.

Jamie oyó como tomaba aliento. El roce desapareció de su rostro.

—Me habéis dado mi hogar, mi vida y mi hijo. ¿Por qué no permitir que yo pueda daros a cambio esta pequeñez?

—Yo... hace mucho tiempo que no lo hago —apuntó él, súbitamente tímido.

—Tampoco yo —dijo ella con una leve sonrisa—. Pero ya recordaremos cómo se hace.

TERCERA PARTE

Cuando soy tu cautivo

7

Fe en los documentos

Inverness
25 de mayo de 1968

El sobre de Linklater llegó con el correo de la mañana.

—¡Mira qué gordo es! —exclamó Brianna—. ¡Ha enviado algo! —La punta de su nariz estaba enrojecida por el entusiasmo.

—Eso parece —reconoció Roger. Aunque mantenía la serenidad exterior, vi latir el pulso en su cuello.

Sacó un fajo de páginas fotocopiadas y la carta adjunta salió volando. La leí en voz alta y algo trémula:

—«*Apreciado doctor Wakefield: He recibido su consulta sobre la ejecución de oficiales jacobitas por las tropas del duque de Cumbe-land, tras la batalla de Culloden. La principal fuente que cito en el libro al que usted hace referencia es el diario privado de cierto lord Melton, al mando de un regimiento de infantería a las órdenes de Cumberland, cuando se produjo la batalla de Culloden. Adjunto fotocopias de las páginas pertinentes de ese diario; como usted verá, la historia del superviviente, cierto James Fraser, es extraña y conmovedora. Fraser no es un personaje histórico importante y no interesa para mi propia obra, pero a menudo he pensado en investigar algo más, con la esperanza de determinar qué suerte corrió finalmente. Si usted descubriera que sobrevivió al viaje hacia su propia finca, le agradecería me lo comunicara. Siempre he tenido la esperanza de que así haya sido, aunque su situación, tal como la describe Melton, lo hace muy improbable. Lo saluda sinceramente, Eric Linklater*.»

—Muy improbable, ¿eh? —dijo Brianna poniéndose de puntillas para mirar sobre el hombro de Roger—. ¡Ja! Él regresó a casa. Eso lo sabemos.

—Creemos que así fue —corrigió Roger. Pero lo hacía sólo por cautela de erudito. Su sonrisa era tan amplia como la de Brianna.

—¿Vais a tomar té o cacao antes del almuerzo? —La cabeza morena y rizada de Fiona asomó por la puerta del estudio, interrumpiendo el entusiasmo—. Tengo bizcochos de jengibre recién sacados del horno.

—Té, por favor —dijo Roger.

Al mismo tiempo, Brianna decía:

—Oh, cacao, perfecto.

Fiona, muy ufana, empujó la mesa rodante, en la que traía a la vez una tetera y un pote de cacao junto con la fuente de bizcochos.

Por mi parte, acepté una taza de té y me instalé en la poltrona, con las páginas del diario de Melton.

«*... Para satisfacer la deuda de honor de mi hermano, no pude menos que respetar la vida de Fraser. Por lo tanto, omití su nombre de la lista de traidores ejecutados en la granja y he dispuesto que se le transporte hasta su propia finca. No me siento del todo misericordioso al obrar así, ni tampoco del todo culpable con respecto a mis obligaciones para con el duque, pues la situación de Fraser, que tiene una gran herida purulenta en la pierna, hace muy difícil que pueda sobrevivir al viaje hasta su casa. Aun así, el honor me impide actuar de otro modo. Reconozco que se me alegró el espíritu al ver que el hombre era retirado del sitio aún con vida, mientras yo dedicaba mi atención a la melancólica tarea de sepultar los cadáveres de sus camaradas. Me aflige la matanza que he visto en estos dos últimos días*.»

Apoyé las páginas en mi rodilla, tragando saliva con dificultad. «Una gran herida purulenta...» Yo sabía mejor que Roger y Brianna lo grave que habría sido esa lesión, sin antibióticos, sin un tratamiento médico adecuado, sin ni siquiera los vulgares emplastos de hierbas de que disponían por entonces los curanderos de las Tierras Altas.

—Pero llegó. —La voz de Brianna interrumpió mis pensamientos, respondiendo a una idea similar expresada por Roger. Hablaba con sencilla seguridad, como si hubiera presenciado todos los acontecimientos descritos en el diario de Melton y estuviera segura de su resultado—. Llegó. Él era el Gorropardo; estoy segura.

—¿El Gorropardo? —Fiona que chasqueaba la lengua al ver intacta mi taza de té, ya fría, la miró con sorpresa por encima del hombro—. ¿Has oído hablar del Gorropardo?

—¿Tú sí? —Roger miraba a su joven ama de llaves con aire atónito.

Ella asintió, vaciando tranquilamente mi taza en el tiesto de la aspidistra, para llenarla otra vez con té recién hecho.

—Oh, sí. Mi abuelita me contó muchas veces esa historia.

—¡Cuéntanosla! —Brianna se inclinó hacia adelante, muy atenta, con el cacao entre las manos—. ¡Por favor, Fiona! ¿Cómo es esa historia?

La muchacha pareció algo sorprendida al convertirse súbitamente en el centro de tanta atención, pero se encogió de hombros, bien dispuesta.

—Bueno, es sólo la historia de un seguidor del Bonnie Prince. En la gran derrota de Culloden murieron muchos, pero unos cuantos escaparon. Un hombre huyó del campo de batalla y cruzó el río a nado para escapar, pero los ingleses lo persiguieron. En el camino entró en una iglesia donde estaban celebrando un oficio e imploró misericordia al sacerdote. Como el cura y la gente se compadecieron de él, el hombre se puso las vestiduras del ministro. Cuando irrumpieron los ingleses, momentos después, él estaba en pie en el pulpito, predicando su sermón, con un charco entre los pies por el agua que le chorreaba de la barba y la ropa. Los ingleses supusieron que se habían equivocado y continuaron su camino, así que el hombre escapó. ¡Y en la iglesia todos dijeron que nunca habían escuchado un sermón tan bueno! —Fiona rió estentóreamente mientras Brianna fruncía el entrecejo y Roger ponía cara de desconcierto.

—¿Ése era el Gorropardo? —Se extrañó—. Yo creía que...

—¡Oh, no, no era ése. El Gorropardo fue otro de los hombres que escaparon de Culloden. Volvió a su propia finca, pero como los *Sassenachs* estaban persiguiendo a los hombres en todas las Tierras Altas, pasó siete años escondido en una cueva.

Al oír eso, Brianna se dejó caer contra el respaldo, lanzando un suspiro de alivio.

—Y sus arrendatarios lo llamaban Gorropardo para no traicionarlo pronunciando su nombre —murmuró.

—¿Conoces la historia? —preguntó Fiona estupefacta—. Así era, sí.

—Y tu abuela ¿te contó lo que le sucedió después? —la instó Roger.

—¡Oh, sí! Ésa es la mejor parte. Resultó que después de Culloden hubo una terrible hambruna; la gente se moría de hambre en las cañadas; en pleno invierno los sacaban de sus casas, fusilaban a los hombres y prendían fuego a sus cabañas. Los arrendatarios del Gorropardo se las arreglaron mejor que la mayoría, pero aun así llegó el día en que se acabó la comida y la panza les resonaba de la mañana a la noche; no había caza en el bosque ni cereales en los campos; los bebés morían en brazos de sus madres por falta de leche para alimentarlos.

Al oír aquellas palabras me recorrió un escalofrío. Vi a los habitantes de Lallybroch, personas a las que yo había amado, demacradas por el frío y el hambre. No era sólo espanto lo que me llenaba, sino también culpa. Yo me había encontrado a salvo, abrigada y bien alimentada, en vez de compartir su destino; los había abandonado, tal como Jamie quería. Miré a Brianna y la opresión de mi pecho cedió un poco. Ella también había pasado esos años a salvo, con abrigo, comida y amor, porque yo había hecho lo que Jamie quería.

—Así que el Gorropardo ideó un plan audaz —continuó Fiona. Su cara redonda brillaba por el dramatismo del relato—. Dispuso que uno de sus arrendatarios se presentara a los ingleses y lo delatara. Habían puesto buen precio a su cabeza por haber sido un gran guerrero del príncipe Eduardo. El arrendatario cobraría el oro de la recompensa y lo usaría para la gente de la finca, por supuesto. Y a cambio informaría a los ingleses dónde podían apresar al Gorropardo.

—¿Apresarlo? —grazné, ronca por la impresión—. ¿Lo ahorcaron?

Fiona parpadeó, sorprendida.

—¡Claro que no! —aseguró—. Eso era lo que deseaban, según contaba mi abuela. Lo hicieron juzgar por traición, pero al final sólo fue encarcelado. Y el oro pasó a manos de sus arrendatarios, que sobrevivieron a la hambruna —concluyó alegremente, como si fuera un final feliz.

—Por Dios —susurró Roger con la mirada perdida en la nada—. Encarcelado.

—Lo dices como si fuera una suerte —protestó Brianna, que tenía las comisuras de la boca tensas por la aflicción y los ojos algo encendidos.

—Así es —confirmó Roger sin reparar en su malestar—. No eran muchas las cárceles donde los ingleses encerraron a los jacobitas y todas llevaban registros oficiales. ¿No os dais cuenta? —Su mirada pasó del desconcierto de Fiona al ceño de Brianna; luego se posó en mí, con la esperanza de encontrar comprensión—. Si fue encarcelado puedo hallarlo.

Se volvió hacia los estantes que cubrían tres muros del estudio, para dar cabida a la colección de objetos jacobitas del difunto reverendo Wakefield.

—Él está allí —apuntó con suavidad—. En el registro de una prisión. En un documento. ¡Es una prueba real! —Se volvió otra vez hacia mí—. ¡Al ser encarcelado volvió a formar parte de la historia escrita! Lo encontraremos, en algún lugar.

—Y sabremos qué fue de él —susurró Brianna—, cuando lo pusieron en libertad.

Roger apretó los labios para no decir la alternativa que le saltaba a la mente, como había saltado a la mía: «o cuando murió».

—Sí, en efecto —dijo cogiéndola de la mano. Sus ojos se encontraron con los míos, muy verdes e insondables—. Cuando lo pusieron en libertad.

Una semana después, la fe de Roger en los documentos se mantenía incólume. No podía decirse lo mismo de la antigua mesa del reverendo Wakefield, cuyas finas patas crujían de manera alarmante bajo su desacostumbrada carga.

—Si pones una página más encima, todo se vendrá abajo —observó Claire al ver que Roger estiraba despreocupadamente la mano con intención de lanzar otra carpeta sobre la pequeña mesa.

—¿Eh? Oh, claro. —Cambió de dirección en pleno movimiento, buscando en vano otro sitio donde poner la carpeta, y por fin decidió depositarla en el suelo, a sus pies.

—Acabo de terminar con Wentworth —dijo Claire, señalando con el dedo del pie una precaria pila hecha en el suelo—. ¿Ya han llegado los registros de Berwick?

—Esta misma mañana. Pero ¿dónde los he puesto? —Roger echó una mirada confusa por la habitación, que se parecía mucho al saqueo de la biblioteca de Alejandría un momento antes de que se encendiera la primera antorcha. Se frotó la frente, en un esfuerzo por concentrarse. Después de haber pasado una semana entera hojeando durante diez horas diarias registros manuscritos, cartas y diarios íntimos o públicos de gobernadores de prisión, en busca de algún rastro oficial de Jamie Fraser, comenzaba a sentir que alguien le había pasado papel de lija por los ojos.

—Era azul —dijo por fin—. Recuerdo claramente que era azul. Me los envió McAllister, un profesor de Historia del Trinity College. Trinity usa grandes sobres de color azul claro, con el escudo de armas. Puede que Fiona lo haya visto. ¡Fiona!

Pese a lo avanzado de la hora, en la cocina aún había luz; en el aire perduraba un reconfortante olor a cacao y a pastel de almendras recién horneado. Fiona jamás abandonaba su puesto mientras hubiera la menor posibilidad de que alguien necesitara sustento.

—¿Sí? —Su cabeza rizada asomó desde la cocina—. El cacao ya está. Iba a sacar el pastel del horno.

Roger le sonrió con profundo afecto. Fiona no sabía nada de historia y sólo leía alguna revista femenina, pero nunca cuestionaba las actividades de su jefe: desempolvaba tranquilamente los montones de libros y papeles sin preocuparse por lo que contuvieran.

—Gracias, Fiona —dijo él—. Sólo quería preguntarte si habías visto un sobre azul, grande y gordo, más o menos así. —Indicó el tamaño con las manos—. Llegó con el correo de la mañana, pero no sé dónde lo he dejado.

—En el cuarto de baño de arriba —respondió ella de inmediato—. Hay un libro muy grande con letras de oro y la foto del Bonnie Prince, y tres cartas que tú acababas de abrir, y también la factura del gas; no te olvides de pagarla, vence el día catorce. Lo puse todo sobre la caldera, para que no estorbe.

Un claro ¡*ding!*, emitido por el reloj del horno, hizo que se retirara a toda prisa, ahogando una exclamación.

Roger subió las escaleras de dos en dos, sonriendo. Con esa memoria, Fiona habría podido ser toda una erudita.

Bajó con más lentitud, trayendo el sobre azul en las manos, y se preguntó qué habría pensado su difunto padre adoptivo de la búsqueda iniciada.

—Estaría metido en ella hasta las cejas, sin duda alguna —murmuró para sus adentros. Rememoró una vivida imagen del reverendo, con la calva brillante bajo las anticuadas lámparas, trajinando entre el estudio y la cocina, donde la anciana señora Graham, la abuela de Fiona, satisfacía sus necesidades materiales durante sus ataques de erudición nocturna, tal como lo hacía ahora su nieta.

Estaba pensativo al entrar en el estudio. En los viejos tiempos, cuando el hijo seguía generalmente la profesión del padre, ¿lo hacía sólo por conveniencia, para mantener el negocio de la familia, o existía alguna predisposición familiar para cierto tipo de trabajo?

Pero en realidad estaba pensando en Brianna. Observó a Claire, que mantenía la cabeza inclinada sobre el escritorio, y se descubrió preguntándose hasta qué punto la muchacha se parecía a ella y en qué proporción al oscuro escocés (guerrero, agricultor, cortesano, señor feudal) que la había engendrado.

Sus pensamientos seguían aquella línea cuando, quince minutos después, Claire cerró la última carpeta de su montón y se incorporó con un suspiro.

—¿Qué estás pensando? —preguntó alargando la mano hacia su taza.

—Nada importante —respondió Roger con una sonrisa, saliendo de sus ensoñaciones—. Sólo me preguntaba cómo llega la gente a ser lo que es. ¿Cómo llegaste a ser médico, por ejemplo?

—¿Que cómo llegué a ser médico? —Claire inhaló el vapor del cacao y, decidiendo que estaba demasiado caliente lo depositó de nuevo en el escritorio, entre libros, registros y hojas garabateadas. Luego se froto las manos—. ¿Cómo llegaste tú a ser historiador?

—Más o menos honradamente —respondió él, sentándose en el sillón del reverendo. Señaló la acumulación de papeles y pequeños adornos que los rodeaba—. Me crié en medio de todo esto. Cuando apenas sabía leer, ya correteaba por las Tierras Altas con mi padre, buscando objetos arqueológicos. Supongo que continuar haciéndolo era lo natural. ¿Y tú?

Ella se desperezó para aliviar los hombros, tras muchas horas de mantenerlos encorvados sobre el escritorio. Brianna, sin poder mantenerse despierta, se había acostado una hora antes, mientras Claire y Roger continuaban la búsqueda por los registros administrativos de las prisiones inglesas.

—Bueno, en mi caso hubo algo similar —dijo ella—. No es que decidiera súbitamente dedicarme a la medicina. Un día me di cuenta de que había practicado la medicina durante mucho tiempo, de que ya no lo hacía y de que lo echaba de menos.

Estiró las manos en el escritorio flexionando los dedos largos, con las uñas pulidas en forma de óvalo.

—Hay una vieja canción de la Primera Guerra Mundial —musitó pensativa—. Los viejos camaradas del tío Lamb la cantaban a veces, cuando se quedaban hasta tarde y bebían hasta emborracharse. Decía algo así: «¿Cómo harás para retenerlos en la granja, ahora que han visto París?» —Se interrumpió con una sonrisa irónica—. Yo había visto París.

Apartó la vista de sus manos, alerta y presente, pero con rastros de nostalgia en los ojos.

—Y muchas cosas más. Caen y Amiens, Presten y Falkirk, el Hópital des Anges y el supuesto quirófano de Leoch. Había actuado como médico en todo sentido: atendía partos, colocaba huesos fracturados, suturaba heridas, trataba fiebres... —Se encogió de hombros—. Había muchísimas cosas que no sabía, desde luego. Por eso decidí estudiar medicina. Pero la diferencia no fue mucha, ¿sabes? —Hundió un dedo en la crema batida que flotaba en su cacao y la lamió—. Tengo un diploma de médico, pero ya lo era mucho antes de pisar la universidad.

—No puede haber sido tan fácil. —Roger sopló su cacao, estudiándola con franco interés—. Entonces no eran muchas las mujeres que estudiaban medicina; ahora mismo no son tantas. Y además, tú tenías una familia.

—No, no puedo decir que haya sido fácil. —Claire lo miró con aire burlón—. Esperé a que Brianna comenzara la escuela, por supuesto, y hasta que pudiésemos pagar a alguien para que se encargara de cocinar y limpiar, pero... —Se encogió de hombros con una sonrisa irónica—. Pasé varios años sin dormir. Eso ayudó un poco. Y Frank también me ayudó, aunque parezca extraño.

Roger probó su taza; ya se había enfriado lo suficiente para bebería.

—¿De veras? —preguntó con curiosidad—. Por lo que me has contado de él, no se me habría ocurrido que le gustara que estudiaras medicina.

—No le gustaba. —Ella apretó los labios; el gesto fue más expresivo que las palabras; hablaba de discusiones, conversaciones abandonadas a la mitad y una terca oposición.

Qué cara tan expresiva, pensó mientras la observaba. De pronto se preguntó si la suya sería igualmente fácil de interpretar. La idea lo turbó tanto que sumergió la cara en el tazón para beber el cacao a grandes tragos, aunque todavía estaba muy caliente.

Al emerger de la taza vio que Claire lo observaba, algo sardónica.

—¿Por qué? —preguntó rápidamente para distraerla—. ¿Qué lo hizo cambiar de actitud?

—Bree —dijo ella. Su rostro se ablandó, como le ocurría siempre ante la mención de su hija—. Para Frank, lo único que tenía verdadera importancia era Bree.

Tal como terminaba de decir, había esperado a que Brianna iniciara la escuela para inscribirme en la carrera de medicina. Pero aun así quedaban grandes vacíos entre sus horarios y los míos, que llenamos precariamente con una serie de empleadas domésticas y niñeras más o menos competentes; algunas, más; la mayoría de ellas, menos.

Mi mente volvió al horrible día en que recibí una llamada en el hospital para informarme que Brianna estaba herida. Salí corriendo, sin detenerme siquiera para quitarme el delantal de cirugía, y volé a casa saltándome todos los límites de velocidad. Al llegar me encontré con un coche patrulla y una ambulancia que iluminaba la noche con palpitaciones rojas y azules; en la calle, frente a la entrada, se agolpaba un puñado de vecinos interesados.

Más tarde dilucidamos lo que había sucedido. La última niñera temporal, fastidiada porque yo había vuelto a retrasarme, se había puesto el abrigo y se había ido, abandonando a Brianna, que sólo tenía siete años, con instrucciones de «esperar a mami». Ella lo hizo obedientemente durante una hora o dos, pero al oscurecer le dio miedo estar sola en casa; entonces decidió ir a buscarme. Cuando cruzaba una de las calles transitadas de las proximidades fue atropellada por un coche.

Gracias a Dios, no estaba malherida; el coche circulaba con lentitud y la experiencia no le dejó más que magulladuras y el susto. No estaba tan asustada como yo, en realidad, ni tenía tantas magulladuras como las que sentí al verla tendida en el sofá de la sala, con lágrimas en las mejillas, diciendo: «¡Mami! ¿Dónde estabas? ¡No podía encontrarte!»

Necesité de toda mi compostura profesional para reconfortarla, examinarla totalmente, atender nuevamente sus cortes y rozaduras y dar las gracias a quienes la habían ayudado (y que me miraban con aire acusador o eso me parecía). Después la llevé a la cama, con el osito de felpa apretado entre los brazos, y me senté ante la mesa de la cocina para llorar.

Frank me dio unas palmaditas torpes, murmurando algo, pero al fin renunció y, con una actitud más práctica, fue a preparar el té.

—Estoy decidida —dije cuando él puso delante de mí la taza humeante. Hablaba con voz opaca; sentía la cabeza pesada y brumosa—. Voy a renunciar. Mañana mismo.

—¿Renunciar? —La voz de Frank sonó aguda por la estupefacción—. ¿A los estudios? ¿Por qué?

—Ya no aguanto más. —Nunca añadía crema ni azúcar al té. En aquel momento le eché ambas cosas; mientras revolvía, observé la espuma que se arremolinaba en la taza—. No soporto dejar a Bree sin saber si está bien atendida..., y sabiendo que no es feliz. Bien sabes que no le ha gustado ninguna de las niñeras que probamos.

—Sí, lo sé. —Se sentó frente a mí, removiendo su propia taza. Después de un largo instante, dijo—: Pero no creo que debas renunciar.

Era lo último que esperaba; había supuesto que él recibiría mi decisión con un aplauso de alivio. Lo miré, atónita.

—¿No?

—Ah, Claire. —Hablaba con impaciencia, pero también con un tinte de afecto—. Desde un principio has sabido lo que eres. ¿Tienes idea de lo raro que es eso?

—No.

Frank se reclinó en la silla, meneando la cabeza.

—No, supongo que no —dijo. Calló un momento con la vista fija en las manos cruzadas. Tenía los dedos largos y finos, suaves y sin vello, como de mujer. Manos elegantes, hechas para los gestos desenvueltos y el énfasis del discurso.

—Yo no lo tengo —dijo al fin, en voz baja—. Soy bueno en lo mío, sí: para enseñar, para escribir. Estupendo a veces. Y me gusta; disfruto con lo que hago. Pero el hecho es que... —vaciló, mirándome de frente—. Podría dedicarme a otra cosa y ser igualmente bueno. Me gustaría tanto o tan poco como esto. No tengo esa absoluta convicción de que en la vida hay algo para lo que estoy destinado. Tú sí.

—¿Y eso es bueno? —Me dolía la nariz y tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Él sonrió.

—Es muy incómodo, Claire. Para ti, para mí y para Brianna. Pero no sabes cómo te envidio a veces.

Alargó una mano. Después de una breve vacilación, le entregué la mía.

—Tener esa pasión por algo... —Una leve mueca le estiró la boca—. O por alguien. Es maravilloso, Claire, y muy raro.

Me estrechó la mano suavemente y la soltó. Luego sacó un libro del estante que había junto a la mesa. Era uno de sus textos de referencia: Patriotas, de Woodhill, una serie de biografías de los Padres Fundadores de Norteamérica.

—Esta gente era así. De la que se interesa tanto como para arriesgarlo todo. La mayoría no es así, ¿sabes? No es que no les importe, sino que no les importa tanto. —Me cogió la mano otra vez y recorrió con un dedo las líneas de la palma—. ¿Estará aquí? ¿Hay gente destinada a un sino grandioso? ¿O es que nacen con esa gran pasión y, si se encuentran en las circunstancias adecuadas, las cosas pasan? Es lo que te preguntas cuando estudias historia. Pero no hay modo de saberlo, de veras. Sólo sabemos lo que lograron.

Sus ojos adquirieron una clara nota de advertencia. Dio un golpecito a la cubierta del libro.

—Pero esta gente, Claire... pagó su precio.

—Lo sé. —Me sentía como si viera la escena desde lejos: Frank, apuesto, esbelto y algo fatigado, con bellas canas en las sienes. Yo, con mi sucio delantal de cirugía, el pelo lacio y la pechera arrugada por las lágrimas de Brianna. Pasamos un rato en silencio. Mi mano seguía descansando en la de Frank. Vi las líneas y los valles misteriosos, claros como un mapa de carreteras. Pero ¿a qué destino desconocido llevaban aquellos caminos?

Años antes, una anciana dama escocesa me había leído la mano. «Las líneas de la palma cambian a medida que tú cambias», había dicho. «Con qué hayas nacido no importa tanto como lo que hagas de ti misma.»

¿Y qué había hecho de mí misma, qué estaba haciendo? Un desastre. No era buena madre, ni buena esposa, ni buen médico. Un desastre.

—Yo me ocuparé de Bree.

En aquel momento estaba tan hundida en mis pensamientos angustiosos que no oí las palabras de Frank. Lo miré estúpidamente.

—¿Qué has dicho?

—Dije —repitió con paciencia— que me ocuparé de Bree. Cuando salga de la escuela puede venir a la universidad y jugar en mi oficina hasta que yo haya terminado.

Me froté la nariz.

—¿No decías que el personal hacía mal en llevar a sus hijos al trabajo? —Él criticaba mucho a una de las secretarias por haber llevado a su nieto a la oficina durante el mes en que la madre estuvo enferma.

Se encogió de hombros con aire incómodo.

—Bueno, las circunstancias lo cambian todo. Y no creo que Brianna corra por los pasillos, chillando y volcando los tinteros como hacía Bart Clancy.

—Yo no pondría la mano en el fuego —apunté irónica—. Pero ¿lo harías? —En la boca de mi estómago oprimido comenzaba a crecer una pequeña sensación, un cauteloso e incrédulo alivio. Si bien no podía confiar en que Frank me fuera fiel (sabía perfectamente que no lo era) podía confiarle tranquilamente a Bree.

De pronto la preocupación desapareció. La niña amaba a Frank; estaría en la gloria ante la perspectiva de ir todos los días a su oficina.

—¿Por qué? —pregunté directamente—. Nunca te ha entusiasmado la idea de que yo fuera médico.

—No —dijo pensativo—. Pero creo que no hay manera de impedírtelo. Tal vez lo mejor sea ayudar, para que Brianna no resulte perjudicada.

Sus facciones se endurecieron y me volvió la espalda.

—Si él creía tener un sino, ese sino era Brianna —dijo Claire removiendo pensativamente su cacao—. ¿Por qué te interesa, Roger? ¿Por qué me lo preguntas?

El tardó un momento en responder, mientras sorbía lentamente su cacao. Estaba espeso, con nata fresca y un poco de azúcar moreno. Al echar la primera mirada a Brianna, Fiona, siempre realista, había abandonado cualquier esperanza de llevar a Roger al altar por el camino del estómago. Pero Fiona era cocinera tal como Claire era médico: había nacido con esa habilidad y tenía que utilizarla.

—Porque soy historiador, supongo —respondió al fin, mirándola por encima de la taza—. Necesito saber qué hizo la gente y por qué.

—¿Y crees que yo puedo decírtelo? —Claire lo miró con intención—. ¿O que lo sé, siquiera?

Él asintió con la cabeza.

—Sabes más que la mayoría. Las fuentes que usamos los historiadores no suelen tener tu... digamos... tu perspectiva —terminó con una amplia sonrisa.

La tensión se alivió súbitamente. Ella recogió su taza, riendo.

—Digámoslo así —dijo.

—Además —prosiguió observándola atentamente—, eres franca. No creo que pudieras mentir ni aunque lo intentaras.

Ella soltó una risa breve y seca.

—Todo el mundo puede mentir, joven Roger, si tiene una buena causa. Hasta yo. Sólo que es más difícil para quienes vivimos en cubos de vidrio. Tenemos que idear las mentiras con anticipación.

E inclinó la cabeza hacia los papeles que tenía ante sí. Roger pensó que había abandonado la conversación, pero un momento después Claire volvió a levantar la vista.

—Tienes toda la razón —reconoció—. Soy franca..., por abandono, más que nada. Para mí es difícil no decir lo que pienso. Imagino que te has dado cuenta porque eres igual.

—¿Yo? —Roger se sintió absurdamente complacido.

Claire asintió con una leve sonrisa en los labios.

—Oh, sí. Es inconfundible, ¿sabes? No hay muchos capaces de decirte la verdad sobre sí mismos y sobre todo lo demás. Sólo he conocido a tres..., cuatro, ahora —corrigió, ensanchando la sonrisa—. Uno era Jamie, por supuesto. —Sus largos dedos descansaron sobre el montón de papeles, casi acariciándolos—. El maestro Raymond, el boticario que conocí en París. Y un amigo que hice mientras estudiaba medicina, Joe Abernathy. Y ahora, tú. Me parece.

Inclinó la taza para beber el resto del rico líquido pardo. Luego miró directamente a Roger.

—Pero Frank tenía razón, en cierto sentido. No necesariamente es más fácil saber para qué fuiste creado; pero al menos no malgastas tiempo en cuestionamientos o dudas. Si eres sincero... bueno, eso tampoco es necesariamente fácil. Pero supongo que si eres sincero contigo mismo y sabes lo que eres, tienes menos probabilidades de pensar que has desperdiciado la vida haciendo lo que no te correspondía.

Dejó a un lado el montón de papeles para acercar otro: una serie de carpetas con el logotipo del Museo Británico.

—Jamie era así —dijo con suavidad, para sí misma—. No era de los que dan la espalda a algo que considerase su deber. Peligroso o no. Y creo que no se sintió desperdiciado... cualquiera que fuese su final.

Se quedó en silencio, absorta en los arácnidos trazos de algún escribiente muerto mucho tiempo atrás. Buscaba alguna anotación capaz de revelarle dónde había estado Jamie Fraser, si había malgastado la vida en una prisión o terminado en una mazmorra solitaria.

Roger dejó las delgadas hojas que había estado pasando y bostezó intensamente, sin molestarse en taparse la boca.

—Estoy tan cansado que veo doble —dijo—. ¿Quieres que sigamos por la mañana?

Claire tardó un momento en responder.

—No. —Cogió otra carpeta y le sonrió; en sus ojos perduraba la expresión de distancia—. Ve a dormir Roger. Buscaré un poco más.

Cuando al fin lo encontré estuve a punto de pasarlo por alto. En vez de leer los nombres con atención, me limitaba a buscar en las páginas la letra J: «John, Joseph, Jacques, James.» Había James Edward, James Alan, James Walter *ad infinitum.* Y de pronto apareció allí, en letra pequeña y exacta: «Jms. Mackenzie Fraser, de Brock Turac.»

Deposité cuidadosamente la página en la mesa; cerré los ojos un instante, para despejarlos, y luego volví a mirar. Allí estaba todavía.

—Jamie —dije en voz alta. El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho—. Jamie —repetí más bajo.

Eran casi las tres de la mañana. Todos dormían. No sentí el deseo de correr a despertar a Brianna ni a Roger para darles la noticia. Quería reservármela un rato, como si estuviera sola allí, en el cuarto iluminado por la lámpara, con Jamie en persona.

Seguí con el dedo la línea de tinta. La persona que había escrito aquella línea había visto a Jamie; tal vez la había escrito teniéndolo ante sí. La fecha era 16 de mayo de 1753. Más o menos por esta época del año. No era la primera vez que lo encarcelaban. ¿Cuál había sido su aspecto al enfrentarse al empleado de la prisión inglesa, sabiendo lo que le esperaba? Ceñudo como el demonio, probablemente, mirando a lo largo de su nariz larga y recta, con ojos tan fríos, tan azules, oscuros y formidables como las aguas del lago Ness.

Abrí los ojos. Atrapada en el recuerdo, ni siquiera había visto cuál era la prisión de la que provenían esos registros.

«Ardsmuir», decía la tarjeta, pulcramente pegada a la carpeta.

—¿Ardsmuir? —dije sin entender—. ¿Y dónde diablos queda eso?

8

Prisionero del honor

Ardsmuir, Escocia
15 de febrero de 1755

—Ardsmuir es un grano en el trasero de Dios —comentó el coronel Harry Quarry. Alzó sardónicamente la copa hacia el joven que estaba de pie ante la ventana—. Hace doce meses que estoy aquí, es decir: once meses y veintinueve días más de los que habría querido. Que disfrutéis de vuestro nuevo puesto, milord.

El comandante John William Gray se apartó de la ventana que daba al patio, desde la cual había estado observando sus nuevos dominios.

—Parece un poco incómodo —reconoció secamente, levantando su copa—. ¿Siempre llueve así?

—Por supuesto. Esto es Escocia... Peor aún: el trasero de esta maldita Escocia. —Quarry se echó un largo trago de whisky; luego tosió y exhaló ruidosamente el aire—. La única compensación es la bebida —dijo algo ronco—. Visitad a los traficantes locales vestido con vuestro mejor uniforme, y os harán un precio decente. Es asombrosamente barato sin los aranceles. Os dejo una lista de las mejores destilerías.— Señaló con la cabeza el enorme escritorio de roble. Luego, levantándose, dio un manotazo al primer cajón.

—Aquí está la nómina de guardias. —Plantó en el escritorio una maltrecha carpeta de cuero. De inmediato, otra—. Y la de prisioneros. De momento tenéis ciento noventa y seis; la cifra habitual es de doscientos, sumando o restando los que fallecen por enfermedad y algún cazador furtivo apresado en la campiña.

—Doscientos —repitió Grey—. ¿Y cuántos en las barracas de los guardias?

—Ochenta y dos, según la nómina. En condiciones de ser útiles, alrededor de la mitad. —Quarry volvió a hundir la mano en el cajón y sacó una botella de vidrio pardo tapada con un corcho. La sacudió para oír el chapoteo y sonrió sardónico—. No sólo el comandante busca consuelo en la bebida. La mitad de estos patanes suelen estar incapacitados cuando se pasa lista. Os dejaré esto también. Os hará falta.

Volvió a guardar la botella y abrió el último cajón.

—Aquí, requisas y copias; lo peor del puesto es el papeleo. No es gran cosa si se cuenta con un empleado decente. En este momento no lo hay. Tenía un cabo con bastante buena letra pero murió hace dos semanas. Si adiestráis a otro, no tendréis nada que hacer salvo cazar gallos silvestres y buscar el oro del Francés.

Festejó su propio chiste con una carcajada; en aquella parte de Escocia abundaban los rumores sobre el oro que, supuestamente, Luis de Francia había enviado a su primo Carlos Estuardo.

—¿Los prisioneros no son díscolos? —preguntó Grey—. Tengo entendido que, en su mayor parte, son jacobitas de las Tierras Altas.

—En efecto, pero bastante dóciles. —Quarry hizo una pausa para mirar por la ventana. Una breve fila de hombres harapientos salía por una puerta practicada en la imponente muralla de piedra—. Culloden los dejó sin coraje —dijo indiferente—. De eso se encargó Billy, el Carnicero. Y aquí se los hace trabajar tanto que no les quedan energías para causar problemas.

Grey asintió. La fortaleza de Ardsmuir estaba en proceso de renovación, utilizando, bastante irónicamente, la mano de obra de los escoceses encarcelados allí. Se levantó para reunirse con Quarry ante la ventana.

—Allí sale una cuadrilla a cortar turba. —El coronel señaló con la cabeza al grupo de abajo: diez o doce hombres barbudos, andrajosos como espantapájaros, formados en torpe fila ante un soldado con chaqueta roja. Los acompañaban seis soldados armados de mosquetes, cuyo elegante aspecto contrastaba

notoriamente con el de los montañeses. Quarry los contó, ceñudo—. Debe de haber algunos enfermos; una cuadrilla de trabajo se compone de dieciocho hombres: tres prisioneros por guardia, debido a los puñales. Aunque son asombrosamente pocos los que tratan de huir.

Se apartó de la ventana, dando un puntapié a un gran cesto lleno de toscos trozos de sustancia oscura.

—Dejad la ventana abierta aunque llueva —aconsejó—. De lo contrario, el humo de la turba os sofocará. —Como ilustración, aspiró hondo y dejó escapar el aire explosivamente—. ¡Dios mío, qué alegría, volver a Londres!

—Supongo que no hay mucha vida social en la zona —preguntó Grey seco.

Quarry se echó a reír, divertido por la idea.

—¿Vida social? ¡Mi querido amigo! Aparte de una o dos muchachas pasables que hay en la aldea, vuestra vida social consistirá solamente en conversar con vuestros oficiales. Son cuatro, de los cuales sólo el ordenanza es capaz de hablar sin emplear blasfemias. Y un prisionero.

—¿Un prisionero? —Grey apartó la vista de los registros que estaba hojeando con una rubia ceja enarcada.

—Oh, sí. —Quarry se paseaba inquieto por la oficina, deseoso de partir. El carruaje esperaba; sólo se había demorado para informar a su sustituto y efectuar el traspaso formal del mando. Se detuvo para echar un vistazo a Grey, curvando la boca como si disfrutara de una broma secreta—. Supongo que habéis oído hablar de Jamie Fraser, el Rojo.

Grey se puso levemente rígido, pero mantuvo la cara tan impávida como pudo.

—Como la mayoría —respondió frío—. Ese hombre se destacó durante el Alzamiento.

¡Conque ese maldito de Quarry conocía el caso! ¿Entero o sólo una primera parte?

Al coronel se le contrajo levemente la boca, pero se limitó a asentir.

—Bastante, sí. Bueno, lo tenemos aquí. Es el único jacobita de alta graduación; los prisioneros montañeses lo tratan como a un jefe. Por lo tanto, si surge alguna cuestión relacionada con los internos, y surgirá, os lo aseguro, es él quien actúa como portavoz.

Quarry había estado caminando en calcetines; en aquel momento se sentó para ponerse las botas largas de la caballería para enfrentarse al barro de fuera.

—*Seumas, mac anfhear dhuibh.* Así lo llaman. O simplemente *Mac Dubh.* ¿Habláis gaélico? Yo tampoco. Pero Grissom sí, y él dice que significa «James, hijo del Negro». La mitad de los guardias le tienen miedo; son los que combatieron en Prestonpans a las órdenes de Cope. Dicen que es el diablo en persona. ¡Un pobre diablo ahora! —El coronel resopló—. Los prisioneros le obedecen sin chistar. Pero ordenad algo sin que él le ponga su sello y será como hablar con las piedras del patio. ¿Habéis tenido trato con escoceses? Ah, por supuesto; combatisteis en Culloden con el regimiento de vuestro hermano, ¿verdad?

Quarry se dio una palmada en la frente ante su fingida mala memoria. ¡Aquel maldito hombre lo sabía todo!

—Entonces os haréis una idea. Tercos es poco decir. Lo cual significa que necesitaréis la buena voluntad de Fraser..., o al menos su colaboración. —Hizo una pausa para disfrutarlo—. Yo lo invitaba a cenar conmigo una vez por semana para hablar de cómo iba todo y me daba muy buenos resultados. Podríais intentar lo mismo.

—Supongo que sí. —El tono de Grey era sereno pero tenía los puños apretados. Cenaría con Fraser cuando hubiera chorlitos en el infierno.

—Es un hombre instruido —continuó Quarry con los ojos brillantes de malicia—. Un interlocutor mucho más interesante que los oficiales. Sabe jugar al ajedrez. Vos jugáis alguna partida de vez en cuando, ¿no?

—De vez en cuando. —Tenía los músculos del abdomen tan apretados que le costaba respirar. ¿Por qué no cerraba la boca y se iba de una vez aquel maldito idiota?

—Oh, bueno, todo queda en vuestras manos. —El coronel se volvió desde la puerta con el sombrero en la mano—. Una cosa más. Si cenáis a solas con Fraser... no le volváis la espalda.

Su cara había perdido la jocosidad ofensiva. Grey lo miró, ceñudo, pero no vio muestras de que la advertencia fuera una broma.

—Lo digo en serio —aclaró Quarry, súbitamente serio—. Está encadenado, pero no es difícil ahorcar a un hombre usando la cadena. Y Fraser es un gigantón.

—Lo sé. —Furioso, Grey sintió que le subía la sangre a la cara. Para disimularlo giró en redondo refrescándose el semblante con el aire frío que entraba por la ventana entreabierta y dijo a las piedras grises del patio que brillaban bajo la lluvia—: Si es tan inteligente como decís, no cometería la estupidez de atacarme en mis propias habitaciones y dentro de la prisión. ¿Qué ganaría con eso?

El coronel no respondió. Al cabo de un momento Grey giró hacia él y lo descubrió mirándolo pensativamente; ya no había rastros de humor en su cara ancha y rubicunda.

—Existe la inteligencia —dijo con lentitud—. Y también existen otras cosas. Pero sois muy joven; quizá no hayáis visto desde cerca el odio y la desesperación. En Escocia ha habido mucho en estos diez últimos años.

El comandante Grey era joven, ciertamente; tenía apenas veintiséis años, cutis claro y pestañas femeninas que le daban un aspecto aún más juvenil. Para complicar el problema, medía tres o cuatro centímetros menos del promedio y era de huesos finos. Se irguió en toda su estatura.

—Conozco bien esas cosas, coronel —dijo con voz firme.

Como él, Quarry era el hijo menor de una buena familia, pero lo superaba en rango. Tenía que controlarse.

Los brillantes ojos de avellana descansaron en él, especulativos.

—Me doy cuenta.

Con un brusco movimiento, Quarry se puso el sombrero. Luego se tocó la mejilla, donde la línea oscura de una cicatriz surcaba la piel rojiza: recuerdo del escandaloso duelo que lo había enviado al exilio de Ardsmuir.

—Sabrá Dios qué hicisteis para que se os enviara aquí, Grey —dijo meneando la cabeza—. Por vuestro propio bien, espero que lo merecierais. ¡Os deseo buena suerte!

Y desapareció con un revoloteo de su manto azul.

—Más vale malo conocido que bueno por conocer —dijo Murdo Lindsay sacudiendo lúgubremente la cabeza—. El Apuesto Harry no era tan malo.

—No, es cierto —dijo Kenny Lesley—. Pero tú estabas aquí cuando vino, ¿verdad? Era mucho mejor que esa mierda de Bogle, ¿no?

—Sí —reconoció Murdo inexpresivo—. ¿Qué quieres decir, hombre?

—Si Harry era mejor que Bogle —explicó Lesley paciente—, Harry era lo bueno por conocer. Y Bogle, lo malo conocido. A pesar de todo, Harry fue mejor. Así que te equivocas, hombre.

—¡No me equivoco! Al menos, eso creo —murmuró Murdo sin poder recordar exactamente qué había dicho. Se volvió para apelar a la corpulenta silueta sentada en el rincón—. ¿Me equivoco, Mac Dubh?

El hombre alto se desperezó, haciendo tintinear levemente la cadena de sus grillos, y se echó a reír.

—No, Murdo, no te equivocas. Pero aún no sabemos si tienes razón. Habrá que ver cómo es lo bueno por conocer, ¿cierto? —Al ver que Lesley fruncía las cejas, preparado para seguir discutiendo, alzó la voz y dijo a todos los presentes—: ¿Alguien ha visto al nuevo alcaide? ¿Johnson? ¿MacTavish?

—Yo —dijo Hayes adelantándose con gusto para calentarse las manos ante el fuego.

En la amplia celda había una chimenea frente a la cual sólo podían ponerse seis hombres a la vez. Los otros cuarenta quedaban expuestos al intenso frío, apretujados para darse calor. Por lo tanto, habían acordado que quien tuviera un cuento que relatar o una canción que entonar podía situarse junto al fuego mientras tuviera la palabra.

Hayes se relajó, con los ojos cerrados y una beatífica sonrisa en la cara, alargando las manos hacia el calor. Los movimientos inquietos, a ambos lados, hicieron que se apresurara a abrir los ojos.

—Lo vi cuando bajó de su carruaje. Y otra vez cuando les subí un plato de dulces desde la cocina, mientras conversaba con el Apuesto Harry. Es rubio, de largos rizos amarillos atados con una cinta azul. Tiene los ojos grandes y las pestañas largas, como una muchacha.

Hayes miró con lascivia a sus oyentes y agitó sus párpados romos, en burlón coqueteo. Alentado por las risas, pasó a describir las ropas del nuevo alcaide («finas como las de un lord»), su equipaje y su sirviente («uno de esos *Sassenachs* que hablan como si se hubiesen quemado la lengua») y todo lo que había podido percibir en su manera de expresarse.

—Habla claro y de prisa, como si estuviera muy enterado. —Meneó dubitativamente la cabeza—. Pero es muy joven. Da la impresión de ser casi un niño, aunque supongo que es mayor de lo que parece. Se mantiene muy erguido, como si le hubieran metido una vara por el trasero.

Esto dio origen a una serie de risas y comentarios soeces. Luego Hayes cedió su sitio a Ogilvie, que conocía una anécdota larga y chocarrera sobre el señor de Donibristle y la hija del porquerizo. Se apartó del fuego sin resentimiento y, siguiendo con la costumbre, fue a sentarse junto a Mac Dubh.

Mac Dubh nunca ocupaba su sitio junto al hogar, ni siquiera cuando les narraba largas historias de los libros que había leído: *Las aventuras de Roderick Random, La historia de Tom Jones* o la favorita de todos: *Robinson Crusoe.* Aduciendo que necesitaba espacio para sus largas piernas, se quedaba siempre en el mismo rincón, donde todos podían oírle.

—¿Crees que hablarás mañana con el nuevo alcaide, Mac Dubh? —preguntó Hayes al sentarse a su lado—. Me crucé con Billy Malcolm, que venía de cortar turba, y me gritó que las ratas se están haciendo muy audaces en su celda. Esta semana mordieron a seis hombres mientras dormían y dos de ellos están purulentos.

Mac Dubh meneó la cabeza y se rascó la barbilla. Antes de cada audiencia semanal con Harry Quarry se le facilitaba una navaja para afeitarse, pero habían pasado cinco días desde la última y ya tenía la barbilla cubierta de cerdas rojas.

—No sé, Gavin —musitó—. Quarry prometió explicar al nuevo lo de nuestro acuerdo, pero éste podría tener costumbres distintas, ¿no? Si me llama no dejaré de mencionar lo de las ratas. ¿Malcolm ha pedido que Morrison vaya a ver las heridas?

En la prisión no había médicos. A Morrison, que tenía buena mano para curar, se le permitía ir de celda en celda para atender a los enfermos o lesionados, si Mac Dubh lo solicitaba.

Hayes meneó la cabeza.

—No tuvo tiempo para decir más. Pasaban marchando, ¿entiendes?

—Será mejor que envíe a Morrison —decidió Mac Dubh—. Él puede preguntar a Billy si hay algún otro problema allí.

Había cuatro celdas principales, en las que se alojaba a los prisioneros en grupos numerosos; las noticias pasaban de una a otra gracias a las visitas de Morrison y a los intercambios de hombres que se producían en las cuadrillas cuando salían diariamente a trabajar.

Morrison vino en cuanto se le mandó llamar, guardando en su bolsillo cuatro cráneos de rata tallados, con los que los prisioneros improvisaban juegos de azar. Mac. Dubh buscó a tientas bajo el banco que ocupaba y sacó el saco de paño con que salía al páramo.

—¡Oh, otra vez esos malditos cardos! —protestó Morrison, al ver que el hombretón hacía una mueca al rebuscar en la bolsa—. No puedo hacer que coman esas cosas. Todos me dicen que no son vacas ni cerdos.

Mac Dubh sacó cautelosamente un puñado de tallos marchitos y se chupó los dedos pinchados.

—Son tercos como cerdos, sin dudarlo —comentó—. Es sólo cardo lechero. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga, Morrison? Quita los espinos, reduce a pulpa las hojas y los tallos y, si son demasiado espinosos para comer untados en una galleta, prepara un té para que los hombres lo beban.

—Les recordaré que las vacas y los cerdos nunca pierden los dientes. —Después de emitir el breve ruido que en él pasaba por carcajada, Morrison fue a recoger las pocas hierbas y ungüentos que utilizaba como remedios. Mac Dubh paseó una mirada por la celda para asegurarse de que no se estuviera gestando ningún problema. Luego cerró los ojos. Estaba fatigado, había pasado todo el día acarreando piedras, sin tiempo siquiera para pensar en el nuevo alcaide, por importante que fuera aquel hombre en la vida de todos. Joven, decía Hayes. Eso podía ser bueno, pero también podía ser malo.

Con un suspiro, cambió de postura, molesto (por diezmilésima vez) por las esposas que llevaba. Además de las rozaduras, le causaban dolores de espalda por la imposibilidad de separar los brazos más de medio metro.

—Mac Dubh —dijo una voz suave a su lado—, ¿puedo decirte una palabra al oído?
Al abrir los ojos vio a Ronnie Sutherland a su lado.
—Por supuesto, Ronnie.
Se incorporó, apartando con firmeza su mente de las cadenas y del nuevo alcaide.

Esa noche, John Grey escribió:

Queridísima madre:

He llegado sano y salvo a mi nuevo puesto, me resulta cómodo. Mi predecesor, el coronel Quarry (sobrino del duque de Clarence, ¿lo recuerdas?) me dio la bienvenida y me puso al tanto de mis funciones. Cuento con un excelente servidor y, si bien es inevitable que muchas cosas de Escocia me parezcan extrañas en un principio, no dudo que la experiencia ha de ser interesante. Para cenar me sirvieron un guiso que, según el camarero, se llama «haggis». Resultó ser el órgano interior de una oveja, relleno con una mezcla de avena molida y cierta cantidad de carne cocida, de origen no identificado. Aunque se me asegura que, para los habitantes de Escocia, este plato es una verdadera exquisitez, lo envié a la cocina y solicité a cambio un simple filete de cordero. Habiendo celebrado de ese modo mi primera y humilde comida aquí, y estando algo fatigado por el largo viaje (de cuyos detalles te informaré en mi próxima carta) creo que ahora debo retirarme, dejando una descripción más completa del ambiente, con el que todavía no estoy muy familiarizado, para otra ocasión.

Hizo una pausa, dando golpecitos en el secante con la pluma, que dejó pequeños puntos de tinta; los unió distraídamente con líneas, trazando el contorno de un objeto irregular.

¿Se atrevería a preguntar por George? No podía hacerlo directamente, pero sí con una referencia a la familia, preguntando a su madre si había visto recientemente a lady Everett y pidiéndole que le transmitiera sus recuerdos al hijo.

Suspirando dibujó otro punto. No. Su madre viuda ignoraba la situación, pero el esposo de lady Everett se movía en círculos militares. Si bien la influencia de su hermano mayor reduciría el chismorreo al mínimo, lord Everett podía olerse el asunto y no tardaría en sumar dos y dos. Con que él dijera una palabra imprudente a su esposa sobre George y esa palabra pasara de lady Everett a su madre... La condesa viuda de Melton no era tonta. Sabía muy bien que su hijo menor había caído en desgracia; a los oficiales jóvenes bien vistos por los superiores no se les enviaba al trasero de Escocia a supervisar la renovación de una pequeña cárcel sin importancia. Pero Harold, su hermano, le había explicado que se trataba de un desdichado asunto del corazón, insinuando algo indecoroso, para evitar que ella hiciera preguntas. Probablemente, la condesa pensaba que habían sorprendido a John con la esposa del coronel o con una ramera en sus habitaciones.

¡Un desdichado asunto del corazón! Mojó la pluma en el tintero con una sonrisa preocupada. Tal vez Harold era más sensible de lo que parecía al calificarlo así. Claro que, desde la muerte de Héctor en Culloden, todos aquellos asuntos habían sido desdichados para John.

Al pensar en Culloden recordó a Fraser, algo que había estado evitando durante todo el día. Echó un vistazo a la carpeta donde se guardaba la nómina de prisioneros, tentado de abrirla para buscar el nombre. Pero ¿qué sentido tenía? En las Tierras Altas podía haber veinte hombres llamados James Fraser, pero sólo uno apodado el Rojo.

—Perdón, señor. ¿Debo ya calentaros la cama?

El acento escocés, a su espalda, le sobresaltó. Al girar en redondo se encontró con la cabeza revuelta del prisionero encargado de atender sus habitaciones.

—¡Oh! Eh... sí, gracias... ¿MacDonell?—arriesgó dubitativo.

—MacKay, milord —corrigió el hombre sin resentimiento visible. La cabeza desapareció.

Grey suspiró. Aquella noche ya no podría hacer nada. Volvió al escritorio y acercó la carta para firmarla de prisa: *Con todo afecto, tu obediente hijo, John Wm. Grey.* Luego esparció arena sobre la firma, la selló con su anillo y la dejó a un lado para que la despacharan por la mañana.

Apagó la vela y se fue a la cama guiado por el resplandor difuso del hogar.

Debido a los efectos del agotamiento y el whisky, habría debido dormirse de inmediato; sin embargo, el sueño se mantenía a distancia, rondando su cama como un murciélago pero sin llegar a posarse. Cada vez que estaba a punto de sumirse en el descanso aparecía ante sus ojos una visión del bosque de Carryarrick; entonces se descubría, una vez más, espabilado y sudoroso, con el corazón re-tumbándole en los oídos.

En aquella época él tenía dieciséis años y estaba muy excitado por su primera campaña. Aunque aún no era oficial, su hermano Harold lo había llevado con el regimiento a fin de que conociera la vida militar.

Mientras marchaban a reunirse con el general Cope en Prestonpans, acamparon cerca de un oscuro bosque escocés. John se sentía demasiado nervioso para dormir. ¿Cómo sería la batalla? No se decidía a mencionar su miedo ni siquiera a Héctor. Héctor lo quería, pero era ya un hombre de veinte años, alto, musculoso y temerario, con un cargo de teniente y deslumbrantes anécdotas de las batallas libradas en Francia.

Aun ahora ignoraba si había obrado así para emular a Héctor o sólo para impresionarlo. El caso es que, al ver al montañés en el bosque y al reconocerlo como el famoso Jamie Fraser de los carteles, decidió matarlo o capturarlo.

Se le había ocurrido, sí, la idea de volver al campamento en busca de ayuda; pero el hombre estaba solo (al menos, eso pensó John) y obviamente desprevenido; tranquilamente sentado en un tronco, comía un trozo de pan.

Él desenvainó su puñal y se escurrió entre el bosque hacia la roja cabeza, con la empuñadura del cuchillo en la mano y la mente llena de visiones de gloria, imaginando los elogios de Héctor.

Pero, en su lugar, cuando descargaba su puñal, rodeando con un brazo el cuello del escocés...

Lord John Grey se estiró en la cama, acalorado por los recuerdos. Habían caído hacia atrás, rodando juntos en la crepitante oscuridad cubierta de hojas secas, buscando a tientas el cuchillo, debatiéndose y luchando..., por defender la vida, pensaba él.

Al principio el escocés estaba debajo de él; luego, de algún modo, se retorció y quedó arriba. John había tocado en una ocasión una gran pitón traída de la India; a eso se parecía el tacto de Fraser: ligero, suave y horriblemente poderoso; se movía como aquellos aros musculosos, nunca por donde se esperaba.

Se vio ignominiosamente tirado de bruces entre las hojas, con la muñeca dolorosamente retorcida en la espalda. En un acceso de terror, seguro de que iba a ser asesinado, tiró con todas sus fuerzas del brazo aprisionado; el hueso se rompió con un estallido de dolor que lo dejó sin sentido.

Al volver en sí estaba apoyado en un árbol frente a un círculo de feroces montañeses, todos con faldas. En medio de todos ellos estaba el Rojo Fraser... y la mujer.

Grey apretó los dientes. ¡Maldita mujer! Si no hubiera sido por ella... Bueno, sólo Dios sabía lo que podría haber sucedido. *La* que sucedió fue que ella dijo algo. Era inglesa y, por su manera de hablar, una dama. John, ¡idiota de él!, llegó a la conclusión de que la mujer era rehén de los crueles escoceses, que sin duda la habrían raptado con el propósito de violarla. Todo el mundo decía que los montañeses violaban a la menor oportunidad que se les presentaba y que se deleitaban deshonrando a las inglesas. ¡Qué podía pensar él!

Y lord John William Grey, de dieciséis años, desbordando ideas militares de galantería y nobleza, magullado, estremecido y luchando contra el dolor de su brazo fracturado, trató de negociar para rescatarla de su destino. Fraser, alto y burlón, jugó con él como el pescador con un pez; desnudó a medias a la mujer ante sus ojos para obligarlo a dar información sobre la posición y el número del regimiento de su hermano. Y cuando él le hubo dicho cuanto sabía, el Rojo le reveló, riendo, que la mujer era su esposa. Todos rieron; aún podía oír las obscenas y regocijadas voces de los escoceses.

Grey se dio la vuelta en la cama, irritado en el colchón extraño. Para empeorar las cosas, Fraser no había tenido siquiera la decencia de matarlo sino que lo ató a un árbol, donde sus camaradas lo

encontrarían por la mañana, cuando los hombres del Rojo hubieran visitado el campamento y, con la información proporcionada por él, habrían inutilizado el cañón que llevaban a Cope.

Todo el mundo se enteró, por supuesto. Aunque lo excusaron por su corta edad y el hecho de que aún no fuera oficial, John se convirtió en un paria, en blanco de desprecio. Nadie le dirigía la palabra, salvo su hermano... y Héctor. Héctor, siempre leal.

Con un suspiro, frotó la mejilla contra la almohada. Aún podía ver a Héctor en su mente: un moreno de ojos azules y boca tierna siempre sonriente. Había muerto diez años atrás, en Culloden, hecho pedazos por una espada escocesa, pero John aún despertaba a veces al alba, con el cuerpo arqueado por espasmos, sintiendo su contacto.

Y ahora, esto. Ese nombramiento lo había horrorizado: estar rodeado de escoceses, con sus voces chirriantes, abrumado por el recuerdo de lo que le habían hecho a Héctor. Pero nunca, ni en la más espantosa de sus pesadillas, había pensado volver a encontrarse con James Fraser.

Grey se levantó por la mañana sin haber descansado, pero con una decisión tomada. Estaba allí. Fraser también estaba allí. Y ninguno podía cambiar de sitio en un futuro previsible. Bien. Tendría que verlo de vez en cuando (dentro de una hora hablaría ante los prisioneros reunidos y, en adelante, debería inspeccionarlos con regularidad), pero no lo recibiría en privado. Si lo mantenía a distancia, quizá pudiera mantener también a raya los recuerdos que le despertaba. Y los sentimientos.

Pues, si bien era el recuerdo de la ira y la humillación pasadas lo que no le había permitido conciliar el sueño, fue la otra cara de la situación actual lo que lo mantuvo despierto hasta el amanecer: el comprender, poco a poco, que Fraser ya no era su torturador sino un prisionero, *su* prisionero, tan a su merced como los otros.

Después de llamar a su sirviente con la campanilla, fue descalzo a la ventana para ver cómo estaba el tiempo; el frío de la piedra bajo los pies le arrancó una exclamación.

Llovía, lo cual no era extraño. Abajo, en el patio, los prisioneros ya estaban formando las cuadrillas de trabajo. Grey había imaginado a Fraser encerrado en una diminuta celda de piedra helada, desnudo en las noches de invierno, alimentado con agua sucia, flagelado en el patio de la prisión. Lo había imaginado con todos los detalles, disfrutándolos. Oía a Fraser implorar misericordia y se concebía a sí mismo desdeñoso y altanero.

Lo imaginó y sintió un ramalazo de asco contra sí mismo.

Fraser era ahora un enemigo derrotado, un prisionero de guerra, responsabilidad de la Corona. Responsabilidad de Grey. Y su bienestar, obligación de honor. Haber encontrado a Fraser en la batalla, haberlo mutilado o matado habría sido un salvaje placer. Pero el hecho ineludible era que, mientras aquel hombre fuera su prisionero, el honor le impedía hacerle daño.

Cuando estuvo afeitado y vestido, ya se había repuesto lo suficiente para encontrarle cierto humor lúgubre a la situación. Su estúpida conducta en Carryarrick había salvado la vida a Fraser en Culloden. Ahora, ya saldada aquella deuda y con Fraser en su poder, su misma impotencia de prisionero le libraba de todo peligro. Pues los Grey, estúpidos o sabios, ingenuos o experimentados, eran ante todo hombres de honor.

Sintiéndose algo mejor, se miró al espejo para enderezarse la peluca y bajó a desayunar, antes de pronunciar su primer discurso ante los prisioneros.

—¿Queréis que se os sirva la cena en la sala, señor, o aquí? —La cabeza de MacKay, despeinada como siempre, asomó en la oficina.

—¿Hum? —murmuró Grey absorto en los papeles esparcidos ante él. Luego levantó la vista—. Ah. Aquí, por favor.

Señaló vagamente una esquina del enorme escritorio y volvió a su trabajo; casi ni alzó la mirada al llegar la bandeja con la comida, poco después.

Lo del papeleo no era una broma de Quarry. John se había pasado el día sin hacer otra cosa que redactar y firmar requisitorias. Tenía que conseguir pronto un escribiente, si no quería morir de puro aburrimiento.

Dejó la pluma con un suspiro y cerró los ojos, masajeándose el dolor sordo que sentía entre las cejas. El sol no se había molestado en aparecer una sola vez desde su llegada y trabajar todo el día en una habitación llena de humo, a la luz de las velas, hacía que le ardieran los ojos como brasas. El día anterior habían llegado sus libros pero aún estaban sin desempaquetar.

Un raido leve y sigiloso hizo que se incorporara bruscamente, abriendo los ojos. Había una gran rata parda sentada en la esquina de su escritorio, con un trozo de budín de ciruela entre las patas delanteras. No se movió; se limitó a mirarlo retorciendo los bigotes.

—¡Pero malditos sean mis ojos! —exclamó Grey asombrado—. ¡Oye, asquerosa! ¡Ésa es mi cena!

La rata mordisqueó pensativamente el budín, con los ojos brillantes fijos en el comandante.

—¡Sal de aquí! —Enfurecido, Grey cogió el objeto más cercano y se lo tiró. La botella de tinta estalló contra el suelo y el sobresaltado animal saltó del escritorio huyendo precipitadamente entre las piernas de MacKay que, aun más sobresaltado, había aparecido en la puerta para ver a qué se debía aquel raido.

—¿Hay algún gato en la prisión? —inquirió Grey echando el contenido de la bandeja al cesto de los papeles.

—Sí, señor, en los depósitos hay gatos —respondió MacKay, arrastrándose sobre manos y rodillas para limpiar las pequeñas huellas de tinta dejadas por la rata.

—Bueno, traedme uno, MacKay, por favor —ordenó Grey—. De inmediato.

Se asomó a la ventana, tratando de despejarse con el aire fresco mientras MacKay concluía la limpieza. De pronto se le ocurrió algo.

—¿Hay muchas ratas en las celdas? —preguntó.

—Sí, muchas, señor —respondió el prisionero—. Le diré al cocinero que prepare otra bandeja. ¿No, señor?

—Sí, por favor. Y después, señor MacKay, ocupaos de que cada una de las celdas tenga un gato.

MacKay pareció vacilar. Grey, que estaba recogiendo sus papeles dispersos, se detuvo.

—¿Algún problema, MacKay?

—No, señor —replicó el interno—. Sólo que estas bestezuelas mantienen a raya a los escarabajos. Y con todo respeto, señor, no creo que a los hombres les guste que el gato se coma todas sus ratas.

Grey lo miró con un poco de asco.

—¿Los prisioneros comen ratas? —preguntó, con el recuerdo de aquellos dientes amarillos mordisqueando su budín de ciruelas.

—Sólo si tienen la suerte de atrapar una, señor. Puede que los gatos ayuden un poco, después de todo. ¿Necesitáis algo más, señor?

9

El vagabundo

La decisión de Grey con respecto a James Fraser duró dos semanas: hasta que llegó el mensajero, desde la aldea de Ardsmuir, con noticias que lo cambiaron todo.

—¿Aún vive? —preguntó ásperamente al hombre.

El mensajero, uno de los aldeanos que trabajaban para la prisión, asintió con la cabeza.

—Yo mismo lo vi, señor, cuando lo trajeron. Ahora está en El Tilo, bien atendido... pero no creo que baste con atenderlo bien, señor. No sé si me comprendéis. —Enarcó significativamente una ceja.

—Comprendo —respondió Grey—. Gracias. ¿Vuestro nombre...?

—Allison, señor. Rufus Allison, para serviros.

El hombre aceptó el chelín que se le ofrecía y, haciendo una reverencia con el sombrero bajo el brazo, se retiró.

Grey permaneció sentado en su escritorio, contemplando el cielo plomizo. Ante la palabra oro muchos oídos se aguzaban, especialmente los suyos.

Aquella mañana habían encontrado a un hombre vagando en la neblina del páramo, cerca de la aldea. Traía las ropas empapadas de agua de mar y deliraba por la fiebre. No dejaba de balbucear, pero quienes lo habían rescatado no encontraban mucho sentido a sus divagaciones. El hombre parecía ser escocés, pero hablaba en una mezcla incoherente de francés y gaélico, añadiendo aquí y allá alguna palabra inglesa. Y una de esas palabras había sido «oro».

La combinación de escoceses, oro y francés en aquella zona del país sólo podía traer una idea a la mente de alguien que hubiera combatido durante los últimos días del Alzamiento jacobita: el oro del Francés, la fortuna en barras de oro que, según rumores, Luis de Francia había enviado en secreto para auxiliar a su primo, Carlos Estuardo. Y que llegó demasiado tarde. Lo cierto es que ese oro, hasta entonces, no había aparecido.

Francés y gaélico. Grey hablaba un francés pasable, resultado de haber combatido varios años en el extranjero, pero ni él ni sus oficiales dominaban el bárbaro gaélico, descontando algunas palabras que el sargento Grissom había aprendido, siendo niño, de una niñera escocesa. No podía confiar en un hombre de la aldea, si la historia tenía algo de cierto. ¡El oro del Francés! Aparte de su valor como tesoro (que, en todo caso, pertenecería a la Corona), para John William Grey tenía un considerable valor personal. El hallazgo de aquella reserva casi mítica sería su pasaporte para salir de Ardsmuir y regresar a Londres, a la civilización.

No, no podía confiar en un aldeano. Tampoco en ninguno de sus oficiales. ¿Y en un prisionero? Sí, no había peligro en emplear a un prisionero, pues ninguno de los internos podría utilizar la información en provecho propio. Por desgracia, todos los prisioneros hablaban gaélico y algunos también un poco de inglés, pero sólo uno dominaba también el francés. «Es un hombre instruido», repitió la voz de Quarry en su memoria.

—¡Maldita sea! —murmuró Grey. No tenía otro remedio. Allison había dicho que el vagabundo estaba muy enfermo y no había tiempo para buscar alternativas. Escupió un fragmento de pluma.

—¡Brame! —gritó.

El sobresaltado cabo asomó la cabeza.

—¿Sí, señor?

—Traedme al prisionero James Fraser. De inmediato.

• • •

El alcaide, en pie tras su escritorio, se apoyó en él como si el enorme mueble de roble fuera realmente el baluarte que parecía. Sintió las manos húmedas; el cuello blanco del uniforme parecía apretarle.

El corazón le dio un brinco violento al abrirse la puerta. El escocés entró con un leve tintineo de cadenas y se detuvo ante el escritorio.

Desde luego, Grey había visto varias veces a Fraser en el patio, con los otros prisioneros, pero nunca a una distancia que le permitiera verle la cara con claridad. Había cambiado; eso lo impresionó, pero también fue un alivio. Llevaba mucho tiempo viendo en su memoria una cara limpiamente afeitada, ceñuda y amenazante o alegre por la risa burlona. Aquel hombre tenía una barba corta y el rostro sereno y cauteloso; sus ojos azules eran los mismos, pero no daban señales de reconocerlo. Permanecía en silencio ante el escritorio, esperando.

Grey carraspeó. El corazón aún le palpitaba muy deprisa pero al menos pudo hablar con calma.

—Señor Fraser —dijo—, os agradezco que hayáis venido.

El escocés inclinó cortésmente la cabeza, sin mencionar que no tenía alternativa; sólo sus ojos lo dijeron.

—Sin duda os preguntáis por qué os he mandado llamar —continuó Grey. A sus propios oídos, las frases sonaban insufriblemente pomposas, pero no había remedio—. Temo que ha surgido una situación en la que necesito vuestra ayuda.

—¿De qué se trata, alcaide? —La voz era la misma: grave y precisa, caracterizada por un suave acento montañés.

—En el páramo, cerca de la costa, han encontrado a un vagabundo —dijo con cautela—. Parece estar gravemente enfermo y dice cosas sin sentido. Sin embargo, ciertos... asuntos a los que se refiere parecen ser de... gran interés para la Corona. Necesito hablar con él y averiguar todo lo posible sobre su identidad y los asuntos que menciona.

Hizo una pausa pero Fraser se limitó a esperar.

—Por desgracia —continuó Grey tomando aliento—, el hombre en cuestión se expresa en una mezcla de gaélico, francés y con alguna palabra suelta en inglés.

El escocés movió una de sus rojizas cejas. Su rostro no se alteró de modo apreciable, pero era obvio que había captado la situación.

—Comprendo, comandante. —Su voz suave estaba llena de ironía—. Os gustaría contar con mi ayuda para interpretar lo que ese hombre pueda decir.

Grey, que no se atrevía a hablar, asintió secamente con la cabeza.

—Temo que debo rehusar, alcaide. —Fraser hablaba respetuosamente, pero con un brillo en los ojos en el que no había nada de respetuoso.

La mano de Grey se curvó, tensa, asiendo el abrecartas de bronce.

—¿Rehusáis? —Apretó más el abrecartas para afirmar la voz—. ¿Puedo preguntar por qué, señor Fraser?

—No soy intérprete, comandante —dijo el escocés amable—, sólo un prisionero.

—Vuestra asistencia sería..., apreciada. —Grey trató de infundir intención a la palabra sin ofrecer directamente un soborno—. A la inversa —añadió endureciendo el tono—, el hecho de no prestar una legítima ayuda...

—No es legítimo que me obliguéis a prestar servicio ni que me amenacéis, alcaide —la voz de Fraser sonó mucho más dura que la del inglés.

—¡No os he amenazado! —El filo del abrecartas le estaba cortando la mano; se vio obligado a aflojar los dedos.

—¿No? Bueno, me alegra saberlo. —Fraser giró hacia la puerta—. En ese caso, os daré las buenas noches.

Grey habría preferido mil veces dejarlo ir. Por desgracia, el deber llamaba.

—¡Señor Fraser!

El escocés se detuvo a un metro de la puerta, sin volverse. Gray aspiró hondo, reuniendo fuerzas.

—Si hacéis lo que os pido os haré retirar las cadenas —dijo.

Fraser permaneció inmóvil. Grey, aunque joven y poco experimentado, era observador. Y no era torpe para evaluar a un hombre. Al ver que el prisionero alzaba la cabeza y reparar en la tensión de sus hombros, cedió un poco el nerviosismo que lo dominaba desde que supiera lo del vagabundo.

—¿Señor Fraser?

Muy lentamente, el escocés se volvió, inexpresivo.

—Trato hecho, alcaide —dijo con suavidad.

Cuando llegaron a la aldea de Ardsmuir era ya medianoche pasada. No había luz en las cabañas ante las que pasaron; Grey se descubrió preguntándose qué pensarían los habitantes del ruido de cascos y del tintineo de armas a una hora tan avanzada de la noche, como el leve eco de las tropas inglesas que habían barrido las Tierras Altas diez años atrás.

Ante la puerta de la posada, Grey se detuvo para mirar a Fraser.

—¿Recordaréis las condiciones de nuestro acuerdo?

—Sí —respondió el prisionero, brevemente. Y pasó rozándolo.

A cambio de hacerle retirar los grillos, Grey le había exigido tres cosas: primero, que no intentara escapar durante el viaje a la aldea ni en el de regreso; segundo, que le hiciera un relato completo y veraz de todo lo que el vagabundo dijera y en tercer lugar le pidió su palabra de caballero de repetir lo que hubiera escuchado solamente a Grey.

Dentro hubo un murmullo de voces gaélicas; luego, una exclamación de sorpresa cuando el posadero vio a Fraser, y una actitud de deferencia ante los soldados que lo acompañaban. Su esposa estaba en la escalera con un estropajo en la mano, haciendo danzar las sombras a su alrededor.

Grey, sobresaltado, apoyó una mano en el brazo del posadero.

—¿Quién es ése? —En la escalera había otra silueta, una aparición totalmente vestida de negro.

—El cura —explicó Fraser en voz baja—. Eso significa que el hombre está agonizando.

El comandante aspiró hondo, tratando de prepararse para lo que sobrevendría.

—Entonces hay poco tiempo que perder —manifestó, poniendo una bota en la escalera—. Procedamos.

El hombre murió justo antes del amanecer. Fraser le sostenía una mano y el sacerdote la otra. Mientras este último murmuraba frases en gaélico y en latín, haciendo señales papistas sobre el cadáver, el prisionero se reclinó en su asiento con los ojos cerrados, sin soltar aquella mano pequeña y frágil.

El corpulento escocés había pasado toda la noche junto al moribundo, dándole aliento y consuelo mientras Grey permanecía junto a la puerta para no asustar al hombre con su uniforme, asombrado y conmovido a un tiempo por la suavidad de Fraser.

Por fin lo vio depositar la flaca mano curtida en el pecho inmóvil y hacer la misma señal que el cura: se tocó la frente, el corazón y los dos hombros, como trazando una cruz. Luego abrió los ojos. Cuando se puso en pie, su cabeza estuvo a punto de tocar las vigas. Haciendo un breve gesto a Grey, lo precedió por la estrecha escalera.

—Aquí. —El inglés señaló la puerta del bar, ya desierto.

Una criada de ojos somnolientos encendió el fuego y les llevó pan y cerveza; luego los dejó solos. Cuando Fraser hubo comido algo, preguntó:

—¿Y bien, caballero?

El escocés dejó su jarro de peltre y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Bien —dijo—. No tiene mucho sentido pero esto es lo que dijo.

Habló con cautela, haciendo alguna pausa para recordar una palabra exacta, para explicar alguna referencia gaélica. Grey escuchaba, cada vez más desencantado. Fraser tenía razón: aquello no tenía mucho sentido.

—¿La bruja blanca? —interrumpió—. ¿Habló de una bruja blanca? ¿Y de focas? —No parecía más descabellado que el resto, pero aun así le producía incredulidad.

—En efecto.

—Repetídmelo —ordenó Grey—. Tal como lo recordéis, por favor.

Se sentía extrañamente a gusto con aquel hombre; lo notó con sorpresa. En parte era por la fatiga, por supuesto; sus reacciones y sentimientos habituales estaban abotargados por la prolongada vela y la tensión de ver morir a un hombre poco a poco.

Fraser, obedeciendo, habló con lentitud. Descontando algunas palabras aquí y allá, la versión fue idéntica a la anterior. Y las partes que Grey había podido entender por sí solo estaban fielmente traducidas.

Meneó la cabeza, desalentado. Divagaciones. Los delirios del hombre habían sido justamente eso: delirios.

—¿Estáis seguro de que no dijo nada más? —insistió, aferrándose a la débil esperanza de que Fraser hubiera omitido alguna frase, algún fragmento que brindara la clave para hallar el oro perdido.

—Siempre cumplo con mi palabra, señor —aseguró el otro con fría formalidad, poniéndose en pie—. ¿Regresamos ya?

Durante un rato cabalgaron en silencio. Fraser iba perdido en sus propios pensamientos; Grey, hundido en la fatiga y la desilusión. Cuando asomó el sol tras las pequeñas colinas del norte, se detuvieron junto a una pequeña vertiente para refrescarse. Grey bebió agua fría y se mojó la cara para reanimarse. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir; se sentía lento y estúpido.

Fraser tampoco había descansado durante ese tiempo, pero no daba señales de estar molesto. Se arrastró a cuatro patas, alrededor de la fuente, cortando algunas hierbas.

—¿Qué hacéis, señor Fraser? —preguntó Grey desconcertado.

Fraser levantó la vista con cierta sorpresa, pero sin avergonzarse en absoluto.

—Recojo berros, señor.

—Eso está a la vista —replicó el inglés malhumorado—. ¿Para qué?

—Para comer, comandante. —Fraser sacó del cinturón el sucio saco de paño y metió la verde masa chorreante.

—¿Por qué? ¿No se os da comida suficiente? Nunca he sabido que los seres humanos coman berros.

—Son hojas verdes, comandante.

—¿Y de qué otro color puede ser una hoja, demonios? —interpeló Grey.

Fraser contrajo la boca.

—Quise decir, comandante, que comer hojas verdes evita el escorbuto y la flojedad de dientes. Mis hombres comen las verduras que yo les llevo. Y el berro sabe mejor que todo lo que puedo recoger en el páramo.

Grey enarcó las cejas.

—¿Que las plantas verdes evitan el escorbuto? —balbuceó—. ¿De dónde habéis sacado esa idea?

—¡De mi esposa! —le espetó Fraser. Y se volvió bruscamente.

Grey no pudo evitar la pregunta.

—Vuestra esposa, señor, ¿dónde está?

La respuesta fue un relámpago azul oscuro que le provocó un escalofrío.

«Quizá no hayáis visto desde muy cerca el odio y la desesperación», sonó la voz de Quarry en su memoria. No era cierto: los había reconocido de inmediato en el fondo de los ojos de su prisionero. Pero sólo por un instante, luego volvió el velo normal de serena cortesía.

—Mi esposa se ha ido —dijo Fraser volviéndole la espalda.

Grey se sintió conmovido por una sensación inesperada. En parte era de alivio: la mujer que había sido la causa de su humillación ya no existía. En parte era de pena.

Ninguno de los dos volvió a hablar durante el regreso a Ardsmuir.

Tres días después Jamie Fraser escapó. Nunca había sido difícil escapar de Ardsmuir; si nadie lo hacía era, simplemente, porque no había dónde ir. A cinco kilómetros de la prisión, la costa de Escocia caía hacia

el océano en un acantilado de granito. Por los otros tres lados sólo había kilómetros de páramo desierto. Escapar no valía la pena..., salvo para Jamie Fraser, que obviamente tenía un motivo.

El deber de John Grey era perseguir al prisionero e intentar capturarlo. Fue algo más que el deber lo que le indujo a desguarnecer la prisión para formar el grupo de búsqueda. Los instó a marchar, permitiéndoles sólo brevísimas paradas para descansar y comer. El deber, sí, y un urgente deseo de hallar el oro del Francés y ganar la aprobación de sus superiores..., para que acabara su exilio en aquella desolada zona de Escocia. Pero también la ira y una extraña sensación de haber sido personalmente traicionado.

Llegaron a la costa ya avanzada la noche siguiente, después de pasar una jornada laboriosa revisando el páramo. La niebla se había atenuado en las rocas, barrida por el viento de la costa; ante ellos se extendía el mar, sembrado de diminutos islotes yermos.

John Grey, de pie junto a su caballo, contempló el mar negro y salvaje desde lo alto de los acantilados. Era el sitio más desolado que hubiera visto nunca; sin embargo, había en él una belleza terrible que le enfriaba la sangre en las venas. No había señales de James Fraser. No había señal alguna de vida.

De pronto, uno de los hombres soltó una exclamación de sorpresa y empuñó la pistola.

—¡Allí! —exclamó—. ¡En las rocas!

—No dispares, tonto —dijo otro de los soldados, sujetándole el brazo sin disimular su desprecio—. ¿Nunca habías visto una foca?

—Eh... no —confesó el primero intimidado.

Tampoco Grey conocía las focas. Las observó con fascinación. Desde allí parecían babosas negras.

—Los escoceses las llaman «silkies» —comentó el soldado que las había reconocido.

—¿Silkies? —Grey, interesado, miró al hombre con atención. —¿Qué más sabéis de ellas, Sykes?

El hombre se encogió de hombros, disfrutando de su momentánea importancia.

—Poca cosa, señor. Aquí hay algunas leyendas sobre ellas. Dicen que a veces, una de ellas viene a la costa, se desprende de la piel y dentro aparece una mujer hermosa. Si un hombre encuentra la piel y la esconde para que la mujer no pueda volver al mar, ella está obligada a ser su esposa. Y dicen que son buenas esposas, señor.

—Al menos, siempre estarán mojadas —murmuró el primero.

Los hombres estallaron en carcajadas que resonaron entre los acantilados.

—¡Basta! —Grey tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de las risas y los comentarios obscenos—. Desplegaos y revisad los acantilados en ambas direcciones.

Los hombres, intimidados, obedecieron sin rechistar. Al regresar, una hora después, venían desaliñados y mojados, pero sin haber visto señales de Jamie Fraser... ni del oro del Francés.

Al amanecer volvieron a salir. Grey, en pie junto a una fogata encendida en el acantilado, supervisaba la búsqueda envuelto en un abrigo para protegerse del viento penetrante y fortificándose periódicamente con el café caliente que le traía su servidor.

—Si vino por aquí, comandante, creo que no volveremos a verlo. —Era el sargento Grissom quien estaba a su lado, contemplando los remolinos del agua que rompía contra las rocas—. Este lugar se llama Caldero del Diablo porque hierve constantemente. Los pescadores que se ahogan frente a esta costa rara vez aparecen; la culpa es de las terribles corrientes, por supuesto, pero la gente dice que el diablo se los lleva hacia abajo.

—¿De veras? —musitó Grey contemplando tristemente la espuma que batía doce metros más abajo—. Yo no lo dudaría, sargento.

Y se volvió hacia la fogata.

—Dad órdenes de buscar hasta que caiga el sol, sargento. Si no encontramos nada, volveremos a intentarlo por la mañana.

• • •

Grey apartó la mirada del cuello de su cabalgadura, entornando los ojos contra la luz todavía escasa. Los tenía hinchados por el humo de turba y la falta de sueño y le dolían los huesos tras pasar varias noches en el suelo húmedo.

—Esperad aquí —dijo a sus hombres.

A unos cuantos metros de distancia había un pequeño montículo que le brindaría la intimidad necesaria; sus intestinos, que no estaban habituados al *porridge* y las tortillas de avena de los escoceses, se rebelaban ante las exigencias de la dieta de campamento.

Al enderezarse, abandonando una postura que se le antojaba muy indigna, Grey levantó la cabeza y se encontró frente a frente con James Fraser.

Ambos quedaron inmóviles, mirándose. El viento traía un vago olor a mar. Por un momento no se oyó sino la brisa marina y el canto de las alondras. Luego Grey tragó saliva, con la sensación de tener el corazón en la garganta.

—Temo que me sorprendéis en desventaja, señor Fraser —dijo serenamente, abrochándose los pantalones con todo el aplomo que pudo reunir.

El escocés movió solamente los ojos, que descendieron a lo largo del inglés y volvieron a subir lentamente. Luego miraron por encima de su hombro, hacia los seis hombres armados que le apuntaban con sus mosquetes. Esas pupilas de color azul oscuro se fijaron luego en las suyas. Por fin torció la boca y dijo:

—Creo que vos a mí también, comandante.

10

La maldición de la bruja blanca

Jamie Fraser tiritaba, sentado en el suelo de piedra del depósito vacío, abrazado a sus rodillas en un intento por entrar en calor. Tenía la sensación de que jamás lo conseguiría. Echaba en falta la presencia de los otros prisioneros (Morrison, Hayes, Sinclair, Sutherland), no sólo por su compañía, sino por el calor de sus cuerpos.

Pero estaba solo. Y probablemente no lo devolverían a la celda grande hasta haberle aplicado el castigo por su fuga. Tenía mucho miedo a que lo azotaran y, no obstante, habría preferido que ése fuera su castigo. Era horrible, pero al menos terminaría pronto... Y era infinitamente más soportable que volver a las cadenas.

Sus dedos buscaron el rosario que llevaba al cuello. Se lo había dado su hermana cuando salió de Lallybroch; los ingleses le permitían conservarlo, pues la sarta de cuentas de haya no tenía valor alguno.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia —murmuró. No tenía muchas esperanzas. Aquel pequeño comandante de pelo amarillo había visto el efecto de los grillos y sabía, maldita sea su alma, lo terribles que eran. El pequeño comandante le había ofrecido un trato y él lo había cumplido, aunque pareciera lo contrario. Respetando su juramento, transmitió las palabras que le había dicho el vagabundo, una a una. El acuerdo no le obligaba a decir que conocía a aquel hombre... ni las conclusiones que había extraído de sus murmullos.

Reconoció de inmediato a Duncan Kerr, a pesar de que el tiempo y la enfermedad lo habían cambiado.

—Quédate quieto, *a charaid; bi sàmhach* —le dijo suavemente en gaélico, arrodillándose junto a la cama donde yacía el enfermo. En un principio pensó que Duncan estaba demasiado desorientado para reconocerlo, pero su mano sin carne estrechó la suya con asombrosa energía y el hombre repitió, jadeante:

—*Mo charaid.* —«Pariente mío.»

El posadero los observaba desde la puerta, por encima del hombro del comandante Grey. Jamie inclinó la cabeza para susurrar al oído de Duncan:

—Todo lo que digas será repetido en inglés. Habla con cautela.

El posadero entornó los ojos, pero estaba demasiado lejos para oír. El comandante se volvió y, al verlo, le ordenó salir.

—Está maldito —susurró—. El oro está maldito. Date por advertido, muchacho. Fue entregado por la bruja blanca para el hijo del rey. Pero la causa está perdida y el hijo del rey huyó. Ella no permitirá que el oro sea entregado a un cobarde.

—¿Quién es ella? —preguntó Jamie.

—Busca a un hombre valiente. A un MacKenzie, es para él. MacKenzie. Es de ellos, dice la bruja blanca, por el bien de él, que ha muerto.

—¿Quién es la bruja? —preguntó Jamie otra vez. La palabra utilizada por Duncan era *ban-druidh:* una hechicera, una mujer sabia, una Dama Blanca. Así habían llamado a su esposa en otros tiempos. A Claire, su Dama Blanca.

—La bruja —murmuró Duncan cerrando los ojos—. Ella. Es una comealmas. Es la muerte. Ha muerto, el MacKenzie, ha muerto.

—¿Quién ha muerto? ¿Colum Mackenzie?

—Todos, todos. ¡Han muerto todos, han muerto! —exclamó el enfermo, estrechándole la mano—. Colum, Dougal y también Ellen. —De pronto abrió los ojos clavándolos en los de Jamie y dijo con asombrosa claridad—: La gente dice que Ellen MacKenzie abandonó a sus hermanos y su hogar para casarse con una *silkie* del mar. Ella las oyó, ¿verdad? —Duncan sonrió, soñador, con lejanas visiones flotando en sus ojos negros—. Ella oyó cantar a las *silkies* en las rocas. Una, dos, tres de ellas. Y las vio

desde su torre, una, dos, tres de ellas. Y por eso bajó y fue al mar, debajo de él, para vivir con las *silkies*. ¿Verdad? ¿No fue así?

—Eso dice la gente —respondió Jamie con la boca seca. Ellen había sido el nombre de su madre. Y eso era lo que decía la gente cuando ella se fugó con Brian Dubh Fraser, que tenía el pelo negro y brillante de las focas. El hombre por quien él mismo recibía ahora el apodo de Mac Dubh: hijo de Brian, el Negro.

El comandante Grey se mantenía cerca, al otro lado de la cama, observando a Duncan con una arruga en la frente. El inglés no entendía el gaélico, pero Jamie estaba dispuesto a apostar que conocía el equivalente de «oro». Después de cruzar una mirada con el comandante, se inclinó otra vez para hablar con el enfermo.

—El oro, hombre —dijo en francés para que Grey oyera—. ¿Dónde está el oro?

Y estrechó la mano de Duncan con toda la fuerza posible, tratando de transmitirle una advertencia. El moribundo cerró los ojos y murmuró algo, pero sus palabras resultaron inaudibles.

—¿Qué ha dicho? —inquirió el comandante con aspereza—. ¿Qué?

—No sé. —Jamie dio unas palmadas en la mano de Duncan, para despertarlo—. Habla, hombre. Dímelo otra vez.

No hubo más respuesta que otro murmullo. El comandante, impaciente, se inclinó para sacudirle un hombro.

—¡Despertad! —ordenó—. ¡Habladnos!

De inmediato Duncan Kerr abrió los ojos.

—Ella os lo dirá —dijo en gaélico—. Ella vendrá por vos. —Durante una fracción de segundo su atención pareció volver a la habitación en que yacía. Sus ojos se centraron en sus dos acompañantes—. Por ambos —dijo claramente.

Luego cerró los ojos y no volvió a hablar. La custodia del oro había pasado a otras manos.

Así fue como Jamie Fraser respetó la palabra dada al inglés... y su obligación para con sus compatriotas. Repitió al comandante todo lo que Duncan había dicho. ¡Y de mucho le sirvió! Después, en cuanto se le presentó la oportunidad de huir**,** escapó a los brezales y buscó el mar para hacer lo que estaba a su alcance con el legado de Duncan Kerr. Ahora debía pagar el precio de sus actos.

Unas pisadas se acercaron por el corredor. La puerta se abrió bruscamente, dejando entrar un rayo de luz que lo hizo parpadear. El corredor estaba oscuro, pero el guardia traía una antorcha.

—Levántate. —El hombre alargó una mano para ayudarlo, pues tenía las articulaciones rígidas. Luego lo empujó hacia la puerta—. Se te requiere en el piso superior.

—¿En el piso superior? ¿Dónde?

Aquello le sorprendió; la forja estaba abajo, junto al patio. Y tampoco lo azotarían a esas horas de la noche.

El hombre torció la cara, feroz y rubicunda a la luz de la antorcha.

—En las habitaciones del comandante —dijo muy sonriente—. Y que Dios tenga piedad de tu alma, Mac Dubh.

—No, señor; no diré dónde estuve.

Lo repitió con firmeza, tratando de que no le castañetearan los dientes. No lo habían llevado a la oficina, sino a la sala privada de Grey. El fuego estaba encendido pero Grey, en pie frente a él, absorbía la mayor parte del calor.

—¿Tampoco por qué decidisteis escapar? —La voz de Grey sonaba serena y formal.

Jamie tensó la cara.

—Eso es un asunto privado —dijo.

—¿Un asunto privado? —repitió Grey con incredulidad—. ¿Un asunto privado, habéis dicho?

—Sí.

El alcaide inhaló con fuerza por la nariz.

—No creo haber oído nada más ridículo en toda mi vida.

—Vuestra vida ha sido más bien breve, comandante —dijo Fraser—, si permitís que os lo diga. —De nada serviría postergar las cosas ni tratar de aplacar a aquel hombre. Era mejor provocar una decisión inmediata para acabar con aquello.

—¿Tenéis idea de lo que podría haceros por esto? —inquirió Grey en voz baja.

—La tengo, comandante. —Más que una idea. Sabía, por experiencia, lo que podían hacerle y no era una perspectiva agradable.

Grey respiró pesadamente y levantó la cabeza.

—Venid aquí, señor Fraser —ordenó.

Jamie lo miró fijamente, desconcertado.

—¡Aquí! —repitió el otro, perentorio, señalando un punto delante de sí, en la alfombra—. ¡Aquí, señor!

—No soy un perro, comandante —le espetó Jamie—. Podéis hacer conmigo vuestra voluntad, pero no acudiré a vuestros pies cuando me llaméis.

Eso cogió por sorpresa a Grey, que emitió una risa breve e involuntaria.

—Mil disculpas, señor Fraser —dijo secamente—. No era mi intención ofenderos. Sólo quiero que os aproximéis, si lo tenéis a bien.

Y le hizo una complicada reverencia, señalando la chimenea. Jamie vaciló, pero luego se acercó cautelosamente. Grey se le aproximó con la nariz dilatada. Así, desde tan cerca, sus huesos finos y la piel clara de la cara le daban aspecto de muchachita. Al apoyarle una mano en la manga, sus ojos, de largas pestañas, se dilataron de asombro.

—¡Estáis mojado!

—Estoy mojado, sí —dijo Jamie con paciencia.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Jamie atónito—. ¿No ordenasteis a los guardias que me arrojaran agua antes de abandonarme en una celda helada?

—No ordené eso, no. —Era obvio que el comandante decía la verdad—. Os pido disculpas, señor Fraser.

—Están aceptadas, comandante.

—Vuestra fuga, ¿tuvo algo que ver con lo que averiguasteis en la posada del Tilo?

Jamie guardó silencio.

—¿Me juráis que vuestra fuga no tuvo nada que ver con ese asunto?

El escocés seguía callado. No tenía sentido decir nada.

El pequeño comandante se paseaba frente a la chimenea con las manos cruzadas a la espalda. Por fin se detuvo frente a él.

—Señor Fraser —dijo—. Os lo preguntaré una vez más: ¿por qué escapasteis de la prisión?

Jamie suspiró. No pasaría mucho tiempo más junto al fuego.

—No puedo decíroslo, comandante.

—¿No podéis o no queréis? —inquirió Grey con aspereza.

—No parece una diferencia importante, comandante, puesto que, de un modo u otro, no os diré nada.

Cerró los ojos y aguardó, tratando de absorber todo el calor posible antes de que se lo llevaran.

Grey se descubrió sin saber qué decir ni qué hacer. Aspiró profundamente. Le avergonzaba la mezquina crueldad de los guardias, mucho más cuanto había pensado en ese tipo de venganza al enterarse de que Fraser estaba entre sus prisioneros. Estaba en su derecho si lo hacía flagelar y volvía a arrojarle. Podía condenarlo a un confinamiento solitario o reducirle las raciones. Podía, de hecho, infligirle diez castigos diferentes. Y si lo hacía, sus posibilidades de hallar alguna vez el oro del Francés se reducirían hasta desaparecer.

El oro existía, sí. O, al menos, era muy probable que existiera. Sólo esa convicción podía haber movido a Fraser a actuar como lo había hecho. Lo observó. Mantenía los ojos cerrados y los labios tensos.

Grey hizo una pausa tratando de idear un modo de atravesar esa muralla de blando desafío. Obviamente, ni la fuerza ni las amenazas servirían para saber la verdad. De mala gana, comprendió que sólo había un camino abierto para conseguir el oro: debía dejar a un lado los sentimientos que aquel hombre le inspiraba y aceptar la sugerencia de Quarry. Debía intimar con él; quizás en el curso de esas relaciones pudiera extraerle alguna pista que lo condujera al tesoro oculto.

«Si existe», se obligó a recordar, volviéndose hacia el prisionero.

—Señor Fraser —dijo formalmente—, ¿me haréis el honor de cenar mañana en mis habitaciones?

Tuvo la momentánea satisfacción de pillar por sorpresa a aquel cretino escocés. Los ojos azules se abrieron como platos. Al cabo de un momento, Fraser recobró el dominio de sus facciones. Tras una pausa momentánea, se inclinó garbosamente, como si todavía usara falda y manta en vez de empapados harapos carcelarios.

—Será un gran placer, comandante —dijo.

7 de marzo de 1755

El guardia dejó a Fraser en la sala, donde había una mesa servida. Poco después, al salir del dormitorio, Grey encontró a su huésped absorto en la observación de un ejemplar de *La nueva Eloísa.*

—¿Os interesan las novelas francesas? —balbuceó.

Fraser levantó la vista, sobresaltado, y cerró bruscamente el libro.

—Sé leer, comandante —especificó. Se había afeitado y tenía los pómulos ligeramente coloreados.

—Yo... sí, por supuesto. No quise decir..., simplemente... —Grey estaba más ruborizado aún. Había supuesto que su prisionero no sabía leer.

Por raídas que estuvieran sus ropas, Fraser tenía buenos modales. Sin prestar atención a la confusa disculpa de Grey, se volvió hacia el estante.

—He estado contando esta novela a los hombres, pero hace tiempo que la leí. Se me ocurrió refrescar la memoria en cuanto a la secuencia final.

—Comprendo. —Grey se contuvo a tiempo para no preguntar: «Y ellos ¿la entienden?»

Fraser le leyó el pensamiento, pues dijo con sequedad:

—Todos los niños escoceses aprenden a leer y escribir, comandante. Aun así, en las Tierras Altas tenemos una gran tradición de narraciones orales.

—Ah. Sí, comprendo.

La entrada del sirviente con la cena lo salvó de nuevos bochornos. La cena transcurrió sin inconvenientes, aunque la conversación fue escasa y se limitó a los asuntos de la prisión.

En la siguiente ocasión hizo instalar el tablero de ajedrez ante el fuego e invitó a Fraser a una partida antes de que sirvieran la cena. Más tarde decidió que eso había sido un toque genial. Eliminada la necesidad de conversar y las cortesías sociales, se acostumbraron lentamente el uno al otro, evaluándose en silencio por los movimientos de las piezas en el tablero de ébano y marfil.

Cuando por fin se sentaron a cenar, ya no eran dos desconocidos; la conversación, aunque todavía cautelosa y formal, era al menos una auténtica conversación, no una incómoda serie de comienzos e interrupciones. Analizaron temas de la prisión, conversaron un poco sobre libros y se despidieron formalmente pero con buenos términos. Grey no mencionó el asunto del oro.

Así se inició una costumbre semanal. Grey quería que su huésped se sintiera cómodo, con la esperanza de que dejara escapar alguna pista en cuanto al destino del oro. Pese a sus cuidadosos sondeos, no había llegado tan lejos. A la menor pregunta referida a lo que había sucedido en sus tres días de ausencia, Fraser respondía con el silencio.

Mientras comían cordero con patatas hervidas, Grey hizo lo posible por inducir a su extraño huésped a una discusión sobre Francia y su política, a fin de descubrir si existía alguna relación entre Fraser y un posible proveedor de oro de la corte francesa. Con gran sorpresa, se enteró de que el prisionero había vivido dos años en Francia dedicado al negocio del vino, antes de la rebelión de los Estuardo.

Cierto humor sereno, en los ojos de Fraser, le indicó que el hombre tenía perfecta conciencia de lo que se ocultaba tras aquellas preguntas. Al mismo tiempo se mostraba dispuesto a la conversación, aunque ponía cuidado en mantenerla alejada de su vida personal, encaminándola hacia temas más generales, hacia el arte y la sociedad.

Grey también había pasado un tiempo en París; pese a sus intentos de sondear las vinculaciones de Fraser con Francia, descubrió que la conversación le interesaba por sí misma.

—Decid, señor Fraser: mientras vivíais en París, ¿tuvisteis oportunidad de conocer las obras dramáticas de Monsieur Voltaire?

Fraser sonrió.

—Oh, sí, comandante. Más aún: tuve el privilegio de compartir mi mesa con Monsieur Arouet, puesto que Voltaire es su seudónimo literario, ¿no?

—¿De veras? —Grey enarcó una ceja interesado—. ¿Y es tan ingenioso en persona como con la pluma?

—No sabría decíroslo —confesó Fraser, ensartando diestramente un trozo de cordero—. Rara vez decía nada, ingenioso o no; se limitaba a observar a los demás. —Cerró los ojos en una pasajera concentración, masticando el cordero.

—¿La carne es de vuestro agrado, señor Fraser? —inquirió Grey cortés. A él le parecía cartilaginosa, dura y apenas comestible.

—Desde luego, comandante. Gracias. —Fraser recogió un poco de salsa de vino y se llevó el último bocado a los labios. Cuando Grey indicó a MacKay que acercara la bandeja, no se anduvo con remilgos para servirse otra porción de cordero—. Eso sí, temo que Monsieur Arouet no apreciaría esta excelente comida.

—Supongo que un hombre tan festejado por la sociedad francesa ha de tener gustos más exigentes —dijo Grey secamente. La mitad de su comida seguía intacta en el plato, destinada a la cena de Augustus, el gato.

Fraser, riendo, le aseguró:

—Por el contrario, comandante. Nunca he visto a Monsieur Arouet consumir otra cosa que un vaso de agua y una galleta, aun en la más rica de las cenas. Es un hombrecito menudo y marchito, mártir de la indigestión.

—¿De veras? —Grey estaba fascinado—. Tal vez eso explique el cinismo de sus obras. ¿No creéis que el carácter del autor se trasluce en sus escritos?

—Una dama novelista me dijo, cierta vez, que escribir novelas era arte de caníbales, pues uno mezcla con frecuencia pequeñas porciones de sus amigos y sus enemigos, los sazona con imaginación y permite que todo eso se cocine en un sabroso guisado.

La descripción hizo reír a Grey, que hizo retirar los platos y traer el oporto y el jerez.

—¡Deliciosa descripción, ciertamente! Pero hablando de caníbales, ¿habéis tenido oportunidad de leer *Robinson Crusoe,* del señor Defoe? Es uno de mis favoritos desde que era niño.

La conversación giró entonces hacia las novelas románticas y lo excitante de los trópicos. Ya era muy tarde cuando Fraser volvió a su celda, dejando al comandante Grey entretenido, pero sin haber averiguado nada sobre el origen y el paradero del oro del Francés.

2 de abril de 1755

John Grey abrió el paquete de plumas que su madre le había enviado desde Londres. Eran plumas de cisne, más finas y más fuertes que las de ganso. Al verlas sonrió vagamente; eran un pequeño y sutil recordatorio de que se estaba retrasando en su correspondencia.

Pero su madre tendría que esperar al día siguiente. Cuando mojó la pluma en la tinta tenía ya las palabras claras en la mente. Escribió con celeridad, casi sin detenerse.

2 de abril de 1755
A Harold, lord Melton, conde de Moray

Mi querido Hal:

Te escribo para informarte de un hecho reciente que me ha llamado mucho la atención. Puede que no salga nada de esto, pero el tema puede resultar de gran importancia.

Añadió detalles sobre la aparición del vagabundo y sus divagaciones, pero su escritura se hizo más lenta al describir la fuga de Fraser y su nueva captura.

El hecho de que Fraser desapareciera de la prisión poco después de estos acontecimientos me sugiere que, en realidad, había algo importante en las palabras del vagabundo.

Sin embargo, si ése fuera el caso, no puedo explicar los actos siguientes de Fraser. Fue capturado tres días después de su fuga, en un sitio que apenas dista un kilómetro y medio de la costa. En varios kilómetros a la redonda, en torno a Ardsmuir, la campiña está desierta; es muy poco probable que haya podido reunirse con un confederado a quien le transmitiera información sobre el tesoro. Se revisaron todas las casas de la aldea y también al mismo Fraser, sin descubrir rastros del oro. Se trata de un distrito remoto y tengo la razonable seguridad de que no se comunicó con nadie ajeno a la prisión antes de su huida. También estoy seguro de que no lo ha hecho con posterioridad, pues se lo vigila estrechamente.

No tenía la menor duda de que Fraser habría podido eludir a los dragones con facilidad, si así lo hubiera deseado, pero no lo había hecho. Y deliberadamente se había dejado capturar. ¿Por qué? Reanudó la escritura con mayor lentitud.

Al fin se le había ocurrido formular, no la pregunta de siempre, sino la más importante. Lo hizo al terminar una partida de ajedrez que ganó Fraser. El guardia esperaba ante la puerta, listo para escoltarlo de nuevo hasta su celda. Cuando el prisionero abandonó su asiento, Grey también se levantó.

—No voy a preguntaros otra vez por qué huisteis de la prisión —dijo con serenidad, coloquialmente—. Pero me gustaría saber por qué volvisteis.

Fraser se quedó petrificado. Luego se volvió para mirarlo a los ojos y curvó la boca en una sonrisa.

—Supongo que debo de apreciar la compañía, comandante. Puedo aseguraros que no fue por la comida.

Grey lanzó un breve resoplido al recordar. Incapaz de idear una respuesta adecuada, había dejado salir a Fraser. Sólo, más avanzada la noche, tras haber tenido finalmente el buen tino de formularse las preguntas a sí mismo en vez de interrogar al prisionero, había llegado a una respuesta. ¿Qué habría hecho él, Grey, si Fraser no hubiera regresado?

Naturalmente, su próximo paso habría sido investigar a sus familiares, por si hubiera buscado refugio o ayuda entre ellos. Y ésa era la solución, sin duda. Entre los escoceses de las Tierras Altas, la lealtad es un valor legendario.

Grey se incorporó para recoger la pluma y volvió a mojarla en el tintero.

Creo que conoces el temple de los escoceses; es poco probable que el empleo de la fuerza o las amenazas induzcan a Fraser a revelar el paradero del oro, si acaso existe. Por eso recurro a ti, querido hermano, para que me ayudes a averiguar todo lo posible con respecto a la familia de James Fraser. Te lo ruego: no alarmes a nadie con estas investigaciones; si existen esos vínculos familiares, prefiero que, momentáneamente, desconozcan mi interés. Te agradezco profundamente los esfuerzos que puedas realizar en mi favor. Tu humilde servidor y afectuosísimo hermano.

Mojó la pluma una vez más y firmó con un pequeño floreo.

15 de mayo de 1755

—¿Cómo están los hombres enfermos de gripe? —preguntó Grey.

La cena había terminado y, junto con ella, la conversación literaria. Había llegado la hora de los negocios.

—No muy bien. Tengo más de sesenta hombres enfermos, de los cuales quince están muy mal. —Vaciló—. ¿Podría solicitaros...?

—No prometo nada, señor Fraser, pero podéis pedir —respondió Grey formalmente.

Jamie hizo una pausa para calcular sus posibilidades. No lo obtendría todo; convenía apuntar a lo más importante, pero dejando espacio para que Grey rechazara alguna de sus peticiones.

—Necesitamos más mantas, comandante, más fuego y más comida. Y medicamentos.

Grey hizo girar el jerez en su copa, observando los reflejos del fuego en el vértice. «Primero los asuntos comunes», se recordó. «Ya habrá tiempo para lo otro.»

—Tenemos sólo veinte mantas de reserva en los almacenes —respondió—, pero podéis utilizarlas para los que estén más graves. Temo que no puedo aumentar las raciones de comida; las ratas han estropeado una buena parte y con el hundimiento del depósito, hace dos meses, perdimos otra gran cantidad. Nuestros recursos son limitados y...

—No se trata de cantidad —intervino rápidamente Fraser—, sino del tipo de alimentos. Los que están muy enfermos no pueden digerir con facilidad el pan y el *porridge.* ¿No se podría buscar algún sustituto?

Grey enarcó una ceja.

—¿Qué sugerís, señor Fraser?

—¿No cuenta la prisión con una suma para comprar carne de vacuno salada, nabos y cebollas para el guiso del domingo?

—Sí, pero con esa asignación debemos comprar las provisiones del próximo trimestre.

—Lo que sugiero, comandante, es que utilicéis ese dinero ahora para proporcionar caldo y guiso a los enfermos. Los que estamos sanos renunciaremos de buena gana a nuestra porción de carne durante los tres próximos meses.

Grey frunció el entrecejo.

—Pero ¿no se debilitarán los prisioneros por la falta total de carne? ¿No quedarán incapacitados para trabajar?

—Los que mueran de gripe no trabajarán, sin duda —señaló Fraser.

Grey emitió un breve soplido.

—Es cierto. Pero los que aún estáis sanos no lo estaréis mucho tiempo si prescindís de vuestras raciones. —Meneó la cabeza—. No, señor Fraser, creo que no. Es preferible que los enfermos corran riesgo que exponernos a que caigan enfermos muchos más.

Fraser era un hombre terco. Bajó la cabeza. Luego la levantó para otro intento.

—En ese caso, comandante, os pido que, ya que la Corona no puede suministrarnos los alimentos adecuados, nos permitáis cazar a nosotros mismos.

—¿Cazar? —Las cejas claras de Grey se elevaron con estupefacción—. ¿Daros armas y permitir que vaguéis por los páramos? ¡Por las muelas de Cristo, señor Fraser!

—No creo que Cristo sufra de escorbuto, comandante —replicó Jamie, secamente—. Sus muelas no corren ningún peligro.

Al ver que Grey torcía la boca, se relajó un poco. El alcaide siempre hacía lo posible por reprimir su sentido del humor; sin duda pensaba que eso lo ponía en desventaja. En sus tratos con Jamie Fraser, así era. Envalentonado por aquel gesto revelador, Jamie insistió:

—Nada de armas, comandante. Ni de vagabundeos. ¿Nos daríais licencia para instalar trampas en el páramo, allí donde cortamos turba? ¿Y para quedarnos lo que atrapemos?

De vez en cuando, algún prisionero se las componía para colocar una trampa, pero casi siempre eran los guardias los que se quedaban con la presa. Grey aspiró hondo y soltó el aliento con lentitud, pensativo.

—¿Trampas? ¿No necesitaréis materiales, señor Fraser?

—Sólo un poco de cordel, comandante —le aseguró Jamie—. Diez o doce ovillos de cualquier tipo de cordel. El resto queda de nuestra cuenta.

El inglés se frotó la mejilla, reflexionando. Por fin asintió.

—Muy bien. —Hundió la pluma en el tintero y escribió algo—. Mañana daré las órdenes oportunas. En cuanto al resto de vuestras peticiones...

Un cuarto de hora después todo estaba arreglado. Jamie se apoyó en el respaldo, suspirando, y tomó por fin un sorbo de su jerez. Se lo había ganado.

Grey, que lo contemplaba con los ojos entornados, vio que sus anchos hombros se encorvaban un poco al aflojar la tensión, ahora que todo estaba arreglado. Eso pensaba Fraser. «Muy bien», se dijo él, «bebe tu jerez y relájate. Quiero pillarte completamente desprevenido.»

—¿Un poco más, señor Fraser? Y decidme, ¿cómo está vuestra hermana últimamente?

Vio que Fraser abría bruscamente los ojos, pálido por la impresión.

—¿Cómo marchan las cosas en... Lallybroch? Así se llama, ¿verdad? —Grey apartó el botellón, sin apartar la vista de su huésped.

—No sabría decirle, comandante. —La voz de Fraser sonaba serena, pero sus ojos se habían reducido a pequeñas ranuras.

—¿No? Me atrevería a decir que por ahora no tienen problemas... Gracias al oro que les habéis proporcionado.

Los anchos hombros se tensaron súbitamente, abultándose bajo el harapiento abrigo.

—Supongo que Ian..., así se llama vuestro cuñado, según creo... Ian sabrá darle buen uso.

Fraser había vuelto a dominarse. Los ojos azules lo miraron directamente.

—Puesto que estáis tan bien informado sobre mis vínculos familiares, comandante —dijo sin alterarse—, sabréis también que mi hogar está a más de ciento sesenta kilómetros de Ardsmuir. ¿Podríais explicar cómo pude cubrir dos veces esa distancia en sólo tres días?

Grey fijó la vista en la pieza de ajedrez, haciéndola rodar perezosamente de una mano a otra.

—Pudisteis encontraros en el páramo con alguien que llevara a vuestra familia el oro o indicaciones sobre él.

Fraser soltó un bufido.

—¿En Ardsmuir? ¿Qué probabilidades hay, comandante, de que me encontrara por casualidad con una persona en ese páramo? ¿Y de que, por añadidura, fuera alguien a quien yo pudiera confiar un mensaje como el que sugerís? —Dejó su copa con decisión—. No me encontré con nadie, comandante.

—¿Por qué debo aceptar vuestra palabra al respecto, señor Fraser? —Grey dejó que en su voz se filtrara un considerable escepticismo. Levantó la vista, con las cejas enarcadas. Fraser enrojeció levemente.

—Nadie ha tenido nunca motivos para dudar de mi palabra, comandante —dijo muy tieso.

—¿Conque no? —El enfado del inglés no era del todo fingido—. ¿No me disteis acaso vuestra palabra cuando ordené que se os quitaran las cadenas?

—¡Y cumplí!

—¿Cumplisteis? —Los dos se habían incorporado en las sillas y se miraban con furia por encima de la mesa.

—Me pedisteis tres cosas, comandante. ¡Y he respetado ese trato en todos sus detalles!

Grey bufó con desdén.

—¿Sí, señor Fraser? Decidme, pues: ¿qué fue lo que os indujo a despreciar súbitamente la compañía de vuestros camaradas y buscar la de los conejos del páramo? Puesto que me aseguráis que allí no os encontrasteis con nadie... Hasta me dais vuestra palabra de que así fue.

—Sí, comandante —dijo Jamie apretando un puño—. Os doy mi palabra de que así fue.

—¿Y vuestra fuga?

—En cuanto a mi fuga, comandante, os he dicho que no revelaré nada.

—Permitidme hablar con claridad, señor Fraser. Os hago el honor de suponer que tenéis sentido común.

—Lo que tengo es un profundo sentido del honor, comandante. Os lo aseguro.

Grey percibió la ironía, pero no reaccionó; ahora llevaba las de ganar.

—El hecho es, señor Fraser, que poco importa si tuvisteis o no contacto con vuestra familia en relación con el oro. Podríais haberlo hecho. Y esa posibilidad justificaría que yo enviara a un grupo de dragones para hacer una inspección a fondo en Lallybroch y arrestar e interrogar a vuestros familiares.

Del bolsillo de la pechera sacó una hoja de papel que contenía una lista de nombres.

—Ian Murray... vuestro cuñado, tengo entendido; Janet, su esposa, que sería vuestra hermana, por supuesto; los hijos de ambos: James, así llamado en honor de su tío, supongo... Margaret, Katherine, Janet, Michael e Ian. ¡Qué prole! —comentó en un tono despectivo que ponía a los seis pequeños Murray a la altura de una carnada de lechones—. Los tres niños mayores tienen edad suficiente para ser arrestados e interrogados junto con los padres. Como sabéis, esos interrogatorios no suelen ser suaves, señor Fraser.

En eso decía la verdad y Jamie lo sabía. Cerró los ojos brevemente y volvió a abrirlos.

Grey recordó por un instante a Quarry, diciendo: «Si cenáis a solas con ese hombre, no le volváis la espalda.» Se le erizó el pelo de la nuca pero logró dominarse y sostener la mirada azul de Fraser.

—¿Qué deseáis de mí? —La voz sonaba grave y ronca de furia, pero el escocés permanecía inmóvil como una figura tallada.

Grey aspiró hondo.

—Quiero la verdad —dijo. Y aguardó en silencio. Podía permitirse la espera. Por fin Fraser se volvió a mirarlo.

—La verdad. De acuerdo. —Tomó aliento—. Respeté mi palabra, comandante. Os repetí fielmente todo lo que el hombre me dijo aquella noche. Lo que no os dije fue que una parte de lo que dijo tenía sentido para mí.

—Bien. —Grey permanecía muy quieto, sin atreverse a hacer un gesto—. ¿Y cuál era ese sentido?

—Yo... os he mencionado a mi esposa —El prisionero parecía pronunciar las palabras por la fuerza, como si dolieran.

—Sí. Me dijisteis que había muerto.

—Os dije que se había ido, comandante —corrigió Fraser, suavemente, sin apartar los ojos del peón—. Es probable que haya muerto, pero... —Se detuvo y tragó saliva antes de proseguir, con más firmeza—. Mi esposa era curandera. Una encantadora, como decimos en las Tierras Altas, pero más que eso. Era una Dama Blanca, una mujer sabia. —Levantó brevemente la mirada—. La palabra gaélica es *ban-druidh;* también significa bruja.

—La bruja blanca. —El alcaide también hablaba con suavidad—. ¿Conque las palabras de ese hombre se referían a vuestra esposa?

—Se me ocurrió que podía ser así. Y en ese caso... —Los anchos hombros se encogieron levemente—. Tenía que ir. Para ver.

—¿Cómo supisteis dónde ir? ¿Eso también lo dedujisteis de las palabras del vagabundo? —Grey se inclinó hacia delante, curioso.

—No muy lejos de aquí hay un altar en honor a Santa Bride. A Santa Bride también se la llamaba «la Dama Blanca» —explicó levantando la vista—. Aunque el altar estaba allí mucho antes de que la santa viniera a Escocia.

—Comprendo. ¿Y por eso supusisteis que las palabras del hombre no se referían sólo a vuestra esposa, sino también a ese sitio?

—No lo sabía —repitió Fraser—. No podía saber si tenían algo que ver con mi esposa, si lo de «la bruja blanca» sólo se refería a Santa Bride... o ninguna de las dos cosas. Pero tenía que ir.

A instancias de Grey, describió el lugar en cuestión y la manera de llegar a él.

—El altar en sí es una piedra pequeña, con la forma de una cruz antigua, tan desgastada por la intemperie que las marcas apenas se notan. Se levanta sobre un pequeño estanque, medio enterrado en el brezal. En el estanque se ven piedrecitas blancas, enredadas a las raíces de los brezos que crecen en la ribera. Se cree que esas piedras tienen grandes poderes, comandante —explicó viendo la expresión desconcertada del inglés—. Pero sólo si las usa una Dama Blanca.

—Comprendo. ¿Y vuestra esposa...? —Grey hizo una pausa delicada.

Fraser meneó la cabeza.

—Eso no tenía nada que ver con ella. Se ha ido, sí. —Aunque hablaba en voz baja y controlada, Grey percibió el deje de desolación.

—¿Y el oro, señor Fraser? —preguntó serenamente—. ¿Qué hay de él?

—Estaba allí —fue la seca respuesta.

—¿Qué? —Grey se incorporó en la silla, clavándole la vista—. ¿Lo encontrasteis?

El escocés torció irónicamente la boca.

—Lo encontré.

—¿Era realmente el oro francés que Luis envió para Carlos Estuardo? —El entusiasmo circulaba por las venas de Grey; ya se veía entregando grandes arcones de luises de oro a sus superiores de Londres.

—Luis nunca envió oro a los Estuardo —aseguró Fraser—. No, comandante: lo que encontré en el estanque de la santa era oro, pero no de cuño francés.

Había hallado una caja pequeña, que contenía unas pocas monedas de oro y plata, y un saquito de piel lleno de joyas.

—¿Joyas? ¿De dónde diablos salieron?

Fraser le echó una mirada de leve exasperación.

—No tengo la menor idea, comandante —dijo—. ¿Cómo puedo saberlo?

—Por supuesto que no. —Grey tosió para disimular su azora-miento—. Evidentemente. Pero ese tesoro... ¿dónde está ahora?

—Lo tiré al mar.

Grey quedó estupefacto.

—Lo tiré al mar —repitió Fraser, paciente. Sus ojos oblicuos sostuvieron la mirada del alcaide—. ¿Habéis oído hablar de un sitio llamado Caldero del Diablo, comandante? Está apenas a ochocientos metros del estanque de la santa.

—¿Por qué? ¿Por qué hicisteis eso? —acusó Grey—. ¡No tiene sentido, hombre!

—Entonces el sentido no me interesaba mucho, comandante —explicó Fraser suavemente—. Fui con una esperanza... y desaparecida ésta, el tesoro no era para mí sino una cajita de piedras y trozos de metal enmohecido. No me servía de nada. —Arqueó levemente una ceja irónica—. Pero tampoco encontraba sentido a ponerlo en manos del rey Jorge, así que lo tiré al mar.

Grey se dejó caer contra el respaldo, sirviéndose mecánicamente otra copa de jerez. Su mente era un torbellino.

Fraser contemplaba el fuego, con la barbilla apoyada en el puño; su rostro había vuelto a la impasibilidad habitual.

Grey tragó una buena cantidad de vino y recuperó la serenidad.

—Es un relato conmovedor, señor Fraser —dijo—. Muy dramático. Sin embargo, no hay pruebas de que sea verdad.

—Las hay, comandante —aseguró el prisionero.

Hundió la mano bajo la cintura de sus raídos pantalones y, después de hurgar un momento, alargó el puño por encima de la mesa, esperando. Grey extendió la mano en un acto reflejo. En su pahua abierta cayó un objeto pequeño.

Era un zafiro, de un azul tan oscuro como los ojos del propio Fraser y de buen tamaño. Grey abrió la boca, pero no dijo nada. Estaba sofocado por la estupefacción.

—He ahí la evidencia de que el tesoro existió, comandante. —Fraser señaló la piedra con un gesto de la cabeza—. En cuanto al resto..., lamento decir, comandante, que deberéis aceptar mi palabra.

—Pero... pero... dijisteis...

—En efecto. —Fraser estaba tan sosegado como si hubieran estado conversando sobre la lluvia—. Conservé esa única piedra, pensando que podría serme útil si alguna vez recuperaba la libertad... o si hallaba la ocasión de enviarla a mi familia. Pues comprenderéis, comandante —en los ojos de Jamie centelleó una luz despectiva—, que mi familia no podría aprovechar un tesoro de esa especie sin llamar la atención de una manera nada conveniente. Una piedra sí, quizá, pero no muchas.

El alcaide apenas podía pensar. Lo que Fraser decía era cierto. Aun así...

—¿Cómo hicisteis para conservar esto? —inquirió bruscamente—. Cuando os capturamos fuisteis inspeccionado hasta la piel.

La ancha boca se curvó en la primera sonrisa auténtica que Grey le había visto.

—Me la tragué.

La mano de Grey se cerró convulsivamente sobre el zafiro. Luego lo depositó, casi tímidamente, junto a la pieza de ajedrez.

—Comprendo.

—No lo dudo, comandante —dijo Fraser con una gravedad que sólo sirvió para destacar el brillo divertido de sus ojos—. De vez en cuando, una dieta de tosco *porridge* tiene sus ventajas.

Grey sofocó un súbito impulso de reír, frotándose el labio con un dedo.

—Sin duda, señor Fraser. —Se quedó contemplando la piedra azul. Luego preguntó, bruscamente—: ¿Sois papista, señor Fraser?

Ya conocía la respuesta; casi todos los partidarios de los Estuardo eran católicos. Sin aguardar la réplica, se levantó para acercarse a la librería del rincón. Buscó la Biblia encuadernada en piel de ternero y la puso en la mesa, junto a la piedra.

—Me inclino a aceptar vuestra palabra de caballero, señor Fraser —dijo—. Pero comprenderéis que debo tener en cuenta mi deber.

El prisionero clavó una larga mirada en el libro. Luego la levantó hacia Grey.

—Lo sé, comandante. —Sin vacilar, puso una ancha mano en la Biblia—. Juro por Dios Todopoderoso y por su Sacro Verbo que el tesoro es lo que os dije. —Sus ojos relumbraban a la luz del fuego, oscuros e insondables—. Y juro por mi esperanza de llegar al Cielo que ahora descansa en el fondo del mar.

11

El gambito de Torremolinos

Así resuelta la cuestión del oro francés, reanudaron la rutina: un breve período de negociación formal sobre los asuntos de los prisioneros, seguido por una conversación informal y, a veces, una partida de ajedrez. Aquella noche abandonaron la mesa aún analizando *Pamela*, la extensa novela de Samuel Richardson.

—¿Creéis que la longitud del libro está justificada por la complejidad del relato? —preguntó Grey, inclinándose para encender un cigarro con la vela del aparador—. Al fin y al cabo, además de representar un gran gasto para el editor, requiere del lector un esfuerzo considerable.

—Admito que, en ese aspecto, tengo ciertos prejuicios, comandante. Dadas las circunstancias en que leí *Pamela*, me habría encantado que el libro fuera el doble de largo.

—¿Y cuáles fueron esas circunstancias? —preguntó Grey, ahuecando los labios para despedir un anillo de humo.

—Pasé varios años viviendo en una cueva de las Tierras Altas, comandante —dijo Fraser con ironía—. Nunca tenía más de dos o tres libros, que debían durarme varios meses. Sí, soy partidario de los volúmenes grandes, pero debo admitir que no es una preferencia universal.

—Eso es muy cierto —dijo Grey. Con los ojos entornados, siguió la trayectoria del primer anillo de humo y soltó otro. Luego apagó rápidamente el cigarro y se levantó del asiento—. Venid. Tenemos tiempo para una partida rápida.

Como contrincantes no estaban en pie de igualdad; Fraser jugaba mucho mejor, pero Grey se las componía para ganar una partida de vez en cuando a fuerza de pura bravata. Aquella noche probó el Gambito de Torremolinos. Era una apertura arriesgada, con el caballo de la dama. Se obligó a respirar normalmente mientras efectuaba el penúltimo movimiento de la combinación. Sintió que los ojos de Fraser se posaban en él, pero no lo miró por miedo a delatar su nerviosismo. Si su adversario movía el caballo, ya no podría retroceder. Si movía el peón, todo estaba perdido.

La mano de Fraser sobrevoló el tablero; luego, súbitamente decidido, bajó para tocar la pieza. El caballo.

Debió de expeler el aire con demasiado ruido, pues Fraser levantó bruscamente la mirada. Pero ya era demasiado tarde. Con cuidado para evitar que su cara reflejara la expresión de triunfo, Grey enrocó.

El escocés miró el tablero con el entrecejo fruncido, evaluando las piezas. Luego dio un respingo y lo miró con ojos dilatados.

—¡Qué astuto, pequeño cretino! —dijo con respeto—. ¿Dónde diablos aprendisteis esa jugada?

—Me la enseñó mi hermano mayor —respondió Grey perdiendo su acostumbrada cautela por culpa del éxito. Normalmente, Fraser le ganaba siete veces de cada diez. La victoria era dulce.

Su huésped emitió una risa breve y alargó el índice para tumbar delicadamente su rey.

—Cabía esperar algo así de un hombre como lord Melton —observó con desaire.

Grey se puso rígido en el asiento. Fraser, al notarlo, enarcó una ceja burlona.

—Os referíais a lord Melton, ¿verdad? —dijo—. ¿O tenéis otro hermano?

—No —confirmó Grey. Sentía los labios entumecidos, pero se lo atribuyó al cigarro—. No, sólo tengo un hermano. —El corazón volvía a palpitarle, pero ahora con un ritmo pesado y torpe. Ese maldito escocés ¿habría sabido desde un principio quién era él?

—Nuestro encuentro fue breve, por necesidad —recordó Fraser seco—. Pero memorable. —Tomó un sorbo de su copa, observando a Grey por encima del borde—. ¿Ignorabais que yo había conocido a lord Melton en el campo de Culloden?

—Lo sabía. Yo combatí en Culloden. —Todo el placer de la victoria se había evaporado. Grey se sintió algo asqueado por el humo—. Pero no esperaba que os acordarais de Hal... ni que supierais de nuestro parentesco.

—Como debo mi vida a ese encuentro, es difícil que pueda olvidarlo.

Grey levantó la vista.

—Tengo entendido que no estabais tan agradecido cuando conocisteis a Hal, en Culloden.

Fraser apretó la boca. Luego la relajó.

—No —reconoció suavemente, sonriendo sin humor—. Vuestro hermano, muy tercamente, se negó a fusilarme. Entonces yo no tenía motivos para agradecerle el favor.

—¿Deseabais que se os fusilara? —Grey alzó las cejas.

—Creía tener motivos —dijo suavemente—. En aquel momento.

—¿Qué motivos? —Grey captó la mirada de barreno y se apresuró a añadir—: No quiero ser impertinente, pero... en aquellos días yo pensaba algo similar. Por lo que me habéis dicho de los Estuardo, no creo que la derrota de su causa os haya provocado tanta desesperación.

Hubo un leve movimiento junto a la boca de Fraser, demasiado vago para merecer el nombre de sonrisa. El escocés inclinó brevemente la cabeza.

—Había quienes combatían por amor a Carlos Estuardo... o por lealtad al derecho al trono de su padre. Pero tenéis razón: yo no era de ésos.

No explicó más. Grey aspiró hondo, sin apartar los ojos del tablero.

—Como os decía, por aquel entonces yo sentía de modo parecido. En Culloden..., perdí a un amigo muy íntimo —dijo. La mitad de su mente se preguntaba por qué debía mencionar a Hector precisamente ante aquel hombre—. Me obligó a ver el cadáver... Hal, mi hermano —balbuceó.

Y se miró la mano, donde el azul intenso del zafiro de Héctor ardía sobre su piel, una versión más pequeña del zafiro que Fraser le había dado con tanta desgana.

—Dijo que era necesario, que si no lo veía muerto nunca acabaría de creer que Hector, mi amigo, se había ido de verdad. Así lo lloraría eternamente, dijo. Si lo veía, en cambio, lloraría, pero tarde o temprano podría sanar... y olvidar. —Levantó la vista haciendo un penoso esfuerzo por sonreír—. Por lo general Hal tiene razón, pero no siempre.

Puede que se hubiera curado, pero nunca olvidaría. Nunca ovidaría la última imagen de Hector, inmóvil, con la cara cerúlea a la primera luz de la mañana y las largas pestañas oscuras reposando delicadamente en las mejillas como cuando dormía. Ni la herida abierta que casi le había separado la cabeza del cuerpo, dejando a la vista la tráquea y los grandes conductos del cuello, como en una carnicería. Guardaron silencio. Fraser no dijo nada, pero levantó su copa y la apuró hasta las heces. Sin decir nada, Grey llenó ambas copas por tercera vez y se arrellanó en la silla, mirando a su huésped con curiosidad.

—¿Consideráis vuestra vida como una carga muy pesada, señor Fraser?

El escocés lo miró a los ojos.

—Quizá no tanto —respondió con lentitud—. Creo que la peor carga es, quizá, preocuparnos por quienes no podemos ayudar.

—¿Peor que no tener por quién preocuparse?

Fraser hizo una pausa antes de responder.

—Eso es vacío —dijo al fin—. Pero no constituye una carga muy pesada.

Era tarde; no se oía ruido alguno en la fortaleza que los rodeaba, salvo alguna pisada del soldado que montaba guardia abajo, en el patio.

—Vuestra esposa, ¿dijisteis que era curandera?

—Sí. Ella... se llamaba Claire. —Fraser tragó saliva; luego levantó la copa para beber como si tratara de aclararse la garganta.

—Supongo que la queríais mucho —apuntó Grey suavemente.

Reconocía en el escocés la misma compulsión que él había sentido momentos antes: la necesidad de pronunciar un nombre oculto, de recuperar, por un momento, el fantasma de un amor.

—Tenía intención de daros las gracias alguna vez, comandante —dijo el prisionero.

Grey se sobresaltó.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

El escocés levantó los ojos oscuros.

—Por aquella noche en que nos conocimos, en Carryarrick. Por lo que hicisteis en favor de mi esposa.

—Os acordabais —murmuró Grey ronco.

—No lo había olvidado.

Grey reunió valor para mirarlo por encima de la mesa. No había rastros de risa en los oblicuos ojos azules. Fraser asintió con grave formalidad.

—Fuisteis un digno enemigo, comandante; no podría olvidaros.

John Grey rió con amargura. Extrañamente, se sentía menos inquieto de lo que esperaba ante la referencia explícita a aquel vergonzoso recuerdo.

—Si un niño de dieciséis años, cagado de miedo, os pareció un enemigo digno, señor Fraser, no me extraña que el ejército de las Tierras Altas haya sido derrotado.

El escocés sonrió vagamente.

—El hombre que no se caga de miedo cuando le apuntan con una pistola a la cabeza, comandante, no tiene intestinos o no tiene cerebro.

Grey rió contra su voluntad.

—No quisisteis hablar para salvar vuestra propia vida, pero lo hicisteis por el honor de una dama.

»El honor de mi propia dama —observó su invitado con suavidad—. A mi modo de ver, eso no es cobardía.

En su voz era demasiado evidente el sonido de la verdad para confundirlo.

—No hice nada por vuestra esposa —objetó el alcaide con bastante amargura—. Ella no corría ningún peligro, después de todo.

—Pero vos no lo sabíais, ¿verdad? —señaló Fraser—. Creíais estar salvándole la vida y la virtud a riesgo de las vuestras. Con esa idea la honrasteis. A veces lo pienso, desde que... desde que la perdí. —En su voz había una leve vacilación; sólo la rigidez muscular de su garganta delataba su emoción.

—Comprendo. —Grey aspiró hondo y dejó escapar lentamente el aire—. Lamento vuestra pérdida —añadió formalmente.

Ambos guardaron silencio por un momento, solos con sus fantasmas. Por fin Fraser levantó la vista.

—Vuestro hermano tenía razón, comandante —dijo—. Os doy las gracias y os deseo buenas noches.

Se levantó, dejando la copa, y abandonó la habitación.

Se parecía, en ciertos aspectos, a los años pasados en la cueva, con las visitas a la casa, esos oasis de vida y calidez en el desierto de la soledad. Aquí sucedía a la inversa: iba de la atestada y fría lobreguez de las celdas a las luminosas habitaciones del comandante, donde podía ejercitar tanto la mente como el cuerpo, relajarse en la tibieza, la conversación y la abundancia de comida.

En pie en el ventoso pasillo, mientras esperaba que el carcelero abriera la puerta de la celda, percibió los ruidos zumbantes de los hombres dormidos; al abrirse la puerta lo asaltó el olor de aquellos hombres.

—Vuelves tarde, Mac Dubh —dijo Murdo Lindsay con la voz cascada por el sueño—. Mañana estarás agotado.

—Ya me las arreglaré, Murdo —susurró, pasando entre los cuerpos. Se quitó la chaqueta para depositarla con cuidado en el banco, cogió la áspera manta y buscó su espacio en el suelo; su larga sombra parpadeó bajo la luna, entre las barras de la ventana.

—¿El Rubito te dio de comer decentemente, Mac Dubh?

—Sí, Ronnie. Gracias.

—¿Mañana nos lo contarás? —Para los prisioneros era un extraño placer enterarse de lo que le habían servido para cenar; tomaban como un honor el hecho de que su jefe recibiera una buena comida.

—Sí, Ronnie —prometió Mac Dubh—. Pero ahora debo dormir, ¿de acuerdo?

—Que duermas bien, Mac Dubh —dijo un susurro.

—Dulces sueños, Gavin —susurró Mac Dubh a su vez.

• • •

Aquella noche soñó con Claire. La tenía entre sus brazos. Estaba embarazada, con el vientre redondo y suave como un melón, ricos y llenos los pechos, con los pezones oscuros como el vino, instándole a probarlos. Cogió uno con ansiedad, estrechándola contra sí mientras succionaba. Su leche era caliente y dulce, con un leve regusto a plata, como sangre de venado.

—Con más fuerza —susurró ella. Y le apoyó una mano en la nuca—. Con más fuerza.

Despertó súbitamente, sudoroso y jadeando, medio encogido sobre un costado, bajo uno de los bancos de la celda. Todavía no había aclarado del todo pero ya podía ver las siluetas de los hombres tumbados junto a él. Esperaba no haber gritado. Cerró los ojos de inmediato, pero el sueño había desaparecido. Permaneció muy quieto mientras el corazón se le tranquilizaba, esperando el amanecer.

18 de junio de 1755

Aquella noche John Grey se había vestido con esmero; camisa limpia y medias de seda. Lucía su propia cabellera, sencillamente trenzada y humedecida con un tónico de limón y verbena. Después de una momentánea vacilación, se había puesto también el anillo de Hector. La cena fue buena: un faisán que él mismo había cazado y una ensalada en deferencia a los extraños gustos de Fraser. Ya sentados frente al tablero de ajedrez, descartaron los temas de conversación más livianos para concentrarse en el juego.

—¿Tomaréis jerez?

Fraser asintió con la cabeza, absorto en la nueva posición.

—Sí, gracias.

Grey se levantó para cruzar el cuarto, dejando a Fraser junto al fuego. Al sacar la botella del armario sintió que un hilo de sudor le bajaba por las costillas. No era por el fuego que ardía al otro lado de la habitación, sino por puro nerviosismo.

Al regresar a la mesa movió el alfil de la reina sabiendo que era sólo un movimiento dilatorio. Aun así puso en peligro a la reina de Fraser; tal vez lo obligara a sacrificar una torre.

Fraser se había atado el pelo hacia atrás con un fino cordón negro, formando un lazo. Bastaría un leve tirón para desatarlo. John Grey se imaginó deslizando la mano bajo aquella mata densa y lustrosa para tocar la nuca suave y tibia. Tocar...

Cerró bruscamente la mano, imaginando la sensación.

—Vuestro turno, comandante.

La suave voz escocesa le devolvió a la realidad. Tomó asiento observando el tablero con ojos ciegos. Tenía intensa conciencia de los movimientos del otro, de su presencia. Alrededor de Fraser el aire se agitaba; resultaba imposible no mirarlo. Para disimular levantó la copa de jerez y tomó un sorbo, casi sin degustar el líquido dorado.

Fraser permanecía quieto como una estatua, estudiando el tablero; el azul oscuro de sus ojos parecía vivo en su cara. El fuego se había consumido y las líneas de su cuerpo se recortaban en las sombras. La mano dorada y negra, iluminada por las brasas, descansaba en la mesa, inmóvil y exquisita como el peón capturado junto a ella.

Cuando John Grey alargó la mano hacia el alfil de su reina, la piedra azul de su anillo lanzó un destello. «¿Hago mal, Hector?», se preguntó. «¿Está mal amar al hombre que bien pudo haberte matado?» Tal vez era un modo de cicatrizar para ambos las heridas de Culloden.

Depositó el alfil con un golpecito seco y preciso. Su mano, sin detenerse, pareció moverse por voluntad propia y cruzó la breve distancia, como si supiera exactamente lo que deseaba, para posarse en la de Fraser, con la palma vibrante y los dedos curvados en una suave imploración.

La mano que tocó estaba caliente, muy caliente..., pero dura e inmóvil como el mármol. Nada se movió en la mesa, a no ser el reflejo de la llama en el corazón del jerez. Levantó los ojos para buscar los de Fraser.

—Retirad esa mano —dijo el escocés con muchísima suavidad— si no queréis que os mate.

Sus dedos no se movieron; tampoco su rostro, pero Grey percibió el escalofrío de repugnancia, un espasmo de odio y disgusto que surgía desde el centro mismo de aquel hombre.

De súbito oyó, una vez más, la advertencia de Quarry, tan clara como si su predecesor le estuviera hablando al oído. «Si cenáis a solas con él... no le deis la espalda.»

No había ninguna posibilidad de hacerlo; no podía moverse. No podía siquiera apartar la cara, parpadear para romper el contacto con la mirada azul que lo mantenía petrificado. Con mucha lentitud, retiró la mano.

Hubo un momentáneo silencio durante el cual ninguno de los dos pareció respirar. Por fin Fraser se levantó sin hacer ruido y salió de la habitación.

12

Sacrificio

La lluvia de un otoño prematuro repiqueteaba en las piedras del patio y en las ceñudas hileras de hombres encorvados bajo el diluvio. Los soldados que los vigilaban no parecían mucho más felices que los prisioneros empapados.

El comandante Grey esperaba bajo el saliente del tejado. No era el mejor día para realizar la inspección y limpieza de las celdas de los reclusos, pero a esas alturas del año resultaba inútil esperar a que hiciera buen tiempo. Y con más de doscientos prisioneros en Ardsmuir era necesario limpiar las celdas al menos una vez al mes, a fin de evitar que se propagaran las enfermedades.

Las puertas de la celda principal giraron hacia atrás dando paso a un pequeño desfile de reclusos: eran los escogidos para hacer la limpieza bajo la estrecha vigilancia de los guardias. El cabo Dunstable salió detrás, con las manos cargadas de los pequeños objetos prohibidos que habitualmente aparecían en ese tipo de inspecciones.

—Las basuras de siempre, señor —informó dejando caer las patéticas reliquias sobre un tonel—. Sólo esto podría interesaros.

Se refería a un pequeño fragmento de tela, de unos quince centímetros de largo, con un diseño escocés de color verde. Grey, suspirando, cuadró los hombros.

—Sí, supongo que sí. —La posesión de tartán escocés estaba estrictamente vetada por la Ley contra las Faldas, que desarmaba a los escoceses y les impedía utilizar el atuendo tradicional. Se plantó frente a los hombres, mientras el cabo Dunstable daba un áspero grito para llamarles la atención.

—¿A quién pertenece esto? —El cabo levantó el fragmento de tartán al mismo tiempo que la voz.

Grey siguió las hileras con la vista, comparando las caras con su imperfecto conocimiento de los diseños: MacAlester, Hayes, Innes, Graham, MacMurtry, MacKenzie, MacDonald... Un momento: MacKenzie, ése. Su seguridad se basaba más en el conocimiento que todo oficial tiene de sus hombres que de la relación de ese tartán con un clan en especial. MacKenzie era un prisionero joven; mantenía la cara demasiado inexpresiva, demasiado controlada.

—Es vuestro, MacKenzie, ¿verdad? —inquirió Grey clavando en el joven una mirada triunfal.

El joven escocés compartía con todos los demás un odio implacable, pero no había logrado levantar la muralla de estoica indiferencia que lo contenía. Grey percibió el miedo que se iba acumulando en el muchacho.

—Es mío. —La voz sonó calmada, casi aburrida, dotada de una indiferencia tal que ni MacKenzie ni Grey la registraron de inmediato. Ambos siguieron mirándose a los ojos hasta que una manaza se alargó por encima del hombro del joven, para coger suavemente el fragmento de tela que el oficial sostenía.

John Grey dio un paso atrás; esas palabras fueron como un golpe en la boca del estómago. Olvidando por completo a MacKenzie, elevó la vista los muchos centímetros necesarios para mirar frente a frente a James Fraser.

—No es el tartán de los Fraser —dijo con labios pétreos.

La boca de Fraser se ensanchó levemente. Grey mantuvo la vista fija en ella, temeroso de enfrentarse a aquellos oscuros ojos azules.

—No, en efecto —dijo Fraser—. Es de los MacKenzie. El clan de mi madre.

En algún rincón de su mente, Grey almacenó otra pequeña información en el cofre que rotulaba «Jamie»: su madre era una MacKenzie. Supo que era cierto, tal como sabía que aquel tartán no pertenecía a Fraser. Oyó su voz, serena y firme, diciendo:

—La posesión de tartanes es ilegal. Conocéis el castigo, ¿verdad?

La ancha boca se curvó en una sonrisa torcida.

—Lo conozco.

Hubo un murmullo entre las filas de prisioneros. Con un esfuerzo de voluntad, Grey apartó la mirada de esos labios suaves, algo irritados por la exposición al sol y al viento. La expresión de los ojos era la que él temía: ni miedo ni ira; sólo indiferencia.

Hizo una señal a uno de los guardias.

—Apresadlo.

El comandante John William Grey inclinó la cabeza, firmando las requisas sin leerlas. Rara vez trabajaba hasta tan avanzada la noche, pero durante el día no había tenido tiempo y los papeles se le estaban amontonando. Las requisas debían partir hacia Londres esa misma semana.

Aún sentía el frío que se le había metido en los huesos aquella mañana, en el patio. El hogar estaba encendido pero el fuego no parecía servir de nada. No trató de acercarse; ya lo había intentado una vez y se había quedado como hipnotizado viendo en las llamas las imágenes de la tarde; sólo pudo reaccionar cuando el calor empezó a chamuscarle los pantalones.

Recogiendo la pluma, trató nuevamente de apartar la mente del patio.

Era mejor no retrasar la ejecución de esas sentencias; los prisioneros se ponían nerviosos con la expectativa y resultaba difícil controlarlos. En cambio, las medidas disciplinarias ejecutadas de inmediato solían tener un efecto saludable.

Aunque se sentía helado por dentro, había dado las órdenes con celeridad y compostura. Fue obedecido con igual competencia.

Se formó a los prisioneros en hileras a los cuatro lados del patio y a los guardias frente a ellos, con las bayonetas preparadas para evitar cualquier reacción indeseable.

Pero no hubo ninguna reacción. Con las manos cruzadas a la espalda, sintiendo la lluvia que le empapaba el abrigo y corría desde el cuello de la camisa, Grey observó impasible a Jamie Fraser, que permanecía en pie a un metro de distancia, desnudo hasta la cintura. Se movía sin prisa ni vacilación, como si aquello fuera algo que ya hubiera hecho más de una vez, una tarea habitual sin mayor importancia.

Hizo una señal con la cabeza a los dos soldados, que sujetaron los brazos del prisionero al poste de castigos sin que hubiera resistencia. Otro gesto al sargento encargado de leer los cargos y un pequeño arrebato de fastidio, pues el movimiento hizo caer en cascada la lluvia acumulada en su sombrero. Se lo enderezó, ajustándose la peluca empapada, y recuperó su postura de autoridad para escuchar la lectura.

—... en contra de la Ley contra las Faldas, dictada por el Parlamento de Su Majestad, delito por el cual se aplicará la sentencia de setenta latigazos.

Grey echó una mirada objetiva al sargento designado para aplicar el castigo; para ninguno de ellos era la primera vez. En esta oportunidad no hizo ninguna señal con la cabeza, porque aún llovía. En cambio, con los ojos entrecerrados, pronunció las palabras de costumbre:

—Recibiréis vuestro castigo, señor Fraser.

Y permaneció de pie, con la mirada fija, viendo y escuchando el golpe de los azotes y los gruñidos del prisionero a través de la mordaza.

El hombre tensaba los músculos para resistir el dolor. Una y otra vez, hasta que cada fibra se reveló por separado bajo la piel. Grey sentía tras él la presencia de los hombres, soldados y prisioneros, todos con la mirada fija en la plataforma y su figura central. Hasta las toses se habían acallado.

El sargento apenas hacía una pausa entre un golpe y otro. Estaba acelerando la tarea; todo el mundo quería terminar de una vez y refugiarse de la lluvia. Grissom contaba cada latigazo en voz alta al tiempo que lo anotaba en su registro. El sargento interrumpió la flagelación haciendo correr entre los dedos las colas del látigo, con sus nudos encerados, para liberarlas de sangre y fragmentos de carne. Luego lo alzó una vez más, haciéndolo girar alrededor de la cabeza, y volvió a descargarlo.

—¡Treinta! —dijo el sargento.

El comandante Grey cerró el último cajón del escritorio y vomitó sobre un montón de requisas.

• • •

Aunque se clavara los dedos en las manos, el temblor no cesaba. Lo tenía dentro de los huesos, como el frío del invierno.

—Cubridlo con una manta. Lo atenderé enseguida.

La voz del cirujano inglés parecía venir desde muy lejos; no relacionaba la voz con las manos que le aferraban con firmeza ambos brazos. Cuando lo movieron gritó, porque la torsión abrió las heridas de la espalda, apenas cerradas. El goteo de la sangre caliente por las costillas empeoró los temblores, a pesar de la áspera manta que le pusieron sobre los hombros.

—Hum. Te dejó hecho un desastre, ¿no, muchacho?

No respondió; de cualquier modo, nadie parecía aguardar respuesta. El cirujano se apartó un momento; luego sintió una mano bajo la mejilla, levantándole la cabeza. Una toalla se deslizó bajo su cara, acolchando la tosca madera.

—Ahora te voy a limpiar las heridas —dijo la voz. Era impersonal pero no falta de cordialidad.

Resopló al sentir el contacto en la espalda. Hubo un extraño gimoteo. Se avergonzó al comprender que era suyo.

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—Diecinueve. —Apenas pudo pronunciar la palabra antes de aguantar con fuerza el gemido.

El cirujano le tocó la espalda con suavidad. Luego se incorporó.

—Nadie va a entrar —dijo bondadosamente—. Anda, llora.

—¡Eh! —estaba diciendo la voz—. ¡Despierta, hombre!

Volvió lentamente a la conciencia; la tosquedad de la madera bajo la mejilla unió por un momento el sueño y el despertar; no pudo recordar dónde estaba. Una mano surgió de la oscuridad y le tocó la mejilla, vacilante.

—Estabas llorando en sueños, hombre —susurró la voz—. ¿Te duele mucho?

—Un poco. —Al tratar de incorporarse, el dolor estalló sobre su espalda como un relámpago.

Había tenido suerte de que le tocara Dawes, un soldado maduro y recio, al que en realidad no le gustaba flagelar a los prisioneros; lo hacía sólo por cumplir con su trabajo. Aun así, setenta latigazos hacían daño.

—No, caramba, está demasiado caliente. ¿Quieres quemarlo?

Era la voz de Morrison, regañona. Tenía que ser Morrison, por supuesto. Era curioso, pensó vagamente. En cuanto se reúne un grupo de hombres, cada uno parece hallar el trabajo que le corresponde, lo haya hecho antes o no. Morrison había sido granjero, como la mayoría de ellos. Era probable que tuviera buena mano para las bestias, aunque no le diera mayor importancia. Ahora era el curandero al que recurrían los hombres cuando les dolía la espalda o se rompían un dedo.

Le pusieron en la espalda un paño caliente, que lo hizo gruñir por el escozor; apretó los labios con fuerza para no gritar. Luego percibió la mano pequeña de Morrison en el centro de su espalda.

—Aguanta, hombre, hasta que pase el calor. Sentía más o menos la misma indiferencia desde el momento en que había alargado la mano por encima del hombro del joven Angus para coger el trozo de tartán. Como si dependiera de esa decisión, entre sus hombres y él se había corrido una especie de telón, como si estuviera solo en un lugar lejano.

Había seguido a los guardias que lo llevaban y se desvistió cuando se lo ordenaron sin sentirse realmente despierto. Oyó desde la plataforma las palabras del delito y la sentencia sin prestarles mucha atención. Ni siquiera lo reavivaron el áspero mordisco de la soga en las muñecas o la lluvia fría en la espalda desnuda. Parecían cosas que ya habían sucedido antes; nada de cuanto él pudiera decir o hacer las cambiaría; todo estaba decretado.

—Quieto ahora, quieto. —Morrison le puso una mano en el cuello para evitar que se moviera mientras le quitaban los trapos empapados para aplicarle otra cataplasma caliente, que despertó momentáneamente todos los nervios adormecidos.

Una consecuencia de aquel extraño estado mental era que todas las sensaciones parecían tener la misma intensidad.

—Toma, Mac Dubh —dijo la voz de Morrison junto a su oído—. Levanta la cabeza y bebe esto.

Lo golpeó el olor penetrante del whisky; trató de apartar la cara.

—No lo necesito —dijo.

—Claro que sí —aseveró Morrison con la firmeza que parecen tener todos los sanadores, como si supieran mejor que tú lo que sientes y lo que precisas. A falta de fuerzas y de voluntad para discutir, abrió la boca y sorbió el whisky, sintiendo que se le estremecían los músculos del cuello con el esfuerzo de mantener la cabeza levantada.

—Un poco más, así, eso es —lo instaba Morrison—. Buen muchacho. Sí, así está mejor, ¿no? —Morrison movió su corpachón—. Y ahora, ¿cómo está esa espalda? Mañana estarás más tieso que un poste, pero creo que no estás tan mal. A ver, hombre, bebe un poco más.

El borde de la taza presionaba su boca, insistente. Morrison seguía parloteando en voz bastante alta, sin decir nada en especial. Había algo raro en eso. Morrison no era parlanchín. Estaba sucediendo algo pero él no lo veía. Cuando levantó la cabeza para averiguarlo, su compañero le obligó a bajarla.

—No te molestes, Mac Dubh —le dijo con suavidad—. De cualquier modo, no puedes impedirlo.

Del rincón más alejado de la celda le llegaban sonidos subrepticios, los mismos que Morrison había tratado de impedirle oír. Algo que se arrastraba, murmullos breves, un golpe seco.

Estaban golpeando al joven Angus MacKenzie. Apoyó las manos bajo el pecho, pero el esfuerzo hizo que le ardiera la espalda y la cabeza le dio vueltas. La mano de Morrison le obligó a acostarse.

—Quédate quieto, Mac Dubh. —Su tono era una mezcla de autoridad y resignación.

Una oleada de vértigo se abatió sobre él y sus manos se deslizaron fuera del banco. De cualquier modo, Morrison tenía razón: no podía impedirlo.

Los sonidos habían cesado, exceptuando un jadeo apagado y sollozante. Relajó los hombros y no se movió cuando Morrison le quitó la última cataplasma; la corriente de aire le provocó un súbito escalofrío. Apretó los labios con fuerza para no hacer ningún ruido. Aquella mañana lo habían amordazado, de lo cual se alegraba: la primera vez que lo azotaron, años atrás, se había mordido el labio inferior casi hasta partirlo en dos.

La taza de whisky presionó otra vez su boca, pero apartó la cara; la bebida desapareció sin comentarios, hacia algún lugar donde hallara una recepción más cordial. Probablemente a manos de Milligan, el irlandés.

Un hombre con debilidad por la bebida; otro que la detestaba. Un hombre amante de las mujeres; otro... ¿De dónde venían esos dones que daban forma a la naturaleza humana? ¿De Dios? ¿Era como el descenso del Espíritu Santo, como las lenguas de fuego que se posaron en los apóstoles? Recordó la ilustración de la Biblia que su madre tenía en la sala y cerró los ojos, sonriendo ante el recuerdo.

Claire, su Claire... ¿Cómo saber quién se la había enviado, arrojándola a una vida para la cual no había nacido? Sin embargo, ella había sabido qué hacer y cuál era su destino, a pesar de todo. No todos tenían la suerte de conocer sus dones.

A su lado hubo un cauteloso arrastrar de pies. Al abrir los ojos sólo vio una silueta, pero adivinó quién era.

—¿Cómo estás, Angus? —preguntó suavemente en gaélico.

El jovencito se arrodilló torpemente a su lado cogiéndole la mano.

—Estoy... bien. Pero vos, señor... Quiero decir... lo siento.

¿Fue por experiencia o instinto que estrechó esa mano en un gesto reconfortante?

—Yo también estoy bien —dijo—. Acuéstate a descansar, pequeño Angus.

La silueta inclinó la cabeza en un gesto extrañamente formal y le dio un beso en el dorso de la mano.

—¿Puedo... puedo quedarme junto a vos, señor?

La mano le pesaba una tonelada, pero aun así la levantó para posarla en la cabeza del joven. Se le deslizó de inmediato, pero sintió que Angus se relajaba ante el consuelo que fluía del contacto.

Había nacido para ser líder; luego fue cambiado y rehecho para ajustarse aun más a ese destino. Pero ¿qué pasaba con el hombre que se veía obligado a desempeñar un papel sin haber nacido para él? John Grey, por ejemplo. O Carlos Estuardo.

Por primera vez en diez años, pudo perdonar a aquel hombre débil que, en otros tiempos, había sido su amigo. Tras haber pagado con tanta frecuencia el precio exigido por su propio don, por fin podía comprender la terrible condena de haber nacido rey sin dotes para reinar.

Entonces se sintió libre de muchas cargas. La de la responsabilidad inmediata, la de la necesidad de decidir. Desapareció la ira; tal vez se hubiera ido para siempre.

Entre la bruma que se espesaba, pensó que John Grey le había devuelto su destino.

Casi le estaba agradecido.

13

En medio del juego

Inverness
2 de junio de 1968

Fue Roger quien la encontró por la mañana, acurrucada en el sofá del estudio bajo la alfombra de la chimenea; el suelo estaba sembrado de papeles que habían caído de una carpeta.

La alfombra le dejaba los hombros al descubierto. Un brazo descansaba en el pecho sujetando una hoja de papel arrugado. Roger se lo levantó con cuidado para retirar la hoja sin despertarla. Estaba laxa, con la carne asombrosamente caliente y suave.

Sus ojos encontraron de inmediato el nombre.

—James Mackenzie Fraser —murmuró apartando la vista del papel hacia la mujer que dormía en el sofá—. No sé quién fuiste, amigo, pero debiste de ser algo muy especial para merecerla.

Con mucha suavidad volvió a subirle la alfombra hasta los hombros y bajó la persiana. Luego se puso en cuclillas para recoger los papeles dispersos de Ardsmuir. Ardsmuir. eso era todo lo que necesitaba por el momento. Aunque el destino final de Jamie Fraser no estuviera registrado en aquellas páginas, debía de figurar en la historia de la prisión. Tal vez hiciera falta otra incursión en los archivos de las Tierras Altas y hasta un viaje a Londres. Pero el próximo eslabón de la cadena estaba forjado; el sendero se veía con claridad.

Cuando cerró la puerta del estudio, moviéndose con exagerada cautela, Brianna bajaba la escalera. Lo miró enarcando una ceja a manera de pregunta y él mostró la carpeta con una sonrisa.

—Lo tenemos —susurró.

Ella no dijo nada, pero su cara se iluminó con una sonrisa.

CUARTA PARTE

El Distrito de los Lagos

14

Geneva

Helwater
Septiembre de 1756

—Creo —dijo Grey cauteloso— que deberíais pensar en cambiar de nombre.

No esperaba respuesta; Fraser no había dicho una palabra tras cuatro días de viaje, a pesar de que se veían obligados a compartir la habitación. Grey, encogiéndose de hombros, ocupaba la cama, mientras Fraser, sin un gesto ni una mirada, se envolvía en el raído capote y se tumbaba frente a la chimenea.

—Vuestro nuevo anfitrión no está bien dispuesto hacia Carlos Estuardo y sus partidarios, puesto que en Prestonpans perdió a su único hijo varón —continuó Grey, dirigiéndose al perfil de hierro que lo acompañaba. Al morir, Gordon Dunsany era un joven capitán del regimiento de Bolton, tenía pocos años más que él—. No tenéis muchas esperanzas de disimular el hecho de ser escocés y, por añadidura, de las Tierras Altas. Si queréis hacer caso de un consejo bien intencionado, sería juicioso no utilizar un apellido tan fácilmente reconocible como el vuestro.

La pétrea expresión de Fraser no se alteró en absoluto.

La tarde ya estaba avanzada cuando cruzaron el puente de Ashness para descender la cuesta hacia Watendlath Tarn. Aquella zona de Inglaterra, el Distrito de los Lagos, no se parecía a Escocia, pero al menos tenía montañas.

La laguna de Watendlath estaba oscura y agitada por el viento otoñal; en sus bordes crecían densos juncales y hierbas pantanosas. Las lluvias estivales habían sido más abundantes que de costumbre y las puntas de los matorrales anegados asomaban aquí y allá.

En la cima de la loma siguiente, el sendero se dividía en dos. Fraser, que se había adelantado un poco, sofrenó a su caballo a la espera de indicaciones, con el viento revolviéndole el pelo. Aquella mañana no se lo había trenzado y los flamígeros mechones volaban alrededor de la cabeza.

Chapoteando cuesta arriba, John William Grey observó al hombre detenido, inmóvil como una estatua de bronce en su montura salvo por la melena agitada. El aliento murió en su garganta y se pasó la lengua por los labios, murmurando para sí:

—Oh, Lucifer, hijo de la mañana.

Pero se contuvo para no añadir el resto de la cita.

Para Jamie, aquellos cuatro días de cabalgada hacia Helwater habían sido una tortura. La súbita ilusión de libertad, combinada con la certeza de su inmediata pérdida, le hacían imaginar con horror un destino desconocido. Las palabras de Grey le resonaban en los oídos, medio borradas por el palpitar de su sangre colérica.

—Como la restauración de la fortaleza está casi terminada, gracias a vuestra hábil ayuda y la de vuestros hombres —Grey había dado a su voz un tinte irónico—, los prisioneros serán trasladados a otros alojamientos y la fortaleza de Ardsmuir servirá de cuartel al Décimo de Dragones de Su Majestad. Los prisioneros de guerra escoceses serán transportados a las Colonias americanas, donde se los venderá bajo contrato de servidumbre por el plazo de siete años.

Jamie se había mantenido cuidadosamente inexpresivo, pero ante esa noticia sintió que la cara y las manos se le entumecían de espanto.

—¿Servidumbre? Eso no es mejor que la esclavitud —dijo, aunque sin prestar mucha atención a sus propias palabras. ¡América! ¡Tierra de salvajes a la que se llegaba cruzando cinco mil kilómetros de mares desiertos y agitados!

—Un contrato de servidumbre no es esclavitud —le había asegurado Grey. Pero el comandante sabía tan bien como él que la diferencia era una mera cuestión legal, válida sólo cuando los siervos contratados, si sobrevivían, recobraban su libertad en alguna fecha predeterminada. Un siervo contratado era, a todas luces, esclavo de su amo.

—A vos no se os enviará con los otros. —Grey no lo miró al decirlo—. No sois un simple prisionero de guerra, sino un traidor convicto. Como tal, debéis permanecer prisionero y a disposición de Su Majestad; no es posible conmutaros la sentencia por traslado sin la aprobación real. Y Su Majestad no se ha dignado aprobarlo.

Jamie tuvo conciencia de una notable variedad de emociones; por debajo de su ira inmediata había miedo y pesar por el destino de sus hombres, mezclada con una pequeña chispa de ignominioso alivio porque, cualquiera que fuese su destino, no lo confiarían al mar. Avergonzado de sí mismo, volvió hacia Grey una mirada fría.

—El oro —dijo secamente—. Es por eso, ¿no? —Mientras hubiera la menor posibilidad de que él revelara lo que sabía de aquel tesoro casi mítico, la Corona Inglesa no correría el riesgo de perderlo a manos de los demonios marítimos o los salvajes de las Colonias.

El comandante aún rehusaba mirarlo, pero se encogió de hombros, lo cual equivalía a un asentimiento.

—¿Y entonces, dónde iré?

—A un lugar llamado Helwater, en el Distrito de los Lagos de Inglaterra. Se os alojará en casa de lord Dunsany, a quien prestaréis los servicios domésticos que él requiera. —Sólo entonces Grey levantó la vista con una expresión ilegible en los ojos claros—. Yo os visitaré cada tres meses para asegurarme de vuestro bienestar.

Ahora observaba la espalda del comandante, cubierta por la chaqueta roja, mientras cabalgaban uno detrás de otro por los estrechos senderos, aliviándose de sus angustias imaginando los grandes ojos azules inyectados en sangre, saltones de asombro, mientras le apretaba el cuello con las manos, hundiendo los dedos en la carne enrojecida por el sol hasta que el cuerpo menudo y musculoso quedaba laxo como un conejo muerto.

¿Conque a disposición de Su Majestad? No se engañaba. Todo aquello había sido tramado por Grey; el oro era sólo una excusa. Iban a venderlo como sirviente; lo mantendrían en un sitio donde Grey pudiera verlo y regodearse. Ésa era la venganza del comandante.

Grey se detuvo y giró en la silla, esperándolo. Habían llegado. La tierra descendía en picado hacia un valle donde se alzaba la casa solariega medio oculta entre árboles brillantes del otoño.

Ante él se extendía Helwater y, con él, la perspectiva de pasar su existencia en vergonzosa servidumbre. Irguiendo la espalda, azuzó a su caballo con más dureza de la que habría querido.

Grey fue recibido en el salón principal sin que el cordial lord Dunsany se preocupara por sus ropas desaliñadas y sus botas mugrientas; lady Dunsany, una mujer menuda y regordeta, de pelo rubio descolorido, se mostró plenamente hospitalaria.

—¡Una copa, Johnny! Tienes que tomar una copa. Louisa, querida mía, creo que deberías traer a las niñas para que saluden a nuestro huésped.

Mientras lady Dunsany daba órdenes a un lacayo, Su Señoría se inclinó sobre la copa para murmurarle:

—El prisionero escocés... ¿lo has traído contigo?

—Sí—confirmó Grey. No había muchas posibilidades de que la señora lo escuchara, pues mantenía una animada conversación con el mayordomo sobre las nuevas disposiciones para la cena; aun así le pareció mejor hablar en voz baja—. Lo dejé en el vestíbulo delantero. No estaba seguro de qué desearíais hacer con él.

—Dices que tiene habilidad con los caballos, ¿no? Entonces lo mejor será hacerlo mozo de cuadra, como sugeriste. —Lord Dunsany echó un vistazo a su esposa y volvió hacia ella su flaca espalda para hacer aún más reservado el diálogo—. No he dicho a Louisa quién es él —murmuró el barón—. Con tanto miedo como causaron las gentes de las Tierras Altas durante el Alzamiento..., el país estaba paralizado de terror, ¿sabes? Y ella no ha superado la muerte de Gordon.

—Comprendo. —Grey dio unas palmaditas tranquilizadoras al viejo.

—Le diré sólo que es un sirviente recomendado por ti. Eh... no es peligroso, supongo. Porque... bueno, las niñas... —Lord Dunsany dirigió una mirada intranquila a su esposa.

—No hay ningún peligro —aseguró Grey a su anfitrión—. Es un hombre de honor y ha dado su palabra. No entrará en la casa ni cruzará los límites de vuestra propiedad, salvo con vuestro permiso expreso.

Un ruido en la puerta hizo que Dunsany girara en redondo, recuperando una sonriente jovialidad ante la aparición de sus dos hijas.

—¿Te acuerdas de Geneva, Johnny? —preguntó impulsando a su huésped hacia adelante—. La última vez que viniste Isobel era todavía una criatura. Cómo pasa el tiempo, ¿no? —Y sacudió la cabeza con leve horror.

Isobel tenía catorce años; era menuda, regordeta, burbujeante y rubia, como su madre. En cuanto a Geneva, Grey no la recordaba... o tal vez sí, pero la flacucha colegiala de los años anteriores tenía escaso parecido con aquella elegante joven de diecisiete años que ahora le ofrecía la mano.

Las muchachas saludaron al visitante con amabilidad, pero era obvio que estaban más interesadas en otra cosa.

—Papá —dijo Isobel tirándole de la manga—, en el vestíbulo hay un hombre gigantesco. ¡Mientras bajábamos la escalera no dejaba de mirarnos! ¡Da miedo verlo!

—¿Quién es, papá? —preguntó Geneva con interés, pese a su mayor reserva.

—Eh... caramba, ha de ser el nuevo mozo de cuadra que nos ha traído John —explicó lord Dunsany, aturullado—. Voy a ordenar que alguno de los lacayos lo lleve a...

Lo interrumpió la súbita aparición de un sirviente, visiblemente espantado por la noticia que traía.

—¡Señor, en el vestíbulo hay un escocés! —Y por si su escandalosa información no fuera creída, giró para señalar con un gesto amplio la silueta alta y silenciosa, envuelta en su manto.

Como ante una señal, el desconocido dio un paso adelante e inclinó cortésmente la cabeza hacia lord Dunsany.

—Me llamo Alex MacKenzie —dijo con suave acento montañés. En su reverencia no había insinuación alguna de burla—. Para serviros, milord.

Para alguien acostumbrado a la agotadora vida del agricultor de las Tierras Altas o a los trabajos forzados de una prisión, no suponía un gran esfuerzo ser el mozo de cuadra en un *stud* inglés. Pero resultó un infierno para Jamie Fraser, que había pasado los dos últimos meses encerrado en una celda. Durante la primera semana, mientras sus músculos se acostumbraban a las exigencias del movimiento constante, caía por la noche en su jergón del henar tan fatigado que ni siquiera soñaba.

Había llegado a Helwater en tal estado de agotamiento y confusión mental que, en un principio, aquello le pareció una prisión más... y una prisión en el extranjero, lejos de las montañas escocesas. Una vez afincado allí, tan preso de su palabra como si estuviera tras las rejas, su cuerpo y su alma se fueron calmando poco a poco, hasta que le resultó posible volver a pensar con racionalidad.

No era libre pero al menos tenía aire, luz, y espacio para estirar los miembros, un paisaje montañoso y los hermosos caballos que criaba Dunsany. Los otros criados lo miraban con suspicacia, pero lo dejaban en paz por respeto a su corpulencia y a su adusto semblante. Era una vida solitaria, pero ya estaba resignado a que siempre sería así.

A Helwater llegaron las suaves nevadas. Hasta la visita oficial del comandante Grey, por Navidades (una ocasión tensa e incómoda) pasó sin turbar su creciente sensación de alegría.

Muy discretamente, se las arregló para comunicarse con Jenny e Ian, que seguían en las Tierras Altas. Aparte de las raras cartas que le llegaban por medios indirectos (que él destruía después de leer, en aras de la seguridad) su único recuerdo del hogar era el rosario de haya que pendía de su cuello, disimulado bajo la camisa.

Desapareció la nieve y el año se tornó luminoso con la primavera. En el correr de su existencia diaria sólo había una mosca: la presencia de lady Geneva Dunsany. Lady Geneva, bonita, malcriada y despótica, estaba habituada a obtener lo que deseaba y cuando lo deseaba, dando al traste con las conveniencias de quien se le interpusiera. Montaba bien, pero era tan caprichosa que los mozos de cuadra solían echar a suertes quién tenía la desgracia de acompañarla en su paseo diario.

Sin embargo, en los últimos tiempos lady Geneva elegía por sí misma a su acompañante: Alex MacKenzie. Él apeló primero a la discreción y luego a pasajeras indisposiciones, para librarse de acompañarla a las colinas.

—Tonterías —replicó ella—. No seas estúpido. Nadie nos verá. ¡Vamos!

Y partía, espoleando brutalmente a su yegua antes de que pudiera detenerla, riéndose de él por encima del hombro. Su enamoramiento era tan obvio que los otros palafreneros sonreían de soslayo y hacían comentarios en voz baja. Jamie confiaba en que, tarde o temprano, ella se cansaría de su taciturna actitud y trasladaría sus fastidiosas atenciones a otro de los sirvientes. Quisiera Dios que se casara pronto y se fuera bien lejos de Helwater y de él.

El día era soleado, cosa rara en el Distrito de los Lagos, donde la diferencia entre las nubes y el suelo suele ser imperceptible en cuanto a la humedad. La tarde de mayo era tan tibia que Jamie no vio inconveniente en quitarse la camisa. No tenía más compañía que la de Bess y Blossom, los dos estólidos caballos que tiraban del rodillo.

Pronto vendrían los gitanos; en las cocinas y en las cuadras no se hablaba de otra cosa. Tal vez hubiera tiempo para añadir más páginas a la carta que estaba escribiendo y que enviaba cada vez que un grupo de cíngaros llegaba a la granja. La entrega podía tardar un mes, tres o seis, pero tarde o temprano el paquete llegaba a las Tierras Altas, pasando de mano en mano hasta Lallybroch, donde su hermana pagaría una generosa suma por su recepción. Las respuestas de la familia llegaban por la misma ruta anónima, pues Jamie era prisionero de la Corona; por ende, cuanto enviara o recibiera por correo debía ser inspeccionado por lord Dunsany.

El rodillo inició un surco nuevo. Con el sol en la cara, Jamie cerró los ojos, disfrutando del calor en el pecho y los hombros. Un cuarto de hora después, el agudo relincho de un caballo lo arrancó de su somnolencia. Al abrir los ojos vio al jinete que se acercaba desde el corral inferior, enmarcado entre las orejas de Blossom. Se incorporó de inmediato para ponerse la camisa.

—No hace falta que te cubras por mí, MacKenzie. —La voz de Geneva Dunsany sonaba chillona y algo sofocada; vestía su mejor traje de montar—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó poniendo su yegua al paso junto al rodillo.

—Esparzo estiércol, milady —respondió él sin mirarla.

—Ah... —Ella lo acompañó a lo largo de medio surco antes de buscar más conversación—. ¿Sabes que van a casarme?

Todos los criados lo sabían desde hacía un mes por Richards, el mayordomo, que estaba sirviendo en la biblioteca cuando el abogado fue a redactar el contrato matrimonial. Lady Geneva había sido informada apenas dos días atrás. Según Betty, su doncella, no recibió de buen grado la noticia.

Jamie respondió con un gruñido, sin comprometerse.

—Con Ellesmere —añadió. Tenía las mejillas encendidas y los labios apretados.

—Os deseo la mayor felicidad, milady. —Jamie tiró brevemente de las riendas, pues habían llegado al final del sembrado.

—¡Felicidad! —exclamó ella, dándose una palmada en el muslo con un relampagueo de sus grandes ojos grises—. ¡Felicidad! ¿Con un viejo que podría ser mi abuelo?

Jamie sospechaba que, en cuanto a ser feliz, las perspectivas del conde eran aún más limitadas que las de ella. Pero se limitó a murmurar:

—Perdonad, milady. —Y se apartó para desenganchar el rodillo.

Ella desmontó.

—¡Es un sucio negocio entre mi padre y Ellesmere! Mi padre me ha vendido, simplemente. Si se interesara un poquito por mí no habría aceptado esta alianza. ¿No te parece terrible que me utilicen así?

Por el contrario, Jamie pensaba que lord Dunsany, padre muy afectuoso, había concertado la mejor alianza posible para la malcriada de su hija mayor. El conde de Ellesmere era un anciano, sí. Era muy posible que, en pocos años, Geneva se convirtiera en una viuda joven, sumamente rica y con un título de condesa, por añadidura.

—Estoy seguro de que vuestro padre tiene siempre en cuenta lo que más os conviene, milady —respondió inexpresivo. ¿Por qué no se iba de una vez aquel pequeño demonio?

Ella se le acercó con su expresión más conquistadora, estorbándole la tarea.

—¡Pero casarme con ese viejo marchito! —observó—. Mi padre no tiene corazón. —Se puso de puntillas para mirar a Jamie—. ¿Cuántos años tienes, MacKenzie?

Por un instante a él se le detuvo el corazón.

—Muchísimos más que vos, milady —dijo con firmeza—. Con vuestro permiso. —Pasó a su lado como pudo, sin tocarla, y subió a la carreta cargada de estiércol, razonablemente seguro de que ella no lo seguiría hasta allí.

—Pero todavía no estás preparado para el osario, ¿verdad, MacKenzie? —Ahora la tenía frente a sí, sombreándose los ojos con la mano para mirar hacia arriba. Se había levantado una brisa que le agitaba unas hebras de pelo castaño—. ¿Has tenido esposa, Mackenzie?

—Sí —respondió él en un tono que no permitía más indagaciones.

A lady Geneva no le interesaba la sensibilidad ajena.

—Bien —dijo satisfecha—. Entonces sabes lo que se hace.

—¿Lo que se hace? —Él detuvo bruscamente la tarea.

—En la cama —aclaró ella con calma—. Quiero que te acuestes conmigo.

En la impresión del momento, Jamie sólo tuvo una ridicula visión de la elegante lady Geneva, despatarrada en el estiércol de la carreta con las faldas cubriéndole la cara. Dejó caer la pala.

—¿Aquí? —graznó.

—¡Claro que no, tonto! En una cama, como debe ser. En mi dormitorio.

—Habéis perdido la cabeza —replicó Jamie fríamente, algo recuperado del golpe—. Si es que alguna vez tuvisteis una cabeza que perder.

Ella entrecerró los ojos. Le ardían las mejillas.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

—¿Cómo os atrevéis vos a hablarme así? —inquirió Jamie acalorado—. ¡Una jovencita de buena familia haciendo propuestas indecentes a un hombre que le dobla la edad! ¡A un palafrenero de su padre! —añadió recordando su posición. Luego hizo un esfuerzo por dominar la cólera—. Os pido perdón, milady. El sol está muy fuerte y creo que os ha afectado el cerebro. Deberíais volver inmediatamente a casa y pedir a vuestra doncella que os ponga paños fríos en la cabeza.

Lady Geneva golpeó el suelo con un pie bien calzado.

—¡Mi cerebro funciona perfectamente! —Lo fulminó con la mirada, levantando la barbilla. La tenía pequeña y ahusada, igual que los dientes; aquella expresión decidida le daba aspecto de zorra sanguinaria—. Escúchame: no puedo impedir esta horrible boda pero estoy... —Después de una breve vacilación, continuó con firmeza—: ¡Que me lleve el demonio si entrego mi virginidad a un viejo monstruo depravado como Ellesmere!

Jamie se pasó la mano por la boca. Contra su voluntad, sentía compasión por la muchacha.

—Comprendo bien el honor que me hacéis, milady —dijo por fin con ironía—, pero en verdad no puedo...

—Sí que puedes. —Ella posó abiertamente los ojos en sus pantalones mugrientos—. Betty asegura que sí.

—Betty no tiene ninguna base para sacar ese tipo de conclusiones. ¡Nunca la he tocado!

Geneva rió, encantada.

—¿Así que no la llevaste a tu cama? Ella dijo que no quisiste, pero supuse que lo negaba sólo por evitar una paliza. Me alegro. No podría compartir a un hombre con mi doncella.

Jamie respiraba con fuerza. Por desgracia, no podía estrangularla ni estrellarle la pala en la cabeza.

—Os deseo buenos días, milady —dijo con toda la cortesía posible. Y le volvió la espalda para continuar arrojando paladas de estiércol.

—Si no lo haces —señaló ella con dulzura—, diré a mi padre que me hiciste proposiciones deshonestas. Te hará azotar hasta despellejarte.

Encogió involuntariamente los hombros. No era posible que la muchacha lo supiera. Se volvió cautelosamente. Lo estaba mirando con una luz triunfal en los ojos.

—Es posible que vuestro padre no me conozca bien —adujo—, pero a vos os conoce desde que nacisteis. ¡Decídselo y que el diablo os lleve!

La joven se irguió como un gallo de pelea, roja de cólera.

—¿Eso piensas? —exclamó—. ¡Pues bien, mira esto y que el diablo te lleve a ti!

De la pechera de su traje sacó una gruesa carta que agitó bajo la nariz de Jamie. Al momento, reconoció la letra firme y negra de su hermana.

—¡Dadme eso! —En un segundo estuvo en el suelo corriendo tras ella, pero la muchacha era demasiado veloz. Montó antes de que él pudiera alcanzarla y retrocedió, con las riendas en una mano y la carta en la otra.

—¿La quieres? —La agitaba burlonamente.

—¡La quiero, sí! ¡Dádmela! —Estaba tan furioso que habría podido actuar con violencia.

—No, no lo creo. —Lo miraba con coquetería mientras la cólera desaparecía de su expresión—. Después de todo, mi obligación es entregar esto a mi padre, ¿verdad? Él debería enterarse de que sus criados mantienen una correspondencia clandestina. Esa Jenny ¿es tu querida?

—¿Habéis leído mi carta? ¡Perra!

—¡Vaya lenguaje! —exclamó ella, meneando la carta con aire de reproche—. Mi obligación es ayudar a mis padres haciéndoles saber las cosas tan horribles que hacen sus sirvientes, ¿no crees? Creo que a papá le interesará mucho leer esto. Sobre todo lo del oro que es preciso enviar a Lochiel, a Francia. ¿No se considera traición brindar consuelo a los enemigos del rey? ¡Cuánta perversidad! —Y chasqueó la lengua con aire picaro.

Jamie temió descomponerse de terror allí mismo. ¿Sabía aquella muchacha cuántas vidas pendían de su blanca mano? Tragó saliva una, dos veces, antes de poder hablar.

—Está bien —dijo.

La cara de la chica se iluminó con una sonrisa más natural, dejando ver lo joven que era. Claro que la mordedura de las víboras jóvenes era tan venenosa como la de las viejas.

—Nadie lo sabrá —le aseguró ella con gravedad—. Después te entregaré la carta y jamás diré lo que contenía. Te lo prometo.

—Gracias. —Jamie trató de ordenar sus pensamientos para trazar un plan sensato. ¿Sensato? ¿Entrar en la casa de su amo para desvirgar a su hija..., a petición suya? Nunca había sabido de una perspectiva menos sensata.

—Está bien —repitió—. Debemos ser cuidadosos. —Con una sorda sensación de horror, se descubrió arrastrado al papel de conspirador.

—Sí. No te preocupes. Puedo hacer que mi criada se ausente. Y el lacayo bebe; se duerme siempre antes de las diez.

—Bien, disponedlo todo —dijo él con un nudo en el estómago—. Pero cuidad de escoger un día seguro.

—¿Un día seguro? —la muchacha lo miró sin comprender.

—Durante la semana siguiente a vuestro período —aclaró él sin rodeos—. Entonces será menos probable que quedéis embarazada.

—Oh... —Se había ruborizado, pero lo miraba con renovado interés—. Te haré llegar un mensaje —dijo por fin.

Volvió grupas y partió al galope a través del sembrado. Los cascos de su yegua iban levantando terrones de estiércol recién esparcido.

Se deslizó bajo la hilera de alerces, maldiciendo para sus adentros. No había mucha luna, lo cual era una bendición. Levantó la vista hacia la casa, cuya mole se erguía ante él, oscura y adusta. Sí, allí estaba la vela en la ventana, tal como ella había dicho. Aun así contó las aberturas con cuidado, para verificarlo. Que el cielo lo protegiera si se equivocaba de cuarto. Y que el cielo lo protegiera también si daba con el cuarto correcto, pensó lúgubremente mientras buscaba apoyo en el tronco de la enorme enredadera que cubría aquel lado de la casa.

Llegó al pequeño balcón jadeando, con el corazón acelerado y cubierto de sudor, pese al frío de la noche. Ella había oído con claridad su ascenso por la hiedra. Abandonando la chaise longue en la que estaba sentada, se le acercó con la barbilla erguida y la cabellera castaña suelta sobre los hombros. Vestía un camisón blanco, de tela muy fina, atado en el cuello con un lazo de seda.

—Has venido.

Él percibió su tono triunfal, pero también un leve estremecimiento. ¿Así que no estaba muy segura?

—No tenía muchas alternativas —respondió brevemente mientras se volvía para cerrar la puerta-ventana.

—¿Quieres un poco de vino? —Esforzándose por mostrarse gentil, la muchacha se acercó a la mesa, donde había una botella con dos copas. Él se preguntó cómo la habría conseguido. De cualquier modo, en esas circunstancias no le vendría mal una copa de algo.

Mientras sorbía el vino la observó disimuladamente. Era delgada y de pechos pequeños, pero toda una mujer, sin duda. Terminada la bebida, dejó la copa. No tenía sentido perder el tiempo.

—¿La carta? —preguntó bruscamente.

—Después —dijo ella, endureciendo la boca.

—Ahora. Si no, me voy. —Jamie giró hacia la ventana como si fuera a cumplir su amenaza.

—¡Espera!

Se volvió a mirarla con mal disimulada impaciencia.

—¿No confías en mí? —preguntó ella con fingido encanto.

—No —fue la seca respuesta.

La muchacha lo miró con enfado, proyectando un labio petulante, pero él se limitó a observarla por encima del hombro, sin apartarse de la ventana.

—Oh, bueno —dijo ella por fin encogiéndose de hombros. Y sacó la carta de su costurero para tirársela.

Él la recogió de inmediato. Sintió una oleada de furia mezclada con alivio al ver el sello violado y la letra familiar de Jenny, pulcra y enérgica.

—¿Y bien? —la voz de Geneva, impaciente, interrumpió su lectura—. Deja eso y ven aquí, Jamie. Estoy lista —anunció sentándose en la cama.

Él le clavó una mirada fría.

—No me llaméis por ese nombre —dijo.

—¿Por qué? Es el tuyo. Así te llama tu hermana.

Jamie vaciló un momento; luego dejó deliberadamente la carta y bajó la cabeza hacia la atadura de sus pantalones.

—Os serviré debidamente —dijo—, por mi honor de hombre y por el vuestro de mujer. Pero... —Levantó la cabeza para clavarle los ojos entornados—. Puesto que me habéis traído a vuestra cama mediante amenazas contra mi familia, no permitiré que me llaméis con el nombre que ellos me dan.

Permanecía inmóvil, con los ojos fijos en ella. Por fin la muchacha bajó la mirada a la cama.

—¿Cómo debo llamarte, pues? —preguntó al fin con voz débil—. ¡No puedo llamarte MacKenzie!

Él suspiró.

—Llamadme Alex. Es mi segundo nombre.

Ella asintió con la cabeza. El pelo le cayó hacia delante, cubriéndole la cara, pero Jamie detectó el breve fulgor de sus ojos espiando por detrás del pelo.

—Está bien —gruñó—. Podéis observarme.

Se bajó los pantalones, enrollando al mismo tiempo los calcetines, y los dejó doblados sobre una silla antes de empezar a desabotonarse la camisa, consciente de que la chica lo miraba con cierta timidez, pero sin embozo. Por pura consideración se volvió hacia ella antes de quitarse la camisa, a fin de ahorrarle el espectáculo de su espalda.

—¡Oh! —La exclamación fue suave pero bastó para detenerlo.

—¿Sucede algo malo?

—Oh, no... Es decir... No imaginaba que...

—¿Nunca habéis visto a un hombre desnudo? —adivinó él. La cabellera lustrosa se agitó afirmativamente.

—Sí —musitó Geneva insegura—, sólo que... eso no estaba...

—Bueno, generalmente no está así —explicó él tranquilamente sentándose en la cama—. Pero para hacer el amor tiene que estar así, ¿comprendéis?

—Comprendo.

Pero aún parecía dudar. Él trató de sonreír.

—No os preocupéis. No crecerá más. Y tampoco hará nada extraño si queréis tocarlo.

Al menos eso esperaba él. El hecho de estar desnudo y tan cerca de una muchacha a medio vestir estaba acabando con su autodominio. A su traidora anatomía hambrienta le importaba un rábano que ella fuera una zorra egoísta y extorsionadora. Por suerte, quizás, ella rechazó el ofrecimiento y se retiró un poco hacia la pared, aunque sin dejar de observarlo.

—¿Cuánto...? Es decir, ¿tenéis alguna idea de lo que se hace?

Ella enrojeció, aunque sus ojos se mantenían claros y sin malicia.

—Bueno, como los caballos, supongo.

Él hizo un gesto afirmativo, pero sintió una punzada de dolor al recordar que, en su noche de bodas, él también había supuesto que sería como en los caballos.

—Algo así —confirmó carraspeando—. Pero más lento. Y más suave —añadió al ver su gesto aprensivo.

—Ah, me alegro. La niñera y las criadas solían contar cosas de... los hombres, casarse y todo eso. Daba un poco de miedo. —Tragó saliva con dificultad—. ¿Du... duele mucho? No importa, pero quiero saber a qué atenerme.

Jamie sintió una pequeña e inesperada simpatía. El valor, para él, era una virtud.

—Creo que no —dijo—, si me tomo el tiempo necesario para prepararos. —Si es que podía tomarse ese tiempo—. Así no será mucho peor que un pellizco.

Apresó entre los dedos un pliegue del brazo. Ella dio un respingo y se frotó el lugar, pero sonreía.

—Eso puedo soportarlo.

—Sólo duele la primera vez —le aseguró él—. La próxima será mejor.

Ella asintió. Tras una momentánea vacilación, se le acercó alargando un dedo.

—¿Puedo tocarte?

Jamie se echó a reír, aunque se apresuró a sofocar la voz.

—Creo que debéis hacerlo, milady, para que yo pueda hacer lo que me pedís.

Geneva le deslizó la mano por el brazo, lentamente y con tanta suavidad que le hizo cosquillas; ya más confiada, le rodeó el antebrazo con los dedos.

—Eres muy... grande.

Jamie sonrió, pero se mantuvo inmóvil, permitiéndole explorar su cuerpo tanto como deseara. Los dedos se detuvieron junto a la cicatriz que le surcaba el muslo izquierdo.

—Está bien —le aseguró él—. Ya no me duele.

La joven, sin responder, deslizó dos dedos a lo largo de la cicatriz sin ejercer presión. Las manos investigadoras se detuvieron en la espalda. Jamie, con los ojos cerrados, esperaba. Hubo un suspiro trémulo y los dedos volvieron a tocar con suavidad su espalda destrozada.

—¿Y no tuviste miedo cuando dije que te haría azotar?

La voz sonaba extrañamente ronca.

—No. Ya no me asusta casi nada.

En realidad, lo asustaba pensar que, cuando llegara el momento, no podría contenerse para tratarla con la debida delicadeza.

Ella abandonó la cama y se quedó a un lado. Jamie se incorporó, sobresaltándola hasta tal punto que retrocedió un paso. Le puso las manos sobre los hombros.

—¿Puedo tocaros, milady? —Las palabras sonaban burlonas, pero el contacto no. Ella asintió, sin aliento, y se dejó abrazar.

La besó suave, brevemente; luego, durante más tiempo. La sintió temblar contra su cuerpo mientras le desataba el lazo del camisón para deslizarlo desde los hombros. Luego la levantó para ponerla en la cama y se echó a su lado, rodeándola con un brazo mientras le acariciaba los pechos.

—El hombre debería pagar tributo a vuestro cuerpo —dijo suavemente, excitando los pezones con pequeños movimientos circulares—. Porque sois bella y ése es vuestro derecho.

Geneva dejó escapar el aliento en un pequeño jadeo y se relajó bajo sus manos. Él se obligó a actuar con lentitud, acariciando, besándola, tocándola apenas. No le gustaba aquella muchacha, no quería estar allí, no quería hacer eso, pero... hacía más de tres años que no tocaba a una mujer.

Trató de calcular cuándo estaría dispuesta, pero ¿cómo podía saberlo, si ella se limitaba a quedarse como una pieza de porcelana en exhibición? ¿No podía darle alguna señal, la maldita?

No, por supuesto que no podía. Nunca hasta entonces había tocado a un hombre. Tras haberlo obligado, dejaba todo el asunto en sus manos con una inmerecida e indeseable confianza.

—Bueno —le murmuró—, estaos quieta, *mo chridhe*.

Entre susurros que pudieran sonarle reconfortantes, la cubrió con su cuerpo y usó la rodilla para abrirle las piernas. Sintió un leve sobresalto ante el contacto del pene. Para serenarla envolvió las manos en su cabellera, siempre murmurando suavemente en gaélico. Ya no prestaba ninguna atención a lo que decía. Los pechos pequeños y duros se le clavaron en el torso.

—*Mo nighean* —susurró.

—Espera—dijo Geneva—. Creo que...

El esfuerzo por dominarse lo mareaba, pero se movió con lentitud, penetrándola un poquito.

—¡Ooh! —exclamó ella abriendo mucho los ojos.

—Uf. —Jamie presionó un poco más.

—¡Basta! ¡Es demasiado grande! ¡Sácalo!

Despavorida, Geneva se debatió bajo él. Sus forcejeos estaban logrando por la fuerza lo que él había tratado de hacer con suavidad. Medio aturdido, hizo lo posible para mantenerla quieta mientras buscaba a ciegas una manera de calmarla.

—Pero...

—¡Basta!

—Yo...

—¡Sácalo! —gritó ella.

Le plantó una mano en la boca y dijo lo único coherente que se le ocurrió:

—No. —Y empujó.

Lo que podría haber sido un alarido emergió entre sus dedos como un estrangulado «¡Ayayay!». Los ojos de Geneva se tornaron enormes y redondos, pero estaban secos. En aquel momento él sólo era capaz de hacer una cosa. Y la hizo; sólo hicieron falta unos pocos embates para que la ola se abatiera sobre él, agitándole la columna de arriba abajo para acabar barriendo los últimos restos de racionalidad.

Jamie recuperó la conciencia poco después, con el sonido de su propio corazón en los oídos. Entreabriendo un solo párpado, vislumbró la piel rosada a la luz de la lámpara. Debía averiguar si la había hecho sufrir mucho, pero todavía no, por Dios. Cerró el ojo otra vez y se limitó a respirar.

—¿En qué... en qué estás pensando? —la voz sonaba vacilante pero no histérica.

Demasiado nervioso para reparar en lo absurdo de la pregunta, Jamie respondió con la verdad.

—Me preguntaba por qué demonios los hombres quieren acostarse con mujeres vírgenes.

Hubo un largo silencio.

—Lo siento —musitó ella—. No sabía que a ti también te dolería.

Él abrió súbitamente los ojos, atónito, y se incorporó sobre un codo. Geneva lo estaba mirando como una gacela asustada.

—¿A mí? —repitió estupefacto—. A mí no me ha dolido.

Con el entrecejo fruncido, ella le recorrió el cuerpo con la mirada.

—Me pareció que sí. Pusiste una cara horrible, como si sufrieras muchísimo, y... gemiste como un...

—Bueno, sí —la interrumpió apresuradamente para no escuchar más observaciones poco halagüeñas sobre su conducta—. Pero eso no significa... Es decir... Así actuamos los hombres cuando... cuando hacemos eso —concluyó sin mucha convicción.

El espanto de la muchacha se estaba disolviendo en curiosidad.

—¿Todos los hombres actúan así cuando... cuando hacen eso?

—¿Cómo puedo saber si...? —empezó él, irritado. Pero se interrumpió al comprender que, en realidad, conocía la respuesta—. Sí, así es —dijo, sentándose sobre la cama—. Los hombres somos bestias horribles y asquerosas, tal como os decía vuestra niñera. ¿Os he lastimado mucho?

—No creo —dudó ella—. Dolió un momento, tal como tú dijiste, pero ya ha pasado.

El lanzó un suspiro de alivio al ver que, si bien la muchacha había sangrado, la mancha era pequeña y no parecía dolorida. Ella se tocó entre los muslos e hizo una mueca de asco.

—¡Ooh! —protestó—. ¡Esto es desagradable y pegajoso!

A Jamie se le subió la sangre a la cara, en una mezcla de indignación y bochorno.

—Tomad —murmuró cogiendo un paño del lavamanos.

La chica, en vez de cogerlo, abrió las piernas, arqueando un poco la espalda. Obviamente esperaba que él se ocupara de limpiarla. El escocés sintió el fuerte impulso de hacérselo tragar pero se contuvo al echar un vistazo a la carta. Tenían un acuerdo, después de todo, y ella había cumplido su parte.

Estaba irritado cuando empezó a lavarla, pero la confianza con que ella se le ofrecía le resultó extrañamente conmovedora.

Llevó a cabo el servicio con bastante suavidad y, al terminar, se descubrió plantándole un beso leve en la curva del vientre.

—Listo.

—Gracias. —La muchacha movió las caderas a manera de prueba, y alargó una mano para tocarlo. Él, sin moverse, la dejó jugar con su ombligo. El leve toque descendió, vacilante—. Dijiste... que la próxima vez sería mejor.

Jamie cerró los ojos, aspirando profundamente. Faltaba mucho para el amanecer.

—Creo que sí —dijo. Y una vez más se estiró a su lado.

—Ja... eh... ¿Alex?

Se sentía como si lo hubieran drogado. Responder fue un esfuerzo.

—¿Milady?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y refugió la cabeza en la curva de su hombro, cálido el aliento contra su pecho.

—Te quiero, Alex.

Jamie se espabiló lo suficiente para apartarla.

—No —dijo meneando la cabeza—. Ésa es la tercera regla. No habrá más que esta sola noche. No podéis llamarme por mi primer nombre. Y no podéis amarme.

Los ojos grises se humedecieron un poco.

—¿Y si no puedo evitarlo?

—No es amor lo que sentís. —Ojalá estuviera en lo cierto, tanto por su propio bien como por el de ella—. Es sólo la sensación que he despertado en vuestro cuerpo. Es fuerte y grata, pero no es amor.

—¿Cuál es la diferencia?

—El amor es para una sola persona. Esto, lo que sentís por mí... podéis sentirlo con cualquier hombre; no es especial.

Una sola persona. Apartando con firmeza el recuerdo de Claire, volvió cansadamente a su labor.

Aterrizó pesadamente en la tierra del cantero, sin que le importara aplastar varias plantas tiernas. Se estremeció. La hora previa al amanecer no era sólo la más oscura, sino también la más fría. Aún sentía las formas de la muchacha y la curva tibia y rosada de la mejilla que había besado antes de partir.

Avanzó a tientas por el patio interior, atestado de carretas y bultos, listos para ser transportados tras la boda del jueves. Entró en el establo y subió la escalerilla hasta su henar. Cuando se cubrió con la única manta que tenía, en la paja helada, se sentía totalmente vacío.

15

Por accidente

Helwater
Enero de 1758

Cuando la noticia llegó a Helwater el tiempo era oscuro y tormentoso. Se había cancelado el ejercicio de la tarde a causa del denso aguacero, y los caballos estaban cómodamente abrigados en sus cuadras. Sus hogareños y apacibles resoplidos ascendían hasta el pajar, donde Jamie Fraser descansaba en un cómodo nido de heno con un libro abierto apoyado en el pecho.

Era uno de los varios que le había prestado el señor Grieves, capataz de la finca, y le estaba resultando apasionante pese a la dificultad de leer a la escasa luz de los ventanucos abiertos bajo el alero.

Tan absorto estaba en la lectura que, al principio, no oyó las voces ahogadas por el denso golpetear de la lluvia a poca distancia de su cabeza.

—¡MacKenzie!

El aullido reiterado penetró finalmente en su conciencia. Se levantó precipitadamente para asomarse desde el pajar.

—¿Sí?

Hughes estaba abriendo la boca para dar otro grito, pero la cerró.

—Ah, estabas ahí. —Le hizo señas con una mano reumática. En cuanto los pies de Jamie tocaron las lajas del suelo, anunció—: Debes ayudar a preparar el coche para lord Dunsany y lady Isobel. Van a ir a Ellesmere.

El anciano se balanceaba de un modo alarmante, tratando de sofocar el hipo.

—¿Ahora? ¿Estás loco, hombre, o sólo borracho? —Jamie echó un vistazo a la puerta, donde se veía una sólida cortina de agua. Un súbito rayo puso de relieve la montaña. Sacudió la cabeza para aclarar la retina. Jeffries, el cochero, estaba cruzando el patio con la cabeza inclinada por la fuerza del viento y el agua, ciñéndose con el capote. Así que no era una fantasía de borracho.

—¡Jeffries necesita ayuda con los caballos! —Hughes tuvo que acercarse y gritar para hacerse oír por encima de la tormenta. A tan corta distancia, el olor del alcohol barato era repugnante.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué motivos hay para que lord Dunsany...? Oh, qué diablos... —disgustado Jamie subió la escalerilla de dos en dos. Se envolvió en su capote raído y escondió el libro bajo el heno (los mozos de cuadra no sabían respetar la propiedad ajena). Por fin salió al rugir de la tormenta.

El viaje fue infernal. El viento aullaba, sacudiendo el enorme coche y amenazando con volcarlo en cualquier momento. El capote era poca protección contra aquella lluvia torrencial; tampoco servía de nada cuando era preciso bajar a aplicar el hombro para liberar una rueda del barro.

Pese a todo, Jamie apenas reparaba en las molestias físicas del viaje, preocupado como estaba por sus posibles razones. No había muchos asuntos tan urgentes como para obligar al anciano lord Dunsany a salir en un día así, mucho menos por el camino lleno de baches que llevaba a Ellesmere. Sin duda había recibido alguna noticia, que sólo podía referirse a lady Geneva o a la criatura.

Al enterarse, por los chismes de los criados, que lady Geneva daría a luz en enero, Jamie había hecho un rápido cálculo. Después de maldecir a la muchacha una vez más, rezó por un alumbramiento sin peligros. Desde entonces hacía lo posible por no pensar en el asunto. Había estado con ella apenas tres días antes de la boda; no podía estar seguro.

Lady Dunsany estaba en Ellesmere con su hija desde hacía una semana. Todos los días enviaba algún mensajero para que le llevaran los cientos de cosas que había olvidado y necesitaba de inmediato. Cada uno de ellos informaba, a su llegada: «Todavía no hay novedades.»

Ahora había novedades y, obviamente, eran malas.

Al pasar junto al coche, después del último combate con el lodo, vio a lady Isobel asomada a la ventanilla.

—¡Oh, MacKenzie! —dijo con la cara contraída por el miedo y la aflicción—. ¿Falta mucho, por favor?

—¡Jeffrey dice que aún faltan seis kilómetros, milady! Dos horas, tal vez. —Siempre que aquel maldito coche no volcara, lanzando a sus indefensos pasajeros a las aguas de Watendlath Tarn, añadió silenciosamente para sus adentros.

Isobel le dio las gracias con una inclinación de cabeza y bajó la ventanilla, pero él tuvo tiempo de ver que sus mejillas estaban tan húmedas por la lluvia como por las lágrimas. La víbora de ansiedad que le oprimía el corazón descendió un poco, enroscándose en sus tripas.

Pasaron cerca de tres horas antes de que el carruaje entrara, por fin, al patio de Ellesmere. Lord Dunsany bajó de un salto, sin vacilar, y apenas se detuvo para ofrecer el brazo a su hija menor antes de entrar apresuradamente.

Tardaron casi una hora más en desenganchar la yunta, cepillar los caballos, lavar el barro adherido a las ruedas del coche y meterlo todo en los establos de Ellesmere. Entumecidos de frío, fatiga y hambre, Jamie y Jeffries buscaron refugio y sustento en las cocinas de la casa.

—Pobres hombres, estáis azules de frío —observó la cocinera—. Sentaos aquí, que pronto os tendré listo un bocado caliente.

Su figura flaca no hacía honor a su destreza, pues en pocos minutos puso ante ellos una enorme y sabrosa tortilla, guarnecida con gran cantidad de pan, manteca y un pequeño frasco de mermelada.

—Rico, muy rico —dictaminó Jeffries, echando una mirada apreciativa al despliegue. Luego guiñó un ojo a la cocinera—: Claro que bajaría con más facilidad si hubiera una copa con que allanar el camino, ¿verdad? Tú pareces capaz de ser misericordiosa con un par de tipos medio congelados, ¿no es así, querida?

Fuera por este ejemplo de persuasión irlandesa o por el aspecto de sus ropas chorreantes, el argumento surtió efecto: una botella de coñac para cocinar hizo su aparición junto al pimentero. Jeffries se sirvió un buen trago y lo bebió sin vacilar, chasqueando los labios.

—¡Ah, así está mejor! Toma, hombre. —Después de pasar la botella a Jamie, se instaló cómodamente para disfrutar de la comida y del chismorreo con las criadas—. Bueno, ¿qué novedades hay? ¿Ya ha nacido el bebé?

—¡Oh, sí, anoche! —dijo la fregona ansiosa—. Nos pasamos toda la noche levantados, con el médico pidiendo sábanas y toallas, y la casa patas arriba. ¡Pero el bebé es lo de menos!

—Bueno, bueno —intervino la cocinera frunciendo el ceño—. Hay demasiado quehacer para estar chismorreando, Mary Ann. Ve al estudio y averigua si Su Señoría quiere que sirvamos algo.

Una vez obtenida la atención completa de su público, la cocinera opuso apenas un reparo simbólico antes de revelar las noticias.

—La cosa comenzó hace algunos meses, cuando lady Geneva empezó a engordar, pobrecita. Su Señoría era miel y hojuelas con ella; desde el casamiento le daba todos los gustos y se desvivía por ella. ¡Pero cuando se enteró de que iba a tener un hijo...!

La cocinera hizo una pausa para dibujar un gesto portentoso. Jamie estaba desesperado por preguntar cómo estaba la criatura y de qué sexo era, pero no había modo de meter prisa a aquella mujer, de modo que fingió estar interesado.

—¡La de gritos y peleas! —continuó, alzando las manos con horror—. Él gritaba, ella lloraba y los dos golpeaban las puertas. Su Señoría le decía palabrotas que no se usan ni en un establo. Por eso le dije a Mary Ann...

—Pero, ¿Su Señoría no se alegró por lo del hijo? —interrumpió Jamie. La tortilla se le estaba atragantando. Bebió otro poco de coñac con la esperanza de hacerla bajar.

La cocinera volvió hacia él un ojo de pájaro, enarcando una ceja.

—Cualquiera se alegraría, ¿verdad? ¡Pues no! ¡Muy al contrario!

—¿Por qué? —inquirió Jeffries, no muy interesado.

La cocinera bajó la voz, abrumada por lo escandaloso de su información.

—Dijo que la criatura no era suya.

Jeffries, que ya iba por la segunda copa, resopló con desdén:

—¿Un viejo con una potrilla? Me parece muy probable, pero ¿cómo supo Su Señoría de quién era el engendro? Tanto podía ser de él como de cualquiera, ¿no?

La cocinera dibujó una sonrisa brillante y maliciosa.

—Oh, no sé si él sabía de quién era, pero... hay sólo una manera de saber que no era suyo, ¿verdad?

Jeffries la miró fijamente, echándose hacia atrás.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Me estás diciendo que Su Señoría es impotente?

—Bueno, a mí no me consta, claro. —Los labios de la mujer asumieron una línea gazmoña, pero de inmediato se estiraron para añadir—: Aunque la doncella dice que las sábanas que sacó del lecho nupcial estaban tan blancas como cuando las puso.

Aquello era demasiado. Interrumpiendo las carcajadas de Jeffries, Jamie dejó su copa con un golpe seco.

—¿La criatura nació bien? —preguntó sin rodeos.

—Oh, sí, por supuesto. Es un niño sano y hermoso, según dicen. Supuse que ya lo sabríais. Es la madre la que murió.

Tan brusca revelación dejó la cocina en silencio. Hasta Jeffries se quedó mudo por un momento, intimidado por la muerte. Luego se persignó de prisa, murmurando:

—Que Dios la tenga en Su Gloria. —Y tragó el resto del coñac.

A Jamie le ardía la garganta, ya fuera por el alcohol o por las lágrimas. La sorpresa y el dolor lo sofocaban con una bola de estopa en la garganta.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Esta mañana —dijo la cocinera meneando luctuosamente la cabeza—. Justo antes del mediodía, pobrecita. Durante un rato pareció estar muy bien, después de nacer el bebé. Dice Mary Ann que estaba sentada con el pequeño en brazos y que reía. —Suspiró largamente—. Cerca del amanecer empezó a sangrar. Llamaron de nuevo al médico, pero...

La interrumpió el ruido de la puerta al abrirse. Era Mary Ann con los ojos dilatados, jadeante por los nervios y las prisas.

—¡Vuestro amo os manda llamar! —balbuceó mirando a Jamie y al cochero—. ¡A los dos, de inmediato! Y... oh, señor... —Tragó saliva, dirigiéndose a Jeffries—: Dice que llevéis vuestras pistolas, por el amor de Dios.

El cochero intercambió con Jamie una mirada de consternación. Luego se levantó de un brinco y salió disparado hacia los establos.

Tardaría unos cuantos minutos en buscar las armas y comprobar que el mal tiempo no las hubiera dañado. Jamie se puso de pie, cogiendo por un brazo a la balbuceante criada.

—Indícame dónde está el estudio —ordenó—. ¡Rápido!

Una vez en el piso superior podría haberse guiado por las voces. Se detuvo frente a la puerta, dudando entre entrar o esperar a Jeffries.

—¡Cómo tenéis el descaro de hacer semejantes acusaciones! —estaba diciendo Dunsany, estremecida la voz de viejo por la ira y la aflicción—. ¡Cuando mi pobre niña aún no se ha enfriado en el lecho! ¡Cobarde! ¡Canalla! ¡No voy a permitir que esa criatura pase una sola noche bajo vuestro techo!

—¡Ese pequeño bastardo se queda aquí! —clamó la voz ronca de Ellesmere. Cualquiera habría podido ver que Su Señoría estaba muy afectado por la bebida—. Por bastardo que sea, es mi heredero y se queda conmigo. Lo he comprado y pagado. Y si su madre era una ramera, al menos me dio un varón.

—¡Maldito seáis! —la voz de Dunsany había alcanzado un tono tan agudo que era casi un chillido—. ¿Que lo comprasteis? ¿Os... os... os atrevéis a sugerir...?

—No sugiero nada. —Ellesmere seguía ronco pero se dominaba mejor—. Me vendisteis a vuestra hija... y con engaños, además. Pagué treinta mil libras por una virgen de buena familia. La primera condición no fue satisfecha y me permito dudar de la segunda.

Se oyó un gorgoteo.

—Me parece que vuestro nivel de licor es ya excesivo, señor —observó Dunsany. Su voz temblaba por el esfuerzo de dominar las emociones—. Sólo a vuestra evidente intoxicación puedo atribuir las repugnantes calumnias que habéis arrojado sobre la pureza de mi hija. Siendo así, me iré con mi nieto.

—Ah, vuestro nieto, ¿eh? —balbuceó Ellesmere—. Parecéis muy seguro de la «pureza» de vuestra hija. ¿Estáis seguro de que el niño no es vuestro? Porque ella dijo...

Se interrumpió con un grito estupefacto, seguido de un estruendo. Jamie no se atrevió a esperar más. Al irrumpir en la habitación encontró a Ellesmere y a lord Dunsany enredados en la alfombra, rodando de un lado a otro.

Tras evaluar la situación, se metió en la refriega para ayudar a su patrón.

—Estaos quieto, milord —murmuró al oído de Dunsany, apartándolo de la silueta jadeante de Ellesmere—. ¡Quieto, viejo tonto! —añadió, viendo que Dunsany forcejeaba para lanzarse contra su adversario.

El conde tenía casi la misma edad que Dunsany, pero era más fuerte y, obviamente, gozaba de mejor salud, a pesar de su borrachera. Se puso en pie tambaleándose, con el escaso pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre.

—Basura —dijo casi en tono coloquial—. Conque me... me levantas la mano.

Y se lanzó hacia la campanilla, todavía jadeando.

No estaba muy claro que lord Dunsany pudiera mantenerse en pie, pero no había tiempo para preocuparse por eso. Jamie soltó a su jefe para sujetar la mano de Ellesmere.

—No, milord —dijo con todo el respeto posible. Lo encerró en un abrazo de oso, obligándolo a retroceder—. Creo que sería... muy imprudente... involucrar a vuestra servidumbre.

Con un gruñido, empujó al conde hacia un sillón.

—Será mejor que no os mováis de aquí, milord. —Jeffries, con una pistola en cada mano avanzó cautelosamente, dividiendo su atención entre Ellesmere, que forcejeaba para levantarse de la poltrona, y lord Dunsany, apoyado en una mesa, blanco como el papel.

Miró a su jefe para pedir instrucciones y, como no le dieron ninguna, se volvió instintivamente hacia Jamie. El escocés dio un paso adelante y cogió a Dunsany por el brazo.

—Vámonos, milord —dijo.

Se acercó al anciano y trató de ayudarle a llegar a la puerta. Pero la salida estaba bloqueada.

—¿William? —Lady Dunsany, con la expresión abotargada por el dolor que sentía, se quedó desconcertada ante la escena. En sus brazos traía algo parecido a un bulto de ropa lavada. Lo levantó con un gesto de vaga interrogación—. Mandaste a la criada a decirme que trajera al bebé. ¿Qué...?

La interrumpió un rugido de Ellesmere:

—¡Es mío! —Empujando a la señora contra la pared, le arrebató el bulto de los brazos y, apretándolo contra su pecho, retrocedió hasta la ventana. Jadeaba como una bestia acorralada—. Mío, ¿me oís?

El bulto soltó un chillido de protesta. Dunsany, arrancado de su estupor, avanzó con las facciones contraídas por la furia.

—¡ Entregádmelo!

—¡Vete al diablo, imbécil!

Con imprevisible agilidad, Ellesmere esquivó a Dunsany y abrió la ventana con una sola mano, mientras sujetaba al niño con la otra.

—¡Salid... de... mi... casa! —jadeó el conde—. ¡Largaos ahora mismo si no queréis que tire a este pequeño bastardo! ¡Juro que lo tiraré! —Para confirmar su amenaza, acercó el bulto a la ventana. Nueve metros más abajo esperaban los adoquines del patio.

Jamie Fraser, movido por el instinto que le había hecho sobrevivir a diez o doce batallas, arrebató una pistola al petrificado Jeffries, giró sobre sus talones y disparó.

El rugido del disparo dejó mudos a todos; incluso el niño dejó de aullar. Ellesmere se quedó inexpresivo, con las cejas enarcadas en un gesto interrogante. Luego se tambaleó. Jamie dio un brinco y se quedó clavado en medio de la alfombra como si hubiera echado raíces, sin prestar atención al fuego que le chamuscaba los pantalones, ni al cuerpo de Ellesmere tendido a sus pies, ni a los histéricos chillidos de lady Dunsany. Temblaba como una hoja, sin poder moverse ni pensar, estrechando entre los brazos el bulto que contenía a su hijo.

—Quiero hablar con Mackenzie. A solas.

Lady Dunsany parecía estar fuera de lugar en el establo. Menuda, regordeta y de un luto impecable, parecía un adorno. Hughes le echó una mirada de estupefacción. Luego le hizo una reverencia y se retiró a su guarida, dejándola frente a frente con el escocés.

Jamie se sintió en la obligación de invitarla a sentarse, pero allí no había asiento alguno aparte de algún fardo de heno.

—Esta mañana se ha reunido el tribunal de instrucción, MacKenzie —dijo ella.

—Sí, milady. —Todos lo sabían. Jeffries había presenciado lo ocurrido en el salón de Ellesmere; por ende, la servidumbre entera estaba enterada. Pero nadie hablaba del asunto.

—El veredicto del tribunal fue que el conde de Ellesmere murió por accidente. Según el juez de instrucción, Su Señoría estaba... alterado por el fallecimiento de mi hija. —Hizo un leve mohín de disgusto. Su voz temblaba, pero sin quebrarse; la frágil lady Dunsany soportaba la tragedia mucho mejor que su marido.

—¿Sí, milady?

Jeffries había sido llamado a prestar testimonio. MacKenzie no, como si nunca hubiera pisado la casa de Ellesmere.

Lady Dunsany lo miró a los ojos.

—Os estamos agradecidos, MacKenzie —dijo en voz baja.

—Gracias, señora.

—Muy agradecidos —repitió sin dejar de mirarlo con intensidad—. Vuestro verdadero nombre no es MacKenzie, ¿verdad? —dijo de pronto.

—No, milady. —Le recorrió un escalofrío a pesar del sol. ¿Qué habría revelado lady Geneva a su madre antes de morir?

Ella pareció percibir su rigidez, pues curvó la boca en algo que parecía ser una sonrisa tranquilizadora.

—Creo que, por el momento, no necesito preguntaros cuál es —dijo—. Pero hay una pregunta que deseo haceros. ¿Queréis volver a casa?

—¿A casa? —repitió.

—A Escocia. —Lo observaba con atención—. Sé quién sois aunque ignore vuestro nombre. Sois uno de los prisioneros jacobitas de John. Me lo dijo mi esposo.

Jamie la observó con desconfianza, pero para ser una mujer que acababa de perder una hija y ganar un nieto, no parecía alterada.

—Confío en que perdonaréis el engaño, milady —murmuró—. Su Señoría...

—Quería ahorrarme una preocupación —concluyó la señora—. Sí, lo sé. William se preocupa demasiado. —Suspiró con devoción conyugal—. Por los comentarios de Ellesmere os habréis percatado de que no somos ricos. Helwater está muy endeudada. Sin embargo, mi nieto es ahora poseedor de una de las mayores fortunas del condado.

Para eso no parecía haber respuesta alguna, salvo: «¿Sí, milady?»

—Aquí llevamos una vida muy retirada —prosiguió—. Rara vez vamos a Londres y mi esposo tiene poca influencia en las altas esferas. Pero...

—¿Sí, milady?

—John, John Grey proviene de una familia muy influyente. Su padrastro es... bueno, eso no tiene importancia. —Se encogió de hombros—. El hecho es que sería posible hablar en vuestro favor para que

se os deje en libertad y podáis volver a Escocia. Por eso he venido a preguntaros: ¿queréis volver a Escocia, MacKenzie?

Jamie se quedó sin respiración, como si le hubieran golpeado en el estómago.

Volver a Escocia. Dejar de ser un extranjero. Dejar atrás la hostilidad, volver a Lallybroch, ver el rostro de su hermana encendido de gozo al verlo. Sentir sus brazos rodeándole la cintura, los de Ian en los hombros y los niños alrededor.

Irse lejos y no saber nada más de su hijo.

El día anterior había visto al niño dormido en un cesto junto a una ventana del piso superior. Subido a la rama de un gran árbol, Jamie había forzado la vista para poder distinguirlo. La cara del niño era visible sólo de perfil; tenía un moflete apoyado en el hombro. El gorro se le había torcido dejando ver la curva de la cabeza, coronada por una pelusa muy clara.

«No es pelirrojo, gracias a Dios», fue su primer pensamiento. Y se persignó. «Eres un muchachito fuerte. Fuerte, robusto y guapo. Pero ¡qué pequeño, Dios mío!»

Lady Dunsany esperaba con paciencia. Él inclinó respetuosamente la cabeza. Tal vez iba a cometer una terrible equivocación pero no podía actuar de otro modo.

—Os lo agradezco, milady, pero..., creo que no me iré... por ahora.

Lady Dunsany asintió sin apenas inmutarse.

—Como gustéis, MacKenzie. No tenéis más que pedirlo.

Giró en redondo, como una figura de carillón, y lo dejó para volver a su mundo.

Helwater era ahora su prisión, mil veces más que antes.

16

Willie

Para gran sorpresa suya, los años siguientes fueron, en muchos aspectos, los más felices en la vida de Jamie Fraser, exceptuando los de su matrimonio. Tenía suficiente comida y ropa con que mantenerse caliente y decente; alguna discreta carta ocasional, enviada desde las Tierras Altas de Escocia, lo tranquilizaba haciéndole saber que allí vivían en condiciones similares.

Un inesperado beneficio de la sosegada vida de Helwater era que, de algún modo, había reanudado su extraña amistad con lord John Grey. Tal como había prometido, el comandante se presentaba cada tres meses a visitar a los Dunsany pero no había hecho intento alguno de aprovecharse de su favor, ni siquiera de hablar con Jamie, más allá de un somero interrogatorio formal.

Muy lentamente, Jamie fue comprendiendo todo lo que lady Dunsany le había dado a entender con su ofrecimiento de libertad. «John, John Grey, proviene de una familia muy influyente. Su padrastro es... bueno, eso no tiene importancia», había dicho. Pero tenía importancia, sí. No era por deseo de Su Majestad por lo que lo habían llevado a aquella casa en vez de condenarlo al peligroso viaje a través del océano y a la semiesclavitud de América, sino por influencia de John Grey. Y él no lo había decidido por venganza ni por motivos indecentes, sino porque era lo mejor que podía hacer; en la imposibilidad de liberarlo, hizo lo que estaba a su alcance para aliviar las condiciones de su cautiverio, brindándole aire, luz y caballos.

Le costó algún esfuerzo, pero lo hizo. Cuando Grey apareció nuevamente en el patio del establo para su visita trimestral, Jamie esperó hasta encontrarlo a solas. Grey estaba apoyado en la cerca, admirando un gran alazán castrado. Ambos lo observaron en silencio durante un rato.

—Peón del rey a rey cuatro —dijo Jamie en voz baja, sin mirarlo.

Notó el respingo de Grey y sintió sus ojos clavados en él, pero no volvió la cabeza. Luego oyó el crujir de la madera bajo su brazo.

—Caballo de la reina a alfil de la reina tres —respondió el comandante con voz algo más ronca que de costumbre.

Desde entonces, en cada visita iba a los establos para pasar una velada conversando con Jamie en su tosco banquillo. No tenían tablero de ajedrez y rara vez jugaban verbalmente, pero las conversaciones nocturnas continuaban; eran el único vínculo de Jamie con el mundo exterior a Helwater y un pequeño placer que ambos esperaban con ansiedad.

Además, tenía a Willie. Helwater estaba dedicado a los caballos; antes de que el niño pudiera mantenerse en pie con firmeza, el abuelo lo sentó a lomos de un poni para pasearlo alrededor del prado. A los tres años ya montaba solo... bajo la vigilante mirada de MacKenzie, el mozo de cuadra.

Willie era un niño fuerte, valiente y hermoso. Tenía una sonrisa resplandeciente y encanto de sobra. También estaba muy malcriado. Como noveno conde de Ellesmere y único heredero de ese condado y de Helwater, sin padres que lo mantuvieran a raya, hacía su voluntad con los abuelos, la joven tía y todos los sirvientes de la casa... exceptuando a MacKenzie. Y eso, yendo todavía a gatas. Por el momento, a Jamie le bastaba con la amenaza de no permitirle ayudar en la cuadra para sofocar sus caprichos pero pronto no sería suficiente. MacKenzie, el palafrenero, se preguntaba qué pasaría cuando perdiera la calma y le diera un coscorrón a aquel pequeño diablillo.

Aun así, Willie era su alegría. El chico lo adoraba y pasaba horas enteras en su compañía, montado en los enormes caballos que tiraban del rodillo o en las carretas de heno. Sin embargo, había algo que amenazaba aquella apacible existencia y crecía mes a mes. Irónicamente, el peligro provenía del mismo Willie y no tenía remedio.

—¡Qué hermoso niño! ¡Y qué bien monta! —era lady Grozier quien hablaba desde la galería, junto a lady Dunsany, mientras admiraba las peregrinaciones de Willie por el prado a lomos de su poni.

La abuela rió, observando al pequeño con afecto.

—Oh, sí, adora a su poni. Nos cuesta horrores conseguir que entre a comer. Y está aun más encariñado con su mozo de cuadra.

A veces comentamos que, a fuerza de pasar tanto tiempo con MacKenzie, hasta empieza a parecérsele.

Lady Grozier, que no había prestado ninguna atención al palafrenero echó un vistazo a Mackenzie.

—¡Caramba, tienes razón! —exclamó muy divertida—. Mira: los dos ladean la cabeza de igual modo y tienen la misma caída de hombros. ¡Qué curioso!

Jamie se inclinó respetuosamente ante las damas, pero sintió un sudor frío en la cara. Aun viéndolo venir, no había querido creer que la semejanza fuera visible para los demás.

Una vez que las señoras entraron en la casa, seguro de que nadie lo observaba, Jamie se pasó una mano furtiva por las facciones. ¿Tan grande era el parecido? Willie tenía el pelo de un suave tono castaño y las orejas grandes y traslúcidas... las suyas no sobresalían así.

El problema era que Jamie Fraser llevaba varios años sin verse con claridad. Los mozos de cuadra no tenían espejos y él evitaba el trato con las criadas, que habrían podido proporcionarle uno. Se acercó al abrevadero, como si fuera a inspeccionar las arañas acuáticas, y tragó saliva. El parecido no era completo, pero indudablemente existía. En la postura, en la forma de la cabeza y en los hombros, tal como lady Grozier había observado, pero también en los ojos. Eran los ojos de los Fraser: los de Brian, los de su padre y también los de su hermana Jenny. Si los huesos del niño seguían presionando la piel, si su naricita crecía larga y recta y los pómulos continuaban ensanchándose... cualquiera lo notaría.

Había llegado el momento de hablar con lady Dunsany.

Hacia mediados de septiembre todo estaba dispuesto. John Grey había traído el perdón. Jamie tenía una pequeña cantidad de dinero ahorrado, suficiente para cubrir los gastos del viaje, y lady Dunsany le había dado un caballo decente. Sólo quedaba despedirse de los habitantes de Helwater... y de Willie.

—Mañana me iré —dijo Jamie como de pasada, con la vista clavada en la crin de la yegua baya.

—¿Dónde vas? ¿A Derwentwater? ¿Puedo ir contigo? —William, vizconde de Dunsany, noveno conde de Ellesmere, se descolgó de la pared, aterrizando con un ruido que asustó a la yegua.

—No hagáis eso —señaló Jamie—. ¿No os he dicho que no hagáis ruido cerca de Milly? Es muy asustadiza.

—¿Porqué?

—Vos también seríais asustadizo si yo os estrujara la rodilla. —Disparó una manaza para pellizcar la pierna del niño. Willie lanzó un grito y se echó hacia atrás, riendo.

—¿Puedo montar a Millyflower cuando hayas terminado, Mac?

—No —respondió Jamie con paciencia por duodécima vez—. Os lo he dicho mil veces: es demasiado grande para vos.

—¡Pero yo quiero montarla!

Jamie suspiró sin responder.

—¡He dicho que quiero montar a Milly!

—Ya os he oído.

—¡Bueno, ensíllamela! ¡Ahora mismo!

El noveno conde de Ellesmere había erguido la barbilla pero el desafío de sus ojos se empañó al observar la fría mirada de Jamie. El escocés bajó lentamente el casco de la yegua, se incorporó con la misma lentitud y, desde su metro noventa de estatura, miró al conde, de sólo uno treinta y cinco.

—No —repitió con mucha suavidad.

—¡Sí! —Willie pataleó en el heno—. ¡Tienes que hacer lo que yo mande!

—No tengo que hacerlo.

—¡Claro que sí!

—No, yo... —Jamie apretó los labios y se puso en cuclillas—. Escuchad: yo no tengo que hacer lo que mandéis, porque ya no soy mozo de cuadra. Como os dije: mañana me iré.

Willie palideció de horror; las pecas resaltaban oscuras sobre la clara piel de la nariz.

—¡No! No puedes irte.

—Es preciso.

—¡No! —El pequeño conde apretó los dientes en un gesto heredado de su bisabuelo paterno. Jamie agradeció al cielo que nadie en Helwater hubiera conocido a Simon Fraser—. ¡No te dejaré ir!

—Por una vez en la vida, milord, no tenéis ninguna autoridad sobre el tema —replicó Jamie con firmeza.

—Si te vas... —Willie buscó una amenaza y encontró una muy a mano—. Si te vas —repitió con más seguridad—, gritaré para espantar a todos los caballos.

—Suelta un solo grito, pequeño demonio, y te daré una buena. —Libre ya de su reserva habitual y alarmado por la perspectiva de que aquel malcriado alborotara a los sensibles y valiosos animales, Jamie fulminó al niño con la mirada.

El conde dilató los ojos de ira y se puso rojo. Después de aspirar hondo, empezó a correr por todo el establo mientras chillaba y agitaba los brazos, soltando todas las palabrotas de su variado repertorio.

Millyflower se encabritó, relinchando con fuerza, seguida por las coces y los relinchos del resto de los caballos.

Jamie logró sujetar a Milly y, con bastante esfuerzo, la sacó sin daño para él ni para la yegua. Después de atarla a la cerca, volvió al establo para ocuparse de Willie.

—¡Mierda, mierda, mierda! —estaba gritando el conde—. ¡Joder, puta!

Sin decir palabra, Jamie lo sujetó por el cuello de la camisa y lo llevó en vilo, pataleando y debatiéndose, hasta el banquillo que había estado usando. Allí se sentó, con el conde sobre las rodillas, y le dio cinco o seis azotes en el trasero. Luego levantó bruscamente al niño y lo puso en pie.

—¡Te odio! —El rostro manchado de lágrimas estaba muy rojo; sus puños temblaban de ira.

—¡Bueno, yo tampoco te quiero mucho, pequeño bastardo! —le espetó Jamie.

Willie se irguió en toda su estatura apretando los puños.

—¡No soy ningún bastardo! —chilló—. ¡Retira eso! ¡Nadie puede decirme eso! ¡Retíralo, te digo!

Jamie lo miró con espanto. Eso significaba que corrían rumores y que Willie los conocía. Había retrasado demasiado su partida.

—Lo retiro —dijo suavemente—. No debí usar esa palabra, milord.

Habría querido arrodillarse para abrazar al niño y consolarlo pero ése no era gesto que un mozo de cuadra pudiera tener con un conde, por joven que fuera. Le ardía la palma de la mano izquierda.

Willie, que sabía cómo debe comportarse un conde, estaba haciendo un gran esfuerzo por dominar las lágrimas, sorbiendo ferozmente por las narices y limpiándose la cara con la manga.

—Permitidme, milord. —Jamie se arrodilló para enjugarle la cara con su pañuelo. Willie lo miró con los ojos enrojecidos y melancólicos.

—¿De veras tienes que irte, Mac? —preguntó con voz muy débil.

—Sí, por fuerza. —Miró los ojos de color azul oscuro, tan parecidos a los suyos. De pronto dejó de importarle que fuera correcto o no, o quién pudiera verlos, y estrechó al niño contra su corazón, apretándole la cara contra el hombro para que no viera las lágrimas que derramaba sobre el pelo espeso y suave.

Willie le rodeó el cuello con los brazos y apretó con fuerza, sacudido por los sollozos. Jamie le dio unas palmaditas en la espalda y le alisó el pelo, murmurando palabras gaélicas que, con un poco de suerte, el niño no comprendería.

—Acompáñame a mi cuarto, Willie; quiero darte algo.

Aparte de la cama, el taburete y la bacinilla, tenía una mesita con sus pocos libros, una vela grande y una más pequeña, gruesa y corta, puesta ante una pequeña estatua de la Virgen.

—¿Para qué es la vela pequeña? —preguntó Willie—. La abuelita dice que sólo esos repugnantes papistas encienden velas frente a imágenes paganas.

—Bueno, yo soy un repugnante papista —dijo Jamie con un gesto irónico—. Pero ésta no es una imagen pagana, sino una estatua de la Santa Madre.

—¿De veras? —Por lo visto, la revelación no hacía sino aumentar la fascinación del niño—. ¿Y por qué los papistas encienden velas ante las estatuas?

Jamie se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, es... una manera de orar... y de recordar. Enciendes una vela y dices una oración pensando en tus seres queridos. Y la llama, mientras arde, los recuerda por ti.

—¿En quién piensas tú?

—Oh, en muchas personas. En mi familia de las Tierras Altas: mi hermana y los suyos. En amigos. En mi esposa. —A veces la vela ardía en memoria de una joven temeraria llamada Geneva, pero no lo dijo.

Willie frunció el ceño.

—¡Pero si no tienes esposa!

—No, ahora no. Pero siempre la recuerdo.

El niño alargó el índice para tocar la estatuilla con cautela.

—Yo también quiero ser un repugnante papista —dijo con firmeza.

—¡No puedes! —exclamó Jamie entre regocijado y conmovido por la idea—. Tu abuela y tu tía se pondrían furiosas.

—¡Pero yo quiero serlo! —Las facciones pequeñas y nítidas expresaban decisión—. No diré nada a la abuela ni a tía Isobel. No se lo diré a nadie. ¡Por favor, Mac, déjame! ¡Quiero ser como tú!

Jamie vaciló. De pronto deseaba dejar a su hijo algo más que el caballo que había tallado en madera como regalo de despedida. Trató de recordar lo que el padre McMurtry le había enseñado en la escuela sobre el bautismo; los laicos podían administrarlo en caso de emergencia, a falta de un sacerdote.

Los ojos, parecidos a los suyos, lo observaban grandes y solemnes. Hundió tres dedos en el agua de la jarra y trazó una cruz en la frente del niño.

—Yo te bautizo William James —dijo suavemente—, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Willie parpadeó, bizqueando ante la gota de agua que le rodaba por la nariz. Jamie rió a su pesar al ver que sacaba la lengua para apresarla.

—¿Por qué me has llamado William James? —preguntó con curiosidad—. Mis otros nombres son Clarence Henry George. —Hizo una mueca; Clarence no le gustaba.

Jamie disimuló una sonrisa.

—Cuando te bautizan recibes un nombre nuevo. James es tu nombre papista especial. Yo también me llamo así.

—¿De veras? —Willie estaba encantado—. ¿Ahora soy un repugnante papista, como tú?

—Sí. —Obedeciendo a otro impulso, el escocés hundió la mano bajo el cuello de la camisa—. Toma. Conserva esto también como recuerdo mío. —Y colgó suavemente el rosario de haya al cuello de Willie—. Pero no se lo enseñes a nadie. Y por Dios, no le digas a nadie que eres papista.

—A nadie en el mundo —prometió Willie. Escondió el rosario bajo su camisa y le dio unas palmaditas para asegurarse de que estuviera bien escondido.

—Bien. —Jamie le revolvió el pelo—. Ya es casi la hora del té. Será mejor que vuelvas a casa.

Willie echó a andar hacia la puerta pero se detuvo a medio camino, súbitamente preocupado.

—Me dijiste que conservara esto como recuerdo tuyo. ¡Pero yo no puedo darte nada para que me recuerdes!

Jamie esbozó una sonrisa. Tenía el corazón tan oprimido que no creyó poder hablar, pero se obligó a hacerlo:

—No te aflijas —dijo—. No te olvidaré.

17

Surgen los monstruos

Loch Ness
Agosto de 1968

Brianna parpadeó, apartando un mechón de pelo revuelto por el viento.

—Casi había olvidado cómo era el sol —dijo mirando con los ojos entornados el astro en cuestión, que brillaba con desacostumbrado fulgor en las aguas oscuras del lago Ness.

Su madre se desperezó con placer, disfrutando de la brisa.

—Por no hablar del aire fresco. Me siento como un hongo que hubiera estado creciendo durante semanas en la oscuridad, pálido y fofo.

—¡Bonitas intelectuales seríais las dos! —observó Roger. Pero sonreía.

Los tres estaban muy animados. Tras la ardua búsqueda en los registros de las prisiones, habían tenido un golpe de suerte: los registros de Ardsmuir estaban completos, reunidos en un solo sitio y, en comparación con la mayoría, eran notablemente claros. Ardsmuir había funcionado como cárcel sólo durante quince años; tras su remodelación, utilizando el trabajo de los jacobitas presos, fue convertida en cuartel del ejército y casi todos los prisioneros trasladados a las Colonias de América.

—Aún no me explico por qué no enviaron a Fraser a América, junto con los demás. —Roger temía tener que informar a las Randall que Jamie Fraser había muerto en prisión, hasta que, al volver una página, encontró el traslado de Fraser a un sitio llamado Helwater, en libertad bajo palabra.

—No sé —dijo Claire—, pero me alegro mucho. Es... era —se corrigió de inmediato— terriblemente propenso al mareo.

Roger miró a Brianna con interés.

—¿Tú te mareas en el mar?

Ella sacudió la cabeza.

—No. —Se dio unas palmaditas en la cintura desnuda—. Esto es de hierro.

Roger se echó a reír.

—¿Quieres salir a navegar? Después de todo hoy es fiesta.

—¿De veras? ¿Se puede pescar?

—Por supuesto. En Loch Ness he pescado salmones y anguilas —le aseguró—. Vamos a alquilar un bote en el muelle de Drumnadrochit.

El paseo hasta Drumnadrochit fue un placer. Con uno de los abundantes desayunos de Fiona en las entrañas, el almuerzo en un cesto y Brianna Randall sentada a su lado con la cabellera al viento, Roger se sentía dispuesto a pensar que el mundo funcionaba a la perfección.

Tras descubrir el registro de la libertad vigilada de James Fraser, habían necesitado otras dos semanas de investigación y dos breves viajes al Distrito de los Lagos y a Londres. Fue en la sacrosanta Sala de Lectura del Museo Británico donde Brianna soltó un grito de júbilo que los obligó a retirarse apresuradamente, en medio de una glacial desaprobación: había visto el Acta de Perdón Real, estampada con el sello de Jorge III, fechada en 1764, a nombre de «James Alexander McKenzie Fraser».

—Nos estamos acercando —había dicho Roger—. ¡Estamos muy cerca!

—¿Cerca? —repitió Brianna. Pero la distrajo la aparición del autobús y no insistió en el tema. Sin embargo, Roger había sorprendido la mirada de Claire: ella entendía muy bien de qué se trataba y estaba pensando lo mismo.

Claire había desaparecido en el círculo de piedras de Craigh na Dun en 1945, para reaparecer en

1743. Después de vivir casi tres años con Jamie Fraser, retornó a través de las piedras y se encontró en abril de 1948. Eso podía significar que, si ella estaba dispuesta a intentar el paso una vez más, era probable que llegara veinte años después de su partida, en 1766. Y acababan de localizar a Jamie Fraser, sano y salvo, en 1764. Si él había sobrevivido dos años más y si Roger conseguía hallarlo...

—¡Allí! —exclamó Brianna súbitamente—. «Alquiler de botes.»

Señalaba un letrero que había en la ventana del bar portuario. Roger aparcó y no volvió a pensar en Jamie Fraser.

El lago estaba en calma y la pesca era escasa, pero resultaba agradable estar en el agua, con el sol en la espalda y el aroma a cañas y a pinos calientes que llegaba desde la costa. Ahitos por el almuerzo, todos sintieron sueño. Al poco rato, Brianna dormía acurrucada en la proa, con la chaqueta de Roger por almohada. Claire parpadeaba, sentada a popa, pero se mantenía despierta. Contemplaba las aguas oscuras del lago con la mano a modo de visera. Tal vez estaba alerta al paso de nutrias o troncos flotantes, pero Roger tuvo la sensación de que su mirada iba mucho más allá de los acantilados de la costa opuesta.

—Te gustan los hombres, ¿no? —comentó—. Los hombres altos.

Ella sonrió brevemente, sin mirarlo. —Sólo uno —dijo con suavidad.

—¿Te irás..., si consigo hallarlo? —Dejó los remos en descanso para observarla.

Ella aspiró hondo antes de responder. El viento le había encendido las mejillas y ceñía su camisa blanca, moldeando el busto alto y la cintura estrecha. «Demasiado joven para ser viuda», pensó; «demasiado hermosa para malgastarse.»

—No sé —respondió Claire algo trémula—. La sola idea... Por un lado, reencontrarme con Jamie. Por el otro, volver a... pasar por aquello. —Y cerró los ojos, estremecida, como si viera el círculo de piedras de Craigh na Dun—. Es indescriptible, ¿sabes? Horrible, pero de un modo distinto a otras cosas horribles, de modo que no se puede describir.

Abrió los ojos para sonreírle con ironía.

—Sería como tratar de explicar a un hombre qué se siente al tener un hijo; él puede captar, más o menos, la idea de que es doloroso, pero no está preparado para entender qué se siente en realidad.

Roger gruñó divertido.

—¿Sí? Bueno, hay cierta diferencia, ¿sabes? Lo cierto es que yo oí a esas condenadas piedras. —Se estremeció involuntariamente al recordar la noche en que Gillian Edgars había cruzado aquellas piedras, tres meses atrás. La había revivido varias veces en sus pesadillas, entonces tiró con fuerza de los remos, tratando de borrarla—. Es como si te desgarraran, ¿no? —sugirió mirándola con atención—. Hay algo que tira de ti, rompiendo, arrastrando, y no sólo por fuera, sino también por dentro, como si el cráneo fuera a volar en pedazos en cualquier momento. Y ese ruido espantoso...

Se estremeció otra vez. Claire había palidecido.

—No sabía que las habías escuchado —dijo—. No me lo dijiste.

—No me pareció importante. —La estudió un momento mientras remaba. Luego añadió en voz baja—: Bree también las oyó.

De pronto ella dijo, señalando con la cabeza las aguas negras del lago:

—Está ahí, ¿sabes?

Él abrió la boca para preguntar a qué se refería, pero de inmediato lo comprendió. Como había pasado la mayor parte de su vida cerca del lago Ness, pescando anguilas y salmones, conocía todos los relatos de la «temible bestia» que se contaban en las tabernas de la zona. Tal vez porque la situación era increíble (estar sentado allí, discutiendo tranquilamente si ella debía o no aceptar el inconcebible riesgo de catapultarse hacia un pasado desconocido), de pronto no le pareció sólo posible, sino también seguro que las oscuras aguas del lago ocultaran un misterio de carne y hueso.

—¿Qué es, en tu opinión? —preguntó, tanto por curiosidad como para dar a sus sentimientos el tiempo necesario para asentarse.

—El que yo vi parecía un plesiosauro —dijo Claire con la mirada perdida hacia popa—. Aunque en aquel momento no se me ocurrió tomar nota. —Torció la boca en un gesto que no era del todo sonrisa—. ¿Cuántos círculos de piedra hay? En Gran Bretaña, en Europa. ¿Lo sabes?

—Con exactitud, no. Pero son varios centenares —respondió él con cautela—. ¿Crees que todos...?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —lo interrumpió Claire—. El hecho es que podría ser. Fueron puestos para marcar algo, lo cual significa que podría haber muchos lugares donde sucedió ese algo. ¿Te das cuenta de que ésa sería la explicación?

—¿La explicación de qué? —Roger se sentía desorientado por los rápidos cambios de conversación.

—Del monstruo. ¿Y si hubiera otro lugar de ésos debajo del lago?

—¿Un paso... o túnel... del tiempo? —Roger contempló la estela arremolinada, pasmado ante la idea.

—Eso explicaría muchas cosas. —Había una sonrisa escondida en la comisura de su boca; no había modo de saber si hablaba en serio o no—. Los mejores candidatos a monstruos son seres que se extinguieron hace miles de años. Si existe un túnel del tiempo bajo el lago, quedaría aclarado ese pequeño problema.

—También se explicaría por qué las descripciones suelen diferir —añadió Roger, intrigado por la idea—. Puede tratarse de diferentes animales que cruzan.

—Y se explicaría por qué la bestia (o las bestias) no han sido atrapadas. Y por qué no se las ve con frecuencia. Quizá regresan al otro lado, de modo que no están constantemente en el lago.

—¡Qué idea tan estupenda! —exclamó Roger. Se sonrieron.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella—. No creo que figure en la lista de las teorías populares.

Roger, riendo, atrapó un cangrejo, salpicando a Brianna. Ella se sentó bruscamente, resoplando; luego se acostó otra vez y en pocos segundos respiraba profundamente.

—Anoche se quedó levantada hasta tarde —la defendió Roger—. Estuvo ayudándome a empaquetar los últimos registros para devolverlos a la Universidad de Leeds.

Claire asintió con aire abstraído, observando a su hija.

—Jamie hacía lo mismo —comentó suavemente—. Era capaz de acostarse y dormir en cualquier parte. —Guardó silencio—. El hecho es que cada vez se torna más difícil. Pasar la primera vez fue lo más horrible que me había sucedido en mi vida. Pero volver fue mil veces peor. —Tenía los ojos clavados en el castillo—. Tal vez porque no regresé en el día correcto. Me fui en la Fiesta Maya; cuando volví faltaban dos semanas.

—Gillian también se fue en la Fiesta Maya.

A pesar del calor, Roger sintió un poco de frío; veía nuevamente a aquella mujer, que era a un tiempo su antepasada y su contemporánea, de pie a la luz de una fogata antes de desaparecer para siempre en la grieta de las piedras.

—Eso es lo que decían sus anotaciones: que la puerta está abierta durante los festivales del Sol y del Fuego. Tal vez en los días cercanos sólo está abierta a medias. O quizás ella estaba equivocada por completo. Al fin y al cabo, creía que era necesario un sacrificio humano para que funcionara.

Claire tragó saliva con dificultad. Los restos de Greg Edgars, el esposo de Gillian, habían sido recobrados aquel primer día de mayo empapados en petróleo. El informe policial sólo decía de su esposa: «Huyó sin que se conozca su paradero.»

—¿Serías capaz de bajar, Roger? —preguntó suavemente—. ¿Podrías saltar por la borda, descender hasta que te estallaran los pulmones, sin saber si al otro lado te esperan cosas con dientes y cuerpos enormes?

Roger sintió que se le erizaba el vello de los brazos.

—Pero la pregunta no acaba ahí —añadió sin dejar de contemplar las aguas misteriosas—. ¿Descenderías si Brianna estuviera abajo?

Y se volvió a mirarlo.

Él se pasó la lengua por los labios, irritados por el viento, y echó un vistazo a la muchacha. Luego se volvió hacia la madre.

—Sí, creo que sí.

Ella lo observó un buen rato. Luego asintió sin sonreír:

—Yo también.

QUINTA PARTE

No puedes volver a casa

18

Raíces

Septiembre de 1968

La mujer sentada a mi lado debía pesar unos ciento cincuenta kilos. La cadera, el muslo y el brazo regordete, calientes y húmedos, se apretaban desagradablemente contra mí. No había manera de escapar: al otro lado me aprisionaba la curva del fuselaje del avión. Levanté un brazo para encender la luz de lectura, a fin de consultar mi reloj. Eran las diez y media, hora de Londres; faltaban al menos seis horas más para aterrizar en Nueva York.

Con un suspiro de resignación, hurgué en el bolsillo del asiento, buscando la novela romántica a medio leer, pero mi atención escapaba del libro, tanto para volver a Roger y a Brianna, a quienes había dejado en Edimburgo dedicados a la búsqueda, o como para ir hacia delante, a lo que me esperaba en Boston.

Parte del problema era no saber con certeza qué me esperaba allí. Me había visto obligada a regresar; mis vacaciones habían terminado hacía tiempo y también las diversas prórrogas. Tenía asuntos que atender en el hospital, cuentas por pagar, el mantenimiento de la casa, amigos a los que llamar...

Uno en especial: Joseph Abernathy había sido mi amigo más íntimo desde nuestros tiempos de estudiantes. Antes de tomar una decisión final, probablemente irrevocable, quería discutirla con él. Cerré el libro en mi regazo para seguir con un dedo las extravagantes curvas del título. Entre otras cosas, debía a Joe mi gusto por las novelas románticas.

Conocía a Joe desde los comienzos de mis prácticas profesionales. Ambos nos destacábamos entre los otros internos del Boston General. Yo era la única mujer entre los médicos en ciernes; Joe, el único negro.

Aquel día había practicado mi primera apendicetomía sin ayuda. Aunque todo había salido bien y no había motivos para esperar complicaciones postoperatorias, sentía una especie de extraña posesividad con respecto al paciente y no quería irme a casa mientras él no hubiera despertado. Al terminar mi turno, me cambié de ropa y fui a la sala de descanso para médicos.

La sala no estaba desierta. Joseph Abernathy, sentado en un sillón, parecía absorto en una revista. Buscando alguna distracción, eché un vistazo a varias publicaciones médicas atrasadas y a unos folletos de los Testigos de Jehová. Por fin escogí una maltrecha novela. No tenía cubierta pero en la primera página se leía: «El pirata impetuoso. Una sensual y apasionante historia de amor, tan ilimitada como la Costa Caribeña.» Conque la Costa Caribeña, ¿eh? Si lo que deseaba era distraerme, no hallaría nada mejor. El libro se abrió automáticamente en la página 42.

Con aire de imperiosa posesión, Valdez rodeó con un brazo la cintura de Tessa.

—Olvidáis, señorita —murmuró junto al sensible lóbulo de su oreja—, que sois botín de guerra. Y el capitán de un barco pirata tiene prioridad para escoger su parte del botín.

Sus labios le rozaron el pecho. Su aliento ardoroso, murmurando frases tranquilizadoras, la dejó sin resistencia. Se relajó, separando los muslos. Moviéndose con infinita lentitud, la vara henchida del pirata hizo a un lado la membrana de su inocencia.

Lancé una exclamación. El libro se deslizó al suelo, cayendo a los pies del doctor Abernathy.

—Disculpe —murmuré. Y me incliné para recuperarlo con la cara en llamas. Sin embargo, al incorporarme con El pirata impetuoso en mis manos sudorosas, vi que él, lejos de conservar su austero semblante habitual, sonreía de oreja a oreja.

—Déjeme adivinar —pidió—. ¿Valdez acaba de hacer a un lado la membrana de su inocencia?

—Sí. —Sin poder evitarlo, estallé en una risita estúpida—. ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, estaba cerca del principio. Tenía que ser eso o lo de la página 73, donde él lame con lengua hambrienta sus montículos rosados.

—¿Qué?

—Véalo con sus propios ojos. —Me puso el libro en las manos, señalando una página.

—¡No me diga que usted ha leído esto! —acusé, arrancando la mirada de Tessa y Valdez.

—Claro que sí —dijo más sonriente que nunca. Tenía una muela de oro—. Dos o tres veces. No es de las mejores, pero no está mal.

—¿De las mejores? ¿Hay más como ésta?

—Por supuesto. Las mejores son las que no tienen cubierta.

—¡ Y yo convencida de que usted sólo leía revistas de medicina!

—Caramba, me paso treinta y seis horas metido hasta los codos en las tripas de la gente. ¿Quiere que venga a leer «Avances en la extirpación del peritoneo»? No, por favor. Prefiero navegar con Valdez por la Costa Caribeña. —Me miró con interés—. Yo tampoco la creía capaz de leer algo que no fuera el Semanario de medicina. Las apariencias engañan, ¿verdad, lady Jane?

—Parece que sí —repliqué secamente—. ¿Qué es eso de «lady Jane»?

—Una ocurrencia de Hoechstein —respondió echándose hacia atrás, con los dedos entrelazados alrededor de una rodilla—. Con esa voz y ese acento, se diría que acaba de tomar el té con la reina. Por su modo de hablar, parece decidida a salirse con la suya o, al menos, a saber por qué no lo consiguió. ¿Dónde aprendió eso?

—En la guerra —dije sonriendo ante su descripción.

Enarcó las cejas. —¿La de Corea?

—No. Fui enfermera de combate en Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Allí había muchas enfermeras cabos capaces de convertir en jalea a los médicos con una sola mirada.

Más adelante había tenido ocasión de practicar; ese aire de autoridad inviolable, por fingido que fuera, me sirvió de mucho contra gente mucho más poderosa que el personal de enfermería y los internos de aquel hospital.

Él asintió, atento a mi explicación.

—Sí, entiendo. Yo usaba lo de Walter Cronkite.

—¿Walter Cronkite? —Lo miré con los ojos muy abiertos.

Volvió a sonreír, mostrando su muela de oro.

—¿Se le ocurre alguien mejor? Lo veía por televisión todas las noches. Mi madre quería que yo fuera predicador.

Joe Abernathy me gustaba cada vez más.

—Espero que no se haya desilusionado al enterarse de que usted iba a estudiar medicina.

—A decir verdad, no lo sé —confesó sin dejar de sonreír—. Cuando se lo dije, me miró durante un minuto; luego soltó un gran suspiro y dijo: «Bueno, al menos los remedios para el reumatismo me saldrán más baratos.»

Reí con ironía.

—Mi esposo se mostró aún menos entusiasmado cuando le dije que iba a estudiar medicina. Me miró fijamente y por fin me sugirió que, si estaba aburrida, podía ofrecerme como voluntaria para escribir las cartas de los internos del asilo.

—Sí, así es la gente. «¿Qué hace usted aquí, jovencita, en vez de estar en su casa, ocupándose de su marido y de su hija?» —imitó con una sonrisa irónica. Luego me dio una palmadita en la mano—. No se preocupe. Tarde o temprano renuncian. A mí ya casi nadie me pregunta a la cara por qué no estoy limpiando los baños, si para eso me creó Dios.

En aquel momento entró la enfermera para anunciar que mi apéndice había despertado. Pero la amistad iniciada en la página 42 floreció hasta tal punto que Joe Abernathy acabó siendo uno de mis mejores amigos; posiblemente, la única persona cercana a mí que entendía de verdad qué hacía yo y por qué.

• • •

Cerré los ojos. Atrás, en Escocia, Roger y Bree seguían buscando a Jamie. Delante, en Boston, me esperaban mi trabajo y Joe. ¿Y Jamie? Traté de apartar la idea, decidida a no pensar en él hasta que hubiera tomado la decisión.

Algo me agitó el pelo y un mechón me rozó la mejilla, ligero como los dedos de un amante. Pero debía de ser sólo el aire acondicionado. Y era mi imaginación la que mezclaba súbitamente, a los olores rancios de perfume y cigarrillos, un aroma de lana y brezales.

19

Para conjurar a un fantasma

Estaba por fin en casa, en la casa de la calle Furey, donde había vivido con Frank y Brianna casi veinte años. Las azaleas de la puerta no estaban del todo secas pero sus hojas pendían en manojos polvorientos; una gruesa capa de hojas marchitas yacía en la tierra resquebrajada.

No me gustaban mucho las azaleas. Habría podido quitarlas hacía tiempo, pero tras la muerte de Frank me resistí a alterar ningún detalle de la casa, pensando en Brianna. Demasiado era ya ingresar en la universidad y que se le hubiera muerto el padre, todo en un mismo año. Yo llevaba mucho tiempo sin prestar atención a la casa; podía continuar haciéndolo.

—¡Está bien! —dije con fastidio a las azaleas, mientras cerraba el grifo de la manguera—. Espero que estéis contentas porque eso será todo. Yo también necesito una copa. Y un baño —añadí al ver las hojas manchadas de barro.

Me senté en el borde de la bañera, en bata, agitando las burbujas. El agua estaba casi demasiado caliente.

Sabía perfectamente bien lo que estaba haciendo desde que subiera al avión en Inverness. Me estaba poniendo a prueba.

Había estado tomando cuidadosa nota de todas las máquinas y artefactos de la vida moderna y (eso era lo más importante) de mi reacción ante ellas. El tren a Edimburgo, el avión a Boston, el taxi desde el aeropuerto y tantos otros lujos mecánicos: las máquinas expendedoras, el alumbrado público, los lavabos. Los restaurantes, donde un certificado del Departamento de Salud te garantizaba la posibilidad de librarte de un botulismo si comías allí. Y dentro de mi propia casa, los omnipresentes botones que proveían de luz, calor, agua y comida cocinada.

La cuestión era: ¿Me importaba todo eso? ¿Podía vivir sin todas las «comodidades», grandes y pequeñas, a las que estaba habituada? Eso era lo que me preguntaba con cada toque de botón, cada rugir de motores, y estaba segura de que la respuesta era afirmativa. Nunca me había importado mucho todo eso. Desde la muerte de mis padres, cuando yo tenía cinco años, viví con mi tío Lamb, arqueólogo eminente al que acompañaba en sus expediciones. Por lo tanto, me había criado en condiciones que se podrían tildar de «primitivas».

El agua ya estaba lo suficientemente tibia para ser tolerable. Dejé caer la bata al suelo y me sumergí con un agradable estremecimiento. Pero las comodidades eran sólo eso: nada esencial, nada de lo que no pudiera prescindir. Claro que no sólo las comodidades estaban en cuestión. El pasado era un país peligroso. Pero ni siquiera los avances de la supuesta civilización bastaban para garantizar la seguridad. Yo había sobrevivido a dos grandes guerras «modernas» (y en la segunda, sirviendo en los campos de batalla) y todas las noches podía ver por televisión cómo se iba formando la siguiente.

Retiré el tapón del desagüe con los dedos, suspirando. De nada servía pensar en cosas tan impersonales como bañeras, bombas y violadores. El agua corriente era sólo una distracción sin importancia. El verdadero problema estaba en las personas involucradas: Brianna, Jamie y yo.

Algo más reconfortada, me puse el camisón y me dediqué a preparar la casa para acostarme. No tenía gato que sacar ni perro que alimentar; Bozo, el último de nuestros perros, había muerto de viejo el año anterior.

Graduar el termostato, verificar las cerraduras de puertas y ventanas, comprobar que la cocina estuviera apagada. Eso era todo. Durante quince años, mi ruta nocturna había incluido una parada en el cuarto de Brianna, pero eso terminó cuando entró en la universidad.

Movida por la costumbre, abrí la puerta de su cuarto y encendí la luz. Hay quienes tienen debilidad por los objetos y quienes no la tienen. Bree la tenía; prácticamente no había un centímetro de pared visible entre los carteles, las fotografías, las flores secas, los trozos de tela teñida, los diplomas enmarcados y otros obstáculos.

Yo no tenía pasión por los objetos. No sentía necesidad de adquirir ni de decorar; antes de que Brianna tuviera edad suficiente para colaborar, Frank solía quejarse de que nuestro mobiliario era espartano. Jamie era igual. Tenía unos cuantos objetos que llevaba siempre en su zurrón, como talismanes o porque le resultaban útiles; por lo demás, nunca había poseído nada ni se interesaba por las cosas.

Aun así resultaba extraño que Brianna se pareciera tanto a sus dos padres, tan distintos entre sí. Di silenciosamente las buenas noches al fantasma de mi hija ausente y apagué la luz.

La imagen de Frank me acompañó al dormitorio. La gran cama de dos plazas, intacta bajo el cubrecama de satén azul oscuro, me lo trajo a la mente con súbita nitidez, como no lo recordaba desde hacía muchos meses.

Quizá fuera la posibilidad de la partida inminente lo que me hacía pensar ahora en él. Ese cuarto, esa cama, donde yo le había dicho adiós por última vez.

—¿No puedes venir a la cama, Claire? Es más de medianoche.

Frank me miraba por encima de su libro. Ya estaba acostado y leía con el volumen sobre las rodillas. En el suave haz de luz del velador, parecía flotar en una cálida burbuja, serenamente aislado de la fría oscuridad que llenaba el resto de la habitación. Corrían los primeros días de enero y, pese a los grandes esfuerzos de la caldera, por la noche el único sitio realmente caliente era la cama, bajo mantas pesadas.

Me levanté de la silla, sonriéndole, y dejé caer la gruesa bata de lana.

—¿No te dejo dormir? Disculpa. Estaba reviviendo la operación de esta mañana.

—Sí, ya lo sé —afirmó secamente—. Me doy cuenta con sólo mirarte. Los ojos se te ponen vidriosos y te quedas boquiabierta.

—Disculpa —repetí imitando su tono—. No soy responsable de lo que haga mi cara mientras yo pienso.

—¿ Y de qué te sirve pensar? —preguntó poniendo una señal en el libro—. Ya has hecho lo que podías; afligirte ahora no cambia nada... Oh, bueno. —Se encogió de hombros, irritado, y cerró el libro—. No es la primera vez que te lo digo.

—No —confirmé brevemente.

Me metí en la cama, temblando un poco, y me envolví bien las piernas en el camisón. Frank se acercó automáticamente. Nos acurrucamos juntos, sumando el calor contra el frío.

—Estaba pensando... —la voz de Frank surgió de la oscuridad con excesiva indiferencia.

—¿Hum? —Yo seguía absorta en el repaso de la operación pero me esforcé por regresar al presente—. ¿En qué?

—En mi licencia sabática. —El permiso de la universidad se iniciaría dentro de un mes. Él había planeado hacer una serie de viajes breves por el nordeste de EE. UU. reuniendo material; luego pasaría seis meses en Inglaterra y regresaría a Boston para dedicarse a escribir durante los tres últimos meses de licencia—. Me gustaría ir directamente a Inglaterra —dijo cauteloso.

—Bueno, ¿por qué no? El clima será horrible, pero si vas a pasar la mayor parte del tiempo en bibliotecas...

—Quiero llevarme a Brianna.

Me quedé helada.

—Pero ella no puede viajar; le falta un semestre para la graduación. ¿No puedes esperar al verano para que nos reunamos contigo? He solicitado unas largas vacaciones para esas fechas y...

—Me voy ahora. Para siempre. Sin ti.

Me incorporé y encendí la luz.

—¿Por qué ahora, tan de repente? La nueva te está presionando, ¿no?

La expresión de alarma que le destelló en los ojos era tan pronunciada que resultó cómica. Me eché a reír con una perceptible falta de humor.

—¿Creías que yo no sabía nada? ¡Por Dios, Frank! ¡Cuánta inconsciencia!

Él se sentó en la cama con la mandíbula tensa.

—Creía haber sido muy discreto.

—Puede ser —reconocí con sorna—. He contado seis en los diez últimos años. Si fueron diez o doce, has sido realmente un modelo de discreción.

Era raro que su cara expresara mucha emoción, pero cierta palidez me indicó que estaba furioso.

—Ésta debe ser algo especial —comenté con fingida desenvoltura, apoyándome en la cabecera de la cama con los brazos cruzados—. Aun así, ¿a qué tanta prisa por irte a Inglaterra? ¿ Y por qué quieres llevarte a Bree?

—Puede cursar el último semestre en un internado. Para ella será una nueva experiencia.

—No creo que le interese —observé—. No querrá separarse de sus amigos justo ahora, antes de la graduación. ¡Y mucho menos para ir a un internado inglés!

—Un poco de disciplina no le sienta mal a nadie —dijo Frank. Había recobrado su talante habitual pero las líneas de su cara seguían tensas—. A ti te habría venido bien. —Movió una mano como para descartar el tema—. Dejémoslo así. De cualquier modo, he decidido volver definitivamente a Inglaterra. Me han ofrecido un buen puesto en Cambridge y voy a aceptarlo. Tú no querrás abandonar el hospital, por supuesto. Pero no pienso irme sin mi hija.

—¿ Tu hija ? —Momentáneamente me sentí incapaz de hablar. Conque él tenía un nuevo puesto preparado y una nueva amante que lo acompañara. Debía de llevar algún tiempo planificándolo. Una vida nueva... pero no con Brianna.

—Mi hija —repitió tranquilamente—. Puedes venir a visitarla cuando quieras, por supuesto.

—¡Grandísimo... cretino! —pronuncié.

—Sé razonable, Claire. —Me miró con la nariz levantada—. Casi nunca estás en casa. Si yo me voy no habrá quien cuide de Bree como es debido.

—Hablas como si tuviera ocho años. Y va a cumplir dieciocho. ¡Ya es casi una mujer, por Dios!

—Por eso mismo necesita que la cuiden y la vigilen —me espetó—. Si hubieras visto lo que he visto yo en la universidad... cómo beben, cómo se drogan...

—Lo veo —dije entre dientes—. Muy de cerca, en la sala de Urgencias. Pero Bree no corre peligro de...

—¡Por supuesto que sí! Las chicas de esa edad no tienen cabeza. Se irá con el primer tipo que...

—¡No seas idiota! Bree es muy sensata. Además, la gente joven tiene que experimentar; así es como se aprende. No puedes tenerla entre algodones toda la vida.

—Mejor entre algodones que revolcándose con un negro —contraatacó. En los pómulos le apareció una leve mancha roja—. De tal palo, tal astilla, ¿no? ¡Pero las cosas no serán así, maldita sea, mientras yo tenga algo que ver con esto!

Salté de la cama echándole una mirada furiosa. Temblaba de ira; tuve que apretar los puños para no pegarle.

—¡Asqueroso! ¡Tienes el tremendo descaro de venir a decirme que vas a vivir con la última de toda una serie de amantes! ¿Y luego te atreves a insinuar que me acuesto con Joe Abernathy? ¿Es eso lo que quieres decir?

Tuvo la decencia de bajar la vista.

—Es lo que piensa todo el mundo —murmuró—. .Estás siempre con ese hombre. Por lo que a Bree concierne, es lo mismo. Arrastrarla a... situaciones peligrosas y... y con ese tipo de gente...

—Supongo que te refieres a gente negra, ¿no?

—Por supuesto que sí —replicó mirándome con un relampagueo en los ojos—. Bastante malo es tener que ver a los Abernathy en las fiestas. ¡Pero esa persona obesa que me presentaron en su casa, llena de tatuajes tribales y barro en el pelo! ¡Y esa repulsiva lagartija de salón, de voz tan untuosa! Y al

chico de los Abernathy le ha dado por rondar a Bree noche y día; la lleva a marchas, a manifestaciones y a orgias en tugurios miserables...

—No creo que haya tugurios de buen tono —comenté reprimiendo un indecoroso impulso de reír ante la descripción cruel, pero correcta, que Frank hacía de los amigos más excéntricos de Leonard Abernathy—. ¿Sabías que Lenny se hace llamar Muhammad Ishmael Shabazz ?

—Sí, me lo dijo —confirmó secamente—. Y no voy a correr el riesgo de que mi hija se convierta en la señora Shabazz.

—No creo que Bree tenga ese tipo de interés por Lenny —aseguré luchando por contener mi irritación.

—Tampoco se lo voy a permitir. Me la llevo a Inglaterra.

—No te la llevas, a menos que ella quiera ir —dije con gran seguridad.

Probablemente porque se sentía en desventaja, Frank salió de la cama y buscó a tientas sus pantuflas.

—No necesito tu permiso para llevarme a mi hija a Inglaterra —observó—. Y Bree aún es menor de edad; irá donde yo diga. Te agradecería que buscaras su historia clínica. En la nueva escuela la necesitarán.

—¿Tu hija? —repetí. Percibía vagamente el frío de la habitación, pero estaba tan irritada que me sentía acalorada—. ¡Bree es hija mía y no vas a llevártela a ninguna parte!

—No puedes impedirlo —señaló con enfurecedora serenidad, recogiendo su bata.

—¿ Que no ? ¿ Quieres divorciarte de mí? Perfecto. Aduce las causas que quieras... salvo la de adulterio, que no podrás probar porque no existe. Pero si tratas de llevarte a Bree seré yo la que diga una o dos cosas sobre el adulterio. ¿ Quieres saber cuántas de tus amantes desechadas han venido a pedirme que renunciara a ti?

La sorpresa lo dejó boquiabierto.

—A todas les dije que renunciaría a ti al momento si me lo pedías —continué—. Realmente me extrañaba que nunca lo hubieras hecho. Pero supuse que era por Brianna.

—Bueno —replicó, pálido, en un triste intento de recobrar su aplomo habitual—, no sé por qué pensé que te molestaría. Al fin y al cabo, nunca hiciste nada por impedírmelo.

—¿Impedírtelo? ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Abrir tu correspondencia al vapor y plantarte las cartas en la nariz? ¿Armar un escándalo en la fiesta de Navidad de los profesores? ¿Quejarme al decano?

Él apretó los labios.

—Podrías haberte comportado como si te importara —sugirió en voz baja.

—Me importaba —mi voz sonó ahogada.

Sacudió la cabeza sin dejar de mirarme, oscuros los ojos a la luz de la lámpara.

—Pero no lo suficiente. A veces me preguntaba si tenía derecho a criticarte —añadió pensativo—. Bree se parece a él, ¿no? ¿ Era parecido a ella ?

—Sí.

Soltó el aliento con fuerza, casi en un resoplido.

—Se te veía en la cara cuando la mirabas. Me daba cuenta de que estabas pensando en él. Maldita seas, Claire Beauchamp —murmuró—. Maldita sea tu cara, que no sabe disimular nada de lo que piensas o sientes.

Guardamos silencio.

—Yo te amaba —dije por fin suavemente—. En otros tiempos.

—En otros tiempos. ¿Tengo que darte las gracias?

—Te lo dije —recordé—. Pero como no quisiste dejarme... Lo intenté, Frank.

Lo que percibió en mi voz, fuera lo que fuese, lo detuvo por un momento.

—Lo intenté—repetí con mucha suavidad.

—Al principio no podía dejarte... embarazada, sola. Había que ser muy canalla para eso. Y después... Bree. —Miró a ciegas el lápiz de labios que tenía en una mano; luego lo depositó en el vidrio de la mesa—. No podía renunciar a ella. —Se volvió a mirarme; sus ojos parecían agujeros en la cara

ensombrecida—. ¿Sabías que no puedo tener hijos? Hace algunos años me... me hice unos análisis. Soy estéril. ¿Lo sabías?

Sacudí la cabeza sin atreverme a hablar.

—Bree es mía, es mi hija —afirmó—. Es la única hija queja-más tendré. No podía renunciar a ella. —Soltó una risa breve—. No podía renunciar a ella pero tú no podías mirarla sin pensar en él, ¿cierto? Sin ese recordatorio constante... ¿lo habrías olvidado con el tiempo?

—No. —Mi susurro pareció recorrerlo como una descarga eléctrica. Por un momento permaneció petrificado. Luego, girando bruscamente hacia el ropero, comenzó a ponerse la ropa encima del pijama.

Un momento después oí que cerraba la puerta de la calle (tuvo la suficiente presencia de ánimo para no golpearla) y luego el ruido de un motor frío que arrancaba de mala gana.

Frank no regresó. Traté de dormir pero estaba rígida en la cama fría reviviendo mentalmente la discusión, alerta al crujir de las ruedas en el camino de entrada. Por fin me vestí para salir yo también, dejando una nota para Bree.

Aunque el hospital no me había llamado, decidí ir a echar un vistazo a mi paciente; eso era mejor que dar vueltas y vueltas toda la noche. Además, francamente, no me habría molestado que Frank, a su regreso, no me encontrara en casa.

Las calles estaban muy resbaladizas; el hielo centelleaba a la luz de las farolas. El único consuelo era estar completamente sola en la calle, a las cuatro de la mañana.

Dentro del hospital me envolvió el acostumbrado olor, cálido y viciado como una manta de familiaridad, dejando fuera la noche negra.

—Está bien —me dijo en voz baja la enfermera—. Todas las señales vitales se mantienen estables y no hay hemorragia.

Dejé escapar el aliento que había estado conteniendo sin darme cuenta.

—Me alegro —dije—. Me alegro mucho.

De pronto, el ambiente del hospital parecía mi único refugio. No tenía sentido volver a casa. Visité rápidamente a mis otros pacientes y bajé a la cafetería.

Fue quizá media hora después: una de las enfermeras de Urgencias cruzó las puertas de vaivén y se detuvo en seco al verme. Luego se acercó muy lentamente.

Lo supe de inmediato; había visto tantas veces a médicos y enfermeras dar la noticia de una muerte, que no podía confundir las señales. Con mucha calma, tratando de no sentir absolutamente nada, dejé la taza casi llena.

—... Dijo que usted estaba aquí. Identificación en su cartera... la policía... nieve sobre hielo, un patinazo... Ya estaba muerto cuando llegó.

La enfermera seguía hablando, balbuceante, mientras yo recorría a grandes pasos los pasillos iluminados sin mirarla. Veía las caras de las enfermeras que giraban hacia mí a cámara lenta, sin saber nada, pero adivinando a la primera mirada que había sucedido algo definitivo.

Lo tenían en una camilla de la sala de Urgencias: un espacio desnudo y anónimo. Vi una ambulancia fuera, tal vez la misma que lo había traído. Las puertas dobles del pasillo estaban abiertas a un amanecer glacial. La luz roja de la ambulancia palpitaba como una arteria, bañando de sangre el corredor.

Lo toqué. Su carne estaba inerte al tacto, en contraste con su aspecto de vida, como ocurre con los que acaban de morir. Cerré los ojos para borrar la turbadora imagen de aquel perfil inmóvil, que pasaba del rojo al blanco, del blanco al rojo, a la luz que entraba por las puertas abiertas.

—Frank —dije suavemente al aire inquieto—, si todavía estás cerca y puedes oírme... es cierto que te amé. En otros tiempos. Te amé.

Un momento después entró Joe, ansioso, abriéndose paso por el corredor atestado. Venía directamente desde el quirófano; tenía una salpicadura de sangre en el cristal de las gafas y una mancha en el torso.

—Claire —dijo—. ¡Dios mío, Claire!

Entonces me eché a temblar. En aquellos diez años él siempre me había llamado «Jane» o «Lady». Aquello tenía que ser verdad para que él usara mi verdadero nombre. Me vi la mano, asombrosamente blanca en el puño oscuro de Joe; luego, roja a la luz palpitante. Por fin giré hacia él, que era sólido como un tronco de árbol. Apoyé la cabeza en su hombro y, por primera vez, lloré por Frank

Apoyé la cara en la ventana del dormitorio, en la casa de la calle Furey. Con los ojos empañados, recordaba el anónimo gentío del corredor y los destellos rojos de la ambulancia, que barrían el silencioso cubículo mientras yo lloraba por Frank.

Volví a llorar por él, por última vez, aun reconociendo que nos habíamos separado más de veinte años atrás, en la cima de una verde colina escocesa.

Terminadas las lágrimas, apoyé una mano en el suave cubrecama azul, redondeado sobre la almohada de la izquierda: el lado de Frank.

—Adiós, querido mío —susurré.

Y fui a dormir abajo, lejos de los fantasmas.

Por la mañana, me despertó el timbre de la puerta en mi improvisado lecho del sofá.

—Telegrama, señora —dijo el mensajero tratando de no mirar mi camisón.

Aquellos pequeños sobres amarillos debían de haber causado más ataques cardíacos que cualquier otra cosa, aparte del tocino en el desayuno. Mi propio corazón se encogió como un puño; luego continuó latiendo de un modo pesado e incómodo. Me temblaron los dedos al abrirlo.

Era un breve mensaje. «Por supuesto», pensé absurdamente: «los escoceses son avaros con las palabras».

LO ENCONTRAMOS. STOP. VUELVE SI PUEDES. STOP. ROGER.

Doblé cuidadosamente el telegrama y volví a guardarlo en su sobre. Pasé largo rato sentada, contemplándolo. Por fin me levanté para vestirme.

20

Diagnóstico

Joe Abernathy, sentado ante su escritorio, miraba con el entrecejo fruncido el pequeño rectángulo de cartulina que tenía en las manos.

—¿Qué es eso? —pregunté sentándome sin ceremonias en el borde del escritorio.

—Una tarjeta de visita. —Me la entregó, divertido e irritado a un tiempo.

Era gris, de material costoso, impresa con caracteres elegantes. Muhammad Ishmael Shabazz III, decía la línea central; abajo, dirección y número de teléfono.

—¿Lenny? —pregunté riendo—. ¿Muhammad Ishmael Shabazz... Tercero?

—Ajá. —La diversión parecía estar imponiéndose. La muela de oro centelleó—. Dice que no va a aceptar un nombre de blanco, un nombre de esclavo. Quiere reclamar su herencia africana. «De acuerdo —le digo—, ¿y después qué? ¿Piensas andar por ahí con un hueso atravesado en la nariz?» No le basta con tener el pelo hasta aquí, no. Pero con un chico de esa edad no se puede hablar.

—Cierto. Pero ¿de dónde salió eso de «tercero»?

—Bueno, estuvo hablando de su tradición perdida, de la historia que le falta y todo eso. «¿Cómo voy a mantener la cabeza en alto en Yale? —me dice—, entre todos esos tipos que se llaman Cadwallader IV y Sewell Lodge Hijo, sin conocer siquiera el nombre de mi abuelo, sin saber de dónde vengo?» —Joe bufó—. «Si quieres saber de dónde vienes, muchacho —le digo—, mírate en el espejo. Del Mayflower no fue, ¿verdad?» Así que ha decidido recuperar su herencia hasta el fin. Si su abuelo no le dio un apellido, será él quien dé un apellido a su abuelo.

Me miró con una ceja enarcada y añadió:

—El problema es que eso me deja en el medio. Ahora tengo que ser Muhammad Ishmael Shabazz Hijo, para que Lenny pueda estar orgulloso de su estirpe afroamericana. Tú sí que tienes suerte, lady Jane. Al menos, Bree no te amarga la vida preguntando quién fue su abuelo. Tu única preocupación es que se aficione a la droga o se deje embarazar por cualquier irresponsable que se fugue luego al Canadá.

Me eché a reír con ironía.

—Eso es lo que tú crees.

—Bueno, ¿y cómo estaba Escocia? —preguntó—. ¿A Bree le gustó?

—Todavía está allí. Buscando su propia historia.

Joe estaba abriendo la boca para decir algo pero lo interrumpió un toque vacilante en la puerta.

—¿Doctor Abernathy? —Un joven regordete asomó dubitativamente la cabeza por encima de una gran caja de cartón.

—Ishmael, para los amigos —dijo Joe.

—¿Qué? —El joven se quedó boquiabierto. Luego me miró con desconcierto y un poco de esperanza—. ¿Usted es el doctor... la doctora Abernathy?

—No —repliqué—; el doctor es él, cuando se lo propone. —Me levanté del escritorio, alisándome la falda—. Te dejo atender tus compromisos, Joe, pero si tienes tiempo más tarde...

—Quédate un minuto, lady Jane —interrumpió levantándose. Se hizo cargo de la caja que traía el joven y le estrechó formalmente la mano—. Usted debe de ser el señor Thompson. Encantado de conocerlo.

—Horace Thompson, sí —confirmó el joven parpadeando—. Le traje un... eh... un espécimen. —Señaló vagamente la caja.

—Sí, está bien. Será un placer echarle un vistazo pero creo que la doctora Randall, aquí presente, también podría colaborar. —Me echó un vistazo con un destello travieso en los ojos—. Sólo quiero ver si puedes hacerlo con una persona muerta, lady Jane.

—¿Hacer qué con un muerto? —inquirí.

Él metió la mano en la caja y sacó cuidadosamente un cráneo.

—Oh, qué bonito —dijo encantado, haciéndolo girar de un lado a otro—. Una bonita señora —añadió dirigiéndose tanto al espécimen como a mí o a Horace Thompson—. Bien desarrollada, madura. Tenía entre cincuenta y cincuenta y cinco años. ¿Trajo las piernas? —preguntó, girando bruscamente hacia el joven regordete.

—Sí, aquí están. En realidad, tenemos todo el esqueleto. —Probablemente trabajaba para el médico forense, que a veces pedía asesoramiento a Joe.

—A ver, doctora Randall. —Joe me puso el cráneo en las manos—. Dime si esta dama gozaba de buena salud mientras yo reviso las piernas.

—¿Yo? No soy especialista forense.

De cualquier modo, hice girar lentamente el cráneo en las manos, observando los huesos. Luego me lo apoyé en el vientre, cerré los ojos y experimenté una tristeza fugaz y una vaga sensación de... ¿sorpresa?

—La mataron —dije—. No quería morir.

Al abrir los ojos vi que Horace Thompson me miraba con los ojos muy abiertos en la cara pálida. Le devolví el cráneo con mucha timidez, preguntando:

—¿Dónde la encontraron?

El señor Thompson intercambió una mirada con Joe; luego se volvió hacia mí con las cejas todavía enarcadas.

—En una cueva del Caribe —dijo—. Estaba rodeada de artefactos. Creemos que puede tener entre ciento cincuenta y doscientos años.

—¿Cómo?

Joe sonreía de oreja a oreja, disfrutando de la broma.

—Nuestro amigo, el señor Thompson, es del Departamento de Antropología de Harvard —aclaró—. Su amigo Wicklow, que me conoce, me pidió que echara un vistazo a este esqueleto para decirles lo que pudiera sobre él.

—¡Qué descaro el tuyo! —me indigné. Supuse que sería algún cadáver no identificado que te enviaba el forense.

—Bueno, no está identificada —señaló Joe—. Y lo más probable es que continúe así. —Escarbó como un terrier dentro de la caja, cuya etiqueta decía: MAÍZ TIERNO PICT—. A ver qué tenemos aquí.

Y sacó cuidadosamente una bolsa de plástico llena de vértebras, que empezó a alinear hábilmente, canturreando. Por fin exclamó, triunfal:

—Y ahora ¡escuchad la palabra del Señor! Por Dios, lady Jane, eres un genio. Mira esto.

Horace Thompson y yo nos inclinamos, obedientes, sobre la hilera de vértebras. El ancho cuerpo del axis tenía un profundo canal; la apófisis posterior se había desprendido y la fractura atravesaba completamente el centro del hueso.

—¿Se rompió el cuello? —preguntó Thompson con interés.

—Sí, pero creo que hay más. —Joe movió el dedo por la línea de la fractura—. Mire esto. El hueso no está simplemente roto: aquí ha desaparecido por completo. Alguien trató de degollar a esta dama. Con una hoja sin filo —concluyó con deleite.

Horace Thompson me miraba con cara extraña.

—¿Cómo supo usted que la habían matado, doctora Randall? —preguntó.

Sentí que la sangre me subía a la cara.

—No lo sé —dije—. Me..., lo sentí.

—¿De veras? —Parpadeó unas cuantas veces—. Qué extraño.

—Lo hace a cada momento —informó Joe mientras medía el fémur—, pero generalmente con los vivos. Tiene el mejor diagnóstico que haya visto en mi vida. ¿Conque estaba en una cueva?

—Pensamos que se trataba de... una esclava sepultada en secreto —explicó el señor Thompson.

—No, no era esclava.

Horace parpadeó.

—Tiene que haberlo sido —aseguró—. Los objetos que encontramos con ella... eran de clara influencia africana.

—No —repitió Joe. Dio un golpecito al largo fémur—. No era negra.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por los huesos? —La agitación de Horace Thompson era visible—. Pero yo creía que... ese estudio de Jensen... las teorías sobre las diferencias físicas entre razas han sido descartadas.

Se puso como un tomate.

—Pero las diferencias existen —corrigió Joe—. Si usted quiere pensar que blancos y negros son iguales bajo la piel, dése el gusto, pero científicamente no es así. Los negros tienen huesos de proporciones completamente distintas. Esa dama era blanca. Caucásica. No cabe duda.

—Oh —murmuró Thompson—. Bueno, tendré que pensar... es decir... gracias por estudiarla.

Joe dejó escapar la risa en cuanto la puerta se cerró tras él.

—¿Quieres apostar a que la lleva a Rutgers para pedir otra opinión?

—Los académicos no renuncian con facilidad a sus teorías —dije encogiéndome de hombros—. Lo sé porque viví mucho tiempo con uno de ellos.

Joe volvió a resoplar.

—Bueno, ahora que hemos terminado con el señor Thompson y su difunta dama blanca, ¿qué puedo hacer por ti, lady Jane?

Aspiré hondo.

—Necesito una opinión sincera, de alguien en cuya objetividad pueda confiar. No, retiro eso —corregí—. Necesito una opinión y luego, según sea esa opinión, un favor, quizás.

—No hay problema —me aseguró Joe—. Opinar, sobre todo, es mi especialidad. Dime.

—¿Soy sexualmente atractiva? —inquirí.

Sus ojos, que parecían caramelos de café, se tornaron completamente redondos. Luego se entrecerraron, pero Joe tardó en contestar. Me observó de pies a cabeza, con mucha atención.

—Es una pregunta capciosa, ¿no? —sugirió—. En cuanto te responda, alguna feminista saltará desde la puerta, chillando: «¡Cerdo machista!»

—No —le aseguré—. Lo que necesito, justamente, es una repuesta machista.

—Ah, bueno. De acuerdo. —Reanudó su inspección mientras yo me mantenía bien erguida—. Una blanca flacucha, con demasiado pelo, pero con un trasero estupendo —dijo por fin—. Y buenas tetas. ¿Era eso lo que querías saber?

—Sí. —Abandoné la rigidez de mi postura—. Era eso, exactamente. No es algo que una pueda preguntar a cualquiera.

Él ahuecó los labios en un silbido silencioso.

—¡Lady Jane! ¡Así que tienes un hombre a la vista!

La sangre se me subió a las mejillas pero traté de conservar la dignidad.

—No sé. Puede ser. Puede ser.

—¡Puede ser, un cuerno! ¡Por Cristo en pantuflas, lady Jane, ya era hora!

—Deja de parlotear —dije—. No es lo que conviene a un hombre de tu edad y de tu profesión.

—¿De mi edad? ¡Aja! —me miró astutamente—. Él es más joven que tú. ¿Es eso lo que te preocupa?

—No mucho. —El rubor empezaba a ceder—. Pero hace veinte años que no lo veo. Tú eres el único que me conoce desde hace tiempo. ¿Crees que he cambiado mucho desde que nos conocimos?

Lo miraba de frente, exigiendo franqueza. Él se quitó las gafas para observarme. Luego volvió a ponérselas.

—No —dijo—. Pero nadie cambia, a menos que engorde.

—¿Cómo que no?

—¿Nunca has ido a las reuniones de antiguos alumnos? Cuando ves a alguien después de veinte años, hay una fracción de segundo en la que piensas: «¡Por Dios, qué cambiado está!» Pero a los dos minutos, pasada la impresión, te das cuenta de que es el de siempre, con algunas canas y algunas arrugas.

Luego preguntó suavemente:

—¿Es el padre de Bree?

Levanté bruscamente la cabeza.

—¿Cómo diablos te diste cuenta?

Él sonrió.

—¿Cuánto hace que conozco a Bree? Diez años al menos. —Meneó la cabeza—. Se parece mucho a ti, lady Jane, pero nunca le encontré nada de Frank. Su padre es pelirrojo, ¿no? Y un buen pedazo de hombre, o todo lo que me enseñaron en genética era mentira.

—Sí —confirmé, sintiendo entusiasmo ante aquella simple admisión. No había hablado de Jamie con nadie durante veinte años. El gozo de poder mencionarlo libremente era embriagador—. Sí, es grandote y pelirrojo. Escocés.

Joe volvió a dilatar los ojos.

—¿Y Bree está ahora en Escocia?

Asentí.

—Es por Bree que debo pedirte ese favor.

Dos horas después abandoné el hospital por última vez, tras dejar tras de mí una carta de renuncia dirigida a la Junta Directiva, y todos los documentos necesarios para la administración de mis bienes hasta que Brianna fuera mayor de edad. En el último documento, que entraría en vigencia en esa fecha, le dejaba todo a ella.

Al salir del estacionamiento experimentaba una mezcla de pánico, pena y regocijo. Estaba en camino.

21

Q.E.D.

Inverness
5 de octubre de 1968

—He encontrado la escritura de cesión.

Roger estaba entusiasmado. En la estación de Inverness se había contenido a duras penas mientras Brianna me abrazaba y retirábamos el equipaje.

—¿La cesión de Lallybroch? —Me incliné desde el asiento trasero para poder oírlo pese al ruido del motor.

—Sí, la escritura por la que Jamie, tu Jamie, dona la propiedad a su sobrino, Jamie el menor.

—Está en la casona —intervino Brianna—. No nos atrevimos a traerla; Roger tuvo que firmar con sangre para que le permitieran sacarla de la colección del SPA.

Tenía la tez sonrojada por la excitación y el frío; había gotas de lluvia en su pelo rojizo. Le sonreí con una mezcla de cariño y pánico. ¿Era posible que estuviera pensando en separarme de ella?

—¡Ya que no adivinas qué otra cosa hemos encontrado!

—La encontraste tú —corrigió Roger apretándole una rodilla con la mano.

Ella le correspondió con una mirada tan íntima que mis alarmas maternales se pusieron en marcha al instante. ¡Conque ya estábamos en ésas!

—¿De qué se trata? —pregunté.Sonrieron de oreja a oreja.

—Ya verás, mamá —dijo Bree con irritante suficiencia.

—¿Ves? —dijo veinte minutos después ante el escritorio de la casona.

En la maltrecha superficie había un fajo de papeles amarillentos con los bordes manchados y oscurecidos.

—Es el texto de un artículo —me dijo Roger, hojeando un montón de volúmenes que tenía en el sofá—. Fue publicado en una especie de periódico llamado Forrester's, impreso en 1765 por un tal Alexander Malcolm en Edimburgo.

Tragué saliva; de pronto el vestido me pareció muy ceñido: desde el momento en que yo me separara de Jamie hasta 1765 habían pasado casi veinte años.

—Mira, aquí está la versión publicada. ¿Ves la fecha? 1765. Y coincide casi exactamente con este manuscrito, sólo que no incluye algunas notas marginales.

—Sí. Y la escritura de cesión —dije.

—Aquí está. —Brianna hurgó apresuradamente en el primer cajón hasta sacar un papel muy arrugado protegido con una funda plástica.

De mi puño y letra, decía la escritura, ejecutada con tanto esmero que sólo el exagerado lazo de la Y mostraba su parentesco con el descuidado manuscrito, James Alexander Malcolm MacKenzie Fraser.Y abajo, las dos líneas donde habían firmado los testigos. En letra fina y pequeña, «Murtagh FitzGibbons Fraser»; debajo, con mi escritura grande y redonda, «Claire Beauchamp Fraser».

Me dejé caer en la silla, poniendo instintivamente la mano sobre el documento como para negar su realidad.

—Es esto, ¿no? —indicó Roger en voz baja. El leve temblor de sus manos desmentía su serenidad exterior—. Tiene tu firma. Es prueba indiscutible... si acaso la necesitábamos —añadió echando un vistazo a Bree.

Ella sacudió la cabeza dejando que el pelo le ocultara la cara. Ninguno de los dos la necesitaba. La desaparición de Gillian Duncan a través de las piedras, cinco meses antes, era prueba suficiente de la veracidad de mi relato.

—¿Es la misma, mamá? —Bree se inclinó, ansiosa, hacia las páginas—. El artículo no estaba firmado. Es decir, tenía firma, pero era un seudónimo. —Sonrió—. El autor firmó con las iniciales «Q.E.D.» La letra parece la misma, pero no somos grafólogos. Y no quisimos llevarlo a un experto hasta que tú lo vieras.

—Me parece que sí. —Me sentía sofocada pero también muy segura, llena de incrédulo regocijo—. Sí, creo que esto lo escribió Jamie.

¡Q.E.D., precisamente! Sentí el absurdo impulso de arrancar las páginas manuscritas de sus fundas para apretarlas entre las manos y tocar la tinta y el papel que él había tocado. Eran la prueba segura de que él había sobrevivido.

—Hay más. —En la voz de Roger se traslucía su orgullo—. ¿Ves esto? Es un artículo contra la Ley de Comercio Interior de 1764, llamando a rechazar las restricciones a la exportación de licor de las Tierras Altas escocesas a Inglaterra. Aquí está. —Su dedo se detuvo súbitamente en una frase—. «Pues como se sabe desde hace siglos, Libertad y Whisky hacen banda.» Esa frase está en dialecto escocés y entre comillas. La cogió de otra parte.

—La cogió de mí —expliqué suavemente—. Yo le dije eso cuando se preparaba para robar el oporto del príncipe Carlos.

—Sí, lo recordé —asintió Roger con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Pero es una cita de Burns —señalé, frunciendo el entrecejo—. El escritor pudo tomarla de... ¿Burns ya existía por aquel entonces?

—Sí —respondió Bree muy ufana adelantándose a Roger—. Pero en 1765 Robert Burns tenía seis años.

—Y Jamie, cuarenta y cuatro.

De repente todo parecía real. Él estaba vivo... había estado vivo, me corregí, tratando de dominar mis emociones. Apoyé los dedos trémulos en las páginas manuscritas.

—Y si... —tuve que interrumpirme para tragar saliva.

—Y si el tiempo corre paralelo, como creemos... —Roger también se interrumpió, mirándome.

Luego desvió los ojos hacia Brianna. Ella se había puesto muy pálida pero mantenía los labios y los ojos firmes. Cuando me tocó la mano, sus dedos estaban calientes.

—Entonces puedes volver, mamá —dijo suavemente—. Puedes buscarlo.

—¿Puedo atenderla, señora?

La vendedora me miraba como un pequinés deseoso de ayudar.

—¿Tiene más vestidos anticuados como éstos? —Señalé el perchero que tenía ante mí lleno de faldas largas y corpiños de encaje, algodón y terciopelo.

—Oh, sí. Hoy mismo hemos recibido varios de estos modelos de Jessica Gutenburg. ¿No son preciosos? Por aquí, señora. ¿Dónde está ese letrero?

El letrero decía: CAPTURE EL ENCANTO DEL SIGLO XVIII, en grandes letras blancas. Escogí uno de terciopelo color crema.

—Ése le quedaría perfecto —aseguró la pequinesa.

—Puede ser, pero no es muy práctico. Demasiado sucio.

—¡Oh, mire esos rojos!

—Demasiado vistosos. No es cuestión de pasar por prostituta, ¿verdad?

La pequinesa me miró con sobresalto; luego decidió que era una broma y la festejó con una risita.

—Éste sí —dijo con decisión—. Es perfecto para usted.

En realidad, era casi perfecto: largo hasta el suelo, con mangas tres cuartos terminadas en encaje, de un color dorado intenso con reflejos pardos y ambarinos.

—¿Quiere probárselo? Por aquí.

—No sé —dije vacilante—. Es encantador, pero...

—Oh, no vaya a pensar que es demasiado juvenil para usted —me aseguró la pequinesa, muy seria—. ¡Pero si nadie le echaría más de veinticinco años! Bueno, treinta, quizá —corrigió sin convicción después de echarme un vistazo.

—Gracias —dije secamente—, pero no estaba pensando en eso. Supongo que no hay vestidos como éste sin cierre de cremallera, ¿o sí?

—¿Sin cremallera? Eh... no, no creo.

—Bueno, no se preocupe. —Con el vestido colgando del brazo, me volví hacia el probador—. Si me decido, los cierres con cremallera serán el menor de los problemas.

22

Víspera de Todos los Santos

—Dos guineas de oro, seis soberanos, veintitrés chelines, dieciocho florines, nueve peniques, diez medios peniques y... doce cobres.

Roger dejó caer la última moneda en el montón tintineante; luego rebuscó en el bolsillo de la camisa.

—Ah, y esto. —Sacó una pequeña bolsa de plástico con diminutas monedas de cobre—. Doits —explicó—, la moneda escocesa de menor valor de la época. Las más grandes sólo te servirían para comprar un caballo o algo así.

—Es curioso —comenté—; estas monedas valen ahora mucho más de lo que valían entonces, pero lo que se puede comprar con ellas es más o menos lo mismo. Esto equivale a seis meses de ingresos para un pequeño agricultor.

—Olvidaba que tú ya conoces todo esto —dijo Roger—: cuánto valían las cosas y cómo se vendían.

—Es fácil olvidar —dije contemplando el dinero.

En el límite de mi campo visual vi que Bree se acercaba súbitamente a Roger; él le buscó automáticamente la mano. Aspiré hondo, apartando la vista de los pequeños montones de oro y plata.

—Bueno, listo. ¿Salimos a comer algo?

Cenaron en una de las cantinas de la calle River sin hablar mucho. Claire y Brianna compartían una de las banquetas y Roger se sentó enfrente. Apenas se miraban, pero él las veía rozarse con frecuencia.

Se preguntó cómo se las arreglaría él, en la misma situación. A todas las familias les llega el momento de separarse, pero con más frecuencia es la muerte la que interviene para cortar las ataduras entre padres e hijos. Cuando se levantaron para salir apoyó una mano en el brazo de Claire.

—Sólo por complacerme —dijo—, ¿querrías probar algo?

—Supongo que sí —dijo ella sonriente—. ¿De qué se trata?

—Cruza la puerta con los ojos cerrados. Cuando estés fuera, ábrelos. Luego ven a decirme qué fue lo primero que viste.

Ella contrajo la boca, divertida.

—Bueno. Esperemos que lo primero no sea un policía, o tendrás que ir a sacarme de la cárcel por disturbios en la vía pública.

—Mientras no sea un pato...

Claire lo miró con extrañeza, pero fue hacia la puerta de la cantina, obediente, y cerró los ojos. Brianna la vio desaparecer.

—¿Qué te traes entre manos, Roger? —preguntó enarcando las cejas cobrizas—. ¡Patos!

—Es sólo una costumbre antigua —explicó él sin apartar los ojos de la entrada—. Samhain, el día de Todos los Santos, es una de esas fechas en que se acostumbraba a adivinar el futuro. Y una manera de adivinarlo era caminar hasta el fondo de la casa y salir con los ojos cerrados. Lo primero que veías al abrirlos era un presagio para el futuro cercano.

—¿Los patos son malos presagios?

—Depende de lo que estén haciendo —dijo él con aire distraído—. Si tienen la cabeza bajo el ala, eso significa muerte. ¿Por qué tarda tanto?

—Será mejor que vayamos a ver —sugirió Brianna nerviosa.

Pero en el momento en que llegaban a la puerta, el vitral se ensombreció y vieron aparecer a Claire, un poco agitada.

—¡A que no imagináis qué es lo primero que he visto! —exclamó riendo.

—¿No habrá sido un pato con la cabeza bajo el ala? —inquirió Brianna preocupada.

—No. Un policía. Giré hacia la derecha y choqué contra él.

—¿Venía hacia ti? —Roger se sentía inexplicablemente aliviado.

—Sí, hasta que me lo llevé por delante.

—Indica buena suerte —aseguró Roger sonriendo—. Si en Samhain ves venir a un hombre hacia ti, eso significa que hallaras lo que buscas.

—¿De veras? —Ella lo miró con aire intrigado. Luego se le iluminó la cara con una súbita sonrisa—. ¡Estupendo! Vamos a casa a celebrarlo, ¿queréis?

La nerviosa reserva que habían mantenido durante toda la cena parecía haberse desvanecido de súbito, reemplazada por una especie de entusiasmo.

—Ya tienes el dinero —comentó Roger por décima vez.

—Y la capa —añadió Brianna.

—Sí, sí, sí —confirmó Claire impaciente—. Todo lo que necesito; al menos, todo lo que puedo llevar —corrigió. Después de una pausa, estrechó impulsivamente las manos de Bree y de Roger.

—Gracias, gracias a los dos —dijo con los ojos húmedos y la voz ronca—. No os puedo expresar lo que siento. Pero ¡cuánto os voy a echar de menos, queridos!

Bree y ella se abrazaron. Cuando se separaron, entre sollozos, Claire apoyó una mano en la mejilla de su hija.

—Será mejor que suba —susurró—. Aún me quedan cosas que hacer. Hasta mañana, pequeña. —Se puso de puntillas para plantar un beso en la nariz de su hija y salió apresuradamente.

Brianna volvió a sentarse, lanzando un profundo suspiro. Luego se quedó contemplando el fuego mientras giraba lentamente el vaso de Coca-Cola entre las manos. Roger fue a cerrar las ventanas y puso orden en el cuarto. Cuando se volvió hacia Brianna la vio aún inmóvil, con la vista fija en el hogar. Se sentó junto a ella y le cogió la mano.

—Tal vez pueda regresar —le dijo suavemente—. No lo sabemos.

—No lo creo —replicó ella—. Ya te contó cómo era. Tal vez ni siquiera pueda cruzar.

Roger echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que Claire estuviera ya en el piso de arriba.

—Su lugar está junto a él, Bree —dijo—. ¿No te das cuenta? Cuando lo nombra...

—Me doy cuenta. Sé que lo necesita. —El labio inferior le temblaba un poco—. Pero... ¡yo la necesito a ella!

Roger le acarició el pelo, maravillado por la suavidad de las hebras que se deslizaban entre sus dedos. Habría querido abrazarla pero ella estaba rígida e insensible.

—Ya eres mayor, Bree —objetó—. Ya vives sola, ¿verdad? Puedes quererla, pero no la necesitas como cuando eras pequeña. ¿No te parece que ella tiene derecho a ser feliz?

—Sí, pero... ¡no comprendes, Roger! —estalló. Y se volvió hacia él con los labios apretados, tragando saliva con dificultad—. Ella es lo único que me queda. Ella y papá... Frank —se corrigió—, eran los que me conocían desde siempre, los que me vieron dar los primeros pasos, los que se enorgullecían cuando destacaba en la escuela...

Las lágrimas la interrumpieron, dejando huellas brillantes a la luz del fuego.

—Es como si... hay tantas cosas que no sé... Oh, Roger, si ella se va no quedará nadie en el mundo que me considere especial sólo por ser yo misma. Ella es la única persona a quien le importa que yo haya nacido. Si se va...

Se había puesto en pie, con las manos apretadas y la boca contraída por el esfuerzo de dominarse. De pronto aflojó los hombros y su alta silueta perdió la tensión.

—Lo que estoy diciendo es tonto y egoísta —murmuró en tono razonable—. No me entiendes y crees que soy muy mala.

—No —aseguró Roger en voz baja. Se acercó para rodearle la cintura con los brazos, recostándola contra él—. Nunca lo había pensado. ¿Te acuerdas de esas cajas que hay en el garaje?

—¿Cuáles? —preguntó ella, tratando de reír—. Hay centenares.

—Las que dicen «Roger». Están llenas de trastos guardados por mis padres. Fotos, cartas, ropa de bebé, libros y cosas viejas. Cuando el reverendo me trajo a vivir con él, las guardó como si fueran preciosos documentos históricos: en cajas dobles y protegidas contra las polillas.

Se meció lentamente, llevándola consigo mientras contemplaba el fuego por encima del hombro de Brianna.

—Una vez le pregunté para qué las conservaba si yo no quería nada de todo eso. Pero él dijo que era mejor guardarlo porque era mi historia. Dijo que todos necesitamos tener nuestra historia.

—¿Alguna vez abriste esas cajas?

Roger sacudió la cabeza.

—No importa lo que contengan —musitó—. Sólo importa que estén allí.

Luego retrocedió un paso para hacerla girar hacia él.

—Te equivocas, ¿sabes? —dijo alargándole la mano—. Tu madre no es la única a quien le importas.

Brianna estaba acostada desde hacía rato pero Roger seguía en el estudio, contemplando las llamas que morían en el hogar. El ruido de pasos en la escalera lo arrancó de sus pensamientos. Era Claire.

—Pensé que estarías despierto —dijo. Iba en camisón.

Alargó la mano con una sonrisa, invitándola a entrar.

—Nunca he podido dormir en el día de Todos los Santos. Después de los cuentos que me contaba mi padre... siempre me parecía oír hablar a los fantasmas junto a mi ventana.

Rieron juntos; luego se hizo entre ellos uno de los pequeños silencios incómodos que habían marcado la velada. Claire se sentó junto a él, contemplando el fuego; sus manos se movían inquietas entre los pliegues del camisón. La luz centelleaba en sus dos anillos de boda, oro y plata, en chispas de fuego.

—Yo cuidaré de ella, ya lo sabes —dijo Roger por fin en voz baja—. Lo sabes, ¿no?

—Sí—dijo ella con suavidad.

Él vio temblar las lágrimas en las pestañas. Claire rebuscó en el bolsillo de la bata y sacó un largo sobre blanco.

—Dirás que soy una miserable cobarde, y es cierto. Pero... francamente... no creo poder hacerlo. Despedirme de Bree, quiero decir. —Hizo una pausa para dominar la voz. Luego le ofreció el sobre—. Lo puse todo por escrito... todo lo que pude. ¿Querrías...?

Roger cogió el sobre, caliente por el contacto con su cuerpo.

—Sí—dijo con voz ronca—. Eso significa que te irás...

—Temprano —confirmó ella aspirando hondo—. Antes del amanecer. He dispuesto que un coche venga a buscarme. —Retorció las manos en el regazo—. Si me... —Se mordió el labio; luego echó una mirada suplicante a Roger—. No sé, ¿comprendes? No sé si podré hacerlo. Tengo mucho miedo. Miedo de ir. Miedo de no ir. Miedo, simplemente.

—Yo también lo tendría.

Le ofreció una mano que Claire aceptó. Después de un largo rato, se la estrechó suavemente y la soltó.

—Gracias, Roger —dijo—. Gracias por todo.

Se inclinó para darle un beso ligero en los labios. Luego se fue como un fantasma blanco en la oscuridad del vestíbulo llevado por el viento de Halloween.

23

Craigh na Dun

El aire del amanecer era frío y brumoso; me alegré de llevar la capa.

—¿Aquí? —preguntó el conductor echando una mirada dubitativa al paisaje desierto—. ¿Está segura?

—Sí —dije medio sofocada por el terror—. Aquí es.

—¿Sí? —Aún dudaba, pese al billete que acababa de ponerle en la mano—. ¿Quiere que la espere, señora? ¿O que vuelva más tarde?

Sentí una fuerte tentación de aceptar. ¿Y si me faltaba valor?

—No —respondí tragando saliva—. No, no es necesario.

Si no podía hacerlo tendría que volver a Inverness caminando; eso era todo. Quizá Roger y Brianna vinieran a buscarme; eso me pareció peor. ¿O sería un alivio?

Lo estaba haciendo.

No podía. Pensé en Bree, tal como la había visto la noche anterior, apaciblemente dormida en su cama. Me entró pánico en cuanto comencé a percibir la proximidad de las piedras. Alaridos, caos, la sensación de desgarramiento. No podía.

No podía pero continué escalando, con las palmas sudorosas; mis pies se movían como si ya no estuvieran bajo mi control.

Cuando llegué a la cima ya había amanecido. La neblina quedaba atrás. Las piedras se recortaban nítidas y oscuras bajo el cielo cristalino.

Estaban sentados en el césped, frente a la piedra hendida, frente a frente. Al oír mis pasos, Brianna giró hacia mí.

La miré fijamente, muda de estupefacción. Llevaba un modelo de Jessica Gutenburg muy parecido al que yo vestía, pero de un color verde lima, con cuentas de plástico cosidas al corpiño.

—Ese color te queda horrible —observé.

—No tenían ninguno más de la talla cuarenta y ocho —respondió con serenidad.

—En el nombre de Dios, ¿queréis decirme qué estáis haciendo aquí? —pregunté.

—Hemos venido a despedirte —dijo Bree con una semisonrisa temblándole en los labios.

Miré a Roger, que se encogió un poco de hombros.

—Ah. Sí. Bueno.

La piedra se alzaba detrás de Brianna; su altura duplicaba la de un hombre.

—Si no vas tú —dijo ella con firmeza— lo haré yo.

—¡Tú! ¿Te has vuelto loca?

—No. —Tragó saliva echando un vistazo a la piedra hendida. Tal vez era ese tono verde lima lo que daba a su rostro una palidez de tiza—. Estoy segura de poder cruzar. Cuando Gillian Duncan pasó a través de las piedras, yo las oí. Roger también. —Le echó una mirada, buscando ser reconfortada; luego volvió a fijar los ojos en mí—. No sé si podría encontrar a Jamie Fraser; tal vez sólo tú puedas hacerlo. Pero si no estás dispuesta a intentarlo, lo haré yo.

Abrí la boca pero no encontré nada que decir.

—¿No te das cuenta, mamá? Él tiene que saberlo. Debe saber que lo consiguió, que hizo por nosotras lo que deseaba. Se lo debemos, mamá. Alguien tiene que buscarlo para decírselo. —Me tocó la mano—. Decirle que nací.

—Oh, Bree —exclamé con la voz tan sofocada que apenas pude hablar—. ¡Oh, Bree!

—Él te entregó a mí —continuó ella en tono casi inaudible—. Ahora tengo que devolverte a él, mamá.

Aquellos ojos, tan parecidos a los de Jamie, me miraban anegados por las lágrimas.

—Si lo encuentras... —susurró—. Cuando encuentres a mi padre... dale esto. —Se inclinó para darme un beso; luego irguió la espalda y me hizo girar hacia la piedra—. Ve, mamá —dijo sin aliento—. Te quiero. ¡Ve!

Por el rabillo del ojo vi que Roger se acercaba a ella. Di un paso; luego, otro. Oí un ruido, un vago rugir. Di el último paso y el mundo desapareció.

SEXTA PARTE

Edimburgo

24

A. Malcolm, impresor

Mi primer pensamiento coherente fue: «Está lloviendo. Esto debe de ser Escocia.» Abrí un ojo con cierta dificultad. Tenía el párpado pegado; sentía la cara fría e hinchada, como la de un cadáver sumergido.

Estaba lloviendo, evidentemente: era un suave e incesante tamborileo de lluvia que levantaba una tenue bruma de gotitas en el páramo verde. Me incorporé y de inmediato caí hacia atrás.

Parpadeando, cerré los ojos para protegerlos del aguacero. Comenzaba a tener una pequeña noción de quién era y de dónde estaba. Bree. Su rostro surgió de pronto en mi memoria con una sacudida que me arrancó una exclamación, como si me hubieran dado un golpe en el estómago.

Jamie. Allí estaba: el punto fijo al que me había aferrado, mi único asidero en la cordura. Respiré lenta y profundamente con las manos cruzadas sobre el corazón palpitante, invocando la cara de Jamie.

Una vez más forcejeé para incorporarme. Esta vez me mantuve erguida apoyándome en las manos. Estaba en Escocia, por supuesto. Difícilmente pudiera ser otro lugar pero también era la Escocia del pasado. Al menos, eso esperaba yo. Al menos no era la Escocia que yo había dejado.

No tenía idea alguna de cuánto tiempo había pasado desde que había cruzado el círculo de piedras. Bastante rato desde luego, a juzgar por el estado de mi ropa; estaba empapada hasta la piel.

Debajo de mí había unas bayas, rojas y negras entre la hierba. «Muy apropiado», pensé vagamente divertida. Había caído debajo de un serbal, la protección de los escoceses contra la brujería y los encantamientos.

Me aferré a su tronco liso para ponerme trabajosamente en pie. Siempre apoyada en el árbol, miré hacia el nordeste. Por allí estaba Inverness. En automóvil y por carreteras modernas, no se tardaría más de una hora de viaje.

El camino existía; divisé el contorno de una tosca senda que rodeaba la base de la montaña; era una línea oscura y plateada entre la verde humedad de las vegetación. Sin embargo, recorrer sesenta y tantos kilómetros a pie no se parecía en nada a viajar en coche.

De cualquier modo, estaba viva. Y él estaba allí. Ahora lo sabía. Al comprender que probablemente me encontraba allí para siempre, una extraña calma se impuso sobre los terrores y vacilaciones. No podía regresar. No me quedaba más remedio que avanzar... en su busca.

Si comenzaba a moverme entraría en calor. Me bastó una rápida palmada para comprobar que el envoltorio de emparedados había hecho el viaje conmigo. Menos mal: la idea de recorrer sesenta kilómetros con el estómago vacío no tenía nada de atractiva.

Con un poco de suerte, no sería necesario. Tal vez hubiera por allí una aldea o una casa donde fuera posible comprar un caballo. De cualquier modo estaba preparada. Mi plan consistía en llegar a Inverness como fuera y allí coger una diligencia hasta Edimburgo.

Pensé en una pequeña librería por la que pasaba todas las mañanas, entre el estacionamiento y el hospital. Uno de sus carteles decía: «Hoy es el primer día del resto de tu vida.» Y otro: «Un viaje de mil kilómetros se inicia con un solo paso.»

Lo más irritante de las frases hechas, me dije, era que muy a menudo tenían razón. Me solté del serbal y eché a andar colina abajo, hacia mi futuro.

El viaje entre Inverness y Edimburgo fue largo e incómodo; iba en un coche grande con otras dos señoras, el insoportable niño de una de ellas y cuatro caballeros de diversos tamaños y talantes.

Junto a mí se sentaba el señor Graham, hombrecito vivaz, ya avanzado en años, con un saquito de alcanfor colgado del cuello como solución para dispersar los malignos humores de la gripe. Normalmente, el pudor de las damas requería que la diligencia se detuviera cada hora para que los pasajeros se diseminaran entre la vegetación, a la vera del camino.

Tras uno o dos cambios, el señor Graham descubrió que su asiento había sido invadido por el señor Wallace, un joven abogado regordete. Los detalles de su trabajo de leguleyo no me resultaban tan fascinantes como a él; no obstante, en esas circunstancias me tranquilizó un poco notar su obvia atracción por mí. Pasé varias horas jugando con él al ajedrez en un pequeño tablero de bolsillo.

La expectación de lo que podría encontrar en Edimburgo distraía mi atención de las incomodidades del viaje y de las complejidades del ajedrez. A. Malcolm: el nombre me rondaba la mente como un himno de esperanza. A. Malcolm. Tenía que ser Jamie, sin duda. James Alexander Malcolm Mackenzie Fraser.

—Considerando el modo en que se trató a los rebeldes de las Tierras Altas después de Culloden, sería muy razonable que, en un lugar como Edimburgo, utilizara un nombre supuesto —me había explicado Roger Wakefield—. Después de todo, era un traidor convicto. Al parecer, eso se convirtió en una costumbre para él —añadió con aire crítico, observando el manuscrito de la diatriba contra los impuestos—. Para aquella época, esto se parece mucho a la sedición.

—Sí, así era Jamie —dije secamente. Pero el corazón me brincaba al ver aquellos garabatos. Mi Jamie.

El tiempo era bueno, pese a la estación; sólo alguna llovizna ocasional nos estorbaba el viaje. Lo completamos en menos de dos días, con cuatro paradas para cambiar de caballos y tomar un refrigerio.

En Edimburgo, el coche se detuvo detrás de la taberna de Boyd, cerca de la Royal Mile. Yo tenía las piernas entumecidas después de haber pasado tanto tiempo sentada; aun así me di prisa, con la esperanza de escapar del patio mientras mis dignos compañeros estaban ocupados con sus pertenencias. No tuve suerte: el señor Wallace me alcanzó cerca de la calle.

—¡Señora Fraser! —dijo—. ¿Me concederíais el placer de acompañaros hasta vuestro destino? Sin duda necesitaréis ayuda para trasladar el equipaje.

—Eh... Gracias, pero... voy a dejar mi equipaje a cargo del propietario. Mi... mi... —Busqué frenéticamente una explicación—. El sirviente de mi esposo vendrá después a buscarlo.

La cara regordeta se alargó un poco al oír la palabra «esposo» pero se recuperó con gallardía, haciéndome una reverencia.

—Comprendo. Permitidme expresar mi profundo agradecimiento por el placer que me ha deparado vuestra compañía durante el viaje, señora Fraser. Quizá volvamos a encontrarnos. —Se irguió para estudiar la muchedumbre que pasaba junto a nosotros—. ¿Vuestro esposo vendrá a buscaros? Me encantaría conocerlo.

—No. Me reuniré con él más tarde —le dije—. Ha sido un placer conoceros, señor Wallace, y espero que volvamos a vernos.

Le estreché la mano con entusiasmo, con lo cual lo desconcerté el tiempo suficiente para escabullirme entre la multitud de pasajeros, porteadores y vendedores callejeros.

Me detuve en medio de la cuesta, jadeando como un carterista fugitivo. Allí había una fuente pública en cuyo borde me senté para recobrar el aliento.

Estaba allí, realmente. Edimburgo se alzaba detrás de mí, desde las centelleantes alturas del Castillo hasta el Palacio Holyrood, al pie de la ciudad.

Tenía mucha hambre; no había comido nada desde el apresurado desayuno de puré y cordero hervido, poco después del alba. Aún me quedaba un emparedado en el bolsillo pero no había querido comerlo en la diligencia, bajo la curiosa mirada de mis compañeros de viaje.

Lo saqué para desenvolverlo cuidadosamente. Manteca de cacahuete y jalea entre dos rebanadas de pan blanco; estaba bastante maltrecho, achatado y con manchas purpúreas de jalea en el pan mojado. Lo encontré delicioso.

Después de tragar el último bocado, rico y dulce, de mi vida anterior, arrugué la envoltura. Eché un vistazo alrededor; nadie me miraba. Abriendo la mano, dejé que el trocito de película plástica cayera

subrepticiamente al suelo. Me pregunté si mi anacrónica presencia causaría tan poco daño como aquel objeto.

—Te estás entreteniendo, Beauchamp —me dije—. Es hora de continuar.

Y me levanté, aspirando profundamente. Luego sujeté por la manga al repartidor de una panadería.

—Disculpa. Busco a un impresor, el señor Malcolm. Alexander Malcolm —dije con una mezcla de miedo y entusiasmo. ¿Y si no hubiera en Edimburgo ninguna imprenta a cargo de Alexander Malcolm?

—Oh, sí, señora. Calle abajo, a vuestra izquierda. Carfax Close.

Carfax Close. Me abrí paso entre la muchedumbre, pegada a los edificios para evitar las ocasionales lluvias de aguas menores que se lanzaban desde las ventanas.

Hacia delante bostezaba la oscura y baja entrada a Carfax Close, al otro lado de la Royal Mile. Me detuve en seco al verla; el corazón me palpitaba de tal modo que habría podido oírse desde un metro de distancia.

No llovía pero faltaba muy poco; la humedad del aire me rizaba el pelo. Me lo aparté de la frente, sujetándolo como pude a falta de espejo. Al ver un gran escaparate de vidrio cilindrado, avancé de prisa.

Dentro del local había una mujer apoyada en el mostrador. La acompañaban tres niños pequeños que observé de reojo. La tienda era una farmacia; el nombre de Haugh, pintado sobre la puerta, me provocó un escalofrío de reconocimiento. En mi breve temporada anterior en Edimburgo había comprado algunas hierbas allí.

—¡Que el diablo te lleve, pequeña rata! —decía la mujer al más pequeño—. ¿No te he dicho mil veces que mantengas las manos en los bolsillos?

—Disculpad —la interrumpí, empujada por una curiosidad irresistible.

—¿Sí? —Arrancada de sus regañinas maternales, la mujer me miró inexpresivamente.

—Estaba admirando a vuestros hijos —dije, fingiéndome tan arrobada como pude—. ¡Qué niños tan guapos! Decidme, ¿qué edad tienen?

Se quedó boquiabierta. El gesto confirmó la ausencia de varios dientes. Luego exclamó, parpadeando.

—¡Oh! Bueno, qué amabilidad la vuestra, señora. Eh... ésta, Maisri, tiene diez. —Señaló con la cabeza a la mayor, que se estaba limpiando la nariz con la manga—. Joey, ocho ¡y quítate el dedo de la nariz, asqueroso! —Luego se volvió a dar una palmadita orgullosa a la más pequeña—. La pequeña Polly cumplió seis en mayo.

—¡ Vaya! —la miré con asombro—. No puedo creer que tengáis hijos de esa edad. Debéis de haberos casado siendo muy joven.

—¡Oh, no! —se pavoneó—. Nada de eso. ¡Si ya tenía diecinueve años cuando nació Maisri!

—Asombroso —dije. Busqué en mi bolsillo para ofrecer un penique a cada uno de los niños, que los aceptaron con tímidas reverencias de gratitud—. Os deseo buenos días... y mis felicitaciones por tan encantadora familia —dije a la mujer.

Me alejé con una sonrisa. Diecinueve años al nacer la mayor, que ahora tenía diez años. La mujer tenía veintinueve. Y yo, bendecida por una buena alimentación, higiene y odontología, sin el desgaste de numerosos embarazos y duras tareas físicas, parecía bastante más joven que ella. Aspiré hondo, me eché el pelo hacia atrás y me hundí en las sombras de Carfax Close.

Era una callejón largo y serpenteante; la imprenta se encontraba al principio. A los lados había edificios de alquiler y tiendas prósperas, pero sólo presté atención al pulcro letrero blanco que pendía junto a la puerta.

A. MALCOLM
IMPRESOR Y LIBRERO
Libros, tarjetas de visita, panfletos, cartas

Alargué la mano para tocar las negras letras del nombre. A. Malcolm. Alexander Malcolm. James Alexander Malcolm MacKenzie Fraser. Tal vez.

Si tardaba un poco más perdería el valor. Empujé la puerta y entré.

Un ancho mostrador cruzaba la habitación frente a la puerta, con una trampa abierta y una estantería al lado con varias bandejas de caracteres. La puerta abierta de la trastienda dejaba ver la mole de una prensa. Inclinado sobre ella, de espaldas a mí, estaba Jamie.

—¿Eres tú, Geordie? —preguntó sin volverse. Vestía camisa y pantalones de montar; en la mano tenía una pequeña herramienta con la que estaba haciendo algo en las entrañas de la prensa—. Has tardado bastante. ¿Conseguiste ese...?

—Aquí no hay ningún Geordie —dije. Mi voz sonaba más aguda que de costumbre—. Soy yo. Claire.

Se irguió con mucha lentitud. Se había dejado crecer el pelo: una gruesa cola de intenso rojo dorado, con reflejos cobrizos. Me miró sin hablar. Un temblor le recorrió el cuello musculoso, como si hubiera tragado saliva, pero aún no dijo nada.

Era la misma cara ancha y llena de buen humor, los mismos ojos de color azul oscuro, sesgados sobre altos pómulos de vikingo, la boca larga, como al borde de la sonrisa. Las líneas que le rodeaban los ojos y la boca eran más profundas, por supuesto. La nariz había cambiado un poco: el puente, afilado como un cuchillo, se engrosaba un poco hacia arriba por una antigua fractura.

Crucé la trampa del mostrador sin ver más que su mirada. Carraspeé.

—¿Cuándo te fracturaste la nariz?

Las comisuras de la boca ancha se elevaron un poquito.

—Unos tres minutos después de verte por última vez... *Sassenach.*

Había una vacilación en el nombre, casi una pregunta. Apenas nos separaban treinta centímetros. Alargué la mano para tocar la diminuta línea de la fractura.

—Eres real —susurró.

Si me había parecido verlo pálido, en aquel momento su rostro perdió todo vestigio de color. Los ojos se le pusieron en blanco. Cayó contra la puerta, haciendo llover papeles y objetos diversos que había sobre la prensa. Pensé, distraída, que caía con bastante gracia para ser tan corpulento.

Era sólo un desmayo; cuando me arrodillé a su lado para aflojarle la camisa, sus ojos ya comenzaban a parpadear. Estaba recobrando su saludable color normal. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas para apoyarle la cabeza en el muslo y acaricié su pelo denso y suave. Abrió los ojos.

—¿Tan grave es? —le pregunté sonriendo. Eran las mismas palabras que él me había dicho el día de nuestra boda, sosteniéndome la cabeza en su regazo, más de veinte años atrás.

—Tanto y más, *Sassenach* —respondió dibujando algo parecido a una sonrisa. Se sentó bruscamente para mirarme fijamente—. ¡Dios del Cielo, eres real, sí!

—Tú también. —Levanté la barbilla para mirarlo—. Creía... creía que habías muerto. —Quería hablar con ligereza, pero me traicionó la voz.

No sé cuánto tiempo pasamos así, sentados en el suelo polvoriento, abrazados y llorando la nostalgia de veinte años. Él enredó los dedos en mi pelo y tiró hasta soltarlo. Las horquillas cayeron, resonando en el suelo como granizo. Yo tenía los dedos hundidos en su brazo, como si pudiera desaparecer si no lo retenía físicamente.

Como si él fuera presa del mismo temor, me sujetó bruscamente por los hombros para apartarme. Me miró desesperadamente, levantando una mano para seguir la línea de los huesos, una y otra vez, sin prestar atención a mis lágrimas ni a mi chorreante nariz.

—Dame eso. —Le quité el pañuelo para sonarme con firmeza—. Ahora tú. —Hubo un graznido de ganso estrangulado. Reí como una niña, deshecha por la emoción. Él sonrió también sin dejar de mirarme.

De pronto ya no pude contenerme para no tocarlo. Me lancé contra él, que levantó los brazos justo a tiempo para recibirme. Lo estreché hasta que le crujieron las costillas mientras me acariciaba la espalda, repitiendo mi nombre una y otra vez.

Por fin pude soltarlo e incorporarme un poco. Él echó un vistazo al suelo, entre sus piernas, con el entrecejo fruncido.

—¿Has perdido algo? —pregunté sorprendida.

Levantó la mirada con una sonrisa algo tímida.

—Temía haberme descontrolado hasta el punto de orinarme, pero no. Me he sentado en el jarro de la cerveza.

Un aromático charco de líquido pardo se iba extendiendo poco a poco bajo él. Con un grito de alarma, me puse en pie y lo ayudé a hacer otro tanto. Después de un vano intento de evaluar los daños en la parte de atrás, Jamie se encogió de hombros y optó por desabrocharse los pantalones. Se detuvo con la tela tensa sobre las pantorrillas, algo enrojecido.

—No hay problema —dije sintiendo que un intenso rubor me cubría las mejillas—. Estamos casados. —Pero bajé la vista algo sofocada—. Eso creo, al menos.

Me miró fijamente; luego una sonrisa le curvó la boca ancha y suave.

—Estamos casados, sí. —Ya libre de los pantalones manchados, avanzó hacia mí.

Alargué una mano, tanto para detenerlo como para darle la bienvenida. Se detuvo a un palmo para cogerme la mano. Sus dedos se detuvieron en el anillo de plata.

—Nunca me lo he quitado —balbuceé. Me parecía importante que lo supiera.

Me estrechó levemente la mano, sin soltar el anillo.

—Quiero... —Tragó saliva y buscó el anillo de plata con los dedos, una vez más—. Tengo muchos deseos de besarte —dijo dulcemente—. ¿Puedo?

—Sí —susurré.

Me atrajo lentamente hacia sí, reteniéndome la mano contra el pecho.

—Hace mucho tiempo que no hago esto —dijo. La sombra y el miedo oscurecieron el azul de sus ojos.

—Yo tampoco.

Me encerró la cara entre las manos, con exquisita suavidad, y apoyó la boca contra la mía.

No sabría decir qué esperaba yo. ¿Una repetición de la furia desatada que había acompañado nuestra separación final? Pero ahora éramos dos desconocidos; nos tocamos lentamente, pidiendo y otorgando un mudo permiso con los labios callados. Los dos mantuvimos los ojos cerrados. Simplemente, teníamos miedo de mirarnos.

Apartó los labios de los míos, cruzándolos por las mejillas, los ojos.

—Te he visto tantas veces... —me susurró al oído—. Venías a mí con tanta frecuencia... A veces cuando soñaba. Cuando tenía fiebre. Cuando me sentía tan asustado y solitario que pedía morir. Cuando me hacías falta te veía siempre, sonriendo, con el pelo rizado alrededor de la cara. Pero nunca decías nada. Y nunca me tocabas.

—Ahora puedo tocarte.

—No tengas miedo —dijo suavemente—. Ahora estamos juntos.

Podríamos haber seguido indefinidamente así, de pie y mirándonos, si no hubiera sonado la campanilla de la puerta. Solté a Jamie para volverme bruscamente. Un hombrecito fibroso, de rebelde pelo negro, nos miraba boquiabierto desde la entrada con un pequeño paquete en la mano.

—¡Ah, has llegado, Geordie! ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Jamie.

Geordie no dijo nada pero sus ojos no perdían de vista a su patrón: las piernas desnudas, la camisa, los pantalones y el calzado esparcidos por el suelo y yo en sus brazos, con el vestido arrugado y el pelo suelto. Su rostro se arrugó en un ceño de censura.

—Renuncio —dijo con la rica entonación del oeste de Escocia—. El trabajo de imprenta es una cosa, pero esto de trabajar para un papista inmoral es otra muy distinta. Haced lo que gustéis con vuestra alma, hombre, pero si hay orgías en el negocio esto ya ha llegado demasiado lejos. Eso es lo que yo digo. ¡Renuncio!

Depositó el paquete en el centro del mostrador y, girando sobre sus talones, marchó hacia la puerta.

—¡Y aún no es siquiera mediodía! —añadió.

La puerta se cerró estruendosamente tras él. Jamie se quedó mirándola un momento; luego se dejó caer lentamente al suelo, riendo tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Y aún no es siquiera mediodía!—repitió secándose las mejillas—. ¡Oh, Geordie, por Dios!

No pude menos que reír también, aunque estaba preocupada.

—No quería causarte problemas —dije—. ¿Crees que volverá?

Sorbió por la nariz, limpiándose la cara con los faldones de la camisa.

—Oh, sí. Vive cruzando la calle, en Wickham Wynd. Dentro de un rato iré a verlo para... para explicárselo —dijo. Me miró como si entonces empezara a comprender—. ¡Sabrá Dios cómo!

—¿Tienes otro par de pantalones? —pregunté recogiendo la prenda para ponerla a secar en el mostrador.

—Sí, arriba. Espera un poco. —Metió un largo brazo en el armario y sacó un pulcro letrero que decía HEMOS SALIDO. Después de colgarlo en la puerta, echó el cerrojo y se volvió hacia mí.

—¿Quieres subir conmigo? —preguntó con los ojos chispeantes, ahuecando el codo en una invitación—. Si no te parece inmoral...

—¿Por qué no? —Tenía la carcajada a flor de piel—. ¿Acaso no estamos casados?

La planta superior se dividía en dos habitaciones, una a cada lado del descansillo, y un pequeño excusado enfrente. El cuarto de atrás estaba obviamente dedicado a almacenar los elementos de la imprenta. El otro era sobrio como una celda monacal. Había una cómoda con una palmatoria de terracota, un lavamanos, un taburete y un camastro angosto, poco más que un catre. Al verlo dejé escapar el aliento; sólo entonces me percaté de que era suyo. Jamie dormía solo.

Un rápido vistazo en derredor me confirmó que no había señales de una presencia femenina. Mi corazón volvió a latir con su ritmo normal. Jamie, de espaldas a mí, se estaba abrochando los pantalones limpios pero noté cierto pudor en la línea tensa de sus hombros. Yo sentía una tensión similar en el cuello. Una vez recobrados de la impresión del reencuentro, ambos teníamos un ataque de timidez. Lo vi cuadrar los hombros y volverse hacia mí.

—Me alegro mucho de verte, Claire —dijo suavemente—. Temía que jamás..., bueno.

Se encogió levemente de hombros y me miró a los ojos.

—¿Y la criatura? —preguntó. Cuanto sentía era visible en su cara: esperanza, miedo y el esfuerzo por dominar ambas cosas.

Alargué la mano con una sonrisa.

—Ven aquí.

Había pensado mucho en lo que me llevaría si mi viaje a través de las piedras tenía éxito. Después de las acusaciones de brujería que habían recaído sobre mí, debía poner mucho cuidado. Pero había algo que era forzoso llevar, fuesen cuales fuesen las consecuencias si alguien lo veía.

Tiré de él para que se sentara a mi lado en el camastro y saqué de mi bolsillo el pequeño envoltorio rectangular que había preparado en Boston con tanto cuidado. Después de retirar la protección impermeable, le puse el contenido en las manos.

—Mira.

Las cogió con cautela, como quien maneja una sustancia desconocida, posiblemente peligrosa. Sus manazas enmarcaron por un momento las fotografías. La cara redonda de Brianna recién nacida quedó entre sus dedos, con los puños diminutos curvados sobre la manta, cerrados los ojos sesgados y la boquita apenas entreabierta en el sueño.

Jamie estaba absolutamente estupefacto por la impresión. Apoyó las fotos contra el pecho, inmóvil, con los ojos dilatados y fijos.

—Esto te lo envía tu hija —dije. Volví su rostro atónito hacia mí para besarlo suavemente en los labios.

Con un parpadeo volvió a la vida.

—Mi... ella... —Estaba ronco por la impresión—. Hija. Mi hija. ¿Ella... lo sabe?

—Sí. Mira el resto.

Deslicé la primera foto de entre sus dedos: Brianna, bañada por el azúcar de su primer pastel de cumpleaños, cuatro dientes en la sonrisa de triunfo diablesco. Jamie emitió un sonido inarticulado y aflojó los dedos.

Brianna a los dos años, con su traje de nieve, redondas y rojas las mejillas.

Bree a los cuatro, con un tobillo cruzado sobre la rodilla opuesta, brillante la melena, posando para el fotógrafo con su bata blanca.

A los cinco, con su primera fiambrera, a punto de abordar el autobús que la llevaría al jardín de infancia.

—No permitió que la acompañara; quería ir sola. Es muy valiente. No tiene miedo a nada.

—¡ Oh, Dios! —exclamó al ver la foto de Bree a los diez años, sentada en el suelo de la cocina, abrazada a Smoky, nuestro gran Terranova. Ésa era en color; sus cabellos brillaban con fuerza contra el negro pelaje del perro.

Le temblaban tanto las manos que ya no pudo sostener las fotos. Tuve que enseñarle las últimas: Bree, ya mayor, riendo ante lo que había pescado; de pie ante una ventana; ruborizada y con el pelo revuelto después de haber cortado leña, apoyada en el mango del hacha. Éstas mostraban su cara con todas las expresiones que yo había podido captar: la nariz larga y la boca ancha, los altos pómulos de vikingo y los ojos sesgados; era una versión más delicada de su padre, del hombre que, sentado en el camastro junto a mí, movía la boca sin decir nada, dejando correr calladamente las lágrimas.

Lo estreché contra mi pecho, ciñendo con fuerza los hombros trémulos. Mis propias lágrimas le cayeron en el pelo.

—¿Cómo se llama? —Por fin levantó la cara, secándose la nariz con el dorso de la mano. Recogió las fotos con suavidad, como si pudieran desintegrarse—. ¿Qué nombre le pusiste?

—Brianna —dije orgullosa.

—¿Brianna? ¡Qué nombre tan horrible para una muchachita!

Di un respingo, como ante un golpe.

—¡No es horrible! —le espeté—. Es un nombre hermoso. Además, tú mismo me dijiste que la llamara así. ¿Cómo que es horrible?

—¿Que yo te lo dije? —Parpadeaba.

—¡Claro que sí! Cuando... cuando... la última vez que te vi. —Apreté los labios para no llorar. Al cabo de un momento, ya dominados los sentimientos, añadí—: Me dijiste que diera al bebé el nombre de tu padre. Se llamaba Brian, ¿no es así?

—Sí, es cierto. —Era como si la sonrisa luchara en su rostro para imponerse a las otras emociones—. Sí, tienes razón. Es cierto. Sólo que... bueno, supuse que sería un varón.

—¿Y lamentas que no lo fuera? —pregunté con una mirada fulminante.

Él me detuvo sujetándome por los brazos.

—No, no lo lamento. ¡Por supuesto que no! —Torció levemente la boca—. Pero no voy a negar que esto ha sido un verdadero golpe, *Sassenach*. Y tú también.

Lo miré por un momento, inmóvil. Yo había tenido meses enteros para prepararme y aún así me temblaban las rodillas.

—Supongo que sí. ¿No te gusta que haya venido? —Tragué saliva—. ¿Quieres... quieres que me vaya?

Me apretó con tanta fuerza que dejé escapar un pequeño chillido. Al darse cuenta de que me estaba haciendo daño aflojó los dedos pero sin dejar de sujetarme con firmeza. Había palidecido.

—No —dijo con una aproximación a la calma—. No quiero. Yo... —Repentinamente apretó los dientes. Luego concluyó, con mucha decisión—. No.

Deslizó una mano hacia abajo para tomar la mía mientras alargaba la otra hacia las fotografías. Se las apoyó en la rodilla para mirarlas con la cabeza inclinada, a fin de que yo no le viera la cara.

—Brianna —murmuró—. Pero lo pronuncias mal, *Sassenach*. Se llama...

Lo dijo con una extraña cadencia montañesa, acentuando la primera sílaba y musitando apenas la segunda: Briina.

—¿Briina? —repetí divertida.

Él asintió con la vista clavada en las fotos.

—Brianna. Es un hermoso nombre.

—Me alegro de que te guste.

—Háblame de ella. —Seguía con el índice las facciones regordetas de la niña enfundada en el traje de nieve—. ¿Cómo era de pequeñita? ¿Qué fue lo primero que dijo cuando aprendió a hablar?

—«Perro.» Ésa fue su primera palabra. La segunda fue: «¡No!»

La sonrisa se le ensanchó en la cara.

—Sí, ésa es la que todos aprenden en seguida. ¿Así que le gustan los perros? —Desplegó las fotos en abanico, como si fueran naipes, buscando la de Smoky—. ¡Qué bonito perro! ¿De qué raza es?

—Terranova. —Me incliné para buscar entre las instantáneas—. Aquí hay otra en la que está con un cachorro que le regaló un amigo mío.

La luz del día gris empezaba a desvanecerse. La lluvia repiqueteaba en el tejado desde hacía rato. De pronto, un feroz gruñido interrumpió nuestro diálogo; salía desde el corpiño de encaje de mi modelo Jessica Gutenburg. Había pasado mucho tiempo desde el último emparedado.

—¿Tienes hambre, *Sassenach?* —preguntó Jamie, lo cual me pareció innecesario.

—Bueno, sí, ahora que lo mencionas. ¿Todavía guardas comida en el cajón superior?

En los primeros días de nuestro matrimonio, yo había adquirido la costumbre de guardar pequeños bocados para calmar el constante apetito de Jamie. Él se echó a reír, desperezándose.

—Todavía, sí. Pero ahora no hay gran cosa ahí. Sólo un par de tortillas rancias. Será mejor que te lleve a la taberna y... —De pronto puso cara de alarma—. ¡La taberna, por Dios! ¡Me olvidé del señor Willoughby!

Antes de que yo pudiera decir nada, estaba en pie, buscando calcetines limpios en la cómoda. Me tiró una tortilla al regazo.

—¿Quién es el señor Willoughby? —pregunté esparciendo las migas.

—Por todos los diablos —murmuró—. Dije que iría a buscarlo al mediodía, pero se me fue por completo de la cabeza. ¡Ya deben de ser las cuatro!

—En efecto. Oí las campanadas hace un ratito.

—¡Por todos los diablos! —repitió.

Metió los pies en un par de zapatos con hebillas de peltre, cogió la chaqueta colgada en la percha y luego se detuvo ante la puerta.

—¿Me acompañas? —preguntó ansioso.

Me levanté, chupándome los dedos para ceñirme la capa.

—No me lo podrías impedir ni con caballos salvajes —le aseguré.

25

Casa de placer

—¿Quién es el señor Willoughby? —inquirí cuando nos detuvimos bajo la arcada de Carfax Close para mirar a la calle adoquinada.

—Eh... un socio mío —replicó Jamie echándome una mirada cautelosa—. Será mejor que te pongas la capucha. Está diluviando.

Le estreché la mano y él me devolvió el gesto, sonriendo.

—¿Dónde vamos?

—Al Fin del Mundo.

El rugido del agua dificultaba la conversación. Afortunadamente, la taberna llamada Fin del Mundo estaba apenas a diez metros; a pesar de lo intenso de la lluvia, mi capa apenas estaba mojada cuando agachamos la cabeza para pasar bajo el dintel.

El salón principal estaba atestado, caliente y lleno de humo, era un abrigado refugio contra la tormenta exterior. Había unas cuantas mujeres sentadas en los bancos, a lo largo de los muros, pero la mayoría de los parroquianos eran hombres. Ante nuestra aparición se levantaron algunas cabezas, hubo saludos a gritos y un movimiento general para hacernos sitio en una de las mesas largas. Obviamente, Jamie era bien conocido en el Fin del Mundo.

—No, señora, no nos quedaremos —dijo a la joven camarera—. He venido sólo a buscarlo a él.

La muchacha puso los ojos en blanco.

—¡Ah, sí, ya era hora! Mither lo llevó abajo.

—Sí, me he retrasado —se disculpó Jamie—. Me retrasé por... un asunto.

La muchacha me miró con curiosidad pero luego se encogió de hombros, dedicando a Jamie una sonrisa llena de hoyuelos.

—No es nada, señor. Harry le llevó una jarra de coñac y desde entonces casi no se le ha oído.

—Coñac, ¿eh? —dijo Jamie en tono de resignación—. ¿Y todavía está despierto?

Del bolsillo de su abrigo sacó una bolsita de cuero, de la que extrajo varias monedas que dejó caer en la mano extendida de la muchacha.

—Creo que sí —respondió ella embolsándose alegremente el dinero—. Hace un rato le oí cantar. ¡Gracias, señor!

Con un gesto de asentimiento, Jamie se dirigió hacia la parte trasera del salón, indicándome que lo siguiera a la cocina. En un rincón había una pequeña puerta de madera. Descorrió el cerrojo y abrió, dejando al descubierto una escalera oscura que descendía hacia las entrañas de la tierra.

Los hombros de Jamie llenaban por completo el estrecho pozo de la escalera, obstruyéndome la visión de lo que hubiera abajo. Cuando salí al espacio abierto divisé pesadas vigas de roble y una hilera de enormes barriles sobre una larga tabla puesta sobre caballetes.

Al pie de la escalera ardía una antorcha. El sótano estaba en sombras y su cavernoso interior parecía desierto. Agucé el oído pero sólo percibí el bullicio apagado de la taberna. Nadie cantaba, ciertamente.

—¿Estás seguro de que está aquí?

—Oh, sí. —Jamie parecía preocupado pero resignado—. El pequeño gusano se ha escondido, supongo. Sabe que no me gusta que beba en locales públicos.

Enarqué una ceja, pero él se limitó a avanzar a grandes pasos entre las sombras, murmurando por lo bajo. El sótano ocupaba bastante espacio; lo oí caminar arrastrando los pies en la oscuridad, mucho después de haberlo perdido de vista. Mientras tanto, sola en el círculo de luz que arrojaba la antorcha, miré con interés a mi alrededor.

Junto a la hilera de toneles había varios cajones de madera apilados en el centro de la habitación contra un extraño fragmento de muro que se levantaba hasta un metro y medio del suelo y continuaba hacia el fondo. Debían de ser los restos de un antiguo muro levantado en 1513 por los fundadores de Edimburgo para definir el límite de la civilizada Escocia. Eso explicaba el nombre de la taberna.

—Maldito gusano. —Jamie emergió de entre las sombras con una telaraña pegada al pelo y una expresión ceñuda—. Debe de estar detrás de la pared.

Con las manos a modo de bocina, gritó algo en una jerga incomprensible; no se parecía siquiera al gaélico. Un súbito movimiento me hizo desviar los ojos justo a tiempo para ver una bola azul brillante que volaba desde ese antiguo fragmento de pared, hasta golpear a Jamie entre los omóplatos.

Al verlo caer, corrí hacia su cuerpo.

—¡Jamie! ¿Estás bien?

La figura postrada lanzó unos cuantos comentarios groseros en gaélico y se incorporó con lentitud, frotándose la cabeza, que se había golpeado contra el suelo de piedra. Mientras tanto, la bola azul se había convertido en la silueta de un chino muy menudo, que reía con demencial placer; su cara redonda y cetrina brillaba de regocijo y coñac.

—¿El señor Willoughby, supongo? —dije a la aparición.

Debió de reconocer su nombre, pues sonrió de oreja a oreja asintiendo con la cabeza; sus ojos se redujeron a ranuras centelleantes. Dijo algo en chino, señalándose; luego saltó en el aire dando varias volteretas hacia atrás en rápida sucesión, para terminar dando brincos con una sonrisa de triunfo.

—¡Maldito piojo! —Jamie se levantó limpiándose las manos heridas en la chaqueta. Con un rápido manotazo, sujetó al chino por el cuello de la ropa para alzarlo en vilo y lo plantó en la escalera—. Tenemos que irnos. Rápido. —En respuesta a su empujón, la pequeña silueta vestida de azul se aflojó de inmediato, quedando laxa como una bolsa de ropa lavada.

—Cuando está sobrio se porta bien —me explicó Jamie, pidiendo disculpas mientras cargaba al chino en un nombro—. Pero no debe tomar coñac. Es un borrachín.

—Ya lo veo. ¿De dónde diablos lo sacaste? —Fascinada, seguí a Jamie arriba. La coleta del señor Willoughby se bamboleaba como un metrónomo contra el capote gris de Jamie.

—En los muelles.

Pero antes de que pudiera seguir, la puerta de arriba se abrió y nos encontramos de nuevo en la cocina de la taberna. La fornida propietaria infló las mejillas con aire de reproche.

—Os diré, señor Malcolm —comenzó ceñuda—, como bien sabéis, aquí se os aprecia y yo no soy mujer de andarse con remilgos. No es una actitud conveniente para quien regenta una taberna. Pero ya os he dicho que ese hombrecito amarillo no es...

—Sí, señora Patterson; me lo habéis mencionado —interrumpió Jamie. Desenterró una moneda del bolsillo y, con una reverencia, se la entregó a la corpulenta tabernera—. Os agradezco mucho vuestra tolerancia. No volverá a suceder... espero —añadió por lo bajo.

Nuestro regreso causó otra conmoción, pero esta vez fue negativa. La gente callaba o murmuraba maldiciones. Por lo visto, el señor Willoughby no era un parroquiano muy querido allí.

Cerca de la puerta nos encontramos con un problema, en la persona de una opulenta joven cuyo vestido era bastante escotado. No me costó mucho adivinar su ocupación principal.

—¡Es él! —chilló señalando a Jamie con un dedo vacilante—. ¡Ese diablo asqueroso!

Parecía tener dificultad para centrar la vista. Sus compañeros miraron a Jamie con un interés que se acentuó cuando la joven avanzó moviendo el dedo en el aire como si dirigiera un coro.

—¡Él! El enano del que les hablé, el que me hizo esa porquería.

Como el resto de la multitud, yo también miraba a Jamie con interés, pero todos comprendimos pronto que la mujer no se refería a él, sino a su carga.

—¡Truhán! —chilló la mujer dirigiendo sus comentarios al señor Willoughby—. ¡Gusano! ¡Víbora!

Aquel espectáculo de virginal aflicción estaba excitando a sus compañeros; uno de ellos, un mozo alto y corpulento, se levantó con los puños apretados y los ojos centelleantes de alcohol.

—¿Es ése? ¿Quieres que le dé una buena, Maggie?

—No lo intentes, hijo —le aconsejó Jamie cambiando su carga de posición para equilibrarla mejor—. Vuelve a tu copa, que ya nos vamos.

—¿Ah, sí? Y tú eres el rufián del pequeñín, ¿no? —El muchacho hizo una mueca horrible volviendo la cara enrojecida hacia mí—. Al menos, tu otra ramera no es amarilla. Echémosle un vistazo.

Y estiró una garra para coger mi capa, dejando al descubierto el escotado corpiño del modelo Jessica Gutenburg.

—Parece bastante rosada —dijo su amigo con obvia aprobación.

—¡Suéltala, hijo de puta! —Jamie giró en redondo, lanzando fuego por los ojos, con el puño libre apretado en señal de amenaza.

—¿A quién estás insultando, chulo barato? —El primero de los jóvenes, que no podía salir de su asiento tras la mesa, brincó por arriba y se lanzó hacia Jamie.

Él lo esquivó pulcramente, dejando que se estrellara de bruces contra la pared. Luego dio un paso hacia la mesa y descargó con fuerza el puño contra la cabeza del otro. Finalmente me asió por la mano para arrastrarme a la calle.

—¡Vamos! —gruñó mientras cambiaba de posición al chino para sujetarlo mejor—. ¡En un segundo los dejaremos atrás!

Corriendo viramos en la esquina y nos encontramos en un pequeño patio.

—¿Qué... diablos... hizo? —jadeé. No lograba imaginar qué podía haber hecho aquel chino diminuto a una vigorosa muchacha como la tal Maggie. A juzgar por las apariencias, ella podría haberlo aplastado como a una mosca.

—Bueno, es por los pies, ¿sabes? —explicó Jamie echando al señor Willoughby una mirada de irritada resignación.

—¿Los pies? —Involuntariamente mis ojos se desviaron hacia los piececillos del chino, miniaturas calzadas de satén negro con suelas de fieltro.

—Los de él no —corrigió Jamie—. Los de las mujeres.

—¿Qué mujeres?

—Bueno, hasta ahora sólo se ha metido con rameras. —Espió por la arcada tratando de ver a nuestros perseguidores—. Pero no sé qué podría intentar. No lo critico. Es pagano.

—Comprendo —dije aunque no era cierto—. ¿Qué...?

—¡Ahí están! —Un grito en el extremo del callejón interrumpió mi pregunta.

—Caramba, pensé que habían desistido. ¡Ven por aquí!

Nos lanzamos una vez más por un callejón. Jamie me empujó hacia un patio lleno de toneles y cajones, donde metió el cuerpo del señor Willoughby en un barril lleno de basura. Yo jadeaba por el desacostumbrado esfuerzo, con el corazón al galope debido al miedo. Jamie, enrojecido por el frío y el ejercicio, tenía el pelo revuelto en distintas direcciones pero su respiración era casi normal.

—¿Haces este tipo de cosas con mucha frecuencia? —pregunté.

—No mucha.

Nos llegó un eco de pies que corrían, pero desapareció y todo quedó en silencio, descontando el repiqueteo de la lluvia en las cajas.

—Se han ido. Nos quedaremos un rato aquí, para estar seguros. —Bajó un cajón para que yo me sentara y, después de procurarse otro, se dejó caer con un suspiro, apartándose el pelo suelto de la cara—. Lo siento, *Sassenach*. No imaginé que esto sería tan...

—¿Accidentado? —Le devolví la sonrisa mientras me secaba una gota de lluvia en la punta de la nariz—. No importa. Dime... ¿cómo sabes lo de los pies?

—Él me lo dijo; le gusta beber, ¿sabes? —Jamie echó un vistazo al barril donde había escondido a su colega—. Y cuando bebe de más comienza a hablar de los pies de las mujeres y de las cosas horribles que le gustaría hacer con ellos.

—¿Qué cosas tan horribles se pueden hacer con un pie? —pregunté fascinada—. Me parece que las posibilidades son limitadas.

—No, en absoluto —replicó lúgubre—. Pero no es algo que podamos discutir en plena calle.

A nuestras espaldas, desde el fondo del barril, surgió un vago sonsonete. Me pareció que el señor Willoughby estaba formulando una pregunta.

—Cállate, cucaracha —dijo Jamie grosero—. Una palabra más y seré yo el que te pise la cara. Veremos si te gusta.

—¿Quiere que alguien le pise la cara? —pregunté.

—Sí. Tú. —Se encogió de hombros como pidiendo disculpas. Estaba encarnado—. No tuve tiempo de explicarle quién eras.

—¿Habla nuestro idioma?

—Oh, sí, en cierto modo, pero no se le entiende mucho. Yo le hablo en mal chino.

—¿De dónde le viene el nombre de Willoughby? —pregunté, aunque más me habría interesado qué hacía con un chino un respetable impresor de Edimburgo.

—Su verdadero nombre es Yi Tien Cho. Según dice, significa «el que se apoya en el cielo».

—¿Demasiado difícil de pronunciar para los escoceses de esta zona? —Conociendo la naturaleza insular de los escoceses no me sorprendió que no quisieran aventurarse en aguas lingüísticas extrañas. Jamie, con su facilidad para los idiomas, era una anomalía genética.

—Bueno, no tanto. Pero si lo pronuncias mal suena como una palabrota gaélica. Me pareció preferible lo de Willoughby.

—Comprendo.

Eché una mirada por encima del hombro. Al parecer, no había moros en la costa. Jamie, viendo mi gesto, se levantó.

—Sí, ya podemos irnos. Los muchachos deben de haber vuelto a la taberna.

—¿No tenemos que pasar por el Fin del Mundo para volver a la imprenta? —pregunté—. ¿O hay otro camino?

—Eh... no, no iremos a la imprenta.

Yo no podía verle la cara, pero me pareció notar cierta reserva en su actitud. ¿Tendría alguna residencia en otro punto de la ciudad?

Se inclinó hacia el barril, diciendo algo en chino con acento escocés. Era uno de los sonidos más extraños que yo hubiera oído, algo así como los chirridos de la gaita cuando la afinan. El señor Willoughby respondió con locuacidad, interrumpiéndose con risitas y resoplidos. Por fin salió del barril, recortando su diminuta silueta bajo la luz de una lámpara distante. Bajó con bastante agilidad y no tardó en reclinarse en el suelo, ante mí.

Teniendo en cuenta lo que Jamie me había dicho sobre los pies, me apresuré a dar un paso atrás.

—No, no hay problema, *Sassenach* —me aseguró Jamie apoyándome una mano tranquilizadora en el brazo—. Te está pidiendo perdón por su anterior falta de respeto.

—Ah, bueno. —Miré dubitativamente al señor Willoughby, que parloteaba algo dirigiéndose al suelo.

Por fin salimos a la Royal Mile. El edificio al que Jamie nos condujo estaba discretamente oculto en un pequeño callejón. La puerta se abrió a su llamada. La mujer que asomó, con una vela en la mano, era menuda y elegante, de pelo oscuro. Al ver a Jamie lanzó una exclamación de alegría y le dio un beso en la mejilla. Mis entrañas se estrujaron como apretadas por un puño, pero me tranquilicé al oír que él la llamaba «Madame Jeanne». No era apelativo que pudiera dar a una esposa... ni tampoco a una amante, con un poco de suerte.

Aun así, algo en aquella mujer me inquietaba. Era francesa obviamente, aunque hablaba un buen inglés, y me miraba con el entrecejo fruncido y un palpable aire de disgusto.

—Monsieur Fraser —dijo tocando a Jamie en el hombro con una posesividad que no me gustó nada—, ¿me permitiríais una palabra a solas?

Jamie entregó su capote a la doncella que venía a buscarlo y, echándome un vistazo, evaluó inmediatamente la situación.

—Por supuesto, Madame Jeanne —dijo cortésmente alargando una mano para conducirme hacia adelante—. Pero antes... permitidme presentaros a mi esposa, Madame Fraser.

—¿Vuestra... esposa? —Yo no habría podido decir si en la cara de la mujer predominaba la estupefacción o el horror—. Pero Monsieur Fraser... ¿La traéis aquí? Yo diría... una mujer... vaya y pase, aunque no está bien insultar a nuestras *jeunes filies*... ¡Pero una esposa! —Se quedó boquiabierta,

exhibendo varios molares cariados. Luego se sacudió bruscamente, recuperando su actitud serena y me saludó intentando mostrarse gentil—. *Bonsoir*... Madame.

—Igualmente —dije cortés.

—¿Mi cuarto está preparado, Madame? —preguntó Jamie. Sin aguardar respuesta, giró hacia la escalera llevándome consigo—. Vamos a pasar la noche aquí.

Se volvió para mirar al señor Willoughby, que había entrado con nosotros, y lo señaló con un gesto interrogante, mirando a Madame Jeanne con las cejas enarcadas. Ella observó un momento al chino; por fin dio una enérgica palmada para llamar a la criada.

—Averigua si Mademoiselle Josie está libre, Pauline, por favor —ordenó—. Luego lleva agua caliente y toallas limpias a Monsieur Fraser y su... esposa —dijo la última palabra con asombro.

—Ah, algo más, Madame, si sois tan amable. —Jamie se inclinó desde la barandilla, sonriéndole—. Mi esposa necesita un vestido nuevo; su guardarropa ha sufrido un desdichado accidente. ¿Podríais proporcionarle algo adecuado por la mañana? Gracias, Madame Jeanne. *Bonsoir*!

Lo seguí en silencio por cuatro tramos de escaleras. Mi mente era un torbellino. «Rufián», lo había llamado el muchacho de la taberna. Sin duda era sólo un insulto; algo así me parecía absolutamente imposible.

No sabía qué esperar, pero el cuarto era bastante normal, pequeño y limpio. Él se quitó el abrigo mojado y, después de tirarlo despreocupadamente al taburete, se sentó en la cama para quitarse los zapatos mojados.

—Dios mío, estoy muerto de hambre —dijo—. Espero que la cocinera no se haya acostado todavía.

—Jamie...

—Quítate la capa, *Sassenach* —indicó al verme aún en pie bajo la puerta—. Estás empapada.

—Sí. Bueno... sí. —Tragué saliva—. Es que... eh... Jamie, ¿por qué tienes habitación permanente en un burdel?

Se frotó la barbilla algo azorado.

—Lo siento, *Sassenach* —dijo—. No debería haberte traído aquí pero no se me ocurrió otro lugar donde pudieran remendarte el vestido en poco tiempo y servirnos una cena caliente. Además, tenía que poner al señor Willoughby donde no pudiera meterse en problemas. Y como de cualquier modo debíamos venir aquí... —Echó un vistazo a la cama—. Es mucho más cómoda que mi catre de la imprenta. Pero tal vez fue mala idea. Podemos irnos si te parece que...

—Eso no me molesta —interrumpí—. Lo que quiero saber es por qué tienes cuarto en un burdel. ¿Tan buen cliente eres?

—¿Cliente? —me miró con las cejas enarcadas—. ¿Aquí? Por Dios, *Sassenach*, ¿por quién me tomas?

—Maldita sea si lo sé. Por eso pregunto. ¿Vas a responderme o no?

—Supongo que sí. No soy cliente de Jeanne, pero ella es cliente mía... y de las buenas. Me reserva una habitación porque mi trabajo suele mantenerme en la calle hasta tarde y me gusta tener cama y comida caliente a cualquier hora. E intimidad. Este cuarto es parte de mi acuerdo con ella.

—En ese caso, la pregunta siguiente es: ¿qué negocios puede tener un impresor con la dueña de un burdel?

—No —musitó lentamente—. Creo que la pregunta no es ésa.

—¿No?

—No. —Con un movimiento fluido, se levantó de la cama para acercarse a mí tanto que me vi obligada a levantar la cabeza para mirarlo—. La pregunta, *Sassenach*, es: ¿por qué has vuelto?

—¡Bonita pregunta me haces! —Apreté las manos contra la madera áspera de la puerta—. ¿Por qué diablos crees que he vuelto?

—No lo sé. —Su suave voz escocesa sonaba tranquila—. ¿Has vuelto para volver a ser mi esposa? ¿O sólo para traerme noticias de mi hija? Eres la madre de mi hija. Sólo por eso te debo mi alma, por la certeza de que no he vivido en vano, de que mi hija está sana y salva. Pero ha pasado mucho tiempo, *Sassenach*, desde que tú y yo éramos una sola persona. Tú viviste tu vida... allí. Y yo la mía aquí. No

sabes nada de lo que he hecho ni de lo que he sido. ¿Volviste porque lo deseabas... o porque te sentías obligada?

Sentía un nudo en la garganta pero lo miré a los ojos.

—Volví porque... Te creía muerto. Pensaba que habías muerto en Culloden.

—Comprendo —dijo con suavidad—. Bueno, mi intención era morir. —Sonrió sin humor—. Me esforcé bastante. —Levantó la vista hacia mí—. ¿Cómo descubriste que no había muerto? ¿Y dónde estaba, además?

—Me ayudaron. Un joven historiador, llamado Roger Wakefield, encontró los registros y te siguió el rastro hasta Edimburgo. Entonces cuando leí «A. Malcolm» tuve la seguridad..., me pareció... que podías ser tú —concluí, desolada.

—Sí, comprendo. Y entonces viniste. Pero aun así, ¿por qué?

Por un momento lo miré sin hablar.

—¿Tratas de decirme que no me quieres aquí? —dije por fin—. En ese caso... Sé que tienes tu vida hecha. Tal vez... otros lazos...

Él se apartó de la ventana para contemplarme.

—Hace veinte años que ardo por ti, *Sassenach* —murmuró—. ¿No lo sabes? ¡Por Dios! Pero no soy el mismo que conociste hace veinte años, ¿verdad? —Me volvió la espalda con un gesto de frustración—. Ahora nos conocemos menos que cuando nos casamos. . —¿Quieres que me vaya? —La sangre me palpitaba en los oídos.

—¡No! —Me cogió los hombros con tanta fuerza que me eché involuntariamente hacia atrás—. No —repitió con más serenidad—. No quiero que te vayas. Ya te lo dije. Pero... necesito saber.

Inclinó la cabeza hacia mí con una pregunta atribulada en el rostro.

—¿Me quieres? —susurró—. ¿Vas a aceptarme, *Sassenach*, arriesgándote con el hombre que soy en aras del hombre que conociste?

Sentí una gran oleada de alivio mezclada con temor.

—Ya es demasiado tarde para preguntar eso —dije tocándole la mejilla donde la barba empezaba a asomar—. Porque ya he arriesgado todo lo que tenía. No importa quién eres ahora, Jamie Fraser. Sí. Te quiero, sí.

La luz de la vela centelleaba en sus ojos. Me alargó las manos y avancé, sin decir nada, hacia su abrazo.

—Tienes el valor de un demonio, ¿no? Como siempre.

—¿Y tú? ¿Sabes acaso cómo soy yo? Tú tampoco sabes lo que he estado haciendo en estos veinte años. Podría haberme convertido en una persona horrible.

—Supongo que es posible. Pero te diré algo, *Sassenach*: no creo que me importe.

—Tampoco a mí.

Parecía absurdo sentirme tímida con él, pero así era. Las aventuras de la noche, sus palabras, todo había abierto el abismo de la realidad: los veinte años no compartidos, el futuro ignoto que se extendía más allá.

Un golpecito en la puerta rompió la tensión. La criada traía la cena en una bandeja. Después de una tímida reverencia dirigida a mí y una sonrisa para Jamie, nos sirvió la cena (carne fría, caldo y pan de avena caliente con manteca) y encendió el fuego con mano práctica y veloz. Luego se retiró murmurando.

—Buenas noches.

Comimos lentamente, poniendo cuidado en conversar sólo de cosas neutras; yo le conté cómo había viajado desde Craigh na Dun a Inverness. Él, a su vez, me habló del señor Willoughby, a quien había encontrado borracho perdido y medio muerto de hambre, caído tras una hilera de toneles en los muelles de Burntisland.

Hablamos poco de cosas personales pero mientras comíamos me sentí cada vez más pendiente de su cuerpo. Al terminar la cena, en la mente de los dos predominaba la misma idea. Él vació su copa de vino y me miró directamente a los ojos.

—¿Quieres...? —Se interrumpió con el rubor acentuado en sus facciones pero tragó saliva y continuó—. ¿Quieres venir a la cama conmigo? Es decir —añadió de prisa—, hace frío, los dos nos hemos mojado y...

—Y no hay ningún sillón —terminé por él—. De acuerdo.

Me volví hacia la cama, sintiendo una extraña mezcla de entusiasmo y vacilación. Él se quitó con celeridad los pantalones y los calcetines.

—Lo siento, *Sassenach*. No se me ha ocurrido ayudarte con tus lazos.

«Así que no está habituado a desvestir mujeres», pensé sin poder contenerme, sonriendo ante la idea.

—No son lazos —murmuré—, pero si quieres echarme una mano con la parte de atrás...

Dejé a un lado mi capa y me volví hacia él, levantando el pelo para dejar el cuello del vestido a la vista. Hubo un silencio desconcertado. Luego sentí que deslizaba lentamente un dedo a lo largo de mi columna vertebral.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Se llama cremallera —expliqué—. ¿Ves esa pequeña lengüeta que tiene arriba? Basta con cogerla y tirar hacia abajo.

Los dientes de la cremallera se separaron con un rasguido; se aflojaron los costados del vestido.

Me erguí ante él, sin otra ropa que los zapatos y las medias de seda rosada sujetas con ligas. Sentía la urgente necesidad de recoger el vestido para subirlo otra vez, pero resistí con la espalda erguida y la barbilla en alto.

Él no dijo nada.

—¿Quieres decir algo, caramba? —exigí con voz algo trémula.

Abrió la boca pero siguió mudo, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Cielos —susurró por fin—. Claire... eres la mujer más hermosa que haya visto jamás.

—Estás perdiendo la vista —aseguré—. Debe de ser glaucoma porque no tienes edad para las cataratas.

El comentario le hizo reír. Entonces vi que en verdad estaba ciego: en sus ojos brillaba la humedad, pese a la sonrisa.

—Tengo vista de halcón —respondió igualmente convencido—, como siempre. Ven aquí.

Me llevó con gentileza hacia la cama y se sentó, conmigo en pie entre las rodillas. Me dio un beso suave en cada pecho y apoyó la cabeza entre ellos.

—Por Dios, podría reposar la cabeza aquí para siempre. Pero tocarte, mi *Sassenach*... esa piel como terciopelo blanco, las líneas largas de tu cuerpo...

Sentí el movimiento de su garganta al tragar saliva, la mano que descendía poco a poco por la curva de la cintura y la cadera.

—Buen Dios —murmuró—. No podría mirarte y mantener las manos quietas, tenerte cerca de mí y no desearte.

Luego me echó en la cama y se inclinó para besarme. Me quité los zapatos y le busqué el cuello.

—Quiero verte.

—Bueno, no hay mucho que ver, *Sassenach* —dijo con una risa insegura—. De cualquier modo, lo que hay es tuyo... si lo quieres.

Se quitó la camisa y, después de tirarla al suelo, se apoyó en las palmas de las manos para exhibir su cuerpo.

No sé qué esperaba yo, pero al ver su cuerpo desnudo me quedé sin aliento. Había cambiado, desde luego, pero los cambios eran sutiles, como si lo hubieran puesto en un horno para darle un buen acabado. Su piel se había oscurecido un poco, palideciendo hasta el blanco puro de la ingle teñido de venas azules en el que destacaba el rojizo vello púbico. Era obvio que no mentía al decir que me deseaba.

Cuando lo miré a los ojos torció súbitamente la boca.

—Una vez dije que sería sincero contigo, *Sassenach*.

Me eché a reír, aunque las lágrimas me escocían en los ojos.

—Yo también.

Alargué la mano, vacilante, y él me la cogió. Nos quedamos inmóviles. Cada uno tenía una intensa conciencia del otro; habría sido imposible no tenerla. El cuarto era pequeño y la atmósfera estaba tan cargada que resultaba casi visible.

—¿Tienes tanto miedo como yo? —pregunté al fin, ronca.

Él me observó con atención. Luego enarcó una ceja.

—No creo que sea posible. Tienes la piel de gallina. ¿Tienes miedo, *Sassenach*, o es sólo frío?

—Las dos cosas —dije.

—Cúbrete —rió él. Y me soltó la mano para apartar la colcha.

No dejé de temblar ni cuando se echó a mi lado, aunque el calor de su cuerpo me causó una fuerte impresión física.

—¡Caramba, tú sí que no tienes frío! —dije girando hacia él.

—No. Supongo que lo mío es miedo, ¿no?

Me rodeó suavemente con los brazos; al tocarle el pecho sentí su piel erizada.

—En nuestra noche de bodas también teníamos miedo. Tú me cogiste las manos. Dijiste que si nos tocábamos sería más fácil.

Emitió un leve sonido; mis dedos acababan de encontrar una tetilla.

—Es cierto —dijo sofocado—. Por Dios tócame otra vez así. —Tensó súbitamente las manos para estrecharme contra él—. Tócame y deja que te toque, *Sassenach* mía. Cuando nos casamos —susurró—, cuando te vi allí, tan hermosa con tu vestido blanco, sólo pude pensar en el momento en que estuviéramos solos para desatarte los lazos y tenerte desnuda en la cama, a mi lado.

—Y ahora, ¿me quieres? —susurré besando la piel bronceada de la clavícula. Tenía un sabor levemente salado. Su pelo olía a humo de leña.

En vez de responder se movió bruscamente para hacerme sentir su rígida virilidad en el vientre.

Fue tanto el terror como el deseo lo que me llevó a apretarme contra él. Lo deseaba, sí; me dolían los pechos y sentía el vientre tenso y la entrepierna húmeda por la excitación sexual. Pero tan fuerte como la lujuria era el simple deseo de ser suya, de que me dominara, de que me poseyera con vigor para hacerme olvidarlo todo.

Sentí su necesidad en el temblor de las manos que me rodeaban las nalgas, en la involuntaria sacudida de sus caderas, que él contuvo de inmediato. «Hazlo», pensé. «¡Hazlo ahora mismo, por Dios, y sin ninguna suavidad!»

No podía decirlo. Le vi la urgencia en la cara, pero él tampoco podía decirlo; era a la vez demasiado pronto y demasiado tarde para intercambiar esas palabras. Pero los dos habíamos compartido otro lenguaje que mi cuerpo aún recordaba. Presioné con violencia las caderas contra él. Estábamos a un segundo de la decisión final.

—Dame la boca, *Sassenach* —pidió suavemente inclinándose hacia mí. Su cabeza bloqueó la luz de la vela, dejando sólo un vago resplandor y la oscuridad de su tez. Me abrí a él con un leve jadeo. Su lengua buscó la mía.

Le mordí el labio y él retrocedió un poquito, sobresaltado.

—Jamie—dije—. ¡Jamie!

Era todo lo que podía pronunciar, pero impulsé las caderas contra él, instándolo a la violencia. Luego le clavé los dientes en el hombro. Él me penetró con fuerza.

—¡No te detengas, por Dios! —exclamé.

Su cuerpo, al oírme, respondió en el mismo idioma. Las manos que me sujetaban las muñecas se tensaron. La fuerza de sus embates me llegó hasta el vientre.

Luego me soltó las muñecas y cayó a medias sobre mí, inmovilizándome las caderas con las manos.

Cuando me retorcí contra él me mordió en el cuello.

Yo me estaba quieta sólo porque no podía moverme. Sentía un palpitar en las costillas, pero no sabía si era mi corazón o el suyo.

Luego él se movió dentro de mí. Bastó para provocarme una convulsión a modo de respuesta. Indefensa bajo su cuerpo, sentí que mis espasmos lo acariciaban, instándolo a acompañarme.

Arqueó la espalda hacia atrás, levantándose sobre las manos. Luego, lentamente, abrió los ojos para mirarme con indecible ternura.

—Oh, Claire —susurró—. Oh, Claire, por Dios.

Y se dejó llevar, muy dentro de mí, sin moverse. Por fin dejó caer la cabeza con un sollozo y el pelo le ocultó la cara. Cada sacudida entre mis piernas despertaba un eco en mí.

Cuando todo hubo terminado, muy suavemente, bajó hasta apoyar la cabeza sobre la mía y quedó como muerto.

Por fin salí de mi éxtasis; apoyé la mano en la base del esternón, donde su pulso latía lento y fuerte.

—Es como andar en bicicleta, supongo —dije—. Antes no tenías tanto vello en el pecho, ¿lo sabías?

—No —respondió somnoliento—. No se me ha ocurrido contarlos. ¿Las bicicletas tienen mucho vello?

Me cogió por sorpresa y me eché a reír.

—No —dije—, quise decir que recordamos bien cómo se hacía.

Jamie abrió un ojo para clavarme una mirada reflexiva.

—Habría que ser muy tonto para olvidarlo, *Sassenach* —comente»—. Puede que me falte práctica pero aún no he perdido todas mis facultades.

Pasamos largo rato quietos, sintiendo la respiración del otro.

El edificio era sólido y el ruido de la tormenta ahogaba casi todos los ruidos interiores pero de vez en cuando se oían pisadas, una risa masculina o la voz aguda de una mujer.

Jamie se agitó algo incómodo.

—Habría sido mejor llevarte a una taberna —dijo—. Sólo que...

—No importa —le aseguré—. Francamente, había imaginado acostarme contigo en muchos lugares, pero nunca pensé en un burdel. —No quería parecer entrometida pero se impuso la curiosidad—. Tú... eh... ¿eres el propietario de esta casa, Jamie?

—¿Yo? Dios bendito, *Sassenach*, ¿por quién me tomas?

—Bueno, qué sé yo —señalé con cierta aspereza—. Cuando te encuentro, lo primero que haces es desmayarte. En cuanto puedes ponerte en pie, nos atacan en una taberna y nos persiguen por todo Edimburgo en compañía de un chino degenerado. Y terminamos en un burdel... cuya Madame parece mantener una relación sumamente familiar contigo, por cierto. Luego te quitas la ropa, anuncias que eres una persona horrible, con un pasado de depravación, y me llevas a la cama. ¿Qué puedo pensar?

La risa ganó el combate.

—Bueno, no soy ningún santo, *Sassenach* —reconoció—. Pero tampoco soy un rufián.

—Me alegro de saberlo. —Hubo una pausa momentánea—, ¿Tienes intención de decirme a qué te dedicas? ¿O debo ir enumerando las vergonzosas posibilidades hasta acertar por aproximación?

—¿Eh? —murmuró divertido por la sugerencia—. ¿Qué supones tú?

Lo observé con atención.

—Bueno, apostaría mis enaguas a que no eres impresor —dije.

Jamie ensanchó la sonrisa.

—¿Por qué?

Le clavé un dedo en las costillas.

—Estás en muy buen estado físico. Después de los cuarenta años, casi todos los hombres empiezan a echar barriga. Tú no tienes un gramo de más.

—Eso es porque no tengo quien me cocine —aclaró con melancolía—. Tú tampoco estarías gorda si comieras siempre en una taberna. —Me dio una palmada familiar en el trasero.

—No trates de distraerme —protesté recobrando mi dignidad—. Tampoco tienes los músculos de quien trabaja como un esclavo en la prensa.

—¿Alguna vez has trabajado en una, *Sassenach*? —Enarcó una ceja despectiva.

—No —reconocí—. ¿No te habrás metido a bandolero?

—No —respondió sonriente—. Prueba otra vez.

—¿Estafas?

—No.

—Secuestros por rescate, no, no creo —dije, contando las posibilidades con los dedos—. ¿Raterías? No. ¿Piratería? No, imposible, a menos que te hayas curado de los mareos. ¿Usura? Difícil.

Lo miré fijamente, dejando caer la mano.

—La última vez que te vi eras un traidor pero ése no me parece buen modo de ganarse la vida.

—Oh, sigo siendo un traidor —me aseguró—, sólo que últimamente no me han condenado.

—¿Últimamente?

—Pasé varios años encarcelado por traidor, *Sassenach* —recordó—. Por el Alzamiento. Pero fue hace tiempo.

—Sí, lo sabía.

Dilató los ojos.

—¿Lo sabías?

—Eso y algo más. Te lo diré después. Pero dejémoslo por el momento y volvamos a la cuestión. ¿Cómo te ganas la vida en la actualidad?

—Soy impresor —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y también traidor?

—Y también traidor. En los dos últimos años me han arrestado dos veces por sedición. Pero no pudieron probar nada.

—¿Y qué te pasará si un día de estos pueden probarlo?

Agitó en el aire la mano libre.

—Oh, picota, flagelación, cárcel, deportación... Ese tipo de cosas. No es probable que me ahorquen.

—Qué alivio —dije.

—Te lo advertí —recordó. Ya no bromeaba. Sus ojos azules estaban serios y vigilantes.

—Es cierto —reconocí aspirando profundamente.

—¿Quieres dejarme? —hablaba con indiferencia pero lo vi apretar la colcha.

—No. —Le sonreí como pude—. No he vuelto para hacer el amor contigo una sola vez. Vine para que estemos juntos... si me aceptas —concluí.

—¡Que si te acepto! —dejó escapar el aliento y se sentó en la cama cruzando las piernas—. No... ni siquiera puedo decir lo que he sentido al tocarte, *Sassenach*, cuando me di cuenta de que realmente eras tú. —Me recorrió con la vista—. Encontrarte otra vez... y volver a perderte... —Se interrumpió.

Seguí con un dedo la línea nítida del pómulo y la mandíbula.

—No me perderás —dije—. Nunca más. Aunque me entere de que has cometido bigamia y te han arrestado por borracho.

Se apartó con brusquedad. Dejé caer la mano, sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Bueno... —Se interrumpió frunciendo los labios—. Es que...

—¿Qué? ¿Hay alguna cosa que no me hayas dicho?

—Bueno, imprimir panfletos sediciosos no es muy rentable —explicó.

—Supongo que no. —Se me estaba acelerando otra vez el corazón ante la perspectiva de nuevas revelaciones—. ¿Qué otra cosa has estado haciendo?

—Sólo un poquito de contrabando —respondió en tono de disculpa—. Como actividad secundaria, ¿sabes?

—¿Eres contrabandista? —Lo miré fijamente—. ¿De qué?

—Principalmente, de whisky. Y también algo de ron, bastante vino francés y batista.

—¡Así que era eso! —Las piezas del rompecabezas encajaron: el señor Willoughby, los muelles de Edimburgo y nuestro alojamiento actual—. De ahí tu vinculación con este lugar. Y el hecho de que Madame Jeanne sea cliente tuya.

—Claro —asintió—. Da muy buen resultado: cuando el licor llega de Francia, lo almacenamos en uno de los sótanos de esta casa. Jeanne nos compra directamente una parte y nos guarda el resto hasta que podemos despacharlo.

—Hum... y como parte del arreglo —dije delicadamente— tienes... eh...

Los ojos azules se entrecerraron.

—La respuesta a lo que estás pensando, *Sassenach*, es «no» —dijo con firmeza.

—¿No? —Me sentía sumamente complacida—. ¿Así que lees el pensamiento? Y dime, ¿qué estoy pensando?

—Te estás preguntando si a veces cobro en especies, ¿verdad?

—Bueno, sí —admití—. Aunque eso no es asunto mío.

—¿Te parece que no? —Enarcó las cejas rojizas y me cogió los hombros para acercarme a él. Parecía algo sofocado—. ¿No?

—Sí —corregí igualmente sofocada—. ¿Y no lo haces?

—No. Ven aquí.

Me envolvió entre sus brazos. La memoria del cuerpo no es como la de la mente. Mi cuerpo lo conocía y le respondía de inmediato, como si sus manos se hubieran separado de mí no años atrás sino segundos antes.

—Tuve más miedo esta vez que en nuestra noche de bodas —murmuré.

—¿De veras? —Tensó los brazos a mi alrededor—. ¿Te asusto, *Sassenach*?

—No. Sólo que... la primera vez... no creía que fuera para siempre. Entonces quería irme.

Soltó un leve resoplido.

—Y te fuiste, pero has vuelto. Estás aquí. Es lo único que importa.

Me incorporé para mirarlo. Tenía los ojos cerrados.

—¿Qué pensaste la primera vez que hicimos el amor? —pregunté.

Abrió lentamente los ojos azules para posarlos en mí.

—Para mí siempre fue definitivo, *Sassenach* —dijo sencillamente.

Poco después nos dormimos abrazados, con el ruido de la lluvia en las persianas.

Fue una noche sin sosiego. Me sentía demasiado exhausta para permanecer despierta un momento más, pero también demasiado feliz para dormir profundamente. Quizá temía que Jamie desapareciera si me quedaba dormida. Tal vez él pensaba lo mismo.

En alguna hora profunda y silenciosa de la madrugada, se volvió hacia mí sin decir palabra y yo hacia él, e hicimos el amor con ternura, sin hablar.

Suave como el vuelo de una polilla en la oscuridad, mi mano rozó su pierna y descubrió la fina cicatriz. La seguí con los dedos y me detuve al final, preguntando sin palabras: «¿Cómo?»

Su respiración cambió con un suspiro. Me cubrió la mano con la suya.

—Culloden —dijo.

Esa palabra susurrada era una evocación de tragedia y muerte... y de nuestra separación.

—Jamás te dejaré —murmuré—. Nunca más.

Poco después sentí que volvía a cambiar de posición.

—Descríbemela —susurró—. Qué tiene de ti y de mí. Las manos, ¿son como las tuyas o como las mías? Descríbemela para que la vea.

Puso la mano junto a la mía. Era la mano sana: dedos rectos, uñas cortas, cuadradas y limpias.

—Como las mías. —Mi voz sonaba ronca por la falta de sueño. En la casa reinaba el silencio. Levanté los dedos un par de centímetros—. Tiene las manos largas y finas, como yo, pero más grandes: de dorso ancho y con una profunda curva cerca de la muñeca... como ésta, como la tuya. Y le palpita el pulso justo aquí, como a ti. —Toqué una vena donde la muñeca se une con la mano—. Las uñas son cuadradas, como las tuyas. Pero tiene el meñique derecho torcido, igual que yo —añadí mostrándolo—. Tío Lambert me dijo que mi madre también lo tenía así.

Mi madre había muerto cuando yo tenía cinco años. No la recordaba con claridad pero pensaba en ella cada vez que veía inesperadamente mi propia mano.

—Tiene esta línea —continué suavemente, contorneando la curva entre la sien y la mejilla—. Los ojos son los tuyos, con las mismas pestañas y las mismas cejas. La nariz de los Fraser. La boca es más parecida a la mía, con el labio inferior grueso pero ancha como la tuya. La barbilla es puntiaguda como la mía, pero más fuerte. Es alta; mide casi uno ochenta.

Al sentir su respingo de estupefacción le toqué la rodilla con la mía.

—Las piernas son tan largas como las tuyas, pero muy femeninas.

—¿Y tiene esta vena azul, justo aquí? —Me puso tiernamente el pulgar en el hueco de la sien—. ¿Y las orejas como alas diminutas, *Sassenach*?

—Siempre se ha quejado de sus orejas; dice que sobresalen —dije. Las lágrimas me escocían mientras Brianna iba cobrando vida entre los dos—. Las tiene perforadas. No te molesta, ¿verdad? —añadí rápidamente para mantener las lágrimas a raya—. Frank decía que era vulgar y que no debía hacerlo, pero ella insistía; cuando cumplió los dieciséis se lo permití. Me pareció mal prohibírselo si yo tenía las orejas perforadas y todas sus amigas también. No quise... no quise...

—Hiciste bien —dijo interrumpiendo el torrente de frases medio histéricas. Me estrechó con suave firmeza—. Hiciste bien. Has sido una madre maravillosa, lo sé.

Yo lloraba otra vez sin hacer ruido temblando contra él.

—Me diste una hija, *mo nighean donn* —murmuró él—. Estamos juntos para siempre. Ella está bien. Viviremos para siempre, tú y yo.

Me besó levemente y apoyó la cabeza en la almohada.

—Brianna —susurró con aquella extraña entonación montañesa que hacía del nombre algo muy suyo. Suspiró profundamente. Un instante después dormía. Al siguiente yo también me dormí.

26

El desayuno tardío de las prostitutas

Tras varios años de responder a las llamadas de la maternidad y de la profesión médica, había desarrollado la habilidad de despertar completamente del sueño más profundo.

Jamie no estaba en la cama; sin alargar la mano ni abrir los ojos, supe que su sitio estaba vacío. Sin embargo, él debía de estar cerca. Giré la cabeza sobre la almohada, abriendo los ojos.

Llenaba el cuarto una luz gris que borraba todos los colores, pero marcaba claramente en la penumbra las líneas de su cuerpo. Estaba en pie junto a la palangana. Admiré la redondez de sus nalgas, el pequeño hueco musculoso que las hacía iguales y su pálida vulnerabilidad.

Él se volvió, sereno y algo abstraído. Al ver que lo estaba observando pareció algo sobresaltado. Sonreí en silencio; no se me ocurría nada que decir. Él vino a sentarse en la cama.

—¿Has dormido bien? —pregunté al fin, estúpidamente.

Una amplia sonrisa le ensanchó la cara.

—No—dijo—.¿Y tú?

—Tampoco. —Sentí su calor, pese a la distancia y lo glacial de la habitación—. ¿No tienes frío?

—No.

Nos quedamos en silencio, pero no podíamos dejar de mirarnos. Lo observé con atención, comparando mis recuerdos con la realidad.

—Eres más corpulento de lo que recordaba —aventuré.

Él torció la cabeza para mirarme con aire divertido.

—Y tú pareces algo más pequeña.

Mi mano se perdió en la suya; sentía la boca seca. Tragué saliva.

—Hace mucho tiempo me preguntaste si sabía qué había entre tú y yo —dije.

—Lo recuerdo —confirmó con suavidad, ciñendo brevemente los dedos a mi muñeca—. Cómo es... tocarte; acostarme contigo.

—Yo te respondí que no lo sabía.

—Entonces yo tampoco. —La sonrisa casi se había esfumado, pero seguía allí, acechando en la comisura de la boca.

—Y aún no lo sé —proseguí—. Pero... —me interrumpí con un carraspeo.

—Pero aún existe —completó él. La sonrisa pasó de los labios a los ojos—. ¿No?

Era cierto. Me sentía tan consciente de su presencia como si hubiera tenido un cartucho de dinamita encendido, pero la sensación había cambiado entre los dos. Al quedarnos dormidos éramos un solo cuerpo, ligados por el amor de la hija engendrada por los dos; despertábamos siendo dos personas... vinculadas por algo diferente.

—Sí. Es decir... ¿Crees que es sólo por Brianna?

Aumentó la presión en mis dedos.

—¿Si te quiero por ser la madre de mi hija? —Enarcó una ceja rojiza, con aire de incredulidad—. No. Y no porque no te lo agradezca —añadió apresuradamente—. Pero no es por eso. Creo que podría observarte durante horas enteras, *Sassenach*, para ver en qué has cambiado y en qué sigues siendo la misma. Sólo para ver pequeños detalles, como la curva de tu barbilla o las orejas, con esas pequeñas perforaciones. Todo eso está igual que antes. El pelo... yo te llamaba *mo nighean donn*, ¿te acuerdas?

Su voz era poco más que un susurro; acarició mis rizos con sus dedos.

—Supongo que eso ha cambiado un poco —dije.

—Como roble bajo la lluvia —sonrió él, alisando un mechón—. Con gotas de agua cayendo desde las hojas, a lo largo de la corteza.

Le acaricié el muslo, tocando la larga cicatriz.

—Ojalá hubiera estado allí para atenderte —musité—. Fue lo más horrible que hice en mi vida: abandonarte, sabiendo que... que ibas a hacerte matar. —Apenas pude pronunciar la palabra.

—Bueno, me esforcé bastante. —Su mueca irónica me hizo reír, pese a la emoción—. No fue culpa mía si no tuve éxito. —Echó un vistazo indiferente a la cicatriz—. Tampoco fue culpa del *Sassenach* ni de su bayoneta.

Me incorporé sobre un codo, entornando los ojos para estudiar la herida.

—¿Eso te lo hicieron con una bayoneta?

—Bueno, sí. Es que se infectó.

—Lo sé; encontramos el diario de lord Melton, el que te envió a tu casa desde el campo de batalla. Él no creía que pudieras llegar.

Resopló.

—Y casi acertó. Cuando me sacaron de la carreta, en Lallybroch, estaba medio muerto. —Su cara se ensombreció por los recuerdos—. Dios mío, a veces despierto en medio de la noche soñando con esa carreta. Fueron dos días de viaje, con frío y fiebre.

—Debió ser horrible —reconocí, aunque la palabra parecía insuficiente.

—Sólo resistí porque imaginaba lo que le haría a Melton si

volvía a encontrarlo, para vengarme de él por no haberme fusilado.

Reí otra vez. Jamie me miró con una sonrisa torcida.

—No tiene nada de divertido —reconocí tragando saliva—. Río por no llorar.

—Sí, lo sé.

Me estrechó la mano. Yo aspiré hondo.

—No... no quise mirar atrás. No me sentía capaz de averiguar... lo que había sucedido. —Me mordí el labio; reconocerlo parecía una traición—. No es que tratara... que quisiera... olvidarte —añadí buscando torpemente las palabras—. No podía. Jamás. Pero...

—No te aflijas, *Sassenach* —me interrumpió dándome una palmadita en la mano—. Te entiendo. Yo también trataba de no recordar.

—Pero si lo hubiera hecho —confesé bajando la vista a la sábana— tal vez te habría encontrado antes.

—¿Y entonces qué? ¿Habrías dejado a la niña allí, sin su madre? ¿Habrías vuelto a mí en los tiempos posteriores a Culloden, cuando sólo habría podido verte sufrir con los demás, sin poder cuidar de ti, sintiéndome culpable por llevarte a ese destino? —Enarcó una ceja interrogante; luego sacudió la cabeza—. No: yo te dije que te fueras y que olvidaras. ¿Cómo podría criticarte por hacer lo que te indiqué, *Sassenach*?

—¡Pero habríamos tenido más tiempo! Podríamos...

Él me interrumpió con el simple recurso de apoyar la boca contra la mía. Al cabo de un momento me soltó.

—Sí, es cierto. Pero no podemos pensar en eso. —Me miró con firmeza, analizando—. No puedo mirar atrás y seguir viviendo, *Sassenach*. Si no tuviéramos más que la noche pasada y este momento, me bastaría.

—¡A mí no! —protesté.

Él se echó a reír.

—Eres una pequeña codiciosa.

—Sí.

La tensión se había quebrado. Volví a concentrarme en su cicatriz.

—Me estabas contando cómo te hicieron eso.

—Bueno, fue Jenny... mi hermana, ¿recuerdas?

La recordaba, sí: tan morena como pelirrojo él y mucho más pequeña, pero podía medirse con su hermano, y aún superarlo, en cuestión de tozudez.

—Dijo que no iba a dejarme morir —continuó él con una sonrisa melancólica—. Y lo cumplió. Al parecer, yo no tenía derecho a opinar sobre el asunto, porque no se molestó en consultarme.

—Muy propio de Jenny. —Sentí un leve fulgor de consuelo al pensar en mi cuñada: Jamie no había estado tan solo como yo creía.

—Me dio bebedizos para la fiebre y me puso cataplasmas en la pierna para sacar el veneno. Pero no dieron resultado y mi pierna empeoraba. Estaba hinchada y maloliente; después empezó a ponerse negra. Entonces pensaron que tendrían que cortármela para salvarme la vida.

Lo relataba con bastante despreocupación, pero yo me sentí algo descompuesta.

—Es obvio que no lo hicieron —observé—. ¿Por qué?

—Bueno, fue por Ian. Él no lo permitió. Dijo a Jenny que sabía demasiado bien lo que era vivir con una sola pierna y, si bien a él no le molestaba mucho, estaba seguro de que a mí no me gustaría, por muchas razones.

El gesto de la mano las abarcó todas: la pérdida del combate, de la guerra, de mí, de su hogar y su medio de vida, todo lo que componía su vida normal.

—Entonces Jenny hizo que tres de los arrendatarios se sentaran encima de mí para mantenerme inmóvil. Luego me abrió la pierna hasta el hueso con un cuchillo de cocina y lavó la herida con agua hirviendo —dijo tranquilamente.

—¡Cielo santo! —balbuceé horrorizada.

Él sonrió vagamente.

—Bueno, dio resultado.

Tragué saliva con dificultad; tenía gusto a bilis.

—¡Por Dios, podrías haber quedado inválido de por vida!

—Bueno, ella limpió la herida lo mejor que pudo y me la cosió. Dijo que no me permitiría morir, ni quedar inválido, ni pasarme el día tendido en la cama sintiendo lástima de mí mismo, ni... —Se encogió de hombros resignado—. Cuando acabó de enumerar todo lo que no iba a permitirme, lo único que me quedaba era reponerme.

Imité su risa. Él ensanchó la sonrisa ante el recuerdo.

—Cuando pude levantarme, hizo que Ian me llevara fuera después de oscurecer, para que caminara. ¡Hermoso espectáculo! Él, con su pata de palo; yo, con mi bastón; los dos renqueando de aquí para allá, como un par de cigüeñas cojas.

—Pasaste años viviendo en una caverna, ¿no? Hay una leyenda sobre eso.

Elevó las cejas, sorprendido.

—¿Una leyenda? —Parecía entre complacido y abochornado—. Me parece un tema algo tonto para una leyenda.

—Hay algo más dramático: que te hiciste entregar a los ingleses para cobrar la recompensa que habían puesto a tu cabeza —comenté más seca aún—. ¿No fue un riesgo bastante grande?

—Supuse que la prisión no sería tan horrible —confesó incómodo—, y teniendo en cuenta todo...

Traté de hablar con calma, aunque sentía deseos de sacudirlo con súbita y ridicula furia retrospectiva.

—¡Qué prisión ni prisión! Sabías perfectamente que podían ahorcarte, ¿no? ¡Y aun así lo hiciste!

—Tenía que hacer algo. —Se encogió de hombros—. Si los ingleses eran tan tontos como para pagar un buen precio por un triste despojo... Bueno, no hay ninguna ley que prohiba aprovecharse de los tontos, ¿verdad?

—No sé quién era el tonto —manifesté sin mirarlo—. De cualquier modo, debes saber que tu hija está muy orgullosa de ti.

—¿En serio? —Parecía estupefacto.

—Por supuesto. Eres un héroe, ¿no?

Jamie enrojeció.

—¿Yo? ¡No! —Se pasó una mano por el pelo, como solía hacer cuando estaba pensativo o turbado—. No hubo nada de heroico en eso. Yo... no aguantaba más. Ver que todos pasaban hambre y no poder cuidarlos... Jenny, Ian y los niños, todos los arrendatarios y sus familias... —Me miró con aire indefenso—. No me importaba que los ingleses me ahorcaran o no. Supuse que no lo harían, por lo que tú me habías dicho, pero aun pensando lo contrario lo habría hecho. Pero eso no fue valor, *Sassenach*, en absoluto.

—Comprendo —dije suavemente después de una pausa—. Comprendo.

—¿De veras? —Estaba serio.

—Te conozco, Jamie Fraser.

—¿De veras? —repitió. Pero una leve sonrisa le sombreaba la boca.

—Creo que sí.

La sonrisa se ensanchó, pero antes de que pudiera hablar llamaron a la puerta. Di un respingo, como si hubiera tocado un hierro caliente. Jamie, riendo, me dio una palmada en la cadera y fue a abrir.

—No creo que sea la policía, *Sassenach*, sino la criada con el desayuno. Y estamos casados, ¿no? —Enarcó una ceja interrogante.

—De cualquier modo, ¿no deberías ponerte algo? —pregunté en el momento en que tocaba el pomo de la puerta.

Se miró.

—No creo que la gente de esta casa se horrorice por algo así, *Sassenach*. Pero debo respetar tu sensibilidad. —Dirigiéndome una ancha sonrisa, cogió una toalla del lavamanos para envolverse la cadera como al desgaire.

Divisé en el pasillo una alta silueta de hombre y de inmediato me cubrí con las sábanas hasta la cabeza. Al oír la voz del visitante me alegré de estar momentáneamente fuera de su vista.

—¿Jamie? —Se le oía bastante sobresaltado. Lo reconocí de inmediato, a pesar de no haberlo oído en veinte años. Espié por debajo de las mantas.

—Claro que soy yo —dijo Jamie bastante irritado—. ¿Para qué tienes los ojos, hombre?

Tiró de su cuñado para meterlo dentro de la habitación y cerró la puerta.

—Ya veo que eres tú —replicó Ian con un deje de aspereza—, ¡Pero no podía dar crédito a mis ojos!

Vi hebras grises en el pelo castaño y en la cara y las arrugas de muchos años de trabajos pesados.

—El muchacho de la imprenta me dijo que no habías pasado la noche allí. Y ésta era la dirección a la que Jenny te enviaba las cartas —dijo—. ¡Pero nunca pensé que te encontraría en un prostíbulo, Jamie! No estaba seguro, cuando esa... esa señora me abrió la puerta. Pero después...

—No es lo que crees, Ian —advirtió Jamie.

—¿Ah, no? ¡Y Jenny temiendo que cayeras enfermo por vivir tanto tiempo sin mujer! Le diré que no tiene por qué preocuparse. ¿Y dónde está mi hijo, dime? ¿En otro cuarto, con alguna otra mujerzuela?

—¿Tu hijo? —La sorpresa de Jamie era evidente—. ¿Cuál?

Ian miró a Jamie. En su cara larga y sencilla, el enfado se había convertido en alarma.

—¿No lo tienes contigo? ¿El pequeño Ian no está aquí?

—¿El pequeño Ian? ¡Por Dios, hombre, cómo puedes creerme capaz de traer a un burdel a un chico de catorce años!

Ian abrió la boca. Luego volvió a cerrarla y se sentó en el taburete.

—Si quieres que te diga la verdad, Jamie, ya no sé de qué eres capaz. —Miró a su cuñado con los dientes apretados—. En otros tiempos lo sabía, pero ahora ya no.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —Vi enfurecerse la expresión de Jamie.

Ian echó un vistazo a la cama. Jamie seguía sonrojado, pero vi que le temblaba la comisura de la boca. Se inclinó en una complicada reverencia.

—Te pido perdón, Ian. Estoy faltando a la buena educación. Permíteme presentarte a mi compañera.

Se acercó a la cama y retiró los cobertores.

—¡No! —exclamó Ian, levantándose de un brinco y mirando cualquier cosa menos la cama.

—¿Qué, no vas a saludar a mi esposa?

—¿Tu esposa? —Ian lo miró con horror—. ¿Te has casado con una ramera?

—Yo no diría eso exactamente —intervine.

Al oír mi voz, Ian volvió bruscamente la cabeza hacia mí.

—Hola —saludé, agitando alegremente la mano desde mi nido de mantas—. Cuánto tiempo sin vernos.

Siempre había pensado que los libros exageraban al describir la reacción de quien veía un fantasma, pero ante lo visto desde mi retomo al pasado tendría que revisar mis opiniones: Jamie se había desmayado. Ian no tenía, literalmente, los pelos de punta, pero sí parecía loco del susto.

—Eso te enseñará a no pensar tan mal de mí —dijo Jamie con evidente satisfacción. Luego, compadecido de su trémulo cuñado, le sirvió un poco de coñac—. Juzgad y seréis juzgados, ¿no?

—¿Qué...? —exhaló Ian sollozando al mirarme—. ¿Cómo...?

—Es una larga historia —dije. Jamie asintió con la cabeza—. No creo conocer al joven Ian. ¿Ha desaparecido? —pregunté cortésmente.

Él asintió maquinalmente, sin apartar los ojos de mí.

—El viernes pasado se fugó de casa —dijo aturdido—. Dejó una nota diciendo que vendría con su tío.

Bebió un sorbo de coñac que le hizo toser hasta casi llorar.

—No es la primera vez, ¿sabes? —me dijo. Parecía estar recobrando el dominio de sí.

Jamie se sentó en la cama y me cogió la mano.

—No he visto a tu hijo desde que le mandé a casa con Fergus, hace seis meses —dijo. Comenzaba a estar tan preocupado como Ian—. ¿Estás seguro de que venía hacia aquí?

—Bueno, eres su único tío, que yo sepa —replicó el otro bastante agrio. Dejó la copa, después de beber de un solo trago el resto del coñac.

—¿Fergus? —interrumpí—. ¿Fergus está bien? —Sentía una oleada de júbilo al pensar en el huérfano francés que Jamie había traído a Escocia como sirviente.

Él me miró.

—Oh, sí. Fergus ya es todo un hombre. Ha cambiado un poco, por supuesto. —Una sombra le cruzó la cara, pero la despejó una sonrisa—. Se alegrará muchísimo de volver a verte, *Sassenach*.

Ian se había levantado para pasearse.

—No se fue a caballo —murmuró—. No tiene nada que alguien pueda querer robarle. —Giró hacia su cuñado—. ¿Por dónde lo trajiste la última vez? ¿Por tierra, rodeando el Firth, o navegando?

—No fui a buscarle hasta Lallybroch. Él cruzó con Fergus el paso de Carryarrick y se reunió conmigo junto al lago Laggan. Después bajamos por Struan, Weem y... sí, ya recuerdo. Para no cruzar por las tierras de Campbell nos desviamos hacia el este y cruzamos el Forth a la altura de Donibristle.

—¿Crees que habrá hecho el mismo trayecto?

—Es posible. —Jamie meneó la cabeza dubitativo.

El padre volvió a pasearse, con las manos cruzadas a la espalda.

—La última vez que se fugó le di una paliza que no pudo sentarse en varios días. —Tenía los labios apretados. Adiviné que el joven Ian era una verdadera prueba para él—. Creía que no iba a cometer otra vez la misma estupidez.

Jamie resopló, no sin simpatía.

—¿Alguna vez una paliza te impidió hacer lo que tenías decidido?

Ian dejó de pasearse para caer de nuevo en el taburete.

—No —suspiró—, pero supongo que fue un alivio para mi padre.

Su cara se partió en una sonrisa contrariada. Jamie reía.

—Debe de estar bien —declaró Jamie, confiado, mientras dejaba caer la toalla para ponerse los pantalones—. Voy a divulgar que lo estamos buscando. Si está en Edimburgo, lo sabremos antes de que caiga la noche.

Ian echó un vistazo a la cama y se levantó precipitadamente.

—Voy contigo.

—De acuerdo. —La cabeza de Jamie asomó por el cuello de la camisa con el entrecejo fruncido—. Tendrás que quedarte aquí, *Sassenach* —dijo.

—Supongo que sí —reconocí con sequedad—. Como no tengo ropa...

La criada se había llevado mi vestido después de servirnos la cena. Ian levantó las cejas hasta la línea del pelo, pero Jamie se limitó a asentir.

—Antes de salir hablaré con Jeanne —prometió pensativo—. Quizá me retrase un poco, *Sassenach*. Tengo... algunos asuntos que atender. —Me estrechó la mano—. Me gustaría quedarme pero... ¿Me esperarás aquí?

—No te preocupes —le aseguré, señalando la toalla que él había descartado—. No pienso salir vestida con eso.

Cuando el ruido de sus pisadas desapareció por el pasillo, me recosté sobre las almohadas, somnolienta y satisfecha. Sentía agradables dolores en varios sitios desacostumbrados y, si bien me resistía a separarme de Jamie, también era grato pasar algún tiempo a solas, recordando.

Me sentía como quien ha recibido un cofre cerrado con un tesoro, perdido mucho tiempo atrás. Palpaba su forma y su agradable peso, encantada de poseerlo, pero aún no sabía con exactitud qué había dentro.

Me moría por saber qué había hecho Jamie, qué había dicho y pensado durante todos los días de nuestra separación. Indudablemente, tras haber sobrevivido a Culloden debía de haber rehecho su vida... y conociendo a Jamie Fraser, no podía pensar que ésta hubiera sido sencilla. Pero una cosa era saber eso y otra diferente enfrentarme a la realidad.

Eran muchas las preguntas que no había tenido tiempo de formular. ¿Qué había sido de la familia, allá en Lallybroch, de su hermana y sus sobrinos? Obviamente, Ian estaba sano y salvo, pese a la pata de palo. Pero el resto de la familia, los arrendatarios de la finca, ¿habrían sobrevivido a la destrucción de las Tierras Altas? Y, de ser así, ¿qué hacía Jamie en Edimburgo? ¿Y qué dirían ellos cuando se enteraran de mi súbita reaparición?

Bueno, ya nos ocuparíamos del tema llegado el momento. Más curiosidad me despertaban las actividades ilegales de Jamie, su extensión y su peligro. Conque contrabando y sedición, ¿no? Sabía que, en las Tierras Altas de Escocia, el contrabando era una profesión tan honorable como robar ganado veinte años atrás, que entrañaba riesgos relativamente escasos. La sedición era otra cosa; parecía una ocupación bastante peligrosa para un ex jacobita convicto.

Probablemente, ésa era la razón por la que usaba un nombre falso... al menos una de las razones. Pese a lo turbada que estaba cuando llegamos al burdel, había notado que Madame Jeanne lo llamaba por su verdadero nombre. Por lo tanto, era de suponer que como contrabandista conservaba su propia identidad, reservando el seudónimo de Alex Malcolm para las actividades de la imprenta, legales o ilegales.

En las breves horas de la noche había visto, oído y sentido lo suficiente para saber que el Jamie Fraser con quien me había casado aún existía. Quedaba por ver cuántas otras personas también existían.

Alguien llamó tímidamente a la puerta, interrumpiendo mis pensamientos. «El desayuno», pensé. Y muy oportuno. Estaba muerta de hambre.

—Adelante —anuncié incorporándome.

La puerta se abrió con mucha lentitud; después de una larga pausa, una cabeza asomó por la abertura como un caracol que emergiera de su concha después de una granizada. La coronaba una mata mal cortada de pelo castaño oscuro, tan densa que las puntas sobresalían como pinchos sobre las grandes orejas. La cara era larga y huesuda; habría sido fea de no ser por los ojos pardos, muy bellos, suaves y tan grandes como los de un ciervo. Se posaron en mí con expresión confusa e interesada.

La cabeza y yo nos observamos mutuamente por un momento.

—¿Sois la... mujer del señor Malcolm? —preguntó.

—Se podría decir que sí —respondí con cautela. Me resultaba vagamente familiar, aunque estaba segura de no haberlo visto antes. Subí un poco más la sábana—. Y tú, ¿quién eres?

Él reflexionó un rato antes de responder, con la misma prudencia:

—Ian Murray.

—¿Ian Murray? —Me incorporé bruscamente, rescatando la sábana en el último momento—. Pasa —ordené perentoriamente—. Si eres quien yo creo, ¿por qué no estás donde deberías estar? ¿Y qué haces aquí?

Pareció bastante alarmado y dio muestras de retirarse.

—¡Espera! —exclamé, sacando una pierna de la cama para perseguirlo. Los grandes ojos pardos se ensancharon ante la aparición del miembro desnudo. Se quedó petrificado—. Pasa.

Era alto y desgarbado como un pichón de cigüeña; podía pesar unos cincuenta y siete kilos, desparramados sobre una estructura de un metro ochenta. Sabiendo quién era, el parecido con su padre era notorio.

—Yo... eh... buscaba a mi... al señor Malcolm, digo —murmuró mirando fijamente las tablas del suelo.

—Si te refieres a tu tío Jamie, no está aquí.

—No, no, supongo que no. —Al parecer, no se le ocurrió nada que añadir. Luego levantó la vista, diciendo—: ¿Sabéis dónde...?

Al verme, volvió a bajarla de inmediato, otra vez ruborizado y mudo.

—Salió a buscarte. Con tu padre —añadí—. Se fueron hace apenas media hora.

Él levanto bruscamente la cabeza, con los ojos desorbitados.

—¿Con mi padre? ¿Mi padre ha estado aquí? ¿Le conocéis?

—Claro que sí —dije sin pensar—. Conozco a Ian desde hace mucho tiempo. —No era tan inescrutable como su tío Jamie. Cuanto pensaba se le traslucía en la cara. Me fue fácil rastrear la sucesión de pensamientos: del horror inicial pasaba a dudar del comportamiento paterno.

—Eh —balbuceé algo alarmada—... No pienses mal. Es decir, tu padre y yo... en realidad, es con tu tío que yo...

Trataba de buscar el modo de explicarle la situación sin meterme en aguas más profundas, pero él giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta.

—Espera un momento —insistí. Se detuvo, pero sin mirarme—. ¿Qué edad tienes?

Se volvió hacia mí con dolorosa dignidad.

—Voy a cumplir los quince dentro de tres semanas. —El rubor estaba volviendo a sus mejillas—. No os preocupéis. Tengo edad suficiente para saber... qué tipo de lugar es éste. Sin ánimo de ofenderos, señora. Si tío Jamie... quiero decir, yo... —A falta de palabras adecuadas, acabó por balbucear—: ¡Encantado de conoceros, señora! —Y huyó al pasillo, cerrando con tanta fuerza que la puerta se sacudió en su marco.

Me dejé caer sobre las almohadas medio divertida, medio alarmada. Me preguntaba por qué el joven Ian habría ido hasta allí en busca de su tío. ¿Sería Geordie quien le había dado la información en la imprenta? No parecía probable. Por lo tanto, debía de conocer por otras fuentes la vinculación de su tío con el establecimiento. Y la fuente más probable era el mismo Jamie.

Pero eso significaba que Jamie estaba enterado de la presencia de su sobrino en Edimburgo. ¿Por qué fingía no haber visto al muchacho? Ian era su mejor amigo; se habían criado juntos. Para que Jamie engañara a su cuñado debía de traerse algo muy serio entre manos.

Antes de que llegara más lejos en mis cavilaciones se oyó otro golpecito en la puerta.

—Adelante —dije preparando la colcha para colocar la bandeja.

Tuve que bajar la mirada. Era la diminuta silueta del señor Willoughby la que entraba, gateando sobre manos y rodillas.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —interpelé, escondiendo apresuradamente los pies y subiéndome las mantas hasta los hombros.

Como respuesta, el chino se detuvo a treinta centímetros de la cama y dejó caer la cabeza al suelo con un fuerte ruido, una y otra vez.

—¡Basta! —exclamé, viendo que se disponía a hacerlo una tercera.

—Mil perdón —explicó sentándose sobre los talones. Estaba obviamente maltrecho y con una resaca endiablada.

—No hay ningún problema —le aseguré retrocediendo cautelosamente hacia la pared—. No tienes por qué disculparte.

—Sí, disculparme —insistió—. Tsei-mi decir esposa. Señora muy honorable Primera Esposa, no ramera barata.

—Muchísimas gracias —dije—. ¿Tsei-mi? ¿Jamie, quieres decir? ¿Jamie Fraser?

El hombrecito asintió, con obvio detrimento de su cabeza. La sujetó con ambas manos y cerró los ojos, que desaparecieron inmediatamente en las arrugas de las mejillas.

—Tsei-mi —afirmó sin abrir los ojos—. Tsei-mi decir disculparte muy honorable Primera Esposa. Yi Tien Cho humildísimo servidor. —Se inclinó profundamente, sin dejar de sujetarse la cabeza—. Yi Tien Cho —añadió, dándose un golpecito en el pecho para indicar que ése era su nombre, por si lo confundía con algún otro humildísimo servidor presente en las cercanías.

—Bueno, muy bien —balbuceó—. Eh... encantada de conocerte.

Obviamente alentado, se dejó caer de bruces ante mí como si no tuviera huesos.

—Yi Tien Cho servidor señora —dijo—. Primera Esposa favor pisotear humilde servidor, si gusta.

—¡Ja! —exclamé fríamente—. Ya me han hablado de ti. Que te pisotee, ¿eh? ¡Ni pensarlo!

Asomó una ranura de ojo negro y refulgente. El chino soltó una risita tan irreprimible que yo misma no pude dejar de reír.

—¿Lavo pies Primera Esposa? —ofreció con una amplia sonrisa.

—Nada de eso. Si quieres hacer algo útil, ve a ordenar que me traigan el desayuno. No, espera un momento —dije cambiando de idea—. Primero dime dónde te encontraste con Jamie. Si no te molesta —añadí por cortesía.

Él volvió a sentarse sobre los talones, bamboleando un poco la cabeza.

—Muelles —dijo—. Dos años antes. Venir China, lejos, no comida. Esconder en barril —explicó, formando un círculo con los brazos para indicar su medio de transporte.

—¿Como polizón?

—Barco mercante —asintió—. Muelles aquí, robar comida. Una noche robar coñac, borracho perdido. Muy frío para dormir, morir pronto, pero Tsei-mi encontró. —Se clavó nuevamente el pulgar en el pecho—. Humilde servidor Tsei-mi, humilde servidor Primera Esposa.

Y me hizo una reverencia; aunque se tambaleaba de un modo alarmante, volvió a enderezarse sin haber sufrido percances.

—El coñac parece ser tu perdición —observé—. Lamento no tener nada que darte para el dolor de cabeza. En este momento no tengo ningún remedio aquí.

—Oh, no importa —me aseguró—. Tener bolas saludables.

—Qué bien —murmuré, preguntándome si preparaba otra intentona contra mis pies o si estaba todavía tan borracho que confundía las partes básicas de la anatomía.

Lo que hizo fue hundir la mano en las profundidades de su amplia manga azul y, con aire de conjuro, extrajo un saquito de seda blanca del que dejó caer dos bolas verdosas.

—Bolas saludables —explicó el señor Willoughby, haciéndolas rodar por la palma de su mano con un agradable repiqueteo—, Jade cantonés. Muy buenas bolas saludables.

—¿De veras? —pregunté fascinada—. ¿Y son medicinales? Es decir, ¿te van bien?

Asintió vigorosamente, pero detuvo el gesto con un leve gemido. Después de una pausa abrió la mano para hacer rodar las esferas con un diestro movimiento circular de los dedos.

—En mano todas partes cuerpo —explicó. Tocó delicadamente con el dedo varias partes de la palma abierta, entre las bolas verdes—. Aquí cabeza, aquí estómago, aquí hígado. Bolas hacen todo bien.

—Bueno, supongo que son tan portátiles como el Alka-Seltzer —comenté.

Posiblemente fue esa referencia al estómago lo que indujo al mío a emitir un rugido audible.

—Primera Esposa quiere comida —observó el señor Willoughby con mucha sagacidad.

—Muy astuto por tu parte. Quiero comida, sí. ¿Podrías bajar y decírselo a alguien?

—Humilde servidor ya va.

Y salió, no sin estrellarse con bastante violencia contra el marco de la puerta.

Aquello se estaba volviendo ridículo. En vez de seguir sentada allí, desnuda y recibiendo delegaciones caprichosas del mundo exterior, consideré que había llegado el momento de tomar medidas. Después de envolverme cuidadosamente con la colcha, di unos cuantos pasos por el corredor.

El piso parecía desierto. Aparte de mi habitación, había sólo dos puertas más. En el techo se veían vigas sin adornos; eso significaba que estábamos en el desván; lo más probable era que los otros dos cuartos estuvieran ocupados por sirvientes que, en aquellos momentos, debían de estar trabajando abajo.

Después de asegurar las puntas de la colcha sobre el pecho, como si fuera un sari, recogí el borde que se arrastraba y bajé la escalera, siguiendo el aroma de la comida.

El olor (más los tintineos y gorgoteos de varias personas sentadas a la mesa) provenía de una puerta cerrada del primer piso. Al abrirla me encontré ante un gran cuarto, amueblado como comedor.

La mesa estaba rodeada por más de veinte mujeres; unas cuantas estaban ya vestidas, pero la mayoría presentaba tal estado de desnudez que, en comparación, mi colcha era de un puritanismo subido.

Una mujer, sentada cerca de la cabecera, me vio rondar la puerta y me llamó por señas, corriéndose amistosamente en el banco para dejarme sitio.

—Debes de ser la chica nueva, ¿no? —dijo, observándome con interés—. Eres un poquito mayor para los gustos de Madame; ella las prefiere menores de veinticinco. Pero no estás nada mal, no —me aseguró apresuradamente—. Te irá bien, sin duda.

—Buen cutis y una cara bonita —observó la morena sentada frente a mí, evaluándome con el aire objetivo de quien juzga a un buen caballo—. Y por lo que veo, tienes buenas domingas.

—A Madame no le gusta que saquemos la ropa de cama —señaló mi primer contacto con aire de reproche—. Si todavía no tienes nada bonito que ponerte, deberías haber bajado en enaguas.

—¿Cómo te llamas, querida? —Una muchacha baja y bastante regordeta, de cara redonda y cordial, se inclinó junto a la morena para sonreírme—. En vez de recibirte como corresponde nos hemos puesto a parlotear. Yo soy Dorcas. Ésta es Peggy. —Agitó el pulgar hacia la morena; luego señaló a la rubia sentada a mi lado—. Y ésa es Mollie.

—Me llamo Claire —dije con una sonrisa, mientras subía pudorosamente la colcha. No sabía cómo corregir la equivocada impresión de que yo era la recluta nueva. De momento me parecía menos importante que conseguir el desayuno.

Como si adivinara mi necesidad, la amistosa Dorcas alargó el brazo hacia el aparador que tenía detrás y, después de entregarme un plato de madera, empujó hacia mí una gran fuente de salchichas.

La comida estaba bien preparada; de cualquier modo, me habría parecido ambrosía, muerta de hambre como estaba.

—Te tocó empezar con un bruto, ¿no? —Millie, mi vecina, señalaba mi escote.

Me mortificó ver una gran mancha roja que asomaba por el borde de la colcha; seguramente tenía también marcas de mordiscos en el cuello.

—Y también tienes la nariz algo hinchada —comentó Peggy mirándome con aire crítico. Se estiró para tocármela, sin preocuparse por la escueta bata que, con el movimiento, se le abrió hasta la cintura—. Te dio una bofetada, ¿no? Cuando se ponen demasiado brutos tienes que llamar, ¿sabes? Madame no permite que los clientes nos maltraten. Pega un buen chillido, que Bruno estará allí al momento.

—¿Bruno? —repetí algo confundida.

—El conserje. Por eso lo llamamos Bruno. ¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó a las comensales—. ¿Horace?

—Theobald —corrigió Millie. Y se volvió hacia una criada—. ¿Quieres traer un poco más de cerveza, Janie? ¡La nueva todavía no ha tomado nada!

Giró de nuevo hacia mí:

—Sí, Peggy tiene razón. —No era precisamente guapa pero tenía la boca bien formada y una expresión simpática—. Aquí está la cerveza —añadió recibiendo de la criada un jarro de peltre que plantó ante mí.

—No le ha pasado nada —decidió Dorcas, tras haber completado un examen de mis partes visibles—. Pero debes de estar algo dolorida entre las piernas, ¿no?

Me sonreía con sagacidad.

—Oh, mirad, se ha ruborizado —exclamó Mollie encantada—. Oooh, eres novata, ¿verdad?

Bebí un gran trago de cerveza. Era oscura y espesa; me sentó muy bien, tanto por su sabor como por la amplitud del jarro, que me ocultaba la cara.

—No te preocupes. —Mollie me dio unas palmaditas bondadosas en el brazo—. Después del desayuno te enseñaré dónde están las tinas, para que te remojes las partes con agua caliente. Esta noche las tendrás como nuevas.

—Y no olvides decirle dónde se guardan los potes de hierbas perfumadas —dijo Dorcas—. Ponías en el agua antes de sentarte. A Madame le gusta que olamos bien.

—Zi loz hombges quiziegan acostagze con un pezcado, iguían a los muellez; ez más bagato —entonó Peggy, imitando burdamente a Madame Jeanne.

La mesa estalló en risitas, sofocadas rápidamente por la súbita aparición de Madame en persona, que entró por una puerta del extremo.

Traía el entrecejo fruncido y parecía demasiado preocupada para reparar en la hilaridad contenida. Mollie, al verla, chasqueó la lengua.

—¡Un cliente a estas horas! No la dejan a una desayunar tranquila.

—No te preocupes, Mollie —observó Peggy apartándose la trenza oscura—. Es Claire quien tendrá que atenderlo. A la más nueva le tocan los que nadie quiere —me informó.

—Eh... gracias —musité.

En aquel momento, la mirada de Madame Jeanne cayó sobre mí y su boca se abrió en un círculo horrorizado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —siseó, acercándose precipitadamente para sujetarme por un brazo.

—Comer —repliqué, mal dispuesta a que me manosearan.

—Merde! ¿Nadie os ha subido el desayuno?

—No. Ni la ropa. —señalé con un gesto la colcha, en inminente peligro de caída.

—Nez de Cléopatre! —exclamó ella con violencia mientras miraba a su alrededor echando chispas por los ojos—. ¡Haré azotar a esa criada inútil! ¡Mil disculpas, Madame!

—No hay ningún problema —aseguré graciosamente, captando las miradas atónitas de mis compañeras de mesa—. Ha sido un desayuno maravilloso. Encantada de haberos conocido, señoras —saludé, levantándome para intentar una elegante reverencia, sin soltar la colcha—. Y ahora, Madame... hablemos de mi vestido.

Entre agitadas disculpas de Madame Jeanne y sus reiteradas esperanzas de que Monsieur Fraser no se enterara de mi indeseable intimidad con las trabajadoras del establecimiento, subí torpemente otros dos tramos de escaleras, hasta un cuarto pequeño lleno de prendas en diversas etapas de ejecución; en los rincones se acumulaban varios retales.

—Un momento, por favor —pidió Madame Jeanne.

Y se retiró con una profunda reverencia, dejándome en compañía de un maniquí, de cuyo pecho relleno brotaban miles de alfileres. Descolgué una enagua de su percha y me la puse. Estaba hecha de fino algodón, con un gran escote fruncido y múltiples manos bordadas bajo el pecho y la cintura, que parecían acariciarme con lascivia.

Se oían voces en el cuarto vecino, donde Madame parecía estar regañando a Bruno; al menos, eso pensé al oír la grave voz masculina.

—No me interesa lo que haya hecho la hermana de esa mísera —decía ella—. ¿No entiendes que dejó a la esposa de Monsieur Jamie desnuda y hambrienta...?

—¿Estáis segura de que es la esposa? —preguntó la grave voz masculina—. Me habían dicho...

—A mí también. Pero si él dice que la mujer es su esposa, yo no tengo nada que discutir, *n'est-ce pas*? —Madame parecía impaciente—. Bien, en cuanto a esa infeliz de Madeleine...

—No es culpa de ella, Madame —interrumpió Bruno—. ¿No os habéis enterado de la novedad de esta mañana? ¿Lo del Demonio?

Madame ahogó una pequeña exclamación.

—¡No! ¿Otra?

—Sí, Madame. —La voz de Bruno sonaba lúgubre—. A unas puertas de aquí, sobre la taberna del Buho Verde. La muchacha era la hermana de Madeleine. El cura trajo la noticia justo antes del desayuno. Ya veis...

—Sí, sí, comprendo. —Madame pareció quedarse sin aliento—. Sí, por supuesto, por supuesto. ¿Fue... lo de siempre? —Su voz temblaba de disgusto.

—Sí, Madame. Un hacha o algún tipo de cuchilla grande. —Bajó la voz, como suele hacer la gente al relatar cosas horribles—. El cura me dijo que le habían cortado la cabeza. El cuerpo estaba cerca de la puerta y la cabeza... —Redujo la voz casi a un susurro—. La cabeza, en la repisa, mirando hacia el cuarto. El posadero se desmayó al encontrarla.

Empezaba a reconocer que Jamie tenía razón al decir que había sido mala idea instalarme en un prostíbulo. Bueno, al menos ahora estaba más o menos vestida. Pasé al cuarto vecino, donde encontré a

Madame Jeanne reclinada en el sofá de una pequeña sala, con un hombre corpulento y de expresión desdichada, sentado a sus pies en un cojín. Ella dio un respingo al verme.

—¡Madame Fraser! ¡Oh, cuánto lo siento! No era mi intención dejaros esperando, pero he recibido... —vaciló, buscando alguna expresión delicada— una noticia inquietante.

—Ya lo creo —reconocí—. ¿Qué es eso del Demonio?

—¿Habéis oído? —Si antes estaba blanca, su tez palideció varios tonos más. Se retorció las manos—. ¿Qué dirá él? ¡Se pondrá furioso!

—¿Quién? —inquirí—. ¿Jamie o el Demonio?

—Vuestro esposo. —Paseó la mirada distraída por la sala—. Cuando se entere de que su esposa ha sido tan vergonzosamente desatendida, confundida con una *filie de joie* y expuesta a... a...

—En realidad, no creo que le moleste —aclaré—. Pero me gustaría que me hablarais de ese Demonio.

—¿Eso queréis? —Bruno elevó sus densas cejas.

Miró vacilante a Madame Jeanne, como pidiéndole orientación, pero la propietaria echó un vistazo al pequeño reloj de la repisa y se levantó de un salto, con una exclamación espantada.

—*Crottin*! ¡Tengo que irme!

—Oh... —murmuró él recobrándose de la sorpresa—. Es cierto, debía llegar a las diez en punto.

Según el reloj esmaltado, eran las diez y cuarto. Lo que debía llegar, fuera lo que fuese, tendría que esperar un poco.

—El Demonio —insistí.

Como casi todo el mundo, Bruno se mostró dispuesto a revelar todos los detalles macabros, una vez superado cierto recato *por forma*, en aras de la delicadeza social.

El Demonio de Edimburgo era un asesino, tal como yo había deducido de la conversación escuchada. Como un Jack el Destripador de antaño, se especializaba en mujeres fáciles, a las que mataba a golpes con un instrumento de hoja pesada. En algunos casos, los cadáveres habían aparecido descuartizados o «estropeados», según dijo Bruno, bajando la voz.

Los asesinatos, ocho en total, se producían a intervalos desde hacía dos años. Con una sola excepción, las mujeres fueron asesinadas en sus propias habitaciones; en su mayoría vivían solas; dos perecieron en burdeles. Probablemente eso explicaba la agitación de Madame.

—¿Cuál fue la excepción? —pregunté.

Bruno se persignó.

—Una monja —susurró. Era obvio que aún estaba impresionado—. Francesa. Una hermana de la Merced.

La hermana había sido raptada en los muelles, al desembarcar en Edimburgo con un grupo de monjas destinadas a Londres. En la confusión, ninguna de sus compañeras reparó en su ausencia. La encontraron al anochecer, en uno de los callejones, pero ya era demasiado tarde.

—¿Violada? —pregunté con interés clínico.

Bruno me miró con suspicacia.

—No lo sé —respondió formalmente. Luego se puso en pie; sus hombros simiescos estaban encorvados por la fatiga—. Si me excusáis, Madame... —dijo con remota formalidad.

Y salió.

Volví a sentarme, algo aturdida, en el pequeño sofá de terciopelo. Nunca habría imaginado que en un burdel pudieran suceder tantas cosas durante el día.

Alguien llamó a la puerta con fuertes golpes. Cuando me levantaba, se abrió sin más aviso y una silueta delgada e imperiosa entró a grandes pasos. Hablaba francés con un acento tan marcado y una actitud tan furiosa que no entendí nada.

—¿Buscáis a Madame Jeanne? —logré preguntar, aprovechando la pequeña pausa que hizo para tomar aliento.

El visitante era un joven de unos treinta años, muy apuesto, de contextura ligera y denso pelo negro. Clavó en mí unos ojos que llameaban bajo las cejas espesas. Entonces su rostro sufrió un cambio extraordinario. Las cejas se enarcaron, los ojos negros se hicieron enormes y el semblante palideció.

—¡Milady! —exclamó dejándose caer de rodillas para abrazarme los muslos, apretando la cara contra mi enagua de algodón, a la altura de la entrepierna.

—¡Soltadme! —protesté empujándolo por los hombros—. No trabajo aquí. ¡Soltadme, os digo!

—¡Milady! —repetía como en éxtasis—. ¡Milady! ¡Habéis vuelto! ¡Un milagro! ¡Dios os ha devuelto!

Levantó la vista hacia mí, sonriendo entre lágrimas. Sus dientes eran blancos y perfectos. De pronto vi su cara de pilluelo bajo el rostro del hombre.

—¡Fergus! ¿Eres tú, Fergus? ¡Levántate, por Dios! Deja que te vea.

Se puso en pie, pero no tuve tiempo de inspeccionarlo: me envolvió en un abrazo capaz de triturar mis costillas, que yo le devolví con grandes palmadas en su espalda, entusiasmada por volver a verlo.

—¡Creía estar viendo a un fantasma! —exclamó—. ¿Sois vos, realmente?

—Soy yo, sí —le aseguré.

—¿Habéis visto a milord? —preguntó excitado—. ¿Sabe ya que estáis aquí?

—Sí.

—¡Oh! —Retrocedió medio paso, parpadeando, como si hubiera tenido una idea—. Pero... pero ¿qué pasó con...? —Hizo una pausa, claramente confundido.

—¿Con qué?

—¡Estabas aquí! ¿Qué demonios haces aquí arriba, Fergus?

La alta silueta de Jamie apareció súbitamente en el vano de la puerta. Se le ensancharon los ojos al verme en enaguas.

—¿Dónde está tu ropa? —preguntó.

Abrí la boca para responder pero él agitó una mano impaciente.

—No importa. Ahora no tengo tiempo. Vamos, Fergus, que tengo dieciocho áncoras de coñac en el callejón y a la policía pisándome los talones.

Desaparecieron con un tronar de botas en la escalera, dejándome sola una vez más.

No sabía si bajar a reunirme con el grupo o no, pero la curiosidad pudo más que la discreción. Tras una rápida visita al cuarto de costura en busca de algo que me cubriera un poco más, me envolví en un gran chal bordado de malvas locas.

Me detuve al pie de la escalera, atenta al rodar de los toneles para que me sirviera de guía. Mientras estaba allí sentí una ráfaga súbita en los pies descalzos; al volverme vi a un hombre en el vano de la puerta que conducía a la cocina. Parecía tan sorprendido como yo, pero se adelantó con una sonrisa para sujetarme por el codo.

—Que tengas un buen día, querida. No esperaba encontrar a ninguna señorita levantada a estas horas de la mañana. ¿Te envió para distraerme?

—No. ¿Quién? —pregunté.

—La Madame. —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea. ¡Suéltame!

En vez de obedecer, me clavó los dedos en el brazo. Luego se inclinó para susurrarme al oído, entre vapores de tabaco rancio:

—Hay una recompensa, ¿sabes? Un porcentaje sobre el valor del contrabando secuestrado. No tiene por qué enterarse nadie, salvo tú y yo. —Me pasó un dedo bajo el pecho, que hizo que el pezón se irguiera bajo el fino algodón—. ¿Qué te parece, pollita?

Lo miré fijamente. «Tengo a la policía pisándome los talones», había dicho Jamie. Aquel hombre debía de ser un oficial de la Corona, encargado de perseguir el contrabando. «La picota, deportación, flagelación, cárcel», había enumerado Jamie, agitando una mano despreocupada, como si aquellos castigos fueran el equivalente de una multa de tráfico.

—¿De qué estás hablando? —inquirí tratando de fingirme intrigada—. ¡ Y por última vez, te digo que me sueltes!

No podía haber venido solo. ¿Cuántos más habría rodeando el edificio?

—Sí, por favor sueltes —dijo una voz detrás de mí.

Vi que el policía dilataba los ojos, mirando por encima de mi hombro.

En el segundo tramo de escalera estaba el señor Willoughby, vestido de arrugada seda azul, sujetando una gran pistola con ambas manos. Saludó al policía con una cortés inclinación de cabeza.

—No ramera barata —explicó parpadeando como un buho—. Honorable esposa.

El policía, obviamente sobresaltado por la inesperada aparición del chino, nos miró sorprendido.

—¿Esposa? —repitió incrédulo—. ¿Dices que es tu esposa?

Por lo visto, el señor Willoughby captó sólo una palabra, pues asintió.

—Esposa —repitió—. Por favor soltando.

El policía tiró de mí, mirando al señor Willoughby con expresión ceñuda.

—Mira... —comenzó.

No pudo decir nada más pues mi guardián, dando por sentado que ya había hecho la debida advertencia, levantó la pistola y apretó el gatillo.

El hombre se tambaleó hacia atrás con expresión de intensa sorpresa. Actuando por reflejo, me lancé sujetándolo debajo de los brazos y lo deposité suavemente en las tablas del descansillo. Arriba se produjo un revuelo; los habitantes de la casa se apelotonaron en la galena superior, entre parloteos y exclamaciones, atraídos por el disparo.

Fergus irrumpió por una puerta que debía de llevar al sótano, pistola en mano.

—Milady —jadeó al verme sentada en el rincón, con el cuerpo del policía despatarrado en mi regazo—, ¿qué habéis hecho?

—¿Yo? —protesté indignada—. Yo no hice nada. Fue ese chino que Jamie tiene por mascota.

Señalé con la cabeza al señor Willoughby, que se había sentado en el peldaño con la pistola caída a los pies. Fergus dijo algo en francés tan coloquial que no podría traducirlo, pero sonó muy poco halagüeño para el señor Willoughby. Luego cruzó el descansillo a grandes pasos y alargó una mano para agarrar al chino por el hombro. Al menos, eso creí yo... antes de ver que el brazo extendido no terminaba en una mano, sino en un garfio de reluciente metal oscuro.

—¡Fergus! —Estaba tan horrorizada que interrumpí mis intentos de detener la hemorragia con el chal—. ¿Qué... qué...?

—¿Qué? —Siguiendo la dirección de mi vista, se encogió de hombros—. Ah, esto. Los ingleses. No os preocupéis por eso, milady; no tenemos tiempo. ¡Tú, canaille, baja!

Y arrancó al señor Willoughby de la escalera para arrastrarlo hasta la puerta del sótano, por donde lo arrojó sin miramientos. Oí una serie de golpes secos, como si el chino cayera rodando por una escalera, momentáneamente perdidas sus habilidades acrobáticas. No tuve tiempo de pensar en eso, porque Fergus se puso en cuclillas a mi lado y levantó la cabeza del policía aferrándola por el pelo.

—¿Cuántos te acompañan? —interpeló—. ¡Si no me lo dices ahora mismo, cochon, te corto la cabeza!

Evidentemente, la amenaza era superflua.

—Nos veremos... en el... infierno —susurró el hombre. Y murió en mi regazo con una última convulsión.

Se oían más pisadas en la escalera, subiendo a toda velocidad. Jamie cruzó corriendo la puerta del sótano y apenas pudo detenerse antes de tropezar con las piernas del policía. Después de recorrer todo el cuerpo con la vista, sus ojos se detuvieron en mi cara con espantado asombro.

—¿Qué has hecho, *Sassenach*? —acusó.

—No fue ella, sino ese batracio amarillo —intervino Fergus, ahorrándome el trabajo. Luego metió la pistola bajo el cinturón para ofrecerme la mano sana—. ¡Vamos, milady! ¡Debéis ir abajo!

Jamie lo detuvo, señalando con la cabeza el salón delantero.

—Yo me encargo de esto —dijo—. Vigila el frente, Fergus. La señal de costumbre. Y no saques la pistola a menos que sea necesario.

Fergus hizo un gesto afirmativo y desapareció de inmediato en el salón.

Jamie, que se las había arreglado para envolver torpemente el cadáver con mi chal, me liberó de su peso. Fue un alivio, pese a la sangre y otras sustancias repugnantes que me empapaban la enagua.

—¡Ooh, creo que está muerto! —exclamó una voz alelada arriba.

Diez o doce prostitutas miraban desde lo alto, como querubines desde el cielo.

—¡ Volved a las habitaciones! —ladró Jamie.

Hubo un coro de chillidos y se diseminaron como palomas.

Jamie echó un vistazo al descansillo. Por suerte, no había señales del incidente: el chal y yo lo habíamos recibido todo.

—Vamos —ordenó.

Los peldaños y el sótano estaban negros como la pez. Me detuve abajo para esperar a Jamie. El policía no era liviano.

—Al otro lado —indicó jadeando—. Un muro falso. Agárrate de mi brazo.

Ya cerrada la puerta de arriba, no se veía nada; por suerte, Jamie parecía guiarse como por radar. Olía a piedra húmeda. Alargando la mano toqué una pared áspera ante mí.

Jamie levantó la voz para decir algo en gaélico. Al parecer, era el equivalente celta de «Ábrete, sésamo», pues tras un breve silencio se oyó un ruido chirriante. En la oscuridad, ante mí, apareció una vaga línea luminosa que se fue ensanchando; una sección de la pared giró hacia fuera dejando ver una puerta con un marco de madera sobre el que se habían montado piedras cortadas simulando ser parte de la pared.

La parte oculta del sótano era una habitación amplia, de nueve o diez metros de lado. Por allí se movían varias siluetas en un ambiente sofocante por el olor a coñac. Jamie dejó caer el cadáver en un rincón, sin ninguna ceremonia, y se volvió hacia mí.

—Por Dios, *Sassenach,* ¿estás bien?

—Tengo un poco de frío —dije, tratando de que no me castañetearan los dientes—. Y la enagua empapada de sangre. Por lo demás estoy bien... creo.

—¡Jeanne! —gritó Jamie.

Una de las siluetas vino hacia nosotros; era la Madame, preocupadísima. Él le explicó la situación en pocas palabras, haciendo que su expresión empeorara considerablemente.

—*Horreur*! —exclamó—. ¿Muerto? ¿En mi local? ¿Delante de testigos?

—Me temo que sí. —Jamie parecía sereno—. Yo me encargo de eso. Pero mientras tanto debéis subir. Tal vez no haya venido solo. Ya sabéis cómo actuar.

Su voz sonaba tranquilizadora. Le apretó el brazo.

—Ah, Jeanne —añadió cuando ella ya se retiraba—. Cuando regreséis, ¿podéis traer algo de ropa para mi esposa? Si su vestido aún no está listo, creo que Daphne es de la misma talla.

—¿Ropa?

Madame Jeanne bizqueó hacia las sombras donde yo me encontraba. Para ayudarla di un paso hacia la luz, exhibiendo los resultados de mi encuentro con el policía. Ella parpadeó un par de veces y, después de persignarse, salió sin decir nada.

Yo empezaba a temblar, tanto por la reacción como por el frío. Aquello era como una mala noche de sábado en la sala de Urgencias.

—Ven, *Sassenach* —indicó Jamie apoyándome una mano en la cintura—. Tienes que lavarte.

—¿Lavarme? ¿Con qué? ¿Con coñac?

Eso le hizo reír.

—No, con agua. Puedo ofrecerte una tina, pero me temo que estará fría.

Estaba sumamente fría.

—¿D-d-de dónde viene esta agua? —pregunté estremecida—. ¿De un glaciar?

—Del tejado —respondió—. Hay una cisterna donde se almacena el agua de lluvia, con una canaleta y un tubo que baja por un lado del edificio.

Parecía absurdamente orgulloso de sí mismo. Me eché a reír.

—Todo un invento. ¿Para qué usas el agua?

—Para rebajar el licor. —Señaló el lado opuesto de la habitación, donde las oscuras siluetas trabajaban con notable empeño entre una gran cantidad de toneles y tinas—. Viene a ciento ochenta grados. Aquí lo mezclamos con agua pura y volvemos a envasarlo para venderlo a las tabernas.

Detrás de un biombo armado con toneles, eché un vistazo a mi improvisada bañera. Una sola vela rielaba en la superficie del agua, dándole un aspecto negro e insondable. Me desnudé, temblando

violentamente; me había parecido muy fácil renunciar al agua caliente y a los grifos modernos cuando los tenía a mano.

Jamie sacó de la manga un pañuelo grande, al que le echó una mirada vacilante.

—Bueno, está más limpio que tu enagua —resolvió encogiéndose de hombros.

Lo dejó en mis manos y se alejó para supervisar las operaciones.

El agua estaba helada y el sótano también; las gotas glaciales me corrieron por el vientre y los muslos, provocándome pequeños escalofríos.

Pensar en lo que podía estar sucediendo arriba no ayudaba a calmar mis aprensiones. Presumiblemente, estábamos a salvo mientras la pared falsa engañara a los investigadores. Pero si el muro no nos ocultaba, nuestra posición sería casi desesperada.

Y la desaparición de aquel hombre no podía dejar de provocar una búsqueda intensa. Imaginé a la policía rastreando el burdel, interrogando a las mujeres entre amenazas hasta obtener mi descripción completa, la de Jamie y la del señor Willoughby, además de varios testimonios sobre el asesinato. Eché una mirada involuntaria al otro rincón, donde yacía el muerto bajo su ensangrentado sudario, bordado con malvas locas rosas y amarillas. El chino no estaba por allí; debía de haberse desmayado tras las áncoras de coñac.

—Toma, *Sassenach*. Bebe esto. Te castañetean tanto los dientes que vas a morderte la lengua. —Jamie había reaparecido a mi lado, como un perro San Bernardo, trayendo una taza de coñac.

—G-g-gracias.

Tuve que usar las dos manos para sostener la taza de madera, pero el coñac me ayudó. Me cayó en la boca del estómago como una brasa, disparando olas de calor hasta mis extremidades frígidas.

—Oh, Dios, qué bueno. —Hice la pausa suficiente para tomar aliento—. ¿Ésta es la versión sin rebajar?

—No. Ésa te mataría. Ésta es algo más fuerte que la que vendemos. Anda, ponte algo. Después te daré un poco más.

Mientras terminaba apresuradamente mis glaciales abluciones, lo observé por el rabillo del ojo. Me miraba con el entrecejo fruncido, obviamente sumido en sus reflexiones.

—¿Qué estás pensando, Jamie?

La expresión desapareció momentáneamente y sus ojos se aclararon.

—Estaba pensando que eres muy hermosa, *Sassenach* —dijo con suavidad.

—Puede ser, si eres aficionado a la carne de gallina a gran escala —repliqué agria. Y alargué la mano hacia la taza.

Él me sonrió súbitamente, con un blanco destello de dientes en la penumbra del sótano.

—Oh, sí —dijo—. Solamente ver un pollo desplumado me provoca una erección de órdago.

Me atraganté con el coñac, medio histérica por la tensión y el terror. Jamie se quitó rápidamente el abrigo y me envolvió con él. Me abracé estremecida.

—Lo siento —dije—. Estoy bien. Pero es culpa mía. El señor Willoughby disparó contra el policía porque pensó que me estaba haciendo proposiciones indecentes.

Jamie resopló.

—No por eso es culpa tuya, *Sassenach* —dijo secamente—. Y por si te interesa, no es la primera vez que ese chino comete una tontería. Cuando ha bebido es capaz de cualquier locura.

De pronto cambió su expresión. Acababa de captar lo que yo había dicho. Me miró con los ojos dilatados.

—¿Has dicho «policía»?

—Sí, ¿por qué?

Sin responder, me soltó los hombros y giró sobre sus talones.

—Sujeta esto —ordenó plantándome la vela en la mano. Y se arrodilló junto a la silueta cubierta para retirar la tela manchada que le cubría la cara.

Yo había visto unos cuantos cadáveres; el espectáculo no me impresionaba, pero tampoco resultaba agradable. Jamie observó con el entrecejo fruncido aquella cara muerta, cerúlea a la luz de la vela, y murmuró algo por lo bajo.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Este hombre no es policía. Conozco a todos los agentes del distrito y también a los oficiales. A éste nunca lo había visto.

Con un poco de asco, apartó la solapa ensangrentada de la chaqueta para buscar bajo la ropa del hombre. Por fin sacó una pequeña navaja y un librito encuadernado en papel rojo.

—Nuevo Testamento —leí con asombro.

Jamie hizo un gesto afirmativo.

—Policía o no, esto no es algo que uno lleve a un prostíbulo. —Después de limpiar el pequeño volumen con el chal, le cubrió de nuevo la cara y se puso en pie, sacudiendo la cabeza.

—Eso es lo único que tiene en los bolsillos. Los policías y los inspectores de Aduanas deben llevar siempre su credencial, pues de lo contrario no tienen autoridad para secuestrar mercancías ni registrar un local. —Levantó la vista enarcando las cejas—. ¿Por qué pensaste que era un policía?

—Me preguntó si me habían enviado como distracción y dónde estaba la Madame. Luego dijo que había una recompensa, un porcentaje sobre el contrabando secuestrado, y que nadie lo sabría, salvo él y yo. Y como tú dijiste que la policía te estaba pisando los talones, pensé que era tino de ellos. Fue entonces cuando apareció el señor Willoughby y todo se fue al diablo.

Jamie asintió, todavía desconcertado.

—Bueno, no sé quién podría ser, pero me alegro de que no sea policía. Al principio pensé que algo se había salido de cauce, pero es probable que todo esté bien.

—¿Salido de cauce?

Sonrió brevemente.

—Tengo un acuerdo con el jefe de Aduanas, *Sassenach.*

—¿Un acuerdo? —repetí boquiabierta.

Se encogió de hombros.

—Bueno, un soborno, si quieres decirlo con claridad.

—¿Es un procedimiento comercial corriente? —pregunté, tratando de actuar con tacto.

Se le contrajo un poco la boca.

—Sí, en efecto. Se podría decir que existe un acuerdo entre sir Percival Turner y yo. Me preocuparía mucho enterarme de que ha hecho vigilar este local por la policía.

—Está bien —dije lentamente mientras barajaba todos los acontecimientos de la mañana, comprendidos a medias, intentando ordenarlos—. Pero en ese caso, ¿por qué dijiste a Fergus que tenías a la policía pisándote los talones? ¿Y por qué todo el mundo anda corriendo de un lado a otro, como pollos degollados?

—Ah, eso. —Sonriendo por un instante, me cogió del brazo para apartarme del cadáver—. Bueno, tenemos un acuerdo, como te decía. Como parte de él, sir Percival debe satisfacer a sus jefes de Londres secuestrando, de vez en cuando, una cantidad de contrabando. Nosotros nos encargamos de darle la oportunidad. Wally y los muchachos trajeron de la costa dos carretas cargadas: una con el mejor coñac; la otra, con toneles perforados y vino barato. Esta mañana me encontré con ellos en las afueras de la ciudad, como estaba planeado, para traer las carretas hacia aquí; pusimos cuidado en llamar la atención del oficial de caballería que pasaba, casualmente, con unos cuantos dragones. Nos hicimos perseguir alegremente por los callejones hasta que llegó el momento en que yo, con los toneles buenos, me separé de Wally y su carga de vino barato. Entonces él abandonó su carreta para huir y yo vine a toda velocidad hacia aquí, seguido por dos o tres dragones para salvar las apariencias. Suena bien en el informe, ¿sabes? —Sonriendo de oreja a oreja, citó—: «Los contrabandistas escaparon, a pesar de la persecución, pero los valerosos soldados de Su Majestad lograron capturar una carreta cargada de licores, cuyo valor fue calculado en sesenta libras y diez chelines.» Ya conoces esas cosas.

—Supongo que sí —dije—. Así que eras tú, con los licores buenos, el que debía llegar a las diez. Madame Jeanne dijo...

—Sí —confirmó ceñudo—. Ella debía tener la puerta del sótano abierta y la rampa en su lugar a las diez en punto. No tenemos mucho tiempo para descargar todo. Esta mañana abrió tardísimo; tuve que dar dos vueltas a la manzana para no traer a los dragones hasta su misma puerta.

—Algo la distrajo —expliqué. Y conté a Jamie lo del Demonio y el asesinato en el Búho Verde.

—Pobre muchacha —murmuró—. Bueno, si este hombre no era policía, no creo que haya ningún otro arriba. Pronto podremos salir de aquí.

—Me alegro. —El abrigo de Jamie me cubría hasta las rodillas, pero sentía las miradas encubiertas que recibían mis pantorrillas desnudas desde el otro extremo de la habitación—. ¿Volveremos a la imprenta?

—Tal vez. Tengo que pensar. —Jamie hablaba en tono distraído, con la frente arrugada por la reflexión.

—Eh... ¿Qué hiciste con Ian?

Levantó la vista, como si no comprendiera. Luego su cara se despejó.

—Ah, Ian. Lo dejé haciendo averiguaciones en las tabernas del mercado. Nos reuniremos más tarde —murmuró como si apuntara un recordatorio.

—A propósito: he conocido a Ian hijo —dije en tono coloquial.

Jamie pareció sobresaltarse.

—¿Vino aquí?

—Vino a buscarte, sí. Más o menos un cuarto de hora después de que te fueras.

—¡Menos mal! —Se pasó una mano por el pelo, entre divertido y preocupado—. Me dio mucho trabajo explicar a Ian qué hacía su hijo aquí.

—¿Y tú sabes a qué vino? —pregunté con curiosidad.

—¡No, no lo sé! Supuestamente debía... Oh, dejémoslo así. En estos momentos no puedo preocuparme por eso. —Volvió a sus pensamientos, de los que emergió momentáneamente para preguntar—: ¿Te dijo dónde iba?

Sacudí la cabeza y, mientras él volvía a pasearse, me senté en una tina invertida. A pesar del peligro y la incomodidad, me sentía absurdamente feliz simplemente por tenerlo cerca.

De pronto, como si me adivinara el pensamiento, se detuvo con una sonrisa.

—¿Tienes suficiente ropa, *Sassenach*?

—No, pero no importa. —Me uní a sus peregrinaciones, colgándome de su brazo—. ¿Has adelantado algo en tus reflexiones?

Rió tristemente.

—No. Estoy pensando cinco o seis cosas al mismo tiempo y no puedo solucionar ni la mitad. Por ejemplo, no sé si el pequeño Ian está donde debería estar.

—¿Y dónde debería estar?

—En la imprenta —dijo con cierto énfasis—. Pero esta mañana habría debido estar con Wally y no fue así.

—¿Con Wally? ¿Tú sabías que no estaba en su casa cuando su padre vino a buscarlo?

Se frotó la nariz con un dedo, a un tiempo irritado y divertido.

—Oh, sí. Le había prometido no decir nada a su padre hasta que él tuviera oportunidad de explicarse. Aunque dudo que la explicación pueda resguardarle el trasero.

Tal como su padre había dicho, el joven Ian había venido a Edimburgo para reunirse con su tío, sin molestarse previamente en pedir autorización a sus padres. Jamie descubrió muy pronto este descuido pero no quiso obligarlo a volver solo a Lallybroch. Y aún no había tenido tiempo de acompañarlo personalmente.

—En realidad, sabe cuidarse solo —me explicó. En la lucha de expresiones ganó la divertida—. Es un muchacho bastante capaz, pero... bueno, ya has visto que a algunas personas les suceden cosas sin que ellas tengan mucho que ver.

—Ahora que lo mencionas, sí —confirmé irónicamente—. Yo soy una de ellas.

Eso lo hizo reír.

—¡Tienes razón, *Sassenach*! Tal vez por eso me gusta tanto el pequeño Ian. Me recuerda a ti.

—Pues a mí me recuerda un poco a ti.

Soltó un breve resoplido.

—Por Dios, Jenny me dejará tullido si se entera de que su niño ha estado en una casa de mala reputación. Espero que el tunante sepa mantener la boca cerrada cuando vuelva a su casa.

—Siempre que vuelva a su casa —observé, pensando en el desgarbado niño que había visto por la mañana a la deriva en una ciudad llena de prostitutas, policías, contrabandistas y asesinos armados de hachas—. Por suerte no es una mujer —añadí pensando en esta última posibilidad—. Al parecer, al Demonio no le gustan los muchachitos.

—Pero a muchos otros sí —musitó Jamie agrio—. Entre mi sobrino y tú, *Sassenach*, cuando salga de este sótano apestoso tendré el pelo blanco.

—¿Yo? —exclamé sorprendida—. Por mí no necesitas preocuparte.

—¿Ah, no? —Me soltó el brazo para girar hacia mí, echando fuego por los ojos—. ¿Así que no necesito preocuparme por ti? ¡Caramba, te dejo en la cama, sana y salva, y una hora después te encuentro al pie de la escalera, en enaguas y abrazada a un cadáver! Y ahora mismo: estás aquí, desnuda como una lombriz, con quince hombres alrededor preguntándose quién diablos eres. ¿Cómo se lo voy a explicar, *Sassenach*? Dímelo. —Se pasó los dedos por el pelo, en un gesto de exasperación—. Bueno, ya me las arreglaré.

Me puse de puntillas para ponerle el pelo detrás de las orejas. Según el principio por el cual los polos opuestos se atraen bruscamente cuando están a escasa distancia, inclinó la cabeza para besarme.

—Lo había olvidado —dijo un momento después.

—¿Qué?

—Todo. —Hablaba con mucha suavidad, con la boca en mi pelo—. El gozo, el miedo. Sobre todo eso: el miedo. Hacía mucho tiempo que no tenía miedo, *Sassenach* —susurró—. Pero ahora sí. Porque ahora tengo algo que perder.

Retrocedí un poco para mirarlo. Entonces, cambiando de expresión, me dio un rápido beso en la frente.

—Vamos —dijo cogiéndome del brazo—. Voy a decir a los hombres que eres mi esposa. El resto tendrá que esperar.

27

En llamas

El vestido era un poco más escotado de lo necesario y algo ceñido a la altura del busto, pero en general me sentaba bien.

—¿Cómo sabías que Daphne tenía la misma talla? —pregunté mientras tomaba la sopa.

—Dije que no me acostaba con las muchachas —replicó Jamie con cara de circunstancias—. No que no las mirara.

Me miró parpadeando como un gran búho rojo (algún defecto congénito lo hacía incapaz de cerrar un solo ojo). Me eché a reír.

—Pero te sienta mucho mejor que a Daphne —añadió.

La taberna de Moubray estaba muy concurrida; era un sitio amplio y elegante, con una escalera exterior que llevaba al primer piso, donde un espacioso comedor satisfacía el apetito de los comerciantes prósperos y los funcionarios de Edimburgo.

—¿Quién eres ahora? —quise saber—. Madame Jeanne te llama «Monsieur Fraser», ¿usas tu verdadero apellido en público?

Meneó la cabeza mientras desmenuzaba un panecillo en su sopa.

—No. En la actualidad soy Sawney Malcolm, impresor y editor.

—¿Sawney? Es un apócope de Alexander, ¿no? Como «Sandy».

—En las Tierras Altas se dice Sawney —me informó—. «Sandy» se oye más en las Tierras Bajas... o en boca de los *Sassenach* ignorantes. —Me sonrió enarcando una ceja.

—De acuerdo —dije—. Esto es más importante: ¿quién soy yo?

Uno de sus enormes pies buscó el mío y me sonrió.

—Eres mi esposa, *Sassenach*. Siempre. Me llame como me llame, tú eres mi esposa.

Me inundó una ola de placer; en su cara vi reflejados los recuerdos de la noche anterior. Tenía las orejas algo sonrojadas.

—¿No te parece que este guiso tiene demasiada pimienta? —comenté—. ¿Estás seguro, Jamie?

—Sí —dijo. Y de inmediato especificó—: Sí, estoy seguro, y no, el guiso está bien. Me gusta con un poco de pimienta.

Su pie se movió levemente contra el mío, acariciándome el tobillo.

—Así que soy la señora Malcolm —musité saboreando el nombre.

El solo hecho de decir «señora» me provocaba una emoción absurda, como a las recién casadas. Involuntariamente miré el anillo de plata que llevaba en la mano derecha. Él, advirtiendo mi gesto, levantó la copa.

—A la salud de la señora Malcolm —dijo suavemente.

Volvía a sentirme sin aliento. Me cogió la mano.

—Cuidarte y protegerte —dijo sonriendo.

—De ahora en adelante —completé sin observar las miradas que atraíamos.

Un clérigo, sentado al otro lado del salón, se inclinó para decir algo a su compañero, que nos observó fijamente. Me sorprendió descubrir que era el señor Wallace, mi compañero de viaje en la diligencia de Inverness.

—Arriba hay habitaciones privadas —murmuró Jamie.

Perdí todo interés en el señor Wallace.

—Bien. Pero aún no has terminado el guiso.

—Al diablo con el guiso.

—Aquí viene la criada con la cerveza.

—Al diablo con ella también. —Sus blancos dientes se cerraron sobre mis nudillos haciéndome dar un respingo.

—La gente nos está mirando.

—Que nos miren y lo disfruten.

Metió suavemente la lengua entre mis dedos.

—Un hombre con abrigo verde viene hacia aquí.

—Al diab... —empezó Jamie. La sombra del visitante cayó sobre la mesa.

—Os deseo buenos días señor Malcolm —saludó el visitante con una reverencia cortés—. Supongo que no molesto.

—Os equivocáis —corrigió Jamie—. No creo conoceros señor.

El caballero, un inglés discretamente vestido que aparentaba unos treinta y cinco años, se inclinó nuevamente sin dejarse intimidar por la falta de hospitalidad.

—No he tenido el placer de que nos presentaran señor —dijo con deferencia—. Sin embargo, mi jefe me manda saludaros y preguntar si vos... y vuestra... compañera... tendríais la bondad de beber una copa con él.

—Mi esposa y yo —dijo haciendo exactamente la misma pausa antes de «esposa»— tenemos otro compromiso. Si vuestro jefe desea hablar conmigo...

—Es sir Percival Turner quien lo solicita señor —dijo apresuradamente el secretario o lo que fuera.

—Bien —replicó Jamie—, con el respeto debido, decidle a sir Percival que en este momento estoy ocupado. ¿Tendríais a bien transmitirle mis excusas?

Volvió la espalda al secretario, el cual se dirigió hacia una puerta del lado opuesto.

—¿En qué estábamos? —preguntó Jamie—. Ah, sí. Al diablo con los caballeros de abrigo verde. Ahora, en cuanto a esos cuartos privados...

—¿Cómo vas a explicar mi presencia?

Enarcó una ceja.

—¿Qué debo explicar? —Me miró de arriba abajo—. ¿Qué tiene de malo tu presencia? No te falta ningún miembro, no eres jorobada, tienes todos los dientes, no estás coja...

—Ya sabes a qué me refiero —protesté dándole un leve puntapié por debajo de la mesa.

—Por supuesto —replicó muy sonriente—. Pero entre una cosa y otra no he tenido mucho tiempo de pensar en eso. Podría decir, simplemente...

—¡Conque os habéis casado, querido amigo mío! ¡Qué gran noticia! Mis más sinceras felicitaciones. Y espero ser el primero en expresar mis mejores deseos a vuestra dama.

Era un caballero menudo y entrado en años, apoyado en el pomo de oro de su bastón. Nos sonreía cordialmente.

—Perdonad la pequeña descortesía de invitaros por medio de Johnson —pidió despectivo—. Es que esta condenada dolencia me impide moverme con agilidad.

Jamie, que se había levantado ante la aparición del visitante, le estaba acercando una silla.

—¿Nos acompañáis, sir Percival?

—¡Oh, no, de ningún modo! No se me ocurriría estorbar vuestra felicidad, mi querido señor. Sinceramente, no tenía idea...

Sin dejar de protestar, se dejó caer en la silla ofrecida, alargando un pie bajo la mesa con una mueca de dolor.

—Soy un mártir de la gota, querida —me confesó inclinándose hacia mí. Percibí su mal aliento de anciano bajo los aceites que perfumaban su ropa.

Jamie, tratando de salir bien parado, pidió vino y aceptó con cierta elegancia las constantes efusiones de sir Percival.

—Es una verdadera suerte que os haya encontrado aquí, querido amigo —dijo el caballero, apoyando una mano bien cuidada en la manga de mi esposo—. Tenía algo especial que deciros. De hecho, os envié una nota a la imprenta pero mi mensajero no os encontró allí.

—¿Eh? —Jamie enarcó una ceja interrogante.

—Sí. Si no me equivoco, hace algunas semanas me comentasteis que teníais intención de hacer un viaje de negocios al norte. ¿En relación con una prensa nueva o algo así?

—Así es —concedió Jamie cortés—. El señor MacLeod me ha invitado a Perth para mostrarme un nuevo modelo de prensa que ha puesto recientemente en uso.

—Bien. —Sir Percival sacó del bolsillo una caja de rapé esmaltada en verde y oro, con querubines en la cubierta—. No os aconsejaría hacer un viaje al norte en estos momentos —musitó concentrándose en el contenido de la caja—. En esta época el tiempo tiende a ser inclemente; no creo que a la señora Malcolm le sentara bien.

Jamie tomó un sorbo de vino.

—Os agradezco el consejo, sir Percival —dijo—. ¿Acaso tenéis noticias, por vuestros agentes, de que haya habido recientes tormentas en el norte?

Sir Percival estornudó como un ratón resfriado.

—Así es. —Guardó el pañuelo con un guiño benévolo—. Como soy vuestro amigo y tengo muy en cuenta vuestro bienestar, os aconsejaría enérgicamente que permanecierais en Edimburgo. Al fin y al cabo —añadió girando hacia mí—, ahora tenéis un incentivo para quedaros cómodamente en casa, ¿verdad? Bueno, mis queridos jóvenes, temo que debo excusarme. No quiero alargar más vuestro desayuno de bodas.

Con ayuda de Johnson, sir Percival se marchó con paso corto haciendo resonar su bastón en el suelo.

—Parece un anciano amable —comenté.

Jamie resopló.

—Podrido como madera apolillada —dijo antes de vaciar su copa. Luego siguió con aire pensativo la silueta marchita, que maniobraba cautamente en el borde de la escalera—. Uno esperaría otra cosa de sir Percival, estando tan cerca de su Juicio Final. Debería contenerse aunque sólo fuera por miedo al diablo.

—Supongo que es como todo el mundo —aduje cínicamente—. La mayoría creen que vivirán eternamente.

Jamie rió súbitamente una vez recobrado su ánimo.

—Sí, es cierto. —Me acercó la copa de vino—. Ahora que estás aquí, *Sassenach*, estoy convencido de que así será. Bebe, *mo nighean donn*, y subamos.

—*Post coitum omne animalium triste est* —comenté con los ojos cerrados.

—Qué idea tan extraña, *Sassenach* —murmuró Jamie somnoliento—. Supongo que no es tuya.

—No. —Le aparté el pelo húmedo de la frente. Escondió la cara en la curva de mi hombro con un ronroneo satisfecho.

Las habitaciones privadas de Moubray dejaban mucho que desear en cuanto a instalaciones amorosas. De cualquier modo, el sofá ofrecía una superficie horizontal y acolchada que, bien pensado, era lo único indispensable.

—No sé quién lo dijo; algún filósofo antiguo.

—No recuerdo haberme sentido nunca menos triste.

—Yo tampoco. —Seguí con un dedo la dirección del remolino que le alzaba el pelo en la coronilla—. Por eso lo recordé. ¿Qué habrá llevado al filósofo a esa conclusión?

—Supongo que depende del tipo de animales con que haya estado fornicando —observó él—. Tal vez ninguno de ellos le tenía afecto. Pero debe de haber probado con muchos para hacer una afirmación tan amplia.

Usó mi pecho de ancla, sacudido por la marea de mi risa.

—Los machos parecen bastante depravados —añadió—. Les cuelga la lengua, babean, ponen los ojos en blanco y hacen ruidos asquerosos. En todas las especies, ¿no?

Sentí la curva de su sonrisa en mi hombro.

—No he visto que a ti te colgara la lengua.

—Porque tenías los ojos cerrados.

—Tampoco oí ruidos asquerosos.

—Es que, con la prisa del momento, no se me ocurrió nada que decir —admitió—. La próxima vez me portaré mejor.

Reímos juntos. Después de una pausa le alisé el pelo.

—No creo haber sido nunca tan feliz, Jamie.

—Tampoco yo, *Sassenach* —dijo.

»No es sólo por la cama, ¿sabes? —aclaró retirándose un poco para mirarme. Sus ojos tenían un azul intenso, como el cálido mar tropical—. Tenerte conmigo otra vez, conversar contigo, saber que puedo contarte cualquier cosa sin cuidar las palabras ni disimular los pensamientos... Por Dios, *Sassenach*, Dios sabe que estoy loco de deseo como un jovencito y que no puedo dejar de tocarte. Pero no me importaría perderlo mientras pudiera tenerte conmigo y abrirte mi corazón.

—Me sentía sola sin ti —susurré—. Muy sola.

—Yo también. No te diré que he vivido como los monjes. Cuando era preciso, para no enloquecer...

Lo interrumpí apoyando un dedo sobre sus labios.

—Como yo. Frank...

Él también me tapó la boca con la mano.

—No tiene importancia —dijo.

—No, no importa. Háblame de lo que piensas. Si hay tiempo.

Echó un vistazo a la ventana para evaluar la luz. Debíamos reunirnos con Ian a las cinco, en la imprenta, para averiguar cómo marchaba la búsqueda de su hijo. Luego se apartó cuidadosamente de mí.

—Disponemos de dos horas al menos. Si te vistes pediré que traigan vino y bizcochos.

Me pareció estupendo. Desde nuestro reencuentro vivía con hambre.

—No estoy triste pero me siento algo avergonzado —reconoció Jamie agitando los largos dedos del pie para ponerse el calcetín—. Al menos así debería ser.

—¿Por qué?

—Bueno, estoy como en el paraíso, contigo, con vino y bizcochos, mientras Ian recorre las calles preocupándose por su hijo.

—Y tú, ¿te preocupas por el joven Ian? —pregunté concentrada en mis lazos.

Frunció levemente el entrecejo.

—No tanto por él como por la posibilidad de que no aparezca antes de mañana.

—¿Qué debe pasar mañana? —inquirí. Entonces recordé tardíamente la conversación con sir Percival Turner—. Ah, tu viaje al norte. ¿Debías partir mañana?

Asintió.

—Sí. Debo encontrarme con alguien en la ensenada de Mullin, aprovechando la luna nueva. Un lugre proveniente de Francia, cargado de vino y batista.

—¿Y sir Percival te estaba advirtiendo que no acudieras a esa cita?

—Así parece. No sé qué ha podido pasar, pero me enteraré. Tal vez haya un funcionario de Aduanas en el distrito. O quizás ha sabido de alguna actividad en la costa que podría estorbarnos.

Luego puso las manos sobre las rodillas con las palmas hacia arriba, y las flexionó. Los dedos de la diestra no se estiraban bien.

—¿Te acuerdas de la noche en que me curaste la mano?

—A veces, en mis momentos más horribles. —Jamás olvidaría aquella noche. Contra todas las probabilidades, lo había rescatado de la prisión de Wentworth y de una sentencia de muerte, pero no a tiempo de impedir que Jack Randall, el Negro, lo torturara cruelmente—. Fue mi primera cirugía ortopédica.

—¿Lo hiciste muchas veces más? —preguntó con curiosidad.

—Unas cuantas, sí. Soy cirujana, es decir: un tipo de médico que conoce todas las ramas de la medicina, pero se especializa en algo.

—Siempre fuiste especial —sonrió—. ¿Qué hacen de especial los cirujanos?

—Bueno, podría decirse que... el cirujano trata de curar utilizando un cuchillo.

—Bonita contradicción. Pero va contigo, *Sassenach*.

—¿De veras? —exclamé sobresaltada.

Él asintió sin apartar los ojos de mi cara. Noté que me estudiaba con atención. Me pregunté, algo avergonzada, qué aspecto tendría: sonrojada tras haber hecho el amor, con el pelo desaliñado.

—Nunca has estado más encantadora, *Sassenach*. —Ensanchó la sonrisa al ver que trataba de arreglarme el pelo—. Deja tus rizos en paz. Ahora que lo pienso, eres como un cuchillo. Con una vaina muy bien trabajada. Y dentro, acero templado, con un filo muy agudo y perverso.

—¿Perverso? —me extrañé.

—No digo que te falte corazón. Pero puedes ser implacable, *Sassenach*, cuando hace falta.

Sonreí con cierta ironía.

—Es cierto.

—Ya había visto eso en ti, ¿verdad? —Su voz se tornó mucho más suave, pero ciñó los dedos que me apresaban la mano—. Aunque ahora lo eres mucho más que cuando eras joven. Supongo que debiste usarlo con frecuencia.

De pronto comprendí por qué él veía con tanta claridad lo que Frank nunca había apreciado.

—Tú también lo tienes —dije—. Y has tenido que usarlo. Con frecuencia.

Sin pensarlo, toqué la cicatriz que le cruzaba el dedo medio. Él asintió con la cabeza.

—Muchas veces me preguntaba —dijo en voz tan baja que apenas pude oírle— si podía poner ese cuchillo a mi servicio y envainarlo otra vez, sin peligro. Si era el amo de mi alma o si me había convertido en esclavo de mi propia espada. He pensado, una y otra vez, que la había desenvainado demasiado a menudo, tanto que ya no era apto para una relación humana.

Se me contraían los labios con el impulso de hacer un comentario, pero me los mordí. Al notarlo, él sonrió con cierta ironía.

—No creía ser capaz de volver a reír en el lecho de una mujer, *Sassenach* —dijo—. Ni de ir a él como no fuera ciego de necesidad, como las bestias. —Su voz había adquirido un tono de amargura.

—No te imagino como una bestia —dije. Era un comentario ligero, pero su rostro se ablandó al mirarme.

—Lo sé, *Sassenach*. Eso es lo que me da esperanzas. Porque lo soy... y lo sé... pero tal vez... —Dejó morir la voz observándome con pasión—. Tú tienes esa fuerza. Y también el alma. Por lo tanto es posible que la mía tenga salvación.

No supe qué responder. Pasé un rato sin decir nada, acariciando los dedos torcidos y los nudillos grandes y duros. Era una mano de guerrero pero ya no guerreaba.

La apoyé en mi rodilla con la palma hacia arriba y recorrí con el dedo, lentamente, sus elevaciones y sus líneas profundas, hasta la diminuta letra C grabada en la base del pulgar: la marca que lo identificaba como mío.

—Una anciana que conocí en las Tierras Altas decía que las líneas de la mano no predicen la vida: la reflejan.

—¿De veras? —Contrajo levemente los dedos dejando la mano abierta.

—No sé. Ella decía que traes esas líneas al nacer, pero luego cambian con cada cosa que haces, según lo que eres. —No sabía nada de quiromancia, pero me fijé en una línea profunda que partía desde la muñeca hacia arriba bifurcándose varias veces—. Ésta debe de ser la línea de la vida. ¿Ves todas esas bifurcaciones? Supongo que indican muchos cambios, muchas elecciones.

Soltó un bufido, más alegre que desdeñoso.

—Entonces, esta primera división debió hacerse cuando conocí a Jack Randall; la segunda, cuando me casé contigo. Mira, están cerca.

—Es cierto. —Deslicé un dedo por el pliegue. Él contrajo un poco los dedos como si tuviera cosquillas—. ¿Y Culloden pudo ser otra?

—Quizá. —Pero no quería hablar de Culloden. Adelantó el dedo—. Aquí, cuando me encarcelaron. Y cuando regresé. Y cuando vine a Edimburgo.

—Para ser impresor... —me interrumpí para mirarlo, enarcando las cejas—. ¿Cómo se te ocurrió meterte a impresor? Es lo último que habría imaginado.

—Ah, eso. —Ensanchó la boca en una sonrisa—. Bueno, fue por casualidad.

• • •

En un principio, había estado buscando un negocio que sirviera para disimular y facilitar el contrabando. Puesto que poseía una suma considerable, gracias a una operación reciente, decidió adquirir una empresa cuyas operaciones normales requirieran una carreta grande, con su tiro de caballos, y algún local discreto que se pudiera utilizar para almacenar provisionalmente la mercancía en tránsito.

—Lo de la imprenta se me ocurrió cuando fui a encargar algunos carteles —me explicó—. Mientras esperaba que me atendieran vi llegar la carreta, cargada con cajas de papel y barriles de alcohol para diluir la tinta en polvo. Entonces pensé: «¡Caramba, eso es!» A la policía nunca se le ocurriría sospechar de un sitio así.

Sólo después de comprar la empresa de Carfax Close, contratar a Geordie y recibir los primeros encargos, se le ocurrieron las otras posibilidades del oficio.

—Fue por un hombre llamado Tom Gage —explicó—. Me hacía pequeños encargos, todos inocentes, pero venía con frecuencia y se quedaba charlando conmigo y con Geordie, aunque debió haber notado que él conocía mejor el oficio.

Obviamente, Gage estaba explorando las simpatías de Alexander Malcolm: al identificar su acento montañés, mencionó a algunos conocidos que se habían visto en dificultades después del Alzamiento por sus ideas jacobitas y manejó hábilmente la conversación hasta que la divertida presa le dijo, sin más rodeos, que podía encargarle lo que deseara; los hombres del rey no se enterarían.

Así comenzó la asociación; en un principio fue estrictamente comercial, pero con el transcurso del tiempo se fue profundizando hasta convertirse en amistad.

—Una vez el trabajo estaba hecho, bajábamos a la taberna para conversar. Tom me presentó a varios amigos y, por fin, dijo que yo mismo debía escribir un pequeño artículo. Me eché a reír, diciendo que moriríamos todos de viejos antes de que yo pudiera escribir algo inteligible.

Estiró los brazos hacia delante, flexionando las manos.

—Estoy bastante sano —dijo—. Con un poco de suerte, así seguiré por muchos años... pero no para siempre, *Sassenach*. He combatido muchas veces con la espada y con el puñal, pero a todo guerrero le llega el día en que le fallan las fuerzas.

Meneando la cabeza, sacó del bolsillo algunas cosas que puso en mi mano. Eran frías y duras al tacto: rectángulos de plomo, pequeños y pesados. No me hizo falta tocar los bordes para saber a qué letras correspondían esos tipos.

—Q.E.D. —dije.

—Los ingleses me quitaron la espada y el puñal —concluyó suavemente tocando los caracteres que yo tenía en la palma—. Pero Tom Gage volvió a ponerme un arma en la mano. Y no pienso deponerla.

A las cinco menos cuarto bajamos del brazo por la pendiente adoquinada de la Royal Mile. La ciudad refulgía a nuestro alrededor como si compartiera nuestra felicidad. Edimburgo yacía bajo una niebla que no tardaría en convertirse en lluvia, pero las nubes todavía reflejaban la luz del sol poniente, roja y dorada.

En tal estado de arrobamiento, tardé varios minutos en notar que sucedía algo extraño. Un hombre, impaciente por nuestro paso serpenteante, nos adelantó con paso enérgico deteniéndose en seco delante de mí y haciéndome tropezar con las piedras mojadas.

—¿Qué pasa? —pregunté agachándome para recuperar el zapato que se me había salido.

De pronto caí en la cuenta de que todos, a nuestro alrededor, se detenían mirando hacia arriba y echaban a correr calle abajo.

—¿Qué crees que...?

Pero cuando me volví hacia Jamie vi que él también miraba fijamente hacia arriba. Al cabo de un momento noté que el resplandor rojo de las nubes era mucho más intenso; además, parecía parpadear de un modo muy poco característico para un ocaso.

—Fuego —dijo—. ¡Dios mío, creo que es en Leith Wynd!

En ese mismo instante otra persona gritó «¡fuego!» y la gente se lanzó en tropel calle abajo.

Jamie ya estaba en movimiento y me arrastraba detrás de él. Saltando incómodamente sobre un solo pie, en vez de detenerme, me quité el otro zapato y seguí corriendo, resbalando y tropezando en los fríos adoquines mojados.

El incendio no estaba en Leith Wynd, sino en Carfax Close, la calleja vecina. A la entrada se amontonaban curiosos, estirando el cuello en un esfuerzo por ver. Al agacharme para entrar, una ola de calor me golpeó la cara.

Jamie se lanzó entre la muchedumbre sin vacilar, abriéndose camino a la fuerza. Yo lo seguí de cerca antes de que el gentío volviera a cerrarse. Por fin nos encontramos delante de la multitud. Por las ventanas de la imprenta surgían densas nubes de humo negro. Por encima del griterío de la gente se oía un susurro crepitante, como si el fuego estuviera hablando consigo mismo.

—¡Mi prensa! —Con un grito de angustia, Jamie subió el peldaño de la entrada y abrió la puerta de un puntapié. Una nube de humo surgió del interior, devorándolo como una bestia hambrienta. Por un breve instante vi que se tambaleaba por el impacto del humo; luego cayó de rodillas y entró a gatas.

Inspirados por ese ejemplo, varios hombres subieron los peldaños del taller y desaparecieron en el interior lleno de humo. El calor era tan intenso que me pegaba las faldas a las piernas. Me pregunté cómo podían soportarlo dentro.

Tras de mí, una nueva serie de gritos anunció la llegada de la Guardia Municipal armada de cántaros. Los guardias, obviamente acostumbrados a esa tarea, se quitaron las chaquetas del uniforme y comenzaron inmediatamente a atacar el incendio, rompiendo las ventanas y pasándose baldes de agua a toda prisa. Mientras tanto, la multitud crecía: las familias que ocupaban los pisos superiores de los edificios cercanos trataban de dirigir apresuradamente a una horda de niños excitados para llevarlos a lugar seguro.

Por valientes que fueran los esfuerzos de la brigada, no parecían tener mucho efecto sobre el incendio, que continuaba avanzando. Mientras yo corría de un lado a otro, tratando en vano de ver algún movimiento en el interior, el primer hombre en la línea de los cántaros lanzó un grito y dio un brinco atrás, justo a tiempo para evitar que le golpeara una bandeja con caracteres de plomo, que salió zumbando por la ventana rota y aterrizó en los adoquines, esparciendo estruendosamente los caracteres por toda la calle.

Dos o tres pilluelos se escurrieron entre la muchedumbre y comenzaron a cogerlos mientras recibían los coscorrones de algunos vecinos indignados. Una rolliza dama, con pañuelo en la cabeza y delantal, arriesgó su integridad física para arrastrar la pesada bandeja hasta el cordón, donde se acurrucó protectoramente sobre ella como una gallina clueca.

Avivado por la corriente de aire que penetraba por la puerta y las ventanas, la voz del fuego no era ya un susurro, sino un rugido satisfecho. El jefe de la Guardia Municipal, a quien la lluvia de objetos arrojados por la ventana impedía lanzar el agua, gritó algo a sus hombres y apretándose un pañuelo empapado en la nariz, corrió al interior del edificio, seguido por cinco o seis de sus hombres.

La línea volvió a formarse con celeridad; los cántaros llenos pasaban de mano en mano desde la bomba más cercana, a la vuelta de la esquina. Los excitados muchachitos recogían al vuelo los baldes vacíos que rebotaban en el peldaño y corrían a llenarlos otra vez. Edimburgo es una ciudad de piedra, con tantos edificios amontonados, equipados con hogares y chimeneas, que los incendios debían ser algo bastante común.

Una nueva conmoción, detrás de mí, anunció la tardía llegada de la autobomba. La gente se abrió como el Mar Rojo para dar paso a la máquina, arrastrada por hombres ya que los caballos no habrían podido circular por aquellos apretados callejones. Era una maravilla de bronce, reluciente como una brasa ante el reflejo de las llamas. El calor iba cobrando intensidad; a cada soplo de aire caliente se me secaban los pulmones. Estaba aterrorizada por Jamie. ¿Cuánto tiempo más podría respirar en aquel infierno de humo y calor?

—¡Jesús, María y José! —Ian apareció súbitamente a mi lado abriéndose paso entre el gentío a pesar de la pata de palo—. ¿Dónde está Jamie? —me gritó al oído.

—¡Dentro! —grité a mi vez señalando.

Hubo una súbita conmoción en la puerta de la imprenta; los gritos confusos se imponían al ruido del fuego. Aparecieron varios pares de piernas bajo el humo que brotaba de la puerta. Luego emergieron seis hombres; Jamie estaba entre ellos, tambaleándose bajo el peso de una máquina enorme: su preciosa prensa. Después de empujarla hacia el centro de la multitud, volvieron de nuevo hacia el local.

Ya era demasiado tarde para intentar nuevas maniobras de rescate: se oyó un estruendo en el interior y una nueva ráfaga de calor hizo que el gentío retrocediera. De pronto, las ventanas del piso superior se encendieron en llamas danzarinas. Unos cuantos hombres salieron del edificio, tosiendo y ahogándose; algunos venían gateando, ennegrecidos por el hollín y empapados por el sudor de sus esfuerzos. El equipo de la máquina bombeaba con desesperación, pero el grueso chorro de agua no hacía el más mínimo efecto sobre el incendio.

La mano de Ian se cerró sobre mi brazo como las mandíbulas de una trampa.

—¡Ian! —chilló en voz tan alta que se hizo oír por encima del ruido de la multitud y el fuego.

Siguiendo la dirección de su mirada, vi una silueta fantasmal en la ventana del piso superior. Pareció forcejear brevemente con el marco corredizo, pero cayó hacia atrás o quedó envuelto por el humo.

El corazón se me subió a la boca. No había modo de saber si aquella figura era el pequeño Ian, pero sin duda se trataba de una forma humana. Ian cojeaba ya hacia la puerta de la imprenta, con toda la velocidad que la pata de palo le permitía.

—¡Espera! —grité corriendo tras él.

Inclinado sobre la prensa, Jamie jadeaba, tratando de recobrar el aliento mientras daba las gracias a sus colaboradores.

—¡Arriba! —grité—. ¡El joven Ian está arriba!

Él dio un paso atrás, pasándose la manga por la cara ennegrecida, y clavó los ojos desesperados en las ventanas superiores. Sólo se veía el fulgor del fuego. Ian forcejeaba entre las manos de varios vecinos que trataban de impedirle el paso.

—¡No, hombre, no puedes entrar! —gritó el capitán de la Guardia, tratando de sujetarle las manos—. ¡Ya ha caído la escalera y el techo no tardará!

Ian era alto y vigoroso, pese a lo flaco de su contextura y a la falta de una pierna. Las débiles manos de los miembros de la Guardia (en su mayoría veteranos de los regimientos escoceses) no podían contra su fuerza de montañés, acentuada por la desesperación paterna. Lentamente, pero sin pausa, iba arrastrando a los que lo sujetaban hacia las llamas.

Jamie aspiró hondo, llenando de aire sus pulmones quemados. Al cabo de un momento asía a Ian por la cintura para arrastrarlo hacia atrás.

—¡Atrás, hombre! —gritó ronco—. ¡No puedes! ¡La escalera ha desaparecido. —Miró a su alrededor y al verme empujó a Ian hacia mis brazos—. ¡Sujétalo! —gritó—. ¡Voy a por el chico!

Dicho esto, giró en redondo y subió los peldaños del edificio vecino, abriéndose paso entre los parroquianos de la chocolatería del piso de abajo, que habían salido a mirar el alboroto con las tazas de peltre en la mano.

Siguiendo el ejemplo de Jamie, ceñí con los brazos la cintura de Ian dispuesta a no soltarlo.

—No te preocupes —le dije inútilmente—. Él lo traerá. Estoy segura.

Ian no respondió; quizá no me oyó. Permanecía inmóvil y rígido como una estatua, respirando con dificultad, como si sollozara.

Apenas un minuto después se abrió una ventana en el piso superior de la chocolatería. Por ella aparecieron la cabeza y los hombros de Jamie; su pelo rojo parecía una llamarada escapada de la hoguera principal. Salió a la cornisa y viró con cautela, en cuclillas, hasta quedar de cara al edificio. Con un gruñido que resultó audible pese a los ruidos del fuego y de la muchedumbre, se izó hasta el borde del tejado.

Un hombre más bajo no habría podido hacerlo. Tampoco Ian con su pata de palo. Éste murmuraba por lo bajo; me pareció que rezaba pero tenía los dientes apretados y el rostro tenso por el miedo.

—¿Qué diablos va a hacer Jamie allí arriba? —pensé.

No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que el barbero respondió:

—En el tejado de la imprenta hay una trampilla, señora. Sin duda el señor Malcolm trata de usarla para entrar en el piso superior. ¿Es su aprendiz el que está allí?

—¡No! —le espetó Ian—. ¡Es mi hijo!

El barbero retrocedió ante su mirada fulminante, murmurando:

—¡Ah sí, señor, claro! —Y se persignó.

Entre la multitud hubo un grito que se convirtió en bramido: dos siluetas aparecieron en el tejado de la imprenta. Ian me soltó la mano lanzándose hacia delante.

Jamie traía abrazado a su sobrino, doblado y tambaleándose por el humo aspirado. Resultaba bastante obvio que ninguno de ellos podría cubrir el trayecto hasta el edificio contiguo. En aquel momento Jamie vio a Ian, abajo, y haciendo bocina con las manos gritó:

—¡Cuerda!

Cuerdas había; la Guardia Municipal estaba bien equipada. Vi un destello de dientes cuando Jamie sonrió a su cuñado, y la expresión de entendimiento con que éste le respondió. ¿Cuántas veces se habían arrojado una cuerda para izar un fardo hasta el henar o para atar una carga a la carreta?

La multitud retrocedió para que Ian pudiera girar el brazo; el pesado rollo voló hacia arriba en una suave parábola, desenroscándose en el trayecto hasta enlazarse en el brazo extendido de Jamie con la precisión de un abejorro al descender sobre una flor. Jamie recogió el extremo y desapareció un momento para atar la soga a la chimenea.

Tras unos segundos de precario trabajo, las dos figuras ennegrecidas por el humo aterrizaron en la acera, sanas y salvas.

—¿Estás bien? ¡*A bhalaich*, háblame! —Ian cayó de rodillas junto a su hijo, tratando desesperadamente de desatar la cuerda que le rodeaba el pecho mientras le sujetaba la cabeza bamboleante.

Jamie se había apoyado en la barandilla de la chocolatería; tenía la cara tiznada y tosía como si fuera a expulsar los pulmones; por lo demás parecía indemne. Me senté al otro lado del niño apoyándole la cabeza en mi regazo.

Al verlo no supe si reír o llorar. En un lado de la frente, el denso pelo estaba reducido a unos mechones rojos descoloridos; las cejas y las pestañas habían desaparecido por completo y la piel, bajo el hollín, tenía el rosado intenso de un lechón recién sacado del horno.

Busqué el pulso en el flaco cuello; era tranquilizadoramente fuerte. Respiraba de un modo dificultoso e irregular, lo cual no era de extrañar; esperaba que no se le hubiera quemado el revestimiento de los pulmones. Tosió larga y espasmódicamente; su cuerpo delgado se convulsionaba sobre mi regazo.

—¿Está bien? —instintivamente Ian sujetó a su hijo por debajo de las axilas para incorporarlo.

—Creo que sí, pero no estoy segura.

El chico seguía tosiendo, pero no estaba del todo consciente.

—¿Está bien? —era Jamie en cuclillas a mi lado. Su voz sonaba tan ronca que habría sido imposible reconocerla.

—Creo que sí. ¿Y tú? Pareces Malcolm X —comenté echándole un vistazo por encima del hombro convulso del joven Ian.

—¿De veras? —Se llevó una mano a la cara, sobresaltado, pero luego sonrió para tranquilizarme—. No, todavía no soy ex Malcolm; sólo estoy un poco chamuscado por los bordes.

—¡Atrás, atrás! —El capitán de la Guardia apareció a mi lado con la barba gris erizada por los nervios y me tiró de la manga—. Retroceded, señora, que el techo está a punto de caer.

Tenía razón: mientras gateábamos hacia un lugar más seguro, el techo de la imprenta cayó hacia dentro. Poco después, Ian y yo nos encontramos a solas con el chico. Jamie consiguió alojamiento para su prensa en el depósito de la barbería y tras repartir dinero entre los miembros de la Guardia y otros asistentes, se acercó a nosotros con paso fatigado.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó limpiándose la cara con la mano.

Ian levantó la vista hacia él. Por primera vez la cólera, la preocupación y el miedo desaparecieron de su semblante. Sonrió.

—No parece estar mucho mejor que tú, hombre, pero creo que saldrá de esta. Échanos una mano, ¿quieres?

Entre cariñosos murmullos gaélicos, se inclinó hacia su hijo.

Cuando llegamos al establecimiento de Madame Jeanne, el joven Ian ya podía caminar, aunque apoyado sobre su padre y su tío. Fue Bruno quien acudió a la puerta; después de un parpadeo incrédulo, abrió de par en par, riendo tanto que apenas pudo cerrar la puerta a nuestras espaldas.

Debo admitir que no éramos un espectáculo muy bonito, pero el joven Ian concentró toda la atención de las múltiples cabezas que asomaron al salón; parecía un flamenco recién salido del huevo.

Una vez instalados en la pequeña sala de arriba y con la puerta cerrada, Ian se volvió hacia su desventurado vástago.

—Vas a sobrevivir, ¿no, sabandija? —inquirió.

—Sí, señor —respondió el chico con un horrendo graznido, casi como si hubiera preferido decir que no.

—Me alegro —dijo el padre ceñudo—. Y ahora, ¿me lo vas a explicar? ¿O prefieres que te haga hablar a golpes para ahorrar tiempo?

—No puedes azotar a alguien que acaba de quemarse hasta las cejas, Ian —protestó Jamie mientras llenaba una copa de oporto—. No sería humano.

Con una amplia sonrisa, entregó la copa a su sobrino, que la aceptó inmediatamente.

—Es cierto —dijo Ian inspeccionando a su hijo. El chico tenía un aspecto lamentable, pero a la vez divertido—. No por eso voy a dejar de azotarte el trasero, ¿entiendes? —le advirtió—. Eso aparte de lo que tu madre quiera hacerte cuando te vuelva a ver. Pero por ahora quédate tranquilo, muchacho.

El joven Ian no respondió. No muy reconfortado por el tono magnánimo de esa última declaración, buscó refugio en el fondo de su copa. Yo también acepté la mía gustosamente.

Mientras me despegaba el corpiño mojado de los pechos, sorprendí la mirada de interés que me lanzó el chico y decidí, con pena, que no podría quitarme el vestido mientras él estuviera en la habitación. Jamie parecía haberlo corrompido bastante.

—¿Te sientes en condiciones de hablar un poco, hijo? —Jamie se sentó frente a su sobrino, junto a Ian.

—Sí, creo que sí —graznó el joven Ian con cautela. Después de un carraspeo que pareció el croar de una rana, repitió con más firmeza—: Puedo, sí.

—Bien. En primer lugar: ¿qué hacías en la imprenta? Y luego: ¿cómo empezó el incendio?

El joven Ian reflexionó. Después de tomar otro sorbo de oporto para darse valor, dijo:

—Lo inicié yo.

Jamie e Ian se incorporaron inmediatamente.

—¿Porqué?

—Bueno, había un hombre —comenzó el chico inseguro. Y se interrumpió.

—Un hombre —lo azuzó Jamie con paciencia, al ver que su sobrino parecía haberse vuelto sordomudo—. ¿Qué hombre?

El joven Ian apretó la copa entre las manos; parecía profundamente desdichado.

—Respóndele a tu tío enseguida, idiota —ordenó el padre áspero—, si no quieres que te ponga sobre mis rodillas y te azote ahora mismo.

A base de amenazas similares, los dos hombres lograron arrancar del chico un relato más o menos coherente.

Aquella mañana el joven Ian había acudido a la taberna de Kerse donde debía encontrarse con Wally, quien volvería de su cita trayendo el coñac para cargar los toneles que usarían como cebo.

—¿Quién te dijo que fueras allí? —inquirió Ian ásperamente.

—Yo —intervino Jamie. Luego agitó una mano hacia su cuñado, pidiéndole silencio—. Sí, yo sabía que él estaba aquí. Dejemos eso para más tarde, Ian, por favor. Es importante saber qué sucedió.

Ian le clavó una mirada fulminante, pero mantuvo la boca cerrada.

—Es que tenía hambre —dijo el joven Ian.

—¡Como siempre! —comentaron el padre y el tío al unísono.

Ambos se miraron, lanzando una breve carcajada; la atmósfera tensa del cuarto se aligeró un poco.

—Así que entraste en la taberna para comer algo —adivinó Jamie—. Está bien, muchacho, no hay problema. ¿Qué sucedió mientras estabas allí?

Según resultó, fue allí donde había visto al hombre. Un tipo menudo con cara de rata que estaba hablando con el tabernero; era tuerto y llevaba coleta de marinero.

—Preguntó por ti, tío Jamie. —El joven Ian se iba tranquilizando gracias al oporto—. Por tu auténtico nombre.

Jamie dio un respingo.

—¿Por Jamie Fraser, quieres decir?

El chico asintió con la cabeza mientras bebía otro sorbo.

—Sí y también conocía tu otro nombre: Jamie Roy.

—¿Jamie Roy? —Ian volvió una mirada de desconcierto hacia su cuñado, que se encogió de hombros con impaciencia.

—Es el nombre que uso en los muelles. ¡Por Dios, Ian, sabes perfectamente a qué me dedico!

—Sí, pero ignoraba que el pequeño te estuviera ayudando. —Ian apretó los labios y volvió la atención hacia su hijo—. Continúa, muchacho. No volveré a interrumpirte.

El marinero había preguntado al dueño del establecimiento qué podía hacer un viejo lobo de mar, caído en desgracia y necesitado de empleo, para encontrar a un tal Jamie Fraser, que tenía fama de dar trabajo a hombres capaces. Como el tabernero fingía no conocer ese nombre, el tipo se inclinó un poco más, acercándole una moneda y preguntándole en voz baja si el de «Jamie Roy» le era más familiar.

El propietario se mantuvo sordo como una tapia, por lo cual el marinero no tardó en abandonar la taberna, seguido de cerca por el joven Ian.

—Me pareció que convenía averiguar quién era y qué intenciones tenía —explicó el chico parpadeando.

El hombre era un buen caminante; había recorrido unos ocho kilómetros en menos de una hora hasta llegar a la taberna del Búho Verde, seguido de un Ian muerto de sed tras semejante caminata.

Al oír ese nombre di un respingo, pero no dije nada.

—Estaba atestada —informó el chico—. Por la mañana había sucedido algo y todos estaban hablando del hecho... pero cerraban la boca en cuanto me veían. Allí se repitió la misma escena. —Hizo una pausa para toser y carraspear—. El marinero pidió coñac y preguntó al tabernero si conocía a un proveedor de licores llamado Jamie Roy o Jamie Fraser.

El hombre había visitado metódicamente una taberna tras otra, seguido fielmente por la sombra de Ian; en cada establecimiento pidió coñac y repitió la pregunta.

—Debe de haber tenido una cabeza muy firme para beber tanto coñac —comentó el padre.

El muchachito sacudió la cabeza.

—No lo bebía. Sólo lo olfateaba.

El padre chasqueó la lengua ante tan escandaloso desperdicio pero las cejas pelirrojas de Jamie se alzaron aún más.

—¿No lo probaba? —preguntó bruscamente.

—Sólo en la taberna Perros y Pistolas y en la del Cerdo Azul. En los otros lugares no bebió nada, y entramos en cinco antes de que... —dejó la frase sin terminar para sorber otro poco.

La cara de Jamie sufrió una transformación asombrosa. Del desconcierto pasó a una total inexpresividad; luego pareció tener una revelación.

—Conque fue así —dijo suavemente para sus adentros—. Claro. —Volvió a concentrarse en el sobrino—. ¿Y qué pasó después, hijo?

El joven Ian se estaba deprimiendo otra vez.

—Bueno, entre Kerse y Edimburgo hay muchísima distancia. Y caminar me daba mucha sed...

Padre y tío intercambiaron una agria mirada.

—Bebiste demasiado —concluyó Jamie resignado.

—Bueno, ¿cómo iba yo a saber que él entraría en tantas tabernas? —exclamó el chico intentando defenderse, con las orejas enrojecidas.

—Claro, por supuesto, hijo —reconoció Jamie para acallar el comentario de su cuñado—. ¿Cuánto resististe?

Según se descubrió, fue en medio de la Royal Mile cuando el joven Ian, abrumado por el madrugón, la caminata de ocho kilómetros y los efectos de dos litros de cerveza, poco más o menos, se adormeció en un rincón. Al despertar, una hora después, descubrió que su presa había desaparecido.

—Entonces vine aquí —explicó—. Pensé que tío Jamie debía enterarse. Pero no lo encontré.

El chico me echó un vistazo, con las orejas más coloradas que nunca.

—¿Y por qué se te ocurrió buscarlo aquí? —Ian clavó en su hijo una mirada de barrena, que luego desvió hacia su cuñado—. ¡Qué descaro el tuyo, Jamie Fraser! ¡Traer a mi hijo a una casa de rameras!

—¡No eres el más indicado para hablar, papá! —El chico se puso en pie, tambaleándose y apretando los puños huesudos.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir con eso, pequeño estúpido? —exclamó Ian indignado.

—¡Quiero decir que eres un hipócrita de todos los demonios! —chillo el hijo—. ¡Mucho predicar a tus hijos que debemos ser puros y fieles a una sola mujer! ¡Y mientras tanto tú te escabulles a la ciudad para correr detrás de las rameras!

—¿Qué?

Ian se había puesto rojo. Miró con cierta alarma a Jamie, que parecía estar divirtiéndose con la situación.

—¡Eres un... un... fariseo!

—Este chico está borracho —le dije a Jamie.

—Cierto.

Ian padre no estaba borracho, pero su expresión se parecía mucho a la de su vástago.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —gritó avanzando amenazadoramente hacia el hijo, que retrocedió involuntariamente.

—Ella —dijo señalándome para explicarse mejor—. ¡Ella! ¡Engañas a mi mamá con esta ramera barata! ¡Eso es lo que quiero decir!

Ian le asestó un golpe que le derribó sobre el sofá.

—¡Grandísimo idiota! —bramó escandalizado—. ¡Bonita manera de referirte a tu tía Claire! ¡Por no hablar de mí y de tu madre!

—¿Mi tía? —El joven Ian me miró desde los almohadones boquiabierto. Se parecía tanto a un pichón pidiendo comida que, contra mi voluntad, rompí en una carcajada.

—Esta mañana te fuiste antes de que pudiera presentarme —aclaré.

—¡Pero si mi tía está muerta! —protestó estúpidamente.

—Todavía no. A menos que coja una pulmonía por no quitarme este vestido mojado.

Me miraba con ojos de plato.

—Algunas ancianas de Lallybroch cuentan que eras una mujer sabia, una Dama Blanca... o quizás un hada. Cuando tío Jamie volvió de Culloden sin ti, ellas dijeron que tal vez habías vuelto junto a las hadas. ¿Es cierto?

Intercambié una mirada con Jamie, que elevó los ojos al techo.

—No —respondí—. Yo... eh...

—Después de Culloden escapó a Francia —intervino Ian con gran firmeza—. Como creía que tu tío Jamie había perecido en el combate, volvió junto a su familia. Había sido muy amiga del príncipe y, después de la guerra, no podía volver a Escocia sin correr un gran peligro. Pero en cuanto supo que su esposo no había muerto se embarcó de inmediato y vino a buscarlo.

El joven Ian se había quedado boquiabierto, igual que yo.

—En... sí —dije reaccionando—. Eso fue lo que sucedió.

—Así que has vuelto —dijo el chico con alegría—. ¡Por Dios qué romántico!

Se había roto la tensión del momento. Ian vacilaba mientras sus ojos se ablandaban al pasar de Jamie a mí.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Supongo que sí.

• • •

—No esperaba tener que hacer esto hasta dentro de dos o tres años —comentó Jamie sosteniendo con mano experta la frente de su sobrino, que vomitaba penosamente en la escupidera que yo le ofrecía.

—¡Siempre ha ido adelantado! —recordó Ian con resignación—. Aprendió a caminar antes de saber mantenerse en pie; se caía continuamente en el fuego, en la tina de la colada, en el gallinero... —dijo dándole una palmada en la espalda ñaca y convulsionada—. Anda, hijo, sácalo.

Poco después dejamos al chico en el sofá para que se recuperara de los efectos causados por el humo, la emoción y el exceso de oporto, bajo la mirada censoria de su padre y su tío.

—¿Dónde diablos está el té que pedí? —Jamie alargó la mano impaciente hacia la campanilla, pero yo se lo impedí.

—No te molestes. Iré a buscarlo.

Encontré la cocina sin dificultad y solicité las provisiones necesarias. Mientras tanto rogaba que Jamie y su cuñado dieran al chico algunos minutos de respiro, no sólo por su bien, sino también para no perderme nada de su relato.

Cuando volví a la habitación fue obvio que algo me había perdido; la frialdad invadía la sala; el joven Ian, al verme, se apresuró a desviar los ojos. Jamie mantenía su imperturbabilidad habitual pero su cuñado parecía casi tan azorado e inquieto como el chico.

Miré a Jamie con una ceja en alto. Se encogió de hombros con una leve sonrisa.

—Pan y leche —dije entregándolos al joven Ian, que de inmediato se puso más contento—. Té caliente. —Ofrecí la tetera al padre—. Whisky. —A Jamie—. Y té frío para las quemaduras.

Destapé una escudilla con varias servilletas en remojo.

—¿Té frío? —Jamie enarcó las cejas rojizas—. ¿No había manteca?

—A las quemaduras no se las trata con manteca —expliqué—. Se usa zumo de aloe o de llantén, pero la cocinera no tenía nada de eso. Lo mejor que pude conseguir fue té frío.

Apliqué una cataplasma a las partes quemadas del joven Ian mientras Jamie e Ian hacían los honores al té y al whisky. Ya más repuestos, nos sentamos a escuchar el resto de la historia.

—Bueno —dijo el jovencito—, pasé un rato caminando por la ciudad sin saber qué hacer. Cuando se me despejó un poco la cabeza, se me ocurrió que, si el hombre iba de taberna en taberna calle abajo, lo mejor era comenzar por el otro extremo e ir calle arriba. Así tal vez lo encontraría.

—Brillante idea —ponderó Jamie—. ¿Y lo encontraste?

—Sí.

Cuando empezaba a desesperar vio al hombre sentado en el bar de la Destilería Holyrood. Al parecer no se había detenido allí para pedir información, sino para descansar, pues estaba tranquilamente instalado bebiendo cerveza. El joven Ian permaneció en el patio tras un tonel, hasta que el hombre pagó su cuenta y salió sin prisa.

—No visitó más tabernas —informó el chico limpiándose una gota de leche de la barbilla—. Fue directamente a Carfax Close, a la imprenta.

Jamie dijo por lo bajo unas palabras gaélicas.

-¿Sí? ¿Y luego?

—Bueno, encontró el negocio cerrado, por supuesto. Al ver que la puerta estaba cerrada con llave miró las ventanas, como si pensara entrar por allí. Luego echó un vistazo a la gente que iba y venía. Se detuvo un momento en el umbral, pensando, y finalmente volvió hacia la entrada de la calleja vecina. Tuve que esconderme en la sastrería del rincón para que no me viera.

El hombre se había detenido en la entrada. Después, ya decidido, caminó unos cuantos pasos hacia la derecha y desapareció por un pequeño callejón.

—Yo sabía que ese callejón desembocaba en el patio trasero de la calleja vecina —explicó Ian—. Comprendí de inmediato sus intenciones.

—En la parte trasera de la calleja hay un pequeño patio —me explicó Jamie—, donde acumulan trastos, mercaderías y cosas así. La imprenta tiene una puerta trasera que da a ese patio.

El joven Ian dejó su escudilla vacía con un gesto de asentimiento.

—Sí. Me pareció que pensaba entrar por allí. Y me acordé de los panfletos nuevos.

—¡Cielos! —musitó Jamie algo pálido.

—¿Qué panfletos? —preguntó su cuñado.

—Los nuevos impresos para el señor Gage —explicó el chico.

Ian seguía tan desconcertado como yo.

—Política —explicó Jamie sin rodeos—. Un argumento para rechazar la última Ley de Sellos, exhortando a la oposición civil... Con violencia, si fuera necesario. Cinco mil panfletos acabados de imprimir y apilados en la trastienda. Gage debía venir a buscarlos mañana a primera hora.

—Dios mío —murmuró Ian. Había palidecido aun más que Jamie y lo miraba con una mezcla de horror y respeto religioso—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Estás enredado con Tom Gage y su grupo de sediciosos? ¿Y encima involucras a mi hijo? ¿Cómo has podido hacer algo así, Jamie? ¡Cómo! ¿No hemos sufrido ya bastante por ti, Jenny y yo?

—No formo parte del grupo de Gage —corrigió Jamie—. Pero soy impresor, ¿no? Y él pagó esos panfletos.

Ian alzó las manos en un gesto de gran irritación.

—¡Ah, sí! ¡De mucho servirá eso cuando la Corona te mande ahorcar! Si descubren esos panfletos en tu local...

Asaltado por una idea súbita, se volvió hacia su hijo.

—Ah, conque fue por eso. Sabías lo que decían los panfletos. ¿Por eso les prendiste fuego?

El joven Ian asintió, solemne como un buho.

—No tenía tiempo para sacarlos —dijo—. Eran cinco mil. El hombre... el marinero... había entrado por la ventana trasera y estaba a punto de abrir la puerta.

Ian giró en redondo para enfrentarse a Jamie.

—¡Maldito seas! —exclamó con violencia—. ¡Maldito seas, Jamie Fraser! ¡Tienes el cerebro de un pájaro! ¡Primero los jacobitas y ahora esto!

Jamie enrojeció.

—¿Tengo que cargar con las culpas de Carlos Estuardo? —Sus ojos lanzaban destellos de cólera. Dejó bruscamente su taza salpicando té y whisky sobre la mesa—. ¿Acaso no hice todo lo que pude para detener a ese estúpido? ¿No renuncié a todo por esa lucha? ¡A todo, Ian! ¡A mis tierras, a mi libertad y a mi esposa para intentar que todos nos salváramos!

Mientras hablaba me echó una breve mirada; por un momento pude entrever lo que le habían costado aquellos veinte últimos años.

—Y en cuanto a lo que he perjudicado a tu familia, ¿no te has beneficiado, Ian? Ahora Lallybroch pertenece al pequeño James, ¿no? ¡No es de mi hijo, sino del tuyo!

Ian hizo un gesto de dolor.

—Yo nunca te pedí...

—No, es cierto. ¡No te estoy acusando, por Dios! Pero ésa es la verdad. Lallybroch ya no es mío. Lo recibí de mi padre y lo cuidé tan bien como pude. Y tú me ayudaste, Ian. —Su voz se dulcificó—. Nunca habría podido arreglármelas sin ti, ni sin Jenny. No me dolió cedérselo al pequeño Jamie. Había que hacerlo. Pero aun así...

Se volvió de espaldas, con la cabeza gacha y los hombros tensos bajo la camisa. Yo tenía miedo de moverme, de hablar, pero capté la mirada de Ian, llena de aflicción, y le apoyé una mano en el hombro en busca de mutuo consuelo. El pulso latía con firmeza en la clavícula. Me estrechó la mano con fuerza.

Jamie se volvió hacia su cuñado, luchando por dominar la voz y el genio.

—Te lo juro, Ian: nunca permití que el niño corriera peligro. Lo mantuve tan alejado como me fue posible. No dejé que lo vieran en los muelles ni que saliera con Fergus en los botes, por mucho que me lo imploró. —Al mirar a su sobrino su expresión adquirió una rara mezcla de afecto e irritación—. No le pedí que viniera, Ian, le dije que debía volver a casa.

—Pero no lo obligaste a volver, ¿verdad? —El color encendido estaba desapareciendo del rostro de Ian, pero sus ojos pardos seguían entornados y brillantes por la furia—. Tampoco mandaste ningún aviso. Por Dios, Jamie, ¡Jenny no ha dormido una sola noche en todo el mes!

—Quería llevarlo yo mismo.

—Tiene edad suficiente para viajar solo —adujo el padre— Vino hasta aquí sin que lo trajera nadie, ¿no?

—Sí. No era por eso. —Jamie, inquieto, jugueteó con la taza de té—. Quería llevarlo para pediros, a ti y a Jenny, que le permitierais vivir un tiempo conmigo.

Ian dejó escapar una risa breve y sarcástica.

—¿Ah, sí? ¿Querías nuestro permiso para que lo ahorquen o lo deporten contigo?

La cólera volvió a cruzar las facciones de Jamie.

—Sabes que no permitiría que corriera ningún peligro —dijo—. ¡Por amor de Dios, si lo quiero como si fuera mi propio hijo!

A Ian se le había acelerado la respiración. Lo percibí desde mi sitio, tras el sofá.

—Oh, lo sé muy bien —dijo mirando a Jamie a los ojos—. Pero no es tu hijo, ¿verdad? Es mío.

Jamie le sostuvo la mirada un buen rato.

—Sí —dijo al fin en voz baja—. Cierto.

El cuñado se pasó una mano por la frente, apartándose el pelo oscuro.

—Bueno. —Aspiró hondo una o dos veces más y se volvió hacia el muchacho—. Vamos. Tengo un cuarto en la posada de Halliday.

Los dedos huesudos del hijo apretaron los míos. Tragó saliva, pero no hizo ademán alguno de abandonar el asiento.

—No, papá —dijo. Le temblaba la voz y parpadeaba con fuerza para no llorar—. No iré contigo.

El padre palideció.

—¿Conque ésas tenemos?

El joven asintió con la cabeza.

—Iré... iré contigo por la mañana, papá. Pero ahora no.

Ian miró a su hijo sin decir nada. Luego murmuró.

—Comprendo. Está bien. Está bien.

Sin una palabra más, giró en redondo y salió cerrando la puerta con mucho cuidado.

El hombro del chico temblaba bajo mi mano. Me apretaba los dedos más que nunca, llorando sin ruido. Jamie se acercó lentamente con la cara llena de preocupación.

—¡Oh, Ian!, pequeño —musitó—. Has hecho mal, hijo, por Dios.

—Era necesario. —El sobrino dejó escapar un bufido. Entonces me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento—. No quería hacer sufrir a papá. ¡No quería hacer eso!

Jamie le dio una palmadita distraída en la rodilla.

—Ya lo sé, hijo, pero decirle semejante cosa...

—Es que no podía contarle nada. ¡Y tú tienes que saberlo, tío Jamie!

Levantó la vista, súbitamente alarmado por el tono de su sobrino.

—¿Saber qué?

—El hombre. El hombre de la coleta.

—¿Qué ha pasado?

El joven Ian se pasó la lengua por los labios para armarse de valor.

—Creo que lo he matado —susurró.

Jamie me lanzó una mirada sobresaltada.

—¿Cómo?

—Bueno... mentí un poco —comenzó Ian con voz trémula Aún tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se las secó con la mano—. Cuando entré en la imprenta con la llave que me habías dado, el hombre ya estaba allí. Lo encontré guardándose algunos panfletos bajo la chaqueta. Le grité que los dejara y se volvió hacia mí con una pistola en la mano.

La pistola se había disparado, para gran susto del chico, pero la bala se desvió. Sin intimidarse, el marinero se arrojó contra él levantando la pistola para usarla como porra.

—No tuve tiempo de huir ni de pensar —dijo Ian—. Busqué lo que tenía más a mano y se lo tiré.

Lo que tenía más a mano era un cazo de cobre de mango largo que se utiliza para verter el plomo fundido en los moldes. La forja aún estaba encendida aunque con las ascuas bien cubiertas; el crisol contenía unas gotas ardientes de plomo que volaron del casco hacia la cara del marinero.

—¡Por Dios, cómo gritó! —Un fuerte escalofrío recorrió joven Ian. Rodeé el extremo del sofá para sentarme a su lado y cogerle las manos.

El marinero se había tambaleado hacia atrás mientras se daba manotazos en la cara y chocaba con la pequeña forja esparciendo las ascuas hacia todas partes.

—Fue eso lo que inició el incendio —dijo el chico—. Traté de apagarlo a golpes, pero alcanzó el papel y el fuego me saltó a la cara. Fue como si toda la habitación estuviera en llamas.

—Los barriles de tinta, supongo —dijo Jamie para sus adentros—. El polvo se disuelve en alcóhol.

El papel en llamas cayó entre Ian y la puerta trasera. El marinero, cegado y aullando como alma en pena, de rodillas en el suelo le cerraba el paso hacia el cuarto de enfrente y hacia la salvación.

—No... no soportaba tocarlo, apartarlo de un empujón —dijo nuevamente estremecido.

Perdida la cabeza por completo, optó por huir escaleras arriba, pero se encontró atrapado entre las llamas que ascendían por el hueco de la escalera, llenando rápidamente el cuarto del piso superior con un humo cegador.

—¿No se te ocurrió salir al tejado por la trampilla?— preguntó Jamie.

El joven Ian meneó miserablemente la cabeza.

—No sabía que existiera.

—¿Qué hacía esa puerta allí? —pregunté con curiosidad.

Jamie me dedicó una sonrisa fugaz.

—Para casos de necesidad. Tonto es el zorro que tiene una sola salida en su madriguera. Aunque debo reconocer que cuando la hice abrir, no pensaba precisamente en los incendios. Ian, ¿crees que el hombre no escapó del fuego?

—No creo que pudiera —respondió el chico sollozando otra vez—. Y si ha muerto fui yo quien lo mató. No podía decirle a papá que soy un ases... un ases...

Lloraba demasiado para poder pronunciar la palabra.

—No eres ningún asesino —dijo su tío con firmeza dándole una palmadita en el hombro—. Basta ya. Está bien. No has hecho nada malo, hijo.

El chico asintió, pero no dejaba de llorar y temblar. Por fin lo rodeé con los brazos, arrullándolo como a un recién nacido. Me resultaba extraño tenerlo abrazado; era casi tan grande como un hombre adulto, pero de huesos ligeros y con tan poca carne que me daba la sensación de sostener un esqueleto. Hablaba con la cara hundida en mi seno, con la voz tan distorsionada por la emoción y la tela que me costó entender sus palabras.

—... pecado mortal..., condenado al infierno..., no pude decirle a papá..., miedo..., nunca volveré a casa...

Jamie enarcó las cejas. Me limité a encogerme de hombros, acariciando el pelo revuelto del chico. Por fin él se inclinó hacia delante y lo sujetó con firmeza por los hombros para incorporarlo.

—Mírame, Ian —ordenó—. ¡No, no! ¡Mírame!

Con un esfuerzo supremo, el chico enderezó el cuello y fijó en su tío los ojos enrojecidos.

—Ian. —Jamie le estrechó las manos—. En primer lugar, no es pecado matar a alguien que está tratando de matarte a ti. La Iglesia permite matar, si es necesario, en defensa propia, de tu familia o de tu país. Así que no has cometido ningún pecado mortal y no estás condenado.

—¿No? —El joven Ian sorbió ruidosamente por la nariz, limpiándose la cara con una manga.

—No —aseguró Jamie con un asomo de sonrisa en los ojos—. Por la mañana iremos juntos a hablar con el padre Hayes. Puedes confesarte con él para que te absuelva, pero te dirá lo mismo que yo.

—Oh... —la sílaba encerraba un profundo alivio.

Jamie le dio otra palmadita en la rodilla.

—Otra cosa: no debes tener miedo de decírselo a tu padre.

—¿No? —El chico había aceptado sin vacilar el dictamen sobre el estado de su alma, pero esto último parecía inspirarle profundas dudas.

—No puedo asegurarte que no se ponga nervioso —añadió Jamie con sinceridad—. Lo más probable es que le salgan canas verdes en el acto. Pero sabrá comprender.

—¿Tú crees? —En los ojos de Ian luchaban la esperanza y la duda—. No... no creo que... ¿Mi padre ha matado a algún hombre? —preguntó súbitamente.

Jamie parpadeó, desconcertado por la pregunta.

—Bueno, supongo... Ha estado en combate, pero... si quieres que te diga la verdad, Ian, no lo sé. Los hombres no hablamos de ese tipo de cosas, ¿sabes? Excepto los soldados, a veces, cuando están muy borrachos.

Estaba buscando un pañuelo en la manga, pero de pronto levantó la vista, asaltado por una idea.

—¿Por eso preferías contármelo a mí y no a tu padre? ¿Porque yo sí he matado?

El sobrino asintió.

—Sí. Supuse que... que tú sabrías lo que se debe hacer.

—Ah. —Jamie aspiró hondo e intercambió una mirada conmigo—. Bueno...

Encogió los hombros y volvió a ensancharlos. Comprendí que aceptaba la carga impuesta por el joven Ian.

—Lo que debes hacer —dijo suspirando— es preguntarte si podías haber hecho alguna otra cosa. No tenías alternativa, así que puedes estar tranquilo. Luego vas a confesarte, si puedes; si no, un buen acto de contrición. Con eso basta si no hay pecado mortal. No has cometido ninguna falta, claro, pero el acto de contrición es porque lamentas profundamente la necesidad que te obligó. Y finalmente rezas una oración por el alma de la persona que has matado. Para que pueda descansar y no te persiga. ¿Conoces la oración para la Paz del Alma? Te sentirás mejor, si tienes tiempo para decirla. En medio de la batalla, cuando no tienes tiempo, dices ésta: «Recibe esta alma en Tus brazos, oh Cristo, Rey del Cielo, Amén.»

—Recibe esta alma en Tus brazos, oh Cristo, Rey del Cielo, Amén —repitió el joven Ian por lo bajo. Luego asintió lentamente—. Sí, está bien. ¿Y después?

Jamie alargó una mano para tocarle la mejilla con mucha suavidad.

—Después aprendes a vivir con el recuerdo, hijo —concluyó—. Eso es todo.

28

Guardián de la virtud

—El hombre al que siguió Ian, ¿puede tener algo que ver con la advertencia de sir Percival? —Destapé la bandeja que acababan de traernos para olfatearla; parecía haber pasado mucho tiempo desde el guiso de Moubray.

Jamie asintió cogiendo una especie de panecillo relleno caliente.

—No me sorprendería —dijo secamente—. Es probable que haya más de un hombre con intenciones de perjudicarme, pero no creo que haya bandas enteras rondando por Edimburgo. —Masticó maquinalmente meneando la cabeza—. No, eso es evidente, pero no hay por qué preocuparse.

—¿No? —Di un pequeño mordisco a mi panecillo; luego, otro más grande. Él hizo una pausa para tragar.

—No —dijo con más claridad—. Ha de ser cuestión de un contrabandista rival. Hay dos bandas con las que he tenido algunas dificultades. —Agitó una mano esparciendo las migas y cogió otro panecillo—. Por el comportamiento de ese hombre, que olfateaba el coñac sin probarlo, podría ser un catador: alguien capaz de identificar la procedencia de un vino por el olor y el año en que fue embotellado con sólo probarlo. Un tipo muy valioso —añadió con aire pensativo— y excelente para seguirme el rastro.

—¿Podría rastrearte a ti, personalmente, por medio del coñac? —pregunté con curiosidad.

—Más o menos. ¿Te acuerdas de mi primo Jared?

—Por supuesto. ¿Vive todavía?

—Para eliminarlo tendrían que encerrarlo en un tonel y tirarlo al Sena —replicó Jamie—. No sólo está vivo, sino disfrutando de la existencia. ¿Cómo crees que consigo el coñac francés que traigo a Escocia?

—Por intermedio de Jared, supongo —dije.

Jamie asintió con la boca llena.

—¡Eh! —Arrebató el plato de los dedos flacos del joven Ian—. Si tienes el estómago revuelto no debes comer algo tan fuerte —advirtió ceñudo mientras masticaba—. Voy a pedir más pan y leche para ti.

—¡Pero tío! —protestó el chico mirando con nostalgia los sabrosos panecillos—. ¡Tengo un hambre terrible!

Purificado por la confesión, había recobrado el buen ánimo y, por lo visto, también su apetito. Jamie suspiró.

—Bueno, está bien. ¿Juras que no vas a vomitarme encima?

—No, tío —prometió mansamente el joven Ian.

—De acuerdo. —Después de acercarle el plato, Jamie reanudó su explicación—. Jared me envía principalmente el producto de segunda calidad de sus propios viñedos y reserva el de primera calidad para venderlo en Francia, donde la gente percibe la diferencia.

—Entonces, lo que tú traes a Escocia es identificable.

—Sólo por medio de un catador. Lo cierto es que ese hombre probó el vino sólo en las dos tabernas que compran exclusivamente mi coñac. De cualquier modo, no me preocupa mucho que alguien busque a Jamie Roy en las tabernas. —Olfateó su vino antes de beber—. Lo que me preocupa es que ese hombre haya llegado a la imprenta. Me he tomado muchas molestias para que quienes conocen al Jamie Roy de los muelles no sean los mismos que tratan con Alex Malcolm, el impresor.

—Pero sir Percival te llamó Malcolm. Y él sabe que eres contrabandista —protesté.

Jamie asintió con la cabeza.

—En los puertos cercanos a Edimburgo, *Sassenach*, la mitad de los hombres son contrabandistas. Sir Percival sabe que me dedico a eso, sí, pero no me identifica con Jamie Roy ni con James Fraser. Cree

que comercio con sedas y terciopelos de Holanda... porque con eso le pago. —Esbozó una sonrisa—. Se los cambio por coñac al sastre de la esquina. Sir Percival es aficionado a los paños finos y su esposa aún más. Pero él ignora que trafico con licores en tanta cantidad. De lo contrario no se conformaría con algunos cortes de encaje, te lo aseguro.

—¿Es posible que ese marinero te haya localizado por alguno de los taberneros?

Se pasó una mano por el pelo, como hacía cuando pensaba.

—Sólo me conocen como cliente —dijo con lentitud—. Es Fergus quien se encarga de comerciar con las tabernas... y él nunca se acerca a la imprenta. Siempre nos reunimos aquí en privado. —Me sonrió con ironía—. A nadie le extraña que un hombre visite un burdel, ¿verdad?

De pronto se me ocurrió una idea.

—¿Y si fuera así? Cualquier hombre puede entrar aquí sin despertar sospechas. ¿Y si ese marinero te hubiera visto aquí con Fergus? ¿O si alguna de las chicas te describió? Al fin y al cabo, no eres un hombre que pueda pasar desapercibido.

—Muy bien pensado, *Sassenach* —manifestó—. Puedo averiguar fácilmente si en estos días ha venido por aquí un marinero tuerto y con coleta. Voy a hablar con Jeanne. —Se levantó para desperezarse. Sus manos casi tocaban las vigas del techo—. Y después nos acostaremos, ¿no? —Me guiñó un ojo—. Entre una cosa y otra, ha sido un día terrible.

Jeanne llegó junto con Fergus, que le abrió la puerta con la familiaridad de un hermano.

—Ya liquidé el coñac —informó a Jamie—. Se lo vendí a MacAlpine... con una rebaja en el precio, milord, por desgracia. Me pareció que era mejor hacer una venta rápida.

—Sí, es preferible no tenerlo en el local —confirmó Jamie—. ¿Qué hiciste con el cadáver?

El francés esbozó una leve sonrisa; su cara enjuta y el mechón oscuro de la frente le daban aire de pirata.

—Nuestro intruso también fue a parar a la taberna de MacAlpine, milord..., debidamente disfrazado.

—¿De qué? —quise saber.

La sonrisa de pirata se volvió hacia mí; Fergus, pese al garfio, se había convertido en un hombre muy apuesto.

—*De crème de menthe*, milady.

—No creo que nadie en Edimburgo haya probado la *crème de menthe* en los últimos cien años —comentó Madame Jeanne—. Estos escoceses paganos no están habituados a los licores civilizados. Nuestros clientes nunca piden otra cosa que whisky, cerveza o coñac.

—Exactamente, Madame —asintió Fergus—. No conviene que los hombres de MacAlpine prueben el contenido de ese tonel, ¿verdad?

—Pero alguien abrirá ese tonel, tarde o temprano —objeté—. No quiero ser grosera, pero...

—Exactamente, milady. —Fergus me dedicó una respetuosa reverencia—. Aunque la *crème de menthe* tiene un altísimo contenido de alcohol. El sótano de esa taberna es sólo una pausa momentánea en el viaje de nuestro desconocido hacia su descanso eterno. Mañana irá a los muelles y, desde allí, a algún lugar mucho más lejano.

Jeanne se dirigió a la puerta, encogiéndose de hombros.

—Mañana, cuando *les filies* estén desocupadas, les preguntaré si han visto a ese marinero, Monsieur. Por el momento...

—Por el momento, hablando de estar desocupadas... —interrumpió Fergus— ¿Es posible que Mademoiselle Sophie esté libre esta noche?

La Madame le dirigió una mirada irónica.

—Puesto que os vio entrar, *mon petit saucisson*, supongo que se ha mantenido libre. —Echó un vistazo al joven Ian, tirado entre los almohadones como un espantapájaros sin su relleno de paja—. ¿Y debo buscar una cama para este joven caballero?

—Oh, sí. —Jamie observó a su apesadumbrado sobrino—. Podríais ponerle un jergón en mi cuarto.

—¡Oh, no! —balbuceó el joven Ian—. Sin duda querrás estar a solas con tu esposa, ¿verdad, tío?

—¿Qué? —Jamie lo miró sin comprender.

—Bueno, quiero decir... —El chico me miró vacilante—. Supongo que necesitarás... eh... ¿hum?

Como todo escocés de las Tierras Altas, consiguió dar un toque de impudicia a la última silaba.

—Caramba, eres muy considerado, Ian. —La voz de Jamie sonó algo estremecida por el esfuerzo de no reir—. Y me halaga que tengas de mi virilidad una opinión tan alta como para creerme capaz de algo que no sea dormir después de un día como éste. Pero creo que por esta noche puedo dejar mis deseos carnales sin satisfacer... pese a lo mucho que me gusta tu tía.

—Bruno me dice que esta noche hay poco trabajo en el establecimiento —intervino Fergus algo desconcertado—. ¿Qué problema hay en que el muchacho...?

—¡Tiene apenas catorce años, por Dios! —protestó Jamie escandalizado.

—¡Casi quince! —corrigió el joven Ian incorporándose con expresión de interés.

—Bueno, es suficiente, sin duda —aseveró Fergus pidiendo confirmación a Madame Jeanne con la mirada—. Tus hermanos no pasaban de esa edad cuando los traje por primera vez. Y cumplieron con todos los honores.

—¿Qué estás diciendo? —Jamie miraba a su protegido con ojos desorbitados.

—Bueno, alguien tenía que ocuparse de eso —dijo Fergus con impaciencia—. Normalmente le corresponde al padre, pero Monsieur no es... sin intención de faltar al respeto que debo a tu estimado padre, por supuesto —añadió dirigiéndose al joven Ian—, este asunto es para alguien más experimentado, ¿comprendes?

Luego se volvió hacia Madame Jeanne como un *gourmand* que consulta con el camarero.

—Bien... ¿Dorcas, os parece? ¿O Penélope?

—No, no —dijo ella sacudiendo la cabeza con decisión—. Tiene que ser la segunda Mary, sin duda. La pequeña.

—Ah, ¿la rubia? Sí, creo que tenéis razón —aprobó Fergus—. Traedla entonces.

Jeanne salió sin que Jamie tuviera tiempo para otra cosa que emitir un graznido de protesta.

—Pero... pero., el chico no puede...

—Sí que puedo —aseguró el joven Ian—. Al menos eso creo.

—¿Y qué le voy a decir a tu madre? —inquirió.

La puerta se abrió tras él. Enmarcada en el vano vimos a una jovencita muy baja, regordeta y suave como una perdiz, de cara radiante enmarcada por la cabellera rubia. Al verla el joven Ian quedó petrificado; apenas podía respirar.

Cuando ya no pudo seguir conteniendo el aliento sin caer desmayado, se volvió hacia Jamie sonriendo con arrebatadora dulzura.

—Bueno, tío Jamie, en tu lugar... —su voz ascendió súbitamente hasta una alarmante nota de soprano. Después de un carraspeo continuó, con respetable voz de barítono—: en tu lugar no le diría nada. Buenas noches, tía.

Y salió con aire decidido.

—No sé si matar a Fergus o darle las gracias.

Jamie, sentado en la cama, se desabotonaba lentamente la camisa.

—Supongo que ha tratado de hacer lo que más convenía al joven Ian.

—Sí, con esa maldita inmoralidad de los franceses.

—¿Fue el arcángel Miguel el que expulsó a Adán y Eva del Edén? —pregunté mientras le quitaba los calcetines.

Jamie rió por lo bajo.

—¿Me parezco a eso? ¿Al guardián de la virtud? ¿Y Fergus sería la maligna serpiente? —Me cogió por los brazos para levantarme—. Ven aquí, *Sassenach*; no me gusta verte de rodillas, sirviéndome.

—Hoy has tenido un día difícil —señalé obligándolo a levantarse conmigo—, aunque no hayas tenido que matar a nadie.

Apoyó la mejilla en mi pelo.

—En realidad, no he sido del todo sincero con ese chico —confesó.

—¿No? En mi opinión, has estado maravilloso. Al menos lograste que se sintiera mejor.

—Sí, eso espero. Y las oraciones, aunque no le sirvan de nada, tampoco le harán daño. Pero no se lo dije todo. Lo que solemos hacer los hombres, cuando nos duele el alma por haber matado, es buscar a una mujer, *Sassenach* —explicó suavemente—. La propia, si puede ser. Si no, cualquier otra. Porque ella puede hacer lo que uno no puede... y curarlo.

Solté la atadura de su bragueta.

—¿Por eso le has dejado ir con la segunda Mary?

Se encogió de hombros y se apartó para quitarse los pantalones.

—No podía detenerlo. Y pensé que era mejor permitírselo aunque sea tan joven. —Me dedicó una sonrisa torcida—. Al menos no pasará la noche desesperado y pensando en ese marinero.

—Supongo que no. ¿Y tú? —Le quité la camisa.

—¿Yo? —Me miró con las cejas arqueadas y la camisa sucia colgando de los hombros.

—Sí. No has matado a nadie, pero ¿no querrás... ejem?

La sonrisa se ensanchó en su cara, borrando cualquier similitud con Miguel, el severo guardián de la virtud.

—Supongo que sí —dijo—. Pero trátame con suavidad, ¿quieres?

29

La última víctima de Culloden

Por la mañana, cuando Jamie e Ian partieron para cumplir con su piadoso recado, salí tras ellos. Me detuve a comprar un gran cesto de mimbre a un vendedor callejero; ya era hora de comenzar a proveerme de los utensilios médicos que pudiera encontrar. Vistos los acontecimientos del día anterior, temía que me hicieran falta muy pronto.

La botica de Haugh no había cambiado en absoluto. El hombre que atendía el mostrador era un auténtico Haugh mucho más joven que el que yo conociera veinte años atrás, cuando acudía a su negocio buscando datos sobre los militares, además de hierbas y otras panaceas.

Ese joven Haugh no me conocía, por supuesto, pero se dedicó amablemente a buscar las hierbas que deseaba. En el local había otro cliente rondando el mostrador donde se preparaban las pócimas magistrales. Se paseaba de un lado a otro con obvia impaciencia y las manos cruzadas a la espalda. Por fin se acercó al mostrador.

—¿Cuánto falta? —espetó.

—No podría decíroslo reverendo —respondió el boticario en tono de disculpa—. Louisa dijo que era necesario hervirlo.

Aquel hombre me resultaba conocido, pero no tuve tiempo de pensar dónde lo había visto antes. El señor Haugh miraba con aire dubitativo la lista que yo le había dado.

—Acónito, acónito —murmuró—. ¿Qué es?

—Bueno, entre otras cosas un veneno —dije.

El boticario se quedó boquiabierto.

—Y también un remedio —le aseguré—. Es preciso poner mucho cuidado al utilizarlo. En uso externo es bueno para el reumatismo. Una cantidad muy pequeña ingerida por vía oral baja el ritmo del pulso y es bueno para ciertas enfermedades del corazón.

—Caramba —se maravilló el señor Haugh parpadeando. Luego se volvió hacia los estantes con aire indefenso y mostrando interés—. Eh... ¿sabéis qué olor tiene?

Interpretando eso como una invitación, rodeé el mostrador para inspeccionar los frascos.

— Me temo que aún no soy tan hábil con los medicamentos como lo era mi padre —dijo el joven—. Él me enseñó mucho pero murió hace un año y aquí hay cosas cuyo uso desconozco.

—Bueno, éste sirve para la tos —informé bajando un frasco de helenio mientras echaba un vistazo al impaciente reverendo, que había sacado un pañuelo y respiraba asmáticamente—. Sobre todo para la tos provocada por el catarro.

Observé los estantes colmados frunciendo el entrecejo. Todo estaba inmaculadamente limpio pero obviamente no había sido guardado por orden alfabético ni botánico. El anciano señor Haugh ¿se habría basado en la memoria o en algún tipo de sistema? Cerré los ojos, tratando de recordar mi última visita a la botica.

—Allí. —Con bastante seguridad mi mano se acercó al frasco rotulado DEDALERA. A un lado, COLA DE CABALLO; al otro, RAÍZ DE MUGUETE. Repasé mentalmente los posibles usos de esas hierbas; todas eran para dolencias cardíacas. El acónito no debía de estar lejos.

Lo encontré muy pronto, en un frasco que entregué cautelosamente al señor Haugh.

—Tened cuidado. Basta un poquito de esto para que se adormezca la piel. Sería mejor si me lo pusierais en un frasco de vidrio.

—Al parecer, sabéis mucho más de remedios que este muchacho —dijo detrás de mí una voz grave y ronca.

—Bueno, probablemente tengo más experiencia que él. —El sacerdote estaba apoyado en el mostrador y me observaba; sus ojos eran de un azul muy pálido bajo las gruesas cejas. Me sobresalté al

recordar dónde lo había visto: en la taberna de Moubray, el día anterior. No dio señal alguna de reconocerme.

—Hum, ¿y qué haríais con una dolencia nerviosa?

—¿Qué tipo de dolencia nerviosa?

Frunció los labios y el entrecejo, dudando si confiar en mí.

—Bueno, es un caso complicado. Pero en general, ¿qué recetaríais para una especie de... ataque?

—¿Convulsiones epilépticas? ¿El enfermo cae al suelo y se retuerce?

—No, otro tipo de ataques. Aullar y quedarse inmóvil.

—¿Las dos cosas a la vez?

—A la vez no —aclaró precipitadamente—. Primero una cosa y después la otra. Pasa días enteros muda, con la vista fija, y de pronto grita como para despertar a los muertos.

—Ha de ser muy molesto. —Si su esposa actuaba así, eso explicaba las profundas arrugas que le rodeaban la boca y los ojos y las grandes ojeras azules. Tamborileé con un dedo en el mostrador reflexionando—. No sé. Tendría que ver a la enferma.

Él se pasó la lengua por el labio inferior.

—Tal vez... ¿estaríais dispuesta a visitarla? No estamos lejos —añadió con bastante rigidez.

—En este momento no puedo —expliqué—. Debo reunirme con mi esposo. Pero esta tarde, quizá...

—A las dos. En la posada de Henderson, en Carrubbers Close. Mi apellido es Campbell. Reverendo Archibald Campbell.

Antes de que yo pudiera responder sí o no, se abrió la cortina de la trastienda y el señor Haugh apareció con sendos frascos.

El reverendo miró el suyo con suspicacia mientras buscaba una moneda en el bolsillo.

—Bueno, aquí está el precio —dijo de mala voluntad plantándola en el mostrador—. Espero que me hayáis dado el que corresponde, no el veneno de la señora.

La cortina volvió a entreabrirse; una mujer asomó la cabeza y siguió con la vista al sacerdote mientras se retiraba.

—Menos mal que se va —comentó—. Medio penique por una hora de trabajo, ¡y encima un insulto! El Señor podría haber escogido mejor, al menos, eso pienso yo.

—¿Lo conocéis? —pregunté.

—No, no puedo decir que lo conozca bien. —Louisa me miraba con franca curiosidad—. Es uno de esos ministros de la Iglesia Libre; se pasa el día vociferando en la esquina del mercado. Lo que me sorprende es que alguien como él venga a nuestra botica, sabiendo lo que piensa de los papistas en general. —Me clavó una mirada aguda—. Sin ánimo de ofenderos, señora, si vos también sois de la Iglesia Libre.

—No, yo también soy católica... eh... papista—le aseguré—. Pensé que podríais saber algo sobre la esposa del reverendo y su enfermedad.

Louisa meneó la cabeza, volviéndose hacia otro cliente.

—No, nunca la he visto. Cualquiera que sea su enfermedad —añadió—, vivir con ese hombre no la aliviará mucho.

Hacía frío pero estaba despejado. En el jardín de la rectoría sólo quedaba un vago olor a humo como recordatorio del incendio. Jamie y yo nos sentamos en un banco apoyado en la pared, absorbiendo el pálido sol de invierno mientras esperábamos a que el joven Ian terminara su confesión.

—¿Fuiste tú quien contó a Ian ese montón de mentiras que dijo ayer sobre mí?

—Ah, sí. Ian es demasiado inteligente para creérselas, pero resulta una historia bastante pasable y él es demasiado buen amigo para exigir la verdad.

—Supongo que, para el consumo general, sirve —dije—. Pero ¿no habrías debido decir lo mismo a sir Percival, en vez de permitirle pensar que estábamos recién casados?

Sacudió decididamente la cabeza.

—Oh, no. No quiero que se me asocie con Culloden. Si le contara lo mismo que a Ian daría mucho más que hablar.

Se puso en pie y alargó el cuello, tratando de mirar por encima del muro hacia el jardín de la rectoría.

—Este jovencito está tardando demasiado —comentó mientras volvía a sentarse— ¿Tantas cosas tiene que confesar, cuando todavía no ha cumplido los quince años?

—¿Después del día y la noche que pasó ayer? Todo depende de los detalles que le pida el padre Hayes —comenté recordando mi desayuno con las prostitutas—. ¿Lleva ahí todo este rato?

—Eh... no. —A Jamie se le enrojecieron un poco las orejas a la luz matinal—. Yo... eh... tuve que entrar primero. Para dar ejemplo, ¿sabes?

—Ahora me explico que tardarais tanto —bromeé—. ¿Cuánto hacía que no te confesabas?

—Seis meses. Eso es lo que dije al padre Hayes.

—¿Y es cierto?

—No, pero ya que iba a castigarme por robo, violencia y blasfemia, bien podía castigarme también por mentir.

—¡Cómo! ¿Nada de fornicación ni de pensamientos impuros?

—No, en absoluto —replicó austero—. Se pueden pensar cosas horribles sin que sea pecado, si hacen referencia a la esposa. Es impuro sólo cuando piensas en otras damas.

—No tenía idea de que mi regreso era para salvarte el alma —dije recatada—, pero me alegro de serte de utilidad.

Se echó a reír. Luego me dio un largo beso.

—El año pasado conocí a un judío —comentó—. Un filósofo nato que había dado la vuelta al mundo seis veces. Según me dijo, tanto en la fe musulmana como en las enseñanzas judías, que marido y mujer hagan el amor es un acto de virtud.

»Tal vez tiene algo que ver con el hecho de que judíos y musulmanes practican la circuncisión —añadió pensativo—. No se me ocurrió preguntárselo... aunque podría haberle parecido poco delicado.

—No creo que un prepucio más o menos pueda perjudicar la virtud. ¿Qué ha pasado con tu rosario? —pregunté recogiendo la sarta que había caído al césped—. Parece comido por las ratas.

—Ratas no —dijo—. Crios.

—¿Qué crios?

—Oh, cualquiera que ronde cerca —dijo encogiendo los hombros y guardándose el rosario en el bolsillo—. El joven Jamie ya tiene tres y Maggie y Kitty, dos cada una. El pequeño Michael acaba de casarse y su esposa ya está esperando. Ignorabas que te habían hecho tía-abuela siete veces, ¿verdad?

—¿Tía-abuela? —repetí estupefacta.

—Bueno, yo soy tío-abuelo —apuntó alegremente— y no me parece tan terrible, salvo por el hecho de que me muerdan el rosario cuando les están saliendo los dientes. Eso y que me llamen «tito».

A veces, esos veinte años parecían un solo instante mientras que otras se me antojaba un tiempo muy largo.

—Eh... Espero que no haya un equivalente femenino de «tito».

—Oh, no —me aseguró—. Para todos eres la tía-abuela Claire. Y hablan de ti con muchísimo respeto.

—Mil gracias —murmuré pensando en el ala geriátrica del hospital.

Jamie se echó a reír. Con una ligereza provocada, sin duda, por su reciente liberación de todo pecado, me cogió por la cintura para sentarme en su regazo.

—Nunca había visto a una tía-abuela con un trasero tan bonito —dijo haciéndome saltar sobre sus rodillas.

Y me mordió suavemente la oreja. Solté un chillido.

—¿Estás bien, tía? —se oyó a nuestras espaldas, llena de preocupación, la voz del joven Ian.

Jamie dio un respingo que estuvo a punto de tirarme de su regazo. Luego me ciñó la cintura con más fuerza.

—Claro que sí —dijo—. Es que tu tía acaba de ver una araña.

—¿Dónde?

—Allí arriba. —Jamie me dejó para levantarse y señaló la rama del tilo.

Realmente había una telaraña estirada entre dos ramas, centelleante por la humedad.

—Tío Jamie, ¿puedes prestarme el rosario? —preguntó el chico cuando salimos a los adoquines de la Royal Mile—. El cura me dijo que debo rezar cinco decenarios como penitencia. Y son demasiados para llevar la cuenta con los dedos.

—Encantado. —Jamie se detuvo para sacar el rosario del bolsillo—. Pero no olvides devolvérmelo.

El chico sonrió.

—Sí, ya sé que tú también vas a necesitarlo, tío Jamie. —Me guiñó un ojo sin pestañas—. El cura me dijo que has sido muy malo y me aconsejó que no te imitara.

—Hum... —Jamie tenía un brillo rosado en las mejillas.

—¿Cuántos decenarios debes rezar como penitencia? —pregunté por curiosidad.

—Ochenta y cinco —murmuró.

El sobrino quedó boquiabierto.

—¿Cuánto tiempo hacía que no te confesabas, tío?

—Mucho—respondió Jamie secamente—. ¡Vamos!

Después de comer, Jamie debía reunirse con cierto señor Harding, representante de la compañía con la que tenía asegurado el local de la imprenta, a fin de inspeccionar los restos para verificar las pérdidas.

—No te necesito, hijo —dijo en tono tranquilizador al joven Ian, que no parecía muy entusiasmado por la perspectiva de volver al escenario de su aventura—. Ve con tu tía a visitar a esa loca. —Se volvió hacia mí con una ceja en alto—. No sé cómo lo haces. Llevas apenas dos días en la ciudad y ya tienes a todos los enfermos en varios kilómetros a la redonda pendientes de tus atenciones.

—Es sólo una mujer. Y ni siquiera la he visto aún.

—Bueno, al menos la locura no es contagiosa... o eso espero. —Me dio un beso y una palmada en el hombro a su sobrino—. Cuida bien a tu tía, Ian.

El chico siguió con la mirada su alta silueta.

—¿Quieres ir con él, Ian? —le pregunté—. Puedo arreglármelas sola.

—¡Oh, no, tía! —Parecía bastante avergonzado—. No quiero ir, ni pensarlo. Sólo... me estaba preguntando si... bueno, si encontrarían algo. En las cenizas.

—Un cadáver, quieres decir —aclaré sin rodeos.

El chico asintió, inquieto.

—No sé —dije—. Si el fuego fue muy intenso, tal vez no quede gran cosa. Pero no te preocupes. Tu tío sabrá qué hacer.

Se le iluminó la cara; tenía fe en la capacidad de Jamie para manejar cualquier tipo de situaciones. Entonces empezó a sonar la campana de la iglesia.

—Vamos. Ya son las dos.

Pese a su conversación con el padre Hayes, Ian tenía cierto aire soñador. Conversamos muy poco mientras subíamos la cuesta de la Royal Mile hacia el albergue de Henderson.

Un niño nos condujo al tercer piso, donde la puerta fue abierta de inmediato por una robusta mujer con delantal, que lucía una expresión preocupada. Aunque no aparentaba más de veinticinco años, ya había perdido varios dientes.

—¿Sois la dama que el reverendo me anunció? —Ante mi gesto afirmativo, su expresión se animó un poco—. El señor Campbell ha tenido que salir pero dijo que os estará muy agradecido por lo que pudierais hacer por su hermana, señora.

Hermana, no esposa.

—Bueno, haré lo que pueda —prometí—. ¿Puedo ver a la señorita Campbell?

Dejando a Ian en la sala con sus recuerdos, pasé al dormitorio trasero con la mujer que dijo llamarse Nellie Cowden.

Tal como se me había anunciado, la señorita Campbell tenía la mirada fija, pero sus ojos azules no parecían ver nada. Ni siquiera a mí. Estaba sentada en una silla ancha y baja, de espaldas al fuego.

—¿Señorita Campbell? —pronuncié con cautela.

—Cuando está así no responde —explicó Nellie Cowden. Y meneó la cabeza limpiándose las manos en el delantal—. Ni una palabra.

—¿Cuánto hace que está así? —Levanté una de sus laxas manos para buscar el pulso. Allí estaba, lento pero bastante firme.

—Oh, dos días, de momento. —La señorita Cowden, interesada, se inclinó para observar el aspecto de su pupila—. Puede estar así una semana o más; trece días llegó a estar una vez.

Mientras examinaba a la enferma hice algunas preguntas a la mujer. La señorita Margaret Campbell tenía treinta y siete años y era el único familiar del reverendo, con quien vivía desde hacía veinte años, desde la muerte de sus padres.

—¿Qué le provoca esto? ¿Se sabe?

La señorita Cowden meneó la cabeza.

—No, señora. Yo diría que no hay motivo. Parece estar bien, hablando y riendo, y de pronto, ¡paf!

Chasqueó los dedos. Luego, para mayor efecto, volvió a hacerlos sonar deliberadamente bajo la nariz de la mujer.

—Pero es peor cuando se excita —me aseguró agachándose a mi lado mientras yo descalzaba a la señorita Campbell para probar sus reflejos.

—¿Qué sucede entonces? ¿Grita, como dijo el reverendo? —Me levanté—. ¿Podríais traerme una vela encendida, por favor?

—Grita, sí. —La señorita Cowden se apresuró a encender una vela de cera—. A veces chilla de un modo espantoso hasta quedar agotada. Luego se queda dormida. Duerme el día entero y despierta como si no hubiera sucedido nada.

—Y cuando despierta, ¿parece normal? —Moví la vela a pocos centímetros de sus ojos. Las pupilas se contrajeron como respuesta automática a la luz, pero sin seguir los movimientos de la llama.

—Bueno, normal... no se podría decir—dijo lentamente la señorita Cowden—. La pobrecita está mal de la cabeza desde hace veinte años.

—Pero no lleva todo este tiempo a vuestro cuidado, ¿verdad?

—¡Oh, no! En Burntisland, donde vivían, el señor Campbell la tenía al cuidado de otra mujer. Pero la señora ya no era muy joven y no quiso abandonar la casa. Cuando el reverendo decidió aceptar el ofrecimiento de la Sociedad Misionera y llevarse a su hermana a las Antillas, pidió una mujer fuerte, de buen carácter, a quien no le molestara viajar con una enferma. Y aquí estoy. —La mujer me dedicó una sonrisa desdentada, como testimonio de sus virtudes.

—¿A las Antillas? ¿Piensa embarcarse con la señorita Campbell?

—Dice que un cambio de clima podría sentarle bien —explicó—. Estar lejos de Escocia, de tantos recuerdos espantosos. Yo creo que debería habérsela llevado ya hace mucho tiempo.

—¿De qué recuerdos espantosos me habla? —pregunté.

La mujer se desvió hacia la mesa, donde había un botellón y varias copas.

—Bueno, yo sólo sé lo que me contó Tilly Lawson, quien la cuidó durante mucho tiempo. ¿Aceptaríais unas gotas de cordial, señora, para no despreciar la hospitalidad del reverendo?

Mientras sorbíamos el cordial me contó la historia de Margaret Campbell.

Había nacido en Burntisland, a unos ocho kilómetros de Edimburgo. En 1745, cuando Carlos Estuardo marchó hacia la ciudad para reclamar el trono de su padre, tenía diecisiete años.

—Su padre era monárquico, por supuesto, y su hermano estaba en un regimiento del gobierno que marchó hacia el norte para sofocar la rebelión. Pero la señorita Margaret no: ella estaba con el Bonnie Prince y con los hombres que lo seguían.

Con uno de ellos, en especial, aunque la señorita Cowden ignoraba su nombre. Pero debía de haber sido muy gallardo, pues la señorita Margaret salía subrepticiamente de su casa para reunirse con él y darle todas las informaciones que recogía escuchando las conversaciones de su padre o leyendo las cartas de su hermano. Luego se inició la retirada hacia el norte. Margaret, desesperada por los rumores, abandonó su casa en medio de la noche para reunirse con el hombre que amaba.

Allí el relato se tornaba dudoso: quizás encontró al hombre y él la rechazó; quizá no pudo hallarlo a tiempo y se vio obligada a regresar. De cualquier modo, inició el regreso y, el día después de Culloden, cayó en manos de una banda de soldados ingleses.

—Lo que le hicieron fue horrible —dijo la señorita Cowden bajando la voz—. ¡Horrible!

Los soldados ingleses, cegados por la lujuria de la persecución y la matanza, no pensaron en preguntarle su nombre ni las ideas políticas de su familia: por su acento la identificaron como escocesa y con eso les bastó.

La abandonaron, pensando que estaba muerta, en una zanja llena de agua helada, de donde la rescató una familia de gitanos. Margaret sobrevivió, pero quedó así. Viajó con los gitanos hacia el sur, para evitar el pillaje de las Tierras Altas. Un día, estando en el patio de una taberna recogiendo las monedas mientras los gitanos cantaban, la encontró su hermano, que se había detenido con su regimiento.

Todo aquel asunto había dejado en Archibald Campbell un profundo rencor contra los escoceses de las Tierras Altas y el ejército inglés, por lo que renunció a su cargo. A la muerte de sus padres se encontró en una posición aceptablemente buena, pero era el único sostén de su hermana enferma.

—No pudo casarse —explicó la señorita Cowden—. ¿Qué mujer lo habría aceptado con su hermana?

Ante sus dificultades, buscó refugio en Dios y se hizo predicador, ocupación en la que tuvo éxito. Aquel mismo año, la Sociedad de Misioneros Presbiterianos le había ofrecido una misión en las Antillas para organizar las iglesias de Barbados y Jamaica.

Eché una última mirada a la silueta sentada junto al fuego.

—Bueno —suspiré—, lamentablemente no es mucho lo que puedo hacer por ella. Pero os daré algunas recetas para que las hagáis preparar en la botica antes de partir.

Anoté algunas hierbas sedantes y tisanas que corrigieran su leve deficiencia nutricional. El reverendo Campbell no había regresado, pero tampoco había motivos para esperarlo. Tras despedirme de la señorita Campbell, abrí la puerta del dormitorio. El joven Ian me estaba esperando al otro lado.

—¡Oh! —exclamó sobresaltado—. Iba a buscarte, tía. Son casi las tres y media y tío Jamie dijo...

—¿Jamie? —La voz sonó detrás de mí proveniente de la silla puesta junto al fuego.

La señorita Cowden y yo giramos en redondo. Margaret Campbell estaba muy erguida y sus ojos estaban ahora bien centrados. Al entrar el joven Ian, la enferma rompió en alaridos.

Bastante nerviosos por la escena con la señorita Campbell, el chico y yo volvimos al refugio del burdel, donde recibimos el despreocupado saludo de Bruno, que nos hizo entrar a la sala trasera. Allí estaban Jamie y Fergus, muy concentrados en su conversación.

—Es cierto que no se puede confiar en sir Percival —decía Fergus—, pero en este caso, ¿por qué os advertiría sobre una emboscada si ésta no fuera a ocurrir?

—No lo sé —respondió Jamie desperezándose en la silla—. Sólo podemos pensar que la policía tiene planeada una emboscada. Dentro de dos días, ha dicho. Eso significa que será en la ensenada de Mullen.

Al vernos entrar se levantó a medias, ofreciéndonos asiento.

—¿Lo haremos en las rocas de Balcarres, pues? —preguntó Fergus.

Jamie frunció el entrecejo, tamborileando sobre la mesa.

—No —resolvió—. Que sea en Arbroath. En la pequeña ensenada, por debajo de la abadía. Sólo para estar seguros, ¿eh?

—De acuerdo. —Fergus apartó el plato de tortillas de avena y se levantó—. Haré correr la noticia, milord. En Arbroath, dentro de cuatro días.

Después de saludarme con una inclinación de cabeza, se envolvió en la capa y salió.

—¿Es el contrabando, tío? —preguntó el joven Ian anhelante—. ¿Viene un lugre francés?

—Sí. Y tú, joven Ian, no tendrás nada que ver con el asunto.

—¡Pero yo podría ayudar! —protestó el chico—. ¡Necesitarás a alguien que te sujete las mulas!

—¿Después de todo lo que nos dijo ayer tu padre? ¡Por Dios, qué mala memoria tienes, hijo!

Ian pareció avergonzarse un poco.

—¿Vais a Arbroath a por una carga de licor? —pregunté—. ¿No te parece peligroso después de la advertencia de sir Percival?

Jamie me miró enarcando una ceja y respondió con paciencia.

—No. Sir Percival me advirtió que la policía está al tanto de la cita acordada para dentro de dos días. Ésa iba a ser en la ensenada de Mullen. Pero tengo un acuerdo con Jared y sus capitanes: si por algún motivo no pudiéramos asistir a la cita, el lugre se mantiene lejos de la costa y regresa a la noche siguiente a un lugar diferente. Y aún tenemos un tercer lugar acordado, por si la segunda cita tampoco se concretara.

—Pero si sir Percival sabe lo de la primera cita, ¿no estará al tanto de las otras también? —insistí.

—No. Jared y yo acordamos los tres lugares por medio de una carta sellada, que viene dentro de un paquete a nombre de Jeanne. Después de leer la carta, la quemo. Los hombres que vienen con nosotros conocen el primer punto, por supuesto; supongo que a alguno de ellos se le podría escapar algo —añadió ceñudo—. Pero nadie, ni siquiera Fergus, conoce los otros dos lugares, a menos que debamos acudir a uno de ellos. Y en ese caso todos saben cerrar bien la boca.

—¡Eso significa que no hay peligro, tío! —exclamó el joven Ian—. Déjame ir, por favor. No voy a estorbar.

Jamie miró a su sobrino con cierta irritación.

—Vendrás conmigo a Arbroath, pero te quedarás con tu tía en la posada, cerca de la abadía, hasta que hayamos terminado. —Se volvió hacia mí—. Debo llevar al chico a su casa, Claire, y arreglar las cosas con sus padres lo mejor que pueda.

Ian padre había abandonado la posada esa mañana, antes de que Jamie y su hijo llegaran, sin dejar mensaje alguno; era de presumir que iba camino de casa.

—¿Te molesta hacer el viaje? —me preguntó Jamie.

—En absoluto —le aseguré—. Será un placer ver otra vez a Jenny y al resto de tu familia.

—Pero tío —balbuceó el chico—. ¿Qué me dices de...?

—¡Cállate! —le espetó Jamie—. No quiero oír una palabra más, ¿me has entendido?

Luego, más relajado, me sonrió.

—Bueno, ¿cómo fue tu visita a la loca?

—Muy interesante —aseguré—. ¿Conoces a alguien que se apellide Campbell, Jamie?

—A unos trescientos o cuatrocientos —dijo con una sonrisa—. ¿Te refieres a alguno en particular?

Le repetí la historia de Archibald Campbell y su hermana Margaret. Me escuchó meneando la cabeza. Luego suspiró.

—Me han contado cosas peores sobre lo que sucedió después de Culloden —dijo—. Pero no creo que... Espera. —Me miró con los ojos entornados, pensativo—. Margaret Campbell. Margaret. ¿Es una muchacha guapa y menuda, más o menos como la segunda Mary? ¿De pelo castaño, suave como un plumón y rostro muy dulce?

—Probablemente era así hace veinte años —reconocí—. ¿La conoces?

—Creo que sí. —Dibujó una línea al azar entre las migas de la mesa—. Si no me equivoco, era la novia de Ewan Cameron. ¿Recuerdas a Ewan?

—Por supuesto. —Era un hombre alto y apuesto, muy bromista, que trabajaba con Jamie en Holyrood reuniendo las informaciones que se filtraban desde Inglaterra—. ¿Qué fue de él? ¿O no debo preguntar?

—Lo fusilaron los ingleses —respondió en voz baja—. Dos días después de Culloden. —Cerró los ojos. Luego volvió a abrirlos con una sonrisa cansada—. Bueno, Dios bendiga al reverendo Archie Campbell. Durante el Alzamiento oí mencionar su nombre un par de veces. Decían que era un soldado audaz y valiente. Supongo que ahora necesita ser así, pobre.

—Bueno, hay mucho que hacer antes del viaje. Oye, Ian: arriba, en la mesa, encontrarás una lista de los clientes de la imprenta. Tráemela para que marque los que aún tenían pedidos pendientes. Debes ir a verlos, uno por uno, y ofrecerles la devolución del dinero. A menos que prefieran esperar a que yo consiga otro local y termine de instalarlo. Pero adviérteles que podría tardar hasta dos meses.

Dio una palmadita a su abrigo, del que salió un tintineo.

—Por suerte, el dinero del seguro servirá para arreglar cuentas con los clientes. Y aún sobrará un poco. A propósito... —Se volvió hacia mí con una sonrisa—. Tu trabajo, *Sassenach*, será conseguir una costurera que te haga un vestido decente en dos días. Supongo que Daphne querrá recuperar el suyo. Y no puedo llevarte desnuda a Lallybroch.

30

La cita

Durante el viaje al norte, rumbo a Arbroath, el principal entretenimiento fue observar el conflicto de voluntades entre Jamie y el joven Ian. Sabía por experiencia que la terquedad era uno de los componentes fundamentales del carácter de los Fraser; al parecer, los Murray no se quedaban atrás en cuanto a tozudez, a menos que fueran los genes Fraser los que predominaran.

Esta lucha entre objeto inamovible y fuerza irresistible se prolongó hasta que llegamos a Arbroath, en el anochecer del cuarto día; allí descubrimos que la posada donde Jamie pensaba dejarnos a Ian y a mí ya no existía. Sólo quedaba un muro semiderruido y una o dos vigas chamuscadas; por lo demás, el camino estaba desierto en varios kilómetros a la redonda.

Jamie pasó un rato en silencio, contemplando el montón de piedras. Era obvio que no podía dejarnos en medio de un camino cenagoso y desolado. El muchachito tuvo la prudencia de guardar silencio, aunque su esmirriada estructura vibraba de ansiedad.

—Está bien —dijo Jamie, al fin, resignado—. Podéis venir. Pero sólo hasta el borde del acantilado Ian, ¿me entiendes? Y cuidarás de tu tía.

—Entiendo, tío Jamie —respondió el joven Ian con falsa mansedumbre. Pero capté la mirada irónica de Jamie y comprendí que, si Ian debía cuidar de su tía, la tía también debería ocuparse de Ian. Disimulé la sonrisa con un gesto de acatamiento.

El resto de los hombres llegaron a tiempo al lugar de la cita: justo después de oscurecer. Entre ellos se encontraba una silueta inconfundible. En el pescante de una gran carreta tirada por mulas venía Fergus junto a un diminuto objeto; sólo podía ser el señor Willoughby, a quien no veía desde que disparara al hombre misterioso, en la escalera del burdel.

—Espero que esta noche no venga armado —murmuré a Jamie.

—¿Quién? —preguntó bizqueando en la creciente penumbra—. Ah, ¿el chino? No, nadie está armado.

Antes de que pudiera preguntarle por qué, se adelantó para ayudar a poner la carreta en posición correcta, lista para la huida. El joven Ian se adelantó con paso decidido. Yo lo seguí, atenta a mi misión de custodia.

El señor Willoughby se puso de puntillas para sacar, de la parte trasera de la carreta, una lámpara de aspecto extraño; cubierta por arriba por una pieza de metal perforado y con los lados deslizantes, también de metal.

—¿Es una lámpara para hacer señales? —pregunté fascinada.

—En efecto —confirmó el muchacho con aire de importancia—. Hay que mantener los lados cerrados hasta que se vea la señal en el mar. A ver, déjamela. Yo me haré cargo. Conozco la señal.

El señor Willoughby se limitó a menear la cabeza, poniendo la lámpara fuera de su alcance.

—Demasiado alto, demasiado joven —declaró—. Dijo Tsei-mi.

—¿Qué? —El joven Ian estaba indignado—. ¿Qué significa eso de demasiado alto y demasiado joven, pedazo de...?

—Significa —aclaró una voz serena a nuestras espaldas— que quien sostenga esa lámpara ofrecerá un buen blanco si tenemos visitas. El señor Willoughby tiene la amabilidad de asumir el peligro porque es el más bajo de todos. Tú eres lo bastante alto para destacar bajo el cielo, pequeño Ian, y lo bastante joven para no tener ningún sentido común. Deja de estorbar, ¿quieres?

El señor Willoughby abrió la lámpara. Se oyó un chasquido agudo, que se repitió dos veces y distinguí el chisporroteo de un pedernal.

En aquel tramo la costa era rocosa y agreste, como casi toda la costa de Escocia. Me pregunté cómo y dónde podría anclar el barco francés, puesto que no había ninguna ensenada natural.

Otra silueta negra se irguió súbitamente a mi lado.

—Todo listo, señor —dijo en voz baja—. Arriba, en las rocas.

—Bien, Joey. —Un súbito fulgor iluminó el perfil de Jamie, concentrado en la mecha recién encendida. Esperó, conteniendo el aliento, a que la llama creciera y se estabilizara. Luego cerró suavemente el lado metálico soltando un suspiro.

—Bien —repitió levantándose. Echó un vistazo al acantilado del sur, observando las estrellas que asomaban—. Son casi las nueve. No tardarán. Recuerda, Joey: que nadie se mueva hasta que yo dé la orden, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Tenlo en cuenta —insistió Jamie—. Repítelo a todos: que nadie se mueva hasta que yo dé la orden.

—Sí, señor —repitió Joey, esta vez con más respeto.

Y desapareció en la noche sin hacer ruido.

—¿Sucede algo? —pregunté con voz apenas audible sobre el rumor de las olas.

Jamie meneó la cabeza. Lo que había dicho a Ian era cierto: su propia silueta se destacaba nítidamente bajo el cielo pálido.

—No sé —vaciló por un momento—. Oye, *Sassenach*, ¿hueles algo?

Aspiré hondo, sorprendida.

—Nada extraño, que yo sepa. ¿Y tú?

Los hombros de la silueta se alzaron y volvieron a descender.

—Ahora no, pero hace un momento habría jurado que olía a pólvora.

—Yo no huelo nada —dijo el sobrino con la voz quebrada por la excitación. Se apresuró a carraspear azorado—. Willie MacLeod y Alec Hays revisaron las piedras. No encontraron señales de la policía.

—Mejor así. —La voz de Jamie sonaba intranquila. Asió al joven Ian por un hombro—. Ahora encárgate de tu tía, Ian. Id los dos a esas matas de aliagas; manteneos bien lejos de la carreta. Si sucede algo, Ian, lleva a tu tía directamente a casa, a Lallybroch. Inmediatamente.

—Pero... —protesté.

—¡Tío! —dijo el joven Ian.

—Obedeced —ordenó Jamie con tono severo.

Nos volvió la espalda, dando la discusión por terminada.

El joven Ian permaneció ceñudo pero hizo lo que se le había ordenado. Nos instalamos en un pequeño promontorio.

—Desde aquí se ve el agua —susurró innecesariamente.

Entrecerré los ojos, tratando de localizar al señor Willoughby y su lámpara, pero no vi luz alguna. Supuse que me la ocultaría su propio cuerpo.

De pronto el joven Ian se puso rígido.

—¡Viene alguien! —susurró—. ¡Pronto, escóndete detrás de mí!

Y se plantó valerosamente delante, hundiendo una mano bajo la camisa para sacar una pistola. A pesar de la oscuridad vi el vago resplandor de las estrellas en el cañón.

—¡No dispares, por Dios! —Le siseé al oído sin atreverme a sujetarle el brazo por miedo a que se disparara.

—Te agradecería que obedecieras a tu tía, Ian —respondió la suave e irónica voz de Jamie por debajo del borde del acantilado—. No quiero que me vueles la cabeza.

Ian bajó la pistola, encorvando los hombros con un suspiro que pudo ser de alivio o desencanto. Las aliagas se estremecieron; al cabo de un momento Jamie estaba ante nosotros, arrancándose abrojos de la manga.

—¿Nadie te dijo que no debías venir armado? —Jamie hablaba con calma—. Apuntar con un arma a un funcionario de la Aduana Real es un delito que se castiga con la horca —me explicó—. Ninguno de los hombres está armado, ni siquiera con un cuchillo de pescador, por si los detienen.

—Bueno, Fergus dijo que no me ahorcarían, puesto que aún no me ha salido la barba —explicó Ian incómodo—. Dijo que sólo me deportarían.

Jamie aspiró con los dientes apretados, en un gesto de exasperación.

—Oh, claro. ¡Supongo que para tu madre sería un gran placer enterarse de que te deportaron a las Colonias, en caso de que Fergus tuviera razón! —Alargó la mano—. Dame eso, tonto.

Dio vueltas a la pistola en la mano.

—¿De dónde la has sacado? Está amartillada. Ya me parecía que había olido a pólvora. Tienes suerte de no haberte volado los huevos por llevarla así en los pantalones.

Antes de que el joven Ian pudiera responder, señalé hacia el mar:

—¡Mirad!

El barco francés era poco más que una mancha sobre el agua. Jamie no le prestó atención; miraba hacia abajo. Siguiendo la dirección de su vista distinguí un pequeño punto luminoso: el señor Willoughby con la linterna.

Hubo un breve destello de luz, que centelleó en las rocas mojadas antes de desaparecer. La mano de Ian estaba tensa en mi brazo. Esperamos treinta segundos, conteniendo el aliento. Otro destello iluminó la espuma.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—¿Qué? —Jamie miraba ahora hacia el barco.

—En la costa; cuando se encendió la luz me pareció ver algo semienterrado en la arena. Parecía...

Se produjo un tercer destello. Un momento después, en la nave se encendió una luz a manera de respuesta: una lámpara azul, una mota espectral colgada del palo mayor, que se duplicaba sobre el agua oscura.

—La marea está subiendo —me susurró Jamie al oído—. Las áncoras flotan; la corriente las traerá a la costa en pocos minutos.

Eso resolvía el problema del anclaje: el barco no necesitaba amarrar. Pero ¿cómo se efectuaría el pago? Antes de formular la pregunta oí un grito inesperado. Abajo estalló un verdadero infierno.

De inmediato, Jamie se abrió paso por entre las matas de aliagas, seguido de cerca por Ian y por mí. Era poco lo que se podía ver con claridad pero en la playa reinaba el caos. Había siluetas oscuras rodando sobre la arena, acompañadas de gritos. Distinguí las palabras: «¡Alto, en nombre del rey!», que me congelaron la sangre.

—¡Policías! —El joven Ian también lo había oído.

Jamie dijo una palabrota en gaélico. Luego echó la cabeza atrás y gritó algo. Su voz resonó con claridad en la playa.

—*Éirich 'illean!* —aulló—. *Suas am bearrach is teich!* —Luego se volvió hacia nosotros—. ¡Marchad de aquí!

Desde la playa surgió un grito agudo, tanto que se impuso a los otros ruidos.

—¡Ése es Willoughby! —exclamó Ian—. ¡Lo han atrapado!

Sin prestar atención a Jamie, que nos ordenaba huir, los dos nos adelantamos para espiar entre las aliagas. Había figuras negras bamboleándose y luchando entre los montones de algas. El resplandor difuso de la linterna bastaba para mostrar dos siluetas entrecruzadas; la más pequeña pataleaba desesperadamente mientras la sostenían en vilo.

—¡Iré a buscarlo! —Ian se lanzó hacia adelante, hasta que Jamie lo sujetó por el cuello de la camisa.

—¡Haz lo que te he dicho! ¡Lleva a mi esposa donde no corra peligro!

El joven Ian se volvió hacia mí, jadeante, pero yo no pensaba ir a ninguna parte; planté los pies en tierra, resistiéndome a sus tirones. Jamie, sin prestarnos más atención, corrió a lo largo del acantilado y se detuvo a varios metros. Vi claramente su figura recortada bajo el cielo; luego clavó una rodilla en tierra para afirmar la pistola en el antebrazo, apuntando hacia abajo.

El ruido del disparo se perdió en medio del tumulto. No obstante, el resultado fue espectacular. La linterna estalló en una lluvia de aceite ardiendo, que oscureció súbitamente la playa y acalló los gritos.

Unos segundos después, el silencio se quebró con un aullido entre dolorido e indignado. Mis ojos, momentáneamente cegados por el destello de la linterna, se adaptaron rápidamente. Entonces vi otro resplandor: la luz de varias llamas pequeñas que parecían subir y bajar erráticamente. Surgían de la

manga de un hombre, que saltaba gritando y golpeando inútilmente el fuego iniciado en sus ropas por el aceite inflamado.

Las matas de aliagas se sacudieron violentamente. Jamie se arrojó pendiente abajo, desapareciendo de mi vista.

—¡Jamie!

Incentivado por mi grito, el joven Ian tiró de mí con más fuerza y me alejó del acantilado casi a rastras.

—¡Vamos, tía! ¡En un momento estarán aquí!

Era cierto, ya se oían las voces que se acercaban por la playa; los hombres comenzaban a trepar por las rocas. Me recogí las faldas y eché a correr, siguiendo al muchacho tan de prisa como pude entre las duras hierbas del acantilado.

Ignoraba dónde íbamos, pero el joven Ian parecía saberlo.

—¿Dónde estamos? —jadeé cuando él aminoró la marcha, en la orilla de un arroyo.

—Ahí delante está el camino de Arbroath —explicó. Respiraba con dificultad y tenía una mancha de lodo en la camisa—. Enseguida la marcha se hará más fácil. ¿Estás bien, tía? ¿Quieres que te lleve en brazos?

Rechacé cortésmente su galante ofrecimiento, sabiendo que pesaba tanto como él. Después de quitarme los zapatos y las medias, crucé el arroyo, hundida en el agua hasta las rodillas; el lodo helado se me escurría entre los dedos de los pies. Al salir, temblando espasmódicamente, acepté la chaqueta que Ian me ofrecía. Excitado como estaba no la necesitaría. Salimos al camino, jadeando y con el viento frío azotándonos la cara.

—¿Alguna señal en el acantilado? —preguntó una grave voz masculina.

Ian se detuvo tan bruscamente que choqué contra él.

—Todavía no —fue la respuesta—. Me pareció oír algunos gritos por aquel lado, pero luego cambió el viento.

—Bueno, sube otra vez al árbol idiota —dijo la primera voz con impaciencia—. Si esos hijos de puta escapan de la playa los atraparemos aquí. Es mejor que la recompensa sea para nosotros y no para esas cucarachas de la costa.

—Hace frío —gruñó la segunda voz—. Aquí, a campo abierto, el viento te roe los huesos. Ojalá nos hubiera tocado la guardia en la abadía. Al menos allí estaríamos abrigados.

El joven Ian me estaba apretando el brazo con tanta fuerza que iba a dejarme moratones. Tiré para liberarme, pero él no prestó atención.

—Sí, pero tendríamos menos posibilidades de atrapar al pez gordo —replicó la primera voz—. ¡Ah, qué no haría yo con cincuenta libras!

—Está bien —dijo la segunda voz resignada—. Aunque no sé cómo vamos a ver su pelo rojo en la oscuridad.

—Bastará con que los derribemos, Oakie; después habrá tiempo de mirarles la cabeza.

Por fin mis tirones lograron sacar de su trance al joven Ian, que me siguió hacia la vera del camino, entre los matorrales.

—¿A qué se referían con eso de la guardia en la abadía? —interpelé cuando me pareció que los guardias no podrían oírnos—. ¿Sabes algo?

—Creo que sí, tía. Tiene que ser la abadía de Arbroath. Ése es el punto de reunión, ¿no?

—¿Qué punto de reunión?

—Por si algo sale mal —explicó él—. Entonces cada uno debe arreglárselas como pueda y encontrarse con los demás en la abadía en cuanto haya pasado el peligro.

—Bueno, las cosas no han podido salir peor —observé—. ¿Qué fue lo que gritó tu tío cuando aparecieron los de la Aduana?

—Dijo: «¡Arriba, muchachos! ¡Por el acantilado y a correr!»

—Buen consejo —reconocí secamente—. Si lo siguieron, la mayoría debe haber escapado.

—Salvo tío Jamie y el señor Willoughby. —El joven Ian se pasó nerviosamente la mano por el pelo, haciéndome pensar en Jamie.

—Sí—aspiré hondo—. Bueno, por ahora no hay nada que podamos hacer por ellos. Los otros, en cambio... si van hacia la abadía...

—Sí —me interrumpió—, eso es lo que trataba de decidir. ¿Debo hacer lo que dijo tío Jamie y llevarte a Lallybroch? ¿O tratar de llegar a la abadía para avisar a los demás?

—Ve a la abadía —dije—, tan rápido como puedas.

—Bueno, pero... No me gusta dejarte aquí sola, tía. Y tío Jamie dijo...

—Hay un tiempo para obedecer las órdenes, joven Ian, y un tiempo para pensar por ti mismo —dije con firmeza ignorando el hecho de que, en realidad, era yo quien estaba pensando por él—. ¿Este camino lleva a la abadía?

—Sí. Está apenas a dos kilómetros. —Ya estaba brincando sobre la punta de los pies, deseoso de partir.

—Bien. Ve a la abadía por un atajo. Yo iré por el camino y trataré de distraer a los policías hasta que tú hayas pasado. Nos reuniremos allí. ¡ Ah, espera! Es mejor que te pongas la chaqueta.

Me desprendí de ella de mala gana y alargué el brazo para retenerlo un momento más.

—¿Ian?

—¿Sí?

—Cuídate. ¿Quieres?

Siguiendo un impulso, me empiné para darle un beso en la mejilla fría. Arqueó las cejas sorprendido, pero sonrió. Al cabo de un momento desaparecía. Una rama de aliso volvió a su lugar detrás de él.

Me preguntaba si era mejor hacer ruido. De lo contrario podrían atacarme sin previo aviso puesto que los hombres, al oír mis pasos podrían tomarme por un contrabandista en fuga. Por otra parte, si caminaba tranquilamente y canturreando, para demostrar que era una mujer inofensiva, podrían permanecer ocultos para no delatar su presencia. Y lo que yo deseaba era, justamente, que delataran su presencia. Me incliné para coger una piedra del suelo. Luego, sintiendo más frío que nunca, salí al camino y seguí andando sin decir nada.

31

Luna de contrabandistas

El viento mantenía los árboles y las matas en constante agitación, disimulando el ruido de mis pisadas en el camino... y también las de cualquiera que pudiera estar acechándome. Esa noche, a quince días de Todos los Santos, era una de aquellas en la que resulta fácil creer en espíritus malignos.

No fue un espíritu lo que me agarró súbitamente por detrás, plantándome una mano en la boca. Si no hubiera estado preparada para tal eventualidad me habría desmayado del susto. Aun así el corazón me dio un vuelco y me sacudí entre los brazos de mi captor.

Me había agarrado por la izquierda, sujetándome el brazo contra el costado. Pero tenía el brazo derecho libre. Le clavé el tacón de mi zapato en la rótula y de inmediato, aprovechando su momentáneo tambaleo, lancé un golpe hacia atrás, pegándole en la cabeza con la piedra que llevaba en la mano.

Fue sólo un roce, pero lo bastante fuerte para arrancarle un gruñido de sorpresa y obligarlo a aflojar su presión. Pataleé y me debatí. En el momento en que retiraba la mano de mi boca, le clavé los dientes en un dedo con tanta fuerza como pude.

No sé si mis músculos maxilares tenían tanta fuerza como dicen los textos de anatomía, pero sin duda estaban causando efecto. Mi atacante se movía frenéticamente tratando de liberar el dedo. En el forcejeo tuvo que aflojar la presión y bajarme. En cuanto toqué el suelo con los pies dejé de morderlo y le apliqué un buen rodillazo en los testículos, con toda la potencia que me permitían las faldas.

Ese tipo de golpes está sobrevalorado como método defensivo. Es decir: da resultados (espectaculares, por cierto), pero maniobrar para asestarlo resulta más difícil de lo que se podría pensar, sobre todo cuando una viste faldas voluminosas. Además, los hombres se protegen mucho esos apéndices y están alerta ante cualquier atentado que se intente contra ellos.

Sin embargo, en este caso mi atacante estaba con la guardia baja y las piernas bien abiertas para no perder el equilibrio; le di de lleno. Emitió un horrible ruido, como un conejo estrangulado, mientras se doblaba en dos.

—¿Eres tú, *Sassenach*?

Las palabras fueron un susurro en la oscuridad, a mi izquierda. Brinqué como una gacela asustada, lanzando un involuntario alarido. Por segunda vez, una mano me cerró la boca.

—¡Por Dios, *Sassenach*¡ —murmuró Jamie a mi oído—. Soy yo.

—Lo sé —dije entre dientes cuando me soltó—. Pero ¿quién es el que me sujetó?

—Fergus, supongo. ¿Eres tú, Fergus?

Tras recibir una especie de ruido estrangulado a modo de respuesta, se agachó para poner en pie a la segunda silueta.

—¡No habléis! —susurré—. Un poco más adelante hay policías.

—¿De veras? —respondió Jamie con voz normal—. No parecen tener mucha curiosidad por el ruido que hemos hecho.

Después de una pausa, me puso una mano en el brazo y gritó hacia la noche:

—¡MacLeod! ¡Raeburn!

—Sí, Roy —respondió una voz algo irritada entre la maleza—. Aquí estamos. Innes también. Y Meldrum, ¿no?

—Sí, soy yo.

Arrastrando los pies, hablando en voz baja, salieron otras figuras entre los arbustos.

—Cuatro, cinco, seis —contó Jamie—. ¿Dónde están Hays y los Gordon?

—Vi que Hays se metía en el agua —informó uno de ellos—. Debe de haber dado un rodeo. Supongo que los Gordon y Kennedy hicieron lo mismo. No oí que los capturaran.

—Me alegro —dijo Jamie—. Bueno, *Sassenach*, ¿qué era eso de unos policías?

Puesto que Oakie y su compañero no aparecían, comenzaba a sentirme idiota, pero relaté lo que Ian y yo habíamos escuchado.

—¿Sí? —Jamie parecía interesado—. ¿Puedes mantenerte de pie, Fergus? ¿Sí? ¡Buen muchacho! Bueno, conviene ir a echar un vistazo. Meldrum, ¿tienes pedernal?

Pocos segundos después, llevando una pequeña antorcha que luchaba por mantenerse encendida, caminó hacia abajo hasta perderse tras el recodo. Los contrabandistas y yo esperamos en un silencio tenso, listos para correr o acudir en su socorro, pero no había ruidos de emboscada. Tras un tiempo que se nos hizo eterno, la voz de Jamie vino flotando por el camino.

—Venid —dijo con serenidad.

Estaba en medio del camino, cerca de un gran aliso. Detrás de su hombro izquierdo se veía otra cara suspendida en el aire, apenas iluminada: una cara horrible, congestionada, negra a la luz de la antorcha, con los ojos desorbitados y la lengua fuera. El pelo, rubio como paja seca, se agitaba al viento. Tuve que ahogar un grito.

—Tenías razón, *Sassenach* —dijo Jamie—. Había un policía. —Tiró al suelo algo que aterrizó con un ruido seco—. Una credencial. Se llamaba Thomas Oakie. ¿Alguien lo conoce?

—Tal como está ahora, no —murmuró una voz a mi espalda—. ¡No lo reconocería ni su propia madre!

Hubo un murmullo general de negativas y un nervioso arrastrar de pies. Por lo visto, todos tenían tantas ganas como yo de abandonar aquel lugar.

—¡Jesús! —murmuró Fergus contemplando al ahorcado—. ¿Quién habrá hecho eso?

—Lo hice yo... Al menos, eso es lo que se dirá, ¿no? —Jamie echó un vistazo hacia arriba—. No nos entretengamos más.

—¿E Ian? —pregunté recordando súbitamente al muchacho—. Fue a la abadía para poneros sobre aviso.

—¿Ah, sí? —La voz de Jamie se tornó más áspera—. Vengo de allá y no me crucé con él. ¿Hacia dónde fue, *Sassenach*?

—Hacia allí —señalé.

Fergus emitió un bufido que pudo haber parecido una risa.

—La abadía está en dirección contraria —explicó Jamie divertido—. Vamos. Lo alcanzaremos cuando se dé cuenta del error e inicie el regreso.

—Esperad —pidió Fergus levantando una mano.

Entre los matorrales se oyó un cauteloso murmullo de hojas; luego, la voz del joven Ian:

—¿Tío Jamie?

—Sí, Ian —dijo el tío secamente—. Soy yo.

—Vi la luz y regresé para ver si tía Claire estaba bien. No debes estar aquí con esa antorcha, tío. ¡Hay policías en la zona!

Jamie le rodeó los hombros con un brazo para darle la vuelta antes de que pudiera ver el cuerpo del ahorcado en el aliso.

—No te molestes, Ian —dijo sin alterarse—. Se han ido.

Y pasó la antorcha por la hierba mojada, donde se extinguió el fuego con un siseo.

—Vamos —dijo serenamente en la oscuridad—. El señor Willoughby está algo más allá, con los caballos. Al amanecer estaremos en las Tierras Altas.

SÉPTIMA PARTE

De nuevo en casa

32

El regreso del hijo pródigo

Fueron cuatro días de viaje a caballo, entre Arbroath y Lallybroch, en los que escasearon las conversaciones. Tanto el joven Ian como Jamie estaban preocupados, presumiblemente por distintos motivos. Por mi parte, no dejaba de preocuparme, no sólo por el pasado reciente, sino por el futuro inmediato. Jenny debía de estar informada por Ian de mi regreso. ¿Cómo se tomaría mi reaparición?

Jenny Murray era lo más parecido a una hermana que yo hubiera tenido y, sin duda, la amiga más íntima. Pero lo más importante era saber que sólo Jenny amaba a Jamie Fraser tanto o más que yo. Estaba deseosa de volver a verla otra vez, pero no podía dejar de preguntarme cómo habría tomado esa historia de mi supuesta fuga a Francia, abandonando a su hermano.

El camino era tan estrecho que los caballos debían andar uno detrás de otro. De pronto Jamie detuvo el suyo y se desvió hacia un claro, medio escondido por las ramas de aliso. En el borde había un barranco de piedra gris.

El joven Ian desmontó de su poni con un suspiro de alivio; montábamos en la silla desde el amanecer.

—¡Uf! —dijo frotándose el trasero sin disimulo—. Tengo todo el cuerpo entumecido.

—Yo también —confesé imitándolo—. Pero supongo que serán peor las llagas.

—¿Cómo hace tío Jamie para aguantar? Debe de tener el trasero de cuero.

—Por lo que yo he visto no —repliqué distraída—. ¿Dónde ha ido?

El caballo de Jamie mordisqueaba la hierba atado bajo un roble, a un lado del claro, pero de él no había señales.

Ian y yo nos miramos sin comprender; encogiendo los hombros, me acerqué al barranco, por donde corría un hilo de agua. Ahuequé las manos para beber con gratitud el líquido frío, pese al aire otoñal que me enrojecía las mejillas.

Cuando volví la espalda al barranco, con la sed ya saciada, choqué con Jamie, que había aparecido allí como por arte de magia. Estaba guardando una caja de yesca en el bolsillo del abrigo y traía en la ropa un vago olor a humo. Dejó caer un palillo quemado a la hierba y lo hizo polvo con el pie.

—¿De dónde sales? —pregunté parpadeando—. ¿Dónde te habías metido?

—Allí hay una pequeña cueva —explicó señalando hacia atrás con el pulgar—. Sólo quería ver si alguien había estado allí.

-¿Y...?

—Sí, hubo alguien. —Tenía el entrecejo fruncido pero no con aire de preocupación, sino como si estuviera cavilando—. Encontré carbón mezclado con la tierra; alguien había encendido fuego dentro.

—¿Quién puede haber sido? —pregunté asomando la cabeza por el saliente que ocultaba la boca de la cueva. Sólo vi una estrecha franja de oscuridad, una grieta en la faz de la montaña. Me pareció muy poco acogedora.

¿Algún contrabandista conocido suyo podía haberlo seguido desde la costa? ¿Estaría preocupado por la posibilidad de una persecución o una emboscada? Eché un vistazo por encima del hombro pero no había otra cosa que los alisos con las hojas secas susurrando bajo el viento otoñal.

—No sé —dijo—. Un cazador, supongo. Encontré también huesos de aves silvestres. —No parecía preocuparse por la identidad del desconocido.

El joven Ian, fascinado por la cueva invisible, había desaparecido a través de la grieta. Por fin salió, quitándose una telaraña del pelo.

—¿Es como la Cueva de Cluny, tío? —preguntó con los ojos relucientes.

—No tan grande, Ian —respondió Jamie con una sonrisa—. El pobre Cluny no podría pasar por esta entrada. Era un hombre muy fornido; me doblaba en anchura.

—¿Qué es la Cueva de Cluny? —pregunté.

—Se trata de Cluny MacPherson —explicó Jamie inclinando la cabeza para salpicarse la cara con agua helada—. Un hombre muy ingenioso. Los ingleses quemaron su casa y derribaron los cimientos, pero él escapó. Se construyó un pequeño escondrijo en una caverna cercana y cerró la entrada con ramas de sauce entretejidas y enganchadas con barro. Se dice que a un metro de distancia no tenías ni idea de que la cueva estuviera allí, a no ser por el olor de su pipa.

—El príncipe Carlos también estuvo un tiempo allí, cuando lo perseguían los ingleses —me informó el joven Ian—. Cluny lo escondió varios días.

—Ven a lavarte, Ian —ordenó el tío con un deje de aspereza—. No puedes presentarte ante tus padres cubierto de mugre.

Ian obedeció con un suspiro. No se podía decir que estuviera cubierto de mugre pero tenía en la cara las huellas innegables del viaje.

Me volví hacia Jamie, que contemplaba las abluciones de su sobrino con aire distraído.

—¿Qué les cuentas sobre él a tus sobrinos? —pregunté en voz baja—. Sobre Carlos.

Jamie me lanzó una mirada aguda.

—Nunca hablo de él —dijo. Y se volvió hacia los caballos.

Tres horas después dejamos atrás los últimos desfiladeros ventosos y nos encontramos en la pendiente final que descendía hacia Lallybroch. Jamie, que iba a la vanguardia, frenó su caballo para esperar a que Ian y yo lo alcanzáramos.

—Ahí está —dijo sonriendo—. Muy cambiada, ¿no?

Meneé la cabeza embelesada. Desde lejos la casa parecía no haber sufrido ningún cambio. Sin embargo, al mirar mejor vi que las construcciones exteriores estaban algo alteradas. Jamie me había contado que, el año siguiente a Culloden, la soldadesca inglesa había quemado el palomar y la capilla; detecté los espacios vacíos donde se levantaban antes. Una parte del cerco se había derrumbado y estaba reconstruido con piedra de diferente color; también vi un cobertizo nuevo que, obviamente, cumplía funciones de palomar.

De una chimenea, hacia el oeste, se elevaba una voluta de humo, llevada hacia el sur por el viento del mar. Súbitamente imaginé el fuego encendido en el hogar de la sala, reflejándose en la cara de Jenny, que leía en voz alta una novela o un libro de poesía mientras Jamie e Ian, absortos en una partida de ajedrez, la escuchaban a medias.

—¿Crees que volveremos a vivir aquí? —pregunté a Jamie cuidando de que mi voz no expresara nostalgia.

—No te lo puedo decir, *Sassenach* —respondió él—. Sería grato, pero... no sé cómo estarán las cosas, ¿comprendes? —Contemplaba la casa con una pequeña arruga en la frente.

—No importa. Si vivimos en Edimburgo... o en Francia, me da igual, Jamie. —Le toqué la mano para reconfortarlo—. Mientras estemos juntos.

Su expresión vagamente preocupada desapareció un momento. Me tomó la mano para llevársela a los labios.

—A mí tampoco me importa mucho, *Sassenach*, mientras te tenga conmigo.

Nos miramos a los ojos hasta que una tos forzada nos anunció la presencia de Ian.

Jamie, con una dilatada sonrisa, me soltó la mano para volverse hacia su sobrino.

—Casi hemos llegado, Ian —dijo mientras el muchacho sofrenaba el poni junto a nosotros—. Si no llueve estaremos allí mucho antes de la cena.

—Hum... —El jovencito no parecía alegrarse mucho por la perspectiva. Le dirigí una mirada solidaria.

—El hogar es el sitio donde, cuando debes volver, están obligados a recibirte —cité.

El joven Ian me lanzó una mirada astuta.

—Sí, eso es lo que temo, tía.

—No te aflijas, Ian. Recuerda la parábola del hijo pródigo, ¿eh? Tu madre se alegrará de verte sano y salvo.

El joven Ian le arrojó una mirada de profunda desilusión.

—Si crees que es un ternero cebado lo que van a matar, tío Jamie, no conoces a mi madre.

Se mordisqueó el labio inferior y se irguió en la silla con un profundo suspiro.

—Será mejor terminar de una vez, ¿no? —dijo.

Mientras él descendía cautelosamente la cuesta pedregosa, pregunté a Jamie:

—¿Crees que sus padres serán muy duros con él?

Mi esposo se encogió de hombros.

—Bueno, seguro que lo perdonarán, pero antes le curtirán bien el trasero. Puedo darme por afortunado si no hacen lo mismo conmigo —añadió con ironía.

Picó espuelas a su montura y echó a andar cuesta abajo.

—Vamos, *Sassenach*. Es mejor acabar de una vez, ¿no?

No sabía qué clase de recepción me esperaba en Lallybroch, pero resultó tranquilizadora.

El joven Ian dejo caer las riendas y desmontó entre un mar de perros que saltaban a su alrededor y le lamían la cara. Luego se acercó, trayéndome en los brazos un cachorro.

—Éste es Jocky —anunció mostrando en alto el cachorro pardo y blanco—. Es mío. Papá me lo regaló.

—Bonito perrito —dije rascando sus orejas caídas.

—Te estás llenando de pelos, Ian —señaló una voz clara y aguda con marcado tono de reproche.

Era una muchacha alta y delgada, de unos diecisiete años, sentada a la vera del camino.

—Bueno, tú te estás cubriendo de carriceras —replicó el joven Ian, volviéndose bruscamente hacia ella.

La chica agitó un montón de rizos castaños y se sacudió la falda, que realmente estaba llena de espigas.

—Papá dice que no mereces tener un perro —comentó—. ¡Mira que fugarte y dejarlo así!

Él se puso a la defensiva.

—Quería llevármelo —dijo con voz insegura—, pero me pareció que en la ciudad no estaría seguro.

—Acércate a saludarnos, pequeña Janet, sé buena —dijo Jamie con simpatía, pero también con una nota cínica que la hizo ruborizar.

—¡Tío Jamie! Ah, y también... —Desvió la mirada hacia mí.

—Sí, ella es tu tía Claire. La pequeña Janet aún no había nacido la última vez que viniste, *Sassenach*. —Luego dirigiéndose a Janet—: Supongo que tu madre está en casa.

La muchacha asintió sin apartar los ojos fascinados de mi cara.

—Encantada de conocerte —saludé.

Me miró fijamente un momento más y, recordando súbitamente los buenos modales, dobló las rodillas en una reverencia y me estrechó la mano con cautela, como temerosa de que yo me esfumara entre sus dedos. Pareció tranquilizarse al descubrir que era de carne y hueso.

—Es... un placer, señora—murmuró.

—¿Mamá y papá están muy enfadados, Jen? —El joven Ian depositó suavemente al cachorro en el suelo.

—¿Y cómo quieres que estén, idiota? Mamá temía que te hubieras topado en el bosque con algún jabalí o que te hubieran secuestrado los gitanos. No pudo dormir hasta que averiguaron dónde habías ido.

Ian apretó los labios, bajando la vista al suelo.

—Estás horroroso, Ian. ¿Has dormido vestido?

—Por supuesto —replicó impaciente—. ¿Acaso piensas que me fugué con una camisa de dormir y que me la ponía todos los días para dormir a la intemperie?

Janet se rió. La expresión fastidiada del muchacho se alivió un poco.

—Oh, bueno, ven —dijo ella compadecida—. Acompáñame al fregadero, a ver si podemos cepillarte y peinarte antes de que papá y mamá te vean.

—¿Por qué a todos se les ocurre que estar limpio servirá de algo? —dijo Ian.

Jamie desmontó, muy sonriente.

—Al menos no empeorará las cosas, Ian. Ve con tu hermana. Es mejor que tus padres no tengan que enfrentarse a muchas cosas al mismo tiempo. Y antes que nada querrán ver a tu tía.

—Hum... —Con un gesto de asentimiento, el chico marchó de mala gana hacia la parte trasera de la casa, seguido por su decidida hermana.

—¿Qué has comido? —la oí preguntar—. Tienes una gran mancha de mugre alrededor de la boca.

—¡No es mugre, es barba! —siseó furioso.

—¿Barba? —exclamó ella incrédula—. ¿Tú?

—¡Vamos! —Asiéndola por el codo, el joven Ian se la llevó hacia el patio, con los hombros curvados por la timidez.

Jamie apoyó la cabeza en mi muslo, escondiendo la cara en mis faldas, con los hombros estremecidos por una carcajada muda.

—No hay problema, ya se han ido —dije medio sofocada por el esfuerzo de contener la risa.

Jamie levantó la cara enrojecida.

—«¿Barba? ¿Tú?» —graznó imitando a su sobrina—. ¡Es igual que su madre, Dios mío! Eso fue justamente lo que me dijo Jenny, con la misma voz, cuando me sorprendió afeitándome por primera vez. Estuve a punto de cortarme el cuello.

—¿Quieres ir a afeitarte antes de saludar a Jenny e Ian? —pregunté.

Él meneó la cabeza.

—No —dijo alisándose el pelo hacia atrás—. El joven Ian tiene razón: la limpieza no servirá de nada.

Probablemente habían oído a los perros. Al entrar encontramos a Ian y Jenny en la sala: ella, en el sofá, tejiendo calcetines de lana; él, en pie ante el fuego, calentándose la pierna. Había una bandeja de tortas y una botella de cerveza casera, obviamente preparada para recibirnos.

Era una escena muy acogedora, que me borró el cansancio del viaje. Ian se volvió de inmediato hacia nosotros, sonriendo con timidez. Pero era Jenny la que me interesaba.

Ella también me estaba mirando, inmóvil en el sofá, con los ojos dilatados. Mi primera impresión fue que había cambiado mucho; la segunda, que no había cambiado en absoluto.

Ian, al verme por primera vez en el burdel, había actuado como si yo fuera un fantasma. Jenny hizo más o menos lo mismo. Parpadeando con la boca entreabierta, me vio acercarme sin cambiar de expresión.

Jamie me seguía cogiéndome por el codo.

—Hemos llegado, Jenny —dijo apoyándome una mano reconfortante en la espalda.

Miró a su hermano y luego se volvió para observarme.

—¿Eres tú, Claire? —Su voz era suave y vacilante. Aunque familiar, no parecía la voz fuerte de la mujer que yo recordaba.

—Soy yo, sí. —Le alargué las manos con una sonrisa—. Me alegro de volver a verte, Jenny.

Me cogió las manos con dedos ligeros. Luego me las estrechó.

—¡Por Dios, sí que eres tú! —musitó mientras se levantaba algo sofocada.

De pronto volví a ver la Jenny que conocía: con sus vivos ojos azul oscuro, inspeccionando mi cara con curiosidad.

—Claro que es ella —gruñó Jamie—. Ian debe de habértelo contado. ¿O creíste que te había mentido?

—Apenas has cambiado —comentó ella sin prestar atención a su hermano—. Tienes el pelo algo más claro, pero estás igual.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Ella, al notarlo, me abrazó con fuerza, apoyando su pelo suave en mi cara. Al cabo de un momento me soltó para dar un paso atrás, casi riendo.

—¡Por Dios, si hasta tu olor es el mismo! —exclamó.

Yo también estallé en risas.

Ian, que se había acercado, se inclinó para abrazarme con suavidad.

—Es una alegría volver a verte, Claire. —Sus suaves ojos pardos me sonreían; la sensación de bienvenida se acentuó—. ¿Queréis comer algo? —invitó señalando la bandeja.

Yo vacilé un momento pero Jamie avanzó con celeridad.

—No me vendría mal un trago, Ian. Gracias. ¿Te sirvo algo, Claire?

Llenaron las copas, pasaron los bizcochos y nos sentamos alrededor del fuego, murmurando cumplidos con la boca llena. Jamie, sentado junto a mí en la poltrona de roble, apenas probó su cerveza y dejó la torta de avena entera sobre la rodilla. Por lo visto, no había aceptado el refrigerio por hambre, sino para disimular que ni su hermana ni su cuñado lo habían recibido con un abrazo cordial.

Sorprendí un rápido cruce de miradas entre los esposos; luego Jenny intercambió con Jamie otra más larga e insondable. La conversación, la poca que había, fue muriendo hasta dejar en el cuarto un silencio incómodo.

—¿Cómo están tus hijos? —pregunté a Jenny para romper el silencio.

Al ver que daba un respingo comprendí que, inadvertidamente, había hecho la pregunta menos adecuada.

—Oh, bastante bien —replicó con aire vacilante—. Todos muy guapos. Y los nietos también —añadió con una súbita sonrisa al pensar en ellos.

—Casi todos están en casa del joven Jamie —intervino Ian como respuesta a mi verdadera pregunta—. La semana pasada su esposa tuvo otro hijo así que las tres niñas han ido a ayudar un poco. Y Michael ha ido a Inverness a buscar algunas cosas que vienen de Francia.

Hubo otro intercambio de miradas, esta vez entre Ian y Jamie. Detecté una leve inclinación de cabeza por parte de mi esposo y algo en Ian que no llegó a ser un gesto afirmativo. «¿Qué diablos pasa aquí?», me pregunté.

Jamie carraspeó, mirando directamente a su cuñado, y abordó el punto principal de la agenda:

—Hemos traído al chico.

Ian aspiró hondo; su cara larga y sencilla se endureció un poco.

—¿De verdad?

Sentí que Jamie, a mi lado, se ponía algo tenso, preparándose para defender a su sobrino como pudiera.

—Es un buen muchacho Ian.

—¿De verdad? —Esta vez fue Jenny quien lo dijo arrugando sus finas cejas negras—. Por el modo en que actúa en casa, nadie lo diría. Pero tal vez contigo se comporte de otro modo, Jamie.

En sus palabras había una fuerte nota de acusación.

—Te agradezco que defiendas al chico, Jamie —intervino Ian—, pero sería mejor hablar con él. ¿Está arriba?

Jamie respondió sin comprometerse:

—En el fregadero, supongo; quería lavarse un poco antes de veros.

En el pasillo sin alfombra resonó el golpeteo irregular de la pata de palo: Ian iba hacia el fregadero. Volvió ceñudo, precedido por el muchacho. El hijo pródigo estaba tan presentable como lo permitía el uso de jabón, agua y navaja de afeitar.

—Mamá —saludó inclinando torpemente la cabeza hacia su madre.

—Ian —respondió ella con suavidad. El tono gentil hizo que el muchacho levantara la vista, claramente sorprendido. Lo miró con una leve sonrisa—. Me alegro de tenerte en casa, sano y salvo, *mo chridhe*.

La expresión del chico se despejó como si le hubieran leído el indulto frente al pelotón de fusilamiento. Luego echó un vistazo a su padre y se puso rígido, tragando saliva con fuerza.

—¡Hum! —carraspeó Ian con aire de escocés severo—. Bien, quiero escuchar tus explicaciones, jovencito.

—Oh, bueno... yo... —El joven Ian enmudeció. Luego hizo otro intento—. Bueno... no hay ninguna, padre.

—¡Mírame! —El hijo levantó la cabeza de mala gana, escabullendo la mirada—. ¿Sabes lo que le has hecho a tu madre? ¡Desaparecer así, sin decir una palabra, sin que tuviéramos noticias durante tres días, hasta que Joe Fraser nos trajo tu carta! ¿Imaginas siquiera lo que fueron para ella esos tres días, pensando que podías estar herido o muerto?

La expresión de Ian (o sus palabras) parecieron causar un fuerte efecto en su vástago, que clavó la mirada en el suelo.

—Bueno, no pensé que Joe tardaría tanto en traer la carta —murmuró.

—¡La carta, sí! —Ian enrojecía cada vez más—. «Me voy a Edimburgo», así, fríamente. —Descargó en la mesa un golpe que hizo saltar a todos—. ¡Ya está! ¡Nada de «con vuestro permiso» o «os enviaré noticias»... ! ¡Ni tan siquiera «Querida madre»!

El chico levantó bruscamente la cabeza, con los ojos brillantes de irritación.

—¡Eso no es verdad! Decía: «No os preocupéis por mí» y «Abrazos, Ian». ¡Es la verdad! ¿No es cierto, madre? —Por primera vez miró a Jenny con gesto implorante.

Ella estaba quieta como una piedra, con la cara inexpresiva. En aquel momento sus ojos se ablandaron.

—Es cierto, Ian —reconoció—. Fuiste amable... pero lo cierto es que me preocupé.

—Lo siento mamá —dijo el chico en voz tan baja que apenas se oyó—. No... no era mi intención... —terminó la frase con un pequeño encogimiento de hombros.

Jenny alargó la mano pero el esposo la miró a los ojos y la volvió a dejar en el regazo.

Ian padre habló con lentitud y precisión.

—La verdad es que ésta no ha sido la primera vez, ¿verdad Ian?

El muchacho, sin responder, hizo un pequeño gesto que podía tomarse como de asentimiento.

—No puedes decir que no sabías lo que estabas haciendo, que nunca te explicamos los peligros, que no te hubiéramos prohibido ir más allá de Broch Mordha. Tampoco ignorabas que nos preocuparíamos, ¿verdad? Sabías todo eso... y aun así te fuiste. ¡Te estoy hablando, hijo! ¡Mírame!

El chico levantó lentamente la cabeza. Ahora estaba ceñudo pero resignado; al parecer ya había pasado por escenas parecidas y sabía cómo terminaban.

—Ni siquiera voy a preguntar a tu tío qué estuviste haciendo. Sólo espero que en Edimburgo no te hayas comportado del mismo modo que aquí. De todas formas, me has desobedecido y has destrozado el corazón de tu madre.

Jenny se movió otra vez como si quisiera hablar, pero Ian la calló con un gesto brusco.

—¿Y qué te dije la última vez? ¿Qué te dije después de los azotes? ¡Respóndeme, Ian!

El chico tragó saliva con dificultad.

—Dijiste... dijiste que la próxima vez me desollarías. —Terminó la frase con un gemido.

—Sí. Supuse que tendrías el tino de cuidar que no hubiera una próxima vez, pero me equivoqué, ¿no? Estoy muy disgustado contigo, Ian. Ésa es la verdad. —Señaló la puerta con un ademán de la cabeza—. Ve fuera. Espérame junto al portón.

Los pasos arrastrados del pecador se perdieron por el pasillo, dejando en la sala un tenso silencio.

—Ian —dijo Jamie suavemente—, me gustaría que no hicieras eso.

—¿Qué? —Ian volvió hacia su cuñado la frente arrugada por la ira—. ¿Que no lo azote? ¿Es eso lo que vas a decir?

Jamie apretó los dientes pero mantuvo la voz serena.

—No tengo nada que decir, Ian. Es tu hijo y puedes hacer lo que te parezca. Pero ¿no me permitirás explicar lo que ha hecho?

—¿Qué ha hecho? —exclamó Jenny volviendo súbitamente a la vida. Podía dejar que su esposo se ocupara del joven Ian pero tratándose de su hermano nadie hablaría por ella—. ¿Escapar en medio de la noche como los ladrones? ¿Tratar con delincuentes y arriesgar el pellejo por un barril de coñac?

Ian la hizo callar con un gesto rápido.

—¿Tratar con delincuentes como yo? —preguntó Jamie con voz ofendida—. ¿Sabes de dónde sale el dinero para mantener a toda esta familia Jenny? ¡No es de los salmos que imprimo en Edimburgo!

—¿Crees que no lo sé? —le espetó ella—. ¿Alguna vez te he preguntado lo que hacías?

—No, no lo preguntaste. Creo que preferías no saberlo. Pero lo sabes, ¿no?

—¿Y me culpas a mí por lo que haces? ¿Es culpa mía tener hijos que necesitan comer?

Jenny no enrojecía como Jamie: cuando perdía los estribos se ponía blanca de furia. Vi que él se esforzaba por dominar su genio.

—¿Culparte? No, por supuesto que no. Pero ¿tienes derecho a culparme de que Ian y yo no podamos mantenerlos a todos trabajando estas tierras?

Jenny también estaba haciendo un esfuerzo por dominarse.

—No —dijo—. Haces lo que puedes, Jamie. Sabes muy bien que no me refería a ti al hablar de delincuentes pero...

—Entonces te referías a los hombres que empleo. Yo hago lo mismo que ellos, Jenny. Si ellos son delincuentes, ¿qué soy yo?

—Mi hermano —respondió ella rápidamente—, aunque a veces no me complazca mucho decirlo. ¡Maldito seas, Jamie Fraser! ¡Sabes muy bien que no quiero pelear contigo por lo que haces! Si fueras asaltante de caminos o dueño de prostíbulos, sería porque no hay otro remedio. Pero no por eso quiero que mi hijo participe.

Ante la mención de los prostíbulos, Jamie entornó los ojos y echó a su cuñado una rápida mirada de acusación. El otro meneó la cabeza, estupefacto por la ferocidad de su esposa.

—No le dije nada —aclaró—. Ya sabes como es ella.

Jamie trató de mostrarse razonable.

—Sí, comprendo. Pero bien sabes que no pondría a tu hijo en peligro, Jenny. ¡Por Dios, si lo quiero como si fuera hijo mío!

—¿Sí? —inquirió con escepticismo—. ¿Por eso lo alentaste a escapar de casa y lo tuviste contigo sin hacernos llegar una sola palabra para tranquilizarnos?

Jamie tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

—Bueno, sí, lo siento. Mi intención era... —Se interrumpió con un gesto de impaciencia—. Bueno, eso no importa. No os avisé, es cierto. Pero en cuanto a alentarlo para que huyera...

—No, no creo que hayas hecho eso —intervino Ian—, al menos directamente. Pero ese chico te adora, Jamie. Veo cómo te escucha cuando vienes de visita. Tu manera de vivir le parece una gran aventura, muy distinta a remover estiércol para la huerta de su madre.

Sonrió brevemente contra su voluntad. Jamie imitó su gesto, encogiéndose de hombros.

—Bueno, es normal que los chicos de esa edad quieran un poco de aventura. Tú y yo también éramos así.

—No importa lo que quiera —interrumpió Jenny—. El tipo de aventuras que puede correr contigo no le convienen. El buen Dios sabe que a ti te protege algún hechizo, Jamie. De lo contrario habrías muerto diez o doce veces.

—Supongo que sí. Dios quiso protegerme por alguna razón. —Jamie me miró con una breve sonrisa y me buscó la mano.

—No sé mucho sobre tu forma de vida, pero te conozco y estoy segura de que no es el más conveniente para un niño.

—Hum... —Jamie se frotó la barba crecida e hizo otro intento—. Bueno, eso es lo que quería decir. El joven Ian se ha portado como un verdadero hombre esta semana. No me parece bien que lo azotes como si fuera un niño.

Jenny enarcó las cejas.

—Así que ahora es un hombre. Caramba, Jamie, ¡es un crío de catorce años!

—A los catorce yo era un hombre, Jenny —corrigió él suavemente.

—Eso creías tú. —Se levantó bruscamente con los ojos húmedos—. Eras un hermoso muchacho, Jamie, cuando partiste con Dougal hacia la primera incursión, con el puñal en el muslo. Y también recuerdo cómo volviste, cubierto de lodo y con un arañazo en la cara mientras Dougal se jactaba ante papá de lo valiente que habías sido por apartar seis vacas tú solo y no proferir una queja cuando te hirieron. ¿Eso es ser un hombre?

Jamie la miró a los ojos con un destello de humor.

—Bueno, sí, eso y algo más, quizá.

—¿Qué más? —inquirió ella aún más seca—. ¿Acostarse con una mujer? ¿Matar a un hombre?

Siempre pensé que Janet Fraser tenía algo de vidente, sobre todo en lo que se refería a su hermano. Y por lo visto, ese talento se extendía a su hijo.

Meneó lentamente la cabeza.

—No, el pequeño Ian todavía no es un hombre. Pero tú sí, Jamie, y conoces muy bien la diferencia.

Ian estaba contemplando los fuegos artificiales entre los hermanos con tanta fascinación como yo. En ese momento tosió por lo bajo.

—Hace un cuarto de hora que el chico está esperando sus azotes —observó—. Sea o no conveniente azotarlo, es un poco cruel obligarlo a esperar, ¿no?

—¿Tienes que hacerlo, Ian? —Jamie hizo el último esfuerzo.

—Bueno —respondió el cuñado lentamente—, le he dicho que va a recibir una paliza y él sabe perfectamente que se la ha ganado. No puedo echarme atrás. En cuanto a que lo haga yo... no, no lo creo. —Abrió un cajón del aparador, sacó una gruesa correa de cuero y la puso en manos de Jamie—. Lo harás tú.

—¿Yo?—exclamó Jamie horrorizado—. ¡No puedo azotarle!

—Yo creo que sí que puedes. —Ian se cruzó tranquilamente de brazos—. Te pasas la vida diciendo que lo quieres como si fuera tu hijo. Bueno, Jamie: ser padre de ese niño no es nada fácil. Es mejor que lo descubras por ti mismo, ¿no?

Jamie lo miró un largo instante. Luego se volvió hacia su hermana. Ella enarcó una ceja sin apartar la vista.

—Lo mereces tanto como él, Jamie. Ve.

Mi esposo apretó los labios. Luego giró en redondo y salió sin hablar.

Jenny echó una rápida mirada a su esposo; luego me miró a mí. Finalmente se acercó a la ventana. Ian y yo, que éramos bastante más altos, nos pusimos detrás de ella. Fuera la luz se iba apagando rápidamente pero aún se veía la figura marchita del joven Ian, recostado con tristeza en el portón de madera, a unos veinte metros de la casa.

—¡Tío Jamie! —Su vista cayó sobre la correa—. ¿Serás tú quien me azote?

—Supongo que sí —dijo él con franqueza—. Pero antes debo pedirte perdón, Ian.

—¿A mí? —El chico parecía algo desconcertado. Por lo visto, no era habitual que sus mayores le pidieran disculpas, mucho menos antes de azotarlo—. No tienes por qué, tío Jamie.

—Claro que sí. Hice mal al permitir que te quedaras conmigo en Edimburgo. Y probablemente también al contarte cuentos y darte la idea de escapar. Te llevé a lugares donde no deberías haber estado y quizá te puse en peligro. He causado más preocupaciones a tus padres de las que les habrías causado tú solo. Por eso te pido que me perdones, Ian.

—Ah... Bueno, sí. Por supuesto, tío.

—Gracias, Ian.

Guardaron silencio. Luego el chico, suspirando, cuadró los hombros.

—Será mejor que lo hagas de una vez.

—Supongo que sí. —Jamie parecía tan reacio o más que su sobrino.

El joven Ian, resignado, giró hacia el portón sin vacilar. Jamie lo imitó con más lentitud.

—Hum... eh... ¿tu padre...?

—Generalmente son diez, tío. —El chico se había quitado el abrigo y hablaba por encima del hombro—. Doce si me porté muy mal y quince si fue algo horrible.

—¿Qué dirías tú? ¿Te portaste simplemente mal o muy mal?

El jovencito soltó una risa desganada.

—Para que mi padre te obligue a hacer esto, tío Jamie, debe de haber sido horrible, pero me conformo con muy malo. Será mejor que me des doce.

Ian padre, a mi lado, soltó un resoplido humorístico.

—El chico es honrado —murmuró.

—Bien. —Jamie aspiró hondo y echó el brazo atrás pero su sobrino lo interrumpió.

—Espera, tío. Todavía no estoy listo.

—Oh, no me hagas esto —protestó Jamie.

—Papá dice que sólo a las niñas se las azota con las faldas puestas —explicó—. Los hombres deben recibir el castigo con el trasero al descubierto.

—Y en eso tiene muchísima razón —murmuró Jamie obviamente irritado aún por su pelea con Jenny—. ¿Listo?

Hechos los necesarios ajustes, el tío dio un paso atrás y alzó el brazo. Se oyó un fuerte chasquido y Jenny hizo un gesto de dolor y de solidaridad con su hijo. Por fin Jamie dejó caer el brazo y se enjugó la frente.

—¿Estás bien, muchacho?

El joven Ian irguió la espalda con cierta dificultad y se subió los pantalones.

—Sí, tío. Gracias. —Su voz sonaba algo ronca pero serena.

Aceptó la mano que Jamie le tendía pero su tío, en vez de conducirlo hacia la casa, le puso la correa en la mano.

—Ahora te toca a ti —anunció apoyándose en el portón.

El chico quedó tan impresionado como los que estábamos en casa.

—¿Qué? —exclamó estupefacto.

—Que te toca a ti —repitió Jamie con firmeza—. Yo te he castigado. Ahora castígame tú.

—¡No puedo hacer eso, tío!

—Claro que puedes. —Jamie se incorporó para mirarlo a los ojos—. ¿No has oído lo que te dije cuando te pedí perdón? Bueno, me he portado tan mal como tú y yo también debo pagar. No me ha gustado azotarte y a ti tampoco te gustará, pero los dos debemos cumplir. ¿Entendido?

—S-s-sí, tío —tartamudeó el jovencito.

—Adelante, pues. —Jamie se bajó los pantalones y volvió a inclinarse sobre el portón.

La silueta delgada se irguió y la correa silbó en el aire. Oímos cómo Ian hijo contaba minuciosamente por lo bajo los golpes. Después del último y ante un suspiro general de alivio dentro de la casa, Jamie se metió la camisa dentro de los pantalones y saludó a su sobrino con una formal inclinación de cabeza.

—Gracias, Ian. —Luego abandonó la formalidad para frotarse el trasero—. ¡Caramba, menudo brazo tienes!

—Como el tuyo, tío —dijo Ian imitando su ironía.

Y las dos figuras, ya apenas visibles, se frotaron riendo. Después Jamie rodeó con un brazo los hombros de su sobrino y giró hacia la casa.

—Si no te molesta, Ian, preferiría no tener que volver a pasar por esto, ¿eh? —dijo en tono confidencial.

—Trato hecho, tío Jamie.

Al cabo de un momento se abrió la puerta del pasillo. Después de intercambiar una mirada, Jenny e Ian se volvieron al unísono para saludar a los pródigos.

33

Tesoro enterrado

—Pareces un mandril —comenté.

—¿Sí? ¿Y eso qué es?

Pese al helado aire otoñal que entraba por la ventana semiabierta, Jamie tiró la camisa sobre el montón de ropa sin ninguna muestra de incomodidad. Luego se desperezó con fruición, completamente desnudo.

—¡Oh, Dios, qué gusto no estar encima del caballo!

—Hum... Por no hablar de dormir en una cama de verdad, en vez de hacerlo entre brezos mojados. —Rodé sobre mí misma disfrutando de las gruesas mantas.

—¿Quieres decirme que es un mandril? —preguntó Jamie—. ¿O lo decías sólo por gusto?

—Un mandril —expliqué disfrutando del espectáculo que me brindaba su espalda musculosa mientras se lavaba— es un mono muy grande con el trasero rojo.

Resopló de risa.

—Bueno, tu poder de observación es impecable, *Sassenach*. —Y se pasó cuidadosamente las manos por el trasero todavía encendido—. Hacía treinta años que nadie me azotaba. Ya no recordaba lo mucho que escuece.

—¡Pensar que el joven Ian te atribuía un trasero tan duro como el cuero de montura! —exclamé divertida—. ¿Crees que valió la pena?

—Oh, sí —respondió con despreocupación deslizándose a mi lado. Su cuerpo estaba frío y duro como el mármol. Lancé un chillido pero me dejé atraer contra su pecho sin protestar—. Caramba, qué tibia estás. Acércate más, ¿quieres? —Colocó las piernas entre las mías—. Oh, sí que valió la pena. Puedes desmayar a golpes a ese chico, como ha hecho su padre más de una vez, y no conseguirás sino fortalecer su decisión de huir a la primera oportunidad. Pero por no repetir algo como esto será capaz de caminar por las brasas.

Hablaba con seguridad y me pareció que tenía mucha razón. El joven Ian había recibido la absolución de sus padres bajo la forma de un beso materno y un veloz abrazo del padre. Luego se retiró a la cama con un puñado de tortas, sin duda para reflexionar sobre las curiosas consecuencias de desobedecer.

Jamie también había sido absuelto con besos. Sospeché que eso le importaba más que los efectos de su actuación sobre el sobrino.

—Al menos, Jenny e Ian ya no están enfadados contigo —observé.

—No. En realidad, no creo que lo estuvieran mucho. Es que no sabían qué hacer con el chico —explicó.

—Los Fraser son testarudos, ¿no? —comenté sonriendo.

Rió entre dientes.

—Así es. El joven Ian puede parecerse a los Murray pero es un Fraser hecho y derecho. Y con los testarudos no sirven los gritos ni las palizas; eso aún los vuelve más obstinados.

—Lo tendré en cuenta —dije—. Oye, Dorcas me dijo que muchos caballeros pagan muy bien por el privilegio de recibir unos azotes en el burdel. Dice que eso los... estimula.

Jamie soltó un resoplido.

—¿De veras? Supongo que es verdad, si Dorcas lo dice. Pero yo no lo entiendo. Si quieres mi opinión, hay maneras mucho más agradables de conseguir una erección. Por otra parte —añadió para ser justo—, quizá no sea lo mismo recibir los azotes de una chica guapa que de tu padre... o de tu sobrino.

—Quizá. ¿Quieres que probemos un día de estos?

—No. —Me sonrió con los ojos más sesgados que de costumbre, entrecerrados como los de un gato somnoliento. El calor de sus manos me rodeó los pechos—. Se me ocurren cosas más agradables, ¿y a ti?

La vela se había consumido, el fuego casi había desaparecido de la chimenea y la pálida luz de las estrellas penetraba por la ventana empañada.

—Qué bonito —murmuré deslizando un dedo por las poderosas costillas que daban forma al torso—. Qué bonito es tener un cuerpo de hombre que poder tocar.

—¿Todavía te gusta? —preguntó entre tímido y complacido. Me rodeó los hombros con un brazo para acariciarme el pelo.

—Ajá.

Era algo que no había echado de menos conscientemente pero ahora volvía a recordar ese gozo: la intimidad en que el cuerpo del hombre te es tan accesible como el propio, como si esas extrañas formas fueran, de pronto, una prolongación de tus propios miembros.

Nos estuvimos quietos un rato, escuchando el gotear de la lluvia. El aire frío del otoño corría por la habitación mezclándose con el calor humeante del fuego. Él se puso de lado, de espaldas a mí y subió la colcha para abrigarnos. Observé las leves líneas de las cicatrices que le entrecruzaban los hombros. En otros tiempos había conocido aquellas marcas tan bien que podía recorrerlas a ciegas con los dedos. Ahora había allí una fina curva en forma de media luna que no me era familiar y un tajo en diagonal que antes no existía: señales de un pasado violento que yo no había compartido.

Recorrí la media luna en toda su longitud.

—Has sido perseguido, ¿no? —pregunté.

Movió ligeramente un hombro sin llegar a encogerlo.

—De vez en cuando.

—¿Hace poco?

Respiró con lentitud antes de responder.

—Sí, creo que sí.

Bajé los dedos por el tajo en diagonal. Había sido un corte profundo; aunque estaba bien cicatrizado, la línea seguía nítida bajo mis yemas.

—¿Sabes por quién?

—No. —Cerró la mano sobre la mía, que estaba apoyada en su vientre—. Pero creo saber por qué.

En la casa reinaba un gran silencio. Faltaban la mayoría de los hijos y nietos, sólo quedaban los sirvientes en sus cuartos lejanos, detrás de la cocina, Ian y Jenny en la otra punta del pasillo y el joven Ian, arriba; todos dormían.

—¿Recuerdas que, tras la caída de Stirling, poco antes de Culloden, se habló mucho de cierta cantidad de oro que venía de Francia?

—¿Enviado por Luis? Sí... pero él no lo envió. Siempre hubo rumores: oro de Francia, naves de España, armas de Holanda... pero casi todo quedó en nada.

—Oh, algo hubo aunque no enviado por Luis. Pero entonces nadie lo sabía.

Me habló de su encuentro con el moribundo Duncan Kerr y su mensaje susurrado en la buhardilla de la posada bajo la mirada vigilante del oficial inglés.

—Duncan tenía fiebre pero no deliraba. Sabía que se estaba muriendo y quién era yo. Era su única posibilidad de contárselo a alguien de confianza. Y me lo dijo.

—¿Focas y brujas blancas? —repetí—. Francamente, parece un galimatías. ¿Y tú le entendiste?

—No del todo —admitió—. No tengo ni idea de quién era la bruja blanca. Al principio pensé que se refería a ti, *Sassenach*, y casi se me detuvo el corazón al escucharlo. —Me apretó la mano, sonriendo con melancolía—. De pronto se me ocurrió que algo podía haber salido mal, que quizá no estabas con Frank en tu lugar de origen sino en Francia. Por la cabeza me cruzó todo tipo de locuras.

—Ojalá hubiera sido así —susurré.

—¿Conmigo en prisión? Y Brianna, ¿qué edad habría tenido? Diez años, más o menos. No, no malgastes tu tiempo lamentándote, *Sassenach*. Ahora estás aquí y no volverás a dejarme.

Me dio un beso en la frente. Luego reanudó el relato.

—Yo ignoraba de dónde provenía el oro pero comprendí que él me estaba diciendo dónde estaba y por qué. Pertenecía al príncipe Tearlach; había sido enviado para él. Y eso de las focas...

Levantó un poco la cabeza para mirar hacia la ventana, donde el rosal trepador arrojaba sus sombras sobre el vidrio.

—Cuando mi madre se fugó de Leoch, la gente dijo que se había ido a vivir con las focas sólo porque la criada que había visto a mi padre dijo que parecía una gran foca que hubiera abandonado el pellejo para caminar por la tierra como un hombre. Era cierto. —Jamie, sonriendo, se pasó una mano por la densa melena—. Tenía el pelo grueso, como el mío, pero negro como el azabache. A la luz brillaba como si estuviera mojado. Se movía con celeridad, deslizándose como una foca en el agua.

De pronto se encogió de hombros.

—Bueno, continúo. Cuando Duncan Kerr mencionó el nombre de Ellen comprendí que se refería a mi madre. Era una señal de que sabía mi nombre, sabía quién era yo. No estaba delirando, por extraño que sonara todo. Y al saber eso... —volvió a encogerse de hombros—. Según el inglés, Duncan había aparecido cerca de la costa. Allí hay cientos de islotes y rocas, pero las focas viven en un solo punto: en el extremo de las tierras de los MacKenzie, frente a Coigach.

—¿Y fuiste hacia allí?

—Sí. —Suspiró profundamente—. No me habría escapado de la prisión si no hubiera pensado que podía estar relacionado contigo, *Sassenach*. Fugarse no era difícil pero los hombres rara vez lo intentaban. Ninguno de nosotros era de esa zona... y en todo caso, a casi todos nos quedaba muy poco fuera de la prisión.

El duque de Cumberland y sus hombres habían hecho un buen trabajo. Tal como dijo un contemporáneo al evaluar sus logros, poco después: «Creó un desierto y lo llamó paz.» Realmente, cualquier prisionero que escapara de Ardsmuir se habría encontrado realmente solo, sin clan ni amigos que lo socorrieran.

Jamie sabía que el comandante inglés no tardaría en adivinar hacia dónde iba y organizar una partida de persecución. Por otra parte, en aquel remoto sector del reino no había buenos caminos; una persona conocedora de la región, que viajara a pie, llevaba ventaja a sus perseguidores forasteros y a caballo.

Escapó a media tarde y caminó durante toda la noche orientándose por las estrellas y llegó a la costa cerca del amanecer del día siguiente.

—El rincón de las focas es muy conocido entre los MacKenzie. Yo había estado allí una vez, con Dougal.

Según la interpretación que Jamie había hecho del relato de Duncan, el tesoro estaba en la tercera isla, la más alejada de la costa.

—Allí la roca estaba desgastada; al acercarme demasiado al borde, entre mis pies se desprendían trozos que caían por el acantilado. No se me ocurría cómo llegar al agua y mucho menos a la isla de las focas. Pero entonces recordé lo que había dicho Duncan sobre la torre de Ellen.

Allí estaba «la torre»: un pequeño saliente de granito, apenas a metro y medio del punto más alto del promontorio. Pero bajo el saliente había una estrecha grieta oculta entre las rocas, una pequeña chimenea que cruzaba los veinticinco metros de acantilado; era una ruta difícil por la que podía descender un hombre decidido.

Desde la base de la torre de Ellen hasta la tercera isla quedaban aún más de cuatrocientos metros de agua verde y agitada. Se desvistió y, después de persignarse, encomendó su alma a la madre. Luego se tiró desnudo a las olas.

Cegado por la sal y ensordecido por el rugiente oleaje, luchó contra las corrientes durante un tiempo que se le hizo larguísimo. Cuando pudo asomar la cabeza y los hombros, jadeante, vio que el promontorio no estaba atrás, como había creído, sino a su derecha.

—La marea estaba bajando y me arrastraba —dijo irónico—, Pensé que estaba acabado pues sabía que jamás podría regresar. Llevaba dos días sin comer y no me quedaban muchas fuerzas.

Entonces dejó de nadar y se limitó a flotar de espaldas, entregándose al abrazo del mar. Mareado por el hambre y el esfuerzo, cerró los ojos buscando en su mente la antigua plegaria que los celtas recitaban para no ahogarse.

A aquellas alturas del relato guardó silencio durante tanto tiempo que me pregunté si habría algún problema. Pero al fin aspiró hondo y dijo con timidez.

—Vas a decir que estoy loco, *Sassenach.* No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Jenny, pero... en aquel momento oí la voz de mi madre que me llamaba, justo en medio de la oración. —Se encogió de hombros, incómodo—. Quizá fue sólo porque había estado pensando en ella al abandonar la costa. Sin embargo...

Se quedó callado hasta que le toqué la cara.

—¿Qué te dijo? —pregunté en voz baja.

—Me dijo: «Ven a mí, Jamie. ¡Ven a mí, hijo!» —Aspiró hondo y dejó escapar lentamente el aire—. La escuché con total claridad pero no vi nada. Aunque estaba tan fatigado que ya no me importaba morir, al oír su voz me di la vuelta y traté de avanzar. Pensaba dar diez brazadas y detenerme nuevamente para descansar... o hundirme.

A la octava brazada lo apresó la corriente.

—Fue como si alguien me hubiera alzado en brazos —dijo como si todavía lo sorprendiera el recuerdo—. La sentí a mi alrededor; el agua era algo más tibia que antes y me llevaba consigo. Me bastó con patalear un poco para mantener la cabeza fuera del agua.

La corriente, fuerte y arremolinada entre islas y promontorios, lo había llevado hasta el borde del tercer islote; con unas pocas brazadas tuvo las rocas a su alcance.

—Entonces sentí algo que se erguía por encima de mí y un espantoso hedor a pescado muerto —dijo—. Me puse inmediatamente de rodillas. Allí estaba, apenas a un metro de distancia: una gran foca macho, lustrosa y mojada, que me miraba fijamente.

Aunque Jamie no era pescador ni marinero, había escuchado suficientes historias para saber que los machos eran peligrosos, sobre todo cuando un intruso amenazaba su territorio. Viendo aquella boca abierta, con su hermoso despliegue de dientes aguzados y los rollos de grasa dura que ceñían su enorme cuerpo, no se sintió muy dispuesto a ponerlo en duda.

—Pesaba más de ciento treinta kilos, *Sassenach* —dijo—. Aunque no quisiera exagerar habría podido lanzarme al mar con un solo movimiento o arrastrarme al fondo para que me ahogara.

—Es obvio que no lo hizo —dije—. ¿Qué sucedió?

Jamie se echó a reír.

—Creo que yo no estaba en condiciones de hacer nada sensato, aturdido como estaba por el cansancio. Me limité a mirarlo durante un momento. Luego le dije: «No te preocupes. Soy yo.»

—¿Y qué hizo la foca?

Jamie se encogió ligeramente de hombros.

—Me miró fijamente. Las focas no parpadean mucho, ¿sabes? Altera los nervios que te miren tanto rato. Luego emitió una especie de gruñido y se deslizó al agua.

Después de descansar un rato, Jamie inició una metódica inspección de las grietas. No tardó en hallar una profunda hendidura que conducía a un hueco, treinta centímetros por debajo de la superficie rocosa.

—Bueno, no me mantengas en suspenso —protesté—. El oro del Francés ¿estaba allí?

—Sí y no, *Sassenach* —respondió hundiendo el estómago—. Yo esperaba encontrar lingotes de oro. Treinta mil libras en lingotes de oro abultarían mucho. Pero en el hueco sólo había una caja que no superaba los treinta centímetros de longitud y un pequeño saco de cuero. En la caja había oro, sí, y también plata.

Oro y plata, sí: la caja de madera contenía doscientas cinco monedas de oro y plata; algunas, de bordes tan nítidos como si estuvieran recién acuñadas; otras, con las marcas gastadas hasta ser casi invisibles.

—Monedas antiguas, *Sassenach.* —¿Antiguas? Muy viejas querrás decir.

—Griegas y romanas. Muy antiguas.

—Es increíble —musité—. Era un tesoro, sí, pero no...

—No lo que habría enviado Luis para alimentar a un ejército —concluyó él—. No: quien puso ese tesoro allí no fue Luis ni uno de sus ministros.

—¿Y el saco? —pregunté—. ¿Qué había en el saco?

—Piedras, *Sassenach*. Piedras preciosas. Diamantes, esmeraldas, perlas, zafiros. No muchas, pero sí grandes y bien talladas. —Sonrió, algo ceñudo—. Bastante grandes.

Se había sentado en una roca bajo el cielo gris, girando las monedas y las joyas entre los dedos. Por fin tuvo la sensación de que lo estaban mirando. Al levantar la cabeza se descubrió rodeado por un círculo de focas curiosas. La marea estaba baja y las hembras habían vuelto de la pesca; veinte pares de redondos ojos negros lo estudiaban con cautela.

El enorme macho negro, envalentonado por la presencia de su harén, se acercó entre fuertes gruñidos.

—Entonces me pareció mejor retirarme. Después de todo, ya había hallado lo que buscaba. Así que puse la caja y el saco donde los había encontrado y gateé hacia el agua, medio congelado.

En media hora, la corriente lo llevó al pie del promontorio; después de vestirse, se quedó dormido en un nido de hierbas secas.

—Desperté al amanecer —dijo suavemente—. He visto muchos amaneceres, *Sassenach*, pero ninguno como aquél. Era como si el sol naciente estuviera dentro de mí. Cuando entré en calor y pude mantenerme en pie, anduve tierra adentro, hacia el camino, para ir al encuentro de los ingleses.

—Pero ¿por qué volviste? —quise saber—. ¡Si estabas libre, tenías dinero y...!

—¿Y dónde podía gastar ese dinero, *Sassenach*? ¿Podía entrar en el hogar de un granjero y ofrecerle un denario de oro o una pequeña esmeralda? —Sonrió ante mi indignación meneando la cabeza—. No, tenía que regresar. Podría haber vivido un tiempo en el páramo, desnudo y hambriento, pero me estaban buscando, *Sassenach*, con empecinamiento pues pensaban que sabía dónde estaba escondido el oro. Mientras yo estuviera en libertad y pudiera pedir refugio, ninguna cabaña estaría a salvo de los ingleses. No quise exponer a la gente de la zona a ese tipo de peligro. Además, si no me capturaban reanudarían la búsqueda aquí, en Lallybroch; ni mucho menos podía arriesgar a mi propia gente. Y de cualquier modo...

Se detuvo, como si le costara encontrar las palabras.

—Tenía que regresar —dijo con lentitud—. Aunque sólo fuera por los hombres.

—¿Por los hombres de la prisión? —pregunté sorprendida—. ¿Había prisioneros de Lallybroch encarcelados contigo?

Sacudió la cabeza.

—No. Había hombres de casi todos los clanes. Pero necesitaban un jefe.

—¿Y eso eras tú para ellos? —Hablé con suavidad, dominando el impulso de alisarle el ceño.

—A falta de otro mejor —respondió con un destello de sonrisa.

Pero aquellos hombres habían desaparecido. Los habían separado a todos para enviarlos a una tierra extranjera sin que él pudiera salvarlos.

—Hiciste lo posible por ellos. Pero ya ha pasado todo —le consolé.

Pasamos largo rato en silencio, abrazados y acunados por los pequeños ruidos de la casa. A diferencia del ajetreo comercial del burdel, esos pequeños crujidos y suspiros daban la sensación de quietud, de hogar y seguridad. Por primera vez estábamos realmente juntos y solos, lejos del peligro.

Había tiempo, ahora. Tiempo para escuchar el resto de la historia: saber qué había hecho con el oro, qué había sido de los hombres de Ardsmuir; tiempo para reflexionar sobre el incendio de la imprenta, el tuerto del joven Ian, el encuentro con los agentes de la Aduana en la costa de Arbroath y decidir qué haríamos a continuación. Como había tiempo, ya no era necesario hablar de esas cosas.

El último trozo de turba se rompió en la chimenea. Me acurruqué contra Jamie, escondiendo la cara en su cuello. Sabía vagamente a hierba y a sudor, con un deje de coñac. Él cambió de posición para unir los cuerpos desnudos en toda su longitud.

—¿Otra vez? —murmuré divertida—. Se supone que los hombres de tu edad no vuelven a empezar tan pronto.

Me mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja.

—Bueno, tú también lo haces, *Sassenach* —señaló—, y eres mayor que yo.

—Eso es diferente. —Ahogué una pequeña exclamación al sentirlo sobre mí—. Soy mujer.

—Y si no fueras mujer —me aseguró poniéndose manos a la obra—, yo tampoco lo haría. Y ahora calla.

Apenas había amanecido cuando me despertó el rasgueo del rosal trepador en la ventana y los tintineos apagados en la cocina, donde se estaba preparando el desayuno. El fuego se había apagado por completo. Abandoné la cama sin hacer ruido para no despertar a Jamie. Las tablas del suelo estaban heladas. Estremecida, alargué la mano hacia la primera prenda disponible.

Envuelta en la camisa de Jamie, me arrodillé junto al hogar para reavivar las brasas. Por la noche había dejado la ventana entreabierta para evitar que el humo nos sofocara; el fuego de turba emite mucho calor, pero también mucho humo, como lo atestiguaban las vigas ennegrecidas. Me dije que, por el momento, podríamos prescindir del aire fresco, al menos hasta que el fuego estuviera bien encendido.

El paisaje exterior era perfecto en su inmóvil claridad: muros de piedra y pinos oscuros, como trazos de pluma bajo los nubarrones grises de la mañana. Un movimiento me hizo desviar la vista hacia la cresta de la colina, donde una tosca senda conducía a la aldea de Broch Mordha, a dieciséis kilómetros de distancia. Uno a uno, tres pequeños ponis montañeses asomaron en lo alto de la cuesta e iniciaron el descenso hacia la granja.

Estaban demasiado lejos para distinguirles las caras, pero las faldas hinchadas me revelaron que los tres jinetes eran mujeres. Tal vez fueran las muchachas (Maggie, Kitty y Janet) que volvían de casa del joven Jamie. Jamie el mayor se alegraría de verlas.

Cerré la ventana y me quité la camisa para escurrirme bajo las mantas. Él sintió el frío de mi regreso y rodó instintivamente hacia mí, curvándose contra mi cuerpo como una cuchara contra otra. Luego me frotó la cara en el hombro, somnoliento.

—¿Dormiste bien, *Sassenach*? —murmuró.

—Como nunca —le aseguré acomodando el trasero frío en el hueco tibio de sus muslos—. ¿Y tú?

—Hummmm —fue un gruñido bienaventurado. Me envolvió con sus brazos—. Soñé como un demonio.

—¿Con qué?

—Con mujeres desnudas —dijo mordiéndome el hombro—. Y con comida.

Su estómago ronroneó con suavidad. En el aire había un inconfundible olor a bizcochos y tocino frito.

—Mientras no confundas una cosa con la otra...

—Sé distinguir un halcón de un serrucho cuando el viento viene del noroeste —me aseguró—, y una muchacha regordeta de un jamón bien curado, a pesar de las similitudes.

Me apretó las nalgas con ambas manos, haciéndome soltar un grito.

—¡Bestia! —protesté pateándole las espinillas.

—Ah, conque soy una bestia —rió—. Bueno, pues...

Con un profundo bramido, se sumergió bajo la colcha para mordisquearme la cara interior de los muslos, sin prestar ninguna atención a mis chillidos y a la lluvia de golpes que le asesté.

—Creo que la diferencia no es tanta como yo pensaba —observó asomando la cabeza entre mis piernas con el pelo rojo erizado como un puerco espín—. Al paladar resultas bastante salada. ¿Qué...?

Lo interrumpió un súbito estruendo. La puerta se abrió de par en par rebotando contra la pared. Nos volvimos a mirar, sobresaltados.

En el vano de la puerta se erguía una jovencita desconocida para mí. Tendría quince o dieciséis años, cabellera muy rubia y grandes ojos azules. Sus ojos eran algo más grandes de lo normal y estaban clavados en mí con expresión de espanto. Pasaron lentamente de mi pelo enredado a los pechos desnudos; luego descendieron hasta encontrarse con Jamie, que yacía boca arriba entre mis muslos, demudado por un espanto tan grande como el de ella.

—¡Papá! —exclamó la chica llena de indignación—. ¿Quién es esta mujer?

34

Papá

—¿Papá? —repetí alterada—. ¡Papá!

Al abrirse la puerta, Jamie se había convertido en piedra. En aquel momento se incorporó bruscamente para recoger la colcha caída. Luego se apartó el pelo de la cara clavando en la chica una mirada fulminante.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —interpeló. Desnudo, con la barba roja y enronquecido por la furia, presentaba un aspecto formidable. La muchacha dio un paso atrás, insegura, pero afirmó la mandíbula y le sostuvo la mirada.

—¡He venido con mamá!

Un disparo al corazón no habría causado tanto efecto en Jamie. Dio un violento respingo y de su cara desapareció el color, que volvió rápidamente al oír unas aceleradas pisadas en la escalera. Entonces saltó de la cama, arrojándome apresuradamente la manta y echando mano de sus pantalones. Apenas había podido ponérselos cuando otra silueta femenina irrumpió en el cuarto y se detuvo bruscamente, con los ojos desorbitados fijos en la cama.

—¡Conque era cierto! —Se volvió hacia Jamie apretando los puños—. ¡Es cierto! ¡Es la bruja *Sassenach*! ¿Cómo has podido hacerme algo semejante, Jamie Fraser?

—Cállate, Laoghaire —espetó él—. ¡No te he hecho nada!

Sólo al oír su nombre la reconocí. Más de veinte años atrás, Laoghaire MacKenzie era una esbelta muchacha de dieciséis años: piel como pétalos de rosa, pelo como rayos de luna y una violenta pasión no correspondida por Jamie Fraser. Había engordado mucho y los mechones que escapaban de su cofia tenían el color de la ceniza, pero los ojos que clavó en mí tenían la misma expresión de odio que entonces.

—¡Es mío! —siseó golpeando el suelo con un pie—. ¡Vuelve al infierno del que has venido! ¡Vete y déjamelo, te digo!

Como yo no daba señales de obedecer, miró a su alrededor en busca de un arma. Al ver la jarra de agua, se apoderó de ella para tirármela pero Jamie se la quitó limpiamente de la mano y la aferró por el brazo con tanta fuerza que la hizo chillar.

—Ve abajo —ordenó—. Después hablaré contigo, Laoghaire.

—¡Cómo que hablarás conmigo! —gritó ella. Y con la mano libre le arañó la cara desde el ojo hasta la barbilla.

Él le sujetó la otra muñeca para llevarla al pasillo. Luego cerró la puerta con llave.

Cuando se volvió hacia mí, yo estaba sentada en el borde de la cama tratando de ponerme las medias con manos trémulas.

—Puedo explicártelo, Claire —dijo.

—N-n-no creo.

—¡Escúchame! —Jamie descargó el puño en la mesa con un estruendo que me hizo saltar.

—Será mejor que vayas a dar explicaciones a tu hija —observé pasándome la enagua por la cabeza.

—¡No es hija mía!

—¿No? —Saqué la cabeza por el escote de la enagua—. ¿Tampoco estás casado con Laoghaire?

—¡Estoy casado contigo, maldita sea! —gritó golpeando la mesa otra vez.

—Me parece que no. —Tenía mucho frío y mi vestido estaba detrás de Jamie—. Necesito mi ropa.

—No irás a ninguna parte, *Sassenach*. Antes tienes que...

—¡No me llames así! —grité para sorpresa de los dos.

Él me miró un instante. Luego asintió con la cabeza.

—Está bien. —Aspiró hondo—. Voy a arreglar las cosas. Después hablaremos, tú y yo. No te muevas de aquí, Sass... Claire.

Y recogió la camisa para ponérsela con un ademán violento.

Me las arreglé para ponerme el vestido. Luego me derrumbé en la cama, temblando de pies a cabeza, con la lana verde hecha un ovillo en las rodillas.

—¡Oh, Bree! —exclamé—. ¡Oh, Bree, Dios mío!

Me eché a llorar: en parte por la desagradable sorpresa y en parte por el recuerdo de Brianna. Pensar en Laoghaire convirtió instantáneamente el dolor en ira. ¡Maldito Jamie! Que se hubiera vuelto a casar, creyéndose viudo, era una cosa. Pero que se hubiera casado con aquella rencorosa mujer que había tratado de asesinarme en el Castillo de Leoch... Claro que él debía de ignorar esto.

—¡Bueno, debería haberlo sabido! ¡Al infierno con él! ¿Cómo pudo aceptarla?

Las lágrimas me corrían abundantemente por la cara y la nariz me chorreaba. A falta de pañuelo me soné con una esquina de la sábana.

Olía a Jamie. Peor aún: olía a los dos, con el vago almizcle de nuestro placer.

—¡Mentiroso! —grité. Y estrellé contra la puerta la jarra que Laoghaire había tratado de arrojarme.

¿Vivirían allí, en Lallybroch? Recordé que Jamie había encargado a Fergus que se adelantara, en teoría para anunciar nuestra llegada a Ian y a Jenny, pero también, sin duda, para alejar a Laoghaire antes de que yo llegara.

¿Qué pensarían ellos del asunto? Aunque obviamente estaban enterados, la noche anterior me habían recibido sin dar señales de saberlo. Pero habían sacado a Laoghaire de la casa, ¿qué hacía de nuevo allí?

Me latían las sienes. Necesitaba salir de allí. Ése era el único pensamiento más o menos coherente dentro de mi cabeza, de modo que me aferré a él: debía irme. No podía seguir allí, en la misma casa que Laoghaire y su hija. Ellas estaban en su hogar y yo no.

Me estremecí. El fuego había vuelto a apagarse y por la ventana entraba una corriente glacial. Me sentí helada hasta los huesos pese a estar ya vestida.

Perdí algún tiempo buscando la capa antes de recordar que la había dejado abajo, en la sala. Me alisé el pelo con los dedos, demasiado alterada para buscar un peine. Lista, por fin. Lista todo lo que podía estarlo. Mientras echaba una última mirada a mi alrededor oí pasos en la escalera. No eran pasos leves y rápidos, como los otros, sino pesados y lentos, decididos. Era Jamie quien subía... y no estaba muy deseoso de verme.

Perfecto. Yo tampoco quería verlo. Prefería irme de inmediato, sin discutir. ¿Qué podíamos decirnos?

Al abrirse la puerta retrocedí, sin darme cuenta de lo que hacía hasta que toqué la cama con las piernas. Entonces, perdido el equilibrio, me senté. Jamie se detuvo en el vano de la puerta para mirarme.

Se había afeitado y cepillado el pelo antes de enfrentarse al problema, como el joven Ian el día anterior.

—¿Crees que esto ayudará? —preguntó con un esbozo de sonrisa.

Tragué saliva sin contestar. Él suspiró.

—No, supongo que no. —Cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia la cama con una mano extendida—. Claire...

—¡No me toques!

—¿No vas a permitir que te lo explique, Claire?

—Me parece que ya es un poco tarde para eso. —Quería usar un tono frío y desdeñoso. Por desgracia me tembló la voz.

—Siempre fuiste razonable —dijo en voz baja.

—¡No me digas cómo he sido siempre! —Las lágrimas estaban demasiado cerca de la superficie. Me mordí los labios para contenerlas.

—De acuerdo. —Estaba muy pálido; los arañazos de Laoghaire eran tres líneas rojas en su mejilla—. No vivo con ella —explicó—. Ella y las chicas viven en Balriggan, cerca de Broch Mordha. —Me observaba con atención pero no dije nada—. Fue un gran error... casarme con ella.

—¿Con dos hijas? Tardaste bastante en darte cuenta de eso, ¿no?

Él apretó los labios.

—Las chicas no son mías. Son de su primer marido.

—Ah. —Eso no cambiaba mucho las cosas pero experimenté una pequeña oleada de alivio por Brianna.

—Hace tiempo que no vivo con ellas. Les envío dinero desde Edimburgo pero...

—No tienes por qué darme explicaciones —interrumpí—. Déjame pasar, por favor. Me voy.

—¿Dónde?

—Lejos. A mi casa. No sé. ¡Déjame pasar!

—No irás a ninguna parte —replicó decidido.

—¡No puedes impedírmelo!

Alargó las manos para sujetarme por los brazos.

—Claro que puedo.

—¡Suéltame ahora mismo!

—¡No! —Me clavó los ojos entrecerrados. De pronto caí en la cuenta de que, por sereno que pudiera parecer exteriormente, estaba tan alterado como yo—. No te dejaré ir sin explicarte por qué...

—¿Qué quieres explicarme? —acusé furiosa—. ¡Volviste a casarte! ¿Qué más quieres decir?

—¿Y tú, fuiste una monja durante estos veinte años? —inquirió sacudiéndome un poco.

—¡No! —le lancé la palabra a la cara—. ¡No, qué coño! ¡Y tampoco supuse nunca que tú te hubieras portado como un monje!

—En ese caso...

Pero yo estaba demasiado furiosa para escuchar más.

—¡Me mentiste, maldito!

—¡No te mentí!

—¡Claro que sí! ¡Lo sabes perfectamente! ¡Suéltame, cretino! —Le di un puntapié en la espinilla que le arrancó una exclamación de dolor pero no me soltó. Por el contrario: me apretó con más fuerza, haciéndome gritar.

—Nunca te dije una mentira.

—¡No, pero aun así mentiste! Me diste a entender que no estabas casado, que no tenías a nadie, que... que... —Estaba medio sollozando de ira—. ¡Deberías habérmelo dicho en cuanto llegué! ¿Por qué diablos te callaste?

Aflojó los dedos que me sujetaban los brazos y yo me las compuse para liberarme.

—¿Por qué? —insistí pegándole una y otra vez en el pecho con los puños—. ¿Por qué, por qué, por qué?

—Porque tenía miedo. —Me sujetó las muñecas para arrojarme en la cama. Luego se irguió ante mí con los puños apretados y la respiración agitada—. ¡Soy un cobarde, maldita sea! No te lo dije por miedo a que me abandonaras. Poco hombre como soy, no habría podido soportarlo.

—¿Poco hombre? ¿Con dos esposas? ¡Ja!

—¿Soy hombre acaso? ¿Queriéndote tanto que lo demás no me importa? ¿Sabiendo que sacrificaría mi honor, mi familia, mi vida por acostarme contigo, a pesar de que me abandonaste?

—¿Y tienes el descaro de decirme semejante cosa? —Mi voz, de tan aguda, surgió como un susurro agudo y cruel—. ¿Me echas la culpa a mí?

—No, no puedo culparte. —Giró hacia un lado, ciego—. ¿Qué culpa tienes tú, si querías quedarte a mi lado para morir conmigo?

—¡Como tonta que soy! —exclamé—. Tú me obligaste a irme. ¿Y ahora quieres echarme la culpa por haberte obedecido?

Se dio la vuelta hacia mí con los ojos oscurecidos por la desesperación.

—¡Tuve que hacerlo! ¡Por el bien de la criatura! —Involuntariamente, desvió la vista hacia la percha donde pendía su abrigo con las fotos de Brianna en el bolsillo. Luego bajó la voz—. No, no puedo

arrepentirme de eso, cualquiera que haya sido el precio. Habría dado la vida por ella y por ti. No puedo criticarte por haberte ido.

—Pero me culpas por haber vuelto.

Sacudió la cabeza.

—¡No, por Dios! ¿Sabes lo que significa vivir veinte años sin corazón? ¿Ser apenas media persona, acostumbrarte a vivir con lo poco que resta, llenando el vacío con lo que encuentras a mano?

—¡Y a mí me lo cuentas! —Forcejeé para liberarme, sin mucho éxito—. ¡Claro que lo sé, maldito cretino! ¿O crees que volví para vivir feliz con Frank por siempre jamás?

Le di una patada con todas mis fuerzas. Él hizo una mueca pero sin soltarme.

—A veces pedía que fuera así —respondió apretando los dientes—. Pero a veces lo veía contigo, día y noche, poseyéndote, criando a mi hijo. ¡Y habría podido matarte por hacerme eso!

De pronto me soltó las manos y, girando en redondo, estrelló el puño contra un armario de roble.

—Eso es lo que sientes, ¿no? —observé con frialdad—. Yo no necesito imaginarte con Laoghaire. ¡Te he visto con ella!

—¡Laoghaire me importa un bledo! ¡Nunca me importó!

—¡Cretino! —repetí—. Eres capaz de casarte con una mujer sin quererla y la descartas en cuanto...

—¡Cállate! —rugió—. ¡Cierra la boca, maldita bruja! —Descargó el puño en el lavamanos sin dejar de mirarme—. De un modo u otro, estoy condenado, ¿no? Si sentí algo por ella, soy un mujeriego desleal; si no, soy una bestia sin corazón.

—¡Deberías habérmelo dicho!

—¿Para qué? —Me levantó de un tirón—. Habrías girado sobre tus talones para abandonarme sin decir palabra. Y después de haber vuelto a verte... habría hecho cosas mucho peores que mentir para conservarte.

Me apretó con fuerza contra su cuerpo para besarme, largamente y con dureza. Mis rodillas se convirtieron en agua; luché por mantenerme fría, atrincherada en el recuerdo de los ojos furiosos de Laoghaire, de su voz chillona: «¡Es mío!»

—Esto no tiene sentido —dije apartándome—. No puedo pensar con claridad. Me voy.

Me lancé hacia la puerta, pero él me sujetó por la muñeca y volvió a besarme con tanta fuerza que me dejó sabor a sangre en la boca. No había en su gesto afecto ni deseo, sólo pasión ciega y la voluntad de poseerme. Ya no seguiría hablando.

Yo tampoco. Aparté la boca y le di una violenta bofetada, curvando los dedos para arañarlo. Él se echó hacia atrás con la mejilla nuevamente herida. Luego enredó los dedos en mi pelo y se inclinó para besarme otra vez con deliberado salvajismo, ignorando los golpes que yo lanzaba contra él.

Me arrojó sobre la cama y allí me inmovilizó con el peso de su cuerpo.

Estaba excitado y se le notaba. Yo también.

«Mía», decía él, sin pronunciar una sola palabra. «¡Mía!»

Lo rechacé con ilimitada furia y bastante habilidad. «Tuya», decía mi cuerpo. «¡Tuya, y maldito seas por eso!»

Estábamos haciendo lo posible por matarnos mutuamente, impulsados por la ira de aquellos años de separación: yo por su decisión de enviarme de regreso, él por mi partida; yo por Laoghaire, él por Frank.

—¡Perra! —jadeó—. ¡Puta!

—¡ Vete al diablo! —Le tiré del pelo para bajarle la cara hacia mí. Caímos de la cama al suelo, hechos una maraña, y rodamos de un lado a otro, entre maldiciones balbuceadas y palabras sin terminar.

No oí el ruido de la puerta al abrirse. No oí nada, aunque ella debía de habernos llamado más de una vez. Sorda y ciega, no atendía más que a Jamie hasta que la lluvia de agua fría cayó sobre nosotros. Jamie quedó petrificado y palideció; en su cara sólo quedaron los huesos marcados bajo la piel.

Me sentí aturdida. Del pelo de Jamie se desprendían gotas de agua que me caían sobre los pechos. Detrás de él vi a Jenny, tan blanca como su hermano, con una cacerola vacía en la mano.

—¡Basta! —ordenó. Tenía los ojos sesgados por la cólera y el horror—. ¿Cómo puedes hacer esto, Jamie? ¡Montar a tu mujer como una bestia en celo sin que te importe si te oyen en toda la casa!

Él se apartó lentamente de mí, torpe como un oso. Jenny cogió una manta de la cama y me la echó sobre el cuerpo.

Jamie se levantó con lentitud y se acomodó los pantalones desgarrados.

—¿No tienes vergüenza? —exclamó ella escandalizada.

Jamie la miró como si nunca hubiera visto una criatura parecida y estuviera tratando de adivinar qué era. De las puntas del pelo le caían gotas sobre el pecho desnudo.

—Sí —dijo por fin suavemente—. Tengo vergüenza.

Parecía desconcertado. Cerró los ojos, recorrido por un profundo estremecimiento, y salió sin decir una palabra.

35

Fuga del Edén

Jenny me ayudó a acostarme.

—Te traeré algo para que te vistas —murmuró ahuecando una almohada para que me apoyara—. Y algo para beber. ¿Estás bien?

—¿Dónde está Jamie?

Me echó una rápida mirada de simpatía en la que se mezclaba un destello de curiosidad.

—No tengas miedo. No dejaré que vuelva a acercarse a ti. —Hablaba con firmeza; luego apretó los labios, ceñuda, y me arropó con la colcha—. ¡Cómo pudo hacerte algo así!

—No fue culpa suya... Eso no. —Me pasé una mano por el pelo enredado—. Fui yo. Fuimos los dos. Él... yo...

—Comprendo. —Jenny me echó una larga mirada. Me pareció bastante posible que lo comprendiera.

En el piso de abajo se oyó un golpe sordo: se había cerrado la gran puerta principal. Jenny se acercó a la ventana y apartó la cortina.

—Es Jamie —dijo—. Va a subir a la colina; siempre hace lo mismo cuando está atribulado. Eso o emborracharse con Ian. La colina es mejor.

Solté un pequeño resoplido.

—Supongo que estará atribulado, sí.

Apareció la joven Janet llevando en equilibrio una bandeja con bizcochos, whisky y agua. Se la veía pálida y asustada.

—¿Estás... bien, tía? —preguntó mientras dejaba la bandeja.

—Estoy bien —le aseguré incorporándome para coger la botella de whisky. Jenny le dio una palmadita en el brazo.

—Quédate con tu tía —ordenó—. Yo iré a buscarle un vestido.

Janet asintió obediente y se instaló en un banquillo junto a la cama.

—¿Sabes dónde está Laoghaire? —pregunté mientras comía y bebía.

La chica tenía la cabeza gacha, como si estuviera estudiándose las manos, pero ante mi pregunta la levantó bruscamente.

—¡Oh! —exclamó—. Oh, sí. Marsali, Joan y ella han vuelto a Balriggan, donde viven. Tío Jamie las obligó.

—Ah, sí —dije secamente.

Ella se mordió el labio, retorciéndose las manos en el delantal. De pronto levantó la vista.

—¡Lo siento muchísimo, tía!

—No importa —le dije aún sin tener idea de lo que quería decir.

—¡Es que fui yo! —Parecía totalmente angustiada pero decidida a confesarse—. Yo... yo... le dije a Laoghaire que estabas aquí. Por eso vino.

—Oh... —Bueno, eso lo explicaba todo.

—No se me ocurrió..., es decir... No era mi intención provocar un escándalo, de veras. No sabía que tú... que ella...

—No importa —repetí—. Tarde o temprano, alguna de las dos tenía que enterarse. —Aunque eso no cambiaba nada, la miré con cierta curiosidad—. Pero ¿por qué se lo dijiste?

—Porque mamá me lo ordenó —respondió susurrando.

Se levantó y salió a toda prisa, rozando a su madre en el vano de la puerta.

No pregunté nada. Jenny había conseguido un vestido y me ayudó a ponérmelo sin más conversación que la imprescindible. Una vez vestida y calzada, con el pelo peinado y recogido, me volví hacia ella.

—Quiero irme —dije—. Ahora mismo.

Ella no discutió. Se limitó a mirarme de pies a cabeza para asegurarse de que estuviera lo bastante fuerte. Luego asintió:

—Creo que es lo mejor —dijo en voz baja.

Ya cercano el mediodía, partí de Lallybroch sabiendo que sena la última vez. Llevaba una daga en la cintura como protección, aunque difícilmente me haría falta. En las alforjas de la montura había comida y varias botellas de cerveza: suficiente para llegar al círculo de piedras. Había pensado en coger las fotos de Brianna que Jamie tenía en su abrigo pero las dejé allí. Ella le pertenecía para siempre, aunque conmigo no sucediera lo mismo.

No había nadie a la vista cuando Jenny sacó el caballo del establo, sujetando las bridas para que yo montara. Me puse la capucha del manto e hice una señal con la cabeza. La última vez nos habíamos separado como hermanas, con lágrimas y abrazos. Ella soltó las riendas y dio un paso atrás mientras yo dirigía el caballo hacia el camino.

—¡Que Dios te acompañe! —le oí decir tras de mí.

No respondí. Tampoco miré hacia atrás.

Pasé la mayor parte del día a caballo, sin prestar mucha atención al camino; atenta sólo al rumbo, dejaba que mi montura escogiera las sendas por los pasos de la montaña.

Me detuve cuando la luz empezaba a desaparecer; después de atar al caballo para que pastara, me acosté envuelta en el capote. De inmediato me quedé dormida para no recordar. El aturdimiento era mi único refugio.

Al día siguiente fue el hambre lo que me devolvió, de mala gana, a la vida. Durante toda la jornada anterior no me había detenido a comer. Tampoco lo hice al despertar pero hacia mediodía mi estómago comenzaba a emitir fuertes protestas. Así que desmonté en un pequeño claro, junto a un arroyuelo, y desenvolví las provisiones que Jenny me había puesto en las alforjas.

Comí un emparedado, bebí una de las botellas de cerveza y monté nuevamente, dirigiendo al caballo en dirección al nordeste. Por desgracia, si la comida había devuelto las fuerzas a mi cuerpo, también había dado nueva vida a mis sentimientos. A medida que ascendíamos mi ánimo iba decayendo cada vez más.

El caballo estaba bien dispuesto, pero yo no. A media tarde, sin poder continuar, me adentré con la montura en un bosquecillo para que no fuera visible desde el camino; después de atarlo holgadamente, caminé entre los árboles hasta encontrar el tronco de un álamo temblón manchado de musgo.

Me senté en él, encorvada, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Me dolían todas las articulaciones, más de pena que por el enfrentamiento del día anterior o por los rigores del viaje. La reserva y la introversión siempre habían tenido mucha importancia en mi vida. Había aprendido, con bastante trabajo, el arte de curar: a brindar cuidado e interés deteniéndome antes del punto peligroso en que dar demasiado es dejar de ser eficiente.

Siempre, siempre, había tenido que equilibrar la compasión con sabiduría, el amor con tino, la humanidad con inflexibilidad.

Sólo con Jamie había dado cuanto tenía, arriesgándolo todo, descartando la cautela, el sentido común y la sabiduría junto con las comodidades y restricciones de una posición ganada a pulso. Había llegado a él sin darle nada más que mi persona, en cuerpo y alma, confiando en que supiera verme entera y cuidar de mis debilidades como en otros tiempos.

En un principio temí que él no pudiera. O no quisiera. Y luego llegaron esos pocos días de gozo perfecto que me hicieron pensar que todo volvía a ser como antes. Pude amarlo en libertad y ser amada con una sinceridad que igualaba la mía.

Las lágrimas se deslizaron entre mis dedos. Lloraba por Jamie y por lo que yo había sido con él. Su voz me susurraba: «¿Sabes lo que significa decir otra vez "Te amo" y decirlo de verdad?»

Lo sabía. Y con la cabeza entre las manos, bajo los pinos, supe que nunca volvería a decirlo de verdad.

Hundida como estaba en mi angustiosa contemplación, no oí los pasos hasta que estuvo casi ante mí. Me levanté del árbol caído y di media vuelta hacia el atacante con el corazón en la boca y la daga en la mano.

—¡Dios mío! —Quien me acechaba retrocedió ante la hoja desnuda, tan sobresaltado como yo.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —interpelé llevándome la mano libre al pecho. El corazón me palpitaba como un timbal. Debía de estar tan pálida como él.

—¡Por Dios, tía Claire! ¿Dónde aprendiste a desenvainar así un cuchillo? ¡Casi me matas del susto! —El joven Ian se pasó una mano por la frente.

—Lo mismo digo —le aseguré. La mano me temblaba tanto que no pude envainar la daga y se me aflojaban las rodillas. Me dejé caer en el tronco del álamo con el cuchillo en el regazo.

—Repito —dije tratando de controlarme—: ¿qué haces aquí?

El chico se mordió el labio y, después de echar una mirada alrededor, se sentó a mi lado.

—Me envía tío Jamie... —comenzó.

Me levanté de inmediato, envainando la daga en el cinturón.

—¡Espera, tía! ¡Por favor! —Me sujetó por un brazo pero yo me desprendí con una sacudida.

—No me interesa —dije pateando a un lado las hojas de helecho—. Vuelve a tu casa, pequeño Ian. Tengo dónde ir. —Eso esperaba, al menos.

—¡Pero las cosas no son como tú crees! —Puesto que no podía detenerme me siguió por el claro discutiendo mientras se agachaba ante las ramas bajas—. ¡Él te necesita, tía! De veras. ¡Debes regresar conmigo!

No respondí. Allí estaba mi caballo; me agaché para desatar la soga.

—¡Tía Claire! ¿No vas a escucharme? —Se irguió al lado del caballo mirándome por encima de la silla de montar.

—No.

Monté con majestad, haciendo crujir faldas y enaguas, pero mi digna partida se vio impedida por el joven Ian, que sujetaba las riendas con mano de hierro.

—Suelta —ordené perentoria.

—Primero escúchame. —Me clavó la mirada con los dientes apretados, encendidos sus suaves ojos pardos.

«Está bien», decidí. No le serviría de nada, ni a él ni a su traicionero tío, pero lo escucharía.

—Habla —dije reuniendo la poca paciencia que tenía.

—Bueno —comenzó súbitamente inseguro—. Es... yo... él...

Lancé un gruñido de exasperación.

—Comienza por el principio. Pero no te extiendas demasiado, ¿eh? —Él asintió, clavándose los dientes en el labio para concentrarse.

—Bueno, tío Jamie armó un alboroto en casa cuando supo que te habías ido.

—No lo dudo.

—Nunca lo había visto tan furioso —continuó, observándome con atención—. Y mamá tampoco. Se gritaron de todo. Papá trató de calmarlos, pero ni siquiera parecían oírlo. Tío Jamie dijo que mamá era una entrometida... y cosas mucho peores.

—No tenía por qué enfadarse con Jenny —objeté—. Ella sólo trató de ayudar... creo. —Me repugnaba saber que esa riña también era por culpa mía. Jenny había sido el principal apoyo de Jamie

desde la muerte de la madre, cuando ambos eran niños. ¿Cuántos males más le habría causado con mi retorno?

Para sorpresa mía, el chico sonrió.

—Bueno, ella también hizo lo suyo. Antes de que terminara la discusión, tío Jamie tenía unas cuantas marcas de dientes. Mamá lo atacó con un cazo de hierro; él se lo quitó para arrojarlo por la ventana de la cocina y asustó a todos los pollos que había en el patio.

—Los pollos no me interesan, joven Ian —dije fríamente—. Continúa. Quiero seguir viaje.

—Bueno, después tío Jamie derribó las estanterías de los libros de la sala, porque estaba demasiado aturdido para ver por dónde iba mientras salía. Papá se asomó por la ventana para preguntarle dónde iba y él respondió que salía a buscarte.

—¿Y por qué estás tú aquí en su lugar? - pregunté vigilando la mano que sujetaba las riendas. Si los dedos daban alguna señal de relajarse, trataría de arrancárselas.

El joven Ian suspiró.

—Es que, mientras tío Jamie estaba ensillando su caballo apareció tía... eh... su esp... —Enrojeció miserablemente—. Laoghaire.

En aquel momento renuncié a fingir indiferencia.

—¿Y entonces, qué pasó?

Él frunció el entrecejo.

—Hubo una discusión terrible, pero no pude oír mucho. Tía... Laoghaire, digo... ella no sabe pelear como se debe, como mamá y tío Jamie. No hace más que llorar y gemir. Gimotear, como dice mamá.

—Hum. ¿Y entonces?

Laoghaire había desmontado para coger a Jamie por la pierna y tirar de él. Luego se dejó caer en un charco del patio, abrazada a las rodillas de Jamie, sollozando y gimiendo como siempre. Él no podía escapar; acabó por levantarla y se la echó sobre el hombro para llevarla arriba sin prestar atención a las miradas de la familia y los sirvientes.

—Bien —dije. Notando que tenía los dientes apretados, los aflojé—. Así que te envió a buscarme porque él estaba muy ocupado con su esposa. ¡Cretino! ¡Qué descaro! Manda a alguien a buscarme como si yo fuera una criada porque no le resulta cómodo venir en persona. Quiere el pan y la torta, ¿no? Grandísimo arrogante, egoísta, autoritario... ¡escocés!

Tenía los nudillos blancos de tanto apretar la silla. Sin preocuparme ya por las sutilezas, di un manotazo a las riendas.

—¡Suelta!

—¡Pero no fue así, tía Claire!

—¿Qué no fue así? —Su tono desesperado me hizo levantar la vista.

—¡Tío Jamie no se quedó para atender a Laoghaire!

—¿Y por qué te envió a ti?

—Porque ella le disparó. Él me envió a buscarte porque se está muriendo.

—Si me estás mintiendo, Ian Murray —dije por duodécima vez—, lo lamentarás hasta el fin de tu vida... ¡que será muy corta!

Tuve que alzar la voz para hacerme oír. Se había levantado un fuerte viento que me agitaba el pelo y me ceñía las faldas a las piernas; grandes nubes negras cerraban los pasos de montaña.

El joven Ian, sin aliento para contestar, se limitó a sacudir la cabeza, inclinada contra el viento. Iba a pie, conduciendo ambos ponis de la brida por un tramo pantanoso, junto al borde de un pequeño lago.

Calculé que era apenas media tarde. Faltaban varias horas para llegar a Lallybroch y no parecía probable que llegáramos antes de oscurecer. Habían pasado tres días desde que yo partiera. Tres días desde que Jamie recibiera el disparo. El joven Ian no me daba muchos detalles; tras haber cumplido con su misión, sólo quería llegar a Lallybroch lo antes posible y no le parecía necesario conversar. Me dijo que Jamie estaba herido en el brazo izquierdo; eso no era muy grave. Pero la bala le había penetrado también en el costado y eso sí era grave. Cuando el chico partió, Jamie estaba consciente; eso no era

grave. Pero comenzaba a subirle la fiebre; eso sí era bastante grave. En cuanto a los posibles efectos del tiro, el tipo o gravedad de la fiebre y el tratamiento que se le hubiera aplicado, Ian se limitó a encogerse de hombros.

Tal vez Jamie se estaba muriendo, tal vez no. Cabía la posibilidad de que él mismo se hubiera disparado para obligarme a regresar. Era capaz de trazar un plan como ése y tenía valor de sobra para llevarlo a cabo. Por otra parte, yo nunca lo había visto actuar sin calcular el costo y su disposición a pagarlo. No parecía lógico que corriera el riesgo de morir para atraerme de nuevo a Lallybroch. Jamie Fraser era un hombre muy lógico.

Muy bien: dada la improbabilidad de que Jamie hubiera disparado contra sí mismo, ¿existiría siquiera ese disparo? Tal vez todo era una invención suya. Pero me parecía muy difícil que su sobrino fuera capaz de darme una noticia falsa de un modo tan convincente.

Cada vez que abandonaba Lallybroch lo hacía pensando que no regresaría jamás. Y allí estaba una vez más, regresando. Por dos veces me había separado de Jamie con la certidumbre de no volver a verlo. Y allí estaba, volviendo a él como una paloma mensajera a su palomar.

—Te diré una cosa, Jamie Fraser —murmuré por lo bajo—. Si no estás a las puertas de la muerte cuando yo llegue, vivirás para lamentarlo.

36

Hechicería práctica y aplicada

Llegamos varias horas después de oscurecer, empapados hasta los huesos. La casa estaba silenciosa y oscura con excepción de dos luces tenues en la sala. Se oyó un ladrido de advertencia pero el joven Ian acalló al animal; después de olisquear con curiosidad mi estribo, la silueta blanca y negra desapareció en la oscuridad del patio.

El ladrido había bastado para alertar a alguien. Mientras el joven Ian me conducía al vestíbulo, se abrió la puerta de la sala y Jenny asomó la cabeza, ojerosa de preocupación. Al ver a su hijo su expresión se convirtió en alivio, de inmediato suprimido por la justiciera expresión de indignación de la madre ante el vástago errabundo.

—¡Ian, pequeño bandido! ¿Dónde te habías metido? ¡Tu padre y yo nos hemos vuelto locos de angustia! —Le echó una mirada ansiosa—. ¿Estás bien?

Ante su gesto afirmativo apretó nuevamente los labios.

—Bueno, ¡ahora sí que te espera una buena, muchacho! ¿Quieres decirme dónde diablos estuviste?

En vez de responder al regaño, el chico se encogió torpemente de hombros y dio un paso a un lado, dejándome a la vista de su madre.

Si mi resurrección de entre los muertos la había desconcertado, esta segunda reaparición la dejó atónita. Los ojos azules, normalmente tan sesgados como los de su hermano, se dilataron hasta el punto de parecer redondos. Me miró durante largo rato sin decir nada; luego volvió nuevamente la vista hacia su hijo.

—Un cuclillo —dijo en tono casi coloquial—. Eso eres tú, muchacho: un gran cuclillo en el nido. Sabrá Dios de quién debes ser hijo. Mío, no.

—Yo... bueno, es que... —balbuceó con los ojos clavados en las botas—. No podía dejar que...

—¡Oh, eso ahora no importa! —le espetó su madre—. Sube a acostarte. Mañana tu padre se encargará de ti.

Ian echó una mirada indefensa a la puerta de la sala. Luego se volvió hacia mí con un encogimiento de hombros y se alejó por el pasillo arrastrando los pies.

Jenny permaneció inmóvil, sin apartar la vista de mí hasta que la puerta se cerró con un golpe suave.

—Así que has vuelto.

Asentí con la cabeza.

—Ahora eso no importa —dije en voz baja para no turbar el descanso de la casa—. ¿Dónde está Jamie?

Tras una breve vacilación, ella aceptó mi presencia.

—Aquí —dijo señalando la puerta de la sala.

Eché a andar pero me detuve. Quedaba algo por preguntar.

—¿Dónde está Laoghaire?

—Se ha ido. —Los ojos de Jenny eran inescrutables a la luz de la vela.

Crucé la puerta y cerré con firmeza tras de mí.

Jamie, demasiado largo para el sofá, yacía en un catre instalado junto al fuego, dormido o inconsciente; su perfil se recortaba, oscuro y afilado, contra la luz de las brasas. Al menos no había muerto: vi el lento subir y bajar del pecho bajo la colcha. No hacía falta que me diera prisa.

Desaté los cordeles de mi capote y extendí la prenda empapada sobre el respaldo de la silla, cogiendo el chal de Jenny para sustituirlo. Tenía las manos frías. Me las puse bajo las axilas para que recuperasen la temperatura normal antes de tocarlo.

Cuando por fin me aventuré a apoyar la mano en su frente estuve a punto de retirarla bruscamente: quemaba como una pistola después de haber sido disparada. Gimió y se removió ante el contacto. Después de observarlo ocupé la silla de Jenny. Con una temperatura como ésa no dormiría mucho tiempo; no valía la pena despertarlo antes para examinarlo.

Los pensamientos que se habían iniciado en el bosque, prolongados durante el presuroso viaje de regreso, continuaron entonces sin voluntad consciente por mi parte. El honor había conducido a Frank a la decisión de retenerme como esposa y criar a Brianna como si fuera suya. El honor y su resistencia a rechazar una responsabilidad que creía suya. Ahora tenía ante mí a otro hombre honorable.

Laoghaire y sus hijas, Jenny y su familia, los prisioneros escoceses, los contrabandistas, el señor Willoughby y Geordie, Fergus y los arrendatarios... ¿Con cuántas otras responsabilidades habría cargado Jamie durante mi ausencia?

Por mi parte, la muerte de Frank me había absuelto de una de mis obligaciones; la misma Brianna, de otra. La junta del hospital, en su eterna sabiduría, cortó mi última atadura a aquella otra vida. La ayuda de Joe Abernathy me dio tiempo para librarme de las responsabilidades menores, para delegar y resolver. Jamie no había tenido posibilidad de elegir en cuanto a mi reaparición en su vida, ni tiempo para tomar decisiones y resolver conflictos. Él no era de los que faltan a sus responsabilidades, ni siquiera por amor.

Me había mentido, sí, por no confiar en que yo fuera capaz de reconocer esas responsabilidades y permanecer a su lado. Había tenido miedo. Yo también: miedo de que no se decidiera por mí en el conflicto entre un amor de veinte años y su familia actual. Por eso huí hacia Craigh na Dun con la prisa y la decisión del condenado que se aproxima a los peldaños del patíbulo. El orgullo herido me incitaba, pero bastó que el joven Ian dijera: «Se está muriendo» para que viera la poca importancia que tenía.

Sólo me di cuenta de que había abierto los ojos cuando habló:

—Así que has vuelto —dijo con suavidad—. Estaba seguro.

Abrí la boca para replicar pero continuó sin apartar sus dilatadas pupilas de mi cara:

—Amor mío... qué hermosa eres, Dios mío, con esos grandes ojos dorados y el pelo tan suave alrededor de la cara. —Se pasó la lengua por los labios secos—. Estaba seguro de que me perdonarías, *Sassenach*, cuando lo supieras.

—¿Cuando lo supiera? —Enarqué las cejas sin decir nada.

—Tenía mucho miedo de perderte otra vez, *mo chridhe* —murmuró—. Mucho miedo. Desde el día en que te vi no he amado a ninguna otra, mi *Sassenach*, pero no podía... no podía soportar...

Su voz se apagó en un murmullo ininteligible; volvió a cerrar los ojos. Yo me mantenía inmóvil sin saber cómo actuar. De pronto los abrió otra vez, pesados por la fiebre.

—Ya no falta mucho, *Sassenach* —añadió para tranquilizarme, curvando la boca en un intento de sonrisa—. Ya no falta mucho. Y entonces volveré a tocarte. Tengo muchos deseos de tocarte.

—Oh, Jamie —murmuré. Llevada por la ternura, alargué una mano para tocar su mejilla ardiente.

Sus ojos se dilataron de espanto. Se sentó en la cama, lanzando un alarido escalofriante por el dolor que el movimiento le provocó en el brazo herido.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Cristo, Dios Todopoderoso! —exclamó sin aliento, sujetándose el brazo izquierdo—. ¡Eres de verdad! ¡Por todos los demonios malolientes! ¡Oh, Dios!

—¿Estás bien? —pregunté estúpidamente.

Jenny asomó la cabeza por la puerta. Jamie, al verla, encontró aliento suficiente para rugir:

—¡Sal de aquí! —Luego volvió a doblarse con un gruñido—. Cris... to —se quejó entre dientes—. En el nombre de Dios, ¿qué haces aquí, *Sassenach*?

—¿Cómo que qué hago aquí? Me mandaste buscar. ¿Y qué significa eso de que soy de verdad?

Él probó a aflojar la mano que ceñía el brazo izquierdo. De inmediato volvió a apretarlo, entre varias referencias en francés a los órganos reproductores de ciertos animales.

—¡Haz el favor de acostarte! —ordené empujándolo sobre las almohadas. Noté con cierta alarma que los huesos estaban muy cerca de la piel.

—Pensaba que eras un delirio de la fiebre..., hasta que me tocaste —explicó jadeando—. ¿Qué diablos pretendes apareciendo así junto a mi cama? ¿Quieres matarme de un susto? —Hizo una mueca de dolor—. Por Dios, es como si este maldito brazo se me desprendiera del hombro. ¡ Ah, mierda!

Le desprendí con firmeza los dedos de la mano.

—¿No enviaste al joven Ian para que me dijera que te estabas muriendo? —pregunté mientras le remangaba la camisa de dormir. Tenía un grueso vendaje por encima del codo. Busqué a tientas el extremo del lienzo.

—¿Yo? ¡No! ¡Ay, me duele!

—Te dolerá bastante más antes de que termine contigo —advertí desenvolviendo la herida con cuidado—. ¿Así que ese pequeño cretino vino a buscarme por cuenta propia? ¿Tú no querías que volviera?

—¡No! ¿Que volvieras a mí sólo por lástima, como si fuera un perro en una zanja? ¡ Ah, diablos! No. Hasta le prohibí a esa cucaracha que fuera a buscarte.

—Soy médico, no veterinaria —observé fríamente—. Y si no me querías aquí, ¿qué fue lo que dijiste cuando creías estar soñando, dime? Muerde la manta o cualquier otra cosa; la venda está pegada y tengo que arrancarla.

Se mordió el labio y aspiró bruscamente por la nariz. Me aparté para hurgar en el cajón del escritorio donde Jenny guardaba las velas. Necesitaba más luz.

—Supongo que el joven Ian me dijo que te estabas muriendo sólo para obligarme a volver.

—Por lo que más quieras, me estoy muriendo. —Su voz sonaba seca y directa a pesar de la falta de aliento.

Me volví hacia él, sorprendida. Su respiración era arrítmica y tenía los ojos brillantes por la fiebre. Sin responder, encendí las velas que había encontrado y las puse en el gran candelabro del aparador. Luego me incliné hacia la cama.

—Echemos un vistazo a esto.

La herida en sí era un agujero con sangre seca en los bordes, de tinte levemente azul. Presioné la carne de los lados; estaba enrojecida y había una supuración considerable. Jamie se removió inquieto mientras yo deslizaba los dedos a lo largo del músculo.

—Aquí tienes material para una buena infección, muchacho —informé—. El joven Ian me dijo que tenías una herida en el costado. ¿Hubo un segundo disparo o la bala atravesó el brazo?

—Lo atravesó. Jenny me sacó la bala del costado. Pero no está muy mal; sólo penetró dos o tres centímetros.

—Dime dónde fue.

Moviéndose con mucha lentitud, movió el brazo hacia fuera. Noté que hasta ese pequeño movimiento le producía un intenso dolor. El agujero de salida estaba sobre la articulación del codo, en la cara interna del brazo, pero no frente a la entrada; el proyectil había sido desviado en su trayectoria.

—Tocó el hueso —dije tratando de no imaginar lo que debía de haber sentido—. ¿Sabes si hay fractura? No quiero tocarte más de lo necesario.

—Menos mal —dijo intentando sonreir—. No, no creo que haya fractura. Cuando me rompí la mandíbula y la mano fue distinto. Pero me duele.

—Supongo que sí. —Palpé con cuidado la curva de los bíceps—. ¿Hasta dónde llega el dolor?

Echó un vistazo casi indiferente al brazo herido.

—Es como si no tuviera hueso, sino un atizador caliente. Pero no es sólo el brazo lo que me duele; es el costado entero; lo tengo rígido. —Tragó saliva y volvió a pasarse la lengua por los labios—. ¿Me darías un poco de coñac? —pidió—. Hace daño sentir el latido del corazón.

Sin hacer ningún comentario, llené un vaso de agua y se lo acerqué a los labios. Él enarcó una ceja pero bebió con ganas.

—Dos veces en mi vida he estado a punto de morir por la fiebre —dijo—. Creo que esta vez es la definitiva. No quería mandar que fueran a buscarte, pero... me alegro de que hayas venido. —Tragó saliva antes de continuar—. Quería... quería pedirte perdón. Y despedirme como es debido. No voy a pedirte que te quedes hasta el final pero... ¿te quedarías conmigo..., sólo un rato?

—Me quedaré un rato —dije—. Pero no vas a morir.

Puso cara de extrañeza.

—Tú me curaste una mala fiebre; aún pienso que fue por hechicería. Jenny me curó la siguiente sólo con su terquedad. Supongo que, teniéndoos a las dos conmigo, puedo superar ésta, pero no sé si quiero pasar otra vez por ese tormento. Creo que preferiría morir, si a ti te da igual.

—Ingrato —le dije—. Cobarde. —Indecisa entre la exasperación y la ternura, le di una palmada en la mejilla.

Saqué de mi bolsillo el pequeño estuche que llevaba siempre conmigo.

—Esta vez tampoco voy a permitir que mueras, aunque la tentación es grande.

Retiré la franela gris, dejando a la vista las relucientes jeringuillas, y saqué de la caja el frasquito de penicilina en tabletas.

—En el nombre de Dios, ¿qué es eso? —preguntó mirándolas con interés—. Parecen malignas.

No respondí, ocupada como estaba en disolver las tabletas de penicilina en una ampolla de agua esterilizada. Luego preparé la inyección.

—Vuélvete sobre el lado sano —le ordené— y levántate la camisa de dormir.

Echó un vistazo desconfiado a la aguja pero obedeció de mala gana. Investigué el territorio con aire de aprobación.

—Tu trasero no ha cambiado nada en veinte años —comenté admirando las musculosas curvas.

—Tampoco el tuyo —replicó él cortés—, pero no voy a pedirte que lo descubras. ¿Te ha atacado súbitamente la lujuria?

—No, por ahora. —Froté un trozo de piel con un paño empapado en coñac.

—Esa marca de coñac es muy buena —observó espiando por encima del hombro—, pero me gusta más cuando se aplica por el lado opuesto.

—También es la mejor fuente de alcohol disponible. Ahora quédate quieto y relájate.

Después de clavar diestramente la aguja, presioné lentamente el émbolo.

—¡Ay! —Jamie se frotó el trasero con resentimiento.

—En seguida dejará de arder. —Le serví dos centímetros de coñac—. Ahora puedes beber un poco... muy poquito.

Vació la taza sin comentarios mientras yo envolvía las jeringuillas.

—Creía que para hacer brujerías se clavaban los alfileres en muñecos, no en la misma persona.

—No es un alfiler. Es una jeringuilla hipodérmica.

—Poco importa cómo la llames; parecía un clavo para herradura. ¿Te molestaría explicarme cómo puedes curarme el brazo clavándome alfileres en el culo?

Aspiré hondo.

—¿Recuerdas que cierta vez te hablé de los gérmenes? Animalitos tan pequeños que no se ven. Pueden meterse en el cuerpo con el agua y la comida en mal estado o por las heridas abiertas. Y si entran te causan enfermedades.

Se miró el brazo con interés.

—¿Así que tengo gérmenes en el brazo?

—Puedes estar seguro. —Golpeé el estuche con un dedo—. El remedio que te puse en el trasero mata los gérmenes. Te pondré una inyección cada cuatro horas, hasta mañana a esta hora, y entonces veremos cómo estás. ¿Comprendes?

Asintió lentamente.

—Comprendo, sí. Habría debido dejar que te quemaran hace veinte años.

37

Qué hay en un nombre

Después de ponerle la inyección, me senté a su lado y le dejé retenerme la mano hasta que se quedó dormido.

Pasé el resto de la noche junto a su cama, dormitando; me despertaba el reloj interno que tenemos todos los médicos, ajustado a los cambios de guardia de los hospitales. Le puse dos inyecciones más, la última al romper la mañana; entonces la fiebre ya había bajado de forma perceptible.

—Estos malditos gérmenes del siglo XVIII no tienen nada que hacer contra la penicilina —dije a su cuerpo dormido—. No tienen resistencia. Hasta la sífilis desaparecería de la noche a la mañana.

¿Y luego, qué? Me preguntaba mientras iba a la cocina en busca de té caliente y algo para comer. Una mujer desconocida, presumiblemente la cocinera o la criada, estaba encendiendo el horno de ladrillos para cocer las hogazas del día, que esperaban sobre la mesa. No se sorprendió al verme; después de hacerme sitio para que me sentara, me sirvió el té y unas tortillas con un rápido: «Buenos días, señora», antes de volver a su trabajo.

Por lo visto, Jenny había informado de mi presencia a la gente de la casa. ¿Eso significaba que me aceptaba? Tenía mis dudas. Obviamente había querido que me fuera y no la alegraba verme allí otra vez. Si decidía quedarme, tanto ella como su hermano tendrían que darme ciertas explicaciones con respecto a Laoghaire.

—Gracias —dije cortésmente a la cocinera.

Volví a la sala con mi té, a esperar el momento en que Jamie se decidiera a despertar.

Por fin, justo antes de mediodía, dio señales de reanimación: se removió con un suspiro, gruñó a causa del dolor del brazo y volvió a quedarse traspuesto.

Le di un tiempo para que reparara en mi presencia, pero continuaba con los ojos cerrados. Sin embargo no dormía: las líneas de su cuerpo estaban algo tensas.

—Muy bien —dije reclinándome cómodamente en la silla, bien lejos de su alcance—. Te escucho.

Una pequeña ranura azul apareció entre sus largas pestañas doradas, cerrándose de nuevo.

—¿Hum...? —murmuró fingiendo despertar poco a poco.

—No escurras el bulto —ordené—. Sé perfectamente que estás despierto. Abre los ojos y cuéntame lo de Laoghaire.

Sus ojos azules se abrieron posándose en mí con cierto desagrado.

—¿No tienes miedo de que sufra una recaída? —preguntó—. Siempre he oído decir que a los enfermos no se los debe inquietar. Eso puede hacer que recaigan.

—Estás con un médico —le aseguré—. Si te desmayas por el esfuerzo sabré qué hacer.

—Eso me temo. —Dirigió la mirada hacia el pequeño estuche donde guardaba las drogas y las jeringuillas—. Siento el trasero como si me hubiera sentado sin pantalones en una mata de aliagas.

—Bien —dije—. Dentro de una hora te pondré otra. Pero ahora vas a hablar.

Apretó los labios.

—Está bien —suspiró por fin—. Ocurrió cuando volví de Inglaterra.

Había llegado desde el Distrito de los Lagos, cruzando la gran serranía que separa Inglaterra de Escocia.

—Allí hay una piedra que marca la frontera. Tal vez la conozcas.

Asentí; había visto aquel menhir enorme donde Jamie decía haberse detenido a descansar.

—No sabes lo que significa vivir tanto tiempo entre extranjeros.

—¿Eso crees? —comenté con cierta acritud.

Él bajó la vista con una leve sonrisa.

—Sí, tal vez lo sepas. Uno cambia, ¿no? Por mucho que te esfuerces por conservar los recuerdos de la patria y por seguir siendo como eras, eso te cambia. No llegas a ser uno de ellos, pero a la vez dejas de ser lo que eras.

—Lo sé. Continúa.

Suspiró frotándose la nariz.

—Volví a casa. —Levantó la vista con una semisonrisa—. ¿Cómo era eso que dijiste al joven Ian? «El hogar es el sitio donde, cuando debes volver, tienen que recibirte.» ¿Era así?

—Lo escribió un poeta llamado Frost. Pero ¿qué quieres decir? ¡No me digas que tu familia no se alegró de verte!

—Claro que sí —reconoció lentamente—. No quiero decir que me hayan recibido mal, en absoluto. Pero mi ausencia había durado demasiado; los más pequeños ya no me recordaban.

Sonrió con tristeza.

—Cuando vivía escondido en la cueva todo era diferente. Me veían rara vez, pero estaba siempre allí y era parte de la familia. Después fui a la cárcel. A Inglaterra. Nos escribíamos pero no es lo mismo: unas cuantas palabras en el papel, contando cosas que sucedieron meses atrás.

Se encogió de hombros; el movimiento le arrancó una mueca de dolor.

—Y cuando volví todo era diferente. Ian me preguntaba si convenía o no cercar tal o cual dehesa, pero yo sabía que el chico ya estaba haciendo el trabajo. Cuando caminaba por los campos, la gente me miraba de reojo, desconfiada, tomándome por un forastero. Luego, al reconocerme, ponían cara de haber visto un fantasma.

Se interrumpió para mirar hacia la ventana.

—Creo que realmente era un fantasma. No sé si me entiendes.

—Te sientes como si hubieras roto lo que te ataba a la tierra —dije con suavidad—. Flotas por las habitaciones sin oír tus pasos. Oyes lo que te dicen y no tiene sentido. Lo recuerdo; así era antes de que naciera Bree.

—Yo estaba aquí —explicó él—. Pero no en casa. Y supongo que me sentía solo.

—Supongo que sí. —Puse cuidado en no denotar solidaridad ni condena. Yo también sabía algo sobre la soledad.

Jenny había tratado de convencerlo para que volviera a casarse, a fuerza de suavidad y persistencia.

—Laoghaire estaba casada con Hugh MacKenzie, uno de los arrendatarios de Colum. Hugh cayó en Culloden. Dos años más tarde ella se casó con Simon MacKimmie, del clan Fraser. De él son las dos chicas, Marsali y Joan. Pocos años después, los ingleses lo encarcelaron en una prisión de Edimburgo. Tenía una buena casa, una propiedad codiciable; en aquellos tiempos, eso bastaba para que se considerara traidor a un escocés de las Tierras Altas, fuera o no partidario de los Estuardo.

Su voz había enronquecido. Se interrumpió para carraspear.

—Simon no tuvo tanta suerte como yo: murió en la cárcel antes de que pudieran llevarlo a juicio. Durante algún tiempo, la Corona trató de confiscar su propiedad, pero Ned Gowan viajó a Edimburgo para defender a Laoghaire; logró salvar la casa y algo de dinero, aduciendo que le correspondían por ser su viuda.

—¿Ned Gowan? —exclamé con sorpresa y placer—. ¡No puede ser que aún esté vivo! —Era un caballero menudo, ya entrado en años, que asesoraba al clan MacKenzie sobre los asuntos legales. Veinte años antes me había salvado de ir a la hoguera por bruja.

Jamie sonrió al ver mi alegría.

—Oh, sí. Creo que, para acabar con él, habrá que darle un hachazo en la cabeza. Es el mismo de siempre, aunque ya debe de tener más de setenta años.

—¿Aún vive en el Castillo de Leoch?

Asintió, alargando la mano hacia la jarra. Bebió con dificultad.

—En lo que resta de él. Pero en estos años ha tenido que viajar mucho, apelando condenas por traición y pleiteando para recobrar propiedades. —La sonrisa de Jamie encerraba cierta amargura—. Como dice el refrán: «Después de una guerra, primero llegan los cuervos para comer la carne; después los abogados para pelar los huesos.»

Se llevó la mano derecha al hombro para masajeárselo.

—Pero Ned es un buen hombre a pesar de su profesión. Va y viene de Inverness a Edimburgo; a veces va a Londres o a París. Y de vez en cuando se detiene aquí para hacer un alto en el camino.

Fue Ned Gowan quien mencionó a Laoghaire cuando regresaba de Balriggan. Jenny, agudizando el oído, pidió más detalles. Como éstos resultaran satisfactorios, envió a Balriggan una invitación para que la viuda y sus dos hijas celebraran el Año Nuevo en Lallybroch.

—Fue aquí —dijo Jamie, abarcando con un ademán de la mano sana el cuarto donde estábamos—. Jenny había hecho retirar los muebles. Junto a aquella ventana estaba el violinista, con la luna nueva como fondo.

Señaló con la cabeza la ventana donde temblaba el rosal trepador. Algo de la luz de aquella fiesta perduraba en su rostro; al verla sentí un aguijonazo de dolor.

—Bailé con Laoghaire casi toda la noche. Y al amanecer, cuando los que aún estaban despiertos fueron a la puerta trasera para ver los presagios del Año Nuevo, nosotros les seguimos. Las solteras, por turnos, daban unas cuantas vueltas y cruzaban la puerta con los ojos cerrados; fuera, después de algunas vueltas más, abrían los ojos; lo primero que veían les indicaba con quién se casarían.

Entre muchas risas, los invitados, excitados por el whisky y el baile, fueron cruzando la puerta. Laoghaire se resistía, ruborizada y sonriente, diciendo que era un juego para chicas y no para matronas de treinta y cuatro años; ante la insistencia de los otros, probó. Y cuando abrió los ojos, su mirada se posó en la cara de Jamie.

—Era una viuda con dos niñas. Necesitaba de un hombre sin duda alguna. Y yo necesitaba... algo. —Contempló el fuego—. Supuse que podríamos ayudarnos mutuamente.

Se casaron discretamente en Balriggan y Jamie trasladó allí sus pocas pertenencias. No pasó siquiera un año antes de que volviera a mudarse, esta vez a Edimburgo.

—Pero ¿qué pasó? —pregunté con curiosidad.

Me miró con aire indefenso.

—No sé qué salió mal. Sólo sé que nada salió bien. —Se frotó el entrecejo, cansado—. Creo que fue culpa mía. Siempre la desilusionaba. En medio de la cena abandonaba la mesa, sollozando y con los ojos llenos de lágrimas, sin que yo supiera qué había hecho. Nunca supe qué hacer por ella ni qué decir; sólo conseguía empeorar las cosas. Ella pasaba días, semanas enteras sin hablarme. Si me acercaba, me volvía la espalda.

Me miró con aire astuto.

—Tú nunca me hiciste eso, *Sassenach*.

—No es mi estilo —dije—. Al menos, cuando me enfado contigo sabes perfectamente por qué.

Se recostó en las almohadas resoplando. Guardamos silencio. Luego continuó, levantando la vista al techo:

—Siempre pensé que preferiría no enterarme de cómo era tu vida con él. Con Frank, quiero decir. Pero tal vez me equivoqué.

—Te contaré todo lo que quieras saber —prometí—. Pero no ahora. Ahora te toca a ti.

Cerró los ojos suspirando.

—Me tenía miedo. Yo intentaba tratarla con suavidad. Hice cuanto pude para complacerla pero no sirvió de nada. Tal vez fue culpa de Hugh o de Simon. Ambos eran buenos, pero nunca se sabe qué pasa en el lecho conyugal. O quizá fue por el nacimiento de las hijas; no todas las mujeres soportan pasar por eso. Lo cierto es que tenía una herida que yo no podía curar por más que me esforzara. Rehuía mi contacto; en los ojos se le veía el miedo y el asco. Por eso me fui. No pude soportarlo más.

Sin decir nada, le tomé la mano buscándole el pulso. Me tranquilizó sentirlo lento y acompasado.

—¿Te duele mucho el brazo? —pregunté.

—Un poco.

Me incliné hacia él para tocarle la frente. Estaba caliente pero no tenía fiebre. Le alisé la arruga entre las espesas cejas rojizas.

—¿Te duele la cabeza?

—Sí.

—Voy a prepararte un té de sauce.

Quise levantarme pero él me retuvo por un brazo.

—No necesito té —dijo—. Pero me aliviaría apoyar la cabeza en tu regazo y que me dieras un masaje en las sienes.

—No me engañas ni por un momento, Jamie Fraser —dije—. No creas que voy a olvidarme de la próxima inyección.

Mientras hablaba, aparté la silla para sentarme en el borde del catre. Le apoyé la cabeza en la falda y comencé a acariciarle las sienes. Dejó escapar un pequeño gruñido de contento.

—Oh, qué agradable —murmuró.

Pese a mi decisión de no tocarlo más de lo necesario hasta que hubiéramos resuelto las cosas, mis manos siguieron las líneas del cuello y los hombros.

—Muy bien —dije al fin, cogiendo la ampolla de penicilina—. Un rápido pinchazo y...

Al rozar la parte delantera de su camisón aparté la mano, sobresaltada.

—¡Jamie! —exclamé divertida—. ¡No puede ser!

—Supongo que no —dijo sin alterarse—. Pero siempre se puede soñar, ¿no?

Aquella noche tampoco subí a acostarme. No conversamos mucho; nos bastaba con estar juntos en aquel catre estrecho, casi sin movemos para no dañar el brazo herido. El resto de la casa estaba en silencio.

—¿Te imaginas? —murmuró en algún momento de la madrugada—. ¿Sabes lo duro que es estar así con alguien y no encontrar jamás su secreto?

—Sí —respondí pensando en Frank—. Lo sé.

—Lo suponía. —Me tocó el pelo—. Y de pronto... recuperar la seguridad. Decir y hacer lo que quieras, sabiendo que es lo correcto.

—Decir «te amo» y decirlo con todo el corazón —añadí suavemente.

Sin saber cómo, me descubrí acurrucada contra él, con la cabeza en el hueco de su hombro.

—Durante tantos años he sido tantas cosas, tantos hombres diferentes... —Tragó saliva y cambió de posición—. Era tío para los hijos de Jenny, hermano para ella y su marido, «milord» para Fergus, «señor» para mis arrendatarios. «Mac Dubh» para los hombres de Ardsmuir y «MacKenzie» para los otros sirvientes de Helwater. Después, Malcolm en la imprenta y Jamie Roy en los muelles.

Me acarició lentamente la cabellera.

—Pero aquí —concluyó en voz tan baja que apenas pude oírte—, aquí, contigo en la oscuridad... no tengo nombre.

—Te quiero— le dije.

38

Encuentro con un abogado

Tal como había previsto, los gérmenes del siglo XVIII no podían medirse con los antibióticos modernos. En veinticuatro horas la fiebre había desaparecido y durante los dos días siguientes empezó a ceder la inflamación del brazo, dejando sólo un enrojecimiento alrededor de la herida que supuraba levemente cuando se la apretaba.

Al cuarto día, segura de que Jamie se estaba reponiendo, le puse un vendaje flojo con ungüento de centaura y subí para vestirme.

Aunque no había anunciado mi intención de ir al piso superior, cuando abrí la puerta de mi dormitorio encontré junto al aguamanil una gran jofaina con agua caliente y una pastilla de jabón.

Lo cogí para olfatearlo: fino jabón francés, perfumado con lirios del valle. Era un delicado comentario sobre mi posición dentro de la casa: huésped de honor, sin duda, pero ajena a la familia, que se las arreglaba con la habitual mezcla de sebo y lejía.

—Muy bien, ya veremos —murmuré mientras enjabonaba el paño para lavarme.

Media hora después, mientras me arreglaba el pelo frente al espejo, oí llegar a alguien. A juzgar por el ruido eran varias personas. Cuando bajé la escalera me encontré con una pequeña multitud de niños que corrían entre la cocina y la sala y con algún adulto que me miró con curiosidad.

En la sala habían apartado el catre; Jamie, ya afeitado y con una camisa de dormir limpia, estaba sentado en el sofá, cubierto con una colcha y con el brazo izquierdo en cabestrillo. Lo rodeaban cuatro o cinco niños.

—¡Ahí está! —exclamó con placer ante mi aparición.

Y todos los presentes se volvieron a mirarme. Sus expresiones iban del simpático saludo a la sorpresa.

—¿Te acuerdas del joven Jamie? —El tocayo mayor señaló con la cabeza a un joven alto, de hombros anchos y negro pelo rizado, que sostenía en brazos un bulto inquieto.

—Me acuerdo de esos rizos —respondí sonriendo—. El resto ha cambiado un poco.

El joven Jamie me dedicó una amplia sonrisa.

—Yo te recuerdo bien, tía —dijo con voz profunda—. Me sentabas en tus rodillas para jugar a los Cinco Cerditos con los dedos de mi pie.

—¡No es posible! —exclamé midiéndolo espantada.

—Podrías hacer la prueba con nuestro pequeño Benjamin —sugirió el joven con una sonrisa. Y se inclinó para depositar cuidadosamente el bulto en mis brazos.

Una cara muy redonda se alzó hacia mí, con ese aire de aturdimiento tan común entre los recién nacidos. Benjamin parecía algo confuso ante el brusco cambio de brazos, pero no se opuso.

Un chiquillo rubio se reclinaba en la rodilla de Jamie mirándome con extrañeza.

—¿Quién es ésa, tío? —preguntó con un susurro bien audible.

—Es tu tía abuela Claire —respondió Jamie con gravedad—. Supongo que te han hablado de ella.

—Ah, sí —confirmó el niño con grandes cabezazos—. ¿Es tan vieja como la abuela?

—Más vieja todavía —informó Jamie, asintiendo con igual solemnidad.

El chico me miró boquiabierto. Luego se volvió hacia Jamie con la cara fruncida por un gesto burlón.

—¡No bromees, tío! ¡No puede ser tan vieja como la abuela! ¡Si no tiene pelos blancos en el cabello!

—Gracias, hijo —le dije con una radiante sonrisa.

—¿Estás seguro de que es ella? —insistió el niño, mirándome con aire dubitativo—. Mamá dice que la tía abuela Claire era una bruja. Y esta señora no lo parece. ¡No tiene ninguna verruga en la nariz!

—Gracias —repetí algo más seca—. Y tú, ¿cómo te llamas?

Escondió la cara en la manga de Jamie, negándose a hablar.

—Es Angus Walter Edwin Murray Carmichael —presentó su tío abuelo, revolviéndole el sedoso pelo rubio—. El hijo mayor de Maggie, más vulgarmente conocido por el apodo de Wally.

—Nosotros lo llamamos Pañuelo —aclaró una pequeña pelirroja, junto a mi rodilla—, porque siempre tiene la nariz llena de mocos.

Angus Walter fulminó a su prima con la vista, rojo como la grana.

—¡No es cierto! —gritó—. ¡Retira eso!

Y sin darle tiempo a hacerlo, se arrojó contra ella con los puños apretados.

—A las niñas no se les pega —le dijo Jamie, cogiéndolo por el cuello de la camisa—. No es propio de hombres.

—¡Pero ha dicho que soy un mocoso! —gimió Angus Walter—. ¡Tengo que pegarle!

—Y no es de buena educación hacer comentarios sobre el aspecto personal de los demás, señorita Abigail —añadió Jamie, dirigiéndose a la niña—. Debes disculparte con tu primo.

—¡Pero si es cierto! —protestó Abigail. Al ver la mirada severa de su tío abuelo, bajó la vista y se puso roja—. Perdón, Wally.

Al principio el niño no pareció dispuesto a darse por satisfecho, pero Jamie lo persuadió prometiendo contarle un cuento.

—¡El del duende y el jinete! —pidió la pelirroja.

—¡No! ¡El del diablo que jugaba al ajedrez! —intervino otro.

—El cuento es para Wally —apuntó Jamie con firmeza—. Que elija él. —Sacó un pañuelo limpio y lo puso en la nariz de Wally, bastante indecorosa, por cierto, y ordenó en voz baja—: Sopla. —Luego, en voz más alta—: Dime qué cuento prefieres, Wally.

Después de sonarse la nariz, el niño dijo:

—El de Santa Bride y los gansos, por favor, tío.

Jamie me buscó con una mirada pensativa.

—Muy bien —comenzó—. Hace mucho tiempo, cientos de años, más de los que podáis imaginar, Bride pisó la roca de las Tierras Altas junto con Miguel, el Bendito...

En aquel momento Benjamin comenzó a olisquearme la pechera del vestido, de modo que salí en busca de su madre. Encontré a la señora en cuestión en la cocina, mezclada con un grupo de mujeres y jovencitas; después de entregarle al niño se iniciaron las presentaciones, los saludos y ese tipo de ritos que las mujeres utilizamos para evaluarnos mutuamente, con o sin disimulos.

Todas se mostraron muy cordiales; era evidente que sabían quién era yo, pues no denotaban sorpresa ante el retorno de la primera esposa de Jamie, ya fuera de entre los muertos o de Francia, según lo que se les hubiera dicho.

Sin embargo, aunque me trataban con gran amabilidad y cortesía, había miradas de soslayo y discretos comentarios en gaélico.

Pero lo más extraño era la ausencia de Jenny, el alma de Lallybroch. Me evitaba desde mi regreso con el joven Ian; probablemente era lo natural, dadas las circunstancias. Yo tampoco había buscado un encuentro con ella. Las dos sabíamos que era preciso ajustar cuentas pero ninguna buscaba la oportunidad.

La cocina era acogedora... tal vez demasiado. Cuando alguien mencionó que hacía falta una jarra de crema para los bollos, aproveché la oportunidad de escapar ofreciéndome a traerla del cobertizo donde se guardaba la leche.

Tras haber estado sumergida en el barullo de la cocina, el aire frío y húmedo me resultó tan refrescante que pasé un minuto aireando las enaguas impregnadas de olor a comida antes de continuar mi camino. El cobertizo de la leche estaba a cierta distancia de la casa, cerca del establo donde se alojaban las ovejas y las cabras. En las Tierras Altas, los vacunos se criaban por su carne, pues la leche de vaca sólo se consideraba adecuada para los inválidos.

Con sorpresa, al salir del cobertizo vi a Fergus reclinado en el cerco del corral, contemplando con aire mohíno las ovejas.

Las valiosas ovejas merinas, a las que Jenny malcriaba más que a sus nietos, se me acercaron en masa, balando frenéticamente con la esperanza de recibir algún bocado exquisito. Fergus les echó una mirada malévola.

—Bestias inútiles, ruidosas y malolientes —dijo.

Me pareció bastante desagradecido, considerando que su bufanda y sus calcetines debían de estar tejidos con su lana.

—Me alegro de volver a verte, Fergus —comenté sin prestar atención a su mal talante—. ¿Sabe Jamie que estás aquí?

Si acababa de llegar, ¿qué sabría de los últimos acontecimientos?

—No —reconoció con desasosiego—. Supongo que debería decírselo.

Pero no hizo ademán de ir hacia la casa. Era obvio que algo le inquietaba. Me pregunté si su misión habría fracasado.

—¿Encontraste al señor Gage?

Por un momento pareció no comprender; luego volvió a su cara una chispa de animación.

—Ah, sí. Milord estaba en lo cierto; fui con Gage a prevenir a los otros miembros de la Sociedad. Después fuimos a la taberna donde debían reunirse. Y tal como esperábamos había varios hombres de la Aduana disfrazados. ¡Pueden esperar tanto como su compañero, el del tonel!

El brillo de salvaje diversión se apagó en sus ojos con un suspiro.

—No podemos pretender que se nos pague por los panfletos, por supuesto. Y aunque la prensa se salvó, sólo Dios sabe cuánto tardará milord en reestablecer la imprenta.

Me sorprendió su aire luctuoso.

—Pero tú no ayudas en la imprenta, ¿o sí? —pregunté.

Encogió un hombro.

—No puedo decir que ayude, milady. Pero milord tuvo la gentileza de permitirme invertir allí una parte de mis ganancias con el coñac. Con el tiempo debía llegar a ser un verdadero socio.

—Comprendo —musité solidaria—. ¿Necesitas dinero? Yo podría...

Me echó una mirada de sorpresa.

—Gracias, milady, pero no. Para mis gastos necesito muy poco y tengo lo suficiente. —Dio una palmada al bolsillo de su abrigo, que emitió un repiqueteo reconfortante. Luego dijo con lentitud—. Es que... bueno, el negocio de la imprenta es muy respetable, milady.

—Supongo que sí.

Captó mi tono intrigado y esbozó una sonrisa lúgubre.

—Os diré cuál es el problema, milady. Si bien el contrabando rinde ingresos más que suficientes para mantener a una esposa, difícilmente parecerá una profesión atractiva a los padres de una damisela respetable.

—¡Aah! —exclamé. Ahora veía las cosas claras—. ¿Quieres casarte? ¿Con una damisela respetable?

Asintió con cierta timidez.

—Sí. Pero su madre no me acepta.

Bien pensado, no se podía criticar a la madre de la jovencita. Fergus era dueño de una belleza morena y un porte deslumbrante que bien podían conquistar a una muchacha, pero carecía de ciertas cosas que los padres escoceses consideraban atractivas: propiedades, ingresos estables, mano izquierda y apellido.

—Si yo fuera socio de una próspera imprenta, quizá la buena señora podría tomar en cuenta mis pretensiones —explicó—. Pero tal como están las cosas... —Meneó la cabeza, desconsolado.

Le di una palmada comprensiva en el brazo.

—No te preocupes. Ya se nos ocurrirá algo. ¿Sabe Jamie lo de esa muchacha? Sin duda aceptaría hablar con su madre en tu nombre.

Para sorpresa mía, puso cara de alarma.

—¡Oh, no, milady! No le digáis nada, por favor. En estos momentos tiene cosas mucho más importantes en que pensar.

Probablemente estaba en lo cierto, pero su vehemencia me sorprendió. Aun así accedí a no decir nada a Jamie.

—Tal vez más adelante, milady —dijo—. Por el momento, creo que no soy compañía adecuada ni tan siquiera para las ovejas.

Y se alejó hacia el palomar con un profundo suspiro.

Me llevé una sorpresa al encontrar a Jenny en la sala, con Jamie. Había estado fuera; tenía las mejillas y la punta de la nariz sonrosadas por el frío.

—He mandado al joven Ian que ensille a Donas —dijo a su hermano con el entrecejo fruncido—. ¿Podrás caminar hasta el granero, Jamie, o es mejor que haga traer la bestia hasta aquí?

La miró con una ceja en alto.

—Puedo caminar hasta donde haga falta, pero no pienso ir a ninguna parte.

—¿No te he dicho que viene hacia aquí? —protestó Jenny, impaciente—. Anoche vino Amyas Kettrick diciendo que llegaba desde Kinwallis y que Hobart tenía intención de venir hoy. —Echó una mirada al bonito reloj esmaltado de la repisa—. Si salió después del desayuno, estará aquí dentro de una hora.

Jamie reclinó la cabeza en el sofá.

—Ya te he dicho, Jenny, que Hobart MacKenzie no me asusta. ¡Que me aspen si huyo de él!

Lo miró con frialdad.

—¿Ah, sí? Tampoco Laoghaire te asustaba. ¡Y mira lo que pasó! —Señaló con la cabeza el brazo en cabestrillo.

A su pesar, Jamie curvó la boca.

—Bueno, eso es cierto —reconoció—. Por otra parte, Jenny, bien sabes que en las Tierras Altas las armas de fuego escasean más que los dientes de gallina. Si Hobart quiere matarme, no creo que se atreva a pedirme la pistola prestada.

—No creo que se moleste; no hará más que entrar y atravesarte el gaznate, como ganso que eres —espetó ella.

Jamie se echó a reír y recibió una mirada fulminante. Aproveché aquel momento para intervenir:

—¿Quién es Hobart MacKenzie? ¿Y por qué quiere atravesarte como a un ganso?

Jamie giró la cabeza hacia mí con expresión divertida.

—Hobart es el hermano de Laoghaire, *Sassenach* —explicó—. En cuanto a eso de atravesarme...

—Vive en Kinwallis. Laoghaire lo mandó llamar —interrumpió Jenny—, y le contó... todo esto.

—La idea es que Hobart debe venir a limpiar el honor de su hermana eliminándome.

La perspectiva parecía divertir a Jamie. Pero yo no estaba tan segura y Jenny tampoco.

—¿Ese Hobart no te preocupa? —pregunté.

—No, por supuesto. —Parecía algo irritado. Se volvió hacia su hermana—. ¡Por Dios, Jenny, ya conoces a Hobart MacKenzie! Ese hombre no es capaz de matar a un lechón sin amputarse un pie.

—Hum... —musitó ella—. Supon que viene por ti y lo matas. ¿Qué pasará?

—Que él será hombre muerto, supongo.

—Y a ti te ahorcarán por asesinato. O tendrás que huir, perseguido por todos los parientes de Laoghaire. ¿Quieres iniciar una guerra entre clanes?

—Lo que quiero —contestó él con paciencia— es desayunar. ¿Vas a darme de comer o quieres que me desmaye de hambre para poder esconderme en el «hoyo del cura» hasta que Hobart se vaya?

—No es mala idea —repuso ella, enseñando los clientes en una sonrisa desganada—. Si pudiera arrastrar tu testaruda persona hasta allí, te dormiría de un garrotazo. —Meneó la cabeza con un suspiro—. Está bien, Jamie. Que sea como tú quieras. Pero no hagas nada que estropee mi bonita alfombra turca, ¿eh?

—Prometido, Jenny. Derramar sangre en la sala es de mala educación.

Ella soltó un bufido.

—Idiota —dijo sin rencor—. Haré que Janet te traiga el porridge.

Y desapareció en un remolino de faldas y enaguas.

—¿Donas? —pregunté mirándola con extrañeza—. ¡No puede ser el mismo caballo del que te apoderaste en Leoch!

—Oh, no. —Jamie echó la cabeza atrás para sonreírme—. Éste es el nieto de Donas..., uno de ellos. Los potrillos llevan el mismo nombre en su honor.

Me incliné para revisarle el brazo e hizo una mueca.

—¿Te duele? —Había mejorado. El día anterior, la zona dolorida era mucho más grande.

—No mucho. —Se quitó el cabestrillo y estiró el brazo con un gesto de dolor—. Creo que todavía no puedo trabajar de saltimbanqui.

Me eché a reír.

—No, creo que no —vacilé—. Oye... ese tal Hobart, ¿estás seguro de que no...?

—Estoy seguro. Y aunque no lo estuviera, lo primero que necesito es desayunar. No voy a permitir que me maten con el estómago vacío.

Reí otra vez, más tranquila.

—Te lo traeré —prometí.

Al salir al vestíbulo vi moverse algo detrás de una ventana. Era Jenny, con manto y capucha, que subía la cuesta hacia el establo. Presa de un súbito impulso, descolgué un capote del perchero y corrí tras ella. Tenía un par de cosas que hablar con Jenny Murray y ésa podía ser mi mejor oportunidad de estar a solas con ella.

La alcancé ante la puerta del granero; al oír mis pasos giró en redondo, sobresaltada, y echó un vistazo a su alrededor.

—Voy a decir al joven Ian que desensille el caballo —dijo al ver que estábamos solas—. Tengo que bajar al sótano a buscar cebollas para una tarta. ¿Me acompañas?

—Voy contigo. —Ciñéndome el manto para defenderme del viento, la seguí al interior del establo.

Ian hijo estaba despatarrado sobre un montón de paja fresca. En su cubículo, un alazán de ojos tiernos mascaba su heno, sin silla ni brida.

—¿No te mandé preparar a Donas? —preguntó ella con voz áspera. El chico se rascó la cabeza, algo intimidado.

—Sí, mamá. Pero creí que no valía la pena.

—¿No? ¿Y por qué?

Se encogió de hombros con una sonrisa.

—Sabes perfectamente que tío Jamie no huye de nadie, mucho menos de tío Hobart, ¿verdad? —apuntó con suavidad,

Jenny suspiró

—Sí, pequeño Ian, lo sé. —Su mano acarició la mejilla de su hijo—. Ve a la casa y toma un segundo desayuno con tu tío. La tía y yo iremos al sótano. Pero si llega el señor Hobart, no olvides venir a avisarme inmediatamente, ¿entiendes?

—Sí, mamá.

El chico salió disparado hacia la casa, moviéndose con la torpe gracia de un pichón de cigüeña. Jenny meneó la cabeza con la sonrisa aún en los labios.

—¡Dulce criatura! —murmuró. Luego, recordando las circunstancias, se volvió hacia mí con aire decidido—. Vamos, pues. Supongo que quieres hablar conmigo, ¿no?

Ninguna de las dos dijo nada hasta que llegamos al tranquilo santuario del sótano, donde se almacenaban las provisiones.

—¿Recuerdas que me sugeriste plantar patatas? —comentó Jenny, pasando una mano por los montones de tubérculos—. Fue un acierto; aquella cosecha de patatas nos mantuvo con vida más de un invierno, después de lo de Culloden.

Hubo un silencio. Por fin pregunté, sin levantar la voz:

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

Arranqué una de las cebollas trenzadas.

—¿Por qué hice qué? ¿Oficiar de casamentera entre mi hermano y Laoghaire? —Me echó una mirada interrogante pero de inmediato volvió a la trenza de cebollas—. Tienes razón: él no se hubiera casado de no ser por mí.

—Lo obligaste —dije.

—Estaba muy solo —explicó con voz suave—. Muy solo. No soportaba verlo así. No sabes cuánto tiempo te lloró.

—Yo creía que había muerto —dije contestando a la tácita acusación.

—Poco le faltó. —Suspiró apartándose un mechón de pelo oscuro—. Cayeron tantos en Culloden... Él pensaba lo mismo de ti. Pero estaba herido, y no hablo de la pierna. Después, cuando volvió de Inglaterra... —Sacudió la cabeza y me echó una mirada de soslayo—. Parecía estar bastante bien, pero... no es el tipo de hombre que pueda dormir solo, ¿verdad?

—Cierto —reconocí—. Pero los dos estábamos vivos. ¿Por qué avisaste a Laoghaire cuando volvimos con tu hijo?

Jenny tardó en responder. Seguía arrancando cebollas.

—Me caías bien —reconoció en voz tan baja que apenas la oí—. Antes, cuando vivías aquí con Jamie, te quería mucho.

—Yo también a ti —aseguré con la misma suavidad—. ¿Por qué, entonces?

Ella me miró apretando los puños.

—Me quedé alelada cuando Ian me dijo que habías vuelto. Al principio me entusiasmé; quería verte, saber dónde habías estado...

Enarcó las cejas a modo de pregunta. Ante mi falta de respuesta continuó:

—Pero luego tuve miedo. Porque te había visto, ¿sabes?, cuando se casó con Laoghaire. Estabas entre los dos, frente al altar, a la izquierda de Jamie. Entonces supe que volverías para recuperarlo.

Sentí que se me erizaba el pelo de la nuca. Ella meneó lentamente la cabeza; el recuerdo la había hecho palidecer. Se sentó en un barril, con el capote extendido alrededor como una corola.

—No nací con el don de la videncia; tampoco me sucede habitualmente. Aquélla fue la primera vez y espero que sea la última. Pero te vi allí con tanta claridad como te veo ahora, y me llevé tal susto que salí de la iglesia en medio de los votos. —Tragó saliva—. No sé quién eres ni... ni qué eres. No conocemos a tu familia. No sabemos de dónde vienes. Nunca te lo pregunté, ¿verdad? Jamie te eligió, eso fue suficiente. Pero te fuiste y, después de tanto tiempo..., supuse que te habría olvidado lo suficiente para volver a casarse y ser feliz.

—Pero no fue así—apunté esperando confirmación.

Ella sacudió la cabeza.

—No. De cualquier modo, Jamie es un hombre fiel. A pesar de lo vuestro, había prometido cuidar de Laoghaire y nunca la abandonará del todo. Aunque viviera en Edimburgo, yo estaba segura de que siempre volvería aquí, a las Tierras Altas. Entonces regresaste.

Tenía las manos quietas en el regazo.

—¿Sabes que, en toda mi vida, nunca me he alejado más de quince kilómetros de Lallybroch?

—No lo sabía —reconocí sobresaltada.

—Tú sí. Supongo que has viajado mucho. —Me escrutó la cara, buscando pistas.

—Es cierto.

Asintió, pensativa.

—Y te irás otra vez —susurró—. Estaba segura de que volverías a marcharte. No estás atada a estos lugares, como Laoghaire, como yo. Entonces se iría contigo y no lo volvería a ver. Por eso lo hice. Supuse que si te enterabas de su boda con Laoghaire, te marcharías de inmediato y Jamie se quedaría. Pero volviste. —Encogió los hombros, indefensa—. Ahora comprendo que no sirve de nada. Está atado a ti. Eres su esposa, para bien o para mal, y si te vas, se irá contigo.

Busqué inútilmente algunas palabras para reconfortarla.

—No quiero irme. Sólo quiero quedarme con él... para siempre.

Apoyé una mano en su brazo. Se puso tensa pero al cabo de un momento me enlazó los dedos con los suyos.

—Se dicen muchas cosas distintas sobre la videncia, ¿verdad? —comentó tras una pausa—. Algunos dicen que está escrito: lo que ves es lo que va a suceder. Otros dicen que no, que es sólo una advertencia. Si le prestas atención puedes cambiar las cosas. ¿Qué opinas tú?

Me miraba de soslayo, con curiosidad.

—No lo sé —reconocí con voz trémula—. Siempre he pensado que, sabiendo las cosas con anticipación, era posible cambiarlas. Pero ahora... no lo sé —concluí con tristeza, pensando en Culloden.

Jenny me observaba; sus ojos azules estaban tan oscuros que parecían negros. Volví a preguntarme qué sabría por boca de Jamie... y qué habría adivinado por su cuenta.

—Pero has de intentarlo —dijo con seguridad—. No puedes permitir que simplemente suceda, ¿verdad?

Yo ignoraba si era una alusión personal pero sacudí la cabeza.

—Tienes razón. Hay que intentarlo.

Nos sonreímos con cierta timidez.

—¿Lo cuidarás bien? —preguntó ella súbitamente—. ¿Aunque os vayáis?

Le estreché los dedos fríos.

—Lo prometo —dije.

—En ese caso, todo va bien —aseguró devolviéndome el gesto.

Estuvimos un momento así, cogidos de la mano, hasta que la puerta del sótano se abrió de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire cargada de lluvia.

—¿Mamá? —El joven Ian asomó la cabeza con los ojos brillantes de excitación—. ¡Ha llegado Hobart MacKenzie! ¡Dice papá que vengas enseguida!

—¿Está armado? —preguntó ella levantándose con nerviosismo—. ¿Trae pistola o espada?

Negó con la cabeza, haciendo volar el pelo oscuro.

—Oh, no, mamá. La cosa es todavía peor: ha traído un abogado.

Era difícil imaginar algo menos parecido a la venganza que Hobart MacKenzie. Tenía unos treinta años; era de huesos pequeños y pálidos y ojos lacrimosos; sus facciones indecisas se iniciaban en una calvicie incipiente y terminaban en una barbilla igualmente escasa que parecía tratar de esconderse entre los pliegues de su papada.

—Señora Jenny —saludó con una reverencia.

Los ojillos de conejo se desviaron hacia mí y me abandonaron de inmediato, como deseando que mi presencia no fuera real. Con un profundo suspiro, Jenny cogió al toro por los cuernos.

—Señor MacKenzie —saludó con una reverencia formal—. Permitidme presentaros a Claire, mi cuñada. Claire, el señor Hobart MacKenzie, de Kinwallis.

Se limitó a mirarme, boquiabierto.

—Es un placer —improvisé con mi sonrisa más cordial.

—Eh... —Intentó una inclinación de cabeza—. Hum... para serviros... señora.

Por suerte, en aquel momento se abrió la puerta de la sala. Ante la pequeña y pulcra silueta enmarcada por el vano, dejé escapar una exclamación de placer.

—¡Ned! ¡Ned Gowan!

Era él: el anciano abogado de Edimburgo que, en otros tiempos, me había salvado de la hoguera a la que iban a condenarme por bruja. A pesar de las arrugas, sus ojos eran los de siempre: negros y brillantes; se fijaron en mí con expresión de alegría.

—¡Querida mía! —exclamó adelantándose a paso rápido. Me tomó la mano para llevársela a los labios marchitos con fervorosa galantería—. Me habían dicho que vos...

—¿Cómo es posible que estéis...?

—¡... un placer tan grande veros!

—... feliz por este reencuentro, pero...

Hobart MacKenzie tosió para interrumpir este entusiasta diálogo. El señor Gowan levantó la vista con sobresalto.

—Ah, sí, por supuesto. Los negocios primero, querida —dijo—. Después, si lo permitís, tendré el gusto de escuchar el relato de vuestras aventuras.

—Eh... haré lo posible —dije preguntándome qué querría saber.

—Estupendo, estupendo.

El viejecito echó un vistazo al pasillo, donde Jenny había colgado su manto y se estaba arreglando el pelo.

—Los señores Fraser y Murray están ya en la sala. Señor MacKenzie, si vos y las señoras aceptáis reuniros con nosotros quizá podamos arreglar este asunto sin pérdida de tiempo y pasar a cuestiones más gratas. ¿Me concedéis el honor, querida? —dijo ofreciéndome su brazo huesudo.

Jamie seguía en el sofá como lo había dejado... es decir: vivo. Los niños habían desaparecido, excepción hecha de un pequeño regordete que dormía acurrucado en su regazo. Me senté en un cojín junto al sofá. No creía que Hobart MacKenzie intentara ninguna agresión pero prefería estar cerca por si acaso.

Los otros participantes ya se habían instalado en la sala: Jenny, junto a Ian, en el otro sofá; Hobart y el señor Gowan, en sendos sillones de terciopelo.

—¿Estamos todos reunidos? —preguntó el abogado—. ¿Todas las partes interesadas? Excelente. Bien, debo comenzar por establecer mi propia posición. He venido como abogado del señor Hobart MacKenzie, representando los intereses de la señora Fraser. —Al ver que yo daba un respingo aclaró—: De la segunda señora Fraser, de soltera Laoghaire MacKenzie. ¿Queda claro?

Echó una mirada inquisitiva a Jamie, quien asintió.

—Queda claro.

—Bien. —El señor Gowan cogió una copa y bebió un sorbo—. Mis clientes, los MacKenzie, han aceptado mi propuesta de buscar una solución legal a este embrollo que, según tengo entendido, es resultado de la aparición súbita e inesperada... aunque muy grata y afortunada, por cierto... —añadió mientras me hacía una reverencia— de la primera esposa de James Fraser.

Luego dedicó a Jamie un gesto de reproche.

—Lamento decir, mi querido joven, que os habéis metido en considerables aprietos legales.

Miró a su hermana con una ceja en alto.

—Bueno, tuve alguna ayuda —dijo secamente—. ¿Cuáles son esas dificultades?

—Para empezar —especificó Ned Gowan alegremente—, la primera señora Fraser está en todo su derecho de iniciar acciones legales contra vos, acusándoos de adulterio y fornicación, por lo cual podría corresponderos una pena de...

Jamie lanzó un relámpago azul en mi dirección.

—Eso no me preocupa mucho —dijo al abogado—. ¿Qué más?

—Con respecto a la segunda señora Fraser, Laoghaire MacKenzie, podría acusaros de bigamia, intención de engañar y fraude, intencional o no, felonía y...

Ya había levantado el cuarto dedo y se estaba preparando para más. Jamie interrumpió el recuento con una pregunta:

—Dime, Ned: ¿qué diablos quiere esa maldita mujer?

El abogado parpadeó.

—Bueno, la voluntad que expresa la señora —dijo circunspecto— es haceros castrar y destripar en la plaza de Broch Mordha, además de ver vuestra cabeza en una pica junto a su portón.

—Comprendo —dijo torciendo la boca. Una sonrisa unió las arrugas de Ned.

—Me vi obligado a informar a la señora F... eh... a la dama que la ley le otorga remedios algo más limitados.

—Ya lo creo —comentó Jamie—. Pero la idea general, supongo, es que ya no desea recuperarme como esposo.

—No —intervino Hobart—. Como carnada para cuervos, podría ser, pero como esposo, jamás.

Ned le echó una mirada fría.

—Os ruego que no comprometáis vuestro caso haciendo concesiones antes de haber llegado a un acuerdo —reprochó—. De lo contrario, ¿para qué me pagáis?

Y se volvió hacia Jamie, impertérrito en su dignidad profesional.

—Si bien la señorita MacKenzie no desea reanudar la relación conyugal con vos... cosa que, de cualquier modo, sería imposible a menos que os divorciarais de la actual señora Fraser para volver a casaros...

—Nada más lejos de mi intención —aseguró precipitadamente Jamie.

—En ese caso —prosiguió Ned—, debo informar a mis clientes que lo más conveniente es evitar el costo y la publicidad de un pleito. Por ende...

—¿Cuánto? —interrumpió Jamie.

—¡Señor Fraser! —Ahora Ned Gowan se mostraba escandalizado—. Todavía no he mencionado ninguna demanda pecuniaria.

—Sólo porque estás muy ocupado en divertirte, viejo tunante —exclamó Jamie, irritado, pero sin perder el sentido del humor—. Ve al grano, ¿quieres?

Ned inclinó ceremoniosamente la cabeza.

—Bueno, es necesario comprender que, si la señorita MacKenzie y su hermano obtuvieran una sentencia favorable en un pleito como el descrito, podrían haceros pagar una indemnización muy sustanciosa. Después de todo, además de verse sometida al ridículo y a la humillación pública, la señorita MacKenzie corre también el riesgo de perder su principal medio de subsistencia...

—No corre tal riesgo —interrumpió Jamie acalorado—. ¡Le dije que seguiría manteniéndolas, a ella y a las niñas! ¿Por quién me toma?

Ned intercambió una mirada con Hobart, que meneó la cabeza.

—Es mejor que no lo sepáis —aseguró—. Ignoraba que mi hermana conociera esas palabras. Pero ¿estáis dispuesto a pagar?

—Por supuesto.

—Sólo hasta que ella vuelva a casarse. —Todas las cabezas se volvieron hacia Jenny, que hizo un gesto firme a Ned Gowan—. Si Jamie estaba casado con Claire, su boda con Laoghaire no tiene ninguna validez, ¿verdad?

—Verdad, señora Murray.

—En ese caso —aclaró Jenny—, puede volver a casarse inmediatamente. Y cuando lo haga, mi hermano no debería estar obligado a mantener su casa.

—Excelente observación, señora Murray. —El abogado cogió su pluma para garabatear con aplicación—. Bien, vamos progresando —declaró radiante—. El siguiente punto a cubrir...

Una hora después, el botellón de whisky estaba vacío, la mesa cargada de galimatías legales y todo el mundo exhausto... exceptuando a Ned, que se mantenía tan vivaz y despejado como siempre.

—Excelente, excelente —declaró otra vez recogiendo los folios para ponerlos en orden—. Por lo tanto, los puntos principales del acuerdo son los siguientes: el señor Fraser acepta pagar a la señorita MacKenzie la suma de cien libras como compensación por los perjuicios y molestias ocasionados y por la pérdida de sus servicios maritales.

Ante esto Jamie soltó un leve bufido que el abogado fingió no escuchar.

—Y por añadidura, acepta mantener su hogar a razón de cien libras anuales, pago que cesará en el momento en que la señorita MacKenzie vuelva a contraer matrimonio. El señor Fraser acepta asimismo fijar, para cada una de las hijas de la señorita MacKenzie, una dote adicional de trescientas libras. Y finalmente, renuncia a presentar demandas legales contra dicha señorita por intento de asesinato. A cambio, ella libera al señor Fraser de cualquier otra reclamación. ¿Comprendéis todo esto y estáis dispuesto a consentir, señor Fraser? —inquirió.

—Consiento —dijo Jamie.

Hacía demasiado tiempo que estaba levantado; tenía la cara pálida y la frente cubierta de sudor, pero se mantenía erguido con el niño dormido en el regazo.

—Excelente —repitió Ned. Y se levantó para dedicarnos una sonriente reverencia—. Ese delicioso aroma, ¿indica que hay en las cercanías una pierna de cordero, señora Jenny?

Me senté a la mesa, con Jamie a un lado y al otro Hobart MacKenzie, ya relajado y con buen color.

—La solución es casarla cuanto antes —declaró Jenny.

Hijos y nietos ya estaban acostados; con la partida de Ned y Hobart hacia Kinwallis, quedábamos sólo nosotros cuatro junto al brandy y las tortas con crema. Jamie se volvió hacia su hermana.

—Formar parejas es tu especialidad, ¿no? —dijo—. Supongo que, si te lo propones, puedes encontrar a uno o dos hombres adecuados para ese trabajo.

—Supongo que sí —confirmó sin apartar la vista de su bordado—. Lo que me pregunto es de dónde vas a sacar mil doscientas libras, Jamie.

Era lo mismo que yo estaba pensando.

—Bueno, sólo se pueden sacar de un sitio, ¿no? —Ian paseó la mirada entre su esposa y su cuñado.

Después de un breve silencio, Jamie asintió.

—Supongo que sí —dijo con desgana. Miró la ventana, donde la lluvia castigaba los vidrios—. Pero aún no es buena época para eso.

Ian se encogió de hombros.

—Dentro de una semana comenzará la marea de primavera.

Jamie frunció el ceño. Parecía preocupado.

—Sí, es cierto, pero...

—No hay quien tenga más derecho que tú sobre eso, Jamie —observó el cuñado con una sonrisa, estrechándole el brazo sano—. Estaba destinado a los seguidores del príncipe Carlos, ¿no? Y tú fuiste uno de ellos, lo quieras o no.

Le respondió con una semisonrisa melancólica.

—Es cierto —suspiró—. De cualquier modo, no se me ocurre otra salida.

Miró a sus parientes como si dudara en añadir algo. La hermana, que lo conocía aun mejor que yo, apartó la vista de su labor para clavarle una mirada aguda.

—¿Qué pasa, Jamie?

Aspiró hondo.

—Quiero llevar al joven Ian —dijo.

—No —replicó Jenny al instante.

—Ya tiene edad para eso, Jenny —observó Jamie en voz baja.

—¡No es cierto! Apenas tiene quince años. Michael y Jamie tenían dieciséis y estaban más desarrollados.

—Sí, pero el pequeño Ian nada mejor que sus hermanos —intervino Ian, juiciosamente, con la frente arrugada—. Después de todo, tiene que ser uno de los muchachos. Jamie no puede nadar en estas condiciones. Y Claire tampoco.

—¿Nadar? —exclamé completamente desconcertada—. ¿Nadar dónde?

Por un momento Ian pareció sorprendido; luego miró a Jamie, enarcando las cejas.

—¿No se lo has contado?

Sacudió la cabeza.

—Sí, aunque no todo. —Se volvió hacia mí—. Hablamos del tesoro, *Sassenach*; el oro de las focas.

Al no poder llevar el tesoro consigo, había vuelto a esconderlo en su sitio antes de regresar a Ardsmuir.

—No sabía qué hacer con él —explicó—. Duncan Kerr lo dejó a mi cargo, pero yo ignoraba a quién pertenecía, quién lo puso allí y no sabía qué hacer con él. «La bruja blanca», fue cuanto dijo Duncan. Y a mi modo de ver eso se refería sólo a ti, *Sassenach*.

Contrario a utilizar el tesoro en provecho propio pero con la idea de que alguien debía estar enterado de su existencia, por si él muriera en prisión, Jamie había enviado a Lallybroch una carta cuidadosamente codificada, indicándoles la localización del tesoro y el uso al que, presumiblemente, estaba destinado.

Por aquel entonces los tiempos eran duros para los jacobitas; aun peores para quienes habían escapado a Francia, dejando atrás tierras y fortuna, que para quienes permanecían en las Tierras Altas, enfrentados a la persecución inglesa. Más o menos al mismo tiempo, Lallybroch sufrió dos malas cosechas consecutivas. Desde Francia llegaban cartas que solicitaban cualquier socorro posible para los compañeros que corrían peligro de morir de hambre.

—No teníamos nada que enviar; en realidad, aquí también estábamos muy cerca de pasar hambre —explicó Ian—. Se lo comuniqué a Jamie; él dijo que tal vez no estaría mal utilizar una pequeña parte del tesoro para ayudar a los seguidores del príncipe Tearlach.

Ian había cruzado Escocia con Jamie, su hijo mayor, hacia la ensenada de las focas. Por temor a que se filtrara alguna noticia sobre el tesoro, no pidieron un bote a los pescadores: fue el muchacho quien nadó hasta la roca de las focas, tal como lo había hecho su tío varios años atrás. Encontró el tesoro en su sitio; guardó dos monedas de oro y tres de las gemas más pequeñas en un saco que llevaba atado al cuello, dejó el resto del tesoro y volvió contra corriente, llegando exhausto a la costa.

Desde allí fueron a Inverness para embarcarse hacia Francia, donde el primo Jared Fraser, que prosperaba en su destierro como mercader de vinos, les ayudó a convertir discretamente en dinero las monedas y las joyas, asumiendo la responsabilidad de distribuirlo entre los jacobitas necesitados.

Desde entonces, Ian había efectuado tres veces el trabajoso viaje hasta la costa con uno de sus hijos. En cada oportunidad había cogido una pequeña parte de la fortuna oculta, a fin de cubrir alguna necesidad. En dos ocasiones el dinero fue a Francia para los amigos que pasaban aprietos; la otra parte se usó para comprar semillas y el alimento necesario para que los arrendatarios pudieran sobrevivir al largo invierno, tras el fracaso de la cosecha de patatas en Lallybroch.

Sólo Jenny, Ian y los dos hijos mayores, Jamie y Michael, conocían la existencia del tesoro. Ahora le tocaría el turno al joven Ian.

—No —repitió Jenny.

Pero me dio la impresión de que ya no estaba muy convencida. Ian asentía con la cabeza, pensativo.

—¿Te lo llevarías también a Francia, Jamie?

—Sí. Debería mantenerme lejos de Lallybroch durante algún tiempo, por el bien de Laoghaire. No puedo vivir aquí con Claire, ante sus mismas narices, al menos hasta que ella esté debidamente casada. —Se dirigió a su cuñado—. No te he contado todo lo que sucedió en Edimburgo, Ian, pero creo que, pensándolo bien, me conviene alejarme también de allí por un tiempo.

Yo trataba de digerir estas noticias. Hasta entonces ignoraba que Jamie tuviera intenciones de abandonar Lallybroch y Escocia.

—¿Qué piensas hacer, Jamie? —Jenny ya no fingía que bordaba y mantenía las manos quietas sobre su regazo.

Él se frotó la nariz con expresión de cansancio.

—Bueno, Jared me ha ofrecido más de una vez hacerme socio de su empresa. Tal vez me establezca en Francia durante un año. El joven Ian podría venir con nosotros y educarse en París.

Jenny e Ian intercambiaron una larga mirada. Por fin ella inclinó la cabeza. Ian, sonriente, le tomó la mano.

—No habrá problemas, *mo nighean dubh* —le dijo en voz baja y tierna. Luego se volvió hacia su cuñado—. Llévatelo. Es una gran oportunidad para el chico.

—¿Estáis seguros? —Jamie, vacilando, se dirigía más a su hermana que a Ian.

Ella asintió.

—Supongo que es mejor darle la libertad mientras él crea que aún está en nuestras manos dársela —dijo. Miró a Jamie y luego a mí—. Cuidaréis de él, ¿verdad?

39

Perdido y llorado por el viento

Aquella parte de Escocia tenía tan poco que ver con los valles frondosos y los lagos próximos a Lallybroch como los páramos de Yorkshire. No había árboles, sólo largas extensiones de brezales y rocas que se elevaban sobre peñascos hasta tocar el cielo encapotado donde desaparecerían en cortinas de niebla. La marcha era lenta, lo cual sólo molestaba al joven Ian, que estaba lleno de entusiasmo e impaciencia por llegar.

—¿Qué distancia hay entre la costa y la isla de las focas? —preguntó a Jamie por décima vez.

—Unos seiscientos metros, calculo —replicó su tío.

—Puedo nadar esa distancia —dijo el joven Ian por décima vez.

—Sí, lo sé —aseguró su tío con paciencia. Me dirigió una mirada cómplice—. Pero no lo necesitarás; bastará con que nades en línea recta hacia la isla; la corriente te llevará.

El chico asintió y volvió a guardar silencio.

El promontorio que había junto a la ensenada estaba desierto y envuelto por la bruma. Jamie señaló a su sobrino la chimenea de roca situada en lo que llamaban «la torre de Ellen» y, sacando un rollo de cuerda de su silla, avanzó con cautela entre las piedras hasta la entrada.

—No te quites la camisa hasta que estés abajo —indicó a gritos, para hacerse oír—. De lo contrario la roca te destrozará la espalda.

Ian asintió; luego, con la soga bien atada a la cintura, se despidió de mí con una sonrisa nerviosa y en dos saltos desapareció bajo la tierra. Su tío tenía el otro extremo de la cuerda atado a la cintura y la iba desenrollando cuidadosamente con la mano sana mientras el chico descendía. Gateé sobre guijarros y hierbas hasta el borde inseguro del acantilado, desde donde se veía una playa en forma de media luna.

Parecía que había pasado mucho tiempo cuando finalmente vi salir a Ian del fondo de la chimenea; era una silueta pequeña como una hormiga. Después de quitarse la cuerda, echó un vistazo a su alrededor y, al vernos en lo alto del acantilado, nos saludó con un gesto de entusiasmo. Yo respondí igual pero Jamie se limitó a murmurar:

—Bueno, anda, ve.

La pequeña silueta se arrojó de cabeza a las olas grises.

—¡Brrrr! —exclamé—. ¡El agua debe de estar helada!

—Sí —dijo Jamie—. Ian tiene razón; es muy mala época para nadar.

Estaba pálido y tenso. No parecía que fuera por el brazo herido, aunque el largo camino a caballo y el ejercicio con la cuerda no podían haberle hecho ningún bien. Había mostrado una alentadora confianza mientras Ian efectuaba el descenso, pero ahora no hacía ningún esfuerzo por disimular su preocupación. Lo cierto era que, si algo salía mal, no habría manera de llegar hasta Ian.

—¿No hubiera sido mejor esperar a que se levantara la niebla? —sugerí, más para distraerlo que por otro motivo.

—Si pudiéramos esperar hasta Pascua, sí —dijo irónico—. La verdad es que he visto días más despejados por aquí.

La mota bamboleante en que se había transformado la cabeza de Ian desapareció en la bruma, a veinte metros de la costa.

—¿Crees que irá bien?

Jamie se inclinó para ayudarme a que me levantara.

—Sí. Es buen nadador. Y el trayecto no es difícil una vez llegas a la corriente. —Aun así aguzaba la vista, como si a fuerza de voluntad pudiera atravesar el espesor de la niebla.

Por consejo de Jamie, el joven Ian había sincronizado su descenso para coincidir con el momento en que bajara la marea; así podría obtener de las olas toda la ayuda posible. Desde arriba vi una masa flotante de algas, medio varada en la franja de playa, cada vez más ancha.

—No volverá hasta dentro de unas dos horas —comentó respondiendo a mi tácita pregunta y abandonando de mala gana su inútil observación de la ensenada—. Caray, preferiría haber ido yo mismo, con herida o sin ella.

—Ya lo han hecho el joven Jamie y Michael —le recordé.

Sonrió con melancolía.

—Oh, sí. Ian no tendrá problemas. Pero cuando eres consciente de que algo es peligroso, resulta más fácil hacerlo tú mismo que esperar y preocuparte mientras lo hace otro.

—¡Ja! —exclamé—. Ahora ya sabes cómo es estar casada contigo.

Se echó a reír.

—Supongo que sí. Además, sería una pena privar a Ian de su aventura. Ven, resguardémonos del viento.

Nos sentamos a cierta distancia del borde, usando los caballos como parapeto. Como el viento dificultaba la conversación, guardamos silencio, de espaldas a la costa borrascosa.

—¿Qué ha sido eso? —Jamie levantó la cabeza, alerta.

—¿Qué?

—Me pareció oír un grito.

—Las focas, supongo —dije.

Pero antes de que hubiera terminado la frase, ya estaba en pie, andando a grandes pasos hacia el borde del acantilado.

La ensenada aún estaba invadida por la bruma pero el viento había despejado la isla de las focas, dejándola perfectamente visible por el momento.

Había un pequeño bote amarrado en un saliente rocoso inclinado, a un lado de la isla. No era una embarcación para pescar, sino algo más grande y con un solo juego de remos. Ante nuestra vista apareció un hombre, proveniente del centro de la isla trayendo algo bajo el brazo; el objeto tenía la forma y el tamaño de la caja que Jamie había descrito. No tuve mucho tiempo para reflexionar, pues de inmediato apareció un segundo hombre al otro lado de la isla.

Este último traía al joven Ian, medio desnudo, cargado sobre un hombro. Por el modo en que se bamboleaban la cabeza y los brazos, era evidente que el chico estaba muerto o inconsciente.

—¡Ian!

Jamie me cerró la boca con una mano antes de que pudiera volver a gritar.

—¡Calla!

Me obligó a arrodillarme para que nadie me viera. Sin poder hacer nada, vimos que el segundo hombre arrojaba a Ian dentro del bote sin ningún cuidado y lo impulsaba hacia el agua. No había posibilidad de descender por la chimenea y nadar hasta la isla antes de que escaparan. Pero ¿hacia dónde irían?

—¿De dónde han salido? —susurré.

—De un barco. Es el bote de un barco.

Jamie añadió con mucho sentimiento una palabrota en gaélico. De pronto desapareció. Al girar la cabeza lo vi montar a caballo, cruzar el promontorio y alejarse de la ensenada como si se lo llevara el diablo.

Los caballos estaban mejor calzados que yo para aquella superficie rocosa. Me apresuré a montar para seguir a Jamie.

El terreno se partía en una pendiente pedregosa que descendía hacia el océano, no tan abrupta como el acantilado de la ensenada pero demasiado escarpada para las cabalgaduras. Cuando acabé de frenar la mía, Jamie había desmontado y descendía hacia el agua.

La chalupa se alejaba de la isla, rodeando la curva del promontorio, hacia la izquierda. Alguien debía de estar vigilando en el barco, pues se oyó un grito apagado y unas figuras aparecieron en cubierta.

Probablemente alguna de ellas nos vio, a juzgar por la súbita agitación que se produjo a bordo: más gritos y varias cabezas asomaron por encima de la borda. El barco era azul, con una ancha banda negra

pintada alrededor y una línea de troneras. Una de ellas se abrió ante mi mirada y apareció el ojo negro y redondo de un cañón.

—¡Jamie! —chillé a todo pulmón.

Levantó la vista y, al ver lo que le señalaba, se arrojó de bruces al pedregal en el momento en que se producía el disparo.

Aunque el ruido no fue muy potente, pude oír el silbido junto a mi cabeza. Entonces comprendí que tanto los caballos como yo, en lo alto del promontorio, éramos mucho más visibles que Jamie. Me tiré por el borde y, después de resbalar un par de metros entre una lluvia de grava, me refugié en una grieta del acantilado.

Se produjo una segunda explosión. Al parecer los del barco quedaron satisfechos por el efecto de este último disparo, pues de inmediato se hizo el silencio. La tronera se cerró sin ruido; la cadena del ancla se izó, chorreando agua, y el barco viró con lentitud, buscando el viento. Las velas se hincharon y la nave se dirigió a mar abierto.

Cuando Jamie llegó a mi refugio, el barco casi había desaparecido en el denso banco de nubes que oscurecía el horizonte.

—Dios mío —fue todo lo que dijo estrechándome con fuerza—. Dios mío.

Luego se volvió hacia el mar. Nada se movía, salvo unos jirones de niebla.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté. Me sentía aturdida. Parecía imposible que, en menos de una hora, Ian hubiera desaparecido como barrido de la faz de la tierra. Mi mente insistía en repasar las imágenes: la niebla que se levantaba en los contornos de la isla, la súbita aparición del bote, los hombres caminando por las rocas y el cuerpo larguirucho del adolescente bamboleándose como un muñeco desarticulado.

Jamie tenía la cara rígida y profundas arrugas entre la nariz y la boca.

—No sé —dijo—. ¡Maldita sea, no sé qué hacer!

Apretó los puños y cerró los ojos. Respiraba con dificultad. Esa confesión me asustó aún más. Me había habituado a que Jamie siempre supiera qué hacer aun en las peores circunstancias. Entonces vi un hilo de sangre en el puño de su camisa; se había cortado la mano al bajar por entre las rocas. Agradecí tener algo que hacer, aunque fuera una nimiedad.

—Te has herido —dije tocándole la mano—. Déjame ver. Voy a vendártela.

—No. —Apartó la cara tensa, tratando desesperadamente de atravesar la niebla con la vista. Cuando traté de cogerle la mano se apartó con brusquedad—. ¡Te he dicho que no! ¡Deja!

Tragué saliva con dificultad, apretando los brazos bajo la capa.

—Los caballos han escapado —observó en voz baja—. Vamos a buscarlos.

Cruzamos el trecho cubierto de piedras y hierbajos en silencio. Divisé los caballos desde lejos, en torno al compañero atado.

—No creo que estuviera muerto —comenté al cabo de un rato que pareció un año.

—No —confirmó él—. No estaba muerto. De lo contrario no se lo habrían llevado.

—¿Viste cómo lo subían al barco? —insistí.

Me pareció que le haría bien hablar. Él asintió con la cabeza.

—Sí, lo subieron a bordo; lo vi con claridad. Supongo que es una esperanza —murmuró casi para sus adentros—. Si no lo mataron entonces, lo más probable es que no lo hagan. —Como si recordara de pronto que yo estaba allí, se dio la vuelta para mirarme—. ¿Estás bien, *Sassenach*?

Yo tenía varias magulladuras, estaba cubierta de mugre y me temblaban las rodillas por el susto, pero básicamente me encontraba bien.

—Perfectamente. —Volví a apoyarle una mano en el brazo. Esta vez no se resistió.

—Menos mal. —Me apretó la mano y continuamos la marcha.

—¿Tienes alguna idea de quiénes son? —Tuve que elevar un poco la voz para hacerme oír por encima del ruido del oleaje, pero quería hacerlo hablar para distraerlo.

Sacudió la cabeza, ceñudo.

—Uno de los marineros gritó algo en francés a los hombres del bote. Pero eso no prueba nada; una tripulación se forma con marineros de todas partes. Aun así, ese barco no tenía aspecto de buque

mercante... y tampoco parecía inglés —añadió—, aunque no sabría decirte por qué. Quizá por la disposición de las velas.

—Era azul, con una línea negra pintada alrededor —observé—. Sólo tuve tiempo de ver eso antes de que comenzaran los cañonazos. ¿No viste el nombre?

—¿Qué nombre? —La idea pareció sorprenderle—. ¿En un barco?

—¿No es habitual que los barcos tengan el nombre pintado en el flanco?

—No. ¿Para qué? —preguntó desconcertado.

—¡Para que los demás puedan identificarlo, coño! —exclamé exasperada.

Mi tono le hizo sonreír.

—Bueno, supongo que no tienen mucho interés en dejarse identificar.

—¿Y cómo hacen los barcos honrados para identificarse mutuamente si no tienen el nombre pintado?

Enarcó una ceja.

—Yo podría distinguirte de cualquier otra mujer —señaló—. Y no tienes el nombre pintado en el pecho.

—¿Eso significa que los barcos son tan pocos y tan diferentes que es posible reconocerlos a simple vista?

—Yo sólo reconozco unos cuantos —aclaró—, aquellos con los que he tenido trato. Pero los marineros saben mucho más.

—Entonces sería posible averiguar cómo se llama el barco que se ha llevado a Ian, ¿no?

Asintió, mirándome con curiosidad.

—Creo que sí. He estado tratando de recordar todos los detalles que vi para describírselo a Jared. Él conoce muchísimos barcos y a muchos capitanes. Tal vez alguno de ellos pueda identificar un barco azul, ancho de manga, de tres palos, con doce cañones y un mascarón de proa ceñudo.

El corazón me dio un brinco.

—¡Así que tienes un plan!

—Yo no diría un plan, pero no se me ocurre otra cosa. Ya tenemos reservados los pasajes desde Inverness. Lo mejor que podemos hacer es continuar viaje. Jared nos estará esperando en Le Havre. Quizás él pueda ayudarnos a averiguar cómo se llama el barco y hacia dónde se dirige. Sí —añadió con sequedad, anticipándose a mi pregunta—, los barcos tienen puertos de origen y, a menos que pertenezcan a la Marina, rutas habituales y registros que se guardan en el puerto, donde consta hacia dónde se dirigen.

Comenzaba a sentirme mejor.

—Siempre que no sean bucaneros ni piratas —añadió.

—¿Y si lo son?

—Entonces Dios sabrá. Yo no.

No dijo una palabra más hasta que llegamos a los caballos.

—¡Cha! —exclamó, mirándolos con reproche—. ¡Estúpidos!

Cogió la soga y le dio dos vueltas alrededor de un saliente. Me entregó un extremo con la orden de sostenerlo y la dejó caer por la chimenea. Después de quitarse la chaqueta y los zapatos, desapareció por la abertura sin más comentario.

Al poco rato volvió a salir, sudando profusamente, con un bulto pequeño bajo el brazo: la camisa de Ian, su chaqueta, los zapatos y los calcetines, su navaja y el pequeño saco de cuero donde el chico guardaba sus pocas pertenencias.

—¿Quieres llevarle todo eso a Jenny? —pregunté, tratando de imaginar lo que mi cuñada podría pensar, decir o hacer al recibir la noticia.

Aunque Jamie estaba enrojecido por el esfuerzo de la escalada, mis palabras le hicieron palidecer.

—Oh, sí —dijo con amargura—. ¿Quieres que vuelva a casa para informar a mi hermana de que he perdido a su hijo menor? Ella no quería que me acompañara y yo insistí. Prometí cuidar de él. Ahora está herido, quizá muerto, pero aquí están sus ropas como recuerdo —apretó los dientes—. Preferiría morirme.

Luego se arrodilló en el suelo para doblar cuidadosamente las prendas. Después de envolverlas en la chaqueta, guardó el hatillo en la alforja.

—Supongo que Ian necesitará todo eso cuando lo encontremos —dije tratando de sonar convencida.

Jamie tardó un momento en asentir.

—Eso espero.

Era demasiado tarde para emprender el viaje hacia Inverness. Sin decir nada, comenzamos a montar el campamento. En las alforjas teníamos comida fría, pero no tuvimos ganas de comer. Preferimos enrollarnos en mantas y capotes y echarnos a dormir.

Dormité con la mente atribulada. Al despertar, temblando de frío, saqué una mano en busca de Jamie. No estaba allí. Cuando me incorporé descubrí que me había cubierto con su manta, pobre sustituto de su calor humano. Estaba sentado a cierta distancia, de espaldas a mí. Al ponerse el sol, el viento había virado hacia el mar llevándose parte de la niebla. A la luz que arrojaba la media luna pude ver con claridad su silueta encorvada.

Me levanté para acercarme, envolviéndome en la manta para protegerme del frío. Mis pasos crujían sobre los fragmentos de granito, ruido que se perdía en el rumor del mar. Aun así debió de oírme; no se volvió, pero tampoco dio señales de sorpresa cuando me senté a su lado.

Tenía la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas; sus ojos miraban sin ver el agua oscura de la ensenada.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja—. Hace un frío tremendo.

—Estoy bien, sí —respondió sin convicción.

Sólo llevaba chaqueta, más que insuficiente.

—No fue culpa tuya —dije.

—Deberías acostarte y dormir, *Sassenach*. —Su voz sonaba serena pero con cierta desesperanza que me instó a acercarme más, tratando de abrazarlo.

—Me quedo contigo.

Con un profundo suspiro, me sentó en sus rodillas para estrecharme con fuerza. El temblor cedió poco a poco.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al fin.

—Rezar. O eso intento.

—No debí interrumpirte. —Hice ademán de retirarme pero él me sujetó.

—No, quédate.

—¿Qué pasa, Jamie?

—¿Es pecado tenerte? —susurró. Estaba muy pálido; sus ojos parecían fosas oscuras bajo la escasa luz—. No puedo dejar de preguntarme si es culpa mía. ¿Tan grave pecado es desearte tanto, necesitarte más que a mi vida?

—¿Es cierto eso? —Le tomé la cara entre las manos—. Y si es cierto, ¿qué puede tener de malo? Soy tu esposa.

La simple palabra «esposa» me aligeró el corazón.

—Eso me digo. Dios te envió a mí; ¿cómo podría no amarte? Sin embargo... pienso, pienso y no puedo parar. El tesoro... Estaba bien utilizarlo cuando había necesidad, para alimentar a los hambrientos o rescatar a alguien de la prisión. Pero para librarme de la culpa... usarlo sólo para poder vivir libremente en Lallybroch contigo, sin preocuparme por Laoghaire... Creo que estuvo mal.

—Calla —dije—. No digas eso. ¿Alguna vez hiciste algo por ti, Jamie, sin pensar en los demás?

—Oh, muchas veces —susurró—. Cuando te vi. Cuando te tomé por esposa sin preguntarme si me querías o no, si tenías otro hogar, otro hombre.

—Idiota —le susurré al oído—. Eres un idiota, Jamie Fraser. ¿Qué me dices de Brianna? Eso no estuvo mal, ¿o sí?

—No. —Tragó saliva—. Pero ahora te he apartado también de ella. Te amo... y amo a Ian como si fuera mío. Y estoy pensando que tal vez no puedo teneros a ambos.

—Jamie Fraser —repetí con tanta convicción como pude—, eres un perfecto estúpido. Tú no me obligaste a venir, ni me apartaste de Brianna. Vine porque quise, porque te quería tanto como tú a mí. Y el hecho de que yo esté aquí no tiene nada que ver con Ian. Estamos casados, maldito seas: ante Dios, ante los hombres, ante Neptuno o ante quien se te ocurra.

—¿Neptuno? —repitió desconcertado.

—Cállate. Estamos casados, digo, y no es pecado que me desees ni que me tengas. Y ningún Dios que merezca ese nombre sería capaz de quitarte a tu sobrino sólo porque quieres ser feliz. ¡Basta ya!

Al cabo de un momento me aparté para mirarlo.

—Además —añadí—, no pienso volver por nada del mundo. ¿Qué puedes hacer tú, dime?

Esta vez, la vibración de su pecho no era de frío, sino de risa.

—Quedarme contigo y al diablo con todo —dijo besándome la frente—. Por amarte he conocido el infierno más de una vez, *Sassenach*; si es necesario, volveré a conocerlo.

—¡Bah! ¿Crees que amarte a ti es un lecho de rosas?

Esta vez soltó una carcajada.

—No, pero ¿querrás insistir?

—Puede ser.

—Eres una mujer muy terca. —En su voz se percibía la sonrisa.

—Dios nos cría y nosotros nos juntamos.

Guardamos silencio durante un largo rato, esperando que amaneciera. Abajo se oyó el gemido de una foca.

—¿Te sientes capaz de iniciar el viaje? —preguntó Jamie de súbito—. ¿Sin esperar la luz del día? Una vez que dejemos atrás el acantilado, el trayecto no será tan difícil; los caballos pueden arreglárselas en la oscuridad.

Me dolía todo el cuerpo por el cansancio y estaba muerta de hambre, pero me levanté de inmediato, apartándome el pelo de la cara.

—Vamos —dije.

OCTAVA PARTE

En el agua

40

Descenderé hasta el mar

—Tendrá que ser el *Artemis*.

Después de cerrar su escritorio portátil, el primo de Jamie se frotó el entrecejo. Lo había conocido cincuentón; ahora Jared tenía bastante más de setenta años pero su cara afilada, su cuerpo enjuto y su incansable capacidad de trabajo seguían siendo los mismos. Sólo el pelo delataba su edad: había pasado del negro al blanco puro.

—Es sólo una corbeta de tamaño mediano, con una tripulación de cuarenta personas poco más o menos —comentó—. Pero la temporada ya ha pasado y no creo que consigamos nada mejor. Todos los barcos que van hacia las Antillas han partido hace más de un mes. El *Artemis* debía haber salido con el convoy de Jamaica, pero necesitaba unas reparaciones.

—Prefiero que sea uno de tus barcos... con uno de tus capitanes —le aseguró Jamie—. El tamaño no importa.

Jared enarcó una ceja con escepticismo.

—¿Ah, no? En alta mar podrías descubrir lo mucho que importa. A estas alturas del año el viento sopla con fuerza; las corbetas son sacudidas como si fueran corchos. ¿Puedo preguntarte cómo te sentó cruzar el Canal en un paquebote, primo?

Ante esta pregunta, la cara de Jamie se tornó aún más ojerosa y lúgubre de lo que estaba.

—Ya me las arreglaré —dijo arisco.

Jared lo miró con aire dubitativo; sabía muy bien lo que le sucedía en cualquier tipo de embarcación: apenas pisaba la cubierta, aunque el barco estuviera anclado, se ponía verde y quedaba postrado. Eso me tenía preocupada.

—Bueno, supongo que no hay remedio —suspiró el primo—. Al menos tendrás un médico a mano. Es decir... supongo que piensas acompañarlo, querida.

—Sí —le aseguré—. ¿Cuánto tiempo falta para que el barco esté listo? Me gustaría buscar una buena botica para aprovisionarme de medicinas antes de partir.

Jared frunció los labios, concentrándose.

—Una semana, si Dios quiere. En este momento el *Artemis* está en Bilbao; con buen viento, llegará pasado mañana con una carga de cueros curtidos de España. Todavía no he contratado a un capitán para el viaje; estoy buscando el adecuado; tal vez deba ir hasta París para contratarlo; serán cuatro días de viaje, ida y vuelta. Añadamos un día para completar el aprovisionamiento, llenar los toneles de agua y otros detalles. Podría estar listo para zarpar justo dentro de una semana, al amanecer.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar a las Antillas? —preguntó Jamie.

—Durante la temporada se tarda dos meses —respondió Jared—. Pero a estas alturas, con las tormentas de invierno, podrían ser tres o incluso más.

O no llegar nunca. Claro que Jared, como todo ex marino, era demasiado supersticioso y tenía demasiado tacto para expresar esa posibilidad. Tampoco mencionaría la otra cuestión que me ocupaba la mente: no teníamos pruebas de que el barco azul se dirigiera a las Antillas. Sólo contábamos con los registros que Jared había conseguido en el puerto de Le Havre, donde el *Bruja* (nombre muy adecuado) figuraba como originario de Bridgetown, en la isla de Barbados.

—Descríbeme otra vez ese barco que se llevó al joven Ian —pidió Jared—. ¿Cómo navegaba? ¿Alto en el agua o bastante hundido, como si llevara una carga pesada?

Jamie cerró los ojos para concentrarse. Luego dijo:

—Podría jurar que iba muy cargado. Las troneras estaban apenas a un par de metros del agua.

Su primo asintió, satisfecho.

—Eso significa que no acababa de llegar, sino que partía. He enviado mensajeros a los principales puertos de Francia, Portugal y España. Con un poco de suerte, ellos averiguarán de dónde zarpó y qué destino lleva. —Los labios finos se contrajeron—. A menos que se haya hecho pirata y navegue con papeles falsos, claro. Eso es todo lo que se puede hacer por el momento. Ahora vamos a casa, que Mathilde nos espera con la cena. Mañana te enseñaré la lista de mercancías mientras tu esposa sale a buscar sus hierbas.

Eran casi las cinco y ya había oscurecido por completo, pero Jared tenía una escolta de dos hombres equipados con porras y antorchas para que nos acompañaran hasta casa. Le Havre era una próspera ciudad portuaria y no convenía caminar por los muelles después de oscurecer, y mucho menos si uno era un rico mercader de vinos.

Pese al agotamiento del viaje, la opresiva humedad, el penetrante olor a pescado y el hambre que me roía, me sentía reanimada. Gracias a Jared existía una posibilidad de hallar al joven Ian.

El primo de Jamie también creía que, si los piratas del *Bruja* no habían matado al chico de inmediato, lo más probable era que lo mantuvieran con vida. Un varón joven y saludable, cualquiera fuera su raza, se podía vender en las Antillas como esclavo o criado por una cantidad de doscientas libras, suma muy respetable en esa época.

Una fuerte ráfaga de viento y varias gotas heladas sofocaron un poco mi optimismo recordándome que, por fácil que fuera localizar a Ian al llegar a las Antillas, antes era preciso que tanto el *Bruja* como el *Artemis* arribaran a ellas. Y ya estaban comenzando las tormentas de invierno.

Pese a la sustanciosa cena de Jared y los excelentes vinos que la acompañaron, aquella noche no podía dormir; mi mente evocaba imágenes de lonas empapadas y mares agitados. Por lo menos, esa morbosa imaginación sólo me desvelaba a mí: Jamie, en vez de subir conmigo, se había quedado discutiendo con su primo los detalles del viaje.

Jared estaba dispuesto a arriesgar un barco y un capitán para colaborar en la búsqueda. A cambio, Jamie se embarcaría como sobrecargo.

—¿Como qué? —había exclamado yo, al escuchar la propuesta.

—El sobrecargo es el hombre que se ocupa de supervisar la carga, la descarga, la venta y la disposición de la mercadería —me explicó Jared con paciencia.

Ése fue el trato. Llevaríamos mercancías hasta Jamaica, donde las cambiaríamos por ron para el viaje de retorno, que tendría lugar a finales de abril o principios de mayo, cuando llegara el buen tiempo. Si llegábamos a Jamaica en febrero, Jamie podría disponer durante tres meses del *Artemis* y su tripulación para viajar a Barbados (o donde fuera necesario) en busca del joven Ian. Tres meses. Ojalá fuera suficiente.

El viento parecía amainar. Como no conseguía conciliar el sueño, abandoné la cama con una manta sobre los hombros y me acerqué a la ventana. Aún estaba allí cuando Jamie abrió la puerta.

—¿Todavía estás despierta? —preguntó.

—La lluvia no me deja dormir. —Fui a abrazarlo. Él me estrechó contra sí, apoyando la mejilla en mi pelo—. ¿Has estado escribiendo? —pregunté.

Me miró con asombro.

—Sí, pero ¿cómo lo sabes?

—Hueles a tinta.

Se apartó un poco para peinarse con los dedos.

—Tienes la nariz como un cerdo trufero, *Sassenach*.

—Caramba, gracias por tan elegante cumplido. ¿Qué has escrito?

Su sonrisa desapareció.

—Una carta para Jenny —dijo. Se quitó la chaqueta y comenzó a aflojarse la corbata—. No quise escribirle antes de haber hablado con Jared, para poder contarle cuáles eran nuestros planes y las posibilidades que teníamos de recuperar a Ian sano y salvo. —Hizo una mueca—. Sabe Dios cómo reaccionará cuando la reciba. Entonces estaré en alta mar.

La redacción no habría sido nada fácil, pero supuse que se sentiría más tranquilo después de haberlo hecho. Mientras se quitaba los zapatos y los calcetines, me acerqué por detrás para desatarle la coleta.

—Me alegro de haberlo hecho —comentó—. Me atormentaba tener que decírselo.

—¿Le contaste la verdad?

Se encogió de hombros.

—Como siempre.

Sin embargo, no le había dicho la verdad con respecto a mí. Comencé a darle un masaje en los hombros.

—¿Qué ha pasado con el señor Willoughby? —pregunté. El chino nos había acompañado, pegándose a Jamie como una sombra.

—Creo que se ha acostado en el establo. —Jamie bostezó—. Mathilde dijo que no estaba habituada a tener paganos en la casa y que no tenía intención de comenzar ahora. La dejé rociando con agua bendita la cocina donde había cenado.

De pronto me cogió la mano para acariciarme la pequeña cicatriz del pulgar: la J que él había trazado con la punta de su cuchillo cuando nos separamos, antes de Culloden.

—No te he preguntado si quieres acompañarme —dijo—. Podrías quedarte; Jared te alojaría de buen grado, aquí o en París. 0 quizá prefirieras regresar a Lallybroch.

—No, no me lo has preguntado. Sabes muy bien cuál es mi respuesta.

Nos miramos con una sonrisa. De su cara habían desaparecido las arrugas del cansancio y la pesadumbre.

El viento silbaba en la chimenea y la lluvia corría por el vidrio como un torrente de lágrimas, pero ya no me importaba. Ahora podría dormir.

Por la mañana el cielo estaba despejado. En el estudio de Jared, una brisa fría sacudía la ventana sin poder penetrar en el abrigado interior. Acercando los pies al fuego, hundí la pluma en el tintero. Estaba haciendo una lista de todos los elementos medicinales que podía necesitar en los dos meses de viaje. El alcohol destilado era lo más importante y lo más fácil de conseguir; Jared había prometido traerme un barril desde París.

El trabajo era lento. Ya habían pasado los tiempos en que conocía los usos medicinales de todas las hierbas comunes y otras bastante raras. Era preciso recordarlos; no contaba con otra cosa. Según iba escribiendo los nombres de las hierbas, me venían a la memoria su olor y su aspecto.

Al otro lado de la mesa, Jamie luchaba con sus propias listas, escribiendo trabajosamente con su maltrecha mano derecha. De vez en cuando se detenía para frotarse la herida del brazo a medio cicatrizar, maldiciendo por lo bajo.

—¿Tienes zumo de lima en tu lista, *Sassenach*? —preguntó.

—No. ¿Debo anotarlo?

Se apartó un mechón de la frente.

—Depende. Es costumbre que el cirujano de a bordo lleve zumo de lima, pero en los barcos pequeños, como el *Artemis*, no suele haber cirujano; todos los alimentos corren por cuenta del tesorero. Como tampoco llevaremos tesorero, porque no hubo tiempo de buscar a un nombre de confianza, también es misión mía.

—Bueno, si tú actúas como tesorero y sobrecargo, supongo que yo seré lo más parecido a un cirujano —dije sonriendo—. Ya me encargo del zumo de lima.

—Bien.

Continuamos garabateando en amistosa compañía hasta que nos interrumpió la entrada de Josephine, la criada. Venía a anunciarnos una visita.

—Está esperando en la puerta. El mayordomo trató de sacarle, pero el hombre insiste en que tiene una cita con vos, Monsieur James.

Jamie enarcó las cejas.

—¿Qué clase de hombre es?

Josephine apretó los labios sin atreverse a decirlo. Eso me despertó la curiosidad y me aventuré hasta la ventana.

—Parece un vendedor callejero; trae una especie de zurrón a la espalda —informé estirando el cuello.

Jamie me cogió por la cintura para apartarme y se asomó en mi lugar.

—Ah, es el traficante de monedas que mencionó Jared —exclamó—. Hazlo pasar.

Josephine se retiró con una expresión muy elocuente en su estrecha cara; al poco rato volvió junto a un joven alto y desgarbado, de unos veinte años; vestía un abrigo pasado de moda y pantalones demasiado grandes. Se quitó el sucio sombrero negro, descubriendo un rostro flaco de expresión inteligente y adornado por una barba escasa. Como en Le Havre sólo usaban barba unos pocos marineros, no hacía falta el gorrito negro para revelar su origen judío.

El muchacho me hizo una torpe reverencia y otra a Jamie, luchando con las correas del zurrón.

—Madame, Monsieur, sois muy bondadosos al recibirme. —Hablaba un francés extraño.

—El agradecido soy yo —dijo Jamie—. No esperaba que vinierais tan pronto. Me ha dicho mi primo que os llamáis Mayer.

El traficante asintió con la cabeza, con una tímida sonrisa entre los mechones de barba juvenil.

—Mayer, sí. No ha sido ninguna molestia. Estaba en la ciudad.

—Pero venís de Frankfurt, ¿verdad? Un largo viaje —comentó mi esposo, cortés. Miró el atuendo del visitante, que parecía salido de un cubo de basura—. Y polvoriento, supongo. ¿Aceptáis un poco de vino?

Mayer pareció turbado ante el ofrecimiento. Después de abrir y cerrar la boca varias veces, se contentó con un callado gesto de aceptación. Sin embargo, su timidez desapareció al abrir el zurrón.

Después de desplegar un paño, fue abriendo saquitos y depositando su contenido sobre el terciopelo azul, pronunciando los nombres de las monedas con aire reverente. Sus ojos reflejaban el brillo del metal precioso.

—Monsieur Fraser dice que deseáis inspeccionar tantas monedas raras de Grecia y Roma como sea posible. No he traído todas las que tengo, por supuesto, pero puedo mostraros unas cuantas. Si así lo deseáis, podría mandar traer las otras de Frankfurt.

Jamie sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Temo que no hay tiempo, señor Mayer. Tenemos que...

—Sólo Mayer, Monsieur Fraser —interrumpió el joven con cortesía, aunque con un deje tenso en la voz.

—Perdón. —Jamie le dedicó una leve inclinación de cabeza—. Espero que mi primo no os haya inducido a confusión. Tendré sumo gusto en pagaros el coste del viaje y añadir algo por el tiempo que os hago perder pero no deseo comprar ninguna de vuestras monedas, se... Mayer.

El joven alzó las cejas con aire inquisitivo.

—Lo que deseo —explicó Jamie con lentitud, inclinándose para observar las monedas— es comparar vuestro surtido con mis recuerdos de varias monedas antiguas. Si viera alguna similar, os preguntaría si sabéis de alguien de vuestra familia (puesto que vos sois demasiado joven) o de otra persona que pueda haber comprado esas monedas hace veinte años.

Como el joven judío parecía estupefacto, sonrió.

—Comprendo que es mucho pedir. Pero mi primo me ha dicho que vuestra familia es una de las más entendidas y una de las pocas casas que se ocupa de estos asuntos. Además os estaría profundamente agradecido si pudierais informarme de quién se dedica a este negocio en las Antillas.

Mayer lo observó e inclinó la cabeza.

—Mi padre o mi tío podrían haber hecho una venta así. Yo no, pero aquí tengo el catálogo y el registro de todas las monedas que han pasado por nuestras manos en los últimos treinta años. Os informaré en lo que pueda. ¿Veis aquí alguna pieza como las que recordáis?

Jamie estudió las monedas con mucha atención. Por fin apartó suavemente una pieza de plata.

—Ésta —dijo—. Había varias así, con estos delfines. —Luego separó un gastado disco de oro con un perfil borroso y otra de plata—. Éstas; catorce de oro y diez de las otras, las de dos cabezas.

—¡Diez! —Los ojos de Mayer se dilataron de estupefacción—. Nunca habría imaginado que hubiera tantas en Europa.

Jamie asintió.

—Estoy seguro. Las tuve en la mano.

—Éstas son las caras gemelas de Alejandro —explicó Mayer tocando el oro con reverencia—. Moneda realmente muy rara. Es un tetradracma, acuñada para conmemorar la batalla de Anfípolis y la fundación de una ciudad en el mismo lugar.

Jamie escuchaba con atención. Aunque la numismática no le interesaba demasiado, sabía apreciar la pasión de un hombre por su trabajo.

Un cuarto de hora después, tras nuevas consultas en el catálogo, el asunto estaba concluido.

—Naturalmente, Monsieur, nuestras transacciones son confidenciales —dijo Mayer—. Por eso sólo podría deciros qué monedas hemos vendido y en qué fecha, pero sin revelaros el nombre del comprador. —Hizo una pausa, pensativo—. Sin embargo, sé que el primer comprador de estas monedas falleció hace ya varios años, y en esas circunstancias... —Se encogió de hombros—. Ese comprador fue un caballero inglés, Monsieur. Se llamaba Clarence Marylebone, duque de Sandringham.

—¡Sandringham! —exclamé asombrada.

Mayer me miró con curiosidad. Luego se volvió hacia Jamie, que demostraba un amable interés.

—Sí, Madame. Sé que el duque ha muerto, pues poseía una extensa colección de monedas antiguas que mi tío compró a sus herederos en 1746. Aquí figura la transacción.

Yo estaba enterada de la muerte del duque por experiencia más directa. Lo había matado Murtagh, el padrino de Jamie, una oscura noche de marzo, poco antes de que la batalla de Culloden pusiera fin a la rebelión jacobita. Tragué saliva al recordar la última vez que vi al duque, con una expresión de intensa sorpresa en los ojos azules.

El duque de Sandringham había prometido a Carlos Estuardo, el Bonnie Prince, cincuenta mil libras para que levantara un ejército, con la condición de que recuperara el trono de Inglaterra.

Mayer añadió, vacilante.

—Os puedo decir algo más: cuando mi tío adquirió la colección del duque, después de su muerte, no había en ella ningún tetradracma.

—No —murmuró Jamie—, no podía haberlos. Gracias, Mayer. Y ahora bebamos a vuestra salud y por vuestro libro.

Mayer guardó en el bolsillo las libras de plata que Jamie acababa de darle como pago. Después de despedirse con sendas reverencias, se puso su deplorable sombrero.

—Adiós, Madame.

—Adiós, Mayer. —Luego pregunté, vacilando—: ¿Mayer es vuestro único nombre?

Algo centelleó en sus grandes ojos azules, pero respondió con amabilidad.

—Sí, Madame. A los judíos de Frankfurt no se nos permite usar apellidos. —Sonrió—. Los vecinos nos designan haciendo referencia a un viejo escudo rojo que estaba pintado en la fachada de nuestra casa, hace muchos años. Aparte de eso... no, Madame. No tenemos apellido.

Josephine se presentó para acompañar a nuestro visitante. Minutos después oí el ruido de la puerta al cerrarse, casi violentamente. Jamie, al percibirlo, giró hacia la ventana.

—Que Dios te acompañe, Mayer Escudo-Rojo —dijo sonriendo.

De pronto se me ocurrió algo.

—Jamie, ¿Duncan Kerr era jacobita?

Jamie asintió.

—¿Por qué apareció en la isla de las focas diez años después de Culloden? ¿Fue a recoger el tesoro o a dejarlo allí? Y, ¿quién ha enviado el *Bruja* ahora? —pregunté.

—Maldito si lo sé. Quizás el duque tenía algún cómplice. —Jamie se levantó y se asomó a la ventana— Bueno, ya tendremos tiempo de especular cuando estemos en alta mar.

—¿Hablas alemán, Jamie? —dije, cambiando de tema.

—¿Eh? Oh, sí —respondió mirando por la ventana.

—¿Cómo se dice «escudo rojo» en alemán?

—*Rothschild, Sassenach*. ¿Por qué lo preguntas?

—Era sólo una idea —dije. El repiqueteo de los zuecos de madera ya se había perdido entre los ruidos de la calle—. Supongo que todo el mundo debe comenzar de algún modo.

La botica de la Rue de Varennes había desaparecido, reemplazada por una próspera taberna, una casa de empeños y una pequeña orfebrería.

—¿El maestro Raymond? —El de la casa de empeños enarcó las cejas canosas—. He oído hablar de él, Madame. —Me echó una mirada cautelosa, como sugiriendo que no le habían dicho nada positivo—. Pero hace ya varios años que se fue. Si necesitáis un buen boticario, podríais ir a Krasner, de la Place d'Aloes, o quizás a Madame Verrue, cerca de las Tullerías...

Observando con interés al señor Willoughby, que me acompañaba, añadió en tono confidencial:

—¿Os interesaría vender a vuestro chino, Madame? Tengo un cliente con marcadas preferencias por todo lo oriental. Podría conseguiros muy buen precio... sin cobraros más que la comisión habitual, os lo aseguro.

—Gracias —contesté—, pero creo que no. Probaré con Krasner.

El señor Willoughby había llamado muy poco la atención en Le Havre. En las calles de París, en cambio, con una chaqueta sobre el pijama de seda azul y la coleta enroscada a la cabeza, provocaba considerables comentarios. No obstante, demostró ser muy entendido en hierbas y sustancias medicinales.

—*Bai jei ai* —me dijo en la botica de Krasner cogiendo unas semillas de mostaza de una caja abierta—. Bueno para shen-yen... ríñones.

—Es cierto —confirmé sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

—Conocí sanadores otro tiempo —fue cuanto respondió. Luego señaló un canasto que contenía unas bolas con apariencia de barro seco—. *Shan-yü*. Bueno, muy bueno; limpia sangre, hígado trabaja bien, no piel seca, ayuda ver. Vos comprar.

Las bolas en cuestión resultaron ser una especie de anguila seca y enrollada.

Como el tiempo era bueno, pese a estar próximo el invierno, volvimos caminando a casa de Jared, en la Rue Tremoulins. En la esquina de la Rue du Nord y la Allée des Canards vi algo fuera de lo común: una silueta alta y encorvada, de abrigo negro y sombrero redondo.

—¡Reverendo Campbell! —exclamé.

Giró en redondo y, al reconocerme, se quitó el sombrero con una reverencia.

—¡Señora Malcolm! ¡Es un grandísimo placer volver a veros! —Al caer su mirada sobre el señor Willoughby endureció las facciones en un gesto de censura.

—Eh... el caballero es el señor Willoughby —lo presenté—, un... socio de mi esposo. Señor Willoughby, el reverendo Archibald Campbell.

—Ajá.

—Os suponía navegando hacia las Antillas —comenté, con la esperanza de apartar sus gélidos ojos del chino. Dio resultado: su vista se volvió hacia mí, algo más dulce.

—Os agradezco el interés, Madame —dijo—. Aún albergo esas intenciones. Pero tenía que liquidar en Francia ciertos negocios urgentes. Partiré desde Edimburgo la semana que viene, el jueves.

—¿Y cómo está vuestra hermana?

Echó un vistazo de disgusto al señor Willoughby. Luego bajó la voz.

—Ha mejorado un poco, gracias a vos. Las pócimas que prescribisteis han sido muy útiles. Está mucho más serena y duerme con más regularidad. Debo agradeceros nuevamente vuestra amable atención.

—Me alegro de saberlo. Espero que el viaje le siente bien.

Nos separamos con las habituales expresiones de buena voluntad. Después de un breve silencio, el señor Willoughby comentó:

—Reverendo quiere decir hombre muy santo, ¿sí?

Tenía la dificultad común entre los orientales de pronunciar la erre, con lo cual la palabra «reverendo» resultaba muy pintoresca.

—Sí —confirmé mirándolo con curiosidad.

—No muy santo, este reverendo.

—¿Por qué lo dices?

Me echó una mirada ladina.

—Yo ver una vez, en Madame Jeanne. No habla fuerte entonces. Muy callado entonces, reverendo.

—¿De veras?

—Putas baratas —amplió el chino, haciendo un gesto muy grosero en las proximidades de su entrepierna a modo de ilustración.

—Sí, ya lo imaginaba. Bueno, supongo que la carne es débil incluso entre los ministros de la Iglesia Libre escocesa.

Aquella noche, durante la cena, mencioné que había encontrado al reverendo, aunque me reservé los comentarios del señor Willoughby sobre sus otras actividades.

—Debería haberle preguntado a qué punto de las Antillas se dirigía —me lamenté—. No es una compañía muy chispeante pero tal vez nos resulte útil tener allí a un conocido.

Jared, que estaba comiendo albóndigas de ternera con aire muy decidido, tragó y dijo:

—No te preocupes por eso, querida. Os he preparado una lista de conocidos y varias cartas para que llevéis a ciertos amigos míos que podrán ayudaros.

Después de observar a Jamie con expresión pensativa, añadió en tono coloquial:

—Nos encontramos en el llano, primo.

Eso me desconcertó, pero Jamie repuso al cabo de un instante:

—Y nos separamos en la plaza.

La cara estrecha de Jared se partió en una amplia sonrisa.

—¡Ah, eso ayuda! No estaba seguro, pero me pareció que valía la pena probar. ¿Dónde te iniciaron?

—En la cárcel —respondió Jamie, brevemente—. Debía de ser la logia de Inverness.

Jared asintió con satisfacción.

—Sí, seguro. Hay logias en Jamaica y en Barbados; te daré cartas para que lleves a los Maestros de allí. Pero la logia más grande es la de Trinidad; tiene más de dos mil miembros. Si necesitas ayuda para buscar al muchacho, debes pedírsela a ellos. A esa logia llegan, tarde o temprano, todas las noticias de lo que pasa en las islas.

—¿Os molestaría explicarme de qué estáis hablando? —interrumpí.

Jamie me sonrió.

—De la francmasonería, *Sassenach*.

—¿Eres masón? —balbuceé—. ¡No me lo habías dicho!

—No puede hacerlo —apuntó Jared con cierta aspereza—. Los ritos de la francmasonería son secretos, conocidos sólo por sus miembros. Si Jamie no fuera uno de nosotros, yo no podría darle una carta de presentación para la logia de Trinidad.

Mi esposo me tocó un pie por debajo de la mesa, mirándome con una sonrisa oculta en los ojos. Luego elevó un poco la copa en un brindis silencioso y me sentí reconfortada. El gesto me recordó nuestra noche de bodas, cuando nos sentamos con sendas copas de vino; éramos dos extraños que se temían mutuamente, sin nada que nos uniera aparte del contrato matrimonial... y la promesa de ser francos.

«Tal vez haya cosas que no puedas contarme», había dicho él. «No te haré preguntas ni te obligaré. Pero cuando me digas algo, que sea la verdad. Por ahora no hay nada entre nosotros, salvo respeto. En el respeto hay lugar para los secretos, creo... pero no para las mentiras.»

Bebí largamente de mi propia copa, sintiendo el calor que me subía a las mejillas. Jamie seguía con los ojos fijos en mí, ignorando el soliloquio de su primo sobre las galletas y las velas de a bordo. Su pie buscó el mío; le respondí de igual modo.

—Sí, me ocuparé de eso por la mañana —respondió a Jared—. Pero ahora, primo, creo que voy a retirarme. El día ha sido largo.

Después de levantarse, me ofreció el brazo.

—¿Me acompañas, Claire?

Me puse en pie; el vino que circulaba por mi sangre me daba calor y me producía algo de mareo. Nuestras miradas se encontraron. Ahora había entre nosotros mucho más que respeto. Y lugar para conocer todos nuestros secretos, a su debido tiempo.

Por la mañana, Jamie y el señor Willoughby salieron con Jared para completar sus recados. Yo también tenía algo que hacer... y prefería hacerlo sola. Con el corazón palpitando, subí al carruaje de Jared y pedí al cochero que me llevara al Hôpital des Anges.

La tumba estaba en el pequeño cementerio reservado para el convento, bajo los contrafuertes de la catedral. Era una lápida pequeña de mármol blanco. Un par de alas de querubín protegían la única palabra: «Fe».

La contemplé hasta que se me nubló la vista. Había llevado un tulipán rosa; en pleno mes de diciembre y en París, no era fácil conseguir este tipo de flores pero Jared tenía un invernadero. Me arrodillé para depositarlo sobre la piedra, acariciando el pétalo con un dedo como si fuera la mejilla de un recién nacido.

—No esperaba llorar —dije.

En aquel momento, sentí la mano de la madre Hildegarde sobre mi cabeza.

—*Le Bon Dieu* ordena las cosas como mejor cree —dijo suavemente—, pero rara vez nos dice por qué.

Aspiré hondo y me sequé las mejillas con una esquina del manto.

—Fue hace mucho tiempo. —Me levanté con lentitud. La madre Hildegarde me observaba con profunda simpatía e interés.

—He notado que, para las madres, el tiempo no parece pasar en lo que respecta a los hijos; aunque sean adultos ellas pueden verlos siempre como cuando nacieron.

—Sobre todo cuando duermen —comenté—. Entonces siempre es posible ver otra vez al recién nacido.

La madre asintió satisfecha.

—Ah, ya me parecía que habías tenido otros hijos. Tu aspecto lo dice.

—Una. —La miré—. ¿Cómo sabes tanto sobre madres e hijos?

—Los ancianos dormimos muy poco —dijo encogiéndose de hombros—. Algunas noches recorro las salas y hablo con los pacientes.

La edad la había reducido: sus anchos hombros estaban encorvados y flacos como una percha bajo el hábito de sarga negra. Aun así, era más alta que la mayoría de las monjas. Después de sonarme la nariz, la seguí a lo largo del camino hasta el convento. Mientras caminábamos reparé en otras lápidas pequeñas, esparcidas entre las demás.

—¿Todas son de niños? —pregunté sorprendida.

—Los hijos de las monjas —respondió sin darle importancia.

Me volví hacia ella boquiabierta. Se encogió de hombros, elegante e irónica como siempre.

—A veces sucede. —Unos pasos más allá añadió—: No muy a menudo, por supuesto. —Señaló con el bastón los confines del cementerio—. Este lugar está reservado para las hermanas, unos pocos benefactores del H6pital... y sus seres amados.

—¿De las hermanas o de los benefactores?

—De las hermanas.

Contra el muro más alejado, pero aun en tierra consagrada, se veía una hilera de pequeñas lápidas con un solo nombre cada una: Bouton, sobre una cifra romana, del I al XV: los amados perros de la madre Hildegarde. Eché un vistazo a su compañero actual, el decimosexto con ese nombre; era negro como el carbón y de pelo rizado como un cordero persa.

Las hermanas y sus seres amados.

—Me alegra mucho que hayas vuelto, *ma chère* —dijo ella—. Pasa; te daré algunas cosas que pueden serte útiles durante el viaje.

Mientras recorríamos el camino bordeado de tejos que conducía a la entrada del Hôpital levanté la vista para decir, vacilante:

—Espero no ofenderte, madre, pero hay una pregunta que me gustaría hacer.

—Ochenta y tres —respondió con una ancha sonrisa que descubrió sus grandes dientes amarillos—. Todo el mundo quiere saberlo. —Se volvió a mirar el pequeño cementerio, encogiéndose de hombros en un gesto muy francés—. Todavía no. *Le Bon Dieu* sabe cuánto trabajo me queda por hacer.

41

Nos hacemos a la mar

Era un típico día escocés, gris y frío, cuando el *Artemis* tocó tierra en el cabo Wrath, en la costa noroeste.

Miré por la ventana de la taberna, hacia la sólida niebla que se aferraba a los acantilados. Jamie se paseaba por el muelle a pesar de la lluvia, demasiado nervioso para permanecer junto al fuego. El viaje de regreso a Escocia no le había resultado más grato que la primera vez que cruzó el Canal; la perspectiva de pasar dos o tres meses a bordo del *Artemis* le espantaba. Además, su impaciencia por perseguir a los secuestradores era tan aguda que cualquier demora le producía frustración.

Lo irónico era que este último retraso había sido ocasionado por él. Habíamos hecho escala en el Cabo Wrath para embarcar a Fergus y al pequeño grupo de contrabandistas que Jamie le había encargado contratar antes de nuestra partida hacia Le Havre.

—No hay manera de saber con qué nos encontraremos en las Antillas, *Sassenach* —me había explicado Jamie—. No quiero enfrentarme solo a un barco lleno de piratas, ni pelear junto a hombres desconocidos.

Todos los contrabandistas eran hombres de mar acostumbrados a los botes y al océano y, probablemente, también a los barcos.

Cabo Wrath era un puerto pequeño con poco tráfico en invierno. En el muelle de madera sólo había amarrados, aparte del Arte-mis, unos pocos barcos pesqueros y un queche.

Fergus se retrasaba. A nadie parecía molestarle la espera, salvo a Jamie y al capitán. Su nombre era Raines; era un hombrecito regordete, ya entrado en años, que pasaba la mayor parte del tiempo en la cubierta del barco con un ojo en el cielo encapotado y el otro en su barómetro.

Avanzada la tarde del segundo día aparecieron seis hombres serpenteando a lo largo de la costa pedregosa, montados en peludos ponis.

—El que viene delante es Raeburn —señaló Jamie entornando los ojos para identificarlos—. Lo sigue Kennedy; luego, Innes, el que le falta el brazo izquierdo, ¿ves? Más atrás, Meldrum, y el que lo acompaña debe de ser MacLeod, pues siempre cabalgan juntos. Y el último, ¿es Gordon o Fergus?

—Debe de ser Gordon —observé mirando por encima de su hombro—. Es demasiado gordo para ser Fergus.

Después de recibir a los contrabandistas, presentarlos a sus nuevos compañeros y tenerlos a todos sentados ante una cena caliente y una copa, Jamie preguntó:

—¿Dónde diablos está Fergus?

Raeburn inclinó la cabeza.

—Bueno, tenía cierto asunto que atender y me encargó que alquilara los caballos y apalabrara a Meldrum y a MacLeod, que habían salido en su propio barco y tardarían un par de días en volver.

—¿Qué asunto era ése? —inquirió Jamie con aspereza.

La única respuesta fue un encogimiento de hombros. Mi esposo murmuró algo en gaélico y se dedicó a su cena sin más comentarios.

A la mañana siguiente, con la tripulación ya completa (a excepción de Fergus), se iniciaron los preparativos para zarpar. Jamie se mantenía cerca del timón, sin estorbar y echando una mano donde era más necesaria la fuerza que la habilidad. Aun así pasaba la mayor parte del tiempo con la vista fija en el camino.

—Si no zarpamos hacia media tarde perderemos la marea —apuntó el capitán Raines con firmeza—. Dentro de veinticuatro horas el tiempo será peor: el mercurio está descendiendo y lo siento en el cuello. No quisiera levar anclas en medio de una tormenta, si puedo evitarlo. Y para llegar a las Antillas lo antes posible...

—Sí, capitán, comprendo —lo interrumpió Jamie—. Por supuesto. Haremos lo que te parezca mejor.

Se apartó para dejar paso a un presuroso marinero y el capitán desapareció, dando órdenes a cada paso.

Con el transcurso de las horas Jamie, aparentemente tan sereno como siempre, no dejaba de agitar sus dos dedos rígidos; era la única señal exterior de preocupación. Fergus había estado con él veinte años, desde el día en que lo sacó de un burdel parisino para que robara las cartas de Carlos Estuardo. Jamie era lo más parecido a un padre que el muchacho había tenido. No se me ocurría qué asunto tan urgente podía impedirle reunirse con nosotros. A Jamie tampoco; por eso sus dedos marcaban un ritmo silencioso sobre la barandilla.

Llegó la hora. Jamie, de mala gana, apartó los ojos de la costa desierta. Le apoyé una mano en el brazo como callada muestra de solidaridad.

—Será mejor que bajes —dije—. Tengo una lámpara de alcohol. Voy a prepararte un té de jengibre, es lo mejor de mi herbario para las náuseas y...

El ruido de un caballo al galope levantó ecos a lo largo de la costa; el crujir de la grava resonó mucho antes de que el jinete apareciera.

—Ahí está, el muy tonto —dijo Jamie con alivio. Luego se volvió hacia el capitán Raines con una ceja en alto—. ¿Queda aún suficiente marea? Bien, pues vamos.

—¡Soltad amarras! —bramó el capitán.

Los marineros se pusieron inmediatamente en acción. La última de las cuerdas que nos sujetaba a los pilares fue pulcramente enrollada. A nuestro alrededor, el cordaje se tensó y las velas flamearon, en tanto el contramaestre corría por la cubierta, ladrando órdenes con una voz que parecía de metal oxidado.

—¡Se mueve! —dije, encantada al sentir que la cubierta se estremecía bajo mis pies.

—Oh, Dios... —exclamó Jamie al percibir lo mismo. Y se aferró a la barandilla con los ojos cerrados, tragando saliva.

—El señor Willoughby dice conocer una cura para el mareo —comenté.

—¡Ja! Ya sé a qué se refiere. Si piensa que voy a permitirle... ¡Qué demonios pasa aquí!

Giré en redondo y vi lo que había provocado aquel comentario. Fergus estaba en cubierta ayudando a una muchacha encaramada sobre la barandilla, con la cabellera rubia agitada por el viento. Era la hija de Laoghaire: Marsali MacKimmie.

Antes de que pudiera hablar, Jamie me dejó atrás para acercarse a los recién llegados.

—En el nombre de Dios, ¿qué significa esto, pequeños idiotas?

—Estamos casados —anunció Fergus poniéndose delante de Marsali, entre asustado y excitado, pálido bajo el mechón de pelo negro.

—¡Casados! —Jamie apretó los puños y Fergus retrocedió un paso—. ¿Cómo que estáis casados? ¿Te has acostado con ella?

—Eh... no, milord —dijo el francés, varios tonos más pálido.

Al mismo tiempo Marsali avanzó la barbilla con los ojos encendidos y aire desafiante:

—¡Sí!

Jamie los miró y, tras emitir un sonoro resoplido, les volvió la espalda.

—¡Señor Warren! ¡Regresa a la costa, por favor!

El piloto se detuvo boquiabierto, miró a Jamie y después dirigió una significativa mirada hacia la costa que se alejaba. En los escasos momentos transcurridos desde la aparición de los supuestos recién casados, el *Artemis* se había alejado más de un kilómetro de la costa y las rocas de los acantilados retrocedían a una velocidad cada vez mayor.

—No creo que se pueda —dije—. Parece que ya estamos en la marejada.

Jamie señaló la escalerilla que conducía a los camarotes.

—Vosotros dos, abajo.

Fergus y Marsali se sentaron juntos en una de las literas, cogidos de la mano. Jamie me indicó la otra y se volvió hacia la pareja con los brazos en jarras.

—Bien —dijo—. ¿Qué es esa tontería de que estáis casados?

—La verdad, milord —aclaró Fergus. Estaba muy pálido pero sus ojos oscuros brillaban de entusiasmo.

—¿Sí? ¿Y quién os casó? —inquirió Jamie con escepticismo.

Hubo un cambio de miradas. Fergus explicó:

—Nos... nos dimos palabra y mano.

—Delante de testigos —añadió Marsali. En contraste con la palidez de Fergus sus mejillas parecían arder. Se llevó la mano al pecho—. Aquí tengo el contrato firmado.

Jamie emitió un gruñido. Según las leyes de Escocia, dos personas podían casarse legalmente dándose las manos ante testigos y declarando ser marido y mujer.

—Bueno, pero aún no os habéis acostado —dijo—. Y a los ojos de la Iglesia, con el contrato no basta. Debemos atracar en Lewes para cargar las últimas provisiones. Allí desembarcaremos a Marsali; haré que dos marineros la lleven a casa de su madre.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó la chica irguiéndose con una mirada fulminadora—. ¡Iré con Fergus!

—¡Oh, no, nada de eso, pequeña! —espetó Jamie—. ¿No has pensado en tu madre? Fugarte así, sin decir nada...

—Le envié una carta desde Inverness —aclaró Marsali con la barbilla erguida—, diciéndole que me había casado con Fergus y que iba a embarcarme contigo.

—¡Dios me ampare! ¡Creerá que yo estaba enterado de todo! —Jamie parecía horrorizado.

—Es que... yo... pedí a la señora Laoghaire que me concediera la mano de su hija, milord —intervino Fergus—. Fue el mes pasado, en Lallybroch.

—No es necesario que me repitas lo que te dijo —dijo Jamie—. Te la negó.

—Dijo que era un bastardo —estalló Marsali, indignada—, un criminal y... y...

—Y lo es —señaló mi marido—. Y también un lisiado sin bienes, cosa que tu madre no habrá dejado de notar.

—¡No me importa! —La chica aferró la mano de Fergus, mirándolo con afecto—. Le quiero.

—De cualquier modo, eres demasiado joven para casarte.

—Tengo quince años; es más que suficiente.

—¡Y él treinta! —Jamie sacudió la cabeza—. No, hija. Lo siento pero no puedo permitirlo. Además este viaje es demasiado peligroso...

—¡Pero ella sí puede ir! —Marsali me señaló desdeñosamente con la barbilla.

—No metas a Claire en esto. No es asunto tuyo.

—¿Ah, no? Abandonas a mi madre por esta ramera inglesa, la conviertes en el hazmerreír de todo el país... ¿y dices que no es asunto mío? —La chica se levantó de un salto—. ¿Y tienes el descaro de indicarme lo que debo hacer y lo que no?

—Así es —afirmó él conteniéndose—. Mis asuntos privados no te conciernen.

—¡Tampoco a ti los míos!

Fergus se levantó, alarmado, para intentar calmarla.

—Marsali, *ma chére*, no debes hablar de ese modo a milord.

—¡Le hablaré como me dé la gana!

—¡No, no puedes!

Sorprendida por la súbita aspereza de Fergus, parpadeó. Fergus moderó el tono:

—No. Siéntate, *ma petite*. Milord ha sido más que un padre para mí. Me ha salvado la vida mil veces. Además, es tu padrastro. Pese a la opinión que tu madre pueda tener de él, no puedes negar que os ha proporcionado a las tres sustento y protección. Al menos, le debes respeto.

Marsali se mordió los labios, con los ojos brillantes.

—Perdona —murmuró finalmente a Jamie.

En el camarote, la tensión bajó un poco.

—No tiene importancia, pequeña —respondió gruñón. Luego suspiró—. Aun así, Marsali, debes volver a casa.

—No iré. —Aunque la muchacha estaba más serena, la firmeza de su barbilla era la misma. Miró a los dos—. Aunque él diga que no nos hemos acostado juntos, lo hemos hecho. Al menos, es lo que yo diré. Si me obligas a volver a casa diré a todo el mundo que he sido suya. Ya ves: o casada o deshonrada.

Su tono era decidido. Jamie murmuró entre dientes:

—El Señor me libre de las mujeres —dijo clavando en ella una mirada fulminante—: ¡De acuerdo! Estáis casados. Pero lo haréis como es debido, ante un cura. Cuando lleguemos a las Antillas buscaremos uno. Y mientras no hayáis recibido la bendición, Fergus no te tocará. ¿Entendido?

Miró ferozmente a ambos.

—Sí, milord —aceptó Fergus con alegría—. *Merci beaucoup!*

Marsali miró a su padrastro con ojos entornados, pero acabó inclinando la cabeza y echándome una mirada de soslayo.

—Sí, padre —dijo.

La boda de Fergus había logrado que Jamie olvidara el movimiento del buque, pero su efecto no duró mucho. Pese a que se ponía cada vez más verde, se negaba a abandonar la cubierta mientras la costa de Escocia estuviera a la vista.

—Quizá no vuelva a verla nunca más —dijo con tristeza cuando traté de persuadirlo de que bajara a acostarse.

—Claro que volverás a verla —aseguré—. Regresarás. No sé cuándo pero tengo la certeza de que lo harás.

Me miró con desconcierto, esbozando una sonrisa.

—Has visto mi tumba, ¿verdad?

Como eso no parecía inquietarlo, asentí con la cabeza. Cerró los ojos.

—Está bien. Pero no me cuentes nada si no te importa.

—No puedo decírtelo. No tenía fechas. Sólo tu nombre... y el mío.

—¿El tuyo? —Abrió súbitamente los ojos.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordar la losa de granito. Era de las que denominan «lápida matrimonial»: un cuarto de círculo tallado de modo que formara con otro un arco completo. Naturalmente, sólo había visto una de las mitades.

—Figuraban todos tus nombres. Fue así como supe que eras tú. Y abajo decía: «A mi amado esposo, de Claire.»

Movió afirmativamente la cabeza, asimilando la noticia.

—Eso significa que rescataremos al joven Ian sano y salvo. Te aseguro, *Sassenach*, que no volveré a pisar Escocia sin traerlo conmigo.

—Lo rescataremos —dije con una seguridad que no sentía.

Cuando cayó la noche, las rocas de Escocia habían desaparecido entre la bruma del mar. Jamie, helado hasta los huesos y blanco como una sábana, se dejó llevar hasta la cama. Fue entonces cuando surgieron las imprevistas consecuencias de su ultimátum a Fergus.

Sólo había dos pequeños camarotes privados, aparte del correspondiente al capitán. Si la joven pareja no podía dormir en la misma cama hasta que su unión hubiera recibido una bendición formal, era obvio que Jamie y Fergus tendrían que ocupar uno y nosotras el otro. El viaje parecía condenado a ser difícil en todos los sentidos.

Yo confiaba en que los mareos de Jamie se aliviarían si no veía el bamboleo del horizonte, pero no tuvimos esa suerte.

—¿Otra vez? —protestó Fergus, incorporándose en su litera a medianoche—. ¿Cómo es posible, si no ha comido nada en todo el día?

—Díselo a él —respondí mientras me encaminaba hacia la puerta con la vasija en las manos.

—Id a dormir, milady —dijo Fergus haciéndose cargo—. Yo me encargaré de él.

La idea de acostarme era tentadora tras un día tan largo.

—Ve, *Sassenach* —intervino Jamie. Estaba pálido y cubierto de sudor—. Ya se me pasará.

—Está bien —cedí—. Es posible que por la mañana te sientas mejor.

Jamie abrió un ojo y volvió a cerrarlo con un gemido.

—O que me haya muerto —sugirió.

Con una sonrisa, salí al pasillo oscuro donde me tropecé con la silueta postrada del señor Willoughby, acurrucado contra la puerta del camarote. Lanzó un gruñido de sorpresa, pero al ver que se trataba de mí, gateó lentamente hacia el interior del camarote. Sin prestar atención a la exclamación disgustada de Fergus, se metió bajo la mesa y volvió a dormirse de inmediato con beatífica satisfacción.

Mi camarote estaba al otro lado del pasillo, pero me detuve a respirar el aire fresco que entraba desde la cubierta, escuchando la variada gama de ruidos.

Marsali dormía profundamente en una de las dos literas. Mejor así. Al menos no me vería obligada a tratar de entablar conversación. A mi pesar, sentí pena por ella; sin duda la chica no habría imaginado así su noche de bodas.

El *Artemis* estaba bastante limpio comparado con otros barcos, pero la higiene básica deja mucho que desear cuando se amontonan en un espacio de ciento setenta metros cuadrados treinta y dos hombres, dos mujeres, seis toneladas de cueros curtidos, cuarenta y dos barriles de azufre y una gran cantidad de láminas de cobre y hojalata.

El segundo día, cuando bajé a buscar mi caja de medicamentos que había sido puesta en la bodega por error, vi una rata. Por la noche, en mi camarote, percibí un ruido suave, como de pies arrastrándose; al encender la lámpara descubrí que lo producían varias docenas de cucarachas que huían frenéticamente hacia las sombras.

Las letrinas, dos pequeñas galerías a cada lado de la nave, hacia proa, consistían en un par de tablas, separadas por una estratégica ranura y suspendidas a dos metros y medio de las olas; al usarlas se podía recibir una inesperada salpicadura de agua fría en el momento más inoportuno. Yo sospechaba que esto, añadido a la dieta de cerdo salado y galletas marineras, provocaría una epidemia de estreñimiento entre la tripulación.

El señor Warren, el contramaestre, me informó con orgullo que todas las mañanas se fregaba la cubierta, se lustraban los bronces y se efectuaba una limpieza general. Aun así, era imposible disimular el hecho de que había treinta y cuatro personas ocupando un espacio limitado, de las cuales sólo una se bañaba.

Dadas las circunstancias, me llevé una gran sorpresa cuando, la segunda mañana, abrí la puerta de la cocina en busca de agua hirviendo. Esperaba encontrar la misma mugre que en el resto del barco pero me deslumhró el reflejo del sol en una hilera de cacerolas de cobre, tan restregadas que refulgían con un tono rosado. Parpadeé para adaptar la vista. Las paredes de la cocina estaban cubiertas de estanterías y armarios, construidos para resistir la mar más gruesa. Y en medio de aquel inmaculado esplendor se erguía el cocinero, estudiándome con expresión fúnebre.

—Fuera —ordenó.

—Buenos días —saludé con toda la cordialidad posible—. Me llamo Claire Fraser.

—Fuera —repitió en el mismo tono.

—Soy la señora Fraser, esposa del sobrecargo y cirujano de a bordo. Necesito seis galones de agua hirviendo, cuando sea posible, para limpiar la letrina.

Sus pequeños ojos azules me apuntaron como dos pistolas.

—Soy Aloysius O'Shaughnessy Murphy —informó—. Cocinero de a bordo. Y necesito que quitéis los pies de mi suelo recién fregado. No permito la presencia de mujeres en mi cocina.

Era varios centímetros más bajo que yo pero lo compensaba midiendo casi un metro más de circunferencia; los hombros eran de luchador y tenía una cabeza enorme sobre ellos, sin cuello a la vista. Completaba el conjunto una pata de palo.

Di un paso atrás con dignidad para hablar desde la seguridad que me ofrecía el pasillo.

—En ese caso, podríais enviarme el agua caliente con el grumete.

—Tal vez sí—dijo—. Y tal vez no.

Luego, volviéndome la espalda, se dedicó a su pata de cordero.

Me quedé en el pasillo, pensando. El aire estaba impregnado por el aroma polvoriento de la salvia, difuminado por la acritud de una cebolla. Era evidente que la tripulación del *Artemis* no subsistía sólo a base de cerdo salado y galletas marineras. Empezaba a comprender por qué el capitán Raines tenía un físico con forma de pera. Volví a asomar la cabeza, con cuidado de no pisar el interior.

—Cardamomo —dije con firmeza—. Nuez moscada, entera, que haya sido secada este año. Extracto de anís fresco. Raíz de jengibre, dos de las grandes y sin manchas.

Hice una pausa. El señor Murphy había dejado de picar y mantenía el cuchillo inmóvil sobre la tabla.

—Y media docena de granos de vainilla. De Ceilán.

Giró lentamente, secándose las manos en el delantal. Su cara era ancha y rubicunda con tiesos bigotes, muy rubios, que se estremecieron como las antenas de un insecto.

—¿Azafrán? —preguntó con voz ronca.

—Media onza —confirmé de inmediato, disimulando cualquier deje de triunfo en mi actitud.

Aspiró hondo; en sus ojillos azules centelleaba la lujuria.

—Fuera tenéis un felpudo, señora, si queréis limpiaros las botas para entrar.

Esterilizada una de las letrinas todo lo que permitió el agua hirviendo y el aguante de Fergus, volví a mi camarote a lavarme para el almuerzo. No encontré a Marsali que sin duda estaba con Fergus.

Me lavé las manos con alcohol y, después de cepillarme el pelo, crucé el pasillo para ver si existía la remota posibilidad de que Jamie quisiera comer o beber algo. Me bastó una mirada para desechar la idea.

Marsali y yo ocupábamos el camarote más grande, lo que significaba que cada una de nosotras contaba con un espacio de un metro ochenta de largo, descontando las literas adosadas a la pared, que medían alrededor del metro sesenta. Mi compañera cabía bien en la suya, pero yo debía curvarme como un camarón sobre una tostada.

Jamie y Fergus ocupaban literas similares. Mi esposo yacía de costado, como un caracol en su concha.

—No te encuentras muy bien, ¿eh? —observé compasiva.

Abrió un ojo como si se dispusiera a decir algo. —No. —Y volvió a cerrarlo.

—Dice el capitán Raines que mañana la mar estará más serena —lo consolé, aunque ese día no estaba muy agitada.

—No importa. Mañana habré muerto... con un poco de suerte.

—Me temo que no. —Sacudí la cabeza—. De esto no se muere nadie... aunque viéndote parezca mentira.

—No es por eso. —Hizo un esfuerzo para incorporarse—. Claire. Cuídate. No te lo dije antes... por no preocuparte.

Cambió de expresión. Familiarizada con los síntomas del malestar corporal, acerqué la vasija justo a tiempo.

—Oh, Dios... —Se estiró, pálido como la sábana.

—¿Qué no me has dicho? —pregunté mientras dejaba la vasija en el suelo.

—Pregúntaselo a Fergus. Dile que es orden mía. Y que Innes no fue.

—¿De qué estás hablando? —pregunté algo alarmada. Los mareos del mar no solían causar delirios.

—Innes —repitió—. No puede ser él. El que quiere matarme.

Me recorrió un escalofrío.

—¿Estás bien, Jamie? —Me incliné para secarle la cara. No tenía fiebre—. ¿Quién quiere matarte?

—No lo sé. Pregúntale a Fergus. A solas. Él te lo dirá.

No tenía ni idea de lo que aquello significaba pero si Jamie corría algún peligro no iba a dejarlo solo.

—Me quedaré contigo hasta que baje.

—No me pasará nada —dijo—. Vete, *Sassenach*. No creo que intenten nada a la luz del día.

Aquello no me tranquilizó en absoluto.

—Vete —repitió casi sin mover los labios.

Algo se movió en el pasillo, junto a la puerta del camarote. Distinguí la silueta del señor Willoughby con la barbilla clavada en las rodillas.

—Tranquila, honorable Primera Esposa —me aseguró en un susurro—. Yo cuido.

—Bien, gracias.

Me fui en busca de Fergus bastante desasosegada.

Encontré a Fergus con Marsali en la cubierta de popa. Se mostró algo más tranquilizador.

—No estamos seguros de que alguien pretenda matar a milord —explicó—. Lo de aquellos toneles pudo haber sido un accidente; ha ocurrido más de una vez; también el incendio del cobertizo. Aun así...

—Un momento, joven Fergus —dije tirándole de la manga— ¿Qué toneles? ¿Qué incendio?

—¡Ah! —exclamó con cara de sorpresa—. ¿Milord no os ha contado nada?

—Milord está hecho un trapo y sólo ha podido decirme que te lo pregunte a ti.

Fergus sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Siempre piensa que no se mareará —dijo—. Cada vez que aborda un barco asegura que es cuestión de voluntad, que es su mente quien manda y no se dejará dominar por el estómago. Pero a tres metros del muelle ya está verde.

—No me lo había contado —reconocí divertida por la descripción—. ¡Tonto!

—Ya lo conocéis, milady —sonrió Fergus—. Podría estar agonizando y no decir nada.

—¡Oh, estos hombres!

—¿Milady?

—No he dicho nada. Me hablabas de unos toneles y de un incendio.

—Ah, sí, claro. —Fergus se apartó el grueso mechón de pelo—. Fue en casa de Madame Jeanne, el día anterior a volver a veros.

El día de mi retorno a Edimburgo, pocas horas antes de encontrar a Jamie en la imprenta, él había estado en los muelles de Burntisland con Fergus y otros seis hombres, aprovechando la larga noche invernal para recuperar varios toneles de Madeira camuflado como inocente harina.

—El Madeira no penetra en la madera tan pronto como otros vinos —me explicó Fergus—. El coñac no es posible pasarlo de ese modo, bajo las narices de los aduaneros, pues los perros lo olfatean de inmediato.

—¿Qué perros?

—Algunos inspectores de Aduanas tienen perros adiestrados para detectar alijos de tabaco y coñac. Habíamos retirado sin problemas el Madeira y lo llevamos a un depósito, uno de los que están a nombre de lord Dundas pero que en realidad pertenece a milord y a Madame Jeanne.

—Aja. —Volví a sentir el mismo nudo en el estómago que cuando Jamie abrió la puerta del burdel—. ¿Así que son socios?

—En cierto modo. —El muchacho parecía apenado—. Milord sólo cobra un cinco por ciento, por conseguir el lugar y hacer los arreglos. Como impresor se gana mucho menos que con un *hotel de joie*.

—No lo dudo. —Después de todo, Edimburgo y Madame Jeanne habían quedado atrás—. Continúa con el relato. Alguien podría degollar a Jamie antes de que averigüe por qué.

—Por supuesto, milady. —Fergus se disculpó con una inclinación de cabeza.

Una vez escondido el vino, los contrabandistas habían hecho una pausa para reanimarse con un trago, antes de volver a casa al amanecer. Dos de los hombres habían pedido su parte diciendo que

necesitaban el dinero para pagar deudas de juego y comprar provisiones para la familia. Jamie fue entonces a la oficina del depósito, donde guardaba algo de oro.

Mientras los hombres se entretenían con bromas y risas, una súbita vibración sacudió el suelo: un barril de dos toneladas se había desprendido de la pila.

—Milord estaba cruzando frente a los toneles —explicó Fergus meneando la cabeza—. Si no quedó aplastado fue por la gracia de Dios. Esas cosas ocurren. Todos los años, sólo en los depósitos de Edimburgo, mueren diez o doce hombres en accidentes parecidos. Pero los otros accidentes...

La semana anterior, un pequeño cobertizo lleno de paja había estallado en llamas mientras Jamie trabajaba dentro. Al parecer, una lámpara había caído entre él y la puerta, prendiendo la paja, con lo que Jamie quedó atrapado tras un muro de fuego en un local sin ventanas.

—Por suerte, el cobertizo era tan endeble que milord pudo abrir un agujero a puntapiés y salir ileso. —Fergus suspiró cansado. Me pregunté si habría montado guardia durante toda la noche—. Esos incidentes pudieron haberse producido por casualidad, pero sumando lo de Arbroath...

—Es posible que haya un traidor entre los contrabandistas —añadí.

—Así es, milady. —Fergus se rascó la cabeza—. Pero milord está inquieto por aquel hombre que el chino mató en casa de Madame Jeanne.

—¿Pudo ser un agente de Aduanas que les hubiera seguido desde los muelles hasta allí? Jamie dijo que no era posible, ya que no tenía licencia.

—Eso no prueba nada. Lo peor era el librillo que llevaba en el bolsillo.

—¿El Nuevo Testamento? No veo que tenga mucha importancia.

—Podría ser que sí, milady. Ese librillo fue uno de los que imprimió personalmente milord.

—Creo que empiezo a comprender —musité.

Fergus asintió con gravedad.

—Siempre se puede buscar otro escondite si los de Aduanas rastrean el coñac hasta el burdel. Pero si los agentes de la Corona vinculan al notorio contrabandista Jamie Roy con el respetable señor Malcolm... —Abrió las manos—. ¿Comprendéis?

Tendrían pruebas para ahorcarlo diez o doce veces.

—Cuando Jamie dijo que le convenía ausentarse de Escocia durante un tiempo, no sólo estaba preocupado por Laoghaire y Hobart MacKenzie —reconocí. Paradójicamente, las revelaciones de Fergus me causaban alivio; no era la única culpable del exilio de Jamie. Simplemente había precipitado la crisis.

—Así es, milady. Pero no estamos seguros de que uno de los hombres nos haya denunciado. Ni de que alguien quiera matar a milord. Si hay un traidor entre nosotros, es uno de los seis que mi-lord me mandó traer. Los seis estaban presentes cuando cayeron los toneles y cuando se incendió el cobertizo; todos estuvieron en el burdel y también en el camino de Arbroath cuando sufrimos la emboscada y encontramos al policía ahorcado.

—¿Todos saben lo de la imprenta?

—¡Oh, no, milady! Milord ha puesto siempre mucho cuidado en que no lo supieran. Pero es posible que uno de ellos lo viera por las calles de Edimburgo y lo siguiera hasta la imprenta. —Sonrió con ironía—. Milord no es hombre que pase desapercibido, milady.

—Cierto —confirmé—. Pero ahora todos conocen el verdadero nombre de Jamie. El capitán Raines lo llama Fraser.

—Sí —reconoció con una sonrisa—. Por eso debemos averiguar si realmente navegamos con un traidor... y quién es.

En aquel momento caí en la cuenta de que Fergus era ya un hombre hecho y derecho... y por tanto peligroso.

Marsali había pasado la mayor parte del tiempo contemplando el mar, como si no quisiera arriesgarse a conversar conmigo. Aun así debió escucharlo todo, pues vi que la recorría un escalofrío. Probablemente al fugarse con Fergus no había planeado embarcarse con un asesino.

—Será mejor que la lleves abajo —dije—. Se está poniendo azul. No te preocupes —dije dirigiéndome a Marsali— tardaré un rato en bajar al camarote.

—¿Dónde vais, milady? —Fergus me miraba con suspicacia—. Milord no querría que...

—A la cocina.

—¿A la cocina?

—Quiero ver si Aloysius O'Shaughnessy Murphy tiene algún remedio contra el mareo —dije—. Si Jamie sigue como hasta ahora, poco le importará que alguien lo degüelle.

Murphy, ablandado por unas mondas secas de naranja y una botella del mejor clarete, se mostró bien dispuesto. De hecho, pareció considerar como un desafío profesional el mantener algo de comida en el estómago de Jamie. Dedicó horas enteras a la mística contemplación de su especiero y sus despensas... pero no sirvió de nada.

Jamie no daba señales de recuperación. Tenía el color de las natillas rancias y sólo abandonaba su litera para arrastrarse hasta la letrina, custodiado día y noche por Fergus y el señor Willoughby.

Afortunadamente ninguno de los seis contrabandistas daba un solo paso que se pudiera considerar amenazador. Todos expresaban una solidaria preocupación por la salud de Jamie y, bajo atenta vigilancia, le habían hecho una breve visita sin que surgieran circunstancias sospechosas.

Por mi parte, pasaba los días explorando la nave y atendiendo las labores médicas habituales: dedos aplastados, abscesos y encías sangrantes. Murphy había tenido la generosidad de permitirme triturar mis hierbas y preparar mis remedios en un rincón de la cocina.

Marsali abandonaba nuestro camarote antes de que despertara y al acostarme la encontraba ya dormida. Cuando nos encontrábamos en la cubierta o a la hora de las comidas, se mostraba silenciosamente hostil. Supuse que se debía, en parte, al natural afecto por su madre, pero también a tener que pasar las noches conmigo en lugar de con Fergus.

En realidad, si permanecía intacta (y así lo creía yo, a juzgar por su actitud mohína) se debía sólo al respeto que Fergus daba a las órdenes de Jamie: como custodio de su virtud, el padrastro era, en aquellos momentos, una fuerza descartable.

—Qué, ¿el caldo tampoco? —Se extrañó Murphy—. ¡Con ese caldo he levantado a varios del lecho de muerte!

Cogió la sopera que le devolvía Fergus y, después de olfatearla con aire crítico, me la puso debajo de la nariz. En verdad, el dorado líquido tenía un olor tan apetitoso que se me hizo la boca agua, pese al excelente desayuno consumido hacía una hora. Con sus dimensiones de barril y su aspecto de pirata consumado, Murphy tenía fama de ser el mejor cocinero naval de Le Havre; al menos, eso me dijo sin la menor jactancia. Los mareos eran un desafío para su capacidad; Jamie, postrado desde hacía cuatro días, representaba un verdadero reto.

—Es un caldo estupendo, sin duda —lo tranquilicé—. Pero no puede retener absolutamente nada.

Murphy gruñó y comenzó a revolver sus provisiones. Por fin me entregó una bandeja.

—... leche batida con whisky y un rico huevo... —oí mientras me alejaba por el pasillo.

Esquivé cuidadosamente al señor Willoughby, que dormía junto a la puerta de Jamie como un perro faldero. Pero al entrar en el camarote comprendí que, una vez más, las habilidades culinarias del señor Murphy resultarían vanas. Como cualquier hombre enfermo, Jamie se las había arreglado para que el ambiente fuera sumamente incómodo y deprimente. La pequeña habitación estaba húmeda y maloliente; en la litera, rodeada por un paño que no dejaba pasar luz ni aire, se amontonaban las mantas pegajosas y la ropa sucia.

—Levántate y anda —dije alegremente, dejando la bandeja para apartar la improvisada cortina, hecha con una camisa de Fergus.

Jamie entreabrió un ojo.

—Vete —dijo antes de volver a cerrarlo.

—Te he traído algo para que desayunes.

—No quiero oír hablar de desayuno.

—Digamos que es el almuerzo, entonces. A estas horas, bien podría ser. —Acerqué un banquillo y cogiendo un pepinillo encurtido se lo acerqué a la nariz—. Chupa esto.

Abrió poco a poco el otro ojo. Aunque no dijo nada, sus pupilas azules se posaron en mí con una elocuencia tan feroz que me apresuré a retirar el pepinillo.

—Esa litera es demasiado corta para ti —observé.

—Cierto.

—¿No quieres probar una hamaca? Al menos podrías estirarte.

—No quiero.

—Dice el capitán que necesita una lista de la carga... Cuando puedas hacerla.

Sin molestarse en abrir los ojos, emitió una breve e irrepetible sugerencia sobre lo que podía hacer el capitán Raines con su lista. Le cogí la mano, suspirando; estaba fría y húmeda y el pulso acelerado.

—Bueno —-dije al fin—, podríamos probar algo que yo empleaba con los pacientes. A veces daba resultado.

Dejó escapar un gemido, pero no se opuso. Me senté en el banquillo sin soltarle la mano. Pocos minutos antes de operar solía hablar con los pacientes para tranquilizarlos; había descubierto que, si lograba hacerlos pensar en algo que no fuera la operación, se obtenían mejores resultados: sangraban menos, las náuseas provocadas por la anestesia eran más leves y cicatrizaban con más celeridad.

—Pensemos en algo agradable —propuse con voz grave y sedante—. Piensa en Lallybroch, en la colina que está junto a la casa. Piensa en los pinos..., ¿sientes su olor? Piensa en el humo que surge de la chimenea en los días despejados. Imagina que tienes una manzana en la mano; siéntela, dura y redonda...

—¿*Sassenach*? —Me miraba con intensa concentración. El sudor hacía brillar su frente.

—¿Sí?

—Vete.

-¿Qué?

—Que te vayas —repitió con mucha suavidad— si no quieres que te rompa el cuello. Vete de una vez.

Salí con toda dignidad.

El señor Willoughby, desde el pasillo, echó una mirada pensativa al interior del camarote.

—¿No tendrás aquí esas bolas de piedra? —pregunté.

—Sí —respondió con cierta sorpresa—. ¿Quiere bolas saludables para Tsei-mi?

Manoteó dentro de su manga, pero lo detuve con un gesto.

—Lo que quiero es estrellárselas en la cabeza, pero Hipócrates no me lo permite.

El señor Willoughby esbozó una sonrisa desconcertada.

—¡Qué hombre tan terrible! —exclamé con una mezcla de exasperación, piedad... y miedo. Una cosa era cruzar el Canal de la Mancha en diez horas. Pero ¿qué pasaría después de dos meses en alta mar?

—Cabeza de cerdo —dijo el chino—. ¿Es rata o dragón?

—Huele como un zoológico entero. Pero ¿por qué dragón?

—Uno nace en Año de Dragón, Año de Rata, Año de Oveja, Año de Caballo —explicó—. Siendo diferente, cada año, diferente persona. ¿Sabe si Tsei-mi rata o dragón?

—¿En qué año nació, quieres saber? Fue en 1721, pero no sé a qué animal corresponde.

—Me parece rata. —El señor Willoughby contempló con aire pensativo la maraña de mantas, que se agitaban con cierta inquietud—. Rata muy inteligente, mucha suerte. Pero dragón también, podría ser. ¿Muy vigoroso en cama, Tsei-mi? Dragones gente muy apasionada.

—No que yo sepa, últimamente.

El montón de ropa se movió hacia arriba y volvió a caer, como si su contenido se hubiera dado la vuelta.

—Tengo remedio chino —apuntó el señor Willoughby observando el fenómeno—. Bueno para vómito, estómago, cabeza, todo hace pacífico y sereno.

Lo miré con interés.

—¿De veras? Me gustaría verlo. ¿Lo has probado con Jamie?

El pequeño chino sacudió tristemente la cabeza.

—No quiere. Dice maldito, arrojo borda si acerca.

Nos miramos con perfecto entendimiento.

—Te diré una cosa —dije, alzando la voz un par de decibelios—: las arcadas secas, si se prolongan mucho, pueden ser peligrosas.

—Oh, muy dañina, sí —asintió enérgicamente.

—Irritan los tejidos del estómago y el esófago.

—¿De veras?

—Sí. Elevan la presión arterial y tensan demasiado los músculos abdominales, que pueden llegar a desgarrarse y provocar una hernia.

—Ah.

—Además —continué, elevando la voz un poquito más—, a veces los testículos se enredan dentro del escroto y se corta la circulación de la zona.

—¡Oooh! —Los ojos del señor Willoughby se hicieron redondos.

—En ese caso —concluí—, lo único que se puede hacer es amputar antes de que se inicie la gangrena.

El chino emitió un sonido sibilante para expresar su profundo horror. El montón de mantas, que se había estado bamboleando de un lado a otro durante toda la conversación, quedó inmóvil.

Miré al señor Willoughby, que se encogió de hombros. Crucé los brazos para esperar. Al cabo de un minuto, un elegante pie descalzo salió de entre las sábanas; poco después, se le unió su compañero.

—Malditos seáis los dos —dijo con grave y malévola voz escocesa—. Venid aquí.

Fergus y Marsali estaban inclinados sobre la barandilla de popa, hombro con hombro, abrazados por la cintura. Al oír nuestros pasos, el muchacho se volvió a mirar y ahogó una exclamación, persignándose con ojos dilatados.

—Ni... una... palabra, por favor —pidió Jamie con los dientes apretados.

Fergus abrió la boca pero no pudo decir nada. Marsali lanzó un chillido.

—¡Papá! ¿Qué te ha pasado?

—No es nada —dijo gruñón—. Una locura del chino para curar los vómitos.

La chica se le acercó, alargando tímidamente un dedo para tocar las agujas que tenía clavadas en la muñeca. Otras centelleaban en la cara interior de la pierna, por encima del tobillo.

—Y... ¿da resultado? —preguntó—. ¿Cómo te encuentras?

Jamie torció la boca; empezaba a recuperar su habitual sentido del humor.

—Me siento como un muñeco vudú que alguien hubiera llenado de alfileres —respondió—. Pero como llevo un cuarto de hora sin vomitar, debo suponer que da resultado.

Me echó un vistazo. Luego, al señor Willoughby.

—No podría ponerme a chupar un pepinillo pero creo que podría tomar un vaso de cerveza si la consigues, Fergus.

—Oh... Oh, sí, milord. ¿Me acompañáis?

—¿Debo indicar a Murphy que empiece a prepararte el almuerzo? —pregunté a Jamie.

Me echó una larga mirada por encima del hombro. Las agujas de oro le brotaban del pelo en dos manojos gemelos, relumbrando al sol de la mañana como un par de diabólicos cuernos.

—No abuses, *Sassenach* —advirtió—. No creas que voy a olvidarme de esto. ¡Testículos enredados! ¡Bah!

El señor Willoughby, sentado sobre sus talones, contaba algo con los dedos, obviamente absorto en algún tipo de cálculo. Cuando Jamie se hubo ido, levantó la vista.

—Rata no —dijo sacudiendo la cabeza—. Dragón no, tampoco. Tsei-mi nace Año del Buey.

—¿De veras? —comenté observando los anchos hombros y la cabeza roja, tercamente enfrentada al viento—. ¡Qué apropiado!

42

La cara de la luna

El trabajo de Jamie como sobrecargo no exigía mucho esfuerzo. Después de comprobar el contenido de la bodega y cotejarlo con las cartas de embarque, no tenía nada más que hacer hasta llegar a Jamaica. Mientras tanto asistía con entusiasmo a las prácticas de tiro que se realizaban día sí y día no; ayudaba a trasladar los cuatro enormes cañones y pasaba horas enteras discutiendo apasionadamente con Tom Sturgis, el artillero. Durante aquellos atronadores ejercicios, Marsali, el señor Willoughby y yo nos poníamos a resguardo bajo el cuidado de Fergus, excluido de las prácticas por faltarle una mano.

Para mi sorpresa, la tripulación me aceptó como cirujano de a bordo sin mayores reparos. Fergus me explicó que en los pequeños buques mercantes, hasta los barberos podían cumplir esa función. Generalmente era la esposa del artillero, si éste era casado, quien atendía las pequeñas lesiones y enfermedades de la tripulación.

Éramos treinta y cuatro personas a bordo y el trabajo apenas me ocupaba una hora por las mañanas, de modo que tanto Jamie como yo teníamos bastante tiempo libre. A medida que el *Artemis* descendía hacia el sur, empezamos a pasar juntos la mayor parte del tiempo.

Por primera vez desde mi retorno a Edimburgo podíamos conversar y recordar las cosas medio olvidadas que sabíamos el uno del otro, descubrir nuevas facetas que la experiencia había pulido y disfrutar de la mutua presencia sin las distracciones del peligro y la vida cotidiana.

La luna se elevó como un enorme disco dorado; salió velozmente del agua para subir por el cielo como un ave fénix en ascenso. Jamie y yo la admirábamos desde la barandilla. Se distinguían sin dificultad los puntos oscuros y las sombras de su superficie.

—Parece posible conversar con ella —dijo sonriente.

—Cuando partí, un grupo de hombres se estaba preparando para ir a la luna. ¿Habrán llegado ya?

—Vuestras máquinas voladoras, ¿llegan tan alto? —se extrañó Jamie—. Pese a lo cerca que parece estar, ¿no hay mucha distancia? Un libro decía que, quizás, había trescientas leguas entre la Tierra y la luna. ¿Estaba equivocado? ¿O acaso vuestros... aeroplanos... pueden llegar tan lejos?

—Hace falta un aparato especial, llamado cohete —expliqué—. En realidad, la distancia es mucho mayor; cuanto más te alejas de la Tierra, más se reduce el aire para respirar por lo que es necesario llevarlo, junto al agua y la comida, en una especie de tubos.

—¿De veras? —Levantó la vista con expresión maravillada—. ¿Cómo serán las cosas allá arriba?

—Eso lo sé, porque he visto fotografías. Es rocosa y yerma, sin vida pero muy hermosa, con barrancos, montañas y cráteres; se ven desde aquí: son aquellas manchas oscuras. —Señalé la cara sonriente y dediqué una sonrisa a Jamie—. No se diferencia mucho de Escocia... aunque no es verde.

Se echó a reír con la palabra «fotografías» y sacó del bolsillo el pequeño paquete de fotos que guardaba con mucha prudencia y que no sacaba nunca si alguien podía verlas, aunque fuera Fergus. Pero estábamos solos y no corríamos peligro de que nos interrumpieran.

—¿Crees que ella caminará por la luna? —preguntó con suavidad, deteniéndose en la foto de Bree mirando por la ventana con expresión soñadora.

—No lo sé —dije sonriendo.

Me acerqué a él, sintiendo el calor de su cuerpo a través del abrigo y apoyé la cabeza en su brazo mientras miraba poco a poco las fotos.

—Es hermosa —murmuró—. Y además, dices que es inteligente.

—Igual que su padre —reconocí.

Rió entre dientes, pero sentí que se ponía tenso al ver una de las fotos. Brianna tenía unos dieciséis años y chapoteaba con su amigo Rodney en la playa. Carraspeó.

—Eso... ¿Ese mozo...? No quisiera criticar, Claire, pero ¿no te parece que esto es un poco... indecente?

Contuve la risa para decir, con mucha compostura:

—Todo lo contrario, el traje de baño es bastante recatado... para la época. Escogí la foto porque supuse que te gustaría... ver a tu hija lo más al natural que pudieras.

La idea pareció escandalizarlo un poco pero su mirada volvió irresistiblemente a la foto.

—Sí, bueno, es adorable y me alegro de saberlo. Pero ese... ese muchacho...

Por primera vez no me pareció tan malo que Jamie no hubiera podido vigilar personalmente la vida de Bree: ante él, cualquier muchacho que tuviera la audacia de cortejarla habría muerto del susto.

Jamie aspiró hondo. Me di cuenta de que reunía valor para hacerme una pregunta.

—¿Crees que es... virgen? —la pausa fue apenas perceptible.

—Por supuesto —aseguré. En realidad sólo lo creía posible pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—Ah... —exclamó aliviado. Me mordí los labios para no reír—. Bueno, estaba seguro, pero... es decir... —Tragó saliva.

—Bree es muy buena chica —le dije estrechándole el brazo—. Aunque Frank y yo no nos lleváramos muy bien, fuimos buenos padres.

—Sí, lo sé. —Tuvo el detalle de mostrarse avergonzado; guardó las fotos en el bolsillo y dijo, sin mirarme—: ¿Estás segura de haber hecho bien en venir ahora, Claire? No es que yo no te quiera conmigo —añadió precipitadamente al sentir que me ponía rígida—. ¡Claro que te quiero, por Dios! Te quiero tanto que a veces siento como si el corazón me reventara de alegría al verte a mi lado. Sólo que... ahora Brianna está sola: Frank ha muerto y tú te has ido; no tiene un esposo que la proteja; no hay un hombre en su familia que se ocupe de casarla bien. ¿No habrías debido quedarte un tiempo más con ella?

Hice una pausa tratando de dominar mis propios sentimientos.

—No lo sé —reconocí al fin. Me temblaba la voz pese a mis esfuerzos por controlarla—. Mira, en mis tiempos las cosas no son como ahora.

—¡Eso ya lo sé!

—No, no lo sabes. —Arranqué mi mano de la suya con una mirada fulminante—. No lo sabes, Jamie, y no hay forma de explicártelo, porque no me creerías. Bree ya es una mujer adulta; se casará cuándo y cómo quiera, no cuando alguien lo decida por ella. En realidad, ni siquiera está obligada a casarse. Tiene una buena educación y puede ganarse la vida; hay muchas mujeres que lo hacen. No tiene necesidad de un hombre que la proteja.

—Si las mujeres no necesitan un hombre que las proteja y las ame, debe ser una época muy triste. —Me sostuvo la mirada con idéntica furia.

Aspiré hondo, tratando de mantener la calma.

—No dije que no los necesitemos. —Le apoyé una mano en el hombro—. Dije que ella puede elegir. No está obligada a aceptar a un hombre por necesidad; puede hacerlo por amor.

Jamie empezó a relajarse.

—Tú me aceptaste por necesidad.

—Y volví por amor —señalé—. ¿Crees que te necesitaba menos porque podía mantenerme sola?

—No —reconoció en voz baja—. No lo creo.

—La verdad es que me preocupaba la perspectiva de abandonarla —susurré—. Ella misma me obligó. Temíamos que, si esperábamos más tiempo, ya no sería posible localizarte. Pero me preocupaba.

—Lo sé. No debería haber dicho eso.

—Le dejé una carta. Fue lo único que se me ocurrió... sabiendo que quizá no volvería a verla.

—¿Sí? Eso estuvo bien, *Sassenach*. ¿Qué le decías?

Solté una risa trémula.

—Todo lo que se me ocurrió. Consejos de madre, con la poca sabiduría que tengo. Y cosas prácticas: dónde estaba la escritura de la casa y los documentos de la familia. Y recomendaciones sobre cómo vivir. Supongo que ella no las tendrá en cuenta y será muy feliz, pero al menos sabrá que pensaba en ella.

• • •

Mi querida Bree...

Allí me detuve. No podía.

—Domínate, Beauchamp —murmuré—. A ver si acabas de una vez con esta maldita carta. Aunque no le haga falta, tampoco le hará ningún daño. Pero si la necesita, la tendrá.

Cogí la estilográfica y volví a empezar.

No sé si llegarás a leer esto, pero es importante ponerlo por escrito. He aquí lo que sé de tus abuelos (los verdaderos), tus bisabuelos y tu historia clínica...

Escribí durante mucho rato, cubriendo página tras página. Mi mente se iba serenando por el esfuerzo y la necesidad de registrar la información con claridad.

Eres mi niña y lo serás siempre. Sólo comprenderás lo que eso significa cuando tengas un hijo, pero quiero decírtelo: siempre serás tan parte de mí como cuando compartías mi cuerpo y te sentía moverte. Siempre.

Cuando te veo dormir pienso en las noches en que te arropaba, en las veces que me acercaba a escucharte respirar. Pase lo que pase, todo está bien en el mundo, porque estás tú.

¡Y cómo te llamaba en aquellos años! Gatita, calabaza, paloma, querida, dulce, cotorra... Ahora sé por qué los judíos y los musulmanes tienen novecientos nombres para denominar a Dios; al amor no le basta con una palabra.

Parpadeé para descansar la vista y continué escribiendo con celeridad. No me atrevía a tomarme el tiempo necesario para elegir las palabras.

Lo recuerdo todo de ti: desde la pelusa dorada que, de recién nacida, te cubría la frente, hasta la uña del dedo gordo que te rompiste el año pasado, cuando te peleaste con Jeremy y cerraste de un puntapié la puerta de su camión.

Se me parte el corazón al pensar que eso se acaba; ya no podré observarte y detectar los pequeños cambios; no sabré si dejarás de morderte las uñas ni veré la forma definitiva de tu cara. No te olvidaré nunca, Bree, nunca.

Probablemente no hay otra persona en la Tierra que sepa cómo era el dorso de tus orejas a los tres años. Cuando me sentaba a tu lado para leer «Los cinco patitos se fueron a nadar...» o el cuento de los tres cerditos, aquellas orejas se ponían rosas de felicidad. Tenías el cutis tan limpio y frágil que habría bastado un mal pensamiento para dejarle huella.

Ya te dije que te pareces a Jamie. Pero también tienes algo de mí; busca el retrato de mi madre, el que está en la caja, y la pequeña fotografía en blanco y negro de tu abuela con su madre. Verás que tu frente es ancha y clara, como la de ellas y como la mía. También conozco a muchos de los Fraser; creo que vas a envejecer bien si te cuidas la piel.

Encárgate de todo, Bree. ¡Cuánto me gustaría poder cuidarte y protegerte durante toda la vida! Pero no puedo, me quede o me vaya. De cualquier modo, cuídate; hazlo por mí.

Las lágrimas empezaban a mojar el papel; tuve que detenerme para secarlas antes de que corrieran la tinta y volvieran ilegible la escritura. Me sequé la cara y seguí escribiendo con más lentitud.

Debes saber, Bree, que no me arrepiento. A pesar de todo, no me arrepiento. Ahora podrás imaginar lo sola que me sentí sin Jamie. Eres mi alegría, Bree. Eres perfecta y maravillosa.

Ya te oigo decir, en ese tono exasperado: «¡Es lógico que pienses así: eres mi madre!» Sí, por eso lo sé.

Por ti todo valió la pena, Bree... aunque hubiera sido peor. He hecho muchas cosas en mi vida, pero la más importante fue amaros a tu padre y a ti.

Elige un hombre que se parezca a tu padre. A cualquiera de los dos.

Ante eso meneé la cabeza; ¿podían existir dos hombres más diferentes? Pero al pensar en Roger Wakefield resolví dejarlo así.

Una vez que hayas escogido a un hombre, no trates de cambiarlo. No se puede. Pero lo más importante es no permitir que trate de cambiarte a ti. Tampoco se puede, pero los hombres siempre lo intentan.

Camina siempre con la espalda erguida y trata de no engordar.

Con todo mi amor,

Mamá

A Jamie, inclinado sobre la barandilla, le temblaban los hombros; no pude saber si era de risa o de emoción.

—Creo que se las arreglará muy bien —susurró—. No importa qué idiota la haya engendrado: ninguna chica ha tenido nunca una madre mejor. Dame un beso, *Sassenach*. Y créeme: no te cambiaría por nada del mundo.

43

Miembros fantasmas

Desde la partida, Fergus, el señor Willoughby, Jamie y yo vigilábamos con atención a los seis contrabandistas escoceses. Como ninguno de ellos hacía el menor gesto sospechoso acabé relajándome aunque, a excepción de Innes, no dejé de mostrarme reservada hacia ellos.

Innes era un hombre callado. Por eso no me sorprendió descubrirlo una mañana con la cara contraída en una mueca silenciosa y doblado en dos tras una escotilla, como si librara algún silencioso combate interior.

—¿Te duele algo, Innes? —pregunté.

—¡Ay! —Irguió la espalda sobresaltado, para volver a acurrucarse con un brazo sobre el vientre—. Hummmm.

—Acompáñame.

Lo cogí por el codo para llevarlo a mi camarote y le quité la camisa para examinarlo. Palpé su abdomen flaco y velludo. Los dolores eran intermitentes, le hacían retorcerse como un gusano y luego desaparecían; daba la sensación de que lo suyo era una simple flatulencia, pero era mejor asegurarse.

—Aspira hondo —le pedí apoyando las manos sobre su pecho—. Ahora suelta el aire. —Su rostro adquirió de nuevo el color habitual. Cogí una de las gruesas hojas de pergamino que usaba como estetoscopio.

—¿Cuándo fue la última vez que vaciaste el vientre? —pregunté mientras hacía un rollo con el pergamino.

La cara enjuta del escocés se tornó del color del hígado fresco. Murmuró algo incoherente y reconocí la palabra «cuatro».

—¿Cuatro días? —inquirí sujetándolo sobre la mesa para impedir que escapara—. Espera un momento. Necesito escuchar algo para asegurarme.

Tal como yo pensaba, en la curva superior del intestino grueso se oía claramente el rumor de los gases atrapados. El colon estaba bloqueado; de allí no surgía sonido alguno.

—Tienes gases en la tripa —expliqué—. Y estreñimiento.

—Sí, ya lo sé —murmuró Innes buscando frenéticamente la camisa que le retenía mientras lo sermoneaba sobre su dieta. No me sorprendió saber que consistía casi por completo en carne salada y galleta marinera.

—¿Y los guisantes secos? ¿Y la avena? —pregunté sorprendida.

Innes no abrió la boca pero la pregunta desató un torrente de revelaciones y quejas de los espectadores que se habían amontonado en el pasillo.

Como Jamie, Fergus, Marsali y yo comíamos con el capitán Raines, disfrutando de los banquetes de Murphy, ignorábamos lo deficiente que era la comida para la tripulación. Al parecer, el problema era que Murphy reservaba sus saberes culinarios para la mesa del capitán, mientras que alimentar a la tripulación le parecía más una tediosa obligación que un desafío. Se negaba terminantemente a molestarse en actos como remojar algarrobas o hervir avena. La terca insistencia de los escoceses, que reclamaban su avena, despertaba su intransigencia irlandesa. La cuestión, que en un principio parecía un pequeño desacuerdo, podía convertirse en un problema más grave.

—Hablaré con el señor Murphy —prometí a los escoceses. Y entregué a Innes algunas hierbas envueltas en una gasa—. Mientras tanto, prepara una infusión con esto y bebe una taza en cada cambio de guardia. Si mañana no ha habido resultados probaremos con medidas más potentes.

Innes cogió el envoltorio y, tras inclinar la cabeza agradecido, huyó a toda prisa.

Después de un encarnizado debate con Murphy, que concluyó sin derramamiento de sangre, acordamos que yo me encargaría todas las mañanas de preparar el puré para los escoceses con la

condición de que usara sólo una cacerola y una cuchara, no cantara mientras lo hacía y cuidara de no ensuciar su sagrada cocina.

A la mañana siguiente, Jamie no se presentó a la mesa del capitán. Había salido en la chalupa con dos de los marineros con idea de pescar algo. Regresó a mediodía, alegre, quemado por el sol y cubierto de escamas.

—¿Qué has hecho con Innes, *Sassenach*? —exclamó sonriente—. Se ha escondido en la letrina de estribor. Dice que le ordenaste no salir de allí hasta que haya cagado.

—No le dije exactamente eso —expliqué—; le dije que si esta noche no había vaciado el vientre, le haría una lavativa.

Jamie echó un vistazo hacia la letrina.

—Bueno, esperemos que sus intestinos cooperen. De lo contrario, con una amenaza como ésa, no saldrá durante el resto del viaje.

—No te preocupes. Ahora que todos están comiendo puré, su vientre volverá a funcionar.

Jamie me echó una mirada de sorpresa.

—¿Que están comiendo puré? ¿Qué significa eso, *Sassenach*l

Le expliqué cómo se había originado la Guerra de la Avena y su resultado final.

—Deberían haber recurrido a mí —comentó mientras se lavaba los brazos.

—Supongo que lo habrían hecho tarde o temprano. Yo lo descubrí por casualidad, porque encontré a Innes gruñendo detrás de una escotilla.

—Hum... —dijo mientras se quitaba la sangre de pescado con piedra pómez.

—Estos hombres no son como tus arrendatarios de Lallybroch, ¿verdad? —comenté.

—No. —Sumergió los dedos en el aguamanil, dejando pequeños círculos en los que flotaban escamas—. Yo no soy su señor. Sólo el que les paga.

—Pero te aprecian —protesté. Corregí al recordar el relato de Fergus—: Al menos, cinco de ellos.

—Sí. MacLeod y los otros me tienen afecto... cinco de ellos. Y me apoyarían si fuera necesario... cinco al menos. Pero no me conocen bien, ni yo a ellos, salvo a Innes. —Arrojó el agua sucia por la borda y me ofreció el brazo—. En Culloden murió algo más que la causa de los Estuardo, *Sassenach*. Bueno, ¿vamos a comer?

A la semana siguiente descubrí qué diferenciaba a Innes del resto. Quizás envalentonado por el éxito de mi purgante se presentó voluntariamente en mi camarote.

—Me gustaría saber, señora —dijo cortésmente—, si existe algún remedio para algo que no está.

—¿Cómo? —Debí poner cara de sorpresa ante tal descripción, pues me mostró su manga vacía a modo de ejemplo.

—El brazo —explicó—. No lo tengo, como podéis ver. Sin embargo, a veces me duele de un modo horrible. Durante años pensé que estaba loco —confesó algo enrojecido y bajando la voz—. Pero estuve hablando con el señor Murphy y me dijo que le sucede lo mismo con la pierna que perdió. Y Fergus suele despertarse con la sensación de que está metiendo la mano amputada en un bolsillo ajeno. —Sonrió y sus dientes centellearon bajo el bigote caído—. Si es tan común sentir un miembro que ya no existe, tal vez se pueda hacer algo para solucionarlo.

—Comprendo. —Me froté la barbilla reflexionando—. Es común experimentar sensaciones en una parte del cuerpo que se ha perdido. Se llama «miembro fantasma». En cuanto a la solución...

Traté de recordar si existía alguna terapia. Mientras tanto, para ganar tiempo pregunté:

—¿Cómo perdiste el brazo?

—Oh, por envenenamiento de la sangre —explicó indiferente—. Un día me hice un pequeño corte en la mano con un clavo y se puso purulento. Fue una suerte, porque eso evitó que me trasladaran con los demás.

—¿Los demás?

Me miró con sorpresa.

—Los otros prisioneros de Ardsmuir. ¿No os dijo nada Mac Dubh? Cuando la fortaleza dejó de ser prisión, todos los escoceses fueron enviados a las Colonias con contrato de servidumbre... salvo Mac Dubh, por ser un hombre importante al que no querían perder de vista, y yo, que había perdido el brazo y no servía para trabajos duros. A él se lo llevaron a otro lugar; a mí me indultaron y me dejaron en libertad. Como veis, si no fuera por el dolor que me ataca algunas noches, fue un accidente afortunado.

Con una mueca, hizo ademán de frotarse el brazo inexistente; de inmediato se detuvo, encogiéndose de hombros como para explicar el problema.

—Comprendo. Así que estuviste en prisión con Jamie. Lo ignoraba. —Me había puesto a revolver el contenido de mi botiquín, preguntándome si algún calmante serviría para este tipo de dolor.

—Ah, sí. —Innes iba perdiendo su timidez y comenzaba a hablar con más libertad—. Habría muerto de hambre si Mac Dubh no hubiera venido a buscarme cuando lo soltaron.

—¿Fue a buscarte? —Por el rabillo del ojo vi un destello azul. Era el señor Willoughby que pasaba. Lo llamé por señas.

—Sí. Cuando lo liberaron fue a investigar si había vuelto alguno de los hombres que enviaron a América. —Se encogió de hombros; la falta del brazo exageraba el efecto—. En Escocia no quedaba ninguno, salvo yo.

—Comprendo. Señor Willoughby, ¿qué se puede hacer con esto?

Le expliqué el problema al chino, el cual tenía una solución. Despojamos nuevamente a Innes de su camisa. Mientras yo tomaba notas, él presionó firmemente con los dedos ciertos puntos del cuello y el torso.

—Brazo está en mundo fantasma —explicó—. Cuerpo no; aquí, en mundo de arriba. Brazo quiere volver, no quiere estar lejos cuerpo. Esto... An-mo... aprieta-aprieta... calma dolor. Pero también decimos brazo no volver.

—Y eso, ¿cómo se hace? —Innes empezaba a interesarse por el procedimiento.

El chino revolvió mi botiquín, sacó un frasco de ajíes picantes desecados y puso una pequeña cantidad en un plato para calentarlos.

—Envía humo de mensajero fan jiao a mundo fantasma, hablar brazo.

Luego, sin pausa, escupió copiosamente sobre el muñón de Innes.

—¡Eh, maldito pagano! —chilló el escocés con los ojos dilatados por la furia—. ¿Cómo te atreves a escupirme?

—Escupo fantasma —corrigió el señor Willoughby retrocediendo precipitadamente hacia la puerta—. Fantasma miedo saliva. Ya no vuelve.

Apoyé una mano en el brazo sano de Innes.

—¿Te duele ahora el brazo? —pregunté.

Su ira empezó a ceder.

—Bueno... no —admitió dirigiendo una mirada ceñuda al chino—. ¡Pero no por eso voy a permitir que me escupas cuando te dé la gana, gusano!

—Oh, no —replicó el señor Willoughby muy sereno—. Yo no escupo. Ahora tú escupe. Asusta tu fantasma.

Innes se rascó la cabeza en un gesto entre la ira y la risa.

—Bueno, que me aspen —dijo al fin sacudiendo la cabeza. Y recogió la camisa para ponérsela—. De cualquier modo, creo que la próxima vez probaré con el té, señora Fraser.

44

Fuerzas naturales

—Soy un tonto —dijo Jamie. Hablaba con aire triste mientras observaba a Fergus y a Marsali conversando junto a la barandilla.

—¿Por qué lo dices? —pregunté aunque tenía una idea bastante aproximada.

—He pasado veinte años muñéndome por tenerte en mi cama —dijo, confirmando mis suposiciones—. Y al mes de tu retorno dispongo las cosas de tal forma que no puedo besarte sin tener que esconderme detrás de una escotilla. Además, cada vez que me vuelvo sorprendo a ese cretino de Fergus mirándome con rencor. No puedo culpar a nadie, salvo a mi propia estupidez. ¿En qué estaba pensando cuando tomé esta decisión? —inquirió clavando una mirada fulminante en la pareja que se arrullaba con cariño.

—Bueno, lo cierto es que Marsali sólo tiene quince años —dije—. Supongo que tratabas de comportarte como corresponde a un padre... o a un padrastro.

—Así es. —Me miró con una sonrisa de reproche—. Y mi recompensa por tan abnegada actitud es que no puedo tocar a mi propia esposa.

—Oh, claro que puedes tocarme. —Le cogí una mano para acariciársela suavemente—. Lo que no podemos es dar rienda suelta a nuestra pasión.

—En mi defensa he de decir que mis intenciones eran buenas —musitó melancólicamente mientras me sonreía.

—Bueno, ya sabes lo que se dice de las buenas intenciones.

—¿Qué?

—Que de ellas está empedrado el infierno. —Le estreché la mano y traté de apartar la mía, pero no me lo permitió.

—Muy cierto —dijo—. Yo quería que la muchacha pudiera pensar lo que iba a hacer antes de que fuera demasiado tarde. Y el resultado final de mi intervención ha sido que me paso despierto media noche, oyendo gemir a Fergus al otro lado del camarote. Además de soportar las sonrisas de la tripulación cuando me ven pasar.

—¿Cómo suenan los gemidos? —pregunté fascinada.

Jamie pareció algo azorado.

—Oh, bueno... es sólo... —Hizo una breve pausa—. ¿Tienes idea de lo que hacen los hombres en la cárcel, *Sassenach*, al estar tanto tiempo sin mujeres?

—Puedo imaginarlo.

—Supongo que sí —reconoció—. Y seguramente aciertas. Hay tres posibilidades: utilizarse mutuamente, enloquecer o arreglárselas solo, ¿comprendes?

Se volvió hacia el mar con una sonrisa apenas visible.

—¿Crees que estoy loco, *Sassenach*?

—Por lo general, no —respondí sinceramente.

—No, no fui capaz. Aunque de vez en cuando me habría gustado enloquecer —confesó pensativo—. Tampoco recurrí a la sodomía —añadió con una mueca irónica.

—Ya lo imagino.

La desesperación y la necesidad podían llevar a eso a algunos hombres que, en condiciones normales, se habrían horrorizado ante la idea de utilizar a otro. A Jamie, nunca. Conociendo sus experiencias en manos de Jack Randall, era más probable que se volviera loco antes de recurrir a tales actos.

—En la cárcel no hay ninguna intimidad —dijo—. Creo que eso me molestaba más que los grilletes. Día y noche, siempre a la vista de alguien, sin otra manera de proteger tus pensamientos que

fingirte dormido. En cuanto a lo otro... —Con un breve resoplido se sujetó el pelo detrás de la oreja—. Bueno, uno espera a que se apague la luz, pues la única intimidad está en la oscuridad. Pasé más de un año con grilletes, *Sassenach*.

Levantó los brazos, los separó medio metro y cortó bruscamente el movimiento, como si hubiera llegado a algún tope invisible.

—Sólo podía hacer esto. Era imposible mover las manos sin que las cadenas hicieran ruido. Si hay algo que conozco muy bien, *Sassenach* —concluyó en voz baja echando un vistazo a Fergus—, es el ruido del hombre que hace el amor con una mujer ausente.

Se encogió de hombros y me miró con una semisonrisa; bajo su humor burlón vi acechar los oscuros recuerdos en el fondo de sus ojos. También vi una terrible necesidad, un deseo tan fuerte que no había sucumbido a la soledad, la degradación y la distancia.

Su apetito salía de la médula de los huesos. Y los míos parecieron disolverse. Su mano estaba a dos centímetros de la mía, larga y potente. «Si lo toco —pensé—, me poseerá aquí mismo, sobre la cubierta.»

Como si me hubiera oído, me cogió súbitamente la mano apretándome el muslo.

—A veces, *Sassenach*, sería capaz de poseerte bajo el palo mayor, con las faldas subidas hasta la cintura, ¡y al diablo con esa maldita tripulación!

Nos apretamos la mano mientras contestaba con una amable inclinación de cabeza al saludo del artillero.

Bajo mis pies sonó la campanilla que nos llamaba a la mesa del capitán. Fergus y Marsali abandonaron sus juegos para bajar y la tripulación inició los preparativos para el cambio de guardia. Nosotros seguíamos de pie junto a la barandilla, mirándonos a los ojos.

—El capitán os envía sus saludos, señor Fraser, y pregunta si pensáis comer con él. —Era Maitland, el grumete, que cumplía con su recado manteniendo una prudente distancia.

Jamie aspiró hondo y apartó los ojos de mí.

—Bajaremos de inmediato —dijo y, después de acomodarse la chaqueta sobre los hombros, me ofreció el brazo—. ¿Vamos, *Sassenach*?

—Un momento.

Encontré en mi bolsillo lo que llevaba rato buscando. Lo saqué y se lo puse en la mano. Se quedó mirando la imagen del rey Jorge m.

—Esto es a cuenta —expliqué—. Bajemos a comer.

El día siguiente volvimos a pasarlo en cubierta; el aire continuaba siendo helado pero era preferible el frío al ambiente viciado de los camarotes. Dimos nuestro paseo habitual en torno a la cubierta.

A poca distancia estaba el señor Willoughby, cruzado de piernas bajo la protección del palo mayor; tenía un pequeño recipiente de tinta negra junto a la punta de la zapatilla y una gran hoja de papel blanco ante sí. La punta del pincel tocaba la página con la levedad de una mariposa, dejando tras de sí rasgos asombrosamente fuertes.

Ante mis ojos fascinados volvió a comenzar en lo alto de la página descendiendo rápidamente. Ver la seguridad con que realizaba los trazos era como contemplar a un bailarín o a un maestro de esgrima. Un marinero pasó peligrosamente cerca y estuvo a punto de plantar su enorme pie en la nivea blancura del papel. Poco después, otro hombre hizo lo mismo, aunque sobraba espacio para pasar. El primero, al regresar, puso tan poco cuidado que dio una patada al pequeño tintero.

El segundo marinero se detuvo con interés.

—¿Y esa mancha en nuestra limpia cubierta? Al capitán Raines no le gustará —anunció, saludando burlonamente al señor Willoughby—. Harás bien en limpiar eso con la lengua, pequeño, antes de que venga.

—Eso. Limpíalo con la lengua. ¡De inmediato!

El primer hombre se acercó un paso a la silueta sentada; su sombra cayó sobre la página como un borrón. El señor Willoughby apretó los labios pero no levantó la vista.

—He dicho que... —empezó el primer marinero en voz alta. Pero se interrumpió, sorprendido, al ver que un gran pañuelo blanco caía sobre la mancha de tinta.

—Perdonad, caballeros —dijo Jamie—. Al parecer, se me ha caído algo.

Con una cordial inclinación de cabeza dedicada a la tripulación, se inclinó para recoger el pañuelo, dejando un leve borrón en la cubierta. Los marineros intercambiaron una mirada dubitativa. Al ver el brillo de los ojos azules sobre la blanca sonrisa palidecieron visiblemente.

—No es nada, señor —murmuró—. Vamos, Joe, que nos necesitan en popa.

Sin mirar a los hombres que se alejaban ni al señor Willoughby, Jamie vino hacia mí, guardando el pañuelo en la manga-

—Un día muy agradable, ¿verdad, *Sassenach*? —Echó la cabeza atrás para aspirar profundamente.

—Hiciste bien —dije mientras se apoyaba en la barandilla—. ¿Puedo ofrecer mi camarote al señor Willoughby para que escriba?

Jamie resopló.

—No; ya le he ofrecido el mío o la mesa del comedor, cuando está desocupada, pero prefiere estar aquí; es muy testarudo.

—Supongo que hay más luz —comenté dubitativa—. Pero no parece muy cómodo.

—En efecto. —Jamie se peinó con los dedos, exasperado—. Lo hace adrede, para molestar a la tripulación.

—Bueno, si es lo que busca, sin duda lo consigue —comenté—. Pero ¿para qué?

—Es complicado. Supongo que es el primer chino que conoces.

—No, pero sospecho que los de mi época son diferentes. No suelen llevar coleta ni pijama de seda, ni se preocupan por los pies de las mujeres.

Jamie se acercó hasta que su mano rozó la mía en la barandilla.

—Bueno, tiene que ver con los pies. Al menos así empezó. Josie, una de las chicas de Madame Jeanne se lo contó a Gordon y, claro, él se lo ha contado a todo el mundo.

—¿Qué diablos pasa con los pies? —inquirí con curiosidad—. ¿Qué les importa a ellos?

Jamie tosió, algo ruborizado.

—Bueno, es un poco...

—No puedes decirme nada que me espante —le aseguré—. He visto unas cuantas cosas en esta vida, como sabes, y muchas de ellas contigo.

—Supongo que sí —sonrió—. Bueno, el caso es que, en la China, a las damas de alta cuna les vendan los pies.

—He oído hablar de ello —dije sin comprender a qué venía—. Se supone que de ese modo los pies son pequeños y por tanto elegantes.

Jamie volvió a resoplar.

—¿Elegantes? ¿Sabes cómo se hace?

Y procedió a describírmelo.

—¡Qué repugnante! —protesté—. Pero ¿qué relación tiene eso con...?

Eché un vistazo al señor Willoughby, que no parecía escucharnos.

—Digamos que éste es el pie de la niña, *Sassenach* —explicó estirando la mano derecha hacia adelante—. Se curvan los dedos hacia abajo, hasta llegar a tocar el talón. ¿Qué queda en el medio?

—¿Qué? —pregunté extrañada.

Jamie extendió el dedo medio de la mano izquierda y lo hundió en el centro del puño, en un inconfundible gesto.

—Un agujero —dijo sucintamente.

—¡No puede ser! ¿Se hace por eso?

Él arrugó la frente.

—No es broma, *Sassenach*. —Señaló delicadamente al señor Willoughby con la cabeza—. Él asegura que para el hombre es una sensación extraordinaria.

—¡Pero... pequeña bestia pervertida!

Jamie se echó a reír ante mi indignación.

—Bueno, eso es lo que opina la tripulación. Claro que con las mujeres europeas, el efecto no puede ser el mismo pero supongo que... lo intenta de vez en cuando.

Empezaba a comprender la hostilidad general que despertaba el pequeño chino. Mi breve trato con la tripulación del *Artemis* me había demostrado que los marineros, en general, tendían a ser personas galantes, con un fuerte aspecto romántico en lo que concierne a las mujeres; sin duda porque pasaban buena parte del año sin compañía femenina.

—Hum —musité echando una mirada suspicaz al chino—. Bueno, eso explica la hostilidad de los hombres, pero... ¿y la suya?

—Eso es más complejo. —Jamie esbozó una sonrisa irónica—. Para el señor Yi Tien Cho, del Imperio Celeste, los bárbaros somos nosotros.

—¿De veras? ¿Tú también?

—Oh, sí. Soy un sucio y maloliente *gwao-fe*, es decir, un demonio extranjero. Huelo como una comadreja... creo que eso significa *huang-shu-lang*, y tengo cara de gárgola —concluyó con alegría.

—¿Todo eso te dijo?

—¿No has notado que los hombres menudos son capaces de decir cualquier cosa cuando el alcohol los domina? Creo que el coñac les hace olvidar su tamaño; entonces se creen grandes y se comportan como gigantes.

Miró al señor Willoughby, que seguía escribiendo.

—Cuando está sobrio es un poco más circunspecto pero eso no cambia su manera de pensar. Le saca de quicio saber que, si no fuera por mí, alguien lo mataría de un golpe o lo arrojaría al mar cualquier noche.

—Así que le salvaste la vida, le diste trabajo y lo proteges y a cambio él te insulta y te tiene por un bárbaro ignorante —comenté—. ¡Qué encanto!

—Que diga lo que quiera. En realidad, soy el único que lo comprende.

—¿De veras? —Puse una mano sobre la de Jamie.

—Bueno, quizá no acabe de comprenderlo —admitió bajando la vista—. Pero recuerdo lo que significa tener sólo tu orgullo... y un amigo.

Al recordar lo que me había dicho Innes, me pregunté si el manco habría sido su amigo en otros tiempos. Joe Abernathy había tenido la misma importancia para mí.

—Sí, en el hospital... —empecé.

Pero me interrumpieron unos gritos provenientes de la cocina.

—¡Inútiles! —gritó el irlandés—. ¿Qué estáis mirando? ¡Que dos de vosotros arrojen esta porquería por la borda!

Poco después, un olor espantoso me invadió la nariz. Maitland y Grosman subían con un gran tonel a cubierta.

—¡Por Dios, qué es eso! —exclamé cubriéndome la cara con un pañuelo.

—Por el olor, un caballo muerto hace bastante tiempo —dijo Jamie.

Maitland y Grosman tiraron el tonel al mar. Estaba lleno de carne putrefacta, llena de gusanos.

La tripulación se reunió en cubierta, atraída por los gritos de Murphy. En aquel momento apareció Manzetti, un pequeño marino italiano, cargando su mosquete.

—¡Tiburones! —explicó con un centelleo en los dientes—. Son muy ricos.

El agua turbia tenía un color gris pero divisé algo que se movía bajo la superficie y el tonel se agitó. A mi lado, el mosquete disparó con un pequeño rugido dejando una nube de pólvora y un grito general. Cuando los ojos dejaron de llorarme distinguí una mancha parda que se esparcía en torno del tonel.

—No sirve —dijo Manzetti bajando el mosquete—. Demasiado lejos.

—Me gustaría comer un buen trozo de tiburón —dijo a poca distancia la voz del capitán—. Podríamos bajar un bote, señor Picard.

El contramaestre dio una orden a gritos y se lanzó una chalupa en la que iban el italiano con su mosquete y tres hombres más, equipados con garfios y sogas. Cuando llegaron, el tonel se había convertido en unos trozos de madera alrededor de los cuales se debatían los tiburones y, por encima, una

bulliciosa nube de aves marinas. De pronto, un hocico afilado emergió apoderándose de un pájaro y desapareciendo bajo el agua.

—¿Lo has visto? —pregunté asombrada.

—¡Por mi abuela, qué dientes! —confirmó Jamie impresionado.

—De poco le servirán —dijo Murphy sonriendo con salvaje gozo— cuando le metan una bala en esa maldita cabezota. ¡Tráeme uno de esos bastardos, Manzetti, y tendrás una botella de coñac!

—¿Se trata de una cuestión personal, señor Murphy? —preguntó Jamie en tono cortés—. ¿O es puro interés profesional?

— Ambas cosas, señor Fraser, ambas cosas. —El cocinero golpeó la borda con la pata de madera—. Ellos ya me han probado —dijo—, pero yo ya me he comido a unos cuantos.

El bote apenas se divisaba entre los aleteos; los gritos de las aves impedían oír nada que no fueran los del señor Murphy.

—¡Bistec de tiburón con mostaza! —aullaba—. ¡Hígado en picadillo! ¡Haré sopa con las aletas y gelatina con los ojos remojados en jerez, malditos bastardos!

Manzetti, arrodillado en la proa, apuntó con su mosquete dejando escapar una nube de humo negro. Fue entonces cuando vi al señor Willoughby.

Nadie lo había visto saltar desde la barandilla, pues todos teníamos los ojos puestos en la cacería. Pero allí estaba, a poca distancia del bote, con la cabeza afeitada reluciendo en el agua y forcejeando con un ave enorme que agitaba el agua con las alas como si fuera una batidora.

Alertado por mi grito, Jamie lo miró con los ojos desorbitados. Antes de que yo pudiera moverme, subió a la barandilla.

Mi grito de espanto coincidió con un rugido de sorpresa de Murphy: Jamie había caído limpiamente junto al chino.

Hubo gritos y exclamaciones en cubierta y un chillido agudo de Marsali. La cabeza roja de Jamie emergió junto a la del señor Willoughby; un segundo después, su brazo ceñía el cuello del chino. El señor Willoughby no soltaba el ave. No sabía si Jamie quería rescatarlo o estrangularlo hasta que lo vi impulsarse con enérgicas patadas, arrastrando hacia el barco la masa forcejeante de ave y hombre.

Gritos de triunfo en el bote y un círculo rojo intenso que se extendía en el agua; tras tremendas convulsiones, un tiburón fue enganchado y subido a la pequeña embarcación. Fue el caos: los hombres de la chalupa habían visto lo que pasaba a poca distancia.

Se arrojaron cuerdas por ambos lados; los tripulantes corrían de popa a proa, nerviosos, sin decidirse entre ayudar en el rescate o en la captura del tiburón. Por fin, Jamie y su carga fueron izados por estribor y arrojados a la cubierta mientras el tiburón capturado subía por babor, dando débiles coletazos.

—Dios ben... dito —jadeó Jamie boqueando como un pescado.

—¿Estás bien? —Me arrodillé a su lado para secarle la cara con la falda.

—Dios —repitió incorporándose. Estornudó—. Temía que me devoraran. Esos idiotas del bote remaban hacia nosotros con todos los tiburones detrás. —Se masajeó suavemente las pantorrillas—. Tal vez sea demasiado sensible, *Sassenach*, pero siempre me ha aterrorizado la idea de perder una pierna. Me parece incluso peor que perder la vida.

—Preferiría que conservaras las dos cosas —dije.

Jamie empezaba a temblar. Me quité el chal para ponérselo en los hombros y busqué al señor Willoughby con la vista.

El pequeño chino seguía aferrado a su presa, un joven pelícano casi tan grande como él. No prestó la menor atención a Jamie ni a los insultos que le dirigía. Se dio media vuelta y se fue, goteando agua y protegido del castigo físico por el pico de su cautivo, que ahuyentaba a todo el mundo.

—¿Qué pretendía? —me extrañé—. El señor Willoughby me refiero.

Jamie sacudió la cabeza, sonándose la nariz con los faldones de la camisa.

—Y yo qué sé. Supongo que su intención era atrapar a ese pájaro pero ignoro por qué. ¿Quizá para comer?

Murphy, al escucharlo, se volvió desde la escalerilla.

—Los pelícanos no son comestibles —aseguró meneando la cabeza—. Saben a pescado los cocines como los cocines. No sé qué estaba haciendo por aquí: son aves costeras. Probablemente lo arrastró algún vendaval. Son bastante torpes, los condenados.

Jamie se levantó riendo.

—Bueno, tal vez sólo quiere las plumas para escribir. Acompáñame, *Sassenach*. Puedes secarme la espalda.

Treinta segundos después estábamos en su camarote. Las frías gotas que caían de su pelo mojado me corrieron desde los hombros hasta el pecho. Su boca ardía de pasión. Las duras curvas de su espalda despedían calor bajo la tela de la camisa empapada.

—Ifrinn! —dijo sin aliento, soltándome para arrancarse los pantalones—. ¡Por Dios, los tengo pegados! ¡No puedo quitármelos!

Tiró de los cordones, resoplando de risa, pero el agua le impedía desatar el nudo.

—¡Un cuchillo! —pedí—. ¿Dónde hay un cuchillo?

Lo más parecido era un abrecartas de marfil. Retrocedió con un grito.

—¡Por Dios, *Sassenach*, ten cuidado! ¡De nada te servirá quitarme los pantalones si para ello me castras!

»¡ Aquí está! —Revolviendo en el caos de su litera, sacó el puñal blandiéndolo con gesto triunfal.

Poco después, los pantalones empapados yacían en el suelo. Me alzó en vilo para tumbarme entre papeles arrugados y plumas esparcidas, me levantó las faldas y me separó las piernas.

—¡Espera! —susurré—. ¡Viene alguien!

—Demasiado tarde —dijo sin aliento—. Si no lo hacemos, me muero.

Me poseyó con un rápido e implacable impulso. Le mordí el hombro con fuerza; sabía a sal y a tela mojada. El no emitió ni una queja. Dos embates, tres. Le rodeé las nalgas con las piernas, ahogando los gritos en su camisa sin que me importara quién pudiera entrar. Fue rápido y a fondo. Jamie penetró una y otra vez y terminó con un profundo gemido triunfal.

Dos minutos después se abrió la puerta del camarote. Innes paseó lentamente la vista: del escritorio revuelto a mí, decorosamente sentada en la litera, aunque húmeda y desaliñada, y de mí a Jamie, que se había derrumbado en un taburete, con la camisa mojada pegada al cuerpo y el sonrojo que se le iba borrando poco a poco. No dijo nada, me saludó con la cabeza y se inclinó para retirar una botella de coñac escondida bajo la litera de Fergus.

—Es para el chino —me explicó—. Para que no se resfríe.

Se detuvo en la puerta y clavó en Jamie una mirada pensativa.

—Podría decir al señor Murphy que te prepare un poco de caldo, Mac Dubh. Dicen que es peligroso enfriarse después de un gran esfuerzo, ¿no? No es cuestión de que cojas un catarro.

—Si así fuera, Innes, al menos moriría feliz.

Al día siguiente descubrimos para qué quería el señor Willoughby el pelícano. Lo encontramos en la cubierta de popa, con el ave posada en un arcón; le había atado las alas al cuerpo con una tira de trapo. El pájaro me clavó sus ojos amarillos y redondos, chasqueando el pico como advertencia. Willoughby estaba retirando un hilo en cuyo extremo se debatía un pequeño camarón. Lo desprendió para mostrarlo al pelícano, diciéndole algo en chino. El ave lo observó con suspicacia, sin moverse. Le abrió el pico y le echó el camarón al buche. El pelícano, sorprendido, tragó convulsivamente.

—*Hao-liao* —aprobó el chino acariciándole la cabeza. Al ver que estaba observando, me llamó por señas sin apartar los ojos del peligroso pico.

—Ping An —dijo señalando al pelícano—. Apacible.

El ave irguió una cresta de plumas blancas, como si irguiera las orejas al oír su nombre. Me eché a reír.

—¿De veras? ¿Qué vas a hacer con él?

—Enseño cazar para mí —explicó el chino como si tal cosa—. Mirad.

Miré. Después de pescar y suministrar al pelícano varios camarones más y un par de peces pequeños, el señor Willoughby sacó otra tira de paño suave de algún rincón de su atuendo y ciñó un extremo al cuello del ave.

—No quiero ahorcar —dijo—. Pero no tragar peces. Ató al collar un hilo y, tras indicarme por señas que me apartara, soltó bruscamente la atadura que sujetaba las alas del animal. Sorprendido por la inesperada libertad, el pelícano se tambaleó por el arcón, aleteando una o dos veces. Por fin se levantó hacia el cielo con una explosión de plumas.

Ping An, el apacible, levantó el vuelo hasta donde le permitía el hilo y se esforzó por elevarse más aún. Resignado empezó a volar en círculos. El señor Willoughby, bizqueando por el sol, giraba lentamente en cubierta, remontándolo como si fuera una cometa. Todos los tripulantes interrumpieron sus tareas para observar la escena.

De pronto, como disparado por una ballesta, el pelícano plegó las alas y se zambulló, sumergiéndose en el agua casi sin un chapoteo. Al emerger a la superficie con aire de leve sorpresa, el señor Willoughby empezó a remolcarlo. Cuando lo tuvo nuevamente a bordo logró convencerlo, con cierta dificultad, para que entregara su pesca. Por fin permitió que su captor metiera cautelosamente la mano en el buche y extrajera un hermoso atún.

El señor Willoughby dedicó una sonrisa cordial a Picard, que lo miraba boquiabierto y sacó un pequeño cuchillo para abrir el pez. Con el ave sujeta bajo un brazo, aflojó el collar con la otra mano y le ofreció un trozo aún palpitante, que Ping An cogió de buena gana.

—Suyo —explicó el chino, limpiándose tranquilamente la sangre y las escamas en la pernera de los pantalones—. Mío. —Señaló con la cabeza la mitad del pez que había dejado sobre el arcón.

Una semana después el pelícano estaba completamente domesticado; se le permitía volar libremente, con el collar puesto pero sin hilo que lo sujetara. Al volver junto a su amo dejaba a sus pies los pescados relucientes que traía en el buche.

La tripulación, impresionada por la pesca y desconfiando del gran pico de Ping An, se mantenía lejos del señor Willoughby. Cuando el tiempo lo permitía, el chino seguía llenando páginas junto al palo mayor, bajo los benignos ojos amarillos de su nuevo amigo.

Un día me detuve a observarlo, fuera de su vista. Contemplaba con expresión satisfecha la página terminada. Yo no podía leer aquellos caracteres pero el aspecto resultaba muy agradable a la vista.

Por fin, con un suspiro, sacudió la cabeza. Suave, delicadamente, plegó la hoja una, dos, tres veces y se puso en pie para acercarse a la barandilla. Con las manos extendidas hacia el agua la dejó caer. El viento la izó en un remolino.

El señor Willoughby no se paró a contemplarlo y, volviendo la espalda a la barandilla, bajó a los camarotes.

45

La historia del señor Willoughby

Según avanzábamos hacia el sur, los días se hicieron más cálidos; la tripulación se reunía después de la cena en el castillo de proa, donde cantaban y bailaban al compás de un violín o se dedicaban a narrar anécdotas.

Cuando la mayoría de las historias ya eran conocidas por la tripulación, Maitland, el grumete, se volvió hacia el señor Willoughby.

—¿Por qué te fuiste de la China, Willoughby? —le preguntó con curiosidad.

Aunque al principio se hizo rogar, el chinito pareció halagado por el interés que despertaba la cuestión. Ante la insistencia, accedió a narrar cómo había abandonado su patria, con la única condición de que Jamie actuara como traductor pues su dominio de nuestro idioma no era adecuado para la ocasión. Mi esposo, accediendo de buena gana, se sentó junto a él con la cabeza inclinada para escuchar.

—Yo era mandarín —comenzó a traducir Jamie—, mandarín de letras, dotado para la redacción. Vestía una túnica de seda bordada con muchos colores y, sobre ésta, la toga de seda azul de los eruditos con la insignia de mi cargo en el pecho y en la espalda un *feng-huang*, un ave de fuego.

—Creo que se refiere a un fénix —explicó Jamie.

—Nací en Pekín, Ciudad Imperial del Hijo del Cielo...

—Así llaman a su emperador —me susurró Fergus.

—¡Chist! —sisearon varios con indignación.

—Desde muy joven demostré cierta habilidad para la redacción. Fue así como mi nombre llegó a oídos de Wu-Xien, mandarín de la Casa Imperial, el cual me instaló en su casa y supervisó mi educación.

»Ascendí rápidamente, de tal modo que, antes de cumplir los veintiséis años, se me había otorgado la esfera de coral rojo para usar en el sombrero. Entonces llegaron malos vientos que sembraron en mi jardín las semillas de la desgracia. Puede que recibiera la maldición de un enemigo o que, en mi arrogancia, hubiera omitido hacer los debidos sacrificios... aunque no olvidaba la reverencia a mis antepasados; nunca dejaba de visitar su tumba una vez al año...

—Si sus redacciones eran siempre tan largas, lo más probable es que el Hijo del Cielo lo hiciera arrojar al río cuando se le agotara la paciencia —murmuró Fergus, cínico.

—... Cualquiera fuese la causa, mi poesía llegó a los ojos de Wan-Mei, la Segunda Esposa del Emperador. Era una mujer muy poderosa, pues había tenido nada menos que cuatro hijos varones; cuando pidió que formara parte de su casa, la solicitud fue aprobada inmediatamente.

—¿Y qué tenía de malo? —preguntó Gordon inclinándose hacia delante con mucho interés—. Era una oportunidad de progresar, ¿no?

El señor Willoughby comprendió la pregunta, pues dedicó a Gordon un ademán afirmativo y continuó. La voz de Jamie reanudó el relato.

—Oh, el honor era inestimable; yo tendría una gran casa propia dentro de las murallas del palacio y una guardia de soldados para que escoltaran mi palanquín. Mi nombre sería escrito en letras de oro en el Libro del Mérito.

»Sin embargo, para servir dentro de la Casa Imperial hay un requisito: todos los servidores de las esposas reales deben ser eunucos.

—¡Malditos paganos! ¡Bastardos amarillos! —exclamó la tripulación horrorizada.

—¿Qué es un eunuco? —preguntó Marsali, desconcertada.

—Nada que deba preocuparte, chérie —le aseguró Fergus rodeándole los hombros con un brazo. Y dirigiéndose al señor Willoughby con la mayor simpatía—: ¿Entonces huiste, mon ami? Yo habría hecho lo mismo, sin dudarlo.

—Era una deshonra por mi parte rehusar el don del Emperador. Sin embargo, aunque sea una triste debilidad... estaba enamorado de una mujer.

El comentario provocó un suspiro de comprensión, pues casi todos los marineros son unos locos románticos. Pero el chino se interrumpió tirando a Jamie de la manga.

—Oh, me he equivocado —corrigió mi marido—. No dice que estaba enamorado de una mujer, sino de la Mujer, de todas las mujeres en general. ¿Es así? —preguntó mirando a su amigo.

El chino asintió, satisfecho.

—Sí —continuó a través de Jamie—, pensaba mucho en las mujeres, en su gracia y su belleza, como lotos que flotaran al viento. Todos mis poemas fueron escritos para la Mujer: a veces dedicados a alguna en especial, pero más a menudo para la Mujer en sí. Hablaban del sabor a damasco de sus pechos y el perfume cálido de su ombligo al despertar en invierno; del calor de ese montículo que te llena la mano como un melocotón partido.

Fergus, escandalizado, tapó con las manos los oídos de su novia pero el resto de la audiencia se mostraba muy receptiva.

—Huí en la Noche de las Linternas —continuó el chino—. Es un gran festival, durante el cual la gente sale a la calle. No había peligro de que los guardias repararan en mí. Justo después de oscurecer, cuando las procesiones recorren toda la ciudad, me puse las prendas de un viajero... un peregrino... y abandoné la casa. Me abrí paso entre la muchedumbre sin dificultad, llevando un farolillo anónimo en el que no figuraba mi nombre ni mi domicilio.

Pero al día siguiente estuvo a punto de ser atrapado.

—Me había olvidado de las uñas —dijo. Alargó una mano, pequeña y de dedos cortos con las uñas roídas hasta la carne—. Los mandarines se dejan las uñas largas; es un símbolo que les distingue por no estar obligados a trabajar con las manos. Las mías tenían la longitud de una falange.

En la casa donde entró a tomar un refrigerio, al día siguiente, un sirviente se las vio y corrió a decírselo al guardia. Yi Tien Cho huyó; para eludir a sus perseguidores se escondió en una zanja húmeda y permaneció oculto entre los matorrales.

—Mientras estaba tumbado allí me corté las uñas —dijo sacudiendo el meñique derecho—. Ésta tuve que arrancarla, pues tenía un *da zi* de oro incrustado y no pude quitarlo.

Tras robar las ropas de un campesino puestas a secar en una mata y dejar a cambio la uña arrancada con su carácter de oro, continuó cruzando lentamente el país hacia la costa. Al principio pagaba por su comida con la pequeña cantidad de dinero que llevaba consigo, pero en las afueras de Lulong tropezó con una banda de ladrones que, aunque le perdonaron la vida, le quitaron el dinero.

—A partir de entonces —dijo—, comía lo que podía robar o pasaba hambre. Por fin los vientos de la fortuna cambiaron; me encontré con un grupo de boticarios que iba a la feria de los médicos, cerca de la costa. A cambio de que les dibujara estandartes para el puesto y les redactara etiquetas para exaltar las virtudes de sus pócimas, aceptaron llevarme con ellos.

Una vez que hubo llegado a la costa, eligió el barco cuyos marineros le parecieron más bárbaros con la idea de que con ellos podría llegar más lejos y se escurrió en la bodega del Serafina, que iba hacia Edimburgo.

—¿Tenías intención de abandonar por completo el país? —preguntó Fergus interesado—. Parece una decisión desesperada.

—El Emperador manos muy largas —respondió el señor Willoughby suavemente, sin esperar la traducción—. Yo exilio o muerto.

Continuó con un aire reflexivo que Jamie imitó con exactitud:

—Es extraño, pero fue mi amor por las mujeres lo que la Segunda Esposa vio y amó en mis palabras. Sin embargo, poseerme a mí y mis poemas destruiría para siempre lo que admiraba.

Emitió una risa sofocada, de inconfundible ironía.

—Tampoco es ésa la última contradicción de mi vida. Por no renunciar a mi virilidad, he perdido todo lo demás: mi honor, mi medio de vida y mi país. No me refiero sólo a la tierra: a las laderas de nobles abetos, ni a la Tartaria, donde pasaba mis veranos, ni a las grandes planicies del sur, con sus ríos llenos de peces, sino también a la pérdida de mí propia identidad. Mis padres están deshonrados, las tumbas de mis antepasados derruidas y ya no hay pebeteros que ardan ante sus imágenes.

»He perdido todo. Aquí las doradas palabras de mis poemas no son sino cloqueos de gallinas y los trazos de mi pincel, las huellas de sus patas en el polvo. Me veo en un país de mujeres toscas y malolientes como osos. ¡Por amor a la Mujer, he venido a un lugar donde no hay una sola mujer digna de amor!

En este momento, viendo las expresiones ceñudas de los marineros, Jamie interrumpió la traducción para calmar al chino, posando su manaza en el hombro cubierto de seda azul.

—Sí, comprendo. Y estoy seguro de que todos los hombres aquí presentes habrían hecho lo mismo en esa situación. ¿Verdad, muchachos? —preguntó mirando por encima del hombro, con las cejas expresivamente enarcadas.

Su fuerza moral bastó para arrancarles un desganado murmullo de aprobación.

El señor Willoughby, sin prestar atención a los murmullos ni a las miradas amenazantes, seguía con la vista perdida en el horizonte. Sus ojos negros brillaban por los recuerdos y el alcohol. Jamie se levantó, ofreciéndome la mano para ayudarme a hacer lo mismo.

Entonces el chino se introdujo la mano entre las piernas. En un gesto desprovisto de toda lascivia, rodeó los testículos y los sostuvo contemplando el bulto con aire de profunda reflexión.

—A veces —musitó para sus adentros— creo que no vale la pena.

46

Encuentro con una Marsopa

Hacía un tiempo que tenía la sensación de que Marsali estaba reuniendo valor para hablar conmigo. Estaba segura de que así lo haría, tarde o temprano: pese a lo que sintiera por mí, yo era la única mujer a bordo. Hice lo posible por colaborar. Le daba los buenos días y le sonreía con amabilidad. Pero tendría que ser ella quien diera el primer paso.

Mientras escribía algunas notas en nuestro camarote, una sombra oscureció la entrada. Al levantar la vista vi a Marsali.

—Necesito saber algo —dijo con firmeza—. No me gustáis y creo que lo sabéis, pero dice papá que sois una mujer sabia. Y os creo capaz de responderme con sinceridad, incluso siendo una ramera.

Dejé la pluma.

—¿Qué necesitas saber?

Al ver que no me enfadaba, entró en el camarote y se sentó en el único taburete disponible.

—Bueno, se relaciona con los niños y la forma de tenerlos.

Enarqué una ceja.

—¿No te lo explicó tu madre?

Resopló con impaciencia, enlazando las cejas rubias con un gesto feroz.

—¡Eso lo sabe cualquier idiota! Si dejas que un hombre te ponga el miembro entre las piernas, nueve meses después lo pagas muy caro. Lo que quiero saber es cómo no hacerlos.

—Comprendo. —La observé con interés—. ¿No quieres tener hijos? Cuando estés debidamente casada, claro. Casi todas las jóvenes quieren hijos.

—Bueno —musitó lentamente, retorciendo un trozo de su vestido—, quizá quiera más adelante. Si tuviera el pelo oscuro, como Fergus... —Por la cara le cruzó una expresión fugaz, luego su expresión volvió a endurecerse—. Pero no puedo.

—¿Por qué?

Frunció los labios con aire pensativo.

—Por Fergus. Todavía no nos hemos acostado juntos. Lo único que podemos hacer es besarnos de vez en cuando detrás de las escotillas... gracias a papá y a sus malditas ideas.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo de no querer un niño?

—Quiero que me guste —dijo sin rodeos—. Lo del miembro.

Me mordí la parte interior del labio.

—Eh... eso puede tener algo que ver con Fergus pero sigo sin entender.

Marsali me miró con desconfianza, aunque ya sin hostilidad.

—Fergus os tiene cariño.

—Yo también a él —respondí con cautela, preguntándome dónde nos llevaría esta conversación—. Lo conozco desde hace mucho tiempo, desde que era un niño.

Ella se relajó súbitamente.

—Ah, entonces estáis enterada. Sabéis dónde nació.

De pronto comprendí su cautela.

—¿Lo del prostíbulo de París? Lo sé, sí. ¿Así que te lo contó?

Asintió con la cabeza.

—Hace mucho tiempo, en la fiesta de Año Nuevo.

Bueno, a los quince, un año puede parecer mucho tiempo.

—Fue entonces cuando le dije que lo amaba. Y él respondió que también me amaba pero que mi madre no permitiría jamás esa alianza. Yo le pregunté por qué, si ser francés no era tan malo. No todos podemos ser escoceses, ¿verdad? Y no creía que lo de su mano importara mucho. Después de todo, el

señor Murray tiene una pata de palo y mamá le tiene mucho cariño. Pero me contestó que no era por eso y me contó lo de París. Me dijo que había nacido en un burdel y que fue ratero hasta que conoció a papá.

Había una expresión incrédula en el azul de sus ojos.

—Tal vez pensó que me molestaría —dijo extrañada—. Trató de alejarse de mí y dijo que no volvería a verme. —Se encogió de hombros—. Le hice cambiar de opinión muy pronto. Pero no es Fergus el que me preocupa. Él dice que sabe cómo actuar y que me gustará, salvo la primera vez. Pero mi madre me dijo otra cosa.

—¿Qué te dijo? —pregunté fascinada.

Entre las cejas apareció una pequeña arruga.

—Bueno... no es lo que dijo... aunque cuando supo lo de Fergus dijo que me haría cosas horribles por haber vivido con rameras y por ser el hijo de una. Fue su actitud.

Estaba sonrojada y con la mirada baja.

—Cuando sangré por primera vez, ella me indicó lo que debía hacer y me dijo que era parte de la maldición de Eva. Yo le pregunté qué maldición era ésa y me leyó algo de la Biblia. Según San Pablo, las mujeres eran sucias pecadoras por culpa de Eva, pero aún pueden salvarse mediante el sufrimiento y la maternidad.

—Nunca tuve muy buena opinión de San Pablo —comenté.

—¡Pero si está en la Biblia! —exclamó horrorizada.

—Como muchas otras cosas —señalé—. No importa. Continúa.

—Bueno, mamá dijo que ya tenía edad para casarme. Que la obligación de toda mujer era hacer la voluntad de su marido, le gustara o no. Me lo dijo con cara de tristeza. Tuve la sensación de que esa obligación, fuera la que fuese, era horrible y sumando lo del sufrimiento y la maternidad...

Se interrumpió con un suspiro. Esperé sin decir nada.

—Ya no recuerdo a mi padre. Cuando los ingleses se lo llevaron yo tenía sólo tres años. Pero recuerdo su relación con... con Jamie.

Se mordió los labios. No estaba habituada a llamarlo por su nombre.

—Pap... Jamie, digo... parece bueno. A Joan y a mí siempre nos ha tratado bien. Pero cuando trataba de abrazar a mamá... ella lo rehuía como si le tuviera miedo; no le gustaba que la tocara. Sin embargo, nunca vi que le hiciera nada malo. Tal vez era por algo que le hacía en la cama, cuando estaban solos.

Marsali se pasó la lengua por los labios, resecos por el aire del mar. Le acerqué la jarra de agua, me lo agradeció con la cabeza y llenó una taza. Con la vista fija en el chorro de agua, continuó:

—Me imaginé que era porque mamá había tenido hijos y sabiendo que era horrible, no quería acostarse con... con Jamie por miedo a que le sucediera otra vez.

Bebió un sorbo y me miró de frente.

—Os vi con papá —dijo—. Sólo por un momento, antes de que me descubriera. Y... y parecía que os gustaba lo que estaba haciéndoos en la cama.

—Bueno... sí—balbuceé—. Me gustaba.

Soltó un gruñido satisfecho.

—¡Hum! Y os gusta que os toque. Lo he visto. Claro: vos no habéis tenido hijos. Y me han dicho que es posible no tenerlos, aunque nadie sabe muy bien cómo. Vos debéis saberlo, puesto que sois una mujer sabia.

Inclinó la cabeza a un lado estudiándome.

—Me gustaría tener un hijo —admitió—, pero si es preciso escoger entre el niño o que me guste Fergus, me quedo con Fergus. Así que no habrá niño... si me explicáis qué debo hacer.

Aspiré hondo, preguntándome por dónde comenzar.

—Bueno, en realidad he tenido hijos.

—¡De veras? ¿Y pap... Jamie lo sabe?

—Por supuesto —respondí con acritud—. Eran suyos.

—Papá nunca me dijo que tuviera hijos.

—Probablemente porque no creyó que fuera asunto tuyo. Y no lo es —añadí, quizá con más aspereza de la necesaria—. La primera murió. Está sepultada en Francia. Nuestra segunda hija ya es una mujer; nació después de Culloden.

—¿Y él la conoce? —preguntó Marsali.

Negué con la cabeza, sin poder hablar.

—Qué triste —musitó ella levantando la vista—. ¿Así que habéis tenido hijos y eso no cambió las cosas? ¡Hum! Claro que ha pasado mucho tiempo. ¿No estuvisteis con otros hombres mientras vivíais en Francia?

—Eso no te incumbe —repliqué con firmeza—. En cuanto al parto, a algunas mujeres puede cambiarlas, pero no a todas. De cualquier modo, hay buenos motivos para que no tengas hijos de inmediato.

—¿Hay algún modo...?

—Varios. Por desgracia, la mayoría no siempre dan resultado —reconocí echando de menos mi talonario de recetas y la fiabilidad de la pildora—. Alcánzame la cajita que hay en ese armario. —Señalé—. Ésa, sí. Las parteras francesas suelen preparar un té de bayas y valeriana, pero es peligroso y no muy fiable.

—¿La echáis de menos? —preguntó Marsali bruscamente. Aparté la vista de mi botiquín, sorprendida—. A vuestra hija.

Por lo inexpresivo de su cara, sospeché que la pregunta estaba más relacionada con Laoghaire que conmigo.

—Sí —respondí sencillamente—, pero ya es adulta y tiene una vida propia.

Saqué de la caja un gran trozo de esponja esterilizada y, con uno de los bisturíes, corté con cuidado varios trozos de unos siete centímetros de lado y volví a revolver el contenido de la caja hasta encontrar el frasquito de aceite de atanasia. Ante los ojos fascinados de Marsali, empapé pulcramente uno de los trozos.

—Ésta es la cantidad de aceite que debes usar. Si no tienes aceite, sumerge la esponja en vinagre; en caso de necesidad puede servir hasta el vino. Antes de irte a la cama con un hombre, te metes el trozo de esponja bien adentro. Hazlo incluso la primera vez. Con una sola vez puedes quedar embarazada.

Marsali asintió con los ojos dilatados, rozando la esponja con el índice.

—¿Sí? ¿Y... después? ¿La saco o...?

Un grito urgente, acompañado por una súbita sacudida del *Artemis*, puso fin a nuestra conversación. Algo estaba sucediendo.

—Te lo explicaré después —dije acercándole la esponja y el frasco.

Salí al pasillo. Jamie estaba con el capitán en la cubierta de popa, observando un gran barco que se acercaba. Era tres veces más grande que el *Artemis*, con tres palos y toda una selva de cordajes y velas, entre las cuales unas pequeñas figuras negras saltaban como pulgas. Tras su estela flotaba una nube de humo blanco, indicio de que acababan de disparar un cañonazo.

—¿Disparan contra nosotros? —pregunté asombrada.

—No —respondió Jamie ceñudo—. Sólo hicieron un disparo de advertencia. Quieren abordarnos.

—¿Y pueden hacerlo? —Mi pregunta estaba dirigida al capitán Raines.

—Pueden —dijo él—. Con este viento y en mar abierto no podríamos escapar.

—¿Qué barco es?

—Una cañonera británica, *Sassenach*. Setenta y cuatro cañones. Deberías bajar.

Era una mala noticia. Aunque Gran Bretaña ya no estaba en guerra con Francia, las relaciones entre ambos países no eran nada cordiales.

—¿Qué pueden querer de nosotros? —preguntó Jamie al capitán.

Raines meneó la cabeza. En su cara regordeta había una expresión triste.

—Están escasos de tripulación; eso es evidente por su velamen —señaló sin apartar la vista de la cañonera que se aproximaba—. Pueden alistar a todos nuestros tripulantes de origen británico... más o menos la mitad de nuestros hombres, incluso a vos, señor Fraser, a menos que prefiráis haceros pasar por francés.

—Maldita sea... —juró Jamie por lo bajo y me miró con el entrecejo fruncido—. ¿No te dije que bajaras?

—Eso me dijiste —confirmé sin moverme. Me acerqué más a él, con la vista fija en la cañonera. Estaban bajando una chalupa. Un oficial con chaqueta dorada y sombrero descendió por un lado.

—Si alistan a los marineros británicos —pregunté al capitán—, ¿qué será de ellos?

—Tendrán que servir en el *Marsopa*. Así se llama —explicó señalando el mascarón de proa, que representaba una *Marsopa*—. Tal vez los dejen en libertad cuando lleguen a puerto... y tal vez no.

—¿Cómo? ¿Pueden secuestrar a los hombres y obligarlos a servirles durante el tiempo que se les antoje?

—Sí —confirmó el capitán—. Y si lo hacen, seremos nosotros quienes tendremos muchas dificultades para llegar a Jamaica, con la tripulación reducida a la mitad.

Jamie me cogió por el codo.

—No se llevarán a Innes ni a Fergus —me dijo—. Ellos te ayudarán a buscar al joven Ian. Si se apoderan de nosotros, ve a la casa que Jared tiene en Sugar Bay e inicia la búsqueda. —Me dedicó una breve sonrisa—. Nos veremos allí.

—¡Pero podrías pasar por francés! —protesté.

—No. No puedo permitir que se lleven a mis hombres y quedarme aquí, escondiéndome bajo un apellido francés.

—Pero...

Iba a aducir que los contrabandistas escoceses no eran «sus hombres» ni tenían derecho a tanta lealtad pero callé, sabiendo que era inútil.

—No importa, *Sassenach* —aseguró con suavidad—. Saldré, de un modo u otro. Pero creo que, por ahora, nuestro apellido debe ser Malcolm.

Cuando la chalupa se detuvo a nuestro lado, vi que el capitán Raines enarcaba las cejas en un gesto de estupefacción.

—¡Dios nos ampare! ¿Qué significa esto? —murmuró por lo bajo.

En ella había un joven de unos veinte y pocos años, demacrado y con los hombros curvados por la fatiga. El uniforme le iba demasiado grande.

—¿Sois el capitán de este barco? —El inglés tenía los ojos enrojecidos por el agotamiento pero distinguió a primera vista a Raines entre las caras ceñudas—. Soy Thomas Leonard, capitán suplente del *Marsopa*, barco de Su Majestad. Por el amor de Dios —suplicó con la voz ronca—, ¿tenéis un cirujano a bordo?

Abajo, frente a una copa de oporto ofrecida con desconfianza, el capitán Leonard explicó que el *Marsopa* padecía una epidemia desde hacía cuatro semanas.

—La mitad de la tripulación está enferma —dijo limpiándose una gota carmesí de la barbilla sin afeitar—. Ya hemos perdido a treinta hombres y corremos peligro de perder muchos más.

—¿Vuestro capitán ha muerto? —preguntó Raines.

Leonard enrojeció un poco.

—El capitán y los dos oficiales principales murieron la semana pasada. También el cirujano y su ayudante. Yo soy el tercer oficial.

Eso explicaba su asombrosa juventud y su nerviosismo.

—Si tenéis a bordo alguien con experiencia en cuestiones médicas... —Miró con cara esperanzada al capitán y a Jamie, que se mantenía en pie junto al escritorio.

—Yo soy la cirujano del *Artemis*, capitán Leonard —dije desde la puerta—. ¿Qué síntomas presentan vuestros hombres?

—¿Vos? —El joven capitán volvió, boquiabierto, la cabeza hacia mí.

—Mi esposa tiene el raro arte de curar, capitán —confirmó Jamie con suavidad—.- Si es ayuda lo que buscáis, os aconsejo responder a sus preguntas y obedecer sus indicaciones.

Leonard parpadeó y asintió con la cabeza.

—Bueno, la enfermedad comienza con fuertes dolores de vientre, vómitos y diarreas espantosas. Los enfermos se quejan de dolores de cabeza y les sube mucho la fiebre. Además...

—¿Algunos tienen sarpullido en el vientre? —interrumpí.

Sacudió afirmativamente la cabeza.

—En efecto. Y hay quienes sangran por el culo. ¡Oh, perdón, señora! —Se disculpó súbitamente acalorado—. No tuve intención de ofenderos, pero...

—Creo saber de qué se trata —lo corté. En mí empezaba a crecer una sensación excitante: la de tener un diagnóstico fiable y los conocimientos necesarios para actuar—. Para estar segura debería examinarlos, pero...

—Mi esposa tendrá gran placer en asesoraros, capitán —dijo Jamie con firmeza—, pero temo que no puede ir a vuestra nave.

—¿Estáis seguro? —El joven nos miró a ambos desesperado—. Si pudiera ver a mis hombres...

—No —repitió Jamie.

Al mismo tiempo yo respondía:

—¡Sí, por supuesto!

Se hizo un silencio incómodo. Por fin Jamie se puso en pie.

—¿Nos excusáis, capitán Leonard? —Y me sacó a rastras del camarote—. ¿Estás loca? —susurró sin soltarme el brazo—. ¿Cómo se te ocurre pisar un barco donde hay peste? ¡Arriesgar tu vida, la de la tripulación y la del joven Ian, todo por un puñado de ingleses!

—No es la peste —dije forcejeando—. Y no arriesgaría la vida. ¡Suéltame el brazo, maldito escocés! —Traté de mostrarme paciente—. Escúchame. No se trata de la peste; por el sarpullido, estoy casi segura de que es fiebre tifoidea. No voy a caer enferma porque estoy vacunada.

—¿Ah, sí? —exclamó escéptico.

—Mira, soy médico —insistí buscando las palabras adecuadas—. Están enfermos y puedo ayudarlos. Yo... es que... ¡tengo que hacerlo, eso es todo!

A juzgar por el efecto, a mi oratoria parecía faltarle elocuencia. Jamie enarcó una ceja, invitándome a continuar.

—Cuando me licencié como médico hice un juramento —expliqué.

Se elevó la otra ceja.

—¿Un juramento? ¿Qué clase de juramento?

Cerré los ojos y repetí lo que recordaba del juramento hipocrático.

—¿Así se hace en la hermandad de los médicos? —preguntó—. ¿Te comprometes a ayudar a quien lo solicite, aunque sea un enemigo?

—No hay diferencia si está herido o enfermo. —Le estudié la cara para ver si me comprendía.

—Está bien —reconoció lentamente—. Yo también he hecho algún juramento de vez en cuando. Y nunca los he tomado a la ligera. —Me cogió la mano derecha, buscando el anillo de plata— Algunos pesan más que otros, claro —comentó observándome.

—Lo sé —dije respondiendo a lo que pensaba. Le apoyé la otra mano en el pecho; en el anillo de oro se reflejó un rayo de sol—. Pero mientras se pueda cumplir con un juramento sin causar daño a otro...

Suspirando, se inclinó para darme un beso.

—No quiero que faltes a él. —Se irguió con una mueca irónica—. ¿Estás segura de que esa vacuna tuya funciona?

—Funciona —le aseguré.

—Quizá convendría que te acompañara.

—No puedes. No estás vacunado y el tifus es muy contagioso.

—Sólo crees que es tifus por lo que dice Leonard —objetó—. No estás segura de que se trate de eso.

—No —admití—. Pero hay una sola manera de comprobarlo.

• • •

Me ayudaron a subir hasta la cubierta del *Marsopa* por medio de un columpio suspendido en el vacío. Aterricé ignominiosamente despatarrada y en cuanto me levanté me asombró descubrir lo sólida que era la cubierta de la cañonera comparada con el bamboleante *Artemis*.

—Mostradme dónde están, por favor —pedí.

El entrepuente era un espacio cerrado, iluminado por lámparas de aceite que se balanceaban por el bamboleo del buque; las hileras de hamacas quedaban sumidas en la sombra y manchadas por parches de luz. Parecían vainas balanceándose por el movimiento del mar. El hedor era insoportable.

—Necesito más luz —dije al aprensivo guardia encargado de acompañarme.

El muchacho, con la cara cubierta por un pañuelo, parecía asustado pero levantó su lámpara para que pudiera mirar dentro de la hamaca más cercana.

Su ocupante apartó la cara con un gruñido al ver la luz. Estaba encendido por la fiebre y su piel quemaba. Cuando le palpé el vientre se retorció como una lombriz en el anzuelo.

—Tranquilízate —lo calmé—. Voy a ayudarte; pronto te sentirás mejor. Deja que te mire los ojos. Sí, eso es.

Al retirar el párpado, la pupila se encogió ante la luz.

—¡Por Dios, apartad esa lámpara! —jadeó.

Fiebre, vómitos, calambres abdominales, dolor de cabeza.

—¿Tienes escalofríos? —pregunté apartando la linterna del guardia.

La respuesta no fue una palabra, sino más bien un gemido afirmativo. Se trataba de algo muy contagioso que no era malaria, puesto que el barco había zarpado de Europa y no del Caribe. Tifus, casi con toda seguridad; como lo transmitían los piojos, tendía a extenderse rápidamente en aquel tipo de alojamientos cerrados. Los síntomas eran muy similares a los que veía a mi alrededor.

—Es fiebre tifoidea —informé al capitán.

—¿Sí? —Su cara ojerosa estaba llena de aprensión—. ¿Sabéis cómo solucionarlo, señora Malcolm?

—Sí, pero no será fácil. Es preciso llevar a los enfermos arriba, lavarlos bien y acostarlos donde tengan aire fresco. Por lo demás, es cuestión de atenciones; necesitan mucha agua. Agua hervida: eso es importantísimo. Aplicarles paños mojados para bajar la fiebre. Pero lo principal es evitar que se contagien otras personas. Habrá que hacer varias cosas...

—Hacedlas —me interrumpió—. Pondré a vuestro servicio todos los hombres sanos de que pueda prescindir. Dadles las órdenes necesarias.

—Bien —dije echando una mirada dubitativa a mi alrededor—. Puedo organizar el trabajo y explicaros cómo continuar pero la tarea será ardua. El capitán Raines y mi marido están deseosos de continuar.

—Señora Malcolm —manifestó seriamente el capitán—: os estaré eternamente agradecido por cualquier ayuda que podáis prestarnos. Tenemos mucha prisa por llegar a Jamaica y, a menos que pueda salvar al resto de la tripulación de esta maldita enfermedad, nunca llegaremos.

Sentí una punzada de compasión.

—De acuerdo —suspiré—. Para empezar, enviadme a diez o doce marineros sanos.

Me acerqué a la barandilla para agitar la mano hacia Jamie.

—¿Vuelves ya? —me gritó, haciendo bocina con las manos.

—¡Todavía no! —respondí—. ¡Necesito dos horas!

Levanté dos dedos por si no me hubiera oído, pero vi de inmediato que se le borraba la sonrisa: me había entendido.

Hice poner a los enfermos en la cubierta de popa y ordené a mi equipo que les quitaran la ropa mugrienta y los lavaran con agua del mar. Mientras tanto bajé a la cocina para indicar al personal las precauciones necesarias con el manejo de la comida. De pronto percibí el movimiento del barco.

Salí precipitadamente y descubrí una nube de velas desplegadas en lo alto; el *Artemis* iba quedando rápidamente atrás. El capitán Leonard lo miraba en pie, junto al timonel.

—¿Qué hacéis? —grité—. ¡Maldito cretino! ¿Qué está pasando aquí?

El capitán me miró con azoramiento pero apretó los dientes con terquedad.

—Debemos llegar a Jamaica inmediatamente —dijo. Si no hubiera tenido las mejillas irritadas por el fuerte viento, se le habría notado el rubor—. Lo siento, señora Malcolm. Os aseguro que lamento actuar así, pero...

—¡Pero nada! —exclamé furiosa—. ¡Virad! ¡Arrojad el ancla, diablos! ¡No podéis secuestrarme de este modo!

—Lo lamento profundamente —repitió—, pero creo que necesitamos vuestros servicios constantes, señora Malcolm.

Aunque se esforzaba por demostrar seguridad, no lo conseguía.

—No os aflijáis, señora —dijo—. He prometido a vuestro esposo que la Marina os proporcionará alojamiento en Jamaica hasta la llegada del *Artemis*.

Al ver mi expresión retrocedió un paso, temiendo que lo atacara...

—¿Cómo que prometisteis a mi esposo? —interpelé—. ¿Esto significa que J... que el señor Malcolm os permitió secuestrarme?

—En... no, no fue así. —El diálogo parecía resultarle muy penoso. Sacó del bolsillo un pañuelo cochambroso para secarse la frente y el cuello—. Temo que se mostró muy intransigente.

—¡Conque intransigente! ¡Bien, yo soy como él! —Di una patada en el suelo—. ¡Si creéis que voy a ayudaros, condenado secuestrador, estáis muy equivocado!

—Me obligáis a deciros lo mismo que a vuestro esposo, señora Malcolm. El *Artemis* navega bajo bandera francesa y con documentos franceses pero más de la mitad de la tripulación está compuesta por británicos. Podría haber obligado a esos hombres a prestar servicio aquí... y me hacen mucha falta. En cambio he acordado dejarlos a cambio de vuestros conocimientos médicos.

—Conque habéis decidido obligarme a mí a prestar servicio. ¿Y mi esposo aceptó ese... ese acuerdo?

—No, no aceptó —replicó el joven en un tono bastante seco—. Fue el capitán del *Artemis* quien percibió la fuerza de mi argumento. Debo suplicaros vuestro perdón por esta conducta tan poco caballeresca, señora, pero la verdad es que estoy desesperado —confesó sencillamente—. Tal vez seáis nuestra única oportunidad. Debo aprovecharla.

Abrí la boca para contestar pero volví a cerrarla. Pese a mi furia, su situación me inspiraba cierta simpatía.

—Está bien —dije entre dientes—. ¡Está... bien! No creo tener muchas opciones. Dadme todos los hombres de que podáis prescindir para fregar el entrepuente. Ah, ¿tenéis algo de alcohol a bordo?

Se mostró sorprendido.

—¿Alcohol? Hay ron para los hombres y vino. ¿Bastará con eso?

—Si no hay otra cosa, tendrá que bastar. —Traté de apartar mis propias emociones y hacerme cargo de la situación—. Tendré que hablar con el sobrecargo, supongo.

—Sí, por supuesto. Acompañadme.

Leonard hizo ademán de bajar la escalerilla pero se detuvo azorado para cederme el paso... no fuera a ser que en el descenso expusiera indecorosamente mis miembros inferiores.

Antes de haber puesto un pie al final de la escalerilla, arriba se oyó una confusión de voces.

—¡No! ¡No se puede molestar al capitán! Lo que tengas que decirle...

—¡Suéltame! ¡Si no hablo con él ahora mismo será demasiado tarde!

—¡Stevens! ¿Qué significa esto? ¿Qué pasa aquí? —dijo Leonard con aspereza.

—No sucede nada, señor —dijo la primera voz—. Es que Tompkins, aquí presente, está seguro de conocer a alguien que iba en aquel barco. Al gigante pelirrojo. Dice que...

—Ahora no tengo tiempo —espetó el capitán—. Decídselo al primer oficial, Tompkins. Me ocuparé después de ese asunto.

Había vuelto a subir parte de la escalerilla para escuchar mejor. El joven me observó con atención pero me mostré inexpresiva.

—¿Os quedan provisiones suficientes, capitán? Habrá que alimentar a los enfermos con mucho cuidado. Supongo que no habrá leche a bordo, pero...

—Oh, sí que hay leche —informó animándose—. Tenemos seis cabras de las que se ocupa la señora Johansen, la esposa del artillero. Cuando hayamos visto al sobrecargo os la enviaré.

Después de presentarme al señor Overholt, el capitán Leonard se retiró, recomendándole que me prestara todos los servicios posibles.

¿Quién sería ese Tompkins? La voz me era completamente desconocida y su nombre también. ¿Qué sabría de Jamie? ¿Qué iba a hacer el capitán Leonard con esa información? Ahora sólo podía contener mi impaciencia y, con la parte de mi mente que no estaba ocupada por especulaciones inútiles, determinar qué provisiones se podían proporcionar a los enfermos.

Resultaron ser muy pocas.

—Durante los primeros días bastará con leche y agua hervidas, pero a medida que los hombres empiecen a recuperarse necesitarán algo ligero y nutritivo. Sopa, por ejemplo. ¿Se podría preparar una sopa de pescado? ¿O tenéis alguna otra cosa?

—Bueno... —El señor Overholt parecía intranquilo—. Hay una pequeña cantidad de higos secos, cinco kilos de azúcar, un poco de café, galletas y un gran tonel de vino de Madeira pero no se pueden utilizar.

—¿Por qué? —inquirí.

Movió los pies, azorado.

—Porque esas provisiones están destinadas a nuestro pasajero.

—¿Quién es ese pasajero? —pregunté sin comprender.

El sobrecargo puso cara de sorpresa.

—¿El capitán no os lo dijo? Llevamos al nuevo gobernador de Jamaica.

—Si el gobernador no está enfermo, que coma carne salada —dije con firmeza—. Le sentará bien. Ahora haced llevad el vino a la cocina. Tengo mucho que hacer.

Con la ayuda de un guardia marina, un joven bajo y fornido llamado Pound, hice un rápido recorrido por el barco, confiscando implacablemente provisiones y mano de obra. Pound, que trotaba a mi lado como un pequeño bulldog, advertía con firmeza a la tripulación que, por orden del capitán, mis deseos debían ser satisfechos de inmediato por irrazonables que pudieran parecer.

Lo más importante era establecer la cuarentena. En cuanto acabaran de fregar y ventilar el entrepuente habría que instalar allí a los enfermos pero alterando la distribución de las hamacas con el fin de dejar un amplio espacio entre una y otra; la tripulación no afectada tendría que dormir en cubierta. Además, se necesitaban instalaciones sanitarias adecuadas.

—Señor Pound —llamé.

Su cara redonda se volvió hacia mí desde el pie de una escalerilla.

—¿Sí, señora? —¿Cuál es vuestro nombre de pila, señor Pound?

—Elias, señora —respondió algo desconcertado

—¿Os molestaría que os tuteara?

Me devolvió la sonrisa con aire vacilante.

—Eh... no, señora. Aunque tal vez le moleste al capitán —añadió cauteloso—. No es costumbre en la Marina, ¿sabéis?

Elias Pound no podía tener más de dieciocho años; en cuanto al capitán Leonard, difícilmente tendría más de veinticuatro. Aun así, el protocolo era el protocolo.

—En público respetaré estrictamente las costumbres de la Marina —le aseguré reprimiendo mi sonrisa—. Pero si vamos a trabajar juntos, será más cómodo que te tutee.

Yo sabía, aunque él lo ignorara, lo que teníamos por delante: horas, días, quizá semanas de trabajo y agotamiento que nos embotaría los sentidos; entonces, sólo la fuerza física y el instinto ciego, además del liderazgo de un jefe incansable, mantendría en pie a quienes se ocuparan de los enfermos.

Yo distaba mucho de ser incansable, pero sería necesario mantener la ilusión. Para eso necesitaría la ayuda de dos o tres personas a las que pudiera entrenar; actuarían como sustitutos de mis manos y mis ojos; ellos continuarían con la tarea cuando yo necesitara descansar.

—¿Cuánto tiempo hace que navegas, Elias? —pregunté.

—Desde los siete años, señora. —Caminaba hacia atrás, arrastrando un gran arcón. Se detuvo a limpiarse la cara, sofocado por el esfuerzo—. Conseguí un puesto en este barco gracias a mi tío, que es comandante del *Triton*. Es mi primer viaje con el *Marsopa*.

Abrió el baúl, dejando al descubierto una variedad de instrumentos quirúrgicos manchados de óxido (al menos, era de esperar que se tratara de herrumbre) y un montón de frascos y jarras. Uno de los frascos se había roto dejando un fino polvo blanco sobre el contenido del baúl; parecía escayola.

—Esto es lo que traía el señor Hunter, el médico, señora. ¿Os servirá de algo?

—Sólo Dios lo sabe —dije echando un vistazo—. Ya veremos. Hazlo llevar al entrepuente por otra persona, Elias. Necesito que me acompañes a hablar con el cocinero.

Mientras supervisaba la limpieza del entrepuente con agua de mar hirviendo, mi mente tomaba varios derroteros.

En primer lugar, estaba planeando los pasos a dar para combatir la epidemia. Dos de los hombres, muy debilitados por la enfermedad y la deshidratación, habían muerto durante el traslado a cubierta. Otros cuatro no pasarían la noche. Los cuarenta y cinco restantes variaban entre un pronóstico esperanzador y muy escasas posibilidades de sobrevivir; con suerte y habilidad podría salvar a la mayor parte. Pero ¿cuántos casos más se estarían incubando entre el resto de la tripulación?

Por órdenes mías, en la cocina se estaba hirviendo una enorme cantidad de agua: de mar para la limpieza y dulce para beber. Hice otra anotación en mi lista mental: debía ver a la señora Johansen, la de las cabras, para que también se esterilizara la leche.

En el entrepuente habíamos acumulado todo el alcohol disponible para profundo horror del señor Overholt. Podía ser utilizado en su forma actual, aunque habría sido mejor contar con alcohol refinado. ¿Existiría un medio para destilarlo? Otra nota: consultar con el sobrecargo.

Por debajo de la lista mental, cada vez más larga, pensaba vagamente en el misterioso Tompkins y su información. Cualquiera que fuese, no había provocado un giro para reunirnos con el Arte-mis. O bien el capitán Leonard no lo había tomado en serio o estaba demasiado deseoso de llegar a Jamaica para permitir que algo entorpeciera su avance.

Miré por la borda con la vana esperanza de distinguir una vela pero el *Marsopa* estaba solo. El *Artemis* (y Jamie), habían quedado muy atrás.

Aparté de mí la súbita oleada de soledad y pánico. Debía hablar sin pérdida de tiempo con el capitán Leonard. Él tenía la respuesta al menos a dos de los problemas que me preocupaban: la posible fuente del brote de tifus y el papel del desconocido señor Tompkis en los asuntos de Jamie. Pero había asuntos más urgentes.

—¡Elias! —llamé sabiendo que estaría al alcance de mi voz—. Vamos a ver a la señora Johansen y a las cabras.

47

El barco de la epidemia

Dos días después aún no había conseguido hablar con el capitán Leonard. Fui dos veces a su camarote, pero o no estaba allí o no podía atenderme.

El señor Overholt hacía lo posible por evitarme y para librarse de mis insaciables demandas; se encerraba en su camarote con un saquito de salvia e hisopo atado al cuello para ahuyentar la epidemia. Yo me sentía más perro pastor que médico: me pasaba el día gruñendo tras los talones a todo el mundo; ya estaba ronca por el esfuerzo.

Pero iba obteniendo resultados; entre la tripulación había una nueva sensación de esperanza, un objetivo común. Aquel día habían muerto cuatro hombres y aparecieron diez casos nuevos pero en el entrepuente se oían menos gemidos de dolor. En la cara de los que aún estaban sanos era apreciable el alivio que proporciona hacer algo, lo que sea. Hasta el momento no había logrado descubrir la fuente del contagio. Si lograba encontrarla e impedir que surgieran nuevos casos, tal vez pudiera detener la epidemia en una semana.

Entre la tripulación había dos hombres condenados a alistarse por destilar licores ilegales. Conseguí tenerlos a mi servicio y los puse a construir un alambique en el que, para horror de la tripulación, convertíamos el ron en alcohol puro para desinfectar.

En la señora Johansen, la esposa del artillero, encontré inesperadamente una aliada. Era una sueca inteligente, de treinta y tantos años; sólo hablaba unas pocas palabras entrecortadas en nuestro idioma y yo ignoraba por completo el suyo, pero había comprendido de inmediato lo que quería y se ocupaba de hacerlo. Si Elias era mi mano derecha, Annekje Johansen era la izquierda. Asumió por sí sola la responsabilidad de moler pacientemente la galleta dura y mezclarla con la leche de cabra hervida para alimentar con la mezcla resultante a los enfermos que ya estaban lo bastante repuestos para digerirla. El artillero se encontraba entre los enfermos pero afortunadamente era uno de los casos más leves; yo tenía todas las esperanzas de que se recobrara, tanto por las devotas atenciones de su esposa como por su robusta constitución.

—Señora, Ruthven dice que alguien ha vuelto a beber alcohol puro —Elias Pound apareció junto a mí, ojeroso y pálido; su cara redonda se había afinado notoriamente por el trabajo.

Era la cuarta vez en los tres últimos días. Tanto el alambique como el alcohol purificado estaban sometidos a una estrecha vigilancia pero los marineros, que habían visto su ración diaria de ron reducida a la mitad, estaban tan desesperados por la bebida que, de un modo u otro, se las ingeniaban para apoderarse de alcohol destinado a la esterilización.

—Santo cielo, señora Malcolm —había sido la respuesta del sobrecargo a mi queja—, los marineros son capaces de beber cualquier cosa: vino avinagrado, melocotones triturados y fermentados dentro de una bota de goma..., hasta he sabido de uno que robaba los vendajes usados y los remojaba con la esperanza de obtener un poco de alcohol. No, señora: de nada servirá decirles que el alcohol puro los puede matar.

Y así era. Ya había muerto uno de los cuatro que habían bebido y otros dos estaban en un rincón apartado del entrepuente en estado de coma profundo. Si sobrevivían, lo más probable era que sufrieran lesiones cerebrales permanentes.

—En realidad, vivir en un infierno flotante como éste dejaría lesiones cerebrales a cualquiera —me quejé amargamente a una golondrina que se había posado en la barandilla—. Por si no fuera suficiente tratar de salvar del tifus a la mitad de estos desdichados, ahora la otra mitad quiere matarse con el alcohol. ¡Malditos sean!

El océano se extendía alrededor, completamente desierto. Hacia delante las Antillas, donde se escondía el destino del joven Ian. Atrás, Jamie y el *Artemis* habían desaparecido hacía tiempo. Y yo en

medio, con seiscientos marineros ingleses enloquecidos por la falta de bebida y un entrepuente lleno de intestinos inflamados. Me tranquilicé y fui con decisión hacia el pasillo de proa. El capitán Leonard tendría que hablar conmigo.

Me detuve en el vano de la puerta. Aún no era mediodía pero el capitán dormía con la cabeza apoyada en los brazos, que cubrían un libro abierto. A pesar de la barba un poco crecida, su aspecto era juvenil.

Di la vuelta con intención de regresar más tarde. Al hacerlo rocé un montón de libros mal apilados en un armario. El primero cayó ruidosamente al suelo despertando de un sobresalto al capitán.

—¡Señora Fra... Malcolm! —exclamó frotándose la cara y sacudió la cabeza para despertarse—. ¿Qué...? ¿En qué puedo serviros?

—No era mi intención despertaros pero necesito más alcohol. Podría utilizar ron puro pero deberíais tratar de persuadir a los marineros de que no beban el alcohol destilado. Hemos tenido otro caso de envenenamiento. Si hubiera algún modo de que entrara más aire fresco en el entrepuente...

Viendo que lo abrumaba, me interrumpí.

—Comprendo —dijo con aire estúpido mientras se iba espabilando—. Sí, daré órdenes de instalar una manga para llevar más aire abajo. En cuanto al alcohol... os ruego que me permitáis consultar con el sobrecargo; ahora mismo no conozco el estado de nuestras provisiones.

Aspiró hondo, como si se preparara para gritar, cuando recordó que su camarero se encontraba postrado en el entrepuente. Entonces se oyó el tintineo de la campana.

—Excusadme, señora —dijo con la cortesía recobrada—. Es casi mediodía y debo ir a establecer nuestra posición. Os enviaré aquí al sobrecargo, si no os molesta esperar.

—Gracias —dije ocupando la silla que acababa de abandonar. De pronto añadí, movida por un impulso—: ¿Capitán Leonard?

Se volvió hacia mí con expresión interrogante.

—Si no os molesta la pregunta, ¿cuántos años tenéis?

Sus facciones se endurecieron.

—Diecinueve, para serviros, señora.

Y desapareció por la puerta.

¡Diecinueve! Me quedé paralizada por la impresión. Lo hacía muy joven pero no tanto. ¡Era todavía un niño! Diecinueve años, la edad de Brianna. Encontrarse así, de pronto, al mando de una cañonera inglesa atacada por una epidemia que había acabado con la cuarta parte de la tripulación... Sentí que el miedo y la furia empezaban a amainar dentro de mí; la forma en que me había secuestrado no era arrogancia ni falta de tino, sino pura desesperación.

El capitán Leonard había dejado el libro de bitácora abierto sobre la mesa. En las últimas hojas habían caído unas gotas de saliva. Me acerqué y vi una palabra que me erizó el pelo. Cuando despertó, el capitán había dicho, antes de corregirse: «Señora Fra...» La palabra que me había llamado la atención era «Fraser». Sabía quién era yo... y quién era Jamie.

Me levanté precipitadamente para echar el cerrojo, volví a sentarme y empecé a leer.

3 de febrero de 1767. A las ocho campanadas nos encontramos con el Artemis, bergantín de dos palos con bandera francesa. Lo detuvimos para solicitar la ayuda de su cirujano, C. Malcolm, que vino a bordo y permanece con nosotros atendiendo a los enfermos.

Conque C. Malcolm, ¿eh? No mencionaba mi sexo, tal vez por parecerle irrelevante o bien para evitar investigaciones sobre el decoro de sus actos. Pasé a la siguiente anotación.

4 de febrero de 1767. He recibido información del marinero Harry Tompkins, según el cual el sobrecargo del bergantín Artemis es un criminal conocido por el nombre de James

Fraser, así como por los alias de Jaime Roy y Alexander Malcolm. El tal Fraser es un notorio contrabandista acusado de sedición por quien las Adunas Reales ofrecen una sustanciosa recompensa. Como esta información me fue comunicada cuando ya nos habíamos separado del Artemis, no me pareció conveniente perseguir al bergantín, puesto que tenemos órdenes de llegar cuanto antes a Jamaica, al servicio de nuestro pasajero. No obstante, al devolverles a su cirujano se nos presentará una gran oportunidad de detener a Fraser.

Oí pasos en el pasillo; apenas abrí el cerrojo, el sobrecargo llamó a la puerta. No presté mucha atención a las disculpas del señor Overholt: mi mente estaba demasiado ocupada en tratar de encontrar un sentido a la nueva situación.

¿Quién diablos era Tompkins? No lo había oído nombrar nunca; sin embargo, estaba peligrosamente bien informado sobre las actividades de Jamie. Lo cual me llevaba a dos preguntas; ¿cómo era posible que un marinero inglés tuviera tanta información...? Y, ¿quién más la conocía?

Mientras supervisaba el lavado de los enfermos y el suministro de agua azucarada y leche hervida, mi mente continuaba trabajando en el problema del desconocido Tompkins, de quien sólo conocía la voz. Por fin me decidí a preguntar; de cualquier modo, debía de saber quién era yo y el hecho de que se enterara de que había estado haciendo averiguaciones sobre él no empeoraría más las cosas.

Lo más fácil era comenzar por Elias. Esperé hasta que acabara el día, confiando en que la fatiga embotaría su curiosidad natural.

—¿Tompkins? —Su cara de niño se arrugó para volver a despejarse—. Ah, sí. Es uno de los marineros del castillo de proa, señora.

—¿Cuándo subió a bordo?

—Oh, en Spithead, me parece. ¡No, ahora recuerdo! Fue en Edimburgo. —Se frotó la nariz con los nudillos para sofocar un bostezo—. Eso es, en Edimburgo. Lo recuerdo porque le obligaron a alistarse. Armó un barullo tremendo, proclamando que no le podían obligar puesto que trabajaba para sir Percival Turner en las Aduanas. —El bostezo acabó por ganar la partida, haciéndole abrir ampliamente la boca—. Pero como no tenía ningún documento escrito por sir Percival, no pudo hacer nada.

—¿Así que era agente de Aduanas? —Eso explicaba muchas cosas, sin duda.

—Ajá. Eh... digo... sí, señora. —Elias trataba de mantenerse despierto. Sus pupilas miraban fijamente la lámpara que se balanceaba en un extremo del entrepuente y comenzaban a acompañarla en su bamboleo.

—Ve a acostarte, Elias —dije compasiva—. Ya terminaré yo.

—¡Oh, no, señora! ¡Pero si no tengo sueño! —Alargó torpemente la mano hacia la botella que yo tenía en la mano.

Aunque al terminar estaba casi tan cansada como él, no pude conciliar el sueño.

Tompkins trabajaba para sir Percival y éste sabía, sin duda, que Jamie era contrabandista. Pero ¿qué más había en el asunto? Tompkins conocía a Jamie de vista. ¿Cómo? Sir Percival había tolerado las actividades clandestinas de Jamie a cambio de sus sobornos... pero era poco probable que algún centavo hubiera llegado a los bolsillos de Tompkins. En ese caso... ¿y la emboscada en Arbroath? ¿Habría un traidor entre los contrabandistas? Y si así fuera...

Mis ideas comenzaban a perder coherencia. Me puse boca abajo, con la almohada apretada contra el pecho. Mi último pensamiento fue que tenía que encontrar a Tompkins.

Finalmente fue Tompkins quien vino a mí. Durante más de dos días, ocupada con los enfermos, no tuve tiempo para nada. Al tercer día, como las cosas parecían estar mejor, me retiré al camarote del

cirujano con intención de lavarme y descansar un poco antes de que llamaran para almorzar. Alguien llamó con delicadeza a la puerta y una voz desconocida anunció:

—¿Señora Malcolm? Ha habido un accidente.

Al abrir la puerta, me encontré ante dos marineros que sostenían a un tercero que se apoyaba en una pierna y estaba pálido por el dolor.

Me bastó una mirada para saber de quién se trataba. El herido presentaba en un lado de la cara las cicatrices de una quemadura; el párpado torcido dejaba entrever la niña lechosa de un ojo ciego. Ante mí tenía al marinero tuerto que el joven Ian creía haber matado. El lacio pelo castaño estaba recogido en una coleta que le caía sobre un hombro.

—Señor Tompkins —saludé con seguridad. El ojo sano se ensanchó por la sorpresa—. Ponedlo ahí, por favor.

Los hombres depositaron a su compañero en un taburete, junto a la pared, y volvieron al trabajo; había demasiada escasez de tripulantes para permitir distracciones. Con el corazón acelerado, me arrodillé para examinar la pierna herida.

Él me conocía sin duda alguna. La pierna estaba muy tensa. La herida era impresionante pero no grave si se la atendía correctamente: un tajo profundo a lo largo de la pantorrilla.

—¿Cómo os hicisteis esto, señor Tompkins? —pregunté mientras me levantaba en busca de alcohól.

Levantó la vista, alerta y desconfiado.

—Una astilla, señora —respondió con el tono nasal que ya había oído una vez—. Estaba de pie sobre una verga y se rompió.

Sacó furtivamente la punta de la lengua pasándosela por el labio inferior.

—Comprendo.

Lo estudié de reojo, buscando la mejor manera de abordarlo. En busca de inspiración eché un vistazo a la mesa. Y la encontré. Mientras pedía mentalmente perdón al espíritu de Esculapio, cogí el serrucho para huesos del difunto cirujano: un objeto maligno, casi medio metro de acero oxidado. Después de observarlo con aire pensativo, apoyé el borde dentado en la pierna herida por encima de la rodilla y elevé una mirada encantadora hacia aquel aterrorizado ojo.

—Señor Tompkins —dije—, hablemos francamente.

Una hora después, el marinero Tompkins era devuelto a su hamaca con la herida suturada y vendada, temblando de pies a cabeza, pero con su humanidad todavía entera. Yo también estaba algo temblorosa.

Tal como había asegurado en Edimburgo, Tompkins era agente de sir Percival Turner y recorría los muelles y los depósitos de la costa alerta a cualquier indicio de actividad ilegal. Sus informes podían llevar a la detención de algún pequeño contrabandista, al que se sorprendía con las manos en la masa, pero los peces gordos quedaban reservados al juicio particular de sir Percival. En otras palabras: se les permitía pagar sustanciosos sobornos por el privilegio de proseguir con sus operaciones.

—Sir Percival tiene ambiciones, ¿comprendéis? Quiere llegar a par del reino.

Y algo que podía ayudarlo en ese sentido era una espectacular demostración de competencia, prestando un gran servicio a la Corona.

—Una detención capaz de llamar la atención, ¿no? ¡Aaahh! ¡Eso duele, señora! ¿Estáis segura de lo que hacéis? —Echó una mirada dubitativa a la herida. La estaba limpiando con alcohol diluido.

—Estoy segura —lo tranquilicé—. Continuad. Supongo que un simple contrabandista no habría bastado, por importante que fuera.

Obviamente, no. Sin embargo, cuando sir Percival supo que podía tener a un delincuente político al alcance de la mano, estuvo a punto de estallar de entusiasmo.

—Pero la sedición es más difícil de probar que el contrabando. Los sediciosos son idealistas —explicó Tompkins meneando la cabeza con disgusto—. Nunca se delatan entre sí.

—¿Y vosotros no sabíais a quién estabais buscando?

—No, no sabíamos quién era el pez gordo... hasta que un agente tuvo la suerte de dar con un socio de Fraser. Él le contó que era Malcolm, el impresor, y le dijo su verdadero nombre. Entonces todo quedó claro.

El corazón se me detuvo por un instante.

—¿Quién era ese socio? —pregunté.

—No lo sé, de veras, señora, os lo juro. ¡Aahh! —exclamó al sentir la aguja en la piel.

—No es mi intención haceros daño —le aseguré con voz de falsete—. Pero tengo que suturar la herida.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Os digo que no lo sé! ¡Si lo supiera os lo diría, pongo a Dios por testigo!

—No lo pongo en duda —dije concentrada en mis puntos.

—¡Ah! ¡Basta, señora, por favor! ¡Un momento! Sólo sé que era inglés. ¡ Nada más!

Levanté la vista.

—¿Inglés? —repetí inexpresiva.

—Sí, señora. Eso dijo sir Percival.

Me miraba con lágrimas temblándole en las pestañas. Apliqué el último punto con toda la suavidad posible y até el nudo de la sutura. Me levanté sin decir nada y le entregué una medida de coñac de mi botella particular.

Bebió con gratitud, reconfortándose de inmediato. Ya fuera por agradecimiento o por el alivio de haber terminado con aquella dura prueba, me contó el resto de la historia. En busca de pruebas para respaldar los cargos de sedición, había ido a la imprenta de Carfax Close.

—Sé lo que sucedió allí —aseguré, volviéndole la cara hacia la luz para examinar las cicatrices de las quemaduras—. ¿Os duele todavía?

—No, señora, pero me dolió horrores durante algún tiempo.

Como estaba incapacitado por sus lesiones, Tompkins no había participado en la emboscada de Arbroath pero sabía («Porque lo oí decir, ya me entendéis») lo que había sucedido.

Sir Percival había avisado a Jamie de que habría una emboscada para que no creyera que estaba envuelto en el asunto. También sabía por el misterioso colaborador inglés los cambios pactados con el barco francés por si fallaba el desembarco; por eso dispuso que la trampa se tendiera en la playa de Arbroath.

—Pero ¿y el oficial de Aduanas que fue asesinado en el camino? —pregunté sin poder dominar un escalofrío—. ¿Quién hizo eso? De los contrabandistas sólo cinco pudieron hacerlo, pero ninguno de ellos era inglés.

—No fue ninguno de ellos, señora. Fue su propio compañero.

—¿Qué? —Di un respingo sobresaltada.

—Es cierto señora. Eran dos. Uno de ellos tenía instrucciones.

Las instrucciones eran esperar por si alguno de los contrabandistas lograba escapar. Una vez hubiera llegado al camino, uno de los funcionarios de Aduanas dejaría caer un nudo corredizo sobre la cabeza de su compañero y lo estrangularía sin pérdida de tiempo. Debía dejarlo colgado allí, como muestra de la ira asesina de los delincuentes.

—Pero ¿por qué? —exclamé horrorizada—. ¿Qué sentido tenía?

—¿No os dais cuenta? —Tompkins parecía sorprendido, como si la respuesta fuera obvia—. No habíamos podido sacar de la imprenta pruebas que acusaran a Fraser de sedición. Tampoco lo atrapamos nunca con mercancía de contrabando. Uno de los agentes creía saber dónde la guardaban, pero en noviembre desapareció sin que volviéramos a tener noticias suyas.

—Comprendo. —Tragué saliva, pensando en el hombre que me había atacado en la escalera del burdel. ¿Qué habría sido de aquella crema de menta?

—Bueno, ya tenemos a sir Percival con un caso especial entre las manos: uno de los contrabandistas más grandes de la costa además de autor de material sedicioso de primera línea. Y también un traidor jacobita indultado, cuyo nombre causaría sensación en todo el reino. El único problema —se encogió de hombros— es que no había pruebas.

Comenzaba a apreciar la horrible lógica de todo aquello. El asesinato de un funcionario de Aduanas en pleno cumplimiento de su deber no sólo justificaba el arresto de un contrabandista para

someterlo a la pena capital, sino que provocaría gran indignación pública. La aceptación que el contrabando despertaba en el pueblo no le salvaría ante una situación como aquélla.

—Vuestro sir Percival parece ser un auténtico bribón —comenté.

—Bueno, en eso tenéis razón, señora. No voy a decir lo contrario.

—Y el funcionario asesinado... supongo que era sólo el elemento adecuado.

Con una risita sardónica, Tompkins esparció una fina llovizna de coñac. Parecía tener dificultades para enfocar su único ojo.

—Oh, muy adecuado, señora, en más de un sentido. Pero no merece que lo lloréis. Fueron muchos los que se alegraron de verlo colgado... Sir Percival, entre otros.

—Comprendo. —Terminé de vendarle la pantorrilla—. Llamaré a alguien para que os lleve a vuestra hamaca —dije quitándole la botella casi vacía—. Esa pierna debe descansar durante tres días por lo menos; decid a vuestro superior que no podéis levantaros hasta que os haya quitado los puntos.

—Bueno, señora. Gracias por ser tan buena con un pobre marinero. No os molestéis por Harry Tompkins.

Salió al pasillo tambaleándose y se volvió para guiñarme exageradamente el ojo.

—El viejo Harry siempre sale a flote, de una forma u otra.

—¿En qué año nacisteis, señor Tompkins? —pregunté.

Parpadeó sin comprender.

—En 1713, señora. ¿Por qué?

—Por nada.

Habría apostado mis enaguas a que 1713 era el Año de la Rata.

48

Momento de gracia

Durante los días siguientes se estableció una ratina, como sucede hasta en las circunstancias más desesperadas siempre que se prolonguen el tiempo suficiente. Luchar contra una enfermedad sin medicamentos es como emprenderla a empujones contra una sombra.

Llevaba nueve días luchando y habían muerto cuarenta y seis hombres más. Aun así me levantaba todos los días al amanecer, me salpicaba con agua los ojos irritados y salía, una vez más, al campo de batalla sin más armas que la persistencia... y un tonel de alcohol.

Hubo algunas victorias, pero hasta ésas me dejaban un sabor de boca amargo. Descubrí la posible fuente de contagio: uno de los ayudantes de cocina, un hombre llamado Howard, que había estado prestando servicio en el camarote de los aspirantes a oficiales. Según los incompletos registros del difunto médico, la primera víctima fue uno de los marineros que comían allí. Hubo otros cuatro casos, todos en el mismo sector; después la enfermedad empezó a extenderse. Los hombres contagiados iban dejando la mortífera contaminación en las letrinas del barco.

Bastó que Howard admitiera haber visto antes una enfermedad así para que el asunto se aclarara. Pero el cocinero, escaso de ayudantes, se había negado rotundamente a separarse de un hombre tan valioso por «las locas ideas de una maldita hembra». Como Elias no pudo persuadirlo, me vi obligada a recurrir al capitán en persona; Leonard, interpretando mal la naturaleza del conflicto, se presentó con varios marineros armados. En la cocina tuvo lugar una escena muy desagradable. Por fin, Howard fue enviado al calabozo, el único lugar donde la cuarentena era segura, protestando e inquiriendo desconcertado cuál había sido su delito.

Cuando salí de la cocina, el sol descendía hacia el océano, dejando un fulgor que pavimentaba de oro el mar, como si fueran las calles del paraíso. Me detuve transfigurada por el espectáculo.

La luz cambió y el instante quedó atrás, dejándome el eco de su presencia. En un acto reflejo de reconocimiento, hice la señal de la cruz y bajé al entrepuente.

Cuatro días después, el tifus se llevó a Elias Pound. Fue una infección virulenta: llegó al entrepuente con los ojos pesados por la fiebre y haciendo gestos de rechazo a la luz; seis horas después deliraba. Al amanecer del día siguiente apoyó su redonda cabeza en mi seno, me llamó «madre» y murió en mis brazos.

Pasé el día dedicada a mi trabajo; al caer el sol, acompañé al capitán Leonard mientras leía el oficio fúnebre. El cuerpo del guardia marina Pound fue entregado al mar envuelto en su hamaca. Aquella noche no cené con el capitán; preferí sentarme en un rincón de la cubierta, junto a uno de los grandes cañones, donde pude contemplar el mar sin mostrar la cara a nadie.

Todo médico detesta perder un paciente. La muerte es el enemigo. Dejarse arrebatar a alguien que nos ha sido confiado es ser derrotado, sentir la impotencia más allá del pesar común y de los horrores de la muerte. Aquel día había perdido a veintitrés hombres entre el alba y el ocaso. Elias fue sólo el primero.

Levanté una mano inútil para descargarla con fuerza contra la barandilla. Lo hice una y otra vez, casi sin sentir el escozor de los golpes, llena de ira y dolor.

—¡Basta! —ordenó una voz tras de mí. Una mano me sujetó la muñeca impidiendo que volviera a golpear la barandilla.

—¡Soltad! —Luché, pero aquellos dedos eran muy fuertes.

—Basta —repitió con firmeza. Me rodeó la cintura con el otro brazo para apartarme de allí—. No actuéis de ese modo. Os haréis daño.

—¡Me importa un rábano! —Me debatí pero acabé por encorvar los hombros, derrotada. ¿Qué importaba?

Entonces me soltó. Al volverme me encontré frente a un hombre al que nunca había visto. No era marinero; sus ropas, aunque arrugadas y malolientes por el exceso de uso, eran muy finas: la chaqueta y el chaleco habían sido hechos a medida y el encaje que le rodeaba el cuello debía provenir de Bruselas.

—¿Quién diablos sois? —pregunté atónita.

Me entregó un pañuelo, arrugado pero limpio.

—Me llamo Grey —dijo con una reverencia cortés y una leve sonrisa—. Supongo que vos sois la famosa señora Malcolm, cuyo heroísmo elogia tanto nuestro capitán.

Se interrumpió al ver mi mueca.

—Perdonad —dijo—. ¿He dicho algo inadecuado? Mil disculpas, señora. No era mi intención ofenderos.

Meneé la cabeza.

—Ver morir a los hombres no es un acto de heroísmo —dije. Tuve que interrumpirme para sonarme la nariz—. Estoy aquí, eso es todo. Gracias por el pañuelo.

—¿Puedo hacer algo más por vos? —vacilaba—. ¿Un vaso de agua? ¿Un poco de coñac, quizá? —Hurgó en su chaqueta para sacar una petaca de plata, en la que se veía un escudo de armas.

La acepté con un gesto de agradecimiento; tomé un trago tan grande que acabé tosiendo.

—Gracias —dije al devolverle la petaca—. Con tanto usar el coñac para lavar a los enfermos, había olvidado que también se bebe.

Eso me trajo a la memoria los sucesos del día con tal realismo que me dejé caer en la caja de pólvora.

—¿Eso significa que la epidemia no cede? —preguntó en voz baja.

—No puedo decir que no ceda. —Cerré los ojos; me sentía muy triste—. Hoy sólo ha habido un caso nuevo. Ayer fueron cuatro; anteayer, seis.

—Parece prometedor —comentó—. Se diría que estáis derrotando a la enfermedad.

—No. Sólo estamos logrando reducir el contagio. Pero no puedo hacer absolutamente nada por los que ya la han cogido.

—Caramba... —Se inclinó para cogerme una mano. La sorpresa hizo que no me resistiera—. Yo diría que habéis estado muy activa para decir que no hacéis absolutamente nada.

—¡Claro que hago algo! —espeté recuperando la mano—. ¡Es que no sirve de nada!

—Sin duda alguna...

—¡No! —Descargué el puño en el cañón—. ¿Sabéis cuántos hombres he perdido hoy? ¡Veintitrés! Estoy en pie desde el alba, hundida hasta los codos en mugre y estiércol, con la ropa pegada al cuerpo. ¡Y no sirve de nada! ¡No he podido ayudar! ¿Me oís? ¡No he podido ayudar!

—Os oigo —dijo en voz baja—. Me avergonzáis, señora. Me he quedado en el camarote por órdenes del capitán pero no tenía ni idea de las circunstancias que describís. De lo contrario os aseguro que habría salido a ayudar.

—¿Por qué? No tenéis ninguna obligación.

—¿Y vos sí? —Se dio la vuelta y me miró a la cara. Entonces vi que era un hombre apuesto, de unos treinta y ocho años, de facciones bien delineadas y grandes ojos azules dilatados por el asombro.

—Sí—dije.

—Comprendo.

—No, no comprendéis, pero no importa. —Me presioné con fuerza la frente con la punta de los dedos, en el sitio que el señor Willoughby me había indicado para aliviar el dolor de cabeza—. Si el capitán quiere que permanezcáis en vuestro camarote, deberíais hacerlo. Tengo suficientes hombres para que me ayuden con los enfermos. Sólo que... no hay remedio —concluí dejando caer las manos.

—Comprendo —repitió como si hablara con las olas—. Supuse que vuestra aflicción se debía sólo a la compasión natural de las mujeres pero veo que se trata de algo muy diferente. —Hizo una pausa—. He sido oficial del ejército. Sé lo que significa tener vidas humanas en las manos... y perderlas.

Se hizo un silencio.

—Todo se reduce a reconocer que uno no es Dios —añadió con suavidad—. Y a lamentar no poder serlo.

—Sí —confirmé.

Vaciló como si no supiera qué decir y me cogió la mano para besármela con sencillez.

—Buenas noches, señora Malcolm —dijo.

Se alejó haciendo resonar sus pasos en la cubierta.

Estaba a unos metros de distancia cuando un marinero, al verlo, se detuvo con un grito. Era Jones, uno de los camareros.

—¡Milord! ¡No deberíais haber salido del camarote! El aire de la noche es mortal, y con la epidemia a bordo... y las órdenes del capitán...

Mi nuevo conocido hizo un gesto de disculpa.

—Sí, sí, lo sé. He hecho mal en salir. Pero si permanecía un momento más en el camarote me habría asfixiado.

—Es mejor asfixiarse que morir de esas malditas diarreas, señor, con vuestro perdón —replicó severo.

Al pasar Jones a mi lado, alargué la mano para sujetarlo por la manga.

—¡Oh, señora Malcolm! —dijo apoyando en el pecho la mano extendida—. ¡Por Dios! Perdonad, pero pensé que erais un fantasma.

—Perdonad vos —respondí cortés—. Sólo quería preguntaros quién es el hombre con quien estabais hablando.

—¿Él? —Jones miró por encima del hombro pero el señor Grey ya había desaparecido—. Caramba, es lord John Grey, señora, el nuevo gobernador de Jamaica. —Echó una mirada censora hacia el sitio por donde el mencionado había desaparecido—. Sólo nos faltaría llegar a puerto con un político muerto a bordo. —Después de sacudir la cabeza con aire crítico, me preguntó—: ¿Vais a retiraros, señora? ¿Os llevo una taza de té y algún bizcocho?

—No, Jones, gracias. Iré a echar un último vistazo a los enfermos antes de acostarme. No necesito nada.

—Bien, señora. En todo caso, no tenéis más que pedirlo. A cualquier hora. Os deseo buenas noches.

Se tocó el pelo caído sobre la frente y continuó de prisa su camino.

Me quedé junto a la barandilla, aspirando a grandes bocanadas el aire fresco. Súbitamente caí en la cuenta de que, al fin y al cabo, se me había concedido ese momento de gracia por el que había rezado sin palabras.

—Tienes razón —dije en voz alta, dirigiéndome al mar y al cielo—. Con un crepúsculo no habría bastado. Gracias.

Y bajé.

49

¡Tierra a la vista!

Es verdad lo que dicen los marineros: la tierra se huele mucho antes de verla.

A pesar del largo viaje, el corral de las cabras resultaba un sitio muy agradable. Diariamente se retiraban los montones de estiércol y Annekje Johansen traía todas las mañanas una brazada de heno seco. El olor a cabra, aunque fuerte, era algo limpio y natural, bastante más agradable que el hedor de los marineros, que no se bañaban.

—*Komma, komma, komma, dyr get* —gritó la mujer, atrayendo a una cabra con un puñado de heno; le arrancó una garrapata que aplastó contra la cubierta.

—¿Hay tierra cerca? —pregunté.

Asintió con una sonrisa ancha y alegre.

—*Ja*. ¿Oler? —indicó olfateando vigorosamente—. ¡Tierra, *ja*! Agua, hierba. ¡Es bueno, bueno!

—Necesito ir a tierra —dije observándola con atención—. Sin decir nada. Secreto.

—¿Ah? —Annekje me miró—. ¿No digo capitán, ya?

—A nadie —confirmé moviendo afirmativamente la cabeza—. ¿Me puedes ayudar?

Reflexionó en silencio. Era una mujer corpulenta y plácida. Actuaba como sus cabras, que se adaptaban alegremente a la extraña vida de a bordo, disfrutando del heno y de la cálida compañía. Con la misma capacidad de adaptación, hizo un sereno gesto de asentimiento.

—*Ja*. Ayudo.

Pasado el mediodía anclamos frente a la isla de Watlings, llamada así, según me dijo un guardia marina, en honor de un famoso bucanero del siglo pasado. La observé con curiosidad; era llana, con anchas playas blancas y palmeras bajas. En otro tiempo había recibido el nombre de San Salvador y probablemente fue lo primero que Cristóbal Colón vio del Nuevo Mundo.

Era sólo una pausa para renovar nuestra provisión de agua antes de continuar el viaje hasta Jamaica. Faltaba aproximadamente una semana de viaje y, con tantos enfermos, los grandes toneles de agua dulce estaban casi vacíos.

San Salvador era una isla pequeña, pero interrogando con prudencia a mis pacientes, descubrí que su puerto principal atraía bastante tráfico marítimo. Aunque no fuera el sitio ideal para una fuga, no tenía la intención de aceptar la «hospitalidad» de la Marina en Jamaica, donde serviría como cebo para que Jamie fuera detenido.

Los tripulantes que no estaban ocupados se acercaron a la borda para conversar y contemplar la isla. Distinguí una coleta larga y rubia agitada por la brisa: el gobernador también había abandonado la reclusión para exponer su rostro pálido al sol tropical.

Pensé acercarme, pero no hubo tiempo. Annekje ya había ido en busca de la cabra. Me sequé las manos en la falda haciendo los últimos cálculos. Las palmeras estaban a unos doscientos metros. Si lograba bajar por la plancha y adentrarme en la selva, tendría bastantes posibilidades de escapar.

Annekje abordó al centinela con su rara mezcla de sueco e inglés; señalaba la cabra que llevaba en brazos y la costa, insistiendo en que el animal necesitaba hierba fresca. El marino parecía comprender pero se mantenía firme.

—No, señora —dijo con respeto—. Nadie puede desembarcar, salvo el grupo que va a cargar agua. Órdenes del capitán.

Yo me mantenía fuera de su campo de visión, observando la discusión. Ella maniobraba sin dejar de discutir, obligando al marinero a retroceder unos pasos para que yo pudiera pasar por detrás de él. Cuando lo tuviera lo bastante lejos de la plancha, soltaría la cabra para que, en la persecución, contara con un par de minutos para escapar.

Pasé el peso del cuerpo de un pie a otro. Iba descalza; de ese modo me sería más fácil correr por la arena. El centinela se movió, dándome la espalda. Necesitaba un paso más, sólo un paso más.

—Hermoso día, ¿verdad, señora Malcolm?

Me mordí la lengua.

—Muy hermoso, capitán Leonard —dije con dificultad. Su voz parecía haberme detenido el corazón.

—Haber llegado hasta aquí es una victoria tanto vuestra como mía, señora —dijo—. Sin vos, dudo que el *Marsopa* hubiera podido alcanzar tierra. —Me tocó tímidamente la mano.

Volví a sonreír, un poco más amable.

—Sin duda habríais salido del aprieto, capitán. Parecéis un marino muy competente.

Se echó a reír, sonrojado.

—Bueno, en gran parte el mérito es de los marineros, señora; debo reconocer que se han portado con nobleza. Y sus esfuerzos, naturalmente, se deben a vuestras habilidades médicas. —Me miró con un brillo severo en los ojos pardos—. No puedo expresar lo que vuestra ayuda ha sido para nosotros, señora. Voy... voy a informar al gobernador y a sir Greville, el Comisario Real de Antigua. Escribiré una carta como sincero testimonio de los esfuerzos que habéis hecho por nosotros. Tal vez... tal vez sirva de algo. —Bajó la mirada.

—¿Para qué, capitán? —Aún tenía el corazón acelerado.

—No os iba a decir nada, señora, pero el honor me impide guardar silencio. Conozco vuestro apellido, señora Fraser, y sé quién es vuestro esposo.

—¿De verdad? —Hice lo posible por dominar mis emociones—. ¿Y quién es?

El muchacho pareció sorprendido.

—¡Caramba, señora, es un criminal! —Palideció un poco—. ¿Acaso no lo sabíais?

—Lo sabía, sí —repliqué secamente—. Pero ¿por qué me lo decís?

Se pasó la lengua por los labios pero me sostuvo la mirada con valor.

—Cuando descubrí la identidad de vuestro esposo hice una anotación en el libro de bitácora. Ahora lo lamento pero ya es demasiado tarde. La información ya tiene carácter oficial. Cuando llegue a Jamaica tendré que comunicar su nombre y su destino a las autoridades locales y también al Comandante Naval de Antigua. Lo apresarán cuando amarre el *Artemis*. —Tragó saliva—. Y si lo apresan...

—Lo ahorcarán —concluí.

—He visto ahorcar a otros —dijo después de una pausa—. Señora Fraser... yo... lo siento. No pretendo que me perdonéis. Sólo quiero deciros lo mucho que lo siento.

Giró sobre sus talones y se alejó. Frente a él, Annekje Johansen, con su cabra, seguía discutiendo acaloradamente con el centinela.

—¿Qué significa esto? —inquirió el capitán Leonard enfadado—. ¡Retirad inmediatamente ese animal de la cubierta! ¿En qué estáis pensando, señor Holford?

Los ojos de Annekje pasaron del capitán a mí, adivinando instantáneamente cuál había sido el problema. Me guiñó con solemnidad uno de sus grandes ojos azules. Lo intentaríamos otra vez, pero ¿cómo?

Cuatro días después, mientras cambiábamos el rumbo para entrar en el Canal de Caicos, una ráfaga de aire surgió inesperadamente y sorprendió al barco mal preparado.

En aquel momento yo estaba en cubierta. A mi alrededor todo era confusión, órdenes a gritos y marineros que corrían. Me incorporé, tratando de ordenar mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a un marinero.

—El palo mayor se ha jodido —dijo sucintamente—. Con vuestro perdón, señora, pero es la verdad. Y ahora tendremos un baile infernal.

• • •

El *Marsopa* renqueaba lentamente con rumbo hacia el sur, privado de su palo mayor. El capitán Leonard optó por amarrar en la costa norte de una de las islas Caicos y realizar las reparaciones necesarias.

Aunque en aquella ocasión se nos permitió desembarcar, de nada me servía. No podía ocultarme en aquella isla seca, sin comida y sin agua, esperando que algún huracán me trajera un barco.

Sin embargo, el cambio de rumbo hizo que Annekje ideara un nuevo plan.

—Conocer esto —dijo con aire sabio—. Ahora vamos redondo, Gran Turca, Mouchoir. Caicos no. —Se sentó en cuclillas dibujando con un dedo en la arena.

—Mira: Canal Caicos —dijo trazando un par de líneas, encima de las cuales dibujó el pequeño triángulo de una vela—. Pasamos, pero no hay mástil. Ahora... —Dibujó rápidamente varios círculos irregulares a la derecha del paso—. Caicos del Norte, Caicos del Sur, Caicos, Gran Turca —añadió clavando un dedo en cada uno de los círculos—. Ahora ir rodeando: arrecifes. Canal de Mouchoir.

—¿El Canal de Mouchoir? —Lo había oído mencionar, pero no se me ocurría qué podía tener que ver con mi posible huida del *Marsopa*.

Annekje asintió sonriendo, dibujó una línea larga y ondulante por debajo del dibujo anterior y la señaló con orgullo.

—La Española. Santo Domingo. Isla grande, ciudades, muchos barcos.

Enarqué las cejas desconcertada. Ella suspiró al ver que no comprendía. Después de reflexionar un momento, se levantó, cogió la cacerola poco profunda que habíamos estado utilizando para recoger moluscos, la llenó de agua y la agitó cuidadosamente en un movimiento circular; arrancó una hebra de su deshilachada falda y cortando un trocito con los dientes lo escupió dentro del agua. El hilo se mantuvo a flote siguiendo los lentos círculos del remolino dentro de la cacerola.

—Tú —dijo señalando el trocito de hilo—. Agua te mueve. —Señaló nuevamente el dibujo de la arena. Hizo un nuevo triángulo en el Canal de Mouchoir y una línea que se curvaba desde la vela hacia la izquierda, indicando el curso de la nave. Depositó el hilo azul que me representaba junto a la vela que simbolizaba al *Marsopa* y lo arrastró hacia la costa de La Española.

—Saltar —dijo.

—¡Estás loca! —exclamé horrorizada.

Rió entre dientes, muy satisfecha por haberse hecho entender.

—*Ja* —dijo—. Pero sirve. Agua te lleva. Trata no ahogar, ya.

Aspiré profundamente, quitándome el pelo de los ojos.

—*Ja* —repetí—. Haré lo posible.

50

Encuentro con un sacerdote

El mar estaba templado. Comparado con el de Escocia era como un baño caliente. Dos o tres horas de natación me dejaron los pies entumecidos en la parte en que estaban atadas las cuerdas de mi improvisado salvavidas, hecho con dos barriles vacíos.

La esposa del artillero había dicho la verdad. La silueta larga y difusa que había visto desde el *Marsopa* se acercaba cada vez más; sus colinas oscuras parecían de terciopelo negro en contraste con el cielo. La Española... Haití.

Debían ser las cuatro de la mañana y aún faltaban casi dos kilómetros para llegar a la costa. Agotada por el esfuerzo y la preocupación, me até la cuerda a una muñeca para asegurarme de no perder el arnés y, con la frente apoyada en uno de los toneles que desprendía un fuerte olor a ron, me quedé dormida.

El roce de algo sólido en los pies hizo que me despertara bajo una aurora opalina; mar y cielo brillaban con el mismo color que puede verse en el interior de algunas conchas marinas. Cuando conseguí tener los pies bien asentados en la arena fría, pude percibir la fuerza de la corriente que tiraba de los barriles. Me liberé de las cuerdas y, con bastante alivio, dejé que continuaran su bamboleante viaje hacia la costa.

Tenía los hombros magullados y la muñeca a la que me había atado la cuerda estaba en carne viva; me sentía exhausta, congelada y sedienta, con las piernas fláccidas como un camarón hervido.

El mar estaba desierto, sin señales del *Marsopa*. Había escapado. Sólo me quedaba llegar a la costa, buscar agua, conseguir algún medio de transporte para llegar rápidamente a Jamaica y reunirme con Jamie y con el *Artemis* antes de que lo hiciera la Marina Real. Por el momento, apenas podía cumplir con el primer punto de la agenda.

El manglar se extendía hasta donde llegaba la vista. No había más alternativa que caminar entre las raíces que sobresalían del lodo formando grandes arcos. Como me hundía en el barro hasta los tobillos, me pareció mejor seguir descalza y con las faldas recogidas sobre las rodillas.

Al principio fue agradable recibir el sol naciente en los hombros, pues me calentaba la piel helada y secaba mis ropas, pero al cabo de una hora deseaba que se ocultara detrás de alguna nube. Sudaba abundantemente, estaba de barro seco hasta las rodillas y la sed comenzaba a ser insoportable. No se veía otra cosa que el follaje verde grisáceo.

—No es posible que toda esta isla sea un manglar —murmuré sin dejar de chapotear—. En algún sitio tiene que haber tierra seca. Y agua...

Un ruido similar al disparo de un pequeño cañón me asustó de tal modo que se me cayó el cuchillo. Mientras lo buscaba frenéticamente entre el barro, algo pasó zumbando junto a mi cabeza. Se oyó un fuerte agitar de hojas y, por fin, una especie de coloquial «¿Cuac?»

—¿Qué? —Me incorporé con cautela, sujetando el cuchillo con una mano mientras me apartaba los rizos enlodados con la otra. A dos metros de distancia, una gran ave negra se peinaba las plumas y me miraba con aire crítico.

—Bueno —dije sarcástica—, tú tienes alas, amigo.

El ave dejó de acicalarse.

—¡Bum! —dijo repitiendo el cañonazo que me había sobresaltado.

—Deja de hacer eso —protesté irritada.

Sin prestarme atención, aleteó y volvió a tronar; en pocos segundos aparecieron otras tres siluetas negras.

Estaba bastante segura de que no eran buitres, pero prefería no perder más tiempo. Tenía que recorrer muchos kilómetros antes de poder dormir... y buscar a Jamie. Prefería no pensar en la posibilidad de no hallarlo a tiempo.

Media hora después había avanzado tan poco que aún oía el cañoneo intermitente de mi vecino y sus amigos. Como jadeaba, escogí una raíz lo bastante gruesa para sentarme a descansar.

—Agua, agua por todas partes —dije tristemente, mirando a mi alrededor—, y ni una gota que se pueda beber.

Un pequeño movimiento en el lodo me llamó la atención. Al inclinarme vi varios peces de una especie que nunca había visto; lejos de boquear y retorcerse, se mantenían erguidos sobre las aletas pectorales, como si no les preocupara en absoluto el hecho de estar fuera del agua. Los estudié con fascinación.

—¿Quién está alucinando? —pregunté—. ¿Vosotros o yo?

Los peces, en vez de responder, dieron un súbito brinco y aterrizaron sobre una rama, a un palmo del suelo. Tal vez percibían algo, pues al cabo de un momento llegó una ola que me cubrió hasta los tobillos.

Me invadió una súbita frescura. El sol había tenido la gentileza de esconderse tras una nube y, con su desaparición, el ambiente del manglar cambió por completo. Cangrejos y peces desaparecieron. Al echar un vistazo a la nube ahogué una exclamación. Desde las colinas se acercaba una enorme masa púrpura.

La ola siguiente subió cinco centímetros más que la anterior y tardó más en retirarse. Yo no era cangrejo ni pez, pero ya me había dado cuenta de que se avecinaba, con asombrosa celeridad, una tormenta. Me invadió una oleada de pánico, pero traté de calmarme. Si perdía la serenidad estaría perdida.

—Resiste, Beauchamp —murmuré para mis adentros. Muy bien, ¿hacia dónde ir? Hacia la montaña; era lo único visible. Me abrí paso entre las ramas tan de prisa como pude, sin prestar atención a los agarrones de mis faldas y a la creciente fuerza con que las olas tiraban de mis piernas. Seguí chapoteando. La falda se me desprendía del cinturón; en cierto momento se me cayeron los zapatos y desaparecieron de inmediato entre la espuma que ya me llegaba a las rodillas.

Cuando la marea me llegó a medio muslo se inició la lluvia. Al principio perdí el tiempo en vano levantando la cara para tratar de absorber el agua de la lluvia. Por fin, recobrando el sentido común, me quité el pañuelo que me cubría los hombros y lo escurrí varias veces para quitarle los vestigios de sal, dejé que se empapara de lluvia y chupé el agua de la tela. Sabía a sudor, a algas marinas y a algodón barato: deliciosa.

En las montañas relució un relámpago; al cabo de un momento llegó el sonido del trueno. La marea me estiraba con tanta fuerza que, cuando la ola se retiraba, necesitaba aferrarme a las raíces más cercanas para que no me arrastrara.

Comenzaba a pensar que me había precipitado al abandonar el *Marsopa*. El viento seguía arreciando. Dicen los marineros que la séptima ola es siempre la más alta: me descubrí contando mientras avanzaba. Fue la novena la que me golpeó entre los omóplatos, derribándome antes de que pudiera agarrarme a una rama.

Cuando pude incorporarme ya no veía la montaña, sino un gran árbol a cinco o seis metros de distancia. Trepé a él hasta que pude ver el mar abierto. Rodeé con los brazos el tronco del árbol y, apretando la cara en la corteza, recé por Jamie, por el *Artemis*, por el *Marsopa*, por Annekje Johansen, Tom Leonard y el gobernador. Y por mí.

Cuando desperté era pleno día; tenía una pierna hundida entre dos ramas y entumecida desde la rodilla. Bajé, casi descolgándome, hasta caer en el agua poco profunda de la ensenada. Recogí un poco de agua para probarla y la escupí: era agua estancada.

Aunque mis ropas estaban empapadas, yo estaba sedienta. La tormenta había desaparecido hacía rato y todo había quedado apacible y normal, exceptuando las raíces ennegrecidas por el rayo.

Cansada y sedienta como estaba, sólo pude recorrer una breve distancia antes de tener que sentarme a descansar. Varios de aquellos extraños peces saltaron también a tierra, mirándome con ojos saltones cargados de curiosidad.

—Bueno, a mí también me parecéis muy extraños —dije a uno de ellos.

—¿Sois inglesa? —Se extrañó el pez.

La impresión de ser Alicia en el País de las Maravillas fue tan marcada que sólo fui capaz de parpadear estúpidamente. Levanté la cabeza y miré al hombre que había hablado.

Tenía la cara curtida y quemada por el sol y el pelo negro que se rizaba sobre su frente era aún abundante y sin canas. Se adelantó con cautela, como si temiera asustarme. Era corpulento, de estatura mediana y rostro ancho con facciones marcadas; en su expresión amistosa se mezclaba la desconfianza. Llevaba ropas gastadas y un pesado costal en el hombro; del cinturón le colgaba una cantimplora de piel de cabra.

—*Vous étez Anglaise?* —repitió en francés—. *Comment qa va ?*

—Soy inglesa, sí —dije con dificultad—. ¿Me daríais un poco de agua, por favor?

Abrió los grandes ojos castaños y se limitó a entregarme la cantimplora sin decir nada.

Deposité el cuchillo en mi falda para beber.

—Cuidado —me advirtió él—. Es peligroso beber demasiado aprisa.

—Lo sé —dije sofocada—. Soy doctora.

Mi salvador me observó con aire intrigado. Era razonable: debía parecer una mendiga, loca por añadidura.

—¿Doctora? —repitió en mi idioma. Me observó con atención, casi como el ave negra con la que me había encontrado antes—. ¿Doctora en qué, si me permitís preguntarlo?

—En medicina —dije sin dejar de beber.

—¡Vaya! —Fue su comentario tras una pausa. Inclinó la cabeza en una reverencia formal—. En ese caso, señora médica, permitid que me presente. Soy Lawrence Stern, doctor en Filosofía Natural, de la Gesellschaft von Naturwissenschaft Philosophieren, de Munich.

Parpadeé.

—Naturalista —explicó señalando el saco de lona que llevaba al hombro—. Iba hacia esos palmípedos con la esperanza de observar sus hábitos de cortejo cuando por casualidad os oí... eh...

—Hablar con un pez —completé—. Bueno, sí.

Me miró con un esbozo de sonrisa.

—¿Tendré el honor de conocer vuestro nombre, señora médica?

Vacilé, sin saber qué decir. Por fin me decidí por la verdad.

—Fraser —dije—. Claire Fraser. Casada con James Fraser —añadí con la vaga sensación de que el estado conyugal me podría dar mayor respetabilidad, pese a mi aspecto.

—A vuestro servicio, señora —dijo con una graciosa reverencia—. ¿Habéis sido víctima de un naufragio, quizás?

Como parecía la explicación más lógica de mi presencia allí, hice un gesto afirmativo.

—Necesito llegar a Jamaica —dije—. ¿Podríais ayudarme?

Me miró, frunciendo levemente el entrecejo.

—Puedo ayudaros. Pero antes debería proporcionaros algo de comer y algo de ropa, ¿verdad? Tengo un amigo inglés que no vive lejos de aquí. ¿Me permitís que os lleve?

Ante la sed y la apremiante situación general, no había prestado mucha atención a las exigencias de mi estómago, que ante la mención de la comida resurgió, vociferante, a la vida.

—Os lo agradecería mucho —dije en voz alta con la esperanza de acallarlo.

Al salir de un palmar, la tierra se abría en una pradera para elevarse después en una ancha colina. En la cima se veía una casa... o las ruinas de ella.

—La Hacienda de la Fuente —informó mi nuevo conocido señalándola con la cabeza—. ¿Soportaréis la caminata cuesta arriba o...? —Vaciló mirándome como si calculara mi peso—. Supongo que podría llevaros en brazos —dijo con un tono nada halagador.

—Puedo arreglármelas —aseguré.

La ladera estaba sembrada de huellas de ovejas. Varios de estos animales pastaban apaciblemente bajo el tórrido sol de La Española. Al salir del palmar, una de las ovejas nos vio y dejó escapar un balido de sorpresa; el resto del rebaño levantó la cabeza al unísono para mirarnos.

Bastante intimidada por el ejército de ojos suspicaces, recogí mis enlodadas faldas para seguir al doctor Stern por el sendero principal que, a juzgar por su anchura, no sólo utilizaban las ovejas.

Ante la perspectiva de recibir ayuda, el miedo y la fatiga empezaron a aplacarse. Todavía debía enfrentarme al problema de encontrar transporte hasta Jamaica, pero una vez calmada la sed, con un amigo al lado y la posibilidad de un almuerzo, la tarea no parecía tan imposible como en el manglar.

—¡Ahí está! —Lawrence señalaba una silueta liviana que descendía cautelosamente hacia nosotros, caminando entre las ovejas que no parecían reparar en su paso.

—¡Cristo! —exclamé—. ¡Es San Francisco de Asís!

—No, ninguno de los dos —aseveró Lawrence con una mirada de sorpresa—. Ya os he dicho que es inglés. —Alzó un brazo—. ¡ Hola, señor Fogden!

La figura de sotana gris se detuvo con aire desconfiado.

—¿Quién es?

—¡Stern! —Anunció mi compañero—. ¡Lawrence Stern! Venid, señora.

Y extendió una mano para ayudarme en la empinada cuesta.

—¿Stern? —dijo el hombre, apartándose el pelo canoso de la frente y parpadeando como un buho a la luz del sol—. No conozco a ningún... ¡ Ah, sois vos! —Su cara enjuta se iluminó—. ¡El de los gusanos de la mierda!

Stern me pidió disculpas con la mirada, algo azorado.

—Yo... eh... en mi última visita recolecté varios parásitos interesantes de los excrementos de las ovejas —explicó.

—¡Unos gusanos horribles! —exclamó el padre Fogden, violentamente estremecido—. ¡Algunos medían más de treinta centímetros!

—Apenas veinte —corrigió Stern sonriendo—. El remedio que os sugerí, ¿resultó efectivo?

El padre Fogden puso cara de sorpresa.

—La poción de trementina —apuntó el naturalista.

—¡Ah, sí! —El semblante del sacerdote se iluminó—. ¡Por supuesto, por supuesto! Sí, fue muy efectivo. Algunas murieron pero la mayoría se curó por completo. ¡Extraordinario!

De pronto el padre Fogden pareció darse cuenta de que no se estaba mostrando muy hospitalario.

—¡Pero pasad, pasad! Estaba a punto de sentarme a almorzar. Tenéis que acompañarme. Insisto. —Se volvió hacia mí—. Esta señora ha de ser la señora Stern, ¿no?

—No, pero nos encantaría aceptar vuestra hospitalidad —respondió Stern amablemente—. Permitidme presentaros a mi acompañante: la señora Fraser, compatriota vuestra.

Los ojos de Fogden se redondearon notablemente.

—¿Una inglesa aquí? —dijo, incrédulo, observando el lodo, las manchas de sal, mi vestido arrugado y mi desaliño general—. Vuestro más humilde servidor, señora. —Hizo un gesto grandilocuente hacia las ruinas que coronaban la colina—. Mi casa es vuestra.

Emitió un silbido agudo; un pequeño spaniel asomó la cara, inquisitiva, entre la hierba.

—Tenemos invitados, Ludo —informó el sacerdote radiante—. ¿No es maravilloso?

Con mi mano bien sujeta bajo un brazo y cogiendo una oveja por los vellones de la cabeza, nos condujo hasta la Hacienda de la Fuente.

La razón del nombre quedó clara en cuanto entramos en el ruinoso patio; en un rincón, una nube de libélulas sobrevolaba un estanque lleno de algas; parecía un manantial que alguien había encerrado al construir la casa. Diez o doce gallináceas silvestres brotaron de entre las piedras caídas, aleteando enloquecidas. Ante las pruebas que dejaron tras de sí, deduje que los árboles del patio eran su residencia habitual desde hacía tiempo. Éstos habían crecido hasta tal punto que sus ramas se entrelazaban, formando una especie de túnel. El interior de la casa parecía oscuro tras la luz del sol pero mis ojos se adaptaron muy pronto. Miré a mi alrededor con curiosidad.

Era una habitación sencilla, oscura y fresca, amueblada con una mesa larga, algunas sillas y taburetes y un pequeño aparador sobre el que pendía una horrible pintura de estilo español: un Cristo esquelético y pálido cuya mano huesuda señalaba el corazón sangrante que palpitaba en su pecho. Aquel horrible cuadro me llamó tanto la atención que tardé en notar la presencia de otra persona. La mujer dio un paso adelante con los negros ojos fijos en mí. Su estatura no pasaba del metro veinte y era tan gruesa que su cuerpo parecía un bloque sólido, sin articulaciones, con un bulto redondo como cabeza que terminaba en un pequeño rodete gris. Su piel era de color caoba claro, no sé si por el efecto del sol. Parecía una muñeca tallada en madera. Una muñeca vudú.

—Mamacita —dijo el sacerdote en español—, ¡mira qué suerte! Tenemos invitados a comer. ¿Te acuerdas del señor Stern?

—Sí, claro —dijo—. El asesino de Cristo. ¿Y quién es esa puta blanca?

—Y ella es la señora Fraser —continuó el padre Fogden, sonriendo como si ella no hubiera abierto la boca—. La pobre ha tenido la desgracia de naufragar. Debemos prestarle toda la ayuda posible.

Mamacita me miró lentamente de pies a cabeza sin decir nada pero con las fosas nasales dilatadas en una muestra de desdén.

—La comida está lista —dijo volviéndonos la espalda.

—¡Estupendo! —exclamó el sacerdote feliz—. Mamacita os da la bienvenida. Nos servirá algo de comer. ¿Os queréis sentar?

La mesa ya estaba puesta, con un gran plato resquebrajado y una cuchara de madera. El cura sacó del aparador otros dos platos y sendas cucharas más, que distribuyó al azar sobre la mesa.

—¿Vivís solo aquí, señor... eh, padre Fogden? —pregunté a nuestro anfitrión—. ¿Solo con... eh... Mamacita?

—Sí, me temo que sí. Por eso me alegra tanto veros. No tengo más compañía que la de Ludo y Coco —explicó, dando unas palmaditas a la masa peluda que descansaba junto a su plato.

—¿Coco? —repetí cortésmente. A juzgar por lo que había visto, había más de un tornillo flojo. Stern parecía divertido pero no alarmado.

—Coco, el duende malo. ¿No lo veis aquí, con su nariz de botón y sus ojillos oscuros? —Fogden hundió súbitamente dos dedos en las depresiones del fruto y los apartó con una risa ahogada.

—Ah, ah, no debes mirar fijamente, Coco. Es de mala educación, ya lo sabes. La señora es muy bonita —musitó para sus adentros—. No se parece a mi Ermenegilda pero aun así es muy bonita, ¿verdad, Ludo?

El perro, sin prestarme atención, brincó con gozo hacia su amo, que le rascó las orejas con afecto.

—¿Tal vez entre los vestidos de Ermenegilda haya alguno que os siente bien?

Sin saber qué responder, me limité a sonreír amablemente con la esperanza de que mis pensamientos no se reflejaran en mi cara. Por suerte entró Mamacita, llevando una humeante cacerola de barro envuelta en toallas. Después de echar un cazo del contenido en cada plato, se retiró; sus pies, si los tenía, se movían invisibles bajo la falda.

La masa que tenía en mi plato parecía ser de origen vegetal. Al tomar cautelosamente un bocado descubrí, con sorpresa, que estaba bueno.

—Plátanos fritos con mandioca y habichuelas rojas —explicó Lawrence. Se sirvió una gran cucharada y se la comió sin esperar a que se enfriara.

Yo esperaba que me interrogara sobre mi presencia, mi identidad y mis perspectivas, pero el padre Fogden sólo cantaba por lo bajo, llevando el compás con golpes de la cuchara sobre la mesa entre bocado y bocado. Eché una mirada a Lawrence con las cejas en alto. Él se limitó a sonreír con un leve encogimiento de hombros y siguió comiendo.

No hubo más conversación hasta que Mamacita reemplazó los platos por un frutero, tres tazas y una gigantesca jarra de arcilla.

—¿Conocéis la sangría, señora Fraser?

Abrí la boca para decir que sí, pues había sido una bebida muy popular en Estados Unidos en la década de los sesenta, pero lo pensé mejor.

—No. ¿Qué es?

—Una mezcla de vino tinto con zumo de naranja y limón —explicó Lawrence Stern—. Aromatizada con especias; se sirve caliente o fría, según la estación; reconfortante y saludable, ¿verdad, Fogden?

—Oh, sí. Oh, sí. Muy reconfortante.

Sin esperar a que lo averiguara yo sola, el sacerdote vació su taza y echó mano de la jarra.

Era el mismo sabor dulce y áspero; tuve la momentánea ilusión de estar nuevamente en la fiesta donde la había probado por primera vez, con un profesor de botánica que fumaba marihuana. Contribuyó a esa ilusión la conversación sobre sus colecciones del señor Stern y el padre Fogden que, tras beber varias tazas de sangría, fue a hurgar en el aparador y volvió con una gran pipa de arcilla que llenó con una hierba de olor potente: hachís.

—Decidme, Stern, ¿qué pensáis hacer, vos y esta náufraga que habéis rescatado?

El botánico explicó su plan: tras una noche de descanso iríamos caminando hasta la aldea de San Luis, donde trataríamos de conseguir un barco pesquero que nos llevara hasta Cabo Haitiano, que estaba a unos cincuenta kilómetros. De no encontrarlo tendríamos que continuar por tierra hasta Le Cap, el más importante de los puertos cercanos.

El sacerdote frunció las cejas, irritado por el humo.

—¿Hum? Bueno, supongo que no hay muchas alternativas, ¿verdad? Pero tendréis que andar con cuidado, sobre todo si vais por tierra a Le Cap. Por los cimarrones, ¿sabéis?

—¿Cimarrones? —Miré interrogativamente a Stern.

—Es cierto —asintió ceñudo—. Al venir hacia el norte, por el valle del Artibonite, vi a dos o tres bandas. No me molestaron, en realidad; supongo que no tenía mucho mejor aspecto que ellos, pobres gentes. Los cimarrones son esclavos fugitivos. Huyen de la crueldad de sus amos y buscan refugio en las colinas lejanas, donde pueden esconderse.

—Quizá no os molesten —dijo el padre Fogden—. Al fin y al cabo, ella no parece valer el esfuerzo de un asalto.

Stern me miró con una amplia sonrisa, pero la borró de inmediato, temiendo que fuera una falta de tacto.

—Necesito un poco de aire fresco —dije apartando la silla—. Y un poco de agua para lavarme, si es posible.

—Oh, por supuesto, por supuesto —exclamó el padre Fogden. Se levantó con movimientos inseguros—. Acompañadme.

El aire del patio me resultó fresco y vigorizante. Aspiré hondo, observando con interés al dueño de la casa, que forcejeaba con un cántaro junto a la fuente del rincón.

—¿De dónde viene el agua? —pregunté—. ¿Es un manantial?

Fue Stern quien respondió.

—Sí, hay cientos. Dicen que en algunos viven ciertos espíritus, pero no creo que vos creáis en supersticiones, ¿verdad señor?

—Ah —dijo el cura vagamente—. Bueno, no. Espíritus, no.

Un olor desagradable me hizo contraer la nariz. El sacerdote debió notarlo, pues dijo:

—Oh, no prestéis atención, es la pobre Arabella.

—¿Arabella?

—Sí. Está aquí.

Fogden apartó una raída cortina que separaba un rincón del patio. Del muro de piedra sobresalía una cornisa, a un metro de altura, donde se alineaban una serie de cráneos de oveja, blancos y bien pulidos.

—No puedo separarme de ellas, ¿comprendéis? —Acarició la curva pesada de un cráneo—. Ésta era Beatriz, muy dulce y gentil. Murió al dar a luz la pobrecita. —Señaló otros dos cráneos vecinos, mucho más pequeños.

—¿Arabella es... otra oveja? —pregunté. El olor era mucho más fuerte y casi prefería no saber de dónde venía.

—Un miembro de mi rebaño. —El sacerdote volvió hacia mí sus extraños ojos azules con una mirada feroz—. ¡La asesinaron! Pobre Arabella, con lo suave y confiada que era. ¿Cómo pudieron tener la perversidad de traicionar tal inocencia en aras de los deseos carnales?

—Oh, caramba —exclamé sin saber qué decir—. Lo lamento muchísimo. Y... ¿quién la asesinó?

—¡Los marineros, esos malditos paganos! La asesinaron en la playa y asaron su cuerpo en una parrilla, como a San Lorenzo Mártir.

—¿Marineros? —repetí—. ¿Cuándo sucedió este... este lamentable suceso?

No podía tratarse del *Marsopa*. El capitán Leonard no me consideraba tan importante como para arriesgarse a acercar su barco a la isla con el fin de perseguirme. Pero la idea hizo que se me humedecieran las manos. Me las sequé disimuladamente en la falda.

—Esta mañana —informó el padre Fogden. Por fin reparó en la anciana que lo miraba con furia, cargada con un cántaro en cada mano—. ¡Oh, me olvidaba! Necesitaréis también ropas, ¿verdad, señora Fraser?

Mi vestido y mis enaguas estaban tan llenos de lodo y tan desgarrados que a duras penas resultaban decentes.

El sacerdote se volvió hacia la estatuilla de madera.

—¿No tenemos algo que esta desventurada señora pueda ponerse, Mamacita? —preguntó en español —. Quizás algún vestido de...

La mujer me mostró los dientes.

—Son demasiado pequeños para esa vaca —dijo en el mismo idioma—. Dadle vuestra sotana vieja. —Arrojó una mirada desdeñosa a mi pelo enredado y mi cara sucia—. Venid —ordenó en inglés volviéndome la espalda—. A lavaros.

Me condujo a un patio más pequeño, en la parte trasera de la casa, donde me proporcionó dos cántaros de agua fría, una gastada toalla de hilo y un pequeño bote de jabón con un fuerte olor a lejía. Tras darme una raída sotana gris con una cuerda por cinturón, volvió a mostrarme los dientes y se alejó, comentando con aire simpático:

—Lávate la sangre que te mancha las manos, ramera, asesina de Cristo.

Cerré la puerta del patio con notable alivio; aún me reconfortó más desprenderme de aquellas prendas pegajosas y mugrientas. Me adecenté tanto como fue posible con agua fría y me peiné la cabellera mojada con los dedos pensando en mi peculiar anfitrión. Su excentricidad, ¿era una forma de demencia o sólo el efecto del alcohól y el hachís? Sin embargo, parecía un alma bondadosa. Mamacita, en cambio, me ponía nerviosa. No podía quedarme toda la tarde en el patio. Estaba muy cansada y necesitaba sentarme o mejor aún, dormir durante una semana. Empujé una puerta que daba a la casa y entré.

Era un pequeño dormitorio; no parecía formar parte de aquella casa espartana, con sus patios ruinosos. En la cama había almohadas de plumas y una colcha de lana roja. Los muebles estaban lustrados con aceite. En un extremo vi una cortina de algodón a rayas, tras la cual pendía toda una hilera de vestidos, como un arco iris de seda. Debía de ser el ropero de la tal Ermenegilda, mencionada por el padre Fogden. Eran hermosos: seda y terciopelo, lana y satén, muselina y pana; aquellas prendas podrían haber sido lucidas en la corte madrileña. Toqué una manga azul como despedida y me alejé de puntillas.

Lawrence Stern estaba en la galena trasera, bajo una empinada pendiente de áloes y guayabos. En la distancia se divisaba una pequeña isla; se levantó cortésmente, dedicándome una pequeña reverencia y una mirada de sorpresa.

—¡Señora Fraser! Debo reconocer que vuestro aspecto ha mejorado mucho. La sotana del padre os sienta mejor que a él —sus ojos de avellana se arrugaron con admiración.

—No será tanto la sotana como la ausencia del barro —observé, ocupando la silla que me ofrecía. En la desvencijada mesa de madera había una jarra—. ¿Hay algo para beber?

—Más sangría. —Llenó una taza para cada uno y sorbió la suya, suspirando con satisfacción—. Espero que no me consideréis un maleducado, señora Fraser, pero llevo meses recorriendo estos campos, sin beber otra cosa que agua y el tosco ron de los esclavos... —Cerró los ojos—. Ambrosía.

Me sentía de acuerdo con él.

—Eh... ¿el padre Fogden está...? —Buscaba alguna forma delicada de preguntar por el estado de nuestro anfitrión.

—Borracho —dijo con franqueza Stern—. Se ha derrumbado en la mesa de la sala. Casi siempre está en ese estado a la puesta de sol.

—Comprendo. —Me acomodé en la silla—. ¿Hace mucho que lo conocéis?

Se frotó la frente pensativo.

—Oh, unos cuantos años. —Me echó un vistazo—. Por casualidad, ¿conocéis a un tal James Fraser, de Edimburgo? Sé que es un apellido común, pero... ¡Veo que lo conocéis!

—Mi esposo se llama James Fraser.

La cara se le encendió de interés.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Es un hombre muy alto, corpulento y...?

—Pelirrojo —dije—. Es Jamie, sí. —De pronto se me ocurrió algo—. Una vez me contó que había conocido a un naturalista, con quien mantuvo una conversación muy interesante sobre... diversos temas.

Me pregunté cómo conocería Stern el verdadero nombre de Jamie si en Edimburgo era Jamie Roy, el contrabandista, o Alexander Malcolm, el respetable impresor. ¿Sería aquel científico de claro acento alemán el «inglés» mencionado por Tompkins?

—Sobre arañas y cuevas —apuntó Stern de inmediato—. Lo recuerdo perfectamente. Nos conocimos en un... un... —Tosió para cubrir magistralmente el lapsus—. Un establecimiento donde servían bebidas. Una de las... eh... empleadas descubrió un gran espécimen de Arachnida colgando del techo de su... eh... de la sala. Y salió corriendo al pasillo, gritando incoherencias.

Stern bebió un gran trago de sangría. El recuerdo lo ponía tenso.

—Acababa de capturar al ejemplar en un frasco cuando el señor Fraser irrumpió en la habitación y...

En aquel momento el científico sufrió un fuerte ataque de tos.

—Y os dijo su nombre.

Stern se pasó una mano por los rizos negros.

—No creo que lo hiciera, pero la dama en cuestión lo llamaba «señor Fraser». Conversamos casi hasta el alba, disfrutando mucho de la mutua compañía. En algún momento comenzamos a tutearnos. —Elevó una ceja, sardónico—. ¿Os parece demasiada familiaridad?

—En absoluto. Mencionasteis arañas y cuevas. ¿Hay cuevas por aquí?

Lawrence arrancó una hoja de su libreta y la arrugó con la mano.

—Mirad —dijo alargando la mano. El papel se desplegaba lentamente, dejando una laberíntica topografía de pliegues y picos arrugados—. Así es esta isla. ¿Recordáis lo que dijo el padre Fogden de los cimarrones, esos esclavos fugitivos que se han refugiado en las colinas? Si siguen en libertad es porque no les persiguen. Hay muchas zonas en las que ningún hombre (blanco o negro, me atrevería a decir) ha puesto el pie todavía. En las colinas perdidas existen cuevas más perdidas aún, cuya existencia es ignorada por todos, salvo quizá por los aborígenes del lugar... que desaparecieron hace tiempo, señora Fraser.

Añadió reflexivo:

—He visto una de esas cuevas. Abandawe, la llaman los cimarrones. La consideran un lugar siniestro y sagrado, aunque ignoro la razón.

Estimulado por mi atención, bebió otro sorbo de sangría y continuó con su lección de historia natural.

—Aquella isla —indicó señalando un pequeño bulto que flotaba en el mar— es la Isla de la Tortuga. En realidad se trata de un atolón coralino con una laguna en medio. ¿Sabíais que en otros tiempos fue refugio de piratas? —preguntó como si se sintiera obligado a completar su conferencia con datos de interés más general.

—¿Piratas de verdad? ¿Bucaneros? —Observé la pequeña isla con más interés—. Qué romántico.

Stern se echó a reír. Lo miré con sorpresa.

—No me río de usted, señora Fraser —me aseguró—. Es que, en cierta ocasión, tuve oportunidad de conversar con un anciano de Kingston sobre los hábitos de los bucaneros que, en cierta época, establecieron su cuartel general en la aldea cercana de Port Royal. Perdonadme la falta de delicadeza,

señora Fraser, pero sois casada y tenéis cierta familiaridad con la práctica de la medicina. ¿Habéis oído hablar de la abominable práctica de la sodomía?

Me miraba de soslayo.

—Sí—respondí—. ¿Queréis decir...?

—Os lo aseguro —afirmó con un gesto magistral—. Mi informador fue muy explícito en cuanto a las costumbres de los bucaneros. Sodomitas, todos ellos —concluyó meneando la cabeza.

—¿Cómo?

—Es de conocimiento público. Según mi informador, el hecho de que Port Royal cayera al mar, hace sesenta años, fue atribuido a un acto de venganza divina contra aquellos perversos, como castigo por sus hábitos viles y antinaturales.

Iba a hacerle algunas preguntas sobre el carácter exacto de aquellos viles y antinaturales hábitos cuando salió Mamacita a la galería y, tras anunciar secamente «la cena», volvió a desaparecer.

—Me gustaría saber de qué cueva la sacó el padre Fogden —musité apartando mi silla.

—La trajo de La Habana —dijo Stern. Y me contó el resto de la historia.

Tras haber ejercido durante diez años como sacerdote misionero de la orden de San Anselmo, el padre Fogden había llegado a Cuba quince años atrás. Allí se dedicó a los necesitados, trabajando entre los villorrios de La Habana, pensando únicamente en aliviar los sufrimientos y en el amor a Dios..., hasta el día en que conoció en el mercado a Ermenegilda Ruiz Alcántara y Meroz.

—No creo que sepa cómo sucedió —dijo Stern secando una gota de vino que bajaba por su taza—. Tal vez ella tampoco lo supo. O quizá lo planeó todo desde el momento en que lo vio.

De un modo u otro, seis meses después la ciudad de La Habana quedaba boquiabierta por la noticia: la joven esposa de don Armando Alcántara había huido... con un sacerdote.

—Y con su madre —dije por lo bajo.

—Ermenegilda jamás se habría separado de Mamacita. Ni de su perro Ludo.

Los fugitivos llegaron a caballo hasta Bayamo. El viaje había sido muy incómodo por los vestidos de los que Ermenegilda no quería separarse. Allí alquilaron un barco pesquero que los llevó a la seguridad de La Española.

—Ella murió dos años después —informó Stern bruscamente mientras volvía a llenar su taza—. La enterró con sus propias manos bajo la buganvilla.

—Y desde entonces están aquí —adiviné—. El sacerdote, Ludo y Mamacita.

—Oh, sí. —Cerró los ojos—. Ermenegilda no quiso abandonar a Mamacita y Mamacita no abandonará nunca a Ermenegilda.

Bebió de un trago el resto de su sangría.

—Aquí no viene nadie —añadió—. Los aldeanos no quieren pisar la colina. Temen al fantasma de Ermenegilda. Una pecadora maldita, sepultada por un cura réprobo en tierra no consagrada. Es natural que no pueda descansar en paz.

—Pero vos sí venís —observé.

Sonrió.

—Ah, bueno, soy científico. No creo en los fantasmas. —Me alargó una mano algo insegura—. ¿Vamos a cenar, señora Fraser?

A la mañana siguiente, después del desayuno, Stern se mostró dispuesto a partir hacia San Luis, pero antes le hice una o dos preguntas al sacerdote sobre el barco que había mencionado: si era el *Marsopa*, prefería mantenerme lejos de él.

—¿Qué tipo de barco era? —pregunté llenando mi taza con leche de cabra para acompañar los plátanos fritos.

El padre Fogden, que no parecía muy afectado por sus excesos del día anterior, acariciaba su coco, canturreando para sus adentros.

—¿Eh? —Un codazo de Stern lo sacó de sus ensoñaciones.

Repetí con paciencia mi pregunta.

—Ah. —Bizqueó muy concentrado y relajó la cara—. Uno de madera.

Lawrence se inclinó hacia el plato disimulando una sonrisa. Aspiré hondo e hice otro intento.

—¿Visteis a los marineros que mataron a Arabella?

—Sí. De lo contrario, ¿cómo iba a saber que lo hicieron ellos?

—Naturalmente. ¿Vestían algún tipo de uniforme? —La ropa de faena que usaba la tripulación del *Marsopa* tenía cierto parecido con un uniforme, por el color blanco sucio y el corte similar.

—No, creo que no. Pero recuerdo que el jefe usaba un garfio. Es decir: le faltaba una mano.

Dejé caer mi taza, que estalló contra la mesa.

—Lo siento —dije. Me temblaban tanto las manos que ni siquiera pude recoger los fragmentos de la taza. Tenía miedo de hacer la pregunta siguiente—. Padre... ¿el barco ya ha zarpado?

—¡No! —exclamó levantando la vista con sorpresa—. Sería imposible. Está en medio de la playa.

El padre Fogden abría la marcha con la sotana recogida hasta los muslos y mostrando el blanco reluciente de sus flacas pantorrillas. Aunque Lawrence Stern me auxiliaba con galantería, apartando las ramas y ofreciéndome el brazo en las cuestas más empinadas, llegué jadeando a lo alto de la colina.

—¿Creéis que existe el barco? —le pregunté en voz baja. Dada la conducta de nuestro anfitrión, no estaba muy segura de que no lo hubiera imaginado sólo para mostrarse sociable.

Stern se encogió de hombros, secándose un hilo de sudor que le corría por la mejilla bronceada.

—Supongo que habrá algo. Después de todo, la oveja muerta existe.

Entre las ramas se veía el azul relumbrante del Caribe y una estrecha franja de arena blanca. El padre Fogden se detuvo y nos llamó por señas.

—Allí están esas bestias malvadas —murmuró. Sus ojos azules centellearon de furia. Tenía erizado el escaso pelo y parecía un puerco espín comido por las polillas—. ¡Carniceros! —añadió con vehemencia—. ¡Caníbales!

Eché una mirada de sorpresa, pero Lawrence Stern me asió del brazo para llevarme hacia una abertura más amplia, entre dos árboles.

—¡Sí, allí hay un barco! —dijo.

Era cierto. Estaba en la arena, medio volcado, con desordenados montones de carga, velas, cordajes y toneles esparcidos a su alrededor. Los hombres pululaban como hormigas y los gritos y los golpes de martillo resonaban como cañonazos. El aire estaba impregnado de olor a brea caliente.

—¡Son ellos! ¡Es el *Artemis*! —La cuestión quedó aclarada cuando apareció, junto al casco, una silueta con una sola pierna que se protegía la cabeza del sol con un vistoso pañuelo de seda amarilla.

—¡Murphy! —grité—. ¡Fergus! ¡Jamie!

Me desprendí de Stern para correr ladera abajo sin prestar atención a su grito de advertencia. Murphy se volvió al oírme pero no pudo apartarse de mi camino. Llevada por el impulso, avanzando como un tren de carga sin control, me estrellé directamente contra él, derribándolo.

—¡Murphy! —Con el júbilo del momento le di un beso.

—¡Eh! —protestó escandalizado.

—¡Milady! —Fergus apareció a mi lado, desaliñado; su bella sonrisa deslumhraba en la cara oscurecida por el sol—. ¡Milady!

Marsali apareció tras él con una ancha sonrisa.

—*Merci aux saints*! —murmuró él—. Temía no volver a veros.

Después de besarme calurosamente en ambas mejillas y en la boca me soltó. Eché un vistazo al *Artemis*, que parecía un escarabajo patas arriba.

—¿Qué ha pasado?

La tormenta que me sorprendiera durante la noche anterior en el manglar también había atacado al *Artemis*, arrojándolo contra un arrecife.

—Estábamos a unos trescientos metros de la costa cuando se produjo el accidente —relató Fergus entristecido por el recuerdo.

Mientras el barco escoraba, una ola enorme barrió la cubierta, llevándose al capitán Raines y a cuatro marineros.

—¡La costa estaba tan cerca! —Se quejó Marsali con la cara contraída por la aflicción—. Diez minutos después estábamos en tierra. Si tan sólo...

Fergus la interrumpió poniéndole una mano en el brazo.

—No podemos entender los designios de Dios. Si hubiéramos estado a mil millas de la costa habría sido lo mismo, sólo que ni siquiera habríamos podido sepultarlos decentemente.

—Yo tenía un poco de agua bendita que papá me trajo de Notre Dame —dijo con los labios resquebrajados—. Recé una oración y la esparcí sobre las tumbas. Eso... eso les habría gustado, ¿verdad?

—No lo dudo —dije con suavidad dándole una palmadita en el brazo. Miré a mi alrededor buscando la gran estatura y la colorida cabeza de Jamie. Empezaba a comprender que no estaba allí—. ¿Dónde está Jamie?

Estaba roja por la carrera colina abajo pero sentí que la sangre abandonaba mis mejillas y un hilo de miedo corría por mis venas. Fergus me miraba fijamente; su cara flaca era como un espejo de la mía.

—¿No está con vos?

—No. ¿Cómo conmigo? —Sentí la piel fría—. ¿Dónde está?

Fergus meneó lentamente la cabeza, como un buey aturdido por el golpe de una maza.

—No lo sé.

51

Donde Jamie huele una rata

Jamie Fraser, tendido a la sombra de la chalupa del *Marsopa*, jadeaba por el esfuerzo. No había sido tarea fácil abordar la cañonera sin ser visto; tenía todo el cuerpo magullado tras golpearse contra el flanco del barco al trepar por las redes de abordaje, y los brazos le dolían como si se los hubieran descoyuntado; además, tenía una astilla clavada en la mano. Pero allí estaba y nadie lo había visto.

Se mordió delicadamente la mano, buscando con los dientes la punta de la astilla mientras intentaba orientarse. Russo y Stone, dos tripulantes del *Artemis*, habían pasado horas enteras describiéndole la estructura de un barco como el *Marsopa*, compartimientos y cubiertas y el lugar donde podía alojarse el cirujano. Pero una cosa es escuchar la descripción y otra muy diferente, orientarse en el propio barco. Al menos, aquel miserable navio se mecía menos que el *Artemis*.

Habían esperado a que cayera el sol para que Robbie MacRae lo acercara en un bote. Raines le dijo que, probablemente, el *Marsopa* anclaría con la marea nocturna, dos horas después. Si lograba encontrar a Claire y escapar antes del amanecer (podría nadar fácilmente hasta la costa con ella), el *Artemis* los esperaría escondido en una pequeña ensenada, al otro lado de la isla de Caicos. Si no lo lograba... bueno, ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento.

En contraste con el mundo pequeño y atestado del *Artemis*, el entrepuente del *Marsopa* parecía una enorme y laberíntica madriguera. Permaneció quieto, dilatando la nariz para aspirar aquel aire fétido. Percibió todos los hedores asociados a un barco que lleva mucho tiempo en el mar, pero también un vago regusto a vómitos y heces. Girando hacia la izquierda, echó a andar con lentitud, contrayendo la nariz. Donde el olor a enfermedad fuera más potente, allí la encontraría.

Cuatro horas después, su desesperación crecía. Fue por tercera vez hacia la popa. Había recorrido el barco entero sin hallar a Claire.

—¡Maldita mujer! —dijo por lo bajo—. ¿Dónde te has metido condenada?

Un pequeño gusano de miedo le roía el corazón. Ella había asegurado que la vacuna la protegería de la enfermedad, pero ¿y si estaba equivocada? Esa posibilidad le había obligado a perseguir al *Marsopa*, junto a una ira asesina contra aquel endiablado inglés que había tenido la insolencia de secuestrar a su mujer ante sus mismas narices, con la vaga promesa de devolverla después de haber utilizado sus servicios.

¿Dejarla en manos de los *Sassenach*s sin ninguna protección? ¡Ni pensarlo!

Avanzó con el oído atento. Se oían pisadas en cubierta y ruidos conocidos: hombres que se descolgaban de los cordajes. ¿Lo habrían visto? Bueno, no tenía importancia. No era delito ir en busca de su esposa.

El *Marsopa* navegaba a toda vela. La cita con el *Artemis* estaba perdida desde hacía rato. Por lo tanto, no tenía nada que perder si se presentaba directamente ante el capitán para exigir hablar con Claire. De pronto se detuvo: olía a cabras. Y se oía la voz de una mujer. Una silueta femenina se recortaba contra la luz de la lámpara, pero no se trataba de Claire. El corazón de Jamie dio un vuelco al ver su contorno grueso y cuadrado. El hombre que la acompañaba se inclinó para recoger un cesto y caminó hacia él. Jamie salió al estrecho pasillo.

—¡Dios nos proteja! —exclamó el marinero, pálido por la tenue luz. Su ojo sano se abrió horrorizado al reconocerlo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Me conoces, ¿verdad? —El corazón le saltaba en el pecho pero no alzó la voz—. No creo tener el honor de saber tu nombre.

—Preferiría dejar eso así, Vuestra Señoría, si no os oponéis.

El marinero tuerto comenzó a retroceder pero Jamie lo sujetó por un brazo con tanta fuerza que le arrancó un chillido.

—Un momento, por favor. ¿Dónde está la señora Malcolm, la cirujano?

—No lo sé.

—Sí lo sabes —dijo Jamie ásperamente—. Y vas a decírmelo ahora mismo si no quieres que te rompa la cabeza.

—Bueno, si me rompéis la cabeza no podré deciros nada, ¿verdad? —señaló el marinero, que empezaba a recobrar el valor. El resto se perdió en un graznido mientras la mano de Jamie se ceñía a su cuello. Tompkins cayó despatarrado en cubierta.

—Tienes razón —reconoció Jamie—. Pero si te rompo el brazo no tendrás dificultad para hablar, ¿no es así? —Se agachó para sujetarle un brazo y retorcérselo en la espalda.

—¡Os lo diré, os lo diré! —El marinero se retorció, loco de pánico—. ¡Maldito seáis! ¡Y ella era tan cruel como vos!

—¿Era? ¿Qué significa «era»? —Con el corazón encogido, Jamie sacudió el brazo con más brusquedad de la que pensaba.

Tompkins dejó escapar un grito.

—¡Soltadme! Os lo diré, pero soltadme, por compasión.

El escocés aflojó la presión.

—¡Dime dónde está mi esposa! —Ante ese tono, hombres más fuertes que Harry Tompkins se habían precipitado a obedecer.

—¡Se ha perdido! —barbotó el hombre—. ¡Cayó por la borda!

—¡Qué! —Jamie aturdido lo soltó. Por la borda. Perdida.

—¿Cuándo? —interpeló—. ¿Cómo? ¡Cuéntame cómo fue, estúpido! —Avanzó hacia el marinero con los puños apretados.

El otro retrocedió frotándose el brazo, con una furtiva satisfacción en el único ojo.

—No os preocupéis, Vuestra Señoría —dijo en tono burlón—. No estaréis solo por mucho tiempo. Dentro de algunos días os reuniréis con ella en el infierno... ¡cuando bailéis en la horca, en el puerto de Kingston!

Jamie oyó las pisadas a su espalda demasiado tarde. Ni siquiera tuvo tiempo de volver la cabeza antes de recibir el golpe.

Lo habían golpeado en la cabeza más de una vez y sabía que lo más sensato era permanecer acostado hasta que pasara el mareo y desaparecieran las luces que palpitaban tras los párpados. Si se incorporaba demasiado pronto, el dolor lo haría vomitar.

Claire. Perdida. Ahogada. Muerta.

Se inclinó hacia un lado y vomitó, entre toses y arcadas, como si su cuerpo tratara de expulsar la idea. No sirvió de nada.

Cuando se recostó, exhausto, la idea permanecía. Le dolía respirar.

Se abrió una puerta; una luz intensa le pegó en los ojos con la fuerza de un golpe. Hizo una mueca.

—Señor Fraser —dijo una voz cultivada—. Lo... lo siento mucho. Quería que lo supierais.

Por la ranura de un ojo vio la cara ojerosa del joven Leonard, el hombre que se había llevado a Claire. Parecía apenado. ¡Apenado! ¡Apenado por haberla matado!

La furia lo puso en pie y saltó al suelo inclinado. Chocó con Leonard y lo impulsó hacia atrás, hacia el pasillo. Hubo un sordo «¡tump!» cuando la cabeza del inglés golpeó las tablas. Se oían gritos y las sombras saltaban locamente por el bamboleo de las lámparas, pero no prestó atención.

Le dio un fuerte golpe en la mandíbula; el siguiente fue en la nariz. Estaba dispuesto a agotar todas sus fuerzas y morir contento si podía dejarlo maltrecho y baldado, si sentía como se rompían los huesos del capitán y el correr de la sangre caliente bajo sus puños. ¡Necesitaba venganza!

Unas manos tiraban de él pero no le importó. Tampoco le importaba que lo mataran. El cuerpo que tenía debajo se retorció entre sus piernas hasta quedar inmóvil.

Cuando llegó el golpe siguiente, Jamie se hundió en la oscuridad.

Se despertó con el suave contacto de unos dedos en la cara. Alargó la mano, soñoliento para coger la de ella, pero...

—¡Aaahh!

Se levantó con instintiva respulsión dándose manotazos en la cara. La enorme araña, casi tan asustada como él, huyó a toda prisa hacia los arbustos. Tras él se oyeron unas risitas. Giró en redondo, con el corazón palpitando como un tambor, y se encontró ante seis niños encaramados en las ramas de un árbol, sonriéndole con los dientes manchados de tabaco.

Les hizo una reverencia mareado y con las piernas flojas; la impresión que lo había impulsado a levantarse iba desapareciendo de su sangre.

—Mademoiselles, Messieurs —saludó ronco. En el fondo de su mente se preguntó por qué les hablaba en francés.

Eran franceses, pues le respondieron en el mismo idioma, aunque con un gutural acento criollo que nunca había oído.

—*Vous étes matelot*? —preguntó el mayor observándole con interés.

Se le doblaron las rodillas y tuvo que sentarse bruscamente, lo que hizo reír otra vez a los niños.

—*Non* —respondió luchando por mover la lengua—. *Je suis guerrier*.

—¡Soldado! —exclamó uno de los más pequeños, con ojos redondos y oscuros—. ¿Dónde tienes la espada y la pistola?

—No seas tonto —le dijo una niña algo mayor, altanera—. ¿Cómo quieres que nade con pistola? La estropearía, cabeza de guayaba.

—¡No me digas eso, cara de caca! —gritó el más pequeño.

Gritaban y se perseguían entre las ramas como los monos. Jamie se pasó una mano por la cara, tratando de pensar.

—¡Mademoiselle!

La mayor de las niñas se dejó caer a tierra.

—¿Monsieur?

—Pareces una mujer informada. Dime, por favor, ¿cómo se llama este lugar?

—Cabo Haitiano —respondió de inmediato, mirándolo con curiosidad—. Hablas raro.

—Tengo sed. ¿Hay agua cerca?

Cabo Haitiano. Conque estaba en La Española.

—Por aquí, por aquí. —Los otros niños habían bajado del árbol y una de las pequeñas le llevaba de la mano.

Se arrodilló junto al arroyuelo para llenarse las manos; se mojó la cabeza y bebió a grandes tragos el agua deliciosamente fresca. Ahora recordaba: el marinero de cara de rata, la cara sorprendida del joven Leonard, su profunda ira, la satisfactoria sensación de la carne aplastada bajo su puño.

Y Claire. El recuerdo volvió súbitamente con una emoción confusa de terror; luego, el alivio. ¿Qué había sucedido?

—¿Eres un desertor? —preguntó uno de los niños—. ¿Has estado en un combate? —Le miraba las manos, magulladas y doloridas.

—Sí —respondió Jamie con la mente en otra parte. Empezaba a recordar: el oscuro encierro donde lo habían dejado sin sentido; el horrible despertar, pensando que Claire había muerto.

Estaba aún casi inconsciente cuando se abrió la puerta del calabozo; un fuerte olor a cabra le invadió la nariz. ¿Cómo habría hecho aquella mujer para llevarlo por la escalerilla hasta la cubierta de popa? ¿Y por qué? Sólo recordaba lo último que ella le dijo al empujarlo hacia la barandilla:

—Ella no muerta. Ella va ahí. —Señalaba el mar agitado—. Ir también. ¡Busca! —Se había agachado para subirlo hasta la barandilla.

—No eres inglés —comentó el pequeño—. Ése es un barco inglés, ¿no?

Se volvió automáticamente hacia el lugar que le señalaba y vio al *Marsopa* anclado. Había otros barcos diseminados en el puerto, claramente visibles desde la colina.

—Sí —confirmó—. Es un barco inglés.

—¡Uno a mi favor! —exclamó el chico, feliz—. ¡Yo tenía razón, Jacques! ¡Es inglés! Van cuatro a mi favor y sólo dos para ti, en todo el mes.

—¡Tres! —corrigió Jacques indignado—. Adiviné el español y el portugués. El *Bruja* era portugués, así que también cuenta.

Jamie alargó una mano para sujetar al muchacho por el brazo.

—*Pardon*, Monsieur. ¿Tu amigo ha mencionado el *Bruja*!

—Sí; estuvo aquí la semana pasada —respondió el chico—. ¿*Bruja* es un nombre portugués? No sabíamos si contarlo como español o portugués.

—Algunos de los marineros estuvieron en la taberna de mi *maman* —comentó una de las pequeñas—. Parecían hablar en español, pero no como lo habla tío Geraldo.

—Me gustaría hablar con tu *maman*, *chérie* —le dijo Jamie a la niña—. ¿Alguno de vosotros sabe dónde iba el *Bruja* cuando zarpó?

—A Bridgetown —intervino la mayor tratando de recobrar la atención del desconocido—. Lo dijo el empleado del cuartel.

—¿De qué cuartel?

—Los barracones están junto a la taberna de mi *maman* —dijo la más pequeña tirándole de la manga—. Los capitanes de los barcos van siempre allí con sus papeles mientras los marineros se emborrachan. ¡Ven, ven! *Maman* te dará de comer si se lo pido.

—Creo que tu mamá me pondrá de patitas en la calle —dijo Jamie frotándose la espesa barba sin afeitar—. Parezco un vagabundo.

Y era cierto.

—Los ha visto peores —aseguró la pequeña—. ¡Ven!

Le dio las gracias con una sonrisa y se dejó conducir colina abajo, tropezando de vez en cuando, pues aún no se había habituado a caminar en tierra.

¿Era eso lo que había querido decir la mujer de las cabras? ¿Claire habría nadado hasta esa isla? La esperanza le refrescó el corazón. Además, el *Bruja* e Ian estaban cerca. Iba a reunirse con los dos. El estar descalzo, sin un centavo y ser fugitivo de la Marina Real, parecía algo sin importancia. Tenía su ingenio, sus manos y tierra bajo los pies. Todo parecía posible.

52

Celebramos una boda

No quedaba otro remedio que reparar el *Artemis* cuanto antes y zarpar hacia Jamaica. Hice todo lo posible por apartar el miedo que sentía por Jamie, pero durante los dos días siguientes apenas pude comer.

Para distraer a Marsali, la llevé a la casa de la colina, donde se las ingenió para conquistar al padre Fogden preparándole una receta escocesa contra las garrapatas. Stern colaboró en los trabajos de reparación, dejándome la custodia de su bolsa de especímenes y el encargo de recoger cualquier ejemplar curioso de Arachnida que cayera en mis manos mientras buscaba plantas medicinales.

El tercer día, al salir de la selva, vi que habíamos entrado en una nueva etapa; el *Artemis* ya no estaba tumbado sobre un flanco, sino que iba recobrando poco a poco su posición vertical, ayudado por cuerdas, cuñas y muchísimos gritos.

—¿Ya está casi terminado? —pregunté a Fergus, que permanecía en pie junto a la popa.

Se volvió sonriendo y secándose el sudor de la frente.

—¡Sí, milady! Ya está calafateado. El señor Warren opina que podremos zarpar al anochecer, cuando refresque y la brea se haya endurecido.

—¡Qué maravilla! —Estiré el cuello para observar el palo desnudo—. ¿Tenemos velas?

—Oh, sí —me aseguró—. Tenemos todo lo necesario, menos...

Lo interrumpió el grito de alarma de MacLeod.

—¡Soldados! —Fergus, reaccionando antes que nadie, saltó de los andamios y aterrizó a mi lado—. ¡Pronto, milady, al bosque! ¡Marsali!

La chica apareció tras el casco, pálida y sobresaltada. Fergus la empujó hacia mí.

—¡Ve con milady! ¡Corre!

La cogí de la mano y corrimos hacia la selva, levantando arena con los pies. Desde el camino nos llegaron gritos; arriba sonó un disparo, seguido por otro. Nos tiramos tras una mata espinosa.

—¿Qué? —-jadeó Marsali—. ¿Quiénes son? ¿Qué... van a... hacer? ¡Fergus!

—No lo sé. —Con la respiración todavía agitada me puse de rodillas—. Todo saldrá bien. Mira, sólo son diez —dije contando a los soldados que salían del palmar—. Son franceses. El *Artemis* tiene documentos franceses. Tal vez no haya problemas.

Pero tal vez sí. Era legal apoderarse de un barco fondeado y abandonado. La playa estaba desierta. Y entre los soldados y el botín sólo se interponían los tripulantes del *Artemis*.

Los hombres guardaban silencio, agrupados tras Fergus, que se mantenía erguido y ceñudo. Le vi apartarse el mechón de la frente con el garfio y plantar los pies en la tierra, preparándose para lo que pudiera suceder. Los caballos avanzaban a paso lento, con el ruido de los cascos sofocado por la arena. Se detuvieron a tres metros del grupo. El gigantón que parecía ir al mando levantó una mano, ordenando parar, y se apeó del caballo. Entonces vi cómo Fergus cambiaba de expresión y se quedaba petrificado, pálido bajo el bronceado de su tez.

—*Silence, mes amis* —pidió el grandote en tono de cordial autoridad—. *Silence et restez, s'il vous plait*.

Si no hubiera estado de rodillas me habría derrumbado. Cerré los ojos en una muda plegaria de agradecimiento. Marsali, a mi lado, ahogó una exclamación.

El comandante se quitó el sombrero, sacudiendo una espesa masa de pelo rojizo empapado en sudor y dedicó a Fergus una dilatada sonrisa.

—¿Vos estáis al mando? —dijo Jamie en francés—. Venid conmigo. Los demás quedaos donde estáis. —Varios de los tripulantes lo miraban con asombro—. No digáis nada —añadió despreocupado.

—¿Qué hace? —susurró Marsali a mi oído. Pálida de excitación, las pecas de su nariz resaltaban por el contraste—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¡No lo sé! ¡Calla, por Dios!

Jamie y Fergus caminaron hacia la orilla hablando en voz baja. Por fin se separaron. Jamie ordenó a los soldados que desmontaran y se reunieran en torno a él; no pude oír lo que decía. En cambio, Fergus, que había vuelto junto al casco, estaba al alcance de nuestros oídos.

—Son soldados del cuartel de Cabo Haitiano —anunció a los tripulantes—. El capitán Alessandro —aclaró enarcando las cejas en un odioso gesto para acentuar el nombre— dice que nos ayudará a botar el *Artemis*.

El anuncio fue recibido con algunas exclamaciones de júbilo y varios gestos desconcertados.

—Pero ¿cómo es que el señor Fraser...? —comenzó Royce, un marinero bastante corto de entendederas.

—¿Verdad que es una casualidad? —lo interrumpió Fergus en voz alta, rodeándole los hombros con un brazo para retorcerle la oreja—. ¡Una gran suerte, por cierto! El capitán Alessandro dice que un hombre, camino de su plantación, vio el barco fondeado e informó a los cuarteles. Con tanta ayuda tendremos al *Artemis* a flote en muy poco tiempo. ¡Vamos, vamos, manos a la obra! ¡Manzetti, a los martillos! ¡Maitland...! —El grumete miraba a Jamie boquiabierto. Fergus le dio una palmada en el trasero, con fuerza suficiente para hacerlo trastabillar—. ¡Maitland, *mon enfant*! Cántanos algo para acelerar nuestros esfuerzos.

Los marineros volvieron a los andamios echando miradas suspicaces por encima del hombro. Fergus iba de un lado a otro, exhortando, dando tal espectáculo que fueron pocas las miradas reveladoras desviadas hacia Jamie. Los martillos reiniciaron su golpeteo vacilante.

Mientras tanto, Jamie daba cautelosas directrices a sus soldados. Más de un francés echaba ojeadas codiciosas al barco, como si no estuvieran ayudando por generosidad. Sin embargo se pusieron manos a la obra de buena gana. Tres de ellos montaban guardia, armados y atentos a cada movimiento de los marineros. Jamie permanecía aparte, observándolo todo.

—¿Salimos? —me preguntó Marsali al oído.

—No. —Yo no apartaba los ojos de Jamie, que esperaba, erguido, a la sombra de la alta palmera. Su expresión era inescrutable bajo la extraña barba pero capté un leve movimiento: los dos dedos tiesos tamborileaban en el muslo—. No, esto aún no ha terminado.

El trabajo continuó durante toda la tarde. El montón de troncos cortados iba en aumento y dejaba en el aire un olor a savia fresca. Fergus ya estaba ronco y su camisa se adhería al torso delgado. Los marineros habían renunciado a cantar y trabajaban sin echar más que alguna mirada ocasional hacia la palmera que daba sombra al capitán Alessandro.

Fue una larga espera, que el asedio de los mosquitos hacía aún más dura. Noté que Jamie hacía una señal a uno de los soldados y se acercaba a los árboles. Después de indicar a Marsali que me esperara, me agaché bajo las ramas, sin prestar atención a la maleza, y avancé como enloquecida hacia el lugar donde lo había visto desaparecer. Lo encontré atándose la bragueta. El ruido hizo que volviera bruscamente la cabeza; su grito habría hecho que Arabella se levantara de entre los muertos, por no mencionar al centinela que aguardaba.

Me eché hacia atrás para esconderme: un ruido de botas se acercaba a nosotros.

—*C'est bien*! —gritó Jamie algo nervioso—. *Ce n'est qu'un serpent*!

El centinela hablaba un dialecto extraño; parecía haber preguntado si la serpiente era peligrosa. Jamie respondió que no y, sin vacilación, se lanzó hacia la espesura.

—¡Claire! —Me estrechó contra su pecho y me sacudió con fuerza por los hombros—. ¡Maldita seas! ¡Te creía muerta y bien muerta! ¿Cómo pudiste cometer la locura de saltar al agua en medio de la noche? ¿No tienes conocimiento?

—¡Suéltame! —siseé—. ¡Te digo que me sueltes! ¿Así que no tengo cerebro? ¿Y tú, grandísimo idiota? ¿Cómo se te ocurrió seguirme?

—¿Que cómo se me ocurrió? ¡Eres mi esposa, Dios bendito! ¡Cómo no iba a seguirte! ¿Por qué no me esperaste? Por Dios, si tuviera tiempo...

Tragué con alguna dificultad mis propios comentarios. En cambio dije:

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Soy el capitán —respondió con un asomo de sonrisa—. ¿No te habías dado cuenta?

—¡El capitán Alessandro, sí! ¿Qué piensas hacer?

En vez de responder, me dio una última sacudida y repartió una mirada fulminante entre mi persona y Marsali, que había asomado su cabeza inquisitiva.

—No os mováis de aquí si no queréis que os muela a palos.

Sin esperar respuesta, giró en redondo para volver a la playa.

Marsali y yo intercambiamos una mirada, interrumpida un segundo después por Jamie que había reaparecido en el pequeño claro. Me sujetó por los brazos para darme un beso.

—Me olvidaba: te quiero —dijo sacudiéndome otra vez— Y me alegro de que no hayas muerto. ¡Pero no lo hagas nunca más!

Desapareció. Marsali tenía los ojos como platos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó—. ¿Y él?

—No lo sé. Habrá que esperar.

La espera fue larga. Cerca del atardecer, mientras dormitaba recostada en el tronco de un árbol enorme, Marsali me apoyó una mano en el hombro.

—¡Están botando el barco! —susurró excitada.

El sol se estaba poniendo: relucía, enorme y anaranjado, sobre un mar que había adquirido el tono púrpura del coral. Los hombres eran siluetas negras, tan anónimas como los esclavos de los frisos egipcios atados por sogas a sus enormes cargas.

Cuando el casco se deslizó, vi un destello de pelo rojo: Jamie subía al barco seguido por uno de los soldados. Los dos montaron guardia a bordo mientras los tripulantes del *Artemis* remaban en la chalupa y subían por la escalerilla, junto con el resto de los soldados franceses.

Cuando el último hombre abandonó la escalerilla, los remeros miraron tensos hacia arriba. No sucedió nada.

—¿Qué hacen? —me preguntó Marsali exasperada.

Como respuesta, en el *Artemis* se oyó un grito furioso. Los hombres que permanecían en los botes se levantaron inmediatamente listos para subir a bordo. Pero no se produjo ninguna otra señal. El *Artemis* flotaba serenamente en las aguas de la ensenada.

—Ya estoy harta —decidí—. Estos condenados ya han hecho lo que tenían pensado, sea lo que fuere. Vamos.

Tomé una bocanada del aire fresco del anochecer y salí seguida por Marsali. En el momento en que llegamos a la playa, una figura oscura y delgada se descolgó por el flanco del barco y corrió por los bajíos.

—*Mo chridhe chérie*! —Fergus corría hacia nosotras. Se apoderó de Marsali para levantarla en el aire—. ¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos sin disparar una sola bala! ¡Están todos amarrados como gansos y apretados como arenques en la bodega!

Después de besar enérgicamente a la muchacha, la dejó en la arena y se volvió hacia mí con una ceremoniosa reverencia.

—Milady, el capitán del *Artemis* solicita el honor de vuestra presencia en su mesa a la hora de la cena.

El nuevo capitán del *Artemis* estaba en medio de su cabina, completamente desnudo y rascándose los testículos con los ojos cerrados y expresión de felicidad.

—En... —musité ante aquella escena.

Abrió los ojos, radiante de alegría. Al cabo de un momento me encontraba envuelta en su abrazo, con la cara apretada contra los rizos rojo dorados de su torso.

Me solté dando un paso atrás.

—Deberías vestirte —sugerí—. No es que no disfrute del espectáculo, pero... —A mi pesar me ruboricé—. Eh... creo que esa barba me gusta.

—A mí no —dijo rascándose sin ambages—. Estoy lleno de piojos y pican como todos los diablos.

—¡Aaah!

Sonrió. Sus dientes blancos resaltaban en la barba rojiza.

—No te preocupes, *Sassenach*. He mandado traer una navaja y agua caliente.

—¿De verdad? Es una lástima que te la quites tan pronto. —A pesar de los piojos, me acerqué para inspeccionar el hirsuto adorno—. Qué gracioso. En la cabeza no tienes canas, pero aquí sí.

—¿De verdad? Lo que me extraña es no haber encanecido totalmente con todo lo que me ha pasado este mes. Y hablando de eso, *Sassenach*, como te decía entre los árboles...

—Hablando de eso, sí —lo interrumpí—. ¿Qué diablos hiciste?

—¿Te refieres a los soldados? —Se rascó la barbilla pensativo—. Bueno, fue sencillo. Les dije que cuando el barco estuviera a flote, reuniríamos a todos en cubierta y, a una señal mía, caeríamos sobre la tripulación para encerrarla en la bodega. —Sonrió—. Sólo que Fergus había puesto a la tripulación sobreaviso. A medida que los soldados iban llegando a bordo, dos de los marineros los sujetaban por los brazos y un tercero se encargaba de amordazarlos y quitarles las armas. Fueron ellos los que acabaron en la bodega. Y eso es todo. —Se encogió de hombros con modesta desenvoltura.

—Y en cuanto a cómo llegaste aquí...

Nos interrumpió una discreta llamada en la puerta.

—¿Señor Fraser? Eh... ¿capitán? —La cara angulosa y juvenil de Maitland asomó por encima de un cuenco humeante—. El señor Murphy ya tiene el fuego encendido y os manda el agua caliente con sus saludos.

—Lo de «señor Fraser» está bien —dijo Jamie cogiendo la bandeja con el cuenco y la navaja—. No hay nadie menos digno de llamarse capitán. —Hizo una pausa, atento al ruido de pisadas—. Pero soy el capitán, a fin de cuentas. Eso significa que debo ordenar cuándo nos hacemos a la mar y cuándo nos detenemos.

—Sí, señor, ésa es una de las cosas que hacen los capitanes —aseveró el grumete—. Y también indican cuándo se deben repartir raciones adicionales de comida y bebida.

—Comprendo. Decidme, Maitland: ¿cuánto puede beber un marinero sin perder su capacidad operativa?

—Oh, bastante, señor —aseguró el muchacho pensativo—. ¿Quizás... una ración adicional doble para todo el mundo?

Jamie enarcó una ceja.

—¿De coñac?

—¡Oh, no, señor! —El grumete parecía escandalizado—. De *grog*. De coñac, sólo media ración extra, o irán todos a rodar por la sentina.

—Sea: doble ración de *grog*. —Jamie se inclinó ceremoniosamente ante el grumete, sin arredrarse por el hecho de estar completamente desnudo—. Y que el barco no leve anclas hasta que termine de cenar.

—¡Sí señor! —Maitland le devolvió la reverencia; los modales de Jamie eran contagiosos—. ¿Debo decir al chino que os atienda en cuanto levemos anclas?

—Antes, señor Maitland. Muchas gracias.

El muchacho echó una última mirada de admiración a las cicatrices de su capitán y se volvió para salir, pero lo detuve.

—Algo más, Maitland.

—¿Sí, señora?

—¿Queréis bajar a la cocina y pedir al señor Murphy que me envíe una botella del vinagre más fuerte? Después averiguad dónde han puesto mis medicinas y traédmelas también.

Desconcertado, el chico asintió:

—Oh, sí, señora. De inmediato.

—¿Qué piensas hacer con el vinagre, *Sassenach*? —Jamie me observaba con los ojos entornados.

—Empaparte con él para matar los piojos. No pienso dormir con una horda de parásitos.

Se rascó el cuello pensativo.

—Ah, eso significa que piensas dormir conmigo, ¿no?

—No sé exactamente dónde, pero eso pienso —aseguré—. Y me gustaría que no te quitaras todavía la barba.

—¿Por qué no? —Me echó una mirada curiosa por encima del hombro.

Sentí que se me encendían las mejillas.

—Es que... bueno, es... diferente.

—¿Ah, sí? —Dio un paso hacia mí. Sus ojos azul oscuro se habían sesgado en divertidos triángulos—. ¿En qué sentido?

—Bueno, es... hum... —Me rocé con los dedos las ardorosas mejillas—. Es diferente cuando me besas. En la... piel.

Clavó sus ojos en los míos. No se había movido pero parecía estar mucho más cerca.

—Bueno, es una pena malgastar el agua caliente. ¿Se la devuelvo a Murphy para que haga sopa o me la bebo?

Me eché a reír. La tensión se disolvió de inmediato.

—Úsala para lavarte. Hueles a burdel.

Alguien tosió en el umbral de la puerta.

—Oh, perdonad, señor Willoughby —se disculpó Jamie—. No te esperaba tan pronto. ¿No querrías ir antes a cenar? Y de paso, lleva estas cosas a Murphy para que las queme en la cocina.

Arrojó al señor Willoughby los restos de su uniforme y comenzó a revolver el arcón en busca de ropa limpia.

—No esperaba volver a ver a Lawrence Stern —comentó—. ¿Cómo vino a parar aquí?

Le conté mi encuentro con Stern en el manglar.

—... Y me llevó a casa del cura. —Me interrumpí ante un súbito recuerdo—. ¡ Ah, lo olvidaba! Debes a ese cura dos libras esterlinas por lo de Arabella.

—¿Yo? —Jamie me miró sobresaltado, con una camisa en la mano.

—En efecto. Será mejor que envíes a Lawrence como embajador. Parece llevarse bien con él.

—De acuerdo. ¿Qué pasó con esa tal Arabella? ¿Fue ultrajada por algún tripulante?

—Podría decirse que sí. —Tomé aliento para explicarme, pero antes de que pudiera hablar sonó otro golpe en la puerta.

—¿No van a dejar que me vista en paz? —protestó Jamie irritado—. ¡Adelante!

La puerta se abrió de par en par, revelando la presencia de Marsali, que parpadeó al ver la desnudez de su padrastro. Jamie se apresuró a cubrirse con la camisa que tenía en las manos y la saludó con la cabeza.

—Marsali, hija, me alegro de que estés bien. ¿Necesitas algo?

—Necesito que cumplas con tu promesa —dijo ella.

—¿Cuál? —Jamie parecía desconfiar.

—La de casarme con Fergus en cuanto llegáramos a las Antillas. —Apareció una pequeña arruga entre las cejas rubias—. La Española está en las Antillas, ¿no?

—En efecto. Y supongo que si... bueno, es cierto, lo prometí. Pero... ¿estáis seguros todavía? ¿Los dos?

—Estamos seguros.

—¿Dónde está Fergus?

—Ayudando a colocar la carga. Preferí decírtelo antes de que zarpáramos.

—Bueno. —Jamie lanzó un suspiro de resignación—. Pero también dije que debíais recibir la bendición de un cura. El cura más próximo está en Bayamo, a tres días de viaje. Tal vez en Jamaica...

—¡Te olvidas de algo! —exclamó Marsali triunfal—. Tenemos un sacerdote aquí mismo. El padre Fogden.

—¡Pero si zarparemos por la mañana!

—No tardaremos tanto —adujo ella—. Después de todo, son sólo unas palabras. Ya estamos legalmente casados. Bastará con la bendición de la Iglesia, ¿no? —Apoyó una mano en el abdomen, donde, presumiblemente, guardaba el contrato matrimonial, bajo el corsé.

—Pero tu madre...

Jamie me echó una mirada indefensa, buscando refuerzos. Me encogí de hombros con la misma impotencia.

—No creo que él acepte —objetó Jamie con aire de alivio—. La tripulación ha estado molestando a una de sus feligresas, llamada Arabella. Me temo que no quiera saber nada de nosotros.

—¡Lo hará por mí! ¡Le caigo bien!

Casi bailaba de entusiasmo. Jamie estudió su expresión. Era tan joven...

—¿Estás segura, hija? —preguntó al fin con mucha suavidad.

Ella aspiró hondo.

—Sí, papá. ¡Quiero a Fergus! ¡Lo amo!

Jamie vaciló. Por fin se pasó una mano por el pelo.

—De acuerdo. Envíame al señor Stern. Luego ve en busca de Fergus y dile que se prepare.

—¡Oh, gracias, papá, gracias!

Marsali se arrojó sobre él para darle un beso. Jamie la estrechó con un brazo, sin soltar la camisa con que se cubría y la besó en la frente.

—Ten cuidado —advirtió empujándola con suavidad—. No quiero que llegues al lecho nupcial cubierta de piojos.

—¡Oh! —Como si recordara algo se volvió hacia mí, ruborizada—. Claire, ¿podrías prestarme... un poco de ese jabón especial que preparas con manzanilla? Si... si hay tiempo —añadió, echando una mirada a su padrastro—, me gustaría lavarme la cabeza.

—Por supuesto —respondí sonriente—. Ven. Te ayudaré a ponerte guapa.

La recorrí con la mirada, desde la cara redonda y brillante hasta los sucios pies descalzos. Luego me volví hacia Jamie.

—Necesita un buen vestido para la ceremonia.

—*Sassenach* —protestó—, no tenemos...

—Nosotros no, pero el cura sí —interrumpí—. Lawrence puede pedir al padre Fogden que nos preste uno de sus vestidos. Es decir, uno de los vestidos de Ermenegilda. Creo que son de su talla.

Jamie se quedó atónito por la sorpresa.

—¿Ermenegilda? ¿Arabella? ¿Vestidos? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué clase de cura es ése, *Sassenach*?

—Bueno, bebe un poco —reconocí desde la puerta—. Y está muy encariñado con sus ovejas. Pero aún debe de recordar cómo es una boda.

Fue una de las bodas más extrañas a las que haya asistido. Cuando todo quedó dispuesto, hacía rato que el sol se había ocultado tras el mar. Para fastidio del señor Warren, el segundo oficial, Jamie declaró que no partiríamos hasta el día siguiente, para conceder a los recién casados una noche de intimidad en tierra.

—A mí no se me ocurriría consumar un matrimonio en una de esas malditas literas —me dijo en privado—. Si copulan por primera vez allí, jamás podremos desenredarlos. Y desvirgar a una muchacha en una hamaca...

—Cierto —dije sonriendo para mis adentros mientras le vertía más vinagre en la cabeza—. Muy considerado por tu parte.

Ahora lo tenía a mi lado, en la playa, donde lucía muy digno y apuesto con su chaqueta azul, sus pantalones de sarga gris y el pelo recogido hacia atrás con una cinta.

Murphy y Maitland, los testigos, resultaban menos impresionantes, aunque el cocinero se había lavado las manos y el grumete, la cara. Fergus habría preferido a Lawrence Stern y Marsali, a mí, pero los disuadimos; en primer lugar, Stern no era católico, ni siquiera cristiano. Y aunque yo no tenía problemas por la religión, era probable que Laoghaire se lo tomara a mal.

—He dicho a Marsali que debe escribir a su madre para anunciarle la boda —me susurró Jamie mientras observábamos los preparativos—. Pero creo que no debería dar más detalles.

Me pareció muy razonable.

No sé por qué prodigios de persuasión obrados por Lawrence, allí estaba el padre Fogden, frágil e insustancial como un fantasma, con las chispas azules de los ojos como única señal de vida. Su tez estaba tan gris como la sotana y sostenía el libro de oraciones con manos trémulas. Tambaleándose entre dos antorchas intentaba, dificultado por el viento, volver las páginas del libro. Por fin, vencido, lo dejó caer en la arena.

—¡Hum! —dijo. Y eructó. Y desfiló entre nosotros con una sonrisa de beatitud—. Amados hijos de Dios...

Pasaron varios segundos hasta que el grupo de espectadores cayó en la cuenta de que ya había comenzado la ceremonia.

—¿Aceptas a esta mujer? —inquirió el padre Fogden, volviendo súbitamente hacia Murphy una mirada feroz.

—¡No! —protestó el cocinero, sobresaltado—. No me gustan las mujeres. Bichos sucios.

—¿No? —El padre Fogden cerró un ojo. Miró a Maitland—. ¿Aceptas tú a esta mujer?

—No, señor, yo no. Aunque sería un placer, claro —añadió rápidamente el chico—. Él, por favor. —Señalaba a Fergus, que lanzaba miradas asesinas al sacerdote.

—¿Éste? ¿Seguro? ¡Pero si le falta una mano! —observó el padre Fogden, dubitativo—. ¿A la chica no le importa?

—¡No me importa! —aseguró Marsali imperiosa. Lucía uno de los vestidos de Ermenegilda, de seda azul y bordado con hilos de oro alrededor del escote. Aunque enfadada, estaba preciosa. Su cabellera limpia y bien cepillada brillaba como paja fresca—. ¡Continuad!

—Oh, sí—dijo nervioso, dando un paso atrás—. Bueno, supongo que ése no es impet... impedi... impedimento, al fin y al cabo; si hubiera perdido la polla, digo... La tiene, ¿no? —preguntó con aire preocupado—. Si no, no puedo casaros. No se permite.

Para sofocar el incipiente alboroto, Jamie se plantó tras Fergus y Marsali y les apoyó las manos en los hombros.

—Este hombre y esta mujer —dijo señalándolos—. Casadlos, padre. Ahora mismo, por favor.

Retrocedió un paso, restaurando el orden entre el público con una ceñuda mirada.

—Oh, bien, bien. —El padre Fogden se tambaleó un poco—. Sí, bien, bien.

Siguió una larga pausa, durante la cual el sacerdote miró de reojo a Marsali.

—Tu nombre —dijo bruscamente—. Hace falta un nombre. No puedo casar a quien no tiene nombre, así como no puedo casar a quien no tiene poli...

—¡Marsali Jane MacKimmie Joyce! —dijo en voz bien alta.

—Sí, sí, por supuesto. Marsali. Mar-sa-li. Eso es. Bien, Mar-sa-li, ¿aceptas a este hombre, aunque le falte una mano y tal vez otras partes que no están a la vista, como legítimo esposo? Para amarlo y obedecerlo, desde ahora en adelante, con exclusión de...

En ese punto se perdió, desviando la atención hacia una de las ovejas, que se había acercado a la luz y mascaba aplicadamente una media de lana a rayas.

—¡Acepto!

El padre Fogden recuperó la atención. Tras un infructuoso intento de sofocar otro eructo, transfirió su mirada azul a Fergus.

—¿Tú también tienes nombre? ¿Y polla?

—Sí —respondió Fergus; tuvo la prudencia de no añadir detalles—. Fergus.

El cura frunció levemente el entrecejo.

—¿Fergus? Fergus, Fergus. Sí, Fergus, eso está entendido. ¿No hay más? Necesito más nombres, claro.

—Fergus —repitió el francés con la voz tensa.

Su nombre era Claudel pero Jamie le había dado el nombre de Fergus al conocerlo, veinte años atrás. Era natural que un bastardo, nacido en un burdel, no tuviera apellido que brindar a su esposa.

—Fraser —dijo una voz grave y segura.

Los novios se volvieron, sorprendidos. Jamie asintió con la cabeza, mirando al joven con una leve sonrisa.

—Fergus Claudel Fraser —pronunció con lentitud y claridad.

Fergus pareció transfigurarse.

—Fraser —confirmó al sacerdote con voz ronca. Carraspeó—. Me llamo Fergus Claudel Fraser.

Un breve codazo en las costillas, aplicado por Maitland, devolvió al cura la noción de su responsabilidad.

—¡Ah! Hum, bien. Marido y mujer. Eso es. Os declaro marido y... No, no está bien. No me has dicho si la aceptas. La chica tiene ambas manos —añadió para ayudar.

—Acepto —afirmó Fergus.

Hundió la mano en el bolsillo para sacar un pequeño anillo de oro. Probablemente lo había comprado en Escocia y lo guardaba desde entonces, para no consumar el matrimonio antes de haber recibido la bendición... no de un sacerdote, sino de Jamie.

Estaba hecho. Marsali levantó la cara radiante y encontró su espejo en los ojos de Fergus. Sentí el escozor de las lágrimas detrás de los párpados. «Te quiero.» Yo no se lo había dicho a Jamie en nuestra boda; entonces no lo quería. Pero en el tiempo transcurrido se lo había dicho ya tres veces: dos en Craigh na Dun y una vez más en Lallybroch.

«Te quiero.» Aún lo quería y nada podría interponerse entre los dos. El me estaba mirando; sentí el peso de sus ojos azules, oscuros y tiernos como el mar al amanecer.

—¿En qué piensas, *mo chridhe*? —preguntó con dulzura.

Parpadeé para alejar las lágrimas, sonriéndole. Sus manos eran grandes y cálidas en las mías.

—Lo que te dije tres veces es verdad.

Y me puse de puntillas para darle un beso, mientras los marineros estallaban en vítores.

NOVENA PARTE

Mundos desconocidos

53

Guano de murciélago

El guano fresco de murciélago es una sustancia viscosa de color verde oscuro que una vez seco se convierte en polvo pardo. En ambos estados emite un hedor a almizcle, amoníaco y podredumbre que llena los ojos de lágrimas.

—¿Cuánta porquería de ésta vamos a llevar? —pregunté a través del paño con el que me cubría la boca y la nariz.

—Diez toneladas —respondió Jamie con voz sofocada.

Estábamos en la cubierta superior vigilando a los esclavos que llevaban las carretillas cargadas a la escotilla abierta de la bodega.

—¿Sabes cómo se pasa a alguien por la quilla, *Sassenach*?

—No, pero si estás pensando en Fergus te ayudaré a averiguarlo. ¿A qué distancia queda Jamaica?

—Tres o cuatro días de navegación, según Warren —dijo con un suspiro—, si el tiempo se mantiene así.

Fergus había obtenido para el *Artemis* aquel primer contrato: una carga de diez toneladas cúbicas de guano, de Barbados a Jamaica, para ser utilizado como fertilizante en la plantación de azúcar de un tal señor Grey.

Fergus estaba supervisando personalmente la operación; el guano seco se cargaba en enormes bloques que se transportaban en carretillas hasta la bodega, donde se colocaban a mano uno por uno. Marsali, que nunca se apartaba de su lado, se había trasladado al castillo de proa; allí estaba, sentada en un barril de naranjas, con la cara envuelta en el hermoso chal que su marido le había comprado en el mercado.

—Se supone que somos un barco mercante, ¿no? —Había argumentado Fergus—. Tenemos una bodega vacía que llenar y monsieur Grey nos pagará generosamente.

—Puede que el olor se disipe en el mar —dije.

—Oh, sí, milady —me aseguró Fergus al oírme—. Me dijo el propietario que el olor disminuye una vez que se retira el material seco de las cuevas donde se almacena.

Trepó como un mono por el cordaje para atar el pañuelo rojo que llamaba a bordo a la tripulación.

—Fergus parece muy interesado en esta carga —comenté.

—Participa como socio —explicó Jamie—. Le dije que tenía una esposa que mantener y debía buscar la manera de hacerlo. Como pasará algún tiempo antes de que volvamos a trabajar en la imprenta, tendrá que echar mano de lo que se presente.

—Reconozco que me gustaría leer la carta que Marsali ha escrito a su madre. Primero, lo de Fergus; luego, el padre Fogden y Mamacita y, ahora, diez toneladas de mierda como dote.

—Cuando Laoghaire se entere no podré volver a Escocia —dijo con una sonrisa—. ¿Has pensado lo que vas a hacer con tu nueva adquisición?

—No me lo recuerdes —dije—. ¿Dónde está?

—Abajo. —Jamie se distrajo observando a un hombre que se acercaba por el muelle—. Murphy le ha dado de comer e Innes le buscará alojamiento. Si me disculpas *Sassenach*, creo que me buscan.

Saludó a un colono alto de cara rubicunda y curtida, con aires de prosperidad. Su presencia debía de ser resultado de la visita que Jamie había hecho a la logia masónica de Bridgetown para preguntar por el joven Ian y pedir información sobre el *Bruja*. El Gran Maestre había prometido divulgar la noticia entre los francmasones que frecuentaban el mercado de esclavos y los muelles.

Los observé con atención. La cara de Jamie expresaba interés, pero no exaltación ni desencanto. Quizá no hubiera ninguna noticia de Ian. Después de haber visto el mercado de esclavos el día anterior, deseaba que así fuera.

• • •

Lawrence, Fergus, Marsali y yo habíamos ido al mercado de esclavos, estrechamente vigilados por Murphy, mientras Jamie visitaba al Gran Maestre de la logia. El irlandés, con su pasión por el orden y el decoro, insistió en que las mujeres lleváramos sombrillas.

—Todas las mujeres blancas de Bridgetown llevan sombrilla —dijo con firmeza mientras me daba una.

—No la necesito —dije impaciente.

Murphy me miró escandalizado.

—¿Queréis que os tomen por una mujer poco respetable, que no cuida su fina tez?

—No pienso quedarme a vivir aquí —dije áspera—. No me importa lo que piensen.

—¡Pero vais... a poneros... roja! —protestó el cocinero tratando de abrir la sombrilla.

—¡Oh, un destino peor que la muerte, sin duda! —le espeté. Tenía los nervios de punta ante lo que nos esperaba—. ¡Bueno, dadme ese trasto!

Poco después habría podido darle las gracias por su intransigencia. Aunque el camino estaba flanqueado por altas palmeras, el mercado de esclavos era un amplio espacio sin sombra, salvo la producida por las desvencijadas tiendas con techos de hojalata o de hojas de palmera en las que traficantes y subastadores se refugiaban ocasionalmente del sol. Se podía ver gran cantidad de cuerpos casi desnudos pertenecientes a todas las razas. El hedor era espantoso, aun estando acostumbrada a la fetidez de Edimburgo y a las pestilencias del *Marsopa*.

—Jesús —murmuró Fergus a mi lado, desviando la mirada—. Esto es peor que los tugurios de Montmartre.

Marsali, sin decir una palabra, se acercó a él frunciendo la nariz.

Lawrence se mostraba más desenvuelto; probablemente no era la primera vez que veía un mercado de esclavos.

—Los blancos están al final —dijo señalando el lado opuesto de la plaza—. Venid; preguntaremos si se han vendido hombres jóvenes en los últimos días.

Una negra anciana, en cuclillas, alimentaba con carbón un pequeño brasero. Un grupo de personas se acercó a ella: era el jefe de una plantación acompañado por dos negros servidores suyos vestidos con toscos pantalones y camisas de algodón. Uno de ellos sujetaba por el brazo a una esclava recién adquirida. Por una moneda, la anciana le ofreció varias barras de hierro que tenía tras de sí; escogió dos y se las entregó a uno de los sirvientes. Éste hundió las puntas en el brasero mientras el otro inmovilizaba a la muchacha por los brazos. Una vez calientes, retiró los hierros del fuego y presionó la curva del seno derecho de la joven; su grito sonó como una sirena. Al retirarlos quedaron marcadas las letras HB.

Me quedé parada mientras los otros continuaban sin notar que no estaba con ellos. Me di la vuelta estremecida; tras de mí se oían gritos y gemidos pero no quise mirar. Me bloqueaba el paso un grupo de gente que escuchaba como un subastador enumeraba las virtudes de un esclavo manco, al que exhibía desnudo sobre la plataforma.

—No sirve para trabajar en el campo pero es una buena inversión para cría.

—¿Ofrecéis garantía de virilidad? —preguntó, escéptico, un hombre que había detrás de mí.

El subastador fingió ofenderse por las risas del público.

—¿Garantía? —repitió—. Vedlo con vuestros propios ojos, ¡hombres de poca fe!

Inclinándose hacia el esclavo, comenzó a masajearle vigorosamente el pene. El hombre lanzó un gruñido de sorpresa y trató de apartarse pero un asistente se lo impidió sujetándolo con firmeza por el único brazo. De pronto, algo se revolvió dentro de mí.

—¡Basta! —dije en una voz que no reconocí como mía.

El subastador levantó la vista sobresaltado, dedicándome una sonrisa conquistadora. Me miró directamente a los ojos con una mueca de lascivia.

—Buen ejemplar para cría, señora. Garantizado, como podéis ver.

Cerré la sombrilla y le clavé la punta en el vientre con todas mis fuerzas; retrocedió con los ojos dilatados por la sorpresa; después le golpeé en la cabeza, dejé caer mi arma y le asesté un buen puntapié.

Sabía que no serviría de nada, que no haría sino empeorar las cosas, pero no podía dejar pasar aquello sin decir nada. No lo hacía por la muchacha marcada, ni por el hombre de la plataforma: lo hacía por mí.

Se inició un barullo que me apartó del subastador, el cual, recobrado de la sorpresa y tras dirigirme una sonrisa, asestó una enérgica bofetada al esclavo.

Miré a mi alrededor buscando refuerzos y divisé a Fergus que se abría paso entre la muchedumbre con la cara contraída por la ira. Se oyó un grito y varios hombres se volvieron en aquella dirección; la gente empezaba a empujarse y alguien me tiró sobre las losas de piedra. Me quedé allí, turbada; ya no me sentía ajena a la situación sino descompuesta y aterrorizada; acababa de cometer una tontería que probablemente haría que Fergus, Lawrence y Murphy recibieran una buena paliza o algo peor.

De pronto apareció Jamie.

—Levántate, *Sassenach* —dijo en voz baja inclinándose para ofrecerme las manos.

Logré hacerlo aunque me temblaban las piernas. Vi el largo bigote de Raeburn a un lado y a MacLeod detrás; venía acompañado por sus escoceses. Se me aflojaron las rodillas pero Jamie me sostuvo.

—Haz algo —dije con voz ahogada—. Por favor, haz algo.

Y lo hizo. Lo único que podía sofocar el disturbio y evitar daños mayores: compró al manco. Como irónico resultado de mi pequeño arrebato de sensibilidad, era la horrorizada propietaria de un auténtico esclavo macho de Guinea, manco pero en excelente estado de salud y con garantía de virilidad, conocido por el nombre de Temeraire. El temerario. Los papeles no sugerían qué demonios podía hacer con él.

Jamie había terminado de revisar los papeles que le había traído el colono. Por lo que vi desde la barandilla eran iguales a los que me habían entregado por Temeraire. Se los devolvió con una reverencia de agradecimiento. Parecía preocupado.

—¿Están todos a bordo? —preguntó al subir por la plancha.

—Sí, señor —aseguró el señor Warren—. ¿Izamos las velas?

—Sí, por favor. —Con un pequeño saludo, Jamie lo dejó para acercarse a mí. Su expresión era serena pero percibí un profundo desencanto. No supe qué decir y le estreché la mano que había apoyado en la barandilla.

—Bueno, al menos he descubierto algo. Ese hombre era un tal Villiers, dueño de una gran plantación de azúcar. Hace tres días compró seis esclavos al capitán del *Bruja*. Ninguno de ellos era Ian.

—¿Tres días? —exclamé sobresaltada—. ¡Pero si el *Bruja* zarpó de La Española hace más de dos semanas!

Asintió, frotándose la mejilla.

—En efecto. Y llegó aquí el miércoles, hace cinco días.

—O sea que estuvo en otro puerto antes de venir a Barbados. ¿Sabes dónde?

Sacudió la cabeza.

—Villiers no lo sabía. Dijo que habló un rato con el capitán del *Bruja* y que se mostraba muy reservado sobre lo que había estado haciendo y dónde. No le llamó la atención, pues el barco tiene mala fama. —Su expresión se animó un poco—. Me enseñó los papeles de los esclavos que compró. ¿Has visto los del tuyo?

—No me gusta que digas eso —dije—. ¿Los que te enseñó eran iguales?

—No del todo. Tres de los documentos no mencionaban al propietario anterior. Villiers dijo que ninguno provenía directamente de África ya que todos hablaban algo de inglés. En uno constaba el propietario anterior pero su nombre había sido borrado y no pude leerlo. Los otros dos habían pertenecido a una tal señora Abernathy, de Rose Hall, Jamaica.

—¿Jamaica? ¿A qué distancia... ?

—No lo sé —me interrumpió—. Pero se lo preguntaremos al señor Warren. En todo caso, creo que ahora debemos ir a Jamaica, aunque sólo sea para deshacernos de esta carga antes de que nos mate el olor.

Arrugó la larga nariz.

—Cuando haces eso pareces un oso hormiguero —dije riendo.

El intento de distraerlo tuvo éxito. Se reclinó sonriente en la barandilla. Quise decir algo más pero la tos me lo impidió.

—Por Dios, ¿qué es eso?

El *Artemis* se había separado del muelle para cruzar el puerto. Al virar hacia el viento nos había llegado un olor intenso y acre a percebes muertos, madera húmeda, pescado, algas podridas y vegetación tropical. Me cubrí la boca y la nariz con un pañuelo.

—Estamos pasando ante la hoguera que hay al pie del mercado de esclavos —explicó Maitland al oír mi pregunta. Señalaba la costa, donde una humareda blanca se elevaba tras los matorrales—. Allí queman los cadáveres de los esclavos que no sobreviven al viaje desde África.

Miré a Jamie y en su cara encontré el mismo miedo que debía reflejar la mía.

—¿Con cuánta frecuencia queman los cadáveres? —pregunté—. ¿Todos los días?

—No lo sé, señora, pero no creo. Quizás una vez por semana. —Encogiendo los hombros, Maitland volvió a sus tareas.

—Tenemos que ir —dije.

Jamie se había puesto muy pálido. Luego apretó los labios. —Sí —fue cuanto dijo. Y ordenó al señor Warren que virara hacia el puerto.

Se encontraba al cuidado de la hoguera un hombrecillo de color y acento irreconocibles, quien chilló ante la idea de que una señora entrara allí. Jamie lo apartó bruscamente de un codazo.

Era una pequeña hondonada, con árboles haciendo de pantalla, a la que se llegaba fácilmente desde un pequeño muelle proyectado hacia el río. Entre el verde brillante de los helechos se apilaban los barriles de brea y los montones de leña seca. A la derecha habían formado una pira inmensa, con una plataforma de madera cargada de cuerpos impregnados de brea.

Jamie saltó a la plataforma y, sin preocuparse por el humo y las chispas, fue desprendiendo los cadáveres y moviendo con gesto ceñudo aquellos patéticos restos.

—Para buena cosecha. —El hombrecillo manchado de hollín me estaba ofreciendo información con evidentes esperanzas de recibir una recompensa. Señalaba las cenizas—. Hace crecer sembrado.

—No, gracias —dije débilmente.

El humo oscureció la silueta de Jamie; tuve la horrible sensación de que había caído en la pira y ardía en ella. El espantoso olor a carne asada se elevó en el aire.

—¡Jamie! —llamé—. ¡Jamie!

No respondió, pero desde el fuego surgió una tos profunda y espasmódica. Minutos después salió dando tumbos y sofocado, partiendo el velo de humo. Bajó de la plataforma y, doblándose, tosió hasta casi escupir los pulmones. Venía cubierto de hollín aceitoso, con las manos y la ropa manchados de brea. Las lágrimas le corrían por las mejillas, abriendo surcos en el tizne.

Arrojé varias monedas al guardián de la hoguera y, cogiendo del brazo a un Jamie cegado y convulso, lo conduje fuera de aquel valle de la muerte. Una vez bajo las palmeras se puso de rodillas y vomitó.

—No me toques —jadeó cuando traté de ayudarlo. Vomitó varias veces más. Por fin se levantó con lentitud—. No me toques.

Caminó hasta el borde del muelle y, tras quitarse la chaqueta y los zapatos, se zambulló vestido en el agua. Cuando salió se sentó con la cabeza en las rodillas y respiró con fuerza.

Me incliné para apoyarle una mano en el hombro. Él me la estrechó sin levantar la cabeza.

—No estaba —dijo con voz ronca.

54

«El pirata impetuoso»

—No puedo ser dueña de una persona, Jamie —objeté mirando con horror los documentos esparcidos a la luz de la lámpara—. No puedo. No está bien.

—Lo sé, *Sassenach*. Pero ¿qué vamos a hacer con ese hombre? —Jamie se sentó a mi lado en la litera—. Lo más correcto es dejarlo en libertad, pero ¿qué será de él? No conoce más que unas palabras de inglés y francés y no tiene oficio; aunque le diéramos algo de dinero, ¿podría mantenerse solo?

—No lo sé —reconocí—. Lawrence me dijo que en La Española hay muchos negros libres.

Sacudió la cabeza alargando la mano hacia un panecillo.

—No lo creo. Es cierto que algunos negros libres pueden ganarse la vida, pero son costureras, pescadores o algo así. Temeraire trabajó cortando caña hasta que perdió el brazo y no sabe hacer otra cosa.

Había sido capturado en la costa de Guinea cinco años atrás. Mi impulso inicial, devolverlo a su tierra, era obviamente imposible: manco, ignorante y obligado a viajar solo, no tardaría en volver a ser capturado como esclavo.

—Supongo que no querrás venderlo. —Jamie planteó la cuestión con delicadeza—. Podríamos buscar a alguien que lo tratara bien.

—No sería mejor que tenerlo nosotros —protesté—. Peor aún, porque no sabríamos con certeza qué suerte correría con sus nuevos propietarios.

—Sí, es cierto —suspiró Jamie—. Pero no hay bondad alguna en liberarlo para que pase hambre.

Jamie se levantó de la litera para desperezarse.

—No te preocupes, *Sassenach*. Hablaré con el administrador de la plantación de Jared. Quizás él pueda buscarle algún empleo o...

Lo interrumpió un grito de advertencia:

—¡Barco a la vista! ¡Va armado! ¡Dispara desde babor! —anunció desesperadamente el vigía.

—Por Dios, ¿qué..? —Un estruendo terrible ahogó las palabras de Jamie. Cayó hacia un lado y mi taburete se tumbó tirándome al suelo.

—¡*Sassenach*! ¿Estás bien?

—Sí —dije bajo la mesa—. ¿Y tú? ¿Qué ha pasado? ¿Nos han atacado?

Sin detenerse a responder, Jamie saltó hacia la puerta. Desde la cubierta llegaba una barahúnda de gritos y golpes secos, puntuada por los súbitos estallidos de las armas.

—Piratas —dijo brevemente—. Nos han abordado. Busca a Marsali y bajad a la bodega de popa, donde están los bloques de guano. Escondeos tras ellos y no os mováis de allí.

Me detuve para coger el equipo médico; tal vez fuera de poca utilidad contra los piratas pero me sentiría mejor con alguna arma en la mano.

—¿Claire? —Era la voz, agudizada por el miedo, de Marsali.

—Aquí estoy. —Le di un abrecartas con mango de marfil—. Toma esto, por si acaso. Vamos abajo.

La bodega estaba oscura como la pez. Avanzamos con lentitud hasta la parte trasera, tosiendo por el polvo y los vapores del guano.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz sofocada—. ¿Piratas?

—Creo que sí. Ven a sentarte. Sólo podemos esperar.

Sabía por experiencia que esperar mientras los hombres combatían era una de las cosas más difíciles de la vida; en este caso no había otra alternativa.

—Oh, Dios, mi Fergus —susurró Marsali escuchando los ruidos—. ¡Sálvalo, Virgen bendita!

Pensando en Jamie, me uní en silencio a su plegaria. Al persignarme en la oscuridad me toqué el punto de la frente donde me había besado minutos antes; no quise pensar que podía ser su último beso.

De pronto se oyó una explosión que hizo vibrar los maderos sobre los que estábamos sentadas.

—¡Están volando el barco! —Marsali se levantó de un salto, llena de pánico—. ¡Nos van a hundir! ¡Tenemos que salir o nos ahogaremos!

—¡Espera! —le dije—. Son sólo cañonazos.

Pero ella ya no escuchaba. Avanzaba, cegada por el miedo y gimoteando, entre los bloques de guano.

—¡Vuelve aquí, Marsali!

Una tercera vibración llenó el aire de polvo. Me limpié los ojos con la manga. No eran imaginaciones mías: había luz en la bodega, un leve resplandor iluminaba el borde del bloque más cercano.

—¿Marsali? ¿Dónde estás?

La respuesta fue un chillido aterrorizado. Rodeé precipitadamente el bloque y salí al espacio abierto junto a la escalerilla. Allí estaba Marsali, en las garras de un hombre medio desnudo.

Estaba muy gordo; sus capas de grasa bamboleante estaban decoradas con gran diversidad de tatuajes; un collar de monedas y botones le rodeaba el cuello. Marsali le dio una bofetada sin dejar de chillar y el hombre apartó la cara impaciente. Al verme dilató los ojos, con una horrible sonrisa.

—¡Suéltala! —ordené en castellano—. ¡Basta, cabrón!

Era todo el español que dominaba. Le pareció divertido, pues ensanchó la sonrisa y se volvió hacia mí soltando a Marsali. Le tiré uno de mis escalpelos que rebotó en su cabeza, le hizo agacharse y Marsali pudo esquivarlo y saltar hacia la escalerilla. El pirata dudó entre las dos pero al fin optó por ella. Subiendo varios peldaños con una agilidad impropia de su peso, atrapó a Marsali por un pie cuando ya asomaba por la escotilla. La chica dio un grito.

Maldiciendo por lo bajo, corrí hasta el pie de la escalerilla, estiré el brazo y le clavé en el pie el cuchillo de mango largo que usaba para las amputaciones. El pirata lanzó un chillido agudo. Algo que me salpicó la cara de sangre pasó por encima de mi cabeza. Me eché hacia atrás mirando instintivamente hacia abajo en busca de lo que había caído. Era el dedo pequeño del pie, encallecido y con la uña llena de tierra.

El pirata saltó a mi lado con un golpe que hizo temblar las tablas y se echó sobre mí. Intenté esquivarlo pero logró sujetarme por la manga. Tiré hasta desgarrar la tela y le lancé un puñetazo a la cara. Sorprendido, se echó hacia atrás y resbaló en su propia sangre. Eché a correr hacia la escalerilla y se me cayó el cuchillo.

En cubierta todo era humo negro y grupos de hombres forcejeando. Busqué unas cuerdas y traté de subirme a una vela. Fue un error: lo comprendí casi de inmediato pues él era marinero y no tenía el estorbo de la falda. Las cuerdas me bailaban en las manos por las vibraciones que producía su peso al subir. Cuando consiguió ponerse a mi altura me escupió a la cara. Continué trepando, impulsada por la desesperación, pero no tenía salida. El pirata se sostuvo con una mano y con la otra sacó el sable describiendo un arco que estuvo a punto de alcanzarme.

Estaba demasiado asustada para gritar y no podía defenderme. Cerré los ojos con fuerza, pidiendo que el fin fuera rápido. En aquel momento oí un golpe seco y un gruñido. Me llegó un fuerte olor a pescado y al abrir los ojos el pirata había desaparecido. En su lugar se encontraba Ping An abriendo la alas para conservar el equilibrio.

—¡Gua! —protestó con la cresta erguida en señal de irritación. Giró hacia mí su ojo amarillo y rechinó el pico como advertencia. Por lo visto no le gustaban ni el alboroto ni los piratas portugueses.

Me sentía mareada. Continué agarrada a la cuerda, estremecida y sin poder moverme. Abajo, el estruendo era menor y el tono de los gritos había cambiado. Daba la sensación de que el abordaje llegaba a su fin. Oí otro ruido: un chirrido largo seguido de un súbito flamear de velas y la cuerda que me sostenía vibró bajo mi mano. Todo había terminado. Vi perderse el barco pirata en el plateado cielo antillano. Lentamente inicié el largo descenso.

Jamie estaba sentado en un tonel cerca del timón, con la cabeza echada hacia atrás y un paño en la frente, los ojos cerrados y una taza de whisky en la mano. A su lado, apoyado en el trinquete, vi al

descompuesto Willie MacLeod que recibía los primeros auxilios, en forma de whisky, del señor Willoughby.

Temblando de pies a cabeza, mareada y con frío por los efectos del encontronazo pensé, colocándome a su lado, que no me vendría mal un poco de aquel whisky.

—¿Estás bien? —pregunté inclinándome para observar a Jamie.

—Sí; es sólo un chichón —sonrió.

Tenía un pequeño corte, ya cerrado, en la frente. En la pechera de la camisa tenía algunas manchas de sangre seca, pero la manga era de un color rojo intenso.

— ¡Jamie! —dije apretándole el hombro—. ¡Mira! ¡Estás sangrando!

Estaba entumecida, por lo que no sentí sus manos cuando se agarró a mis brazos para levantarse alarmado. Lo último que vi, entre destellos de luz, fue su cara que palidecía por momentos.

—¡Por Dios! —dijo con voz asustada—. ¡Esa sangre no es mía, *Sassenach*! ¡Es tuya!

—No voy a morir —dije irritada—, como no sea de calor. ¡Quítame algo de todo esto!

Marsali me suplicaba entre lágrimas que no me muriera. Mi estallido pareció aliviarla: dejó de llorar pero no hizo ademán alguno de retirar las capas y las mantas que me cubrían.

—¡Oh, no puedo, Claire! Dice papá que es preciso mantenerte abrigada.

—¿Abrigada? ¡Pero si estoy cociéndome viva!

Estaba en el camarote del capitán; incluso con las ventanillas de proa bien abiertas, el sol y los vapores de la carga hacían la atmósfera del entrepuente sofocante.

—No te muevas —dijo una severa voz escocesa. Un brazo me rodeaba los hombros y una mano me sostenía la cabeza—. Eso es, recuéstate en mi brazo. ¿Te sientes mejor, *Sassenach*?

—No —dije contemplando los puntitos de colores que giraban en mis ojos—. Quiero vomitar.

Lo hice y fue un proceso muy desagradable. Con cada espasmo sentía feroces cuchillos clavándose en el brazo derecho.

—Por todos los santos —susurré al fin.

—¿Se acabó? —Jamie me recostó con cuidado, depositando mi cabeza en la almohada.

—¿Si he muerto, quieres decir? Por desgracia, no.

Estaba arrodillado junto a mi litera, aún con la camisa manchada de sangre. Como el camarote no se movía , me arriesgué a abrir los ojos. Me sonrió débilmente.

—No, no has muerto. Fergus se pondrá muy contento.

Como si hubiera sido una señal, el francés asomó su cara afligida. Al verme despierta, desapareció con una sonrisa para informar a gritos a la tripulación que había sobrevivido. Para mi bochorno la noticia fue recibida con un grito general de júbilo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¿Qué ha pasado? —Jamie se arrodilló a mi lado y me levantó la cabeza para darme de beber—. ¡Qué ha pasado, pregunta! ¡Eso quisiera saber yo! Te digo que te escondas abajo con Marsali y, en cuanto me descuido, caes del cielo chorreando sangre. ¡Mírame!

Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Estuviste muy cerca de morir —dijo—. Tienes un corte que te llega hasta el hueso, desde la axila hasta el codo. Si no te hubiera puesto un torniquete, a estas horas estarías alimentando a los tiburones. ¡Maldita seas! ¿Nunca vas a hacer lo que te ordeno?

—Probablemente, no —respondí mansamente.

—Dios mío —musitó Jamie—, qué no daría por tenerte bien atada a un cañón...

Resopló y sacó la cabeza por la puerta para aullar:

—¡Willoughby!

El chino apareció al trote, radiante, trayendo una tetera humeante y una botella de coñac.

—¡Té! —exclamé esforzándome para incorporarme—. ¡Ambrosía!

Pese a la atmósfera sofocante del camarote, lo que necesitaba era té caliente. Inhalé su aroma.

—Sólo los chinos preparan mejor el té que los ingleses —dije.

El señor Willoughby me hizo una reverencia y Jamie lanzó el tercer bufido de la tarde.

—¿Sí? Bueno, disfrútalo mientras puedas.

Como la frase sonaba más o menos siniestra, lo miré por encima del borde de la taza.

—¿Qué significa eso? —quise saber.

—Cuando termines te curaré el brazo —me informó echando un vistazo a la tetera— ¿Cuánta sangre me dijiste que tenemos en el cuerpo?

—Ocho o nueve litros —dije extrañada—. ¿Por qué?

Dejó la tetera clavándome una mirada fulminante.

—A juzgar por los que dejaste en cubierta, puede que te queden cuatro. Toma un poco más. —Volvió a llenarme la taza y salió dando largos pasos.

—Me temo que Jamie está muy enfadado conmigo —comenté tristemente al señor Willoughby.

—No enfadado —me consoló—. Tsei-mi asustado mucho. —Me apoyó en el hombro una mano delicada como una mariposa—. ¿Esto duele?

Suspiré.

—Si he de ser sincera, sí.

Me dio unas palmaditas.

—Yo ayudo —dijo sonriendo—. Después.

Una serie de ruidos en el pasillo anunció el regreso de Jamie; venía con Fergus y traían mi maletín y otra botella de coñac.

—De acuerdo —dije resignada—. Echémosle un vistazo a esto.

Técnicamente, la herida no era de las peores que había visto. No obstante, era mi propia carne la que estaba afectada y no me sentía inclinada hacia lo técnico.

—Oh —dije bastante intimidada.

La descripción de Jamie era exacta. Ya no sangraba mucho. Al parecer no se había cortado ningún vaso sanguíneo importante.

Jamie abrió mi caja de medicinas y revolvió el contenido con el índice.

—Necesitarás hilo para sutura y una aguja —dije sobresaltada al darme cuenta de que iba a recibir treinta o cuarenta puntos en el brazo sin más anestesia que el coñac.

—¿No hay láudano? —preguntó con el entrecejo fruncido.

—No. Lo gasté todo en el *Marsopa*.

Vertí una buena cantidad de coñac en la taza y me lo bebí de un trago.

—Has sido muy considerado, Fergus —dije—, pero no creo que hagan falta dos botellas.

Dada la potencia del coñac francés de Jared, difícilmente se necesitaría más de una taza pequeña. Me preguntaba si sería aconsejable emborracharme de inmediato o mantenerme sobria, aunque fuera a medias, a fin de supervisar las operaciones. No había la menor posibilidad de que pudiera suturarme yo misma con la mano izquierda, que además me temblaba como una hoja. Tampoco Fergus podría hacerlo con su única mano.

Jamie interrumpió mis aprensiones con una sacudida de cabeza.

—Esta botella no es para beber, *Sassenach*, sino para lavar la herida.

—¿Qué?

En mi maltrecho estado había olvidado la necesidad de desinfectar. A falta de algo mejor, lavaba las heridas con una parte de alcohol destilado y una de agua. Y aunque los escoceses eran estoicos, a la hora de desinfectar con alcohol sus alaridos se oían a gran distancia.

—Eh... espera un momento —dije—. Quizás un poco de agua hervida.

Jamie me observaba con comprensión.

—Con esperar no ganaremos nada, *Sassenach* —dijo—. Trae esa botella, Fergus.

Antes de que pudiera protestar, me sentó en su regazo y me inmovilizó el brazo izquierdo para que no pudiera forcejear.

Cuando recobré la conciencia, Fergus estaba diciendo, pálido y con gotas de sudor corriéndole por la barbilla:

—¡Por favor, milady, no chilléis así! ¡Los hombres se ponen nerviosos!

Reuní valor y asentí débilmente. Jamie me tenía aferrada por la cintura; no sé cuál de los dos temblaba; ambos, supongo. Con su ayuda me las arreglé para llegar a la amplia silla del capitán. Jamie sacó una de las agujas curvas y un trozo de tripa de gato esterilizada; parecía vacilar tanto como yo ante la perspectiva. Entonces fue el señor Willoughby quien intervino silenciosamente, haciéndose cargo de la aguja.

—Yo puedo —dijo con autoridad—. Un momento.

Y desapareció. Al volver traía el envoltorio de seda verde con que había curado los mareos de Jamie.

—Ah, ¿traéis vuestros punzones? —Jamie echó un vistazo interesado a las agujas de oro—. No te aflijas, *Sassenach*: no duelen. No mucho, al menos.

El señor Willoughby me cogió la palma de la mano derecha, tiró de cada dedo haciendo crujir las articulaciones y por fin apoyó dos yemas en la base de la muñeca, presionando entre el radio y la uña.

—Ésta es Puerta Interior —dijo suavemente—. Aquí está quietud. Aquí está paz.

El pinchazo me hizo dar un brinco pero me sujetó la mano con firmeza y volví a relajarme.

Francamente, no sé si tenía el brazo derecho entumecido o si sus procedimientos me mantenían distraída; lo cierto es que el dolor no era tan intenso... hasta que comenzó a utilizar la aguja de sutura.

Jamie, sentado en un taburete, me sostenía la mano izquierda sin dejar de observarme. Por fin, dijo gruñón:

—Suelta el aliento, *Sassenach*. Ya ha pasado lo peor.

La verdad es que el dolor de los puntos era soportable. Solté cautelosamente el aliento y le dediqué algo parecido a una sonrisa. El señor Willoughby canturreaba algo en chino.

—¿Por qué nos atacaron? —preguntó Jamie arrugando la frente—. No puede haber sido por la carga.

—No, no creo —confirmé.

—Tal vez sólo querían apoderarse del barco. El *Artemis* se vendería a buen precio, con o sin carga.

Parpadeé. El señor Willoughby había interrumpido su canción para atar un nudo.

—¿Sabemos cómo se llamaba el barco pirata? —pregunté—. En estas aguas debe de haber muchos, pero si el *Bruja* estaba por aquí hace tres días...

—En eso estaba pensando —dijo Jamie—. La oscuridad no dejaba ver gran cosa, pero era del mismo tamaño y ancho de manga, al estilo español.

—Bueno, el pirata que me perseguía hablaba...

Me interrumpió un sonido de voces en el pasillo.

Fergus asomó la cabeza, obviamente excitado. Algo brillante le tintineaba en la mano.

—Milord, Maitland ha encontrado un pirata muerto en la cubierta de proa.

—¿Muerto? —dijo Jamie.

—Completamente muerto, señor —aseguró el francés con un pequeño escalofrío.

El grumete asomó la cabeza reclamando su parte de gloria.

—¡Oh, sí, señor! —aseguró—. Más muerto que mi abuela; algo muy duro le golpeó la cabeza.

Los tres se volvieron a mirarme. Les dediqué una sonrisa modesta.

—*Sassenach*... —comenzó Jamie midiendo el tono.

—Traté de explicártelo —dije virtuosa.

—Llevaba esto, milord.

Fergus puso en la mesa el collar del pirata.

Tenía los botones de plata de un uniforme militar, nueces kona, varios dientes de tiburón, varias conchas pulidas, trozos de madreperla y unas cuantas monedas, todo perforado y enhebrado.

Fergus alargó una mano para coger una de las monedas brillantes. Era de plata, con las cabezas gemelas de Alejandro: un tetradracma del siglo IV a. C. en perfectas condiciones.

Totalmente agotada por los acontecimientos de la tarde y con el dolor embotado por el coñac, me quedé dormida de inmediato.

Desperté de noche por las palpitaciones del brazo hinchado, acalorada y tal vez con un poco de fiebre. Al otro lado del camarote había una jarra de agua. Saqué los pies de la litera, mareada y débil; mi brazo protestó de inmediato. Debí de hacer algún ruido, pues la voz de Jamie surgió de la oscuridad.

—¿Te duele, *Sassenach*?

—Un poco —dije para no ser dramática.

—Me alegro.

—¿Cómo que te alegras? —me indigné.

—Cuando una herida duele es que se está curando. Cuando te la hicieron no sentiste nada, ¿verdad?

—No —reconocí.

—Eso fue lo que me asustó. Las heridas mortales no se sienten, *Sassenach* —afirmó suavemente.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté tratando de servirme agua con la mano izquierda—. No es algo que puedas conocer por propia experiencia.

—Me lo dijo Murtagh. En Culloden. —La voz de Jamie era apenas audible por encima del crujir de los maderos y el zumbido del viento—. Fui a Culloden decidido a morir. ¿Por qué, Claire? ¿Por qué sobreviví y ellos no?

—No lo sé —respondí suavemente—. Tal vez por tu hermana y tu familia. Tal vez por mí.

—Ellos también tenían familia. Esposas, novias, hijos. Pero se han ido. Y yo sigo aquí.

—No lo sé, Jamie. —Le toqué la mejilla áspera por la barba crecida—. Y tú tampoco lo sabrás nunca.

Suspiró.

—Es cierto. Pero no puedo dejar de preguntármelo cada vez que pienso en ellos, sobre todo en Murtagh. Deberíamos haber bajado antes; los hombres estaban en pie desde hacía horas, hambrientos y medio congelados, esperando que Su Alteza diera la orden de atacar. Y Carlos Estuardo, encaramado en su roca, sano y salvo, vacilaba y perdía el tiempo. Mientras tanto, los cañones ingleses abrían fuego contra las filas de harapientos montañeses. Todos sabíamos que la causa estaba perdida y que podíamos darnos por muertos. Pero seguíamos allí, mirando los cañones que abrían fuego. Nadie hablaba. Sólo se oía el viento y los gritos de los ingleses al otro lado.

Hizo una pausa.

—Yo me sentía feliz —reconoció algo sorprendido—. Después de todo, quería morir. No tenía nada que temer. Cuando muriera terminaría todo y podría reunirme contigo.

Me acerqué a él y su mano buscó la mía en la oscuridad.

—Los hombres caían a uno y otro lado; las balas pasaban rozándome la cabeza pero ninguna me tocó. El suelo temblaba bajo mis pies; estaba casi sordo por el ruido y no podía pensar; de pronto caí en la cuenta de que estaba detrás de los cañones ingleses. —Me llegó su risa sofocada—. Mal lugar para que te maten, ¿no?

Volvió a cruzar el páramo para reunirse con los montañeses muertos.

—Encontré a Murtagh sentado en una mata, en medio del campo de batalla. Había recibido diez o doce disparos y tenía una horrible herida en la cabeza. Creí que había muerto.

Pero cuando Jamie cayó de rodillas junto a su padrino para cogerlo en brazos, Murtagh abrió los ojos, sonrió y le acarició la mejilla. «No temas, *a bhalaich*», había dicho, usando el apelativo cariñoso que se aplica a los niños varones. «Morir no duele nada.»

Guardé silencio sin soltar la mano de Jamie. Su otra mano se cerró con suavidad en torno a mi brazo herido.

—¿Sabes? Cuando vivía con Laoghaire rara vez quería volver a casa —dijo—. Pero al menos siempre la encontraba donde la había dejado.

—¿Sí? ¿Y ése es el tipo de esposa que deseas? ¿La que se queda donde la dejas?

Emitió un ruido, mezcla de risa y tos, pero no respondió. Segundos después, su respiración se convirtió en un suave y rítmico ronquido.

55

Ishmael

Aquella noche no dormí bien; me desperté tarde con fiebre y dolor de cabeza, así que no protesté cuando Marsali insistió en refrescarme la frente. Con los ojos cerrados, agradecí el contacto fresco del paño remojado en vinagre sobre las sienes. Me quedé tan relajada que volví a adormecerme cuando se retiró, hasta que un súbito estruendo disparó un rayo de dolor a través de mi cabeza e hizo que me sentara en la cama.

—¿Qué pasa? —exclamé sujetándome la cabeza con las dos manos—. ¿Qué ha sido eso?

Al otro lado del camarote, una figura grande también se sujetaba la cabeza con evidente agonía. Por fin habló, soltando una sarta de palabrotas en una mezcla de chino, francés y gaélico.

—¡Maldita sea! —concluyó reduciendo los epítetos a un suave inglés.

Jamie se acercó a la ventana sin dejar de frotarse la cabeza que se había golpeado con el borde del armario. Apartó la manta que cubría el ojo de buey y lo abrió de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire fresco y un molesto resplandor.

—Por todos los diablos, ¿qué haces? —dije con aspereza.

—Buscaba tu caja de medicinas —respondió con una mueca—. ¡Dios mío, mira esto! ¡Me he hundido el cráneo!

Me puso bajo la nariz dos dedos manchados de sangre, se los cubrí con el paño mojado en vinagre y me dejé caer sobre la almohada.

—¿Para qué necesitas mi caja? ¿Por qué no me la pediste en vez de andar como un abejorro en una botella?

—No quería despertarte —lo confesó tan mansamente, que me eché a reír pese a los martilleos que castigaban toda mi anatomía.

—No importa; no era un sueño agradable —le aseguré—. ¿Para qué necesitas la caja? ¿Hay algún herido?

—Sí: yo —dijo tocándose tímidamente la coronilla con el paño; observó el resultado compungido—. ¿No quieres mirarme esto?

«No mucho», me habría gustado decirle, pero inspeccioné su cabeza: tenía un chichón considerable.

—No hay fractura. Tienes la cabeza más dura que he visto en mi vida.

Impulsada por un instinto maternal le besé suavemente el bulto. Él levantó la cabeza sorprendido.

—Se supone que así te sentirás mejor —expliqué.

—Oh, bueno. Siendo así... —Se inclinó para besarme suavemente el brazo herido—. ¿Mejor?

—Muchísimo mejor.

—Buscaba eso que usas para lavar arañazos y cosas así —me explicó.

—Loción de oxiacanta. No la tengo preparada porque no se conserva —expliqué incorporándome—. Pero si es urgente puedo prepararte un poco. No se tarda mucho en hacerla.

—No es urgente —me aseguró—. Pero tenemos en la bodega un prisionero que está algo maltrecho.

—¿Un prisionero? ¿De dónde ha salido?

—Del barco pirata. Pero no creo que sea un pirata.

—Entonces, ¿quién es?

—No lo sé. Por las heridas que tiene en la espalda parece un esclavo fugitivo, pero eso no explica su actuación.

—¿Qué hizo?

—Se tiró desde el *Bruja* al mar. MacGregor lo vio zambullirse y le arrojó un cabo.

—¡Qué curioso! ¿Por qué actuó así? —pregunté con interés.

Jamie se pasó los dedos por el pelo e hizo una mueca.

—No lo sé, *Sassenach* —reconoció alisándose los mechones de la coronilla—. Es improbable, a simple vista, que una tripulación como la nuestra aborde un barco pirata; cualquier mercante se limita a defenderse. Si no lo hizo por escapar de nosotros, tal vez quería huir de ellos, ¿no?

—Si está herido, podría ir a echarle un vistazo —sugerí.

Dada la conducta que Jamie había exhibido el día anterior, supuse que me sujetaría en la cama y llamaría a Marsali para que se sentara sobre mi pecho. En cambio asintió con aire pensativo.

—Bueno. ¿Estás segura de poder caminar?

No estaba segura en absoluto pero lo intenté. El camarote dio un tumbo; ante los ojos me bailaban puntos negros y amarillos, pero conseguí mantenerme erguida.

—Bien, vamos —dije aspirando hondo.

El prisionero estaba bajo un lugar de la cubierta inferior que la tripulación llamaba sollado. Allí faltaba aire y luz. Mareada otra vez, avancé lentamente tras el resplandor de la lámpara de Jamie.

Al abrir la puerta del improvisado calabozo no se veía absolutamente nada. Luego un brillo de ojos reveló la presencia de un hombre. No me extrañó que Jamie lo tomara por un esclavo fugitivo, pues no parecía nativo de las islas, sino africano. Su piel negra tenía un tono rojizo y su actitud no era la de un hombre criado en la esclavitud. Su cuerpo flaco y musculoso estaba tenso, preparado para el ataque o la defensa pero no para la sumisión.

Jamie me indicó por señas que me mantuviera contra la pared y se puso en cuclillas ante el cautivo mirándolo a los ojos.

—*Amiki* —dijo mostrando las manos vacías—. *Amiki. Bene-bene*.

«Amigo. Bueno.» Era taki-taki, el idioma universal que todos los marineros hablan en los puertos, desde Barbados a Trinidad. El hombre lo miró impasible.

—¿*Bene-bene, amiki*? —repitió con ironía señalando los pies atados.

Jamie resopló divertido.

—En eso tiene razón —dijo en inglés.

—¿Habla inglés o francés? —Me acerqué un poco. El cautivo me miró y desvió la vista con indiferencia.

—Sea lo que sea no está dispuesto a admitirlo. Anoche Picard y Fergus trataron de hablar con él, pero se limitó a mirarlos. Esto es lo primero que pronuncia desde que llegó a bordo.

De pronto se volvió hacia el prisionero.

—¿Hablas español? —intentó. No hubo respuesta. Ni siquiera lo miró.

—*Sprechen sie Deutsche*? —probé yo—. Supongo que holandés tampoco.

—No puedo decirte mucho de él, *Sassenach*, pero estoy bastante seguro de que no es holandés —dijo Jamie con una mirada irónica.

—En Eleuthera hay esclavos, ¿no? Es una isla holandesa. Y Santa Cruz, danesa. ¿Sabes suficiente taki-taki para preguntarle por Ian?

Jamie sacudió la cabeza. De pronto dijo:

—Qué diablos...

Desenvainó el puñal para cortar las cuerdas del prisionero y se sentó sobre los talones con el cuchillo cruzado sobre el muslo.

—Amigo —dijo en taki-taki con firmeza—. ¿Bueno?

El prisionero no respondió. Al cabo de un momento hizo un gesto curiosamente interrogante.

—En el rincón hay una bacinilla —informó Jamie en nuestro idioma mientras se incorporaba—. Úsala. Después mi esposa te curará esas heridas.

Hizo un gesto afirmativo, aceptando la derrota. Y nos volvió la espalda hurgando en su bragueta. Miré de reojo a Jamie.

—Una de las peores cosas de estar atado así —me explicó tranquilamente— es que no puedes mear sin ayuda. Eso y el dolor de los hombros. Ten cuidado cuando lo toques, *Sassenach*.

Asentí. Todavía estaba mareada y la falta de aire me había vuelto a provocar dolor de cabeza; pero estaba mejor que el prisionero que, obviamente, había sido maltratado durante su captura. Sus heridas

parecían superficiales: un chichón en la frente, un hombro con rasguños y, sin duda, moretones difíciles de distinguir por la oscuridad del lugar y el tono de su piel.

Sentí su carne bajo los dedos, caliente y suave por el sudor. Yo también me sentía acalorada, sudorosa y descompuesta. Tuve que apoyarme en su espalda para no perder el equilibrio. Una telaraña de latigazos le cruzaba los hombros. Sentía náuseas, pero continué con mi examen.

El hombre me ignoraba por completo, incluso cuando tocaba lugares que debían dolerle. No apartaba los ojos de Jamie, quien lo observaba con la misma intensidad.

El problema era obvio. Debía de ser un esclavo fugitivo y no quería hablar por miedo a que su idioma revelara el lugar de donde provenía, permitiéndonos identificar a su propietario y devolverlo al cautiverio. Sabíamos que entendía el inglés y eso redoblaba su desconfianza. Dadas las circunstancias, sería difícil convencerlo de que no teníamos intención de esclavizarlo nuevamente. Por otra parte, representaba la mejor oportunidad de averiguar qué había sido de Ian Murray a bordo del *Bruja*. Quizá la única oportunidad.

Cuando le hube vendado las muñecas y los tobillos, Jamie me ayudó a levantarme y dijo al prisionero:

—Supongo que tienes hambre. Acompáñanos al camarote y comerás con nosotros.

Sin esperar respuesta, me cogió por el brazo sano y se volvió hacia la puerta. El esclavo nos siguió a poca distancia en silencio.

Fuimos a mi camarote sin prestar atención a las miradas curiosas de los marineros. Sólo nos detuvimos para ordenar a Fergus que nos hiciera enviar la comida.

—Vuelve a la cama, *Sassenach* —me dijo Jamie con firmeza.

No discutí. Si seguía así tendría que usar un poco de mi preciosa penicilina para combatir la infección del brazo. Jamie sirvió un poco de whisky para mí y otro para nuestro invitado. Lo aceptó desconfiado. Tras el primer sorbo abrió los ojos sorprendido; el whisky escocés debía de ser toda una novedad para él. Jamie le señaló un asiento, al otro lado de la mesa, y se instaló con su vaso.

—Me llamo Fraser —dijo—. Soy el capitán y ella es mi esposa.

El prisionero vacilaba. Por fin dejó su vaso con aire decidido.

—Me llaman Ishmael —dijo—. No soy pirata, sino cocinero.

—¿Cocinero de barco? —preguntó Jamie con aire indiferente.

—No, hombre, ¡ná que ver con ese barco! —Ishmael se mostraba vehemente—. Me cogen en la costa, dicen que me matan, no voy mucho tiempo con ellos. ¡No soy pirata! —repitió.

Tardé en comprender que la piratería se castigaba con la horca y por eso temía que lo tomáramos por uno de ellos.

—Sí, comprendo. —El tono de Jamie era entre reconfortante y escéptico—. ¿Cómo caíste prisionero del *Bruja*? No te pregunto dónde, sino cómo. No me interesa saber de dónde vienes, sólo cómo te cogieron y cuánto tiempo estuviste en ese barco, puesto que no eres uno de ellos...

La insinuación era obvia: no queríamos devolverlo a su propietario pero si no nos proporcionaba información, lo entregaríamos a la Corona por pirata.

Sus ojos se oscurecieron. No era tonto y había captado la intención.

—Yo estoy pescando en el río —dijo—. Barco grande viene navegando lento, botes tiran de él. Hombres en el bote, me ven, gritan. Dejo el pescado, corro, pero me alcanzan. Hombres me atrapan junto a las cañas, creo me llevan pá vendé. Eso ez todo, hombre.

Se encogió de hombros, dando el relato por terminado.

—Comprendo. —Jamie no apartaba la vista del prisionero. Dudaba en preguntarle qué río era por miedo a que Ishmael volviera a enmudecer—. Mientras estabas a bordo del barco, ¿había algún muchacho entre la tripulación o como prisionero? ¿Niños, jóvenes?

El hombre dilató los ojos; no esperaba esa pregunta.

—Sí, hombre, muchachos tienen. ¿Por qué? ¿Quiere uno?

—Sí —confirmó Jamie sereno—. Busco a un joven pariente que fue capturado por los piratas. Quien me ayude a hallarlo contará con toda mi gratitud.

—¿Sí? ¿Qué hace por mí si ayudo a encontré ese chico?

—Te desembarcaría en el puerto que tú escogieras con una buena cantidad en oro. Pero necesitaría pruebas de que conoces el paradero de mi sobrino, ¿entiendes?

—Ajá. —El prisionero aún desconfiaba pero empezaba a relajarse—. Diga, hombre, ¿cómo es el chico?

Jamie meneó la cabeza.

—No. Descríbeme tú los muchachos que había en el barco pirata.

El fugitivo miró a Jamie y lanzó una carcajada.

—Nada tonto, hombre, ¿sabe?

—Me alegro de que te des cuenta —replicó Jamie—. Dime.

Ishmael cumplió.

—Hay doce chicoz hablando raro, como vos.

Jamie intercambió conmigo una mirada atónita. ¿Doce?

—¿Cómo yo? ¿Chicos blancos, ingleses? ¿O escoceses, quieres decir?

Ishmael sacudió la cabeza sin comprender.

—Como perroz peleando—explicó—. ¡Grrrr! ¡Guf!

—Escoceses, sin duda —aclaré tratando de no reírme.

—Perrrfectamente —dijo Jamie exagerando su acento natural—. Doce muchachos escoceses. ¿Cómo eran?

Ishmael dio un mordisco a su mango con aire de duda.

—Sólo veo una vez, hombre. Pero le digo todo lo que veo. —Cerró los ojos ceñudo—. Cuatro chicoz pelo amarillo, seiz castaño, doz pelo negro. Dos má bajo que yo, uno como ese *griffon*. —Señalaba a Fergus, que se puso tieso de indignación ante el insulto—. Uno grande, no tanto como usté...

—Sí, ¿y cómo iban vestidos?

Lenta y cuidadosamente Jamie le fue sacando las descripciones. Pidiendo detalles le obligaba a comparar, disimulando el rumbo de su interés.

Ya no me dolía la cabeza, pero el cansancio me embotaba los sentidos. Cerré los ojos adormecida por las voces graves. La de Jamie sonaba como la de un perro grande y feroz, con suaves gruñidos y abruptas consonantes. La voz de Ishmael era igualmente grave, pero más suave y baja. Me arrullaba hasta adormecerme. Se parecía a la de Joe Abernathy cuando dictaba los informes de una autopsia.

Desperté súbitamente con el corazón acelerado, oyendo el eco de la voz de Joe a un par de metros de distancia.

—¡No! —exclamé.

Los tres hombres se interrumpieron y me miraron sorprendidos. Me eché el pelo húmedo hacia atrás.

—No me hagáis caso. Estaba soñando. —Volví a cerrar los ojos pero el sueño había desaparecido.

No había ningún parecido físico entre ellos. Joe era corpulento e Ishmael esbelto y flaco, aunque la curva musculosa de las espaldas sugería una fuerza considerable. Pero si cerraba los ojos por completo volvía a oír la voz de Joe, pese a la entonación caribeña de su inglés.

Al entreabrir los ojos para buscar algún parecido comprendí algo: lo que había tomado por un fuerte rasguño era en realidad una profunda quemadura superpuesta a una cicatriz ancha y plana en forma de cuadrado. La marca estaba casi cicatrizada. Trataba de recordar: «No quiere un nombre de esclavo», había dicho Joe refiriéndose a su hijo. Obviamente, Ishmael había borrado la marca de su propietario para que no lo identificaran en caso de ser capturado. Pero ¿de quién era aquella marca? Y el nombre de Ishmael no podía ser otra cosa que una coincidencia, pero quizá no tan descabellada. Era poco probable que fuera su verdadero nombre. «Me llaman Ishmael», había dicho. Ése también era un nombre de esclavo que le había puesto algún propietario. Y si el joven Lenny había estado investigando su árbol genealógico, como parecía, ¿no era muy probable que hubiera elegido el de uno de sus antepasados a modo de símbolo? En ese caso...

Jamie continuaba interrogando al hombre sobre la tripulación y la estructura del *Bruja*. Yo había dejado de prestarles atención. Me incorporé con cautela y llamé por señas a Fergus.

—Necesito aire —le dije—. Ayúdame a salir a cubierta, ¿quieres?

Salí cogida de su brazo tras tranquilizar a Jamie con una sonrisa.

—¿Dónde están los papeles del esclavo que compramos en Barbados? —pregunté cuando estuvimos fuera del camarote—. Y el esclavo, ¿dónde está?

Fergus me miró con curiosidad buscando bajo su chaqueta.

—Aquí tenéis los papeles, milady. En cuanto al esclavo, creo que está en el alojamiento de la tripulación. ¿Por qué?

Ignorando la pregunta, busqué entre los sucios y repelentes papeles.

—Aquí está —dije al identificar el fragmento que Jamie me había leído—. ¡ Abernathy! ¡Era Abernathy! Marcado en el hombro izquierdo con una flor de lis. ¿Reparaste en esa marca?

Fergus sacudió la cabeza algo desconcertado.

—No, milady.

—Acompáñame. Quiero ver qué tamaño tiene.

La marca que tenía Temeraire en el hombro medía unos siete centímetros de lado: era una flor coronada por la inicial A. El tamaño y el lugar se correspondían con la cicatriz de Ishmael. Pero no era una flor de lis, sino la rosa de dieciséis pétalos: el emblema jacobita de Carlos Estuardo.

—Creo que deberíais volver a la cama, milady —observó Fergus mientras Temeraire soportaba mi inspección tan estoico como siempre—. Tenéis mal color; a milord no le gustaría que cayerais redonda en cubierta.

—No me voy a caer —le aseguré—. Y poco importa mi color. Creo que hemos tenido un golpe de suerte. Escucha Fergus, quiero que hagas algo por mí.

—Lo que digáis, milady. —Me sujetó por el codo para impedir que un movimiento del barco me arrojara al otro lado de la cubierta, súbitamente inclinada—. Pero cuando estéis sana y salva en vuestra cama.

No me sentía bien y me dejé llevar al camarote mientras le daba instrucciones.

—¿Te sientes bien, *Sassenach*? —preguntó Jamie—. Tienes un color horrible.

—Estoy perfectamente —dije entre dientes, recostándome en la litera con cuidado de no mover el brazo—. ¿Has terminado con el señor Ishmael?

Jamie intercambió una mirada con el prisionero. La atmósfera no era hostil, pero sí cargada.

—Por el momento, sí. —Se volvió hacia Fergus—. Acompaña a nuestro huésped abajo y ocúpate de que le den ropa y algo de comer. —Luego se sentó a mi lado—. Tienes muy mal aspecto. ¿Quieres un tónico o algo así?

—No. Escucha Jamie, creo saber de dónde ha salido nuestro amigo Ishmael.

—¿De veras? —dijo enarcando una ceja.

Le expliqué lo de la cicatriz y la marca del esclavo Temeraire, sin mencionarle de dónde había sacado la idea.

—Te apuesto cinco a uno a que pertenecen a la misma persona: esa tal señora Abernathy de Jamaica.

—Puede que tengas razón, *Sassenach*, Ojalá, pues ese maldito negro no quiso decirme de dónde venía. No lo culpo —añadió—. Si yo hubiera escapado de semejante vida no habría nada en la Tierra que me obligara a volver a ella.

—No, yo tampoco lo culpo —dije—. Pero ¿qué más te dijo de los muchachos? ¿Ha visto a Ian?

—Estoy casi seguro. Dos de los chicos que describe podrían ser Ian. Sabiendo que ese barco era el *Bruja*, no puede ser de otro modo. ¿Por qué demonios querrían secuestrar a doce niños escoceses?

—Para algún coleccionista —dije sintiéndome cada vez más mareada—. Monedas, piedras preciosas y muchachos escoceses.

—¿Crees que quien secuestró a Ian tiene también el tesoro? —dijo mirándome con curiosidad.

—No lo sé —dije. Me sentía muy cansada y bostecé hasta descoyuntarme—. Pero podemos comprobar lo de Ishmael. He pedido a Fergus que observe cómo reacciona Temeraire al verlo. Si son del mismo lugar...

Bostecé otra vez. Mi cuerpo buscaba el oxígeno que me faltaba por la pérdida de sangre.

—Muy sensato, *Sassenach*. —Jamie me dio una palmada en la mano y se levantó—. Por ahora no te preocupes, descansa. Te enviaré un poco de té con Marsali.

—Whisky —pedí.

—Bien, bien, whisky —rió apartándome el pelo y me besó la frente acalorada—. ¿Mejor?
—Muchísimo.
Le devolví la sonrisa y cerré los ojos.

56

Sopa de tortuga

Desperté ya avanzada la tarde. Me dolía todo el cuerpo. Había tirado las mantas y tenía la piel caliente y seca. El dolor del brazo era horrible; los cuarenta y tres puntos del señor Willoughby eran como alfileres clavados en mi carne. No había más remedio: tendría que usar penicilina.

El breve paseo hasta el armario donde estaba mi ropa me dejó sudorosa y trémula. Tuve que sentarme bruscamente para no caer.

—¡*Sassenach*! ¿Te sientes bien? —Jamie había asomado la cabeza por la puerta con cara de preocupación.

—No. Ven un momento, ¿quieres? Necesito que hagas algo.

—¿Te traigo vino? ¿Un bizcocho? Murphy te ha preparado un caldo especial. —En un segundo estuvo a mi lado, con la mano fresca en mi mejilla—. ¡Por Dios, estás ardiendo!

—Sí, pero no te preocupes. Tengo un remedio.

Saqué el estuche con las jeringuillas y las ampollas. El brazo derecho me dolía tanto que cada movimiento me obligaba a apretar los dientes.

—Ahora tienes la oportunidad de vengarte —dije con ironía.

—¡Qué! —exclamó—. ¿Pretendes que te clave una de esas estacas?

—Sí, pero preferiría que lo dijeras de otro modo.

—¿En el trasero?

—¡Sí, hombre!

Me miró inclinando la cabeza.

—Dime lo que debo hacer.

Le indiqué cuidadosamente cómo preparar la inyección.

—¿Estás segura? —dudó—. No soy muy hábil con las manos.

Pese al dolor del brazo, me eché a reír. Le había visto hacer de todo con sus manazas, siempre con el mismo toque leve y diestro.

—Mira, yo te lo hice y no fue tan malo, ¿verdad?

—Hummm. —Con los labios apretados se arrodilló junto a la cama limpiándome el trasero con algodón mojado en coñac—. ¿Así está bien?

—Sí. Presiona con la punta en ángulo, húndela medio centímetro y aprieta el émbolo muy despacio.

Esperé con los ojos cerrados. Cuando me volví hacia atrás, Jamie estaba pálido y con los pómulos brillantes por el sudor.

—No importa. —Me incorporé luchando contra el mareo—. Dámela.

Le quité el algodón para mojar un punto del muslo. La mano me temblaba por la fiebre.

—Pero...

—¡Calla!

Cogí la jeringuilla y la clavé como pude con la mano izquierda. Dolió. Y me dolió más cuando, al presionar el émbolo, me resbaló el pulgar. Jamie tuvo que actuar. Con una mano me sujetó la pierna y con la otra presionó lentamente el émbolo hasta que la última gota de líquido blanco desapareció del tubo. Cuando retiró la aguja aspiré hondo.

—Gracias.

—Lo siento —susurró.

—No importa.

Lo observé en silencio: reclinado en la silla con los ojos cerrados, sus pestañas rojizas parecían absurdamente infantiles en contraste con las ojeras y las arrugas marcadas en la comisura de los ojos.

Estaba cansado; apenas había dormido desde el encuentro con el barco pirata.

El aire se estaba viciando en el camarote cerrado. Se levantó para abrir un ojo de buey.

—Jamie —dije—, ¿qué te gustaría hacer?

—Oh... una naranja no me vendría mal —dijo—. Tengo algunas en el escritorio. ¿Pelo una para ti?

—Bueno —sonreí—, pero no me refería a eso. ¿Qué te gustaría hacer cuando hayamos recuperado a Ian?

—Ah. —Se sentó en la litera con la naranja en la mano—. Creo que nadie me ha hecho nunca una pregunta así.

Parecía algo sorprendido.

—Pocas veces has podido elegir, ¿verdad? —observé—. Pero ahora puedes.

—Sí, es cierto.—Giró la fruta entre las manos—. Has comprendido, ¿verdad? No podemos volver a Escocia durante un tiempo.

—De ahí mi pregunta.

Su último refugio había sido siempre Lallybroch, pero ahora lo había perdido. Aunque Lallybroch sería siempre su hogar, ya no le pertenecía.

—Tampoco a Jamaica ni a las islas que pertenecen a Inglaterra —añadió melancólico—. Aunque Tom Leonard y la Marina Real nos hayan dado por muertos, si nos quedamos por aquí no tardarán en enterarse.

—¿Has pensado en América? —pregunté con delicadeza—. En las Colonias, quiero decir.

Se frotó la nariz dubitativo.

—No, no lo había pensado. Probablemente allí estaríamos a salvo de la Corona, pero...

—Allí nadie te perseguiría: sir Percival no tiene interés en detenerte fuera de Escocia, la Marina británica no puede seguirte por tierra y los gobernadores de las Antillas no tienen autoridad alguna en las Colonias.

—Es cierto —dijo lentamente—. Pero aquello es territorio salvaje, ¿no? No me gustaría ponerte en peligro.

Me eché a reír. Al adivinar mis pensamientos esbozó una sonrisa triste.

—Bueno, bastante peligroso ha sido arrastrarte por el mar y dejar que te secuestraran en un barco asediado por una epidemia. Pero al menos no te han devorado los caníbales.

—En América no hay caníbales —observé.

—¡Claro que sí! —replicó acalorado—. Imprimí un libro para una sociedad de misioneros católicos donde se hablaba de los paganos iroqués del norte. Atan a sus cautivos y les cortan en pedazos. Después les arrancan el corazón para comérselo ante sus propios ojos.

—Primero les comen el corazón y después los ojos, ¿no? —Mi risa le molestó—. Bueno, lo siento. Pero no puedes creer en todo lo que lees. Y por otra parte...

No pude terminar. Me apretó el brazo con tanta fuerza que me hizo gritar.

—¡Escúchame, diablos! ¡Esto no es una broma!

—Supongo que no —balbuceé—. No era mi intención burlarme de ti, Jamie, pero pasé casi veinte años en Boston. ¡Tú nunca has puesto un pie en América!

—¿Y crees que el lugar donde vivías se parece en algo a como es ahora, *Sassenach*?

—Bueno, no —admití—. Pero no todo es territorio salvaje. Hay ciudades, algunas importantes. De eso estoy segura.

Me soltó el brazo. Aún tenía la naranja en la otra mano.

—No soy tonto, *Sassenach*. No creo cualquier cosa que digan los libros. ¡Yo mismo los imprimo!

—Es curioso —comenté con melancolía—. Cuando decidí volver a ti, leí todo lo que pude sobre lo que eran en esta época Inglaterra, Escocia y Francia para saber qué debía esperar. Y ahora estamos en un lugar del que nada sé, porque nunca se me ocurrió que cruzaríamos el océano; teniendo en cuenta tus terribles mareos...

Eso le hizo reír de mala gana.

—Créeme, *Sassenach*: en cuanto recupere a Ian sano y salvo, no volveré a pisar un barco en toda mi vida, como no sea para volver a Escocia cuando haya pasado el peligro.

Me ofreció un gajo de naranja que yo acepté como prenda de paz.

—Hablando de Escocia: aún tienes tu prensa allí —observé—. Podrías hacértela enviar si nos estableciéramos en una de las grandes ciudades americanas.

—¿Crees que sería posible ganarse la vida con una imprenta? ¿Hay tanta gente allí? Sólo las ciudades importantes necesitan un impresor y alguien que venda libros.

—Sí. En Boston, en Filadelfia... en Nueva York todavía no.

Comió lentamente un trozo de fruta y preguntó bruscamente:

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te gustaría establecerte en un lugar así? Porque tú también tienes tu trabajo. En París descubrí que no podías renunciar a él. ¿Puedes curar en las Colonias?

—Creo que sí —musité—. A fin de cuentas, en todas partes hay enfermos. —Lo miré con curiosidad—. Eres un hombre muy extraño, Jamie Fraser.

Tragó el resto de la naranja riendo.

—¿De veras? ¿Por qué lo dices?

—Frank me quería, pero había... partes de mí con las que no sabía qué hacer. Cosas que no comprendía o que lo asustaban. A ti no te asustan.

—No, *Sassenach*, no me asustan. Sólo cuando veo que pueden ser peligrosas.

Resoplé.

—Tú me asustas por la misma razón pero supongo que no puedo hacer nada para solucionarlo.

—Como yo tampoco puedo, no debo preocuparme.

—No he dicho que no debas preocuparte. ¿Acaso crees que yo no me preocupo? Pero es cierto que no puedes hacer nada.

Abrió la boca para disentir pero cambió de idea.

—Bueno, tal vez no, *Sassenach* —rió—. Pero ya he vivido lo suficiente para que no me importe tanto... mientras pueda quererte.

Enmudecida por el jugo de la naranja, lo miré sorprendida.

—Y te quiero —dijo suavemente mientras se inclinaba para besarme—. Ahora descansa. Dentro de un rato te traeré un poco de caldo.

Dormí varias horas. Cuando desperté, aún con fiebre, tenía hambre. Jamie me trajo el caldo de Murphy: un rico brebaje verde, con bastante manteca y olor a jerez. Pese a mis protestas, insistió en dármelo a cucharadas.

—¿Quieres más? —me preguntó tras la última cucharada—. Tendrás que recuperar fuerzas. —Sin esperar respuesta destapó la pequeña sopera y volvió a llenarme el plato.

—¿Dónde está Ishmael? —pregunté.

—En la cubierta de popa. En el entrepuente no se sentía cómodo... y no se lo puedo reprochar después de haber visto los barcos negreros en Bridgetown. Hice que Maitland le colgara una hamaca.

—¿Te parece prudente darle tanta libertad? Oye, ¿de qué es esta sopa? —La última cucharada me había dejado un regusto delicioso en la lengua.

—De tortuga; anoche Stern atrapó una muy grande. Dice que te ha guardado el caparazón para hacer peinetas. —Jamie arrugó la frente—. En cuanto al negro, Fergus se encarga de vigilarlo.

—Fergus está en plena luna de miel —protesté—. No deberías obligarle a eso. ¿Así que esto es sopa de tortuga? Es la primera vez que la pruebo. Deliciosa.

—Bueno, el matrimonio es muy largo —dijo—. No le irá mal quedarse con los pantalones puestos durante una noche. Además, dicen que el corazón se afirma con la abstinencia, ¿no?

—Con la ausencia —corregí esquivando la cuchara—. Si algo se le afirma con la abstinencia, no será justamente el corazón.

—¡Ésa no es manera de hablar para una mujer casada! —me reprochó Jamie—. Y es muy desconsiderada, teniendo en cuenta que yo también estoy bastante afirmado en estos momentos. ¿Quieres más sopa?

—No, gracias. Pero me gustaría saber más de esa firmeza tuya.

—No puedes. Estás enferma y borracha por el jerez de la sopa.

—Me encuentro mucho mejor —le aseguré—. ¿Quieres que le eche un vistazo?

En los anchos pantalones de marinero habría podido esconder fácilmente tres o cuatro salmonetes muertos, además de la referida firmeza.

—Nada de eso —protestó algo escandalizado—. Podría venir alguien y no creo que con echarle un vistazo puedas aliviarme.

—Bueno, siempre se puede probar. ¿Quieres echar el cerrojo? —Estiré con bastante puntería la mano izquierda.

—¡Suéltame! —siseó echando una mirada nerviosa a la puerta—. ¡En cualquier momento vendrá alguien!

—Te dije que corrieras el cerrojo. —No lo solté. El «salmonete» daba muestras de una notable vitalidad.

Me miró con los ojos entornados.

—No quiero emplear la fuerza con una enferma —dijo entre dientes—, pero aprietas muy fuerte para tener fiebre, *Sassenach*.

—Te dije que me encontraba mejor. Hagamos un trato: si corres el cerrojo, te demostraré que no estoy borracha.

Como prueba de buena fe lo solté, aunque de mala gana. Fue a cerrar la puerta y, cuando volvió, había abandonado la litera y estaba de pie, algo trémula. Me observó con aire crítico.

—No vamos a poder, *Sassenach* —dijo con pena—. No podemos mantenernos en pie con un oleaje como éste y sabes que esa litera es muy pequeña.

—Podemos hacerlo en el suelo —sugerí esperanzada.

—No. Te dolería el brazo. —Se frotó el labio inferior pensativo.

Decidida a tomar la iniciativa, di dos pasos para acercarme. El bamboleo del barco me tiró sobre él, que me sujetó por la cintura manteniendo a duras penas su propio equilibrio.

—¡Cristo! —protestó tambaleándose. Luego, tanto por reflejo como por deseo, bajó la cabeza para besarme.

Fue asombroso. Estaba acostumbrada al calor de su abrazo pero ahora era yo la que ardía mientras él estaba fresco. Me puse de rodillas, buscando con la boca el interior de su bragueta.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. Esto es como hacer el amor en el infierno... con una diablesa.

Reí, lo cual fue bastante difícil dadas las circunstancias.

—¿Crees que así actúan los súcubos?

—No lo dudo. —Tenía las manos en mi cabeza, instándome a continuar.

Un golpe en la puerta lo dejó de piedra. Yo sabía que el cerrojo estaba echado.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó, con una elogiable calma dada su situación.

—¿Fraser? —Era la voz de Lawrence Stern—. Dice el francés que el negro se ha dormido y quiere saber si puede acostarse.

—No. Que se quede allí. Dentro de un rato iré a relevarlo.

—Ah... —Stern parecía vacilar. —Bueno, es que su... hum... su esposa parece... muy deseosa de que se acueste ahora mismo.

Jamie aspiró hondo. La tensión se evidenciaba en su voz.

—Decidle que irá... a su debido tiempo.

—Se lo diré. Eh... ¿la señora Fraser se siente mejor?

—Mucho mejor —aseguró Jamie con sinceridad.

—¿Le ha gustado la sopa de tortuga?

—Muchísimo, gracias. —Le temblaban las manos en mi cabeza—. ¡Buenas noches, señor Stern!

Me puso en pie, me apoyó en la litera y se arrodilló detrás de mí, levantándome a tientas la camisa.

—Oh... —Lawrence parecía algo desilusionado—. Supongo que la señora duerme.

—Si te ríes te estrangulo —me susurró Jamie al oído—. En efecto, señor Stern. Cuando despierte le daré vuestros saludos.

—Confío en que descanse bien. El mar parece algo agitado.

—Lo... lo he notado, señor Stern.

—Bueno, os deseo buenas noches.

Jamie soltó el aire en un largo estremecimiento.

—¿Señor Fraser?

—¡Buenas noches, señor Stern! —gritó.

—¡Oh, eh...! Buenas noches.

Los pasos del científico se alejaron hasta perderse en el ruido de las olas que se estrellaban contra el casco. Escupí la colcha que había estado mordiendo.

—¡Oh...Dios... mío!

Puso sus grandes manos, duras y frescas sobre mi carne ardiente.

—¡Tienes el trasero más redondo que he visto en mi vida!

Una sacudida del *Artemis* le ayudó en sus esfuerzos hasta tal punto que lancé un grito.

—¡Cristo! —Me cubrió la boca con una mano apretándome contra la litera con todo su peso. Me estremecí en sus brazos.

Al cabo de un rato, su respiración se hizo más serena y se apartó, levantándome como a una muñeca de trapo para depositarme en la cama.

—¿Cómo está tu brazo?

—¿Qué brazo? —murmuré. Me sentía como si me hubieran fundido y volcado en un molde.

—Bien —dijo con una sonrisa—. ¿Puedes mantenerte en pie?

—Ni por todo el té de la China.

—Le diré a Murphy que la sopa te ha gustado.

Me puso la mano sobre la frente, ya fresca. No lo oí salir.

57

La tierra prometida

—¡Esto es una persecución! —exclamó Jamie, indignado.

Miraba por la borda del *Artemis*. A nuestra izquierda se extendía el puerto de Kingston, reluciente como un zafiro líquido a la luz de la mañana. Arriba, la ciudad se hundía en el verdor, del que sobresalían una serie de cubos de marfil amarillento y cuarzo rosado. Abajo, un majestuoso barco de tres palos flotaba con las velas plegadas y el bronce de sus cañones brillando al sol: la cañonera *Marsopa*.

—Ese maldito barco me está persiguiendo —dijo mientras pasábamos a cierta distancia—. Donde quiera que voy, allí está.

Me eché a reír, aunque en realidad su presencia me ponía nerviosa.

—No creo que sea nada personal —obervé—. El capitán Leonard dijo que venían a Jamaica.

—Sí, pero ¿por qué no fueron directamente a Antigua? Allí están las barracas y los astilleros de la Marina. Cuando los dejé necesitaban una reparación.

—Tenían que pasar primero por aquí —expliqué—. Traían al nuevo gobernador de la colonia.

—¿Sí? ¿Quién será? —Jamie parecía distraído. Dentro de una hora llegaríamos a Sugar Bay, donde Jared tenía su plantación. Su mente estaba atareada haciendo planes para encontrar a Ian.

—Un tal Grey —informé apartándome de la barandilla—. Es un buen hombre. Lo conocí en el barco.

—¿Grey? —Jamie me miró con sobresalto—. ¿No será lord John Grey por casualidad?

—Así se llama. ¿Por qué?

Lo vi observar el *Marsopa* con renovado interés.

—Conozco a lord John; es amigo mío.

—Qué suerte. ¿De qué lo conoces?

—Fue alcaide de la prisión de Ardsmuir. —Eso me sorprendió.

—¿Y es amigo tuyo? —Sacudí la cabeza—. Jamás entenderé a los hombres.

Se volvió sonriéndome.

—Uno hace amigos donde los encuentra, *Sassenach*. —Entornó los ojos mirando hacia la costa—. Ojalá podamos trabar amistad con la señora Abernathy.

Mientras rodeábamos el promontorio, junto a la barandilla apareció una esbelta silueta negra. Vestido con ropas de marinero que le cubrían las cicatrices, Ishmael parecía mucho más pirata que esclavo.

—Me voy —anunció bruscamente.

Jamie enarcó una ceja.

—Cuando quieras —dijo cortésmente—; pero ¿no preferirías hacerlo en un bote?

Un destello de humor chispeó por un instante en los ojos del negro, sin turbar el contorno severo de su cara.

—Dijo que me deja donde yo quiero si yo digo eso de los chicos. Quiero allí.

Jamie paseó la mirada entre Ishmael y la costa deshabitada. Finalmente asintió.

—Haré bajar un bote. —Se volvió hacia el camarote—. También prometí darte oro, ¿no?

—No quiero oro, hombre.

Jamie se detuvo en seco.

—¿Has pensado en alguna otra cosa?

—Quiero ese negro sin brazo. —Miraba con audacia a Jamie, pero no podía ocultar cierta timidez.

—¿A Temeraire? ¿Por qué?

—A vos no sirve, hombre; no pué trabaja en el campo ni en el barco; tié un solo brazo.

Jamie lo miró. Sin responder, se volvió para ordenar a Fergus que trajera al esclavo manco.

Temeraire apareció en cubierta tan inexpresivo como un bloque de madera.

—Este hombre quiere que vayas con él a esa isla —le dijo Jamie en lento y claro francés—. ¿Aceptas?

Temeraire parpadeó y abrió los ojos asombrado.

—No estás obligado a ir con él. Si quieres seguir con nosotros te cuidaremos y protegeremos. La decisión es tuya.

El esclavo vacilaba. Fue Ishmael quien decidió la cuestión. Cruzando los brazos en una especie de cauteloso desafío, dijo algo en una lengua extraña, llena de vocales líquidas y sílabas que se repetían como un redoble de tambor. Temeraire cayó de rodillas a sus pies, con una exclamación ahogada y tocó la cubierta con la frente.

—Viene conmigo —informó.

Y así fue. Picard los llevó a remo hasta las rocas, y los dejó allí con una pequeña bolsa de provisiones y sendos cuchillos.

—¿Por qué ahí? —me pregunté en voz alta, contemplando las dos pequeñas siluetas que ascendían por la cuesta boscosa—. No hay ninguna población cercana, ni plantaciones.

—Plantaciones sí —me aseguró Lawrence—. Tierra adentro se cultiva café y añil. Pero lo más probable es que quieran unirse a alguna banda de cimarrones.

—¿En Jamaica también hay cimarrones? —preguntó Fergus interesado.

El naturalista sonrió con el ceño fruncido.

—Donde haya esclavos hay cimarrones, amigo mío. Siempre hay quienes prefieren morir como un animal antes que vivir como un cautivo.

Jamie volvió bruscamente la cabeza mirándolo, pero no dijo nada.

La plantación de Jared se llamaba Blue Mountain House, posiblemente por el pico neblinoso que se elevaba tras ella, a uno o dos kilómetros tierra adentro. La vivienda estaba cerca de la costa, en la curva de la bahía. En realidad, las columnas de su galería surgían de una pequeña laguna sembrada de esponjosas plantas acuáticas.

Nos esperaban. La carta de Jared había llegado un mes antes que nosotros. El capataz y su esposa, una corpulenta pareja de escoceses de apellido MacIver, se sintieron aliviados al vernos.

En una pequeña galería había una auténtica bañera llena (mi-rabile dictu!) de agua caliente gracias a los buenos oficios de dos esclavas, que habían calentado en el patio grandes recipientes llenos de agua. Los remordimientos por esa explotación humana habrían debido impedirme disfrutar del baño, pero no fue así. Me sumergí con placer, me froté la piel con una esponja vegetal para quitarme la sal y la mugre y me lavé la cabeza con un champú preparado por la señora MacIver con camomila, aceite de geranio, restos de jabón y una yema de huevo.

Perfumada, con el pelo brillante y lánguida de calor, me derrumbé agradecida en la cama que me habían asignado. Casi no tuve tiempo de notar lo delicioso que era poder estirar todo el cuerpo antes de quedarme dormida.

Cuando desperté, las sombras del atardecer se estaban reuniendo en la galena, ante las puerta-ventanas de mi dormitorio. Jamie yacía desnudo a mi lado, con las manos cruzadas sobre el vientre, respirando profundamente. Alargué una mano hasta su boca y lo desperté. También se había bañado y olía a jabón y a agujas de cedro.

—Hueles bien, *Sassenach* —murmuró con la voz ronca por el sueño—. Ven aquí, Ricitos.

—Hace meses que no tenemos tiempo ni lugar para hacer el amor como es debido —dije—, así que ahora no nos daremos prisa, ¿de acuerdo?

—Me pillas en desventaja, *Sassenach* —murmuró moviendo con urgencia su cuerpo debajo del mío—. ¿No podríamos dejar eso para la próxima vez?

—No. Ahora. No te muevas.

Suspiró y, dejando caer las manos a los lados, volví a mi trabajo. Por fin me levanté sobre los codos.

—Creo que ya es bastante —decidí apartándome el pelo de los ojos.

Como si le hubiera tocado un resorte, se incorporó, tirándome de espaldas e inmovilizándome con el peso de su cuerpo.

—Así que no debemos darnos prisa. —Me miró entornando los ojos—. Tendrás que suplicarme que acabe de una vez.

Me retorcí llena de expectación.

—Oooh, misericordia. Qué bestia...

Llegamos tarde a la cena.

Mientras comíamos, Jamie no tardó en preguntar por la señora Abernathy, de Rose Hall.

—¿Abernathy? —MacIver frunció el ceño mientras daba golpecitos en la mesa con el cuchillo para incentivar su memoria—. Sí, me parece haber oído ese nombre.

—Oh, conoces bien Rose Hall —interrumpió su esposa, que estaba dando indicaciones a un sirviente—. Es ese lugar de las montañas, sobre el río Yallahs. Cultivan caña, pero también un poco de café.

—¡Oh, sí, eso es! —exclamó el marido—. ¡Qué memoria la tuya Rosie!

—Bueno, yo tampoco la habría recordado —aclaró modesta—, a no ser porque ese ministro, el de la iglesia de la Nueva Gracia, estuvo preguntando por ella.

—¿De qué ministro se trata, señora? —preguntó Jamie sirviéndose medio pollo asado.

—¡Tenéis buen apetito señor Fraser! —exclamó la mujer admirada—. El aire de la isla, supongo.

Jamie, con las orejas rojas, tuvo la prudencia de no mirarme.

—Supongo que sí. En cuanto al ministro...

—Ah, sí. Campbell, se llama. Archie Campbell. —Me miró curiosa al notar que yo daba un respingo—. ¿Lo conocéis?

—En una ocasión nos encontramos en Edimburgo.

—Está aquí como misionero, para llevar a los negros paganos la salvación de Jesús, Nuestro Señor. —Hablaba con admiración mientras lanzaba una mirada fulminante a su esposo, que había soltado un bufido—. ¡Nada de comentarios papistas, Kenny! El reverendo Campbell es un santo. Y un gran erudito, por añadidura. Yo pertenezco a la Iglesia Libre —me explicó en tono confidencial—. Cuando me casé con Kenny, que es papista, mis padres me desheredaron, pero les dije que, tarde o temprano, acabaría por ver la luz.

—Muy, pero que muy tarde —comentó su esposo sirviéndose mermelada.

—Como el reverendo es un gran erudito, la señora Abernathy le escribió a Edimburgo para hacerle algunas consultas. Ahora que está aquí tiene intención de ir a visitarla. Aunque con todo lo que le han dicho Myra Dalrymple y el reverendo Davis, me sorprendería mucho que pisara esa casa —añadió la señora Maclver.

—Por mi parte, no tengo mucha fe en lo que diga el reverendo Davis —aclaró su esposo—. Es tan santo que no caga. Myra Dalrymple, en cambio, es una mujer sensata. ¡Ay! —dijo mientras apartaba bruscamente los dedos, en los que su mujer acababa de asestarle un golpe con la cuchara.

—¿Qué dice la señorita Dalrymple de la señora Abernathy? —Jamie se apresuró a intervenir antes de que estallara una guerra conyugal.

La señora MacIver había enrojecido, pero desarrugó el ceño.

—Bueno, en parte es puro chismorreo mal intencionado —admitió—. El tipo de cosas que siempre dice la gente cuando una mujer vive sola. Que le gustan mucho sus esclavos jóvenes, por ejemplo.

—Pero también hubo rumores cuando murió el marido —interrumpió Kenny—. Ahora lo recuerdo muy bien.

Barnabas Abernathy, proveniente de Escocia, había comprado Rose Hall cinco años atrás. Administraba la finca, de la que extraía una pequeña ganancia en café y azúcar, sin provocar comentarios

entre sus vecinos. Al cabo de tres años se casó con una desconocida que trajo de Guadalupe.

—Seis meses después estaba muerto —concluyó la señora Maclver con sombría satisfacción.

—¿Y se supone que la señora Abernathy tuvo algo que ver con eso? —pregunté, conociendo la gran variedad de enfermedades tropicales que atacaban a los europeos en aquellas tierras.

—Veneno —informó Rosie en voz baja, echando un vistazo a la puerta de la cocina—. Lo dijo el médico que lo atendió. Claro que pueden haber sido las esclavas. Corrían comentarios sobre Barnabas y sus esclavas. Aunque nos duela reconocerlo, no es raro que alguna cocinera deslice algo en la comida, pero...

Se interrumpió al ver que entraba una muchacha para dejar en la mesa una fuente de vidrio tallado. La chica se retiró en medio del silencio general.

—No se preocupen —nos tranquilizó el ama de casa—. Aquí tenemos un muchacho que lo prueba todo antes de que se sirva. No corremos peligro.

Tragué con dificultad el trozo de pescado que tenía en la boca.

—¿Y el reverendo Campbell fue a visitar a la señora Abernathy? —preguntó Jamie.

—No, no creo. Al día siguiente fue cuando sucedió lo de su hermana.

En la excitación de rastrear a Ian y al *Bruja*, había olvidado casi por completo a Margaret Jane Campbell.

—¿Qué ha pasado con su hermana? —pregunté con curiosidad.

—¡La pobre ha desaparecido! —Los ojos azules de la mujer se llenaron de impotencia.

—¿Qué? —Fergus, que estaba devotamente concentrado en su plato, levantó la cabeza—. ¿Desaparecido? ¿Cómo?

—En toda la isla no se habla de otra cosa —intervino Kenny—. Parece que el reverendo había contratado a una dama de compañía, pero la mujer murió de fiebres durante el viaje.

—¡Oh, qué pena! —Sentí verdadero pesar por Nellie Cowden, la de la cara ancha y agradable.

—Sí —asintió Kenny despreocupado—. El caso es que el reverendo buscó un alojamiento para su hermana. Tengo entendido que no está bien de la cabeza, ¿verdad? —Me miró elevando una ceja.

—No muy bien.

—Bueno, parecía bastante tranquila, así que la señora Forrest la sentaba en la galería para que tomara el fresco. El martes pasado, la señora Forrest recibió la noticia de que la necesitaban en casa de su hermana, que va a tener un niño. Salió inmediatamente y, cuando recordó que había dejado a la señorita Campbell en la galena y envió a alguien..., la mujer ya había desaparecido. Desde entonces no se sabe nada de ella, aunque el reverendo ha revuelto cielo y tierra.

—Myra Dalrymple aconsejó al reverendo que pidiera ayuda al gobernador para buscarla —dijo la señora MacIver—. Pero éste acaba de llegar y aún no está listo para recibir a nadie. El jueves ofrecerá una gran recepción para conocer a todas las personas importantes de la isla. Myra dice que el reverendo debería ir y aprovechar la oportunidad para hablar con él, pero no está convencido, por ser una ocasión tan mundana.

—¿Una recepción? —Jamie miró con interés a la señora MacIver—. ¿Es necesaria invitación?

—Oh, no. Puede ir quien guste, por lo que tengo entendido.

—¿De veras? —Jamie me miró sonriendo. —¿Qué te parece, *Sassenach*? ¿Te gustaría ir conmigo a la residencia del gobernador? Será una buena oportunidad para preguntar por Ian. Es posible que no esté en Rose Hall, sino en otra parte de la isla.

—Bueno, aparte de que no tengo nada que ponerme... —dije tratando de imaginar qué se traía entre manos.

—Oh, eso no es problema —me aseguró Rosie—. Tengo una de las costureras más hábiles de la isla. Ella se encargará de acicalaros en un abrir y cerrar de ojos.

Jamie asintió pensativo.

—Seda violeta irá bien —opinó apartando delicadamente las espinas del pescado—. Y en cuanto a lo otro, *Sassenach*, no te preocupes. Tengo una idea. Ya verás.

58

La máscara de la Muerte Roja

Jamie se colocó la peluca y me miró a través del espejo. Estaba fascinada con su transformación: zapatos rojos de tacón, medias de seda negra, pantalones de satén gris con hebillas de plata en las rodillas y una nivea camisa con quince centímetros de encaje de Bruselas en los puños y en el cuello. La chaqueta, una obra maestra gris con puños de satén azul y botones de plata, esperaba turno colgada detrás de la puerta. Cuando acabó de empolvarse la cara, se humedeció la punta del dedo para recoger un lunar postizo, lo untó con goma arábiga y lo fijó junto a la comisura de la boca.

—Listo —dijo girando en el banquillo—. ¿Parezco un pelirrojo escocés contrabandista?

—Pareces una gárgola —repliqué.

En su cara floreció una ancha sonrisa.

—*Non*! —se indignó Fergus—. Parece un francés.

—Es más o menos lo mismo —decidió Jamie tras un estornudo—. Con perdón, Fergus.

Se levantó para ponerse la chaqueta. Los tacones de siete centímetros le hacían alcanzar casi el metro noventa de estatura.

—No sé —dije dubitativa—. Nunca he visto un francés tan alto.

Jamie se encogió de hombros.

—No hay manera de disimular mi estatura. Pero mientras mantenga el pelo oculto, no creo que tenga problemas. Además —añadió observándome con aprobación—, la gente no se fijará en mí. Ponte en pie para que te vea, ¿quieres?

Para darle el gusto, giré lentamente exhibiendo la ancha falda de seda violeta. Un velo de encaje me cubría el escote con una serie de picos. Cascadas iguales pendían de los codos dejándome las muñecas al descubierto.

—Es una pena que no tenga las perlas de tu madre —comenté recordando que se las había dejado a Brianna.

—Ya he pensado en eso. —Como un mago, Jamie sacó del bolsillo una cajita que me ofreció con su mejor reverencia, al estilo de Versalles.

Contenía un pequeño pez tallado en un material negro brillante, con toques de oro en los bordes de las escamas.

—Es un broche —explicó—, pero puedes colgártelo del cuello con una cinta.

—¡Es precioso! —dije encantada—. ¿Es de ébano?

—De coral negro. Lo compré ayer en la bahía de Montego. —Junto a Fergus, había llevado al *Artemis* al otro lado de la isla para entregar la carga de guano.

Busqué un trozo de cinta satinada, que Jamie me ató alrededor del cuello; se inclinó por encima de mi hombro para verme en el espejo.

—No, nadie me mirará —confirmó—. La mitad de la concurrencia estará mirándote a ti, *Sassenach* y la otra mitad al señor Willoughby.

—¿El señor Willoughby? ¿No hay peligro? Porque... —Eché un vistazo al pequeño chino, que esperaba pacientemente envuelto en seda azul, y bajé la voz—. Servirán vino, ¿no?

Jamie asintió.

—Y también whisky, clarete, oporto y champagne. Y habrá también un barrilillo del mejor coñac francés, por cortesía de Monsieur Etienne Marcel de Provac Alexandre. —Se puso una mano en el pecho y volvió a inclinarse en una exagerada pantomima—. No te preocupes. Willoughby ha prometido portarse bien para que no le quite su globo de coral.

—¿Es preciso que vayamos?

—Es preciso. —Me tranquilizó con una sonrisa—. Si hay alguien del *Marsopa*, no es probable que me reconozca. —Se rascó con saña la peluca por encima de la oreja izquierda—. ¿De dónde has sacado esto, Fergus? Creo que tiene piojos.

—Oh, no, milord. El peluquero me aseguró que estaba bien guardada para protegerla de posibles plagas.

Fergus lucía su propia cabellera bien empolvada. Aunque menos llamativo que Jamie, estaba muy apuesto con su traje nuevo de terciopelo azul oscuro.

Se oyó un golpe en la puerta. Era Marsali, resplandeciente con su vestido rosa ceñido por una banda de un tono más intenso. En realidad, no resplandecía sólo por el vestido. Me las arreglé para murmurarle al oído:

—¿Llevas aceite de atanasia?

—¿Eh? —musitó con aire distraído, mirando a Fergus—. ¿Decías...?

—No importa —dije resignada.

Ése era el menor de nuestros problemas.

La mansión del gobernador estaba totalmente iluminada. Había lámparas colgadas a lo largo de la galena y en los árboles que bordeaban los caminos del jardín. Los acicalados visitantes descendían de sus carruajes sobre un sendero de conchas y entraban en la casa por un par de enormes puertas de cristal.

En el vestíbulo estaban las personalidades de la isla recibiendo a los invitados. Me adelanté a Jamie para saludar con una sonrisa al alcalde de Kingston y a su esposa. El siguiente era un almirante lleno de condecoraciones que demostró un vago asombro al estrechar la mano del gigantesco francés y el diminuto chino que me acompañaban. A continuación se encontraba mi conocido del *Marsopa*. Aunque esa noche lord John había escondido su pelo rubio bajo una peluca formal, reconocí de inmediato sus facciones finas y su cuerpo liviano y musculoso. Estaba solo, un poco apartado de los otros dignatarios. Según los rumores, su esposa se había negado a abandonar Inglaterra para acompañarlo a este destino. Se volvió para saludarme con una expresión de cortesía formal, pero al verme una cálida sonrisa iluminó su cara.

—¡Señora Malcolm! —exclamó cogiéndome las manos—. ¡Es un placer veros aquí!

—El sentimiento es mutuo, creedme. —Sonreí—. La última vez que nos vimos ignoraba que fuerais el nuevo gobernador. Temo no haber sido lo suficientemente correcta.

Se echó a reír y pude observar lo apuesto que era.

—Teníais una excusa excelente —dijo—. Esperaba veros antes de desembarcar, pero cuando pregunté por vos el señor Leonard me dijo que estabais indispuesta. Veo que estáis recuperada. Tenéis muy buen aspecto.

—Oh, por completo —le dije divertida. Al parecer, Tom Leonard no estaba dispuesto a admitir que había escapado—. ¿Me permitís presentaros a mi esposo?

Vi a Jamie avanzando hacia nosotros. Cuando me volví de nuevo hacia el gobernador, éste nos miraba a ambos verde como una lima.

Jamie se detuvo a mi lado, inclinando graciosamente la cabeza.

—John —saludó con suavidad—, qué alegría verte.

El gobernador abría y cerraba la boca sin emitir sonido alguno.

—Más tarde buscaremos la ocasión de hablar —murmuró Jamie—. Por ahora... me llamo Etienne Alexandre. —Me cogió del brazo con una reverencia formal—. Permitidme el honor de presentaros a mi esposa... Claire —dijo en francés, en voz alta.

—¿Claire? —Lord John me miraba con los ojos desorbitados—. ¡Claire!

—Eh... sí —confirmé sin saber por qué mi nombre de pila le afectaba tanto.

Los siguientes invitados esperaban. Pasamos al enorme salón principal atestado de personas ruidosas y llamativas; parecía una jaula llena de papagayos. A un lado, cerca de las puertas abiertas a la terraza, tocaba una pequeña orquesta.

No conocíamos a nadie ni teníamos quien nos presentara. Tampoco nos hizo falta. Poco después de entrar, las mujeres comenzaron a pulular a nuestro alrededor, fascinadas por el señor Willoughby.

—Un conocido mío, el señor Yi Tien Cho —dijo Jamie a una rolliza joven envuelta en satén amarillo—, originario del Reino Celestial de la China, Madame.

—¡Oh! —La joven agitó el abanico impresionada—. ¿De la China, en serio? ¡Oh! ¡Qué distancia tan grande debéis haber recorrido! Bienvenido a nuestra pequeña isla, señor... ¿señor Cho?

El señor Willoughby se inclinó con las manos en el interior de las mangas y dijo algo en chino. La joven parecía emocionadísima. Jamie aprovechó la oportunidad para presentarse en un inglés con fuerte acento extranjero:

—Etienne Alexandre, para serviros, Madame. Permitidme presentaros a Claire, mi esposa.

—¡Oh, sí, encantada! —La mujer me estrechó la mano, sonrojada por el entusiasmo—. Soy Marcelline Williams. He venido a pasar una temporada con mi hermano Judah, el dueño de Twelve-trees.

—Temo que no conocemos a nadie —me disculpé—. Acabamos de llegar... de la Martinica, donde mi esposo tiene una hacienda.

—¡Oh! —exclamó la señorita Williams—. ¡Os presentaré a mis mejores amigos, los Stephen!

Una hora después me habían presentado a decenas de personas e iba de grupo en grupo. Al otro lado del salón, entre un grupo de prósperos comerciantes, asomaban la cabeza y los hombros de Jamie, viva imagen de la dignidad aristocrática. Fergus y Marsali, sin buscar más compañía que la mutua, bailaban en el otro extremo. En cuanto al señor Willoughby, en un triunfo social sin precedentes, era el centro de atención de las señoras, que rivalizaban en ofrecerle bocadillos y bebidas. Sus ojos brillaban y un leve rubor se apreciaba en sus mejillas.

El achaparrado plantador inglés con quien había bailado me dejó con un grupo de señoras y se ofreció galantemente a traerme una copa de clarete. Entonces volví a mi misión de aquella noche: informarme sobre los Abernathy.

—¿Abernathy? —La señora Hall, una matrona todavía joven, se abanicó con aire inexpresivo—. No, no creo que los conozca. ¿Sabéis si tienen mucha vida social?

—¡Oh, no, Joan! —La señora Yoakum demostró ese tipo de horror que precede a las revelaciones más jugosas—. ¡Claro que sabes quién son los Abernathy! ¿No te acuerdas? El hombre que compró Rose Hall, junto al río Yallahs.

—¡Ah, sí! —La señora Hall ensanchó sus ojos azules—. ¡El que murió poco después de casarse!

—El mismo —intervino otra señora—. Dijeron que fue malaria, pero yo hablé con el médico que lo atendió. Vino a casa por la pierna enferma de mamá; es una mártir de la hidropesía, pobre. Y me dijo, en estricta confidencia, por supuesto...

Las lenguas se soltaron alegremente. El informe de Rosie MacIver había sido muy fiel.

—La señora Abernathy, ¿emplea gente contratada como servidumbre, además de esclavos?

En cuanto a eso, las opiniones fueron más confusas. Algunas creían que la mujer tenía varios sirvientes bajo contrato; otras, que eran sólo uno o dos. En realidad, nadie había estado en Rose Hall, pero la gente comentaba...

Pocos después, cuando el chismorreo tomó otra dirección, me disculpé para retirarme a la habitación de las damas. Me silbaban los oídos. Hasta el momento no había descubierto nada nuevo sobre la plantación de los Abernathy, pero contaba con una lista de las plantaciones cercanas que contrataban servidumbre. Lo que me tenía más preocupada era la reacción de lord John al conocer mi identidad; cualquiera hubiera dicho que había visto un fantasma.

Después de pestañear seductoramente a mi propia imagen en el espejo, me arreglé el pelo y volví al salón, rumbo a las largas mesas donde se encontraba la comida. Cuando me alejaba de una llevando distraídamente un plato con fruta, choqué con un chaleco de color oscuro. Al disculparme ante su propietario, llena de confusión, me encontré frente a frente con la agria cara del reverendo Archibald Campbell.

—¡Señora Malcolm! —exclamó atónito.

—Eh... qué sorpresa, reverendo Campbell —respondí débilmente.

Miró con frialdad mi escote.

—Confío en que estéis bien, señora Malcolm.

—Sí, gracias. —Ojalá dejara de llamarme señora Malcolm; podía oírlo alguien que me conociera como «Madame Alexandre»—. Lamento mucho lo de vuestra hermana —dije con la esperanza de distraerlo—. ¿Habéis sabido algo de ella?

—No. Y mis posibilidades de iniciar una búsqueda son limitadas. Estoy aquí con la intención de presentar mi caso ante el gobernador.

—La señorita Cowden me contó algo sobre la tragedia de vuestra hermana, reverendo. Si hubiera podido ayudarla...

—Nadie puede ayudarla —me interrumpió con ojos tristes—. Fue culpa de esos papistas de los Estuardo y los licenciosos montañeses que los seguían. No, nadie puede ayudar, salvo Dios. Él ha destruido la casa de los Estuardo y destruirá también a ese Fraser y, cuando así ocurra, mi hermana estará curada.

—¿Fraser? —Comenzaba a inquietarme. Paseé una mirada por el salón pero Jamie, afortunadamente, no estaba a la vista.

—Así se llama el hombre que sedujo a Margaret, apartándola de su familia y de las alianzas convenidas. Sí, Dios juzgará a James Fraser.

—Oh, no lo dudo —murmuré—. Si me disculpáis, me parece que he visto a un amigo...

—Dios no permite que la lascivia perdure eternamente —prosiguió el reverendo.

Sus ojos grises se posaron con glacial desaprobación en un grupo cercano: varias señoras revoloteaban en torno al señor Willoughby como las polillas alrededor de un farolillo chino.

—Las mujeres deben comportarse con sobriedad —entonó el reverendo—, evitando llamar la atención con sus ropas y sus peinados. Mirad a la señora Alcott, ¡una viuda que debería estar dedicada a las obras piadosas!

Siguiendo la dirección de su mirada, vi una mujer regordeta de unos treinta años con bucles castaños y aspecto alegre, que reía infantilmente junto al señor Willoughby, el cual, de rodillas en el suelo, fingía buscar un pendiente perdido, provocando chillidos de alarma en la señora Alcott cada vez que se acercaba a sus pies. Pensé en buscar a Fergus para que lo apartara de allí antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

Obviamente ofendido por el espectáculo, el reverendo dejó bruscamente su limonada y se marchó hacia la terraza, abriéndose paso con vigorosos codazos. De pronto vi la silueta de Jamie que cruzaba una puerta al otro lado del salón; probablemente iba a las habitaciones privadas del gobernador. Fui a reunirme con él.

El corredor estaba en silencio; una alfombra turca apagaba el ruido de mis pasos. Delante percibí un murmullo de voces masculinas, provenientes del que debía de ser el despacho del gobernador. Oí la voz de Jamie.

—¡Oh, John, por Dios!

Me detuve en seco, no tan impresionada por sus palabras como por el tono de su voz, rota por una emoción desconocida para mí. La puerta entrecerrada enmarcaba a Jamie que, con la cabeza inclinada, estrechaba a lord John Grey en un abrazo.

Permanecí inmóvil, totalmente incapaz de hablar ni de hacer nada. Ellos se separaron. Jamie estaba de espaldas a mí, pero lord John me habría visto con facilidad si no hubiera tenido los ojos fijos en Jamie con una pasión que hizo que la sangre me subiera a las mejillas.

Se me cayó el abanico. El gobernador volvió la cabeza, sobresaltado por el ruido. Entonces eché a correr hacia el salón, con el corazón saliéndoseme del pecho.

Me detuve tras una palmera, temblando. Tenía las manos frías y me sentía algo descompuesta. ¿Qué diablos estaba pasando?

«Era el alcaide de la prisión de Ardsmuir», había dicho Jamie. Y en otra ocasión: «¿Sabes qué hacen los hombres encarcelados?»

Lo sabía, pero habría jurado por la vida de Brianna que Jamie era incapaz de hacerlo en cualquier circunstancia. No obstante, si su relación con Grey era sólo de amistad, ¿por qué no me había hablado de él? ¿Por qué tomarse tantas molestias para verlo, al saber que estaba en Jamaica? Me sentí mareada. Necesitaba sentarme.

Entonces se abrió la puerta y el gobernador salió, de regreso a la fiesta. Estaba ruborizado y con los ojos brillantes. Pocos minutos después la puerta volvió a abrirse para dar paso a Jamie. Había recuperado su máscara de fría reserva, pero pude detectar bajo ella una fuerte emoción. Empezó a pasearse por el salón buscando a alguien. A mí.

Tragué saliva con dificultad. No podía enfrentarme a él delante de tanta gente. Permanecí donde estaba, observándolo, hasta que salió a la terraza. Entonces abandoné mi escondite para ir a toda prisa hacia la habitación de las damas.

Tras la pesada puerta, me relajó inmediatamente el aroma reconfortante de los polvos y los perfumes. Poco después percibí otro olor familiar por mi profesión. No esperaba percibirlo allí.

Mina Alcott yacía despatarrada en el diván de terciopelo rojo, con la cabeza colgando y las faldas subidas hasta el cuello. Tenía los ojos abiertos y fijos. La sangre del corte que tenía en el cuello había ennegrecido el terciopelo y formaba un gran charco bajo la cabeza.

Me quedé petrificada, sin poder siquiera gritar para pedir ayuda. Oí voces alegres en el pasillo y la puerta se abrió. Hubo un momento de silencio. Al poco rato empezaron los gritos. Entonces vi las huellas de pisadas que iban hacia la ventana: eran de un pie calzado de fieltro, pequeñas, nítidas y dibujadas por la sangre.

59

En el que mucho es revelado

Se habían llevado a Jamie. A mí me habían dejado, temblando, en el despacho del gobernador junto a Marsali, que trataba de refrescarme la cara con una toalla húmeda pese a mi resistencia.

—¡No pueden creer que papá ha tenido algo que ver con esto! —repitió por quinta vez.

Por fin me dominé lo suficiente para responder.

—No, creen que fue el señor Willoughby. Y fue Jamie quien lo trajo.

—¿El señor Willoughby? —Me miraba con horror—. ¡No es posible!

—Eso pienso yo. —Dije mirando el gran escritorio. Aún podía ver a Jamie y lord John como si estuvieran pintados en la pared—. No, no lo creo —dije en voz alta, sintiéndome algo mejor.

—Yo tampoco —aseguró Marsali—. Será un pagano, pero hemos convivido con él y lo conocemos...

¿Lo conocíamos? ¿Conocía a Jamie? Habría jurado que sí, y no obstante...

—No, no me equivoco —murmuré. Si Jamie era el amante de lord John, entonces no era ni por casualidad el hombre que yo conocía. Tenía que haber otra explicación, sin duda. Me pasé una mano por la cara, tratando de aliviar la confusión y el cansancio—. Tardan mucho.

El reloj de pared daba las dos de la mañana cuando Fergus entró en el despacho junto a un militar.

—Ya podemos irnos, chérie —dijo a Marsali en voz baja. Y volviéndose a mí—. ¿Queréis venir con nosotros, milady, o esperar a milord?

—Esperaré —dije. No pensaba acostarme sin ver a Jamie.

—Os enviaré el carruaje —prometió cogiendo a Marsali por los hombros.

Una hora después entró el gobernador, tan pulcro como una camelia blanca, aunque se empezaban a marchitar los bordes. Dejé la copa de coñac intacta y me puse en pie.

—¿Dónde está Jamie?

—Todavía lo están interrogando. —Se dejó caer en su silla, desconcertado—. Ignoraba que dominara tan bien el francés.

—Supongo que no lo conocéis lo suficiente —observé a modo de cebo.

—¿Creéis que será capaz de representar el papel hasta el final? —me preguntó.

Entonces fui consciente de la poca atención que me prestaba ante el asesinato ocurrido y la situación de Jamie.

—Sí —aseguré—. ¿Dónde lo tienen?

—En la sala de reuniones, pero no creo que debáis...

Sin prestarle atención, me asomé al pasillo, pero tuve que cerrar de un portazo. Por él se acercaba el almirante que habíamos visto a la entrada, acompañado por una camarilla de oficiales jóvenes entre los que reconocí a Thomas Leonard.

Busqué frenéticamente dónde esconderme, pero no había ningún lugar adecuado. El gobernador me observaba con las rubias cejas arqueadas por el asombro. Me volví hacia él, llevándome un dedo a los labios.

—¡No me denunciéis si apreciáis la vida de Jamie! —siseé melodramáticamente.

Dicho esto me tiré en el sofá, me cubrí la cara con una toalla húmeda y relajé todos los miembros. Después oí el ruido de la puerta y la voz del almirante.

—Lord John... —Entonces reparó en mi silueta—. Oh, veo que tenéis compañía.

—No es precisamente compañía, almirante. —Había que reconocer que Grey tenía buenos reflejos. Parecía completamente dueño de sí—. La señora no resistió la impresión de encontrar el cadáver.

—¡Ah! —La voz del almirante se tornó comprensiva—. Un golpe horrible para una señora, sin duda —dijo susurrando—. ¿Duerme, tal vez?

—Supongo que sí —le aseguró el gobernador—. Ha bebido coñac suficiente para tumbar a un caballo.

—Oh, es lo mejor para estos casos. Quería deciros que he mandado traer tropas de Antigua... a vuestra disposición... guardias para revisar la ciudad... si los milicianos no lo encuentran primero. Estaré en la ciudad, en el hotel de MacAdams. No vaciléis en hacerme llamar si necesitáis ayuda, Excelencia —susurró.

Con un murmullo general, los oficiales se retiraron, respetando mi sueño. Hubo un momento de silencio.

—Ya podéis levantaros. Supongo que no estáis realmente postrada por el golpe —añadió con ironía—. No creo que baste un simple asesinato para acabar con una mujer que ha sido capaz de enfrentarse sola a una epidemia de tifus.

Me quité la toalla de la cara, incorporándome para mirarlo. Estaba apoyado en el escritorio, con la barbilla entre las manos.

—Hay golpes y golpes —dije mirándolo fijamente—. No sé si me entendéis.

Se quedó sorprendido, pero luego pareció entender. Abrió un cajón para sacar mi abanico.

—¿Es vuestro? Lo encontré en el pasillo. —Torció la boca con ironía—. Ya entiendo. Entonces podréis comprender la impresión que sufrí al veros esta noche.

—Lo dudo mucho —dije—. ¿No sabíais que Jamie era casado?

—Él me dijo (o al menos, me dio a entender) que habíais muerto. ¿Nunca os habló de mí?

A mi pesar, sentí pena por él.

—Sí. Me dijo que erais amigos.

Se le iluminó un poco la cara.

—¿De veras?

—Tenéis que entender —expliqué—. Él... yo... Nos separó la guerra, el Alzamiento. Cada uno creyó que el otro había muerto. Nos reencontramos hace ... Por Dios, ¿fue sólo hace cuatro meses?

En la cara de Grey se borró un poco la tensión.

—Comprendo —dijo lentamente—. Así que no lo veíais desde hace... ¡Caramba, veinte años! —Me miró estupefacto—. ¿Cuatro meses? ¿Por qué... cómo...? —Sacudió la cabeza para descartar las preguntas—. Bueno, eso no viene al caso. Pero no os contó... es decir... ¿No os habló de Willie?

—¿Quién es Willie?

Abrió un cajón del escritorio y sacó un pequeño objeto, indicándome que me acercara. Era un retrato, una miniatura oval con marco de madera oscura. Al ver aquella cara, las rodillas se me doblaron y tuve que sentarme.

«Podría ser hermano de Bree», fue mi primer pensamiento. El segundo fue como un golpe en el plexo solar: «¡Dios, es hermano de Bree!»

No cabía duda. El niño del retrato tenía nueve o diez años y su pelo no era rojo, sino castaño. Pero los ojos azules y sesgados miraban con audacia por encima de los altos pómulos de vikingo. La nariz era recta y quizá demasiado larga. La cabeza tenía el mismo porte confiado del hombre de quien había heredado esa cara.

Grey me observaba con simpatía.

—¿No lo sabíais? —preguntó.

—¿Quién...? —la sorpresa me había enmudecido. Tuve que carraspear—. ¿Quién es la madre?

Grey vaciló y se encogió de hombros.

—Era. Ha muerto.

—¿Quién era?

—Se llamaba Geneva Dunsany. Era hermana de mi esposa.

La cabeza me daba vueltas tratando de encontrar sentido a lo que acababa de decir.

—¡Tenéis esposa! —exclamé, mirándolo con los ojos desorbitados. Supongo que mi tono no fue muy diplomático.

Apartó la mirada enrojecido.

—Explicadme de una vez qué diablos tenéis que ver con Jamie, con esa tal Geneva y con este niño —dije recogiendo el retrato.

—No creo tener ninguna obligación —observó, otra vez frío y reservado.

Tuve que aspirar hondo varias veces para calmarme.

—Es cierto. Pero os lo agradecería mucho. ¿Por qué me habéis enseñado este retrato si no queríais que lo supiera? Jamie puede contarme el resto. Y vos podríais contarme vuestra parte ahora. Tenemos tiempo.

—Supongo que sí. —Desvió la mano hacia la botella—. ¿Os sirvo coñac?

—Por favor —dije de inmediato—. Y os sugiero que vos también bebáis. Creo que lo necesitáis tanto como yo.

—¿Es una opinión médica, señora Malcolm? —preguntó con una sonrisa.

—Por supuesto.

Establecida la tregua, se recostó en su asiento.

—Habéis dicho que Jamie os había hablado de mí. —Debí haber hecho alguna mueca al oírle pronunciar el nombre, pues frunció el ceño—. ¿Preferiríais que utilizara el apellido? Francamente, no sabía cuál usar.

—No. Es cierto que os mencionó. Dijo que habíais sido el alcaide de Ardsmuir y que podía confiar en vos.

—Me alegra saberlo —dijo con suavidad—. Nos conocimos en Ardsmuir. Cuando se cerró la prisión y los internos fueron enviados a América, dispuse que Jamie pudiera permanecer, bajo palabra, en una finca inglesa propiedad de unos amigos de mi familia. —Me miró vacilante—. No soportaba la idea de no volver a verle.

En pocas palabras, me puso en antecedentes sobre la muerte de Geneva y el nacimiento de Willie.

—¿Estaba enamorado de ella? —pregunté.

—Nunca me lo dijo, pero habiendo conocido a Geneva lo dudo. —Torció la boca en un gesto irónico—. Corrían ciertos rumores sobre ella y su anciano esposo. Cuando Willie alcanzó los cuatro años el parecido era evidente... para quien quisiera verlo. —Bebió un largo trago de coñac—. Sospecho que mi suegra lo sabe, pero jamás dirá una palabra.

—¿Porqué?

—¿Qué preferiríais para vuestro único nieto: que fuera conde y heredero de una rica propiedad o el hijo bastardo de un presidiario?

—Entiendo.

—Jamie también lo entendió —dijo Grey—. Y tuvo la prudencia de abandonar la zona antes de que todo el mundo se diera cuenta.

—Es entonces cuando volvéis a entrar en escena, ¿verdad?

Con los ojos cerrados, hizo un gesto afirmativo.

—Así es. Jamie me entregó el niño.

El establo de Ellesmere era cálido en invierno y fresco en verano.

—Isobel está muy disgustada contigo —dijo Grey.

—¿De veras? —dijo Jamie con indiferencia.

—Willie está muy alterado. Se ha pasado el día llorando. ¿No habría sido mejor no decirle que te irías?

—Supongo que sí... para lady Isobel.

—Jamie... —Grey le apoyó una mano en el hombro—. Haces bien en irte.

En los ojos de Fraser se encendió la alarma, rápidamente suplantada por cautela.

—¿Lo crees así?

—Es evidente. Si alguien prestara atención a los mozos de cuadra, esto se habría descubierto hace tiempo. —Echó un vistazo al potro bayo—. Hay sementales que dejan su sello. Tengo la impresión de que tus vástagos son inconfundibles.

Fraser se volvió, mirándole con decisión.

—¿Me acompañas a pasear?

Salió del establo sin esperar respuesta. Se detuvo en un claro soleado enfrentándose a Grey sin preámbulos.

—Quiero pedirte un favor.

—Si temes que se lo diga a alguien... —comenzó el inglés.

—No. —Una sonrisa curvó la boca de Jamie—. Sé que no lo harás. Pero quiero pedirte...

—Sí—respondió Grey inmediatamente.

—¿No quieres saber primero de qué se trata?

—Lo imagino: quieres que cuide de Willie y que te haga saber cómo está.

Jamie echó un vistazo a la casa, medio oculta entre los arces.

—¿Sería demasiada molestia que vinieras desde Londres para verlo de vez en cuando?

—En absoluto. Tengo que darte una noticia. Voy a casarme.

—¿Casarte? —La sorpresa de Fraser fue evidente—. ¿Con una mujer?

—No creo que haya muchas opciones —replicó agrio el inglés—. Con lady Isobel.

—¡Por Dios, hombre! ¡No puedes hacer eso!

—Puedo —lo tranquilizó Grey con una mueca—. En Londres puse aprueba mi capacidad; seré un esposo adecuado, créeme. No es necesario disfrutar del acto para poder ejecutarlo. Ya lo debes de saber.

Jamie abrió la boca y volvió a cerrarla, pensándoselo mejor.

—Dunsany es demasiado viejo para seguir administrando la finca —explicó John—, Gordon ha muerto, Isobel y su madre no pueden hacerse cargo ellas solas y nuestras familias se conocen desde hace muchos años. Es una alianza muy conveniente.

—¿De veras? —comentó Jamie con escepticismo.

—De veras —contestó Grey áspero—. El matrimonio no es sólo amor carnal. Hay mucho más que eso.

El escocés se alejó volviéndole la espalda. Grey aguardó con paciencia hasta que Fraser volvió cabizbajo.

—Es cierto —reconoció en voz baja—. No tengo derecho a pensar mal de ti si no tienes intenciones de deshonrar a la chica.

—Por supuesto que no —aseguró John—. Además, eso significa que estaré permanentemente aquí para cuidar de Willie.

—¿Renunciarás al ejército?

—Sí. —Sonrió con cierta melancolía—. En cierto modo, será un alivio. Creo que no estoy hecho para la vida militar.

—En ese caso, te agradecería que actuaras como padrastro de... de mi hijo. —Probablemente era la primera vez que decía esa palabra en voz alta. El sonido pareció impresionarlo—. Te estaría... muy agradecido.

Grey lo miró con curiosidad, notando que su tez iba tomando un tono rojizo.

—A cambio... si quieres... Es decir, estaría dispuesto a...

Dominando una súbita risa, apoyó la mano en el brazo del escocés y notó que éste hacía auténticos esfuerzos para no retirarlo.

—Mi querido Jamie —dijo entre la risa y la exasperación—, ¿me estás ofreciendo tu cuerpo a cambio de que te prometa cuidar de Willie?

Fraser había enrojecido hasta la raíz del pelo.

—Sí—dijo con los labios tensos—. ¿Lo quieres o no?

Grey no pudo contener la carcajada.

—Oh, Dios —dijo por fin—, ¡que haya vivido para escuchar esto!

Creyó ver un vago gesto de humor y profundo alivio en aquella cara encendida.

—¿No me quieres?

—Es probable que te quiera hasta el día de mi muerte —dijo Grey objetivamente—. Pero a pesar de la tentación... —Sacudió la cabeza—. ¿Crees que podría aceptar algún pago por ese favor? En realidad, me sentiría insultado por ese ofrecimiento si no fuera porque comprendo el hondo sentimiento que lo inspira.

—No era mi intención insultarte —murmuró Jamie.

Grey no sabía si reír o llorar. Le tocó suavemente la mejilla, que ya iba recobrando su claro tono bronceado.

—Además —dijo bajando la voz—, no puedes darme lo que no tienes.

Jamie, más relajado, dijo suavemente:

—Puedo darte mi amistad, si tiene algún valor para ti.

—Un enorme valor. —Guardaron silencio durante un momento. Por fin Grey soltó un suspiro—. Se está haciendo tarde. Supongo que hoy tienes mucho que hacer.

Jamie carraspeó.

—Sí. Debería estar ocupándome de mis asuntos.

Grey se arregló el chaleco preparándose para volver, pero Jamie se retrasaba. De pronto, decidido, se acercó un paso.

John sintió aquellas manos grandes y calientes en su cara y la boca ancha y suave de Jamie tocó la suya. Hubo una fugaz impresión de ternura, de fuerza contenida y regusto a cerveza y pan recién horneado. Desapareció al momento. John Grey se quedó parpadeando bajo el sol intenso.

El gobernador calló. Luego levantó la vista con una triste sonrisa.

—Ésa fue la primera vez que me tocó por propia voluntad —dijo en voz baja—. Y la última... hasta esta noche, cuando le di la otra copia del retrato.

Me había quedado completamente inmóvil, con la copa de coñac olvidada en la mano. No estaba segura de lo que sentía: sorpresa, furia, horror, celos y compasión; en oleadas sucesivas. Hacía pocas horas, una mujer había muerto violentamente a poca distancia y, sin embargo, aquella escena parecía irreal comparada con el pequeño retrato.

El gobernador me estudiaba atentamente.

—Debería haberos reconocido en el barco —dijo—. Claro que os creía muerta.

—Bueno, estaba oscuro —dije estúpidamente. Entonces caí en la cuenta—. ¿Reconocerme? ¿Cómo, si no me habíais visto nunca?

Él vaciló.

—¿Recordáis un bosque oscuro, cerca de Carryarrick, hace veinte años? ¿Y a un joven con el brazo roto? Vos me curasteis.

—Por todos los santos... —Bebí un trago de coñac que me hizo toser. Lo miré, parpadeando con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca había visto los pechos de una mujer —comentó—. Fue un verdadero golpe.

—Del que parecéis haberos repuesto —observé fríamente—. Por lo visto, habéis perdonado a Jamie por la fractura del brazo y por amenazaros de muerte.

Pasamos un rato en silencio, sin saber qué decir. Él mantenía la vista fija en sus manos. Por fin dijo suavemente:

—¿Sabéis lo que significa amar a alguien y no poder ofrecerle paz, alegría o felicidad? —Levantó la cabeza; sus ojos estaban llenos de dolor—. ¿No poder hacerle feliz, no por culpa vuestra o de él, sino sólo porque no sois, por nacimiento, la persona adecuada?

—Lo sé, sí —murmuré apretando las manos en el regazo. «Oh, Frank —pensé—, perdóname.»

—Supongo que os estoy preguntando si existe la fatalidad —prosiguió lord John con la sombra de una sonrisa revoloteándole en la cara—. Parecéis la persona más indicada para decírmelo.

—Eso parece, ¿verdad? —reconocí con tristeza—. Pero no sé más que vos.

Su expresión se dulcificó al contemplar el retrato que sostenía en la mano.

—Tal vez he sido más afortunado que la mayoría —musitó—. Sólo aceptó una cosa de mí. Y a cambio me ha dado algo precioso.

Sin darme cuenta me puse los dedos en el vientre. Jamie me había dado el mismo don... pagando a cambio un coste igualmente enorme.

En el pasillo se oyó ruido de pisadas amortiguadas por la alfombra. Después de un recio golpe en la puerta, un miliciano asomó la cabeza.

—Si la señora ya está repuesta, el capitán Jacobs ha concluido su interrogatorio y el carruaje de Monsieur Alexandre está esperando.

Me levanté precipitadamente.

—Estoy bien. —Me volví hacia el gobernador sin saber qué decirle—. Os agradezco... esto que...

Me hizo una reverencia formal.

—Lamento muchísimo que hayáis tenido que pasar por una experiencia tan desagradable, señora —dijo diplomáticamente.

Ya en el umbral me volví por un impulso.

—Aquella noche, a bordo del *Marsopa*... me alegro que no supierais quién era. Os aprecio... desde entonces.

—Yo también os aprecio —dijo perdiendo la máscara diplomática—. Desde aquel momento.

Era como si viajara junto a un desconocido. En el cielo empezaba a clarear, haciendo visible, pese a la penumbra del carruaje, el cansancio en la cara de Jamie.

—¿Crees que ha sido él? —pregunté sólo por decir algo.

Encogió los hombros sin abrir los ojos.

—No lo sé. —Parecía exhausto—. Esta noche me lo he preguntado mil veces... y me lo han preguntado muchas más. No puedo imaginármelo haciendo algo así. Y sin embargo... ya sabes que cuando está borracho es capaz de cualquier cosa. No sería la primera vez que mata en ese estado. ¿Recuerdas, en el burdel? Pero esto es diferente. Si esa tal señora Alcott estuvo jugando con él...

—Lo hizo —dije—. Yo la vi.

—Sólo Dios lo sabe. Yo no. —Se pasó una mano por la cabeza—. Hay algo más. Me vi obligado a decir que apenas conocía a Willoughby, que nos conocimos en el viaje desde la Martinica y lo traje por cortesía, sin saber de dónde venía o qué clase de persona era.

—¿Te creyeron?

—Sí. Pero el paquebote vuelve dentro de seis días. Cuando interroguen al capitán, descubrirán que nunca había visto a Monsieur Etienne Alexandre ni a su esposa y mucho menos a un pequeño asesino amarillo.

—Eso podría ser bastante incómodo —observé—. Este asunto nos está poniendo gente en contra.

—Peor será si pasan seis días sin que lo hayan encontrado —me aseguró—. Entonces ya se sabrá en Kingston quiénes son los visitantes del matrimonio Maclvers. Todos sus sirvientes conocen nuestro nombre.

—¡Mierda!

Eso lo hizo sonreír.

—Muy expresiva, *Sassenach*. Eso quiere decir que tenemos seis días para encontrar a Ian.

Llegamos a Blue Mountain House sin hablar y caminamos de puntillas hasta nuestro dormitorio.

Las revelaciones de John Grey habían despejado la mayor parte de mis dudas y temores; no obstante, quedaba en pie el hecho de que Jamie no me hubiera contado lo de su hijo. Tenía buenos motivos para mantenerlo en secreto, pero ¿no me creía capaz de guardar silencio? Se me ocurrió que tal vez lo había hecho por la madre, que tal vez la hubiera amado. Tragué el nudo que sentía en la garganta, reuniendo valor para preguntárselo.

—¿En qué piensas? —pregunté por fin.

—Se me ha ocurrido algo —dijo contemplando la laguna—. Con respecto a Willoughby. Al principio me parecía imposible que él lo hubiera hecho, pero... —Se volvió hacia mí, atribulado—. Estaba solo, muy solo.

—En un país desconocido —dije en voz baja.

—Cuando un hombre está tan solo... tal vez sea indecente decirlo, pero hacer el amor con una mujer puede ser la única manera de olvidar. Por eso me casé con Laoghaire. No fue por insistencia de Jenny, ni por piedad hacia ella y las pequeñas, ni tan siquiera por acostarme con ella. Fue por olvidar que estaba solo.

Se volvió hacia la ventana, inquieto.

—Si el chino buscaba eso... y ella lo rechazó... tal vez pudo hacerlo.

Callamos durante varios minutos. No sabía cómo llevar la conversación hacia lo que había visto y oído en casa del gobernador. En la cara de Jamie había señales de cansancio pero también la misma decisión que antes de iniciar una batalla.

—Claire —dijo.

Me puse rígida. Sólo en los momentos más graves me llamaba por mi nombre.

—Claire, debo decirte algo.

—¿Qué?

Ahora no quería oírlo. Quise apartarme de él pero me sujetó por el brazo y me puso algo en la mano. Sin mirarlo, supe de qué se trataba.

—Claire... tengo un hijo.

Abrí la mano sin decir nada. Era la misma cara que había visto en el despacho de Grey: una versión infantil del hombre que tenía ante mí.

—Debería habértelo dicho antes. —Me estudió la cara, tratando de adivinar lo que yo sentía. Por una vez, mi traicionero semblante debió de permanecer completamente inalterable—. No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a Jenny.

—¿Jenny no lo sabe? —dije sobresaltada.

Sacudió la cabeza.

—Fue en Inglaterra. Es... no podía decir que era mío. Es bastardo, ¿comprendes? —Quizás era el sol lo que le enrojecía las mejillas—. No lo veo desde que era pequeño y no creo que vuelva a verlo.

Me cogió el retrato y lo acunó en la palma de su mano como si fuera la cabeza de un bebé.

—Tenía miedo de decírtelo —reconoció en voz baja—. Podías pensar que yo había engendrado bastardos por todas partes y que no me interesaría tanto por Brianna si tenía otro hijo, pero la quiero mucho más de lo que puedo expresar. —Levantó la cabeza para mirarme de frente—. ¿Me perdonas?

—¿La...? —Las palabras me sofocaban, pero debía pronunciarlas—. ¿La querías?

La cara se le llenó de tristeza.

—No —dijo en voz baja—. Ella... me deseaba. Debí haber buscado el modo de disuadirla, pero no pude. Quiso que me acostara con ella y lo hice y... eso la llevó a la muerte.

Entonces bajó la cabeza, ocultando los ojos bajo sus largas pestañas.

—Soy culpable ante Dios de su muerte, quizá más culpable porque no la amaba.

Sin decir nada, levanté una mano para tocarle la mejilla.

—¿Cómo es? —pregunté suavemente—. Tu hijo.

Sonrió sin abrir los ojos.

—Terco y malcriado; con malos modales; grita y tiene mal carácter. —Tragó saliva—. Y es hermoso, alegre y fuerte —concluyó en voz baja.

—Y tuyo —añadí. Me apretó la mano.

—Y mío.

—Deberías haber confiado en mí —dije.

—Quizá. Pero no sabía cómo contártelo todo: lo de Geneva, lo de Willie y John... ¿Sabes lo de John? —Frunció el ceño pero se tranquilizó al ver que asentía.

—Me lo contó todo.

—Cuando descubriste lo de Laoghaire, ¿cómo podía explicarte la diferencia?

—¿Qué diferencia?

—Geneva, la madre de Willie, quería mi cuerpo —explicó suavemente—. Laoghaire, mi apellido y el trabajo de mis manos como sustento. John... bueno. —Se encogió de hombros—. Nunca pude darle lo que deseaba... y como es un buen amigo, no me lo ha pedido. Pero ¿cómo puedo explicarte todo esto y luego decirte que sólo te he amado a ti? ¿Qué debo hacer para que me creas?

—Si me lo dices, te creeré.

—¿De veras? ¿Por qué? —dijo atónito.

—Porque eres un hombre sincero, Jamie Fraser —respondí, sonriendo para no llorar—. Y que el Señor se apiade de ti.

—Sólo a ti —repitió en voz baja—. Para adorarte con mi cuerpo y con mis manos. Para darte mi apellido y toda mi alma. Sólo a ti. Porque no me dejas mentir... y aún así me amas.

Sólo entonces lo toqué, apoyándole una mano en el brazo.

—Ya no estás solo, Jamie.

Me sujetó por los brazos, mirándome la cara.

—Te lo juré cuando nos casamos —dije—. Entonces no lo sentía, pero lo juré... y ahora lo siento.

»Sangre de mi sangre... —susurré juntando mi muñeca con la suya.

—Carne de mi carne. —Su murmullo sonó grave y sensual. Se arrodilló ante mí para poner sus manos cruzadas entre las mías; era el gesto con el que los escoceses de las Tierras Altas juran lealtad a sus jefes.

—Te doy mi espíritu —añadió con la cabeza inclinada.

—Hasta el final de nuestra vida —completé suavemente—. Pero no ha terminado todavía, Jamie, ¿verdad?

Entonces se incorporó para quitarme la camisa. Me tendí desnuda en la cama atrayéndolo hacia mí. Ninguno de los dos estuvo solo.

60

El aroma de las piedras preciosas

Rose Hall se encontraba a quince kilómetros de Kingston. El camino que subía hasta las montañas azules era una serpenteante senda, empinada y llena de polvo rojizo, invadida por las hierbas y tan estrecha que tuvimos que recorrer uno detrás de otro la mayor parte del trayecto. Yo seguía a Jamie por los oscuros y perfumados túneles de ramas, bajo cedros que alcanzaban los treinta metros de altura.

Pese a la intensa búsqueda que realizaba en la ciudad la milicia de la isla, no habían encontrado al señor Willoughby y en aquel momento se esperaba la llegada de un destacamento especial de la Marina, enviado desde Antigua. Mientras tanto, las casas de Kingston permanecían cerradas como bóvedas bancarias y sus propietarios armados hasta los dientes.

La ciudad tenía un aspecto peligroso y tanto los oficiales de la Marina como el coronel de la milicia opinaban que, si el chino era capturado, difícilmente sobreviviría para llegar a la horca. Esta cuestión continuaba preocupando a Jamie, pero no podíamos hacer nada. Si era inocente no podíamos salvarlo y si era culpable, tampoco podíamos entregarlo. Nuestra esperanza radicaba en que no fueran capaces de encontrarlo. Y mientras tanto contábamos con cinco días para encontrar a Ian. Si estaba en Rose Hall, todo saldría bien. Y si no...

Una cerca y un pequeño portón separaban la plantación de la selva circundante. En el interior habían sustituido la maleza por caña de azúcar y café. A cierta distancia de la casa se levantaba un edificio que parecía ser la refinería. La gran prensa de azúcar, de aspecto primitivo, no estaba en funcionamiento. Encima había dos o tres hombres.

—¿Cómo transportan el azúcar desde aquí? —pregunté—. ¿A lomos de una mula?

—No —respondió Jamie distraído—. En barcazas, aprovechando el descenso del río. ¿Lista, *Sassenach*?

Rose Hall era una casa de dos plantas, larga y de grandes proporciones; el techo no era de hojalata, sino de costosa pizarra. Junto a la puerta principal crecía un gran rosal amarillo, cuyo perfume dificultaba la respiración. Mientras esperábamos a que nos atendieran miré a mi alrededor, tratando de divisar alguna silueta de piel blanca cerca de la refinería.

—¿Sí, señó? —Una esclava madura había abierto la puerta y nos miraba con curiosidad.

—Somos el señor Malcolm y la señora Malcolm. Nos gustaría ver a la señora Abernathy—dijo Jamie cortés.

La mujer pareció desconcertada. No debían de recibir visitas habitualmente; finalmente abrió la puerta de par en par.

—Pasar al salón, po favo, señó. Voy a pregunta al ama si pué recibir.

La amplia habitación estaba iluminada por enormes ventanas que se abrían a un lado. La pared del fondo estaba casi totalmente ocupada por la chimenea, una enorme estructura con repisa de piedra. Había sillones de mimbre y caña con grandes almohadones. En el antepecho de una de las ventanas se alineaban según el tamaño varias campanillas de plata. En la mesa lateral vi un grupo de figuras de piedra y terracota que parecían fetiches o ídolos primitivos en forma de mujer embarazada, de una sensualidad perturbadora; aunque aquélla no era una época demasiado moralista en cuanto al sexo, tampoco era habitual encontrar semejantes objetos en un salón. Las reliquias jacobitas, en cambio, resultaban más ortodoxas y alentadoras: si la dueña de la casa simpatizaba con los Estuardo, tal vez estuviera dispuesta a ayudar a un compatriota escocés.

Sonó un ruido de pisadas que se acercaban por la puerta que había junto al hogar, y la dueña de la casa entró en el salón. Me puse en pie de un salto y Jamie soltó un gruñido, como si hubiera recibido un golpe; la impresión hizo que la taza de plata que tema en la mano cayera al suelo.

—Veo que conservas la figura, Claire. —Me miraba con la cabeza inclinada y ojos divertidos.

Aunque la sorpresa me impidió hablar, no habría podido decir lo mismo de ella.

Geillis Duncan siempre había tenido pechos voluptuosos y curvas abundantes. Todavía conservaba la piel cremosa, pero sus dimensiones se habían vuelto bastante más generosas. Vestía una holgada túnica de muselina bajo la cual se apreciaba el movimiento de las carnes blandas. Sus ojos seguían llenos de humor y malicia. Aspiré hondo tratando de recobrar la voz.

—Espero que no te lo tomes a mal —dije dejándome caer en el sofá de mimbre—, pero ¿por qué no has muerto?

—¿Crees que debería ser así? No eres la primera y supongo que no serás la última. ¿Una taza de té? Después te leeré los posos. Tengo buena reputación como pitonisa.

Rió otra vez. Si mi presencia la había sorprendido tanto como a mí la suya, sabía disimularlo.

—Té —ordenó a la esclava que acudió a su llamada—. Del especial, con tortas de nuez. —Se volvió hacia mí—. Ésta es una ocasión especial. Me preguntaba si volveríamos a vernos después de aquel día en Cranesmuir.

Mi estupefacción comenzaba a ceder ante la curiosidad.

—¿Me conocías ya cuando nos encontramos en Cranesmuir? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Al principio, no. Resultabas muy extraña... y no era la única que lo pensaba. Cruzaste a través de las piedras sin estar preparada, ¿verdad? No lo hiciste a propósito.

«Entonces no», iba a decir, pero me contuve.

—Fue por accidente. Pero tú lo haces conscientemente desde 1967, ¿no?

Asintió mientras me estudiaba con atención.

—Sí, para ayudar al príncipe Tearlach. —Escupió súbitamente a un lado—. ¡Ese italiano cobarde! Si lo hubiera sabido, habría ido a Roma para matarlo a tiempo. Claro que su hermano Enrique no habría sido mejor. De cualquier modo, después de Culloden era inútil cualquier Estuardo. —Hizo un gesto de impaciencia—. Pero eso ya acabó. Viniste por accidente; cruzaste las piedras por las fechas de un Festival de Fuego, ¿no? Así suele ocurrir.

—Sí —dije sorprendida—. Crucé en la Fiesta Maya. Pero ¿qué quieres decir con así suele ocurrir? ¿Hay muchos como nosotras?

Sacudió la cabeza distraída. Parecía estar pensando algo, pero tal vez fuera sólo en el té, pues hizo sonar la campanilla con violencia.

—¡Maldita Clotilda! ¿Como nosotras? No, sólo una más, que yo sepa. Cuando te vi la cicatriz de la vacuna en el brazo, podrías haberme derribado de un soplo. Al decir que así suele ocurrir me baso en las leyendas. Gente que desaparece en círculos embrujados y anillos de piedras. Generalmente cruzan en la Fiesta Maya o en Todos los Santos; algunos, en los Festivales del Sol o los solsticios de verano o de invierno.

—¡Ésa era la lista! —exclamé recordando la libreta que había dejado a Roger Wakefield—. Tenías una lista de fechas e iniciales: casi doscientas.

—¿Así que encontraste mi libreta? —Me observaba fijamente—. ¿Por eso me buscabas en Craigh na Dun? Porque fuiste tú, ¿verdad?, la que gritó mi nombre cuando iba a cruzar por las piedras.

—Gillian —dije. Vi que sus pupilas se ensanchaban al oír su antiguo nombre—. Gillian Edgars. Fui yo, sí.

—No te vi. Pero cuando te oí gritar durante el juicio por brujería, me pareció reconocer tu voz. Y después, al verte la marca en el brazo... —Se encogió de hombros—. ¿Quién te acompañaba aquella noche? —preguntó curiosa—. Había dos personas: un joven moreno y una muchacha. Ella me resultaba familiar, pero no pude identificarla. ¿Quién era?

—Señora Duncan... ¿O debo llamaros señora Abernathy? —interrumpió Jamie con una reverencia formal.

Lo miró como si reparara en él por primera vez.

—¡Caramba, pero si es el pequeño zorro! —exclamó divertida—. Te has convertido en un hombre muy apuesto, ¿no? Tienes todo el aspecto de los MacKenzie, muchacho. Siempre lo fuiste, pero ahora se aprecia mejor el parecido con tus dos tíos.

—No dudo que Dougal y Colum se alegrarían de saber que los recordáis tan bien —dijo Jamie mirándola fijamente.

La llegada del té impidió la respuesta. Geillis se comportó como un ama de casa convencional que sirviera el té a sus invitados.

—Si me permitís la pregunta, señora Abernathy —continuó Jamie—, ¿cómo llegasteis aquí?

Callaba por cortesía la pregunta más importante: «¿Cómo os librasteis de que os quemaran por bruja?» Ella se echó a reír parpadeando con coquetería.

—Bueno, tal vez recuerdes que entonces, en Cranesmuir, estaba esperando un hijo.

—Sí, creo recordarlo. —Jamie enrojeció un poco. Ella se había arrancado la ropa en medio del juicio, revelando el bulto secreto que le salvaría la vida, al menos durante un tiempo.

—¿Has tenido hijos? —me preguntó.

—Sí.

—Un esfuerzo terrible, ¿no? Arrastrarse como una cerda embarrada. Y después, que te desgarre algo que parece una rata ahogada. —Sacudió la cabeza con un gruñido de disgusto—. ¡Oh, las maravillas de la maternidad! Aunque no debería quejarme, porque esa ratita me salvó la vida. Por malo que sea el parto, peor es la hoguera.

—Supongo que sí, aunque no he probado lo último —dije.

Geillis se atragantó con el té, divertida.

—Bueno, yo tampoco, pero los he visto arder, muñeca. Es peor que estar en un agujero lleno de barro viendo cómo te crece la panza.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el hoyo de los ladrones? —Yo había pasado tres días allí con Geillis Duncan, acusada de bruja.

—Tres meses —respondió contemplando su taza—. Tres meses con los pies helados y llena de parásitos. —Levantó la vista con un gesto de amarga diversión—. Pero el niño nació con todos los lujos. Cuando comencé a tener dolores me sacaron de allí. En aquel estado no había peligro de que huyera, ¿no? Y el niño nació en mi antiguo dormitorio de la casa del fiscal, la mejor de la aldea.

De pronto soltó una risa fea.

—¡Qué tontos son los hombres! Los sujetas por la verga y los llevas a cualquier sitio... durante un tiempo. Después, les das un hijo varón y los tienes nuevamente cogidos por los cojones. Los negros lo saben: tallan esos ídolos que son pura panza, coño y tetas, y tienen la decencia de adorarlos.

—Muy perspicaz, señora... ¿Abernathy? —dijo Jamie con calma.

Ella levantó la cabeza con una sonrisa torcida.

—Abernathy, eso es. En París tenía otro nombre: Madame Melisande Robicheaux. ¿Te gusta? A mí me parecía algo grandilocuente, pero como me lo puso tu tío Dougal, lo conservé por razones sentimentales.

Apreté el puño entre los pliegues de la falda. Cuando vivíamos en París había oído hablar de Madame Melisande. No formaba parte de la alta sociedad pero tenía cierta fama como adivina y las damas de la corte la consultaban en secreto.

—¿Fue Dougal quien os sacó de Cranesmuir? —dedujo Jamie.

Ella asintió, sofocando un pequeño eructo.

—Vino a llevarse al niño..., por miedo a que alguien se enterara de que era suyo. Pero me negué a dárselo. Cuando se acercó para quitármelo, cogí su puñal del cinturón y lo apoyé en el cuello del crío. —Una sonrisa de satisfacción curvó aquellos labios encantadores—. Le dije que lo mataría si no juraba por la vida de su hermano y por su propia alma sacarme de allí sana y salva.

—¿Y te creyó? —pregunté algo asqueada.

—Oh, sí. Dougal me conocía.

Sudoroso, sin poder apartar la vista de aquella cara diminuta, Dougal no pudo negarse. Por medio de discretos sobornos, se aseguró de que la figura encapuchada que llevarían en andarillas a la hoguera, a la mañana siguiente, no fuera la de Geillis Duncan.

—Supuse que pondrían paja —dijo ella—, pero fue astuto. Aquella misma tarde debían enterrar a la vieja Joan MacKenzie, que había muerto tres días antes. Pusieron unas cuantas piedras en el ataúd y así tuvieron un auténtico cuerpo para quemar. —Bebió entre risas el resto de su té—. No todo el mundo puede ver su propia ejecución.

—¿Estabas allí? —exclamé.

—¡Claro que sí! Envuelta en un capote, como todo el mundo, porque hacía frío. ¡No iba a perdérmelo!—asintió satisfecha.

Se acercó a la ventana con paso inseguro e hizo sonar una campanilla.

—Y entonces Dougal os llevó a Francia —apuntó Jamie—. Pero ¿cómo llegasteis a las Antillas?

—Eso fue después de Culloden. —Nos sonrió a los dos—. ¿Qué os ha traído a este lugar? No creo que sea el placer de mi compañía.

Eché un vistazo a Jamie; su postura era tensa, pero mantenía el semblante sereno.

—Hemos venido en busca de un joven —explicó—. Ian Murray, mi sobrino. Tenemos motivos para pensar que se encuentra aquí, con contrato de servidumbre.

Geillis arrugó la frente.

—¿Ian Murray? —Sacudió la cabeza desconcertada—. No tengo ningún blanco bajo servidumbre, de hecho no hay blancos en la finca. El único hombre libre es el capataz, y es cuarterón.

Geillis Duncan mentía muy bien. Pero tanto Jamie como yo nos dimos cuenta de que no nos decía la verdad. Por los ojos de Jamie cruzó un rayo de furia, rápidamente contenida.

—¿De veras? —dijo cortés—. ¿Y no tenéis miedo de estar aquí sola con vuestros esclavos, tan lejos de la ciudad?

—Oh, no, en absoluto.

Con una amplia sonrisa, agitó la papada en dirección a la terraza. Al volver la cabeza vi que la puerta-ventana estaba ocupada, desde el umbral al dintel, por un enorme negro, varios centímetros más alto que Jamie y con unos brazos que parecían verdaderos troncos de árbol, por los nudos que formaban sus músculos.

—Os presento a Hércules —rió Geillis—. Tiene un hermano gemelo.

—¿Se llama Atlas por casualidad? —pregunté.

—¡Lo has adivinado! Es astuta tu mujer, ¿eh, zorro? —Dedicó a Jamie un guiño de conspiración. Al volver la cabeza y darle la luz de lado, pude distinguir la telaraña de capilares rotos que le enrojecía la papada.

Hércules parecía no ver nada, no había vida en aquellos ojos hundidos. Verlo era como pasar junto a una casa embrujada donde algo acecha detrás de las ventanas a oscuras.

—Puedes volver al trabajo Hércules. —Geillis hizo sonar suavemente la campanilla una sola vez. Sin decir nada, el gigante se alejó pesadamente de la galería—. Son los esclavos los que tienen miedo de mí —explicó ella—. Creen que soy una bruja. Divertido, ¿no?

Sus ojos chispeaban tras las bolsas de grasa.

—Geillis, ese hombre... —Vacilé. Me sentía ridicula haciendo esa pregunta—. ¿Es un... zombi?

—¡Zombi, por Dios! Bueno, reconozco que no es muy inteligente. ¡Pero tampoco está muerto! —exclamó riendo y dando palmadas.

Jamie me miró sin comprender.

—¿Zombi?

—Nada, nada —estaba tan sonrojada como Geillis—. ¿Cuántos esclavos tienes aquí? —dije cambiando de tema.

—Oh, un centenar, más o menos. La finca no es muy grande.

Percibí la tensión de Jamie; estaba tan seguro como yo de que Geillis sabía algo sobre Ian Murray. Por lo menos no se había sorprendido ante nuestra aparición.

Me sacó de mis pensamientos una pregunta de Geillis.

—Cuando nos conocimos en Escocia, tenías mucho talento para curar. ¿Lo conservas?

—Supongo que sí. —La miré con cautela. ¿Necesitaría que la atendiera? Era evidente que su salud no era buena.

—De momento no es para mí. Pero tengo dos esclavos enfermos. ¿Tendrías la bondad de examinarlos? —dijo adivinando mis pensamientos.

Miré a Jamie, que hizo un leve gesto afirmativo. Era una oportunidad para entablar contacto con los esclavos y averiguar algo sobre Ian.

—Al venir hacia aquí vi que teníais problemas con la prensa de azúcar —dijo Jamie levantándose bruscamente—. Podría inspeccionarla mientras mi esposa atiende a los enfermos. —Sin esperar respuesta, colgó la chaqueta en un perchero y salió a la galería.

—Es hábil, ¿no? —Geillis lo siguió con una mirada divertida—. Mi esposo Barnabas también era de los que no pueden ver una máquina sin meterle mano..., ni una esclava —añadió—. Acompáñame. Los enfermos están detrás de la cocina.

La cocina era un pequeño edificio conectado a la casa por una pérgola cubierta de jazmines en flor. Me detuve a contemplar el claro que había entre los cañaverales, donde Jamie observaba las gigantescas barras cruzadas de la prensa. Junto a él había un hombre que debía ser el capataz.

En la cocina había tres o cuatro mujeres amasando pan y limpiando guisantes. La más joven me miró y la saludé con una sonrisa, pensando que tal vez tuviera oportunidad de hablar con ella más tarde. Inmediatamente bajó los ojos hacia el cuenco que tenía en el regazo. Un pequeño bulto en el vientre delataba su embarazo.

Entramos en una pequeña despensa. Echado en un jergón, bajo una estantería llena de quesos, se encontraba un joven de poco más de veinte años; el súbito rayo de luz le hizo parpadear.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está a oscuras?

Como respondiendo a mi pregunta, el esclavo dejó escapar un grito y comenzó a enroscarse y desenroscarse como un yo-yo, golpeándose la cabeza contra el muro.

—Tiene un gusano loa-loa —explicó Geillis—. Vive en el globo ocular, justo debajo de la piel y craza de un ojo al otro; dicen que sus movimientos a través del puente de la nariz son muy dolorosos. La oscuridad hace que no se mueva mucho. Hay que sacarlo con una aguja de zurcir en cuanto entra, mientras está cerca de la piel.

Se volvió hacia la cocina pididiendo a gritos una lámpara.

—He traído la aguja, por si acaso —añadió entregándomela.

—¿Estás loca? —La miré con horror.

—No. ¿No dices que sabes curar?

Eché un vistazo al esclavo con la vela que me ofreció una de las muchachas.

—Tráeme un poco de coñac y un cuchillo pequeño y bien afilado. —Mientras daba las indicaciones, revisaba los ojos de aquel hombre. Realmente había un pequeño filamento traslúcido que se movía bajo el tejido conjuntivo. La operación, aunque desagradable a la imaginación, resultó asombrosamente sencilla. Bastó con una pequeña incisión para que el gusano, ondulando perezosamente, saliera por la abertura. Entonces lo cogí con la aguja como si fuera una hebra de hilo.

Después de cubrirle el ojo con un vendaje, me incorporé, bastante satisfecha de mi primera incursión en la medicina tropical.

—Perfecto —dije apartándome el pelo de la frente—. ¿Dónde está el otro?

El segundo paciente, un hombre maduro y canoso, ya había muerto. La causa era obvia: una hernia estrangulada. Clavé en Geillis una mirada furiosa.

—Por el amor de Dios, ¿estuvimos charlando y tomando el té mientras esto sucedía? ¡Ha muerto hace menos de una hora! ¿Por qué no me trajiste antes?

—Esta mañana ya estaba medio muerto —dijo sin alterarse—. No habrías podido hacer nada.

Tenía razón; aunque le hubiera operado, las posibilidades de salvarlo eran casi nulas. Lo cual no impedía que experimentara esa sensación de fracaso que sentía siempre en presencia de la muerte. Me limpié las manos con un trapo mojado en coñac.

Un punto a favor, otro en contra... y aún no sabíamos nada de Ian.

—Ya que estoy aquí, podría echar un vistazo a los otros esclavos —sugerí—. Más vale prevenir que curar.

—Oh, están bien. Pero si quieres darte el gusto tendrá que ser más adelante. Esta tarde espero visitas y quiero hablar más rato contigo. Vamos a la casa.

En la cocina, me acerqué a la esclava embarazada.

—Adelántate mientras echo un vistazo a esta muchacha. Tiene aspecto de haber sufrido una intoxicación y no te conviene que aborte.

Geillis me miró con curiosidad, pero acabó por encogerse de hombros.

—Ya ha parido dos veces sin dificultades pero tú sabrás. No tardes mucho; ese párroco dijo que vendría a las cuatro.

Fingí examinar a la extrañada joven hasta que Geillis desapareció por la pérgola.

—Oye —dije—: busco a un joven blanco llamado Ian, es mi sobrino. ¿Sabes dónde puede estar?

La chica, sobresaltada, miró hacia una de las esclavas mayores, que había dejado su trabajo y se acercaba.

—No, señora —dijo la mujer sacudiendo la cabeza—. Aquí no hay chicos blancos. Ninguno.

—No, señora —repitió la joven obediente pero sin mirarme a los ojos—. No sabemos nada de vuestro chico.

No podía retrasarme más sin que Geillis volviera. Saqué un florín de plata del bolsillo y se lo puse en la mano.

—Si ves a Ian, dile que su tío ha venido a buscarlo.

Sin esperar respuesta, salí precipitadamente de la cocina. Desde la pérgola miré hacia la hacienda. No había señales de Jamie ni del capataz. ¿Habría vuelto a la casa?

Al entrar en el salón me detuve en seco. Geillis estaba sentada en el sillón de mimbre con la chaqueta de Jamie colgada del brazo y las fotografías de Brianna diseminadas en su regazo.

—¡Qué jovencita tan guapa! ¿Cómo se llama?

—Brianna. —Tuve que contenerme para no quitarle las fotos y salir corriendo.

—Se parece mucho a su padre, ¿no? Me resultó conocida aquella noche en Craigh na Dun. Es hija suya, ¿no?

—Sí. Dame eso. —De nada servía, pues ya había visto las fotos, pero no soportaba ver la cara de Brianna entre aquellos gruesos dedos.

Torció la boca como si fuera a negarse, pero las puso en orden y me las dio.

—Siéntate, Claire. Han traído el café.

Me indicó por señas que lo sirviera y cogió su taza sin decir nada.

—Dos veces —dijo de pronto. Parecía sobrecogida—. ¡Has cruzado dos veces, Dios mío! No: tres, puesto que estás aquí. —Sacudió la cabeza, maravillada, sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—No lo sé. —Vi su expresión de duro escepticismo y repetí, como defendiéndome—: ¡No lo sé! Pasé, eso es todo.

—¿No sentiste terror allí en medio? ¿Con ese ruido que parece que te rompe el cráneo y te desgarra el cerebro?

—Sí, así fue. —No quería ni siquiera pensarlo. Mi mente lo había bloqueado.

—¿Tenías sangre para protegerte? ¿Piedras? No creo que tengas valor para buscar sangre, pero tal vez me equivoco. Debes de ser muy fuerte si has sobrevivido.

—¿Sangre? —Sacudí la cabeza confundida—. No. Te he dicho que... crucé sin más. —Entonces recordé aquella noche de 1968 en que ella había pasado: la hoguera en Craigh na Dun, su silueta retorcida y negra en el centro del fuego—. Greg Edgars —Era el nombre de su primer esposo—. No lo mataste sólo porque te había descubierto y trataba de detenerte, ¿verdad? Él fue...

—...la sangre. —Me observaba con atención—. No sabía que se pudiera cruzar sin sangre. Los antiguos siempre la usaban. Además del fuego. Construían grandes jaulas de mimbre, que llenaban de cautivos y les prendían fuego en círculos. Pensaba que así se abría el paso.

Tenía los labios y los dedos fríos; traté de calentármelos con la taza. En nombre de Dios, ¿dónde estaba Jamie?

—¿Y tampoco usaste piedras?

—¿Qué piedras?

Me miró como si dudara en contármelo. Luego abandonó la silla para acercarse a la gran chimenea de la sala haciéndome señas para que la siguiera. Se agachó para presionar una piedra verdosa que al moverse dejó oír un chasquido y una de las lajas del hogar se levantó suavemente.

—Un mecanismo de resorte —explicó Geillis sacando de la cavidad una caja de madera de unos treinta centímetros de largo.

Al verla me mordí los labios, tratando de que mi cara no me delatara. Ya no tenía ninguna duda sobre el paradero de Ian. O estaba muy equivocada, o aquel era el tesoro de las focas.

—Un hindú de Calcuta me enseñó a hacer medicamentos con piedras preciosas. Sus cenizas se llaman bhasmas y se usan en medicina. A ver, ¿puedes abrir esta maldita caja? El cierre se hincha con la humedad.

Me la puso en las manos y se levantó pesadamente. El cierre era un rompecabezas bastante sencillo: un pequeño panel deslizante destrababa la tapa. Pero la madera se había hinchado y no corría por la ranura.

—Romperlas trae mala suerte —me advirtió Geillis—. Si no ya la habría hecho añicos para acabar con el asunto. Esto puede servir.

Me entregó un pequeño cortaplumas con el que poco a poco conseguí deslizar el pequeño rectángulo de madera. Se había acercado a la ventana para hacer sonar otra de sus campanillas.

—Aquí tienes —dije devolviéndole la caja.

La puso en la mesa, la abrió y metió la mano. En su palma centelleaban seis o siete gemas: fuego, hielo, fulgor de agua bajo el sol. Y una gran piedra dorada, como el ojo de un tigre al acecho.'

—En un principio las quería por su valor —decía mientras las revolvía con satisfacción—. Son más fáciles de trasladar que el oro o la plata. Pero no imaginaba que tuvieran otros usos. —Señaló con la cabeza una puerta—. Acompáñame a mi laboratorio. Tengo allí algunas cosas que pueden interesarte.

El cuarto era grande y luminoso. Había manojos de hierbas secas colgados de ganchos y estantes a lo largo de una pared. En las otras, armarios, cajoneras y una pequeña vitrina. Se parecía mucho al cuarto en el que Geillis trabajaba en casa de su primer... no, de su segundo esposo.

—¿Cuántas veces te has casado? —pregunté por curiosidad.

Hizo una pausa para contar.

—Oh, desde que estoy aquí, cinco.

—¿Cinco?

—Los trópicos son muy peligrosos para los ingleses. —Sonrió ladina—. Fiebres, úlceras, infecciones... Cualquier tontería se los lleva —dijo acariciando un frasquito. No tenía etiqueta pero reconocí su contenido: arsénico.

—Esto te va a interesar —prometió, empinándose para bajar un frasco del estante superior. Contenía un polvo grueso, mezcla de sustancias de diversos colores.

—¿Qué es?

—Veneno zombi —dijo riendo.

—¿Sí? ¿No me dijiste que no existía?

—Te dije que Hércules no estaba muerto, y no lo está. —Volvió a poner el frasco en su estante—. Pero no puedo negar que resulta bastante más fácil de manejar si toma una dosis de esta mezcla en el desayuno cada semana.

—¿Qué diablos es?

—Un poco de esto y una pizca de aquello. El ingrediente principal parece ser un pez de aspecto muy curioso, pero contiene otras cosas. Ojalá supiera cuáles.

—¿No lo sabes? —La miré con atención—. ¿No lo has preparado tú?

—No. Tuve un cocinero... Nunca me habría atrevido a probar lo que preparaba aquel demonio de Ishmael. Era un houngan, así llaman los negros a sus hechiceros.

—¿Ishmael? —Me humedecí los labios—. ¿Vino con ese nombre?

—Oh, no. Se lo puse yo por lo que el vendedor me contó.

Ishmael había sido capturado en África y amontonado en el entrepuente de un barco negrero que iba hacia Antigua. El barco naufragó frente a la isla de Gran Inagua y la tripulación apenas tuvo tiempo de escapar en las chalupas. Todos los esclavos, encadenados e indefensos, se ahogaron; salvo uno al que

habían sacado a cubierta para que ayudara en la cocina; éste sobrevivió aferrándose a un tonel y llegó a la costa dos días después. Los pescadores que descubrieron al superviviente estaban más interesados en el tonel que en el esclavo, pero al abrirlo descubrieron con horror que contenía el cadáver de un hombre más o menos conservado por el licor que lo cubría.

—¿Se habrán bebido la crema de menta? —musité.

—Me atrevería a decir que sí —comentó Geillis molesta por la interrupción—. Por eso llamé Ishmael al esclavo, por lo del ataúd flotante, ¿comprendes?

—Muy sagaz —la felicité—. Ese Ishmael parece un tipo interesante. ¿Aún lo tienes aquí?

—No —respondió indiferente—. Huyó, el muy cretino. Pero fue él quien preparó el veneno zombi. Pese a todo lo que le hice, no quiso enseñarme —añadió con una risa breve y seca que me recordó las cicatrices de Ishmael—. Pero no era eso lo que te quería enseñar.

Sacó las piedras y puso cinco en la mesa, formando un círculo. Luego bajó de un estante un grueso libro encuadernado en cuero.

—¿Sabes alemán? —preguntó abriéndolo con cuidado.

—No mucho. —Me acerqué para mirar por encima de su hombro. Hexenhammer, decía en fina letra manuscrita—. ¿Martillo de brujas? ¿Son hechizos? ¿Magia?

Mi escepticismo debía de ser obvio, pues me fulminó con la mirada.

—Mira, estúpida —dijo—. ¿Quién eres tú? O, mejor dicho, ¿qué eres? ¿Qué soy yo?

Abrí la boca para responder, pero callé.

—Eso es —dijo con suavidad—. No todos pueden pasar por las piedras, ¿verdad? ¿Por qué nosotras sí?

—Lo ignoro —reconocí—. Y tú también, sin duda. ¡Pero eso no significa que seamos brujas!

—¿No? —Volvió varias páginas del libro—. Hay personas que pueden abandonar el cuerpo y recorrer muchos kilómetros. Hay quien los ve y los reconoce y, sin embargo, ellos pueden demostrar que a esa hora estaban bien arropados en su cama. Otros tienen estigmas que se pueden ver y tocar..., yo misma los he visto. Pero eso no le sucede a todo el mundo. Sólo a ciertas personas.

Volvió otra página.

—Si todo el mundo puede hacerlo, es ciencia. Si sólo pueden hacerlo unos pocos, es brujería, superstición o como quieras llamarlo. Pero es real. —Sus ojos verdes recorrían el decrépito libro como una serpiente—. Tú y yo somos reales, Claire. Y especiales. ¿Nunca te has preguntado por qué?

Me lo había preguntado muchísimas veces sin hallar respuesta. Al parecer, Geillis creía tenerla. Se volvió hacia las gemas que había depositado en la mesa y las fue señalando una a una:

—Piedras de protección: amatista, esmeralda, turquesa, lapislázuli y un rubí macho.

—¿Macho?

—Plinio dice que los rubíes tienen sexo. ¿Quién soy yo para discutir? Se usan los machos, las hembras no sirven.

Me quedé con las ganas de preguntarle cómo se distinguía el sexo de los rubíes.

—¿No sirven para qué?

—Para el viaje. Te protegen de... lo que sea que hay allí.

Cambió el tono de voz al pensar en el cruce del tiempo. Comprendí que le tenía un miedo mortal. No me extrañaba.

—¿Cuándo viniste? La primera vez —preguntó mirándome a los ojos.

—En 1945 —respondí—. Llegué a 1743, si es lo que quieres saber.

Aunque me resistía a revelarle mucho, mi propia curiosidad me abrumaba. Ella tenía razón en un aspecto: no éramos como todo el mundo. Tal vez no se me presentara otra oportunidad de hablar con alguien que estuviera en mi situación. Por otra parte, cuanto más tiempo la mantuviera entretenida, más tiempo tendría Jamie para buscar a Ian.

—Hum —gruñó satisfecha—. Muy aproximado. Según las leyendas de las Tierras Altas, son doscientos años. Cuando alguien se queda dormido en lugares embrujados y danza toda la noche con los Antiguos, generalmente viaja doscientos años atrás.

—En tu caso no fue así. Viniste desde 1968, pero cuando llegué a Cranesmuir hacía varios años que estabas allí.

—Cinco años. —Asintió con aire abstraído—. Bueno, eso fue por la sangre. El sacrificio te da un mayor alcance y un poco más de control, de ese modo tienes alguna idea de dónde vas. ¿Cómo hiciste para ir y venir tres veces sin sangre? —interpeló.

—Yo... vine, simplemente. —La necesidad de averiguar todo lo posible me indujo a admitir lo poco que sabía—. Quizás influya el hecho de poder fijar la mente en una persona que está donde tú quieres ir.

—¿Sí? —murmuró—. Tengo que pensarlo. Podría ser. Pero lo de las piedras también debería funcionar. Hay que hacer un dibujo con ellas, ¿sabes?

Sacó otro puñado del bolsillo y lo esparció en la mesa.

—Las piedras de protección forman las puntas del pentágono —explicó—. Dentro formas una figura con gemas diferentes, según el tiempo al que quieres viajar. Luego trazas entre ellas una línea de mercurio y le prendes fuego mientras pronuncias los hechizos. También hay que dibujar el pentágono con polvo de diamante, por supuesto.

—Por supuesto —murmuré fascinada.

—¿Hueles? —preguntó olfateando—. Nadie diría que las piedras tienen olor, ¿verdad? Sólo se aprecia una vez reducidas a polvo.

Inhalé profundamente; me pareció percibir un aroma leve y desconocido entre el perfume de las hierbas secas. Geillis levantó una piedra con un pequeño grito de triunfo.

—¡Ésta! ¡Ésta es la que necesito! No pude encontrar ninguna en estas islas y pensé en la caja que había dejado en Escocia.

—¿Qué es?

—Un diamante, el diamante negro que usaban los antiguos alquimistas. Según los libros, el adamante permite conocer el gozo en todas las cosas. —Emitió una risa breve y áspera, desprovista de su habitual encanto juvenil—. ¡Y si algo puede permitirme conocer el gozo en ese viaje en el tiempo, lo necesito!

Aunque tarde, empezaba a darme cuenta de lo que quería. En defensa de mi lentitud sólo puedo aducir que, mientras escuchaba a Geillis, estaba atenta a cualquier posible señal de Jamie.

—Entonces, ¿quieres regresar? —pregunté con tanta indiferencia como pude.

—Tal vez. —Esbozó una leve sonrisa—. Ahora que tengo todo lo necesario... Te aseguro, Claire, que sin ellas no me arriesgaría. —Me miró fijamente meneando la cabeza—. Tres veces y sin sangre —murmuró—. Así que se puede...

De pronto recogió las piedras para guardárselas en el bolsillo.

—Bueno, será mejor que bajemos. El zorro ya habrá regresado. Fraser, se llama, ¿no? Clotilda dijo otra cosa, pero esa estúpida debe de haber oído mal.

Se volvió para salir.

—Me preguntaste si sabía por qué podemos cruzar a través de las piedras —dije a su espalda—. ¿Lo sabes tú, Geillis?

—¡Claro, para cambiar las cosas! —exclamó sorprendida—, ¿Para qué, si no? Anda, vamos. Por lo que oigo, tu hombre está abajo.

Jamie debía de haber hecho algún trabajo pesado, pues llevaba la camisa mojada de sudor y pegada a los hombros. Estaba observando la caja-rompecabezas de Geillis. Por su expresión era obvio que se trataba de la caja escondida en la isla de las focas.

—Creo que he logrado arreglar vuestra prensa, señora —dijo con una inclinación cortés—. El problema era un cilindro roto. Conseguimos ponerle unas cuñas, pero me temo que pronto necesitaréis cambiarlo.

Geillis frunció las cejas divertida.

—Estoy en deuda contigo, Fraser. ¿Puedo ofrecerte algún refrigerio después de tanto trabajo?

—Os lo agradezco, señora, pero debemos irnos. Estamos lejos de Kingston y queremos llegar antes de que oscurezca.

De pronto su semblante perdió la expresión. Comprendí que había descubierto la falta de las fotografías en su bolsillo. Me echó un rápido vistazo y le respondí con un gesto afirmativo, tocándome la falda.

—Gracias por tu hospitalidad —dije a Geillis mientras recogía mi sombrero para dirigirme hacia la puerta. Quería alejarme cuanto antes de Rose Hall y de su propietaria. Pero Jamie se retrasó un momento.

—Puesto que vivisteis en París, señora Abernathy, tal vez hayáis tratado al duque de Sandringham.

Lo miró inquisitivamente, pero como él no dijo nada más, asintió:

—Lo conozco, sí. ¿Por qué?

Jamie le obsequió con la más encantadora de sus sonrisas.

—Sólo por curiosidad, señora.

Cuando cruzamos el portón, el cielo estaba completamente encapotado; era obvio que no llegaríamos a Kingston sin mojarnos, pero en tales circunstancias no me importaba.

—¿Tienes las fotos de Brianna? —Fue lo primero que me preguntó Jamie.

—Aquí —dije dando una palmadita a mi bolsillo—. ¿Encontraste algún rastro de Ian?

—No pude sonsacar nada al capataz ni a los esclavos. Esa mujer les inspira terror. Pero sé dónde está.

—¿Dónde? —Me erguí un poco en la silla—. ¿Podemos volver a buscarlo?

—Ahora no. Necesitaré ayuda.

Con el pretexto de buscar material para reparar la prensa, Jamie había visto la mayor parte de la plantación sin más interferencia que alguna mirada curiosa u hostil. Salvo los alrededores de la refinería.

—Ese negro enorme estaba sentado fuera —dijo—. Cuando me acerqué el capataz me advirtió, muy nervioso, que no me aproximara mucho a él.

—Parece un buen consejo —dije estremecida—. Pero ¿crees que tiene alguna relación con Ian?

—Estaba sentado frente a una portezuela abierta en el suelo, *Sassenach*. Debe ser la entrada a un sótano. Si Ian está en la finca, es en ese lugar.

—Estoy segura de que está allí. —Le conté rápidamente los detalles de mi visita—. No sé para qué lo quiere Geillis, pero no ha de ser para nada bueno si lo tiene escondido.

Asintió con la cabeza.

—El capataz no quiso hablar de Ian pero me contó otras cosas que te pondrían los pelos de punta. —Se volvió para mirarme—. Por lo rizado que lo tienes ahora, se diría que va a llover muy pronto.

—Muy observador —comenté sarcástica. Los nubarrones cruzaban ya la bahía, seguidos por una oscura cortina de lluvia.

—Será mejor que busquemos abrigo cuanto antes, *Sassenach* —dijo—. Sígueme.

A pie, llevando a los caballos de la brida, abandonamos la senda para adentrarnos en la selva. Poco después Jamie halló lo que buscaba: un pequeño arroyo-de altas riberas, donde crecían los helechos y algunos arbolitos tiernos. Formó una estructura arqueando algunos arbolillos y atándolos a un tronco caído y la cubrió con ramas y frondas de helecho. No era exactamente impermeable, pero mucho mejor que estar a cielo abierto.

Las tormentas antillanas son muy fuertes. La lluvia castigaba los helechos y una leve bruma llenaba nuestro refugio. Entre el ruido del agua y el constante tronar en las colinas, hablar resultaba imposible. Jamie se quitó la chaqueta para cubrirme y me rodeó con un brazo. Me sentí protegida y en paz, libre de la tensión de los últimos días.

La lluvia cesó tan bruscamente como había comenzado. Pájaros e insectos volvieron a cantar y el aire parecía lleno de vida. Jamie cogió su chaqueta y se detuvo en seco.

—Las fotos de Brianna —dijo.

—Ah, me había olvidado.

Cuando se las devolví, las miró rápidamente, se detuvo y volvió a revisarlas con más detenimiento.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada. —Falta una.

—¿Estás seguro?

—Las conozco tanto como tu cara, *Sassenach*. Estoy seguro, la que está junto al fuego.

Recordaba bien aquella fotografía. Brianna, ya adulta, estaba sentada en una roca junto a una fogata.

—Geillis encontró las fotos en tu bolsillo mientras yo estaba en la cocina. Seguramente la cogió en ese momento.

—¡Maldita mujer! —Jamie se volvió hacia el camino, con los ojos sombríos—. ¿Para qué la querrá?

—Tal vez sólo sea curiosidad —dije, aunque el miedo no me abandonaba—. ¿Qué podría hacer con ella? No tiene a quién enseñársela.

En respuesta a mi pregunta, a cierta distancia apareció una silueta a caballo. Era un hombre vestido de negro. Entonces recordé lo que había dicho Geillis: «Espero visita. Ese párroco dijo que vendría a las cuatro».

—Dijo que esperaba a un párroco —expliqué.

—Es Archie Campbell —adivinó Jamie ceñudo—. ¿Qué diablos...? Aunque no sé si debo utilizar esa expresión, tratándose de la señora Duncan.

—Quizá viene a exorcizarla —sugerí con una risa nerviosa.

—¡Menudo trabajo le espera!

La silueta desapareció entre los árboles.

—¿Qué tienes planeado con respecto a Ian? —le pregunté una vez volvimos al camino.

—Necesito ayuda —respondió enérgicamente—. Pienso volver río arriba con Innes, MacLeod y los otros. A poca distancia de la refinería hay un embarcadero. Allí amarraremos. Después de ocuparnos de Hércules (y también de Atlas si es necesario), abriremos el sótano y liberaremos a Ian. Dentro de dos días habrá luna nueva. Me gustaría hacerlo antes, pero necesitaremos ese tiempo para conseguir una embarcación adecuada y las armas necesarias.

—¿Con qué dinero? —pregunté sin rodeos. La adquisición de ropa y calzado había requerido un buen porcentaje de la parte que le había correspondido a Jamie por la venta del guano. Nos quedaba lo justo para comer unos días y, quizá, para alquilar una embarcación por poco tiempo, pero no alcanzaría para comprar armas.

Hizo una mueca y me miró de soslayo.

—Tendré que pedir ayuda a John —dijo sencillamente.

—Supongo que sí. —La idea no me gustaba pero lo que importaba era la vida de Ian—. Una cosa, Jamie.

—Sí, ya lo sé —dijo resignado—. Quieres venir conmigo, ¿no?

—Sí. Después de todo, si Ian está herido o enfermo...

—¡Vendrás! —exclamó irritado—. Pero hazme un pequeño favor, *Sassenach*. Trata de que no te maten ni te corten en pedazos, ¿quieres? Uno tiene su sensibilidad.

—Haré lo posible —prometí con cara de circunstancias.

Y azucé a mi caballo para acercarme a él, bajo los árboles que goteaban.

61

La hoguera del cocodrilo

Hicimos el viaje río arriba a bordo de un pequeño velero en el que apenas cabíamos las nueve personas que viajábamos en él: Jamie, los seis contrabandistas escoceses, Lawrence Stern, que había insistido en acompañarnos, y yo. Fue él quien me explicó, ante mi sorpresa por cruzarnos con dos pequeñas embarcaciones y una barcaza, que las plantaciones de las colinas utilizaban el río como vía de transporte hacia Kingston y el puerto.

—Fuiste muy amable al venir, Lawrence —dijo Jamie.

—Bueno, confieso que siento cierta curiosidad. —El naturalista se ahuecó la camisa tratando de refrescar su cuerpo sudoroso—. Conozco a esa mujer, ¿sabéis?

—¿A la señora Abernathy? —Hice una pausa antes de preguntar, con delicadeza—: Y... ¿qué os pareció?

—Oh, una señora muy agradable, sumamente... cordial.

Su voz tenía un deje extraño, entre complacido y azorado. Comprendí que la viuda Abernathy le debía resultar muy atractiva. Pero Geillis nunca trataba bien a un hombre si no era para obtener algún provecho.

—¿Dónde la conocisteis? ¿En su casa?

—Sí, en Rose Hall. Fui a pedirle permiso para recoger un insecto de la familia Cucurlionidae que había encontrado en la plantación. Me invitó a pasar y... me atendió con mucha amabilidad.

—¿Qué quería de ti? —preguntó Jamie, que sin duda había llegado a las mismas conclusiones que yo.

—Se mostró muy interesada en los especímenes de flora y fauna que había recolectado. Y también me interrogó sobre las virtudes de ciertas hierbas. —Suspiró con momentáneo pesar—. Me cuesta creer que una señora tan encantadora pueda tener una conducta tan reprochable como la que describes, James.

—¿Sí, eh? Creo que te rendiste a sus encantos, Lawrence.

En la voz del científico se notó la misma sonrisa.

—He observado cierto tipo de mosca carnívora, amigo James, cuyo macho, cuando decide cortejar a una hembra, se toma la molestia de llevarle alguna pequeña presa envuelta en seda. Mientras la hembra está entretenida desenvolviendo el pequeño presente, él se precipita sobre ella, cumple con su obligación copulatoria y se aleja apresuradamente. Si no fuera por el regalo... ella se lo comería. —Se oyó una suave risa en la oscuridad—. Fue una experiencia interesante, pero creo que no volveré a visitar a la señora Abernathy.

—No, si tenemos suerte —dijo Jamie.

Los hombres me dejaron en la orilla con instrucciones de que no me moviera de allí y se perdieron en la oscuridad. Jamie me había dado una pistola cargada con la orden de no dispararme en un pie. Su peso era reconfortante, pero con el transcurso del tiempo, la penumbra y la soledad se hacían cada vez más opresivas. Podía ver la casa desde allí. Había tres ventanas iluminadas en la planta baja. Mientras la observaba vi cruzar una sombra ante una de ellas. No era Geillis pues se trataba de una silueta alta, estrecha y extrañamente angulosa.

Miré a mi alrededor nerviosa. Quería avisarles pero ya era demasiado tarde. Los hombres estaban fuera del alcance de mi voz, camino de la refinería. No quedaba otro remedio: recogiéndome las faldas, me adentré en la oscuridad.

Cuando llegué a la galería tenía el corazón acelerado y estaba empapada en sudor. Me asomé a la ventana tratando de no dejarme ver. Dentro todo estaba en orden y en silencio. La puerta principal estaba abierta. Me detuve a escuchar. Creía oír un vago susurro que provenía del salón, como si alguien estuviera pasando las páginas de un libro. Reuniendo todo mi valor, crucé el umbral.

Cada vez era más intensa la sensación de abandono: había flores marchitas en un jarrón y una taza con los posos secos del té en la mesa. ¿Dónde diablos estaban?

Ante la puerta del salón me detuve a escuchar otra vez. Percibí el tranquilo crepitar del fuego y de nuevo el leve susurro. Asomé la cabeza. Había alguien sentado frente al escritorio, alguien innegablemente masculino, alto y de hombros estrechos, con la cabeza inclinada sobre el mueble.

—¡Ian! —susurré—. ¡Ian!

La silueta dio un respingo y se levantó de un salto.

—¡Dios mío! —exclamé.

—¿Señora Malcolm? —El reverendo Archibald Campbell parecía atónito—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Busco al sobrino de mi esposo —dije. Mentir no tenía sentido y tal vez él supiera dónde estaba Ian. La habitación estaba desierta—. ¿Dónde está la señora Abernathy?

—No tengo ni idea —respondió ceñudo—. Parece haberse marchado. ¿Qué decíais del sobrino de vuestro esposo?

—¿Que se ha marchado? —parpadeé—. ¿Dónde ha ido?

—No lo sé —dijo preocupado—. Esta mañana, cuando me levanté, había desaparecido junto con todos sus sirvientes. ¡Bonita manera de tratar a un invitado!

—Bueno, admito que no es un comportamiento muy hospitalario —dije un poco más aliviada—. Por casualidad, ¿habéis visto aun jovencito de unos quince años, alto, delgado, y con el pelo castaño oscuro? No, ya lo suponía. En ese caso, he de despedirme...

—¡Un momento! —Me sujetó con fuerza por el brazo—. ¿Cuál es el verdadero nombre de vuestro esposo?

—Bueno... Alexander Malcolm, como bien sabéis —respondí tratando de soltarme.

—¿Y cómo es posible que, ante mi descripción, la señora Abernathy me haya dicho que vuestro esposo es en realidad James Fraser?

—Oh... —Aspiré hondo tratando de hallar una respuesta razonable.

—¿Dónde está vuestro esposo, mujer?

—Escuchad —rogué—, estáis muy equivocado con respecto a Jamie. Él no tuvo nada que ver con vuestra hermana. Me dijo que...

—¿Habéis hablado de Margaret con él? —Me apretó con más fuerza.

—Sí. Asegura que ella no fue a Culloden para verlo a él, sino a un amigo suyo, Ewan Cameron.

—Mentís —replicó secamente—. O miente él. Poco importa. ¿Dónde está? —dijo sacudiéndome.

—¡Os digo que no tuvo nada que ver con vuestra hermana! —Retrocedí, pensando cómo podría escapar sin que se lanzara tras de mí en busca de Jamie.

—¿Dónde está? —El reverendo avanzaba hacia mí con los ojos clavados en los míos.

—¡En Kingston!

Miré a un lado. La puerta-ventana estaba cerca. Entonces mi mente registró algo que había visto en la galería. Volví bruscamente la cabeza. Había un gran pelícano blanco posado en la barandilla, con la cabeza sepultada bajo el ala. El plumaje de Ping An brillaba en la noche por la escasa luz que salía por la puerta.

—¿Qué pasa? —inquirió el reverendo Campbell—. ¿Quién es? ¿Quién está ahí?

—Sólo un ave —dije volviéndome. El corazón me latía muy deprisa: el señor Willoughby debía de estar cerca.

—Dudo mucho que vuestro esposo esté en Kingston. —El reverendo me miraba suspicaz—. Pero si es así, vendrá a buscaros.

—¡Oh, no! —aseguré—. Jamie no vendrá. Vine por mi cuenta para visitar a Geillis... a la señora Abernathy. Mi esposo no me espera hasta dentro de un mes.

—¿Significa eso que estáis alojada aquí?

—Sí —dije, alegrándome de conocer la distribución de la casa lo suficiente para fingirme huésped.

—Bien —dijo asintiendo de mala gana—. En ese caso debéis saber dónde ha ido nuestra anfitriona y cuándo piensa regresar.

Sobre la cuestión empezaba a tener una idea inquietante, pero no era con Campbell con quien podía compartirla.

—No, me temo que no —vacilé—. Eh... ayer fui de visita a la plantación vecina. Acabo de volver.

—Comprendo. Hum... bien. —Cerraba y abría las manazas huesudas, como si no supiera qué hacer con ellas.

—No os molestéis por mí —dije señalando el escritorio con una sonrisa encantadora—. Sin duda tenéis cosas importantes que hacer.

Con los labios fruncidos, parecía un búho contemplando un ratón.

—Mi trabajo ya está terminado. Sólo estaba preparando copias de algunos documentos que me solicitó la señora Abernathy.

—¡Qué interesante! —comenté automáticamente. Con suerte, tras una breve charla podría retirarme a mi teórico cuarto y escabullirme en busca de Jamie.

—Por ventura, ¿compartís nuestro interés por la historia escocesa? —Sus ojos eran más penetrantes. Reconocí en ellos el fanatismo del investigador apasionado.

—Bueno, sin duda es muy interesante —musité acercándome a la puerta—, pero realmente no estoy muy introducida en el tema.

Entonces vi uno de los documentos que tenía sobre la mesa y me detuve en seco. Era un árbol genealógico. El árbol genealógico de la familia Fraser (lo había titulado «Fraser de Lovat»). Se iniciaba alrededor del 1400 y se extendía hasta la actualidad. En un rincón, con el tipo de anotación correspondiente a los hijos ilegítimos, figuraba Brian Fraser, el padre de Jamie. Y debajo de él, con firmes letras negras, James A. Fraser.

Un escalofrío me recorrió la espalda. El reverendo, que había reparado en mi reacción, me observaba divertido.

—Es interesante que se refiera a los Fraser, ¿no? —¿Qué... qué se refiere a los Fraser? —pregunté.

—La profecía —respondió sorprendido—. ¿No estáis enterada? Claro que siendo vuestro esposo un descendiente ilegítimo...

—No sé nada de eso.

—Ah... —El reverendo no dejó pasar la oportunidad de ponerme al corriente—. Supuse que la señora Abernathy os habría hablado de ello; su interés es tal que me escribió a Edimburgo. —Hojeó los papeles para extraer uno que parecía escrito en gaélico—. Éste es el lenguaje original de la profecía —dijo poniéndome bajo las narices la Prueba A—. Tal vez hayáis oído hablar del Vidente de Brahan.

Aunque su tono era escéptico, lo conocía: era un profeta del siglo XVI, una especie de Nostradamus escocés.

—En efecto. ¿Se trata de una profecía referida a los Fraser?

—A los Fraser de Lovat. Utiliza un lenguaje poético, como ya señalé a la señora Abernathy, pero su significado es bastante claro. —Pese a que recelaba de mí, empezaba a entusiasmarse—. La profecía afirma que de la estirpe de Lovat surgirá un nuevo gobernante de Escocia. Esto sucederá tras el eclipse de «los reyes de la rosa blanca»: una obvia referencia a esos papistas de los Estuardo. —Señaló con la cabeza las rosas blancas tejidas en la alfombra—. En la profecía aparecen referencias más crípticas: la época en la que aparecerá este gobernante, si ha de ser un rey o una reina... Existe cierta dificultad para interpretarlo, debido a una mala utilización del original...

Siguió hablando, pero yo ya había dejado de escuchar. Las dudas sobre el paradero de Geillis desaparecían rápidamente, dada su obsesión por los gobernantes de Escocia. Pero ¿dónde iría? ¿De nuevo a Escocia para relacionarse con el heredero de Lovat? No, puesto que se estaba preparando para dar nuevamente el salto en el tiempo: reuniendo sus recursos, recuperando el tesoro de las focas y completando sus investigaciones.

Observé el papel entre el espanto y la fascinación. La genealogía, desde luego, sólo estaba registrada hasta el presente. ¿Sabría Geillis quiénes serían los descendientes futuros de Lovat? Levanté la cabeza para hacer una pregunta al reverendo Campbell, pero fui incapaz de pronunciar una palabra.

En la puerta que daba a la galena se encontraba el señor Willoughby. Llevaba la ropa desgarrada y sucia y su cara reflejaba señales de hambre y cansancio. Toda su atención iba dirigida al reverendo Campbell.

—¡Homble muy santo! —dijo en un tono provocativo que nunca le había oído.

El reverendo se dio la vuelta bruscamente golpeando un florero con el codo. El agua y las rosas amarillas cayeron formando una cascada sobre el escritorio. Con un grito de ira, el clérigo cogió los papeles salvándolos de la inundación y los sacudió frenéticamente para quitarles el agua antes de que se corriera la tinta.

—¡Mira lo que has hecho, maldito asesino pagano!

El señor Willoughby se echó a reír. No con su habitual risita aguda, sino con un cloqueo sofocado. No parecía divertido en absoluto.

—¿Yo asesino? —Movió lentamente la cabeza con los ojos clavados en el reverendo. —Yo no, homble santo. Asesino, tú.

—Lárgate, amigo —ordenó Campbell fríamente—. ¿Cómo se te ocurre entrar en la casa de una dama?

—Te conozco. —El chino hablaba con voz baja y serena—. Te veo. Te veo en salón rojo, con mujer que ríe. Te veo también con ramera barata en Escocia. —Levantó muy despacio la mano, poniéndosela en el cuello como una espada—. Matas mucho, homble santo, me parece.

El reverendo Campbell se había puesto pálido, ya fuera por la impresión o por la ira. Yo también palidecí, pero por el miedo.

—Señor Willoughby...

—Willoughby no —dijo sin mirarme—. Yi Tien Cho.

—¡Vete! —La palidez del clérigo se debía a la ira. Avanzó hacia el chino con los grandes puños apretados. El señor Willoughby no se movió.

—Mejor iros, Primera Esposa —dijo con suavidad—. Homble santo gusta de mujeres, pero no con polla. Con cuchillo.

—¡Sandeces! —replicó el reverendo—. ¡Te he dicho que te vayas o...!

—No os mováis, reverendo Campbell —dije.

Con manos trémulas, saqué del bolsillo la pistola que Jamie me había dejado y le apunté. Para mi sorpresa, se quedó inmóvil, mirándome como si me hubiera brotado una segunda cabeza.

—Señor... Yi Tien Cho, ¿vistes al reverendo con la señora Alcott en el baile del gobernador?

—Veo. Él mata. Mejor disparar, Primera Esposa.

—¡No seas ridículo! Mi estimada señora Fraser, no podéis creer la palabra de un salvaje al que... —El reverendo se volvió hacia mí, tratando de adoptar una posición de superioridad.

—Puede que le crea —dije—. Vos estabais allí, yo os vi. Y también estabais en Edimburgo cuando mataron a la última prostituta. Nellie Cowden me dijo que llevabais dos años allí: el mismo período durante el cual el Diablo estuvo asesinando muchachas. —Sentía el resbaladizo gatillo bajo mi dedo.

—¡Él también vivía allí entonces! —El reverendo estaba perdiendo su palidez. Señaló al chino con la cabeza—. ¿Aceptaréis la palabra del hombre que traicionó a vuestro esposo?

—¿Quién?

—¡Él! —La exasperación enronquecía la voz del clérigo—. Fue esta perversa criatura quien denunció a Fraser ante sir Percival Turner. ¡Me lo dijo el propio sir Percival!

Estuve a punto de dejar caer el revólver, pero lo levanté con intención de ordenar al reverendo que fuera hacia la cocina; no se me ocurría otra cosa que encerrarlo en una de las despensas.

—Creo que lo mejor...

Entonces se lanzó sobre mí.

Como un acto reflejo, mi dedo apretó el gatillo produciendo un fuerte estallido; el arma cayó de mi mano.

No di en el blanco. Tras el sobresalto de la explosión, su cara adquirió una expresión satisfecha. Sin decir nada, hundió la mano bajo la chaqueta para sacar un estuche metálico, de unos quince centímetros, del que asomaba un mango de cuerno blanco. Fui consciente de todo con horrible claridad, desde la muesca en la hoja que salía de su vaina hasta el perfume de la rosa que pisó mientras se me acercaba.

No podía huir. Me preparé para luchar sabiendo que sería inútil. De pronto hubo un destello azul en el límite de mi campo visual y sonó un carnoso ¡tunc!, como si hubieran dejado caer un melón desde cierta altura. El reverendo giró lentamente sobre un pie, con los ojos abiertos e inexpresivos. En aquel momento su parecido con Margaret se hizo patente. Luego cayó.

En la sien tenía una horrible depresión. Su cara cambió de color: del rojo provocado por la cólera al blanco cerúleo. Su pecho se elevó y volvió a descender un par de veces. Tenía los ojos y la boca abierta.

—¿Tsei-mi aquí, Primera Esposa? —dijo el chino guardando en la manga el saquito con las bolas de piedra.

—Sí, ahí fuera. —Señalé vagamente la galería—. ¿Qué... él... fuiste tú...? —pregunté cerrando los ojos—. Lo que dijo, ¿era verdad? ¿Fuiste tú quien reveló a sir Percival la cita en Arbroath? ¿Quién le dijo lo de Malcolm y la imprenta?

No hubo respuesta. Al cabo de un segundo abrí los ojos. Seguía allí, observando al reverendo Campbell, que aún no había muerto.

—No era un hombre inglés —dije—, sino un nombre inglés. Willoughby.

—No Willoughby —exclamó con aspereza—. ¡ Yi Tien Cho!

—¿Por qué? —inquirí casi gritando—. ¡Mírame, maldito seas! ¿Por qué?

Entonces me miró. Sus ojos habían perdido el brillo.

—En China... cuentos. Profecía. Dicen que un día vendrán fantasmas. Todo el mundo miedo fantasmas. Salgo China para salvar vida. Mucho tiempo despertar, veo fantasmas. Por todas partes, fantasmas —continuó con suavidad—. Viene fantasma grande: cara blanca, horrible, pelo de fuego. Creo me come el alma.

Elevó hacia mí los ojos remotos y serenos.

—Tengo razón —dijo simplemente—. Él me come el alma, Tsei-mi. No más Yi Tien Cho.

—Pero te salvó la vida —señalé.

Asintió una vez más.

—Lo sé. Mejor morir. Mejor morir que ser Willoughby. ¡Willoughby! ¡Puaj! —Giró la cabeza para escupir con la cara contraída—. ¡El habla mis palabras, Tse-mi! ¡Come el alma!

Su arrebato de cólera desapareció con la misma celeridad. Se pasó una mano trémula por la cara sudorosa.

—Veo un hombre en la taberna. Plegunta por Mac Du. Yo ebrio —informó objetivamente—. Quiero mujer, ninguna mujer viene. Reír, decir gusano amarillo... —Movió una mano hacia los pantalones, meneando la cabeza—. Gwao-fei todos iguales. Yo ebrio. Homble fantasma quiere Mac Du, me plegunta. Digo sí, conozco Mac Du. —Se encogió de hombros—. No importa nada.

El pecho flaco de Campbell cayó una vez más y quedó inmóvil. Yi Tien Cho señaló el cuerpo.

—Es deuda —dijo—. Yo deshonrado. Yo extranjero. Pero pago. Tu vida por mía, Primera Esposa. Dile a Tsei-mi.

Se volvió hacia la oscura galería donde había un susurro de plumas. Ya en el umbral añadió suavemente.

—Cuando despierto en muelle, pienso fantasmas han venido, todos alrededor. Pero no. Soy yo. Yo soy el fantasma.

Con rápidas pisadas se alejó por la galería.

Todos los sucesos de la noche se mezclaban en mi cabeza como trocitos de vidrio en un caleidoscopio. No tenía tiempo para buscar sentido a todo aquello. Pero recordé lo que había dicho el reverendo antes de que entrara Yi Tien Cho. Si había alguna pista que indicara dónde había ido Geillis Abernathy, debía de estar arriba. Tras encender una vela crucé la casa hacia la escalera. Sentía mucho frío.

• • •

El laboratorio estaba a oscuras, pero en el extremo de la mesa se veía un vago resplandor violáceo. Un extraño olor a quemado me invadió la nariz haciéndome estornudar. Mercurio, mercurio quemado. Sus vapores, aunque fantasmagóricamente bellos, eran muy tóxicos. Saqué un pañuelo para ponérmelo en la boca y la nariz antes de acercarme.

Las líneas del pentágono habían chamuscado la madera de la mesa. Si Geillis había utilizado gemas para formar la figura, ya no estaban allí. Pero había dejado otra cosa.

La fotografía tenía los bordes chamuscados, pero el centro permanecía intacto. Apreté contra mi pecho, furiosa y llena de pánico, la cara de Brianna. ¿Qué significaba aquello?

Sin duda se trataba de magia... en versión de Geillis. Intenté frenéticamente recordar nuestra conversación. Tenía curiosidad por saber cómo había viajado a través de las piedras y le respondí con alguna vaguedad sobre fijar la atención en una persona que viviera en el momento hacia el cual se quería viajar.

Indudablemente, Geillis había decidido unir mi técnica a la suya, utilizando la imagen de Brianna como punto de concentración para su viaje. O si no... Al pensar en los manuscritos del reverendo, en sus cuidadosas genealogías, me sentí al borde del desvanecimiento. «Una de las profecías del Vidente de Brahan», había dicho, «afirma que de la estirpe de Lovat surgirá un nuevo gobernante de Escocia». Gracias a las investigaciones de Roger Wakefield, sabía (y Geillis seguro que también, dada su obsesión por la historia de Escocia), que la descendencia directa de Lovat se había perdido, aparentemente, hacia el año 1800. En realidad, en 1968 sólo quedaba un superviviente de esa estirpe: Brianna.

Después de guardar la foto mutilada en el bolsillo de mi falda, corrí hacia la puerta como si el cuarto estuviera habitado por demonios. Debía encontrar a Jamie..., inmediatamente.

No estaban allí. El bote flotaba, vacío, a la sombra de la gran cecropia. No había señales de Jamie y los demás. Un escalofrío de ansiedad me recorrió el cuerpo. Habían tenido tiempo suficiente de regresar.

Junto al portón principal de Rose Hall ardían dos antorchas. Eran pequeñas motas de luz en la distancia pero había una luz más cercana, a la izquierda de la refinería, cuya intensidad sugería una gran fogata. ¿Jamie y sus hombres habrían tenido alguna dificultad? Me pareció oír un canto proveniente de aquella dirección. Algo en la noche me inspiraba inquietud. Fui consciente entonces de un hedor dulzón que se imponía al de los berros y el azúcar quemado. Lo reconocí inmediatamente como de carne podrida. De pronto el infierno se abrió bajo mis pies.

Fue como si un fragmento de la noche se separara del resto a la altura de mis rodillas. Algo muy grande se agitó junto a mí derribándome de un golpe en las pantorrillas.

Mi involuntario grito coincidió con un siseo fuerte. Me encontraba muy cerca de algo vivo y de gran tamaño que olía a carroña. Sin saber de qué se trataba, sabía que no quería tener ningún contacto con aquello. Me levanté como pude y eché a correr.

De pronto, la luz de una antorcha apareció ante mí. Choqué con el hombre que la llevaba, y la antorcha se le cayó, apagándose en la humedad de las hojas húmedas. Unas manos me sujetaron por los hombros. Al levantar la cabeza me encontré cara a cara con un alto esclavo negro que me miraba perplejo.

—Señora, ¿qué estar haciendo aquí? —dijo.

Antes de que pudiera responder, desvió su atención hacia algo que sucedía detrás de mí. Me volví a mirar.

Seis hombres, dos con antorchas y los otros cuatro vestidos con un simple taparrabos, caminaban cautelosamente formando un círculo en torno al animal que me había golpeado las piernas. Llevaban palos acabados en una punta afilada. La escena consiguió que mis rodillas estuvieran a punto de ceder de nuevo. El animal medía unos tres metros y medio y su cuerpo como una coraza parecía un tonel de ron.

La enorme cola se desvió lanzando un azote y el hombre más próximo tuvo que saltar a un lado dando un grito de alarma. El saurio giró la cabeza, abrió las fauces y emitió otro siseo.

El esclavo se acercó cautamente. Los hombres estaban azuzando a la bestia con evidentes intenciones de irritarla. Parecían tener éxito. El cocodrilo clavó las fuertes extremidades en la tierra y se lanzó a la carga con asombrosa rapidez. El hombre que estaba delante retrocedió de un salto, pero resbaló en el lodo. Entonces, el gran esclavo negro se lanzó por el aire aterrizando en el lomo del animal. Mientras los otros lo alentaban con gritos, se las compuso para sujetar con una mano el extremo del hocico y mantenérselo cerrado.

De pronto, una figura en la que no había reparado salió de entre las cañas y se arrodilló junto al animal. Sin vacilar, le deslizó un nudo corredizo en el hocico. Los gritos se convirtieron en un alarido triunfal, hasta que el hombre arrodillado lo interrumpió con una palabra seca. Se levantó repartiendo órdenes a gritos. Su preocupación era obvia: la gran cola seguía suelta, lanzando unos azotes capaces de derribar todo lo que se pusiera a su alcance. Me sorprendí de no tener fracturadas la piernas. Inmediatamente, los hombres armados con palos se acercaron. Sumida en las emoción de la escena, no me sorprendió reconocer en el líder al hombre que llamaban Ishmael.

—Huwe!

Dos de los hombres pasaron los palos por debajo del cocodrilo. Otro, tras esquivar la cabeza, le colocó su pica bajo el pecho. Los tres empujaron con fuerza y, con un chapoteo, el reptil cayó sobre el lomo, con la blanca y reluciente panza a la luz de las antorchas.

Ishmael acalló los gritos con una sola palabra y alargó la mano. No sé qué dijo, pero bien pudo haber sido: «¡Bisturí!» La entonación y el resultado fueron los mismos: uno de los portadores de antorchas se apresuró a sacar un cuchillo del taparrabos y lo plantó en la mano de su jefe. Éste giró sobre sus talones y, con el mismo impulso, hundió la hoja en el cuello del animal, donde las escamas de la mandíbula se unen a las del cuello.

Un chorro de sangre, negra a la luz del fuego, brotó del cuello del cocodrilo. Todos retrocedieron a una distancia prudencial para contemplar con una mezcla de respeto y satisfacción al reptil moribundo. Yo había permanecido en pie durante todo aquel tiempo, pero mis piernas no aguantaron más y caí sentada en el suelo cenagoso con un revoleo de faldas. El movimiento atrajo la atención de Ishamel, que se volvió hacia mí.

Yo no le prestaba atención. Respiraba con los mismos jadeos que el cocodrilo. Las preguntas y los comentarios adquirieron un tono preocupado, pero ya no los escuchaba.

En realidad no había perdido la conciencia; tuve una vaga impresión de cuerpos empujándose y luces parpadeantes; después, unos brazos me alzaron, estrechándome con fuerza. Había un parloteo excitado, pero sólo pude captar palabras sueltas.

Cuando entramos en un claro, junto a las chozas de los esclavos, ya había recuperado la vista y era consciente. Aparte de algunos arañazos y magulladuras, no estaba herida. No obstante mantuve los ojos cerrados y el cuerpo laxo. Me llevaron al interior de una choza. Luchaba contra el pánico con la esperanza de que se me ocurriera un plan sensato antes de verme obligada a despertar oficialmente.

¿Dónde diablos estaban Jamie y los otros? ¿Qué harían cuando, al regresar al bote, descubrieran los rastros de lucha y que yo había desaparecido? Y nuestro amigo Ishmael, ¿qué estaba haciendo? Sólo una cosa era segura: no estaba allí para cocinar.

Fuera de la choza, el bullicio tenía un tono festivo y me llegaba el olor del alcohol. Frente a la puerta no paraban de ir y venir sombras; no podía salir sin ser vista. De pronto, tras un griterío triunfal, las siluetas desaparecieron bruscamente. Presumiblemente estaban haciendo algo con el cocodrilo.

Me incorporé con cautela. ¿Sería posible escabullirme mientras todos estaban ocupados? Mis pensamientos fueron interrumpidos por una sombra que apareció en la puerta bloqueando la luz. Me incorporé bruscamente, lanzando un grito. El hombre entró rápidamente y se arrodilló junto a mi jergón.

—No hagáis ruido —dijo Ishmael—. Soy yo.

—Lo sé —dije cubierta de sudor frío y con el corazón como un martillo neumático—. Lo supe desde el principio.

Como sombrero llevaba la enorme cabeza del cocodrilo que acababan de cazar. Le habían cortado la lengua y la base de la boca. Los ojos de Ishmael sólo eran un pequeño brillo bajo los dientes. La mandíbula le ocultaba la mitad inferior de la cara.

—El *egungun*, ¿no os hizo daño? —preguntó.

—No, gracias a estos hombres —dije—. Eh... supongo que no aceptarías quitarte eso, ¿verdad?

Ignorando mis palabras, se sentó sobre los talones, expresando con cada línea del cuerpo una profunda indecisión.

—¿Qué hacéis vos aquí? —preguntó al fin.

A falta de una idea mejor, se lo expliqué.

—Ah... la señora no está —explicó como si dudara confiarme esa información.

—Sí, lo sé. —Recogí los pies bajo el cuerpo, dispuesta a levantarme—. ¿Alguien podría llevarme hasta el árbol grande, junto al río? Mi esposo debe estar buscándome —añadí con intención.

—Creo que se llevó al muchacho —prosiguió Ishmael sin prestarme atención.

—¿Se ha llevado a Ian? ¿Por qué?

Dentro de la máscara, sus ojos brillaron divertidos.

—A la señora le gustan los muchachos —dijo. Su tono malicioso dejaba muy claro lo que eso significaba.

—¿Ah, sí? —Fue mi inexpresivo comentario—. ¿Sabes cuándo volverá?

El largo hocico dentado se empinó súbitamente pero antes de que él pudiera responder percibí la presencia de alguien a mi espalda. Me volví súbitamente en el jergón.

—Os conozco —dijo ella con una pequeña arruga que le cruzaba la amplia frente—. ¿Me equivoco?

—Nos vimos una vez —confirmé, tratando de tragar el corazón que el sobresalto me había subido a la boca—. ¿Cómo... cómo estáis, señorita Campbell?

Mejor que en nuestro encuentro anterior, obviamente, pese a que su pulcro vestido de lana había sido reemplazado por una túnica de burdo algodón blanco, que ceñía con una ancha tira de la misma tela teñida con añil. Estaba más delgada y había perdido el aspecto macilento que le provocaba el encierro.

—Estoy bien, gracias, señora —respondió cortésmente. Sus ojos descoloridos tenían la misma expresión distante y descentrada. El sol había dado a su piel un nuevo color, pero era evidente que la señorita Margaret Campbell no estaba del todo en sus cabales.

—Sois muy gentil al visitarme, señora —dijo—. ¿Puedo ofreceros algún refrigerio? ¿Una taza de té, quizá? No tenemos vino. Mi hermano opina que los licores son el camino que nos lleva a las lujurias de la carne.

—Creo que tiene razón —confirmé, aunque en aquel momento no me habría venido mal un trago.

Ishmael le hizo una profunda reverencia, sosteniéndose como pudo la enorme cabeza.

—¿Lista? —preguntó en voz baja—. El fuego espera.

—Fuego —repitió ella—. Sí, por supuesto. —Se volvió hacia mí para preguntarme amablemente—: ¿Me acompañáis, señora Malcolm? El té no tardará. Me encanta contemplar un buen fuego. —Me cogió del brazo—. ¿No os ha parecido alguna vez ver cosas en las llamas?

—De vez en cuando —reconocí mirando a Ishmael. Su postura denotaba indecisión pero como la señorita Campbell avanzaba inexorablemente hacia él llevándome del brazo, se encogió de hombros y se apartó a un lado.

En el centro del claro ardía una pequeña fogata. A poca distancia había más de treinta personas, entre hombres, mujeres y niños, riendo y conversando. Un hombre cantaba suavemente, curvándose sobre una maltrecha guitarra. Cuando aparecimos, alguien nos vio y dijo algo así como: «¡ Jau!» De inmediato cesaron charlas y risas y entre la multitud reinó un respetuoso silencio.

Ishmael se acercó lentamente; la cabeza del cocodrilo sonreía con placer. Cerca del fuego había un pequeño banco, instalado en una especie de plataforma hecha con tablas apiladas. Obviamente, era el lugar de honor, pues la señorita Campbell se dirigió hacia allí, indicándome cortésmente que me sentara a su lado. Observé disimuladamente el círculo de rostros: eran las caras de África, ajenas a mí. Sentí el peso

de sus miradas, que iban desde la hostilidad hasta una cauta curiosidad, pero el centro de atención era la señorita Campbell.

El hombre había dejado la guitarra y tenía ahora un pequeño tambor entre las rodillas. Comenzó a batirlo suavemente, con un ritmo entrecortado que imitaba el palpitar de un corazón.

Miré a la señorita Campbell que contemplaba tranquilamente las llamas con las manos cruzadas en el regazo. La multitud de esclavos se abrió ante la aparición de dos niñas cargadas con un gran cesto, cuya asa tenía rosas blancas entretejidas. La tapa se sacudía, agitada por un movimiento interior. Dejaron el cesto a los pies de Ishmael, mirando con respeto su grotesco tocado. Entonces el gentío se acercó, estirando el cuello para ver qué pasaba. El ritmo del tambor, aunque suave, se hacía más rápido. Una de las mujeres se adelantó para entregar a Ishmael una botella de piedra y volvió a confundirse con la multitud.

Ishmael caminó cuidadosamente alrededor de la canasta vertiendo una pequeña cantidad de licor en el suelo. El cesto, que momentáneamente se había quedado quieto, se sacudió de un lado a otro agitado por el movimiento o por el penetrante aroma del alcohol.

Un hombre se adelantó con un palo envuelto en trapos y lo sostuvo sobre la hoguera hasta que los jirones comenzaron a arder. Tras una palabra de Ishmael, dejó caer la antorcha en el suelo, donde había vertido licor. El anillo de fuego azul que apareció provocó una exclamación de los espectadores. Del canasto surgió un fuerte «kikirikí».

La señorita Campbell se movió a mi lado observando la cesta con suspicacia. Como si el canto del gallo hubiera sido una señal (quizá lo fue) se elevó el sonido de una flauta y el tarareo de la muchedumbre alcanzó un tono más agudo.

Ishmael se acercó a nuestra improvisada tarima con un pañuelo rojo. Lo ató a la muñeca de Margaret y se la volvió a dejar suavemente en el regazo.

—¡Ah, aquí está mi pañuelo! —exclamó ella, levantando el brazo para limparse sin tapujos la nariz.

Todos estaban atentos a Ishmael, que se erguía ante el gentío hablando en un idioma que no reconocí. El gallo volvió a cantar dentro del canasto y las rosas blancas del asa se estremecieron violentamente.

—Ojalá no hiciera eso —dijo Margaret Campbell—. Si lo hace otra vez serán tres y eso trae mala suerte, ¿no?

—¿De veras? —Vi que Ishmael estaba vertiendo el resto del licor en torno de la tarima.

—Oh, sí, lo dice Archie. «Me traicionarás antes de que el gallo cante tres veces.» Archie dice que las mujeres siempre traicionan. ¿Creéis que es verdad?

—Depende del punto de vista —murmuré. Mi compañera parecía no reparar en los esclavos cantores, ni en el canasto movedizo, ni en la música ni en Ishmael, que recogía pequeños objetos de manos de los presentes.

—Tengo hambre —comentó—. Espero que el té no tarde.

Ishmael la oyó y, para sorpresa mía, hundió la mano en uno de los sacos que llevaba en la cintura y sacó un pequeño hatillo que resultó ser una taza de porcelana desportillada. La depositó ceremoniosamente en el regazo de Margaret.

—Oh, qué bien. —Palmoteo con alegría—. Ojalá haya bizcochos.

Ishmael volvió a decir algo y la antorcha bajó otra vez. Una súbita llamarada azul se alzó en torno a la tarima. Mientras se apagaba, dejando en el aire nocturno un olor a tierra cocida y licor quemado, abrió el cesto para sacar el gallo.

Era un animal grande y saludable; sus plumas negras brillaban a la luz de las antorchas. Gritaba y forcejeaba enloquecido, pero tenía las patas bien atadas con tiras de tela para evitar arañazos. Ishmael lo entregó a Margaret con una reverencia.

—Oh, gracias —exclamó amablemente.

El gallo estiró el cuello con un fuerte cacareo. Margaret lo sacudió.

—¡Gallo malcriado! —protestó irritada mientras lo levantaba hasta su boca y le clavaba los dientes detrás de la cabeza. Oí el suave crujir de los huesos y el pequeño gruñido que emitió ella al arrancar la cabeza de la indefensa ave. Luego apretó contra sí el cuerpo que se debatía.

—Bueno, bueno, ya está bien, querido.

La sangre le manchaba el vestido y llenaba la taza de té. La multitud, después de una primera exclamación, observaba en silencio. También la flauta había callado, pero el tambor continuaba sonando, mucho más fuerte que antes.

Margaret dejó a un lado el animal desangrado. Un niño salió precipitadamente de entre el gentío y lo retiró mientras ella cogía distraídamente la taza con una mano bañada de sangre.

—Los invitados primero —recordó cortésmente—. ¿Un terrón o dos, señora Malcolm?

No pude responder gracias a la afortunada intervención de Ishmael, que me puso en las manos una tosca taza de cuerno, indicándome que bebiera. Ante la alternativa, me la llevé a la boca sin vacilar.

Era ron recién destilado, tan fuerte que me atraganté. Desde el fondo de mi garganta ascendió el gusto áspero de una hierba; habían mezclado algo con el licor que no resultaba desagradable.

Otras tazas como la mía pasaban de mano en mano entre la gente. Ishmael me hizo un gesto brusco para que bebiera más. Obediente, me llevé el cuerno a los labios dejando que el fuerte líquido me tocara la boca sin tragarlo. Ignoraba qué estaba sucediendo allí, pero necesitaba toda la lucidez posible.

A mi lado, la señorita Campbell bebía de su taza a sorbos remilgados. La expectación iba en aumento. Una mujer había comenzado a cantar con voz grave y ronca, haciendo contrapunto al tambor.

La sombra del tocado de Ishmael cayó sobre mí haciéndome levantar la vista. Él también se mecía suavemente hacia delante y hacia atrás, con la camisa blanca pegada al pecho por el sudor. De pronto levantó las manos y empezó a cantar. Así, con la cara oculta, su voz podría haber sido la de Joe: grave y meliflua, capaz de atraer la atención. Si cerraba los ojos era realmente Joe, con el suave brillo de sus gafas. Cuando los abrí me impresionó nuevamente el siniestro bostezo del cocodrilo y el verde dorado de aquellos ojos fríos y crueles.

La noche estaba llena de ojos negros y refulgentes por el fuego; leves gemidos y gritos marcaban las pausas de su cántico. Sacudí la cabeza con fuerza, apretando el borde del banco para aferrarme a la realidad. No estaba ebria, sin duda, pero la hierba mezclada con el ron me producía extraños efectos. La sentía reptar como una víbora por mis venas. Mantuve los ojos apretados resistiéndome a su avance. Pero no podía dejar de escuchar el sonido de esa voz que subía y bajaba.

No sé cuánto tiempo pasó. Volví en mí con un respingo, notando que el tambor y el canto habían cesado. El silencio era absoluto en torno a la hoguera.

Los efectos de la droga iban cesando. Sentí que la claridad volvía a mis pensamientos. Con la gente no ocurría lo mismo; los ojos permanecían fijos en una sola mirada, sin parpadeos, como si hubiera un muro de espejos. Entonces pensé en las leyendas vudúes de los zombis y los houngans que los hacían. «Toda leyenda tiene un punto de verdad», había dicho Geillis.

Ishmael habló. Se había quitado la cabeza de cocodrilo, que yacía en el suelo, a nuestros pies.

—*Iis sont arrivés* —dijo en voz baja—. ¿Quién pregunta?

Una joven con turbante se acercó sin dejar de balancearse, se dejó caer ante la tarima y apoyó la mano en una de las imágenes talladas: un tosco icono de madera con la forma de una mujer embarazada. Levantó los ojos llenos de esperanza.

—*Aya, gado*. —La voz había sonado junto a mí, pero no era la de Margaret Campbell, sino la voz de una anciana, cascada y aguda, pero llena de confianza en la respuesta.

La joven lanzó una exclamación de gozo y se postró ante la tarima. Ishmael la azuzó suavemente con un pie y retrocedió hacia la gente, aferrada a su pequeño ídolo.

El siguiente era un chico.

—*Grandmére*, la mujer que amo, ¿corresponde a mi amor?

La mujer sentada a mi lado rió con vetusta ironía, pero también con bondad.

—*Certainement* —respondió—. Corresponde al tuyo y al de otros tres hombres. Busca a otra. Menos generosa pero más digna.

El joven se retiró, alicaído, dejando paso a un hombre de más edad. Habló en un idioma africano que no reconocí. Había una nota de amargura en su voz.

—*Setato hoye* —dijo... ¿quién? La voz había cambiado. Ahora era la de un hombre adulto que respondía en el mismo idioma, con un tono colérico.

Miré de soslayo. Pese al calor de las llamas, un escalofrío me recorrió los brazos. Aunque las facciones eran las mismas, aquélla ya no era la cara de Margaret. Los ojos brillaban sobre una boca apretada con autoridad mientras el pálido cuello se hinchaba como el de una rana. «Ellos han llegado», había dicho Ishmael. Vi que me miraba un momento y sus ojos volvieron de inmediato a Margaret... o a lo que quiera que fuese Margaret.

Uno a uno, los presentes se adelantaban para arrodillarse y preguntar. Unos hablaban en inglés; otros, en francés, en el dialecto de los esclavos o en alguna lengua africana. La cara y la voz del oráculo sentado junto a mí cambiaba según cambiaban «ellos». Eran hombres o mujeres, casi siempre maduros o ancianos, y sus sombras danzaban en la cara de mi compañera al compás del fuego.

Entonces comprendí por qué Ishmael había vuelto a aquel lugar arriesgándose a ser capturado y devuelto a la esclavitud. No era por amistad, por amor o por lealtad hacia los otros esclavos, sino por poder. ¿Qué precio se puede pagar por el poder de predecir el futuro? Cualquiera, era la respuesta que veía en las caras absortas de la congregación. Ishmael había vuelto por Margaret.

Por fin hizo un gesto con la cabeza y se volvió hacia ella. Durante esa pausa, la cara de Margaret quedó en blanco; no había nadie allí.

—Bouassa —dijo él—. Ven, Bouassa.

Me aparté involuntariamente. Quienquiera que fuese Bouassa, había acudido rápidamente.

—Escucho. —Era una voz tan grave como la de Ishmael, pero desagradable. Uno de los hombres retrocedió un paso.

—Dime lo que quiero saber, Bouassa.

Margaret inclinó levemente la cabeza, con una luz divertida en los ojos.

—¿Qué quieres sabe? —dijo la voz con suave desdén—. ¿Por qué, hombre? Irás igual, no importa lo que te diga.

La ligera sonrisa de Ishmael fue un reflejo de la de Bouassa.

—Dices verdad —reconoció él suavemente—. Pero éstos... —Señaló con la cabeza a sus compañeros, sin apartar la mirada—. ¿Vendrán conmigo?

—¿Por qué no? —dijo con un cloqueo desagradable—. La Bruja muere en tres días. No tienen nada que hace aquí. ¿Eso es todo? —Sin esperar respuesta, Bouassa bostezó. De la primorosa boca de Margaret surgió un fuerte eructo.

Luego cerró la boca y a sus ojos volvió la mirada vacua, pero los hombres ya no prestaban atención, sumidos en una excitada cháchara. Ishmael los acalló señalándome con una mirada significativa. Entonces se retiraron entre murmullos.

Cuando el último de ellos se hubo ido, Ishmael cerró los ojos y sus hombros cedieron. Yo también me sentía agotada.

—¿Qué...? —Pero me interrumpí.

Al otro lado del fuego, un hombre había abandonado su escondrijo en el cañaveral. Era Jamie, con la cara y la camisa enrojecidas por las llamas. Se llevó un dedo a los labios y yo hice un gesto de asentimiento. Podía levantarme y correr hacia el cañaveral antes de que Ishmael me alcanzara, pero ¿y Margaret?

Cuando me volví hacia ella, su cara había vuelto a cobrar vida. Tenía los labios entreabiertos y los ojos entornados.

—¿Papá? —dijo la voz de Brianna, a mi lado.

Se me pusieron los pelos de punta. Era la voz de Brianna, la cara de Brianna y sus ojos azul oscuro llenos de ansiedad.

—¿Bree? —susurré. Se volvió hacia mí.

—Mamá —dijo la voz de mi hija desde la garganta del oráculo.

—Brianna —dijo Jamie pálido por la impresión.

Ella giró bruscamente la cabeza para mirarlo.

—Papá —repitió—. Sabía que eras tú. He estado soñando contigo. No dejes que mamá vaya sola, acompáñala. Yo te protegeré.

Sólo se oía el crepitar del fuego. Ishmael estaba transfigurado, con la vista clavada en aquella mujer que volvió a hablar con el tono suave y sensual de Brianna.

—Te quiero, papá. A ti también, mamá.

Cuando se inclinó hacia mí percibí el olor de la sangre fresca. Sus labios tocaron los míos y grité. No era consciente de nada cuando me levanté de un salto y crucé el claro. Sólo lo fui cuando estaba aferrada a Jamie, con la cara escondida en su chaqueta y temblando. Creo que él también temblaba.

—Ya ha pasado —dijo tratando de dominar la voz—. Se ha ido.

Me obligué a mirar hacia la hoguera. Margaret Campbell tarareaba sentada junto al fuego. Ishmael, tras ella, le acariciaba el pelo con algo que podía ser ternura mientras murmuraba algo.

—¡Oh, no estoy nada cansada! —aseguró ella afectuosa—. Bonita fiesta, ¿no?

Dos mujeres con turbante vinieron para llevarse a Margaret con murmullos cariñosos. Ishmael nos observaba por encima del fuego, inmóvil como un ídolo tallado en la noche.

—No he venido solo —dijo Jamie, haciendo un gesto hacia el cañaveral, como si lo siguiera un regimiento armado.

—Oh, estás solo, hombre —replicó Ishmael con una leve sonrisa—. No importa. La *loa* te habla. Conmigo estás seguro. Primera ve que un *loa* habla a un *buckra*. Ahora marchad —dijo sacudiendo la cabeza.

—Todavía no. —Jamie se irguió a mi lado—. He venido buscando a mi sobrino. No me iré sin Ian.

—Olvídalo —dijo Ishmael—. Se fue.

—¿Dónde?

—Con la Bruja, hombre. Y donde ella va, no vayas. El chico se fue, hombre. —Hizo una pausa para escuchar. Se oía el batir de un tambor—. Y si eres sabio, te vas también. Los otros vienen pronto. Conmigo no hay peligro, hombre; con los otros sí.

—¿Quiénes son los otros? —pregunté.

—Cimarrones, supongo —dijo Jamie.

Ishmael asintió con la cabeza.

—Eso. ¿Escuchaste a Bouassa? Su *loa* nos bendice, así que vamos. —Señaló las colinas oscuras—. El tambó llama pa que bajen los que están fuertes y pueden ir.

Nos volvió la espalda indicándonos que la conversación había terminado.

—¡Espera! —pidió Jamie—. Dinos dónde ha ido la señora Abernathy con el muchacho.

Ishmael se volvió con los hombros cubiertos por la sangre del cocodrilo.

—A Abandawe —dijo.

—¿Y dónde está eso? —inquirió Jamie impaciente.

Le puse una mano en el brazo.

—Yo sé dónde está. En La Española. Me lo dijo Lawrence. Eso era lo que Geillis deseaba de él: saber dónde estaba Abandawe.

—Pero ¿qué es? ¿Una ciudad, una aldea?

—Una cueva. —Sentí frío pese a la proximidad del fuego—. Una antigua cueva.

—Abandawe, lugar mágico —intervino Ishmael suavemente, como si temiera alzar la voz. Me miró examinándome—. Dice Clotilda que la Bruja te lleva al cuarto de arriba. ¿Sabes qué hace allí?

—Más o menos. —Sentí la boca seca al recordar las manos de Geillis trazando figuras con las gemas. Como si hubiera captado ese pensamiento, Ishmael dio un paso hacia mí.

—Te pregunto, mujé: ¿todavía sangras?

Jamie dio un respingo, pero le apreté el brazo.

—Sí —dije—. ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con eso?

Su desasosiego era obvio.

—Si una mujer sangra, mata magia. Tú sangra, tienes poder de mujer, la magia no funciona. Son las viejas la que pueden hace magia: embrujar a alguien, llamar a los *loas*, enferma, cura. —Me miró meneando la cabeza—. No hagas la magia, como la Bruja. La magia la va a mata, sí, pero mata a ti

también. ¿No oír a Bouassa? Dice que la Bruja muere en tres días. Se llevó al chico, el chico muere. Si lo seguís, también muertos, hombre. Seguro.

Levantó las manos frente a Jamie, con las muñecas cruzadas como si las tuviera atadas.

—Estás avisado, *amiki*. —Y se volvió bruscamente desapareciendo en la oscuridad.

—Que San Miguel nos proteja —murmuró Jamie—. ¿Conoces ese lugar, *Sassenach*? ¿Dónde están Geillis e Ian?

—Sólo sé que está en las colinas de La Española y que lo cruza un arroyo.

—En ese caso, tendremos que llevar a Stern —dijo con decisión—. Vamos, los muchachos nos esperan en el bote.

Junto al borde del cañaveral me detuve para mirar atrás.

—¡Jamie! ¡Mira!

Más allá de Rose Hall, el cielo resplandecía con un fulgor encarnado.

—Debed de ser la finca de Howe. Está ardiendo —dijo con calma y señaló hacia la izquierda, hacia una mota anaranjada en el flanco de la montaña—. Y eso debe de ser Twelvetrees.

Una pequeña fila de esclavos descendía desde las chozas, cargados de bultos y niños. Una muchacha llevaba del brazo, con cuidadoso respeto, a Margaret Campbell. Al verla, Jamie se adelantó un paso.

—¡Señorita Campbell! ¡Margaret!

La mujer y su compañera se detuvieron.

—Margaret —repitió Jamie—, ¿no me reconoces?

Su mirada parecía vacía. Con mucha lentitud, él le tomó la cara entre las manos.

—¿Me oyes, Margaret? ¿Me reconoces?

Después de parpadear una o dos veces su voz sonó tímida y temerosa.

—Sí, Jamie, te reconozco. —Lo miró a los ojos—. ¿Tienes noticias de Ewan? ¿Está bien?

Jamie guardó silencio durante un momento; a veces su rostro podía ser una máscara con la que disimulaba sus emociones más fuertes.

—Está bien —susurró al fin—. Muy bien, Margaret. Y me dio esto para ti. —Inclinó la cabeza para besarla con delicadeza.

Las mujeres, protectoras y desconfiadas, cerraron el círculo en torno de ella. Margaret sonreía.

—¡Gracias, Jamie! —dijo mientras su asistente la asía por un brazo para llevársela—. ¡Dile a Ewan que pronto estaré con él!

Desaparecieron como fantasmas en la oscuridad del cañaveral. Jamie hizo ademán de seguirlas, pero lo detuve.

—Déjala —susurré pensando en lo que yacía en el salón de la casa—. Déjala ir, Jamie. No puedes detenerla. Está mejor con ellos.

Cerró los ojos y asintió.

—Sí, tienes razón.

Pero se detuvo súbitamente. Había luces en Rose Hall. Luces de antorchas que parpadeaban tras las ventanas. Un lúgubre resplandor comenzó a crecer en las ventanas del laboratorio.

—Ya deberíamos habernos ido —dijo Jamie.

Nos sumergimos en el oscuro cañaveral, donde el aire olía a azúcar quemado.

62

Abandawe

—Podéis usar la pinaza del gobernador; es pequeña, pero navega bien. —Grey hurgó en el cajón de su escritorio—. Te daré una orden para que la presentes a los empleados del muelle.

—Necesitamos un barco. El *Artemis* es de Jared y no puedo arriesgarme a que le ocurra nada pero creo que será mejor que lo robemos, John. —Jamie tenía las cejas fruncidas—. Demasiados problemas tienes ya para que encima te puedan relacionar conmigo.

Grey sonrió con aire desdichado.

—¿Problemas? Supongo que sí: cuatro plantaciones incendiadas y más de doscientos esclavos fugitivos. ¡Sabe Dios por dónde andarán! Pero dudo mucho que, en tales circunstancias, alguien se interese por mis relaciones sociales. Entre el miedo a los cimarrones y al chino fugitivo, el pánico que reina en la isla hace que un simple contrabandista no sea más que una trivialidad.

—Es un gran alivio que me consideres una trivialidad —comentó Jamie muy seco—. Aun así robaremos el barco y si nos apresan nunca has oído mi nombre ni visto mi cara, ¿entendido?

Grey lo miró fijamente. Por fin dijo:

—Si te apresan, ¿quieres que deje que te ahorquen sin decir una palabra, por miedo a mancillar mi reputación? Por el amor de Dios Jamie, ¿por quién me tomas?

—Por un amigo, John —dijo Jamie—. Y si acepto tu amistad y tu condenado barco, haz el favor de aceptar la mía y guardar silencio. ¿Vale?

—De acuerdo —dijo el gobernador—. Pero me harías un gran favor si no te dejaras capturar.

—Haré lo posible, John.

El gobernador se sentó, fatigado. Tenía grandes ojeras y la camisa arrugada. Era evidente que no se había cambiado de ropa desde el día anterior.

—Bien. No sé dónde vas y probablemente sea mejor que lo ignore. Pero si es posible, no te acerques a las vías navegables del norte de Antigua. Esta mañana he enviado un barco para pedir que me traigan a todos los hombres que haya en las barracas. Pasado mañana, como muy tarde, vendrán hacia aquí para custodiar la ciudad y el puerto. Es probable que haya una rebelión de cimarrones.

Miré a Jamie con un gesto interrogante y él sacudió imperceptiblemente la cabeza. Habíamos informado al gobernador sobre el alzamiento del río Yallahs y la fuga de los esclavos, pero no mencionamos lo que habíamos visto aquella misma noche escondidos en una pequeña ensenada.

La noche era oscura. Sólo un pequeño resplandor aparecía en la superficie del río. Los oímos llegar y tuvimos tiempo de escondernos antes de que el barco se pusiera a nuestra altura. Un batir de tambores y salvajes voces exaltadas resonaban por el valle mientras el *Bruja* pasaba frente a nosotros, llevado por la corriente. Sin duda alguna, los cadáveres de los piratas comenzaban a pudrirse apaciblemente río arriba, entre los cedros y los franchipanieros.

Los esclavos fugados del río Yallahs no se habían adentrado en las montañas de Jamaica sino que salían al mar, presumiblemente para unirse a los seguidores de Bouassa, en La Española. Las gentes de Kingston no tenían nada que temer. Pero era mucho mejor que la Marina Real concentrara su atención allí y no en La Española, donde nos dirigíamos.

Jamie se levantó para despedirse, pero Grey lo detuvo.

—Espera. ¿No necesitas un lugar seguro para dejar a tu... a la señora Fraser? Me sentiría muy honrado si la dejaras bajo mi protección. Podría esperarte aquí; en la residencia nadie la molestaría.

Jamie vaciló, pero no había manera suave de decirlo.

—Tiene que acompañarme, John —dijo—. No hay alternativa.

Grey me miró fugazmente.

—Sí —dijo tragando saliva—. Comprendo.

Jamie le alargó la mano. Él vaciló un momento antes de aceptarla.

—Buena suerte, Jamie —dijo con voz ronca—. Que Dios te acompañe.

Más difícil había sido que Fergus comprendiera; insistía en acompañarnos. Sus argumentos se tornaron más vehementes cuando descubrió que los contrabandistas escoceses vendrían con nosotros.

—¿A ellos los lleváis y a mí no? —Su cara ardía por la indignación.

—Pues claro —confirmó Jamie—. Los contrabandistas son solteros o viudos. Tú estas casado. —Miró a Marsali, que presenciaba la discusión con la cara tensa por la ansiedad—. Me equivoqué al pensar que ella era demasiado joven para casarse pero estoy seguro de que es demasiado joven para ser viuda. Te quedas.

Le volvió la espalda, dando el asunto por terminado.

Ya había oscurecido cuando zarpamos en la pinaza de Grey, dejando a dos hombres amarrados y amordazados en el embarcadero. Aunque la embarcación, con sus treinta pies y su única cubierta, era más grande que el bote pesquero en el que habíamos remontado el río Yallahs, difícilmente se le podía llamar «barco». Aun así navegaba bien y pronto estuvimos fuera del puerto, rumbo a La Española.

Los contrabandistas se ocuparon del timón y Jamie, Lawrence y yo nos sentamos a conversar junto a la borda. Pronto se hizo el silencio y permanecimos absortos en nuestros propios pensamientos. Jamie bostezó varias veces; por fin, ante mi insistencia, consintió en tumbarse en el banco con la cabeza apoyada en mi regazo. Por mi parte, estaba demasiado tensa para dormir. También Lawrence permanecía despierto, contemplando el cielo con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Esta noche hay humedad en el aire —comentó señalando la luna creciente en forma de hoz—. ¿Veis esa bruma que rodea la luna? Es posible que llueva antes del amanecer, aunque no es habitual en esta época.

El tema era lo bastante aburrido para calmarme los nervios.

—¿De veras? —comenté—. Tanto vos como Jamie sabéis prever el clima observando el cielo. Yo sólo conozco el viejo dicho: «Cielo rojo al anochecer, el marino siente placer; por la mañana encarnado, el marino pone cuidado.» Pero no vi de qué color estaba el cielo anoche.

—Bastante púrpura —aclaró Lawrence riendo—. Es sorprendente pero esas señales suelen ser dignas de confianza. Claro que encierran un principio científico: la refracción de la luz en la humedad del aire.

—¿Y qué sabéis de los fenómenos extraños? —pregunté—. Cosas sobrenaturales donde las reglas de la ciencia no parecen tener aplicación.

—¿Por ejemplo?

Después de pensarlo, utilicé los ejemplos de Geillis.

—Por ejemplo, esas personas que tienen estigmas sangrantes, los viajes astrales, las visiones, las manifestaciones sobrenaturales...

Lawrence se acomodó a mi lado en el banco.

—Bueno, a la ciencia sólo le corresponde observar —dijo—. Buscar las causas donde pueda, pero recordar siempre que en el mundo existen muchas cosas para las que no se encontrarán causas. No porque no existan, sino porque sabemos muy poco.

—Eso no está en la naturaleza humana —objeté—. La gente siempre quiere explicaciones.

—Por eso los científicos construyen hipótesis, pero es preciso no confundir la hipótesis con una explicación probada. En mi vida he visto muchas cosas que se podrían considerar peculiares. Lluvias de peces, por ejemplo: muchos peces de la misma especie y del mismo tamaño caen súbitamente del cielo despejado sobre la tierra seca. No parece haber una causa racional, pero ¿por eso hay que atribuir el fenómeno a una intervención sobrenatural?

—¿Habéis visto personalmente algo así? —pregunté interesada.

Se echó a reír.

—¡Habla la mente científica! Lo primero que pregunta un científico es: «¿Cómo lo sabéis? ¿Quién lo ha visto? ¿Puedo verlo yo también?» Sí, lo he visto; tres veces y en una ocasión eran peces sin cabeza.

—¿Estabais cerca del mar o de algún lago?

—Una vez cerca de la costa y otra cerca de un lago, pero la tercera lluvia fue a unos treinta kilómetros del lugar más próximo donde había agua; sin embargo, los peces eran de una especie que sólo se encuentra en aguas marinas profundas. Hay cosas que deben ser aceptadas sin poder demostrarlas. La fe es una fuerza tan poderosa como la ciencia —concluyó con voz suave—, pero mucho más peligrosa.

Nos quedamos contemplando en silencio la mancha negra que dividía la noche. Era la isla de La Española, que se acercaba inexorablemente.

—¿Dónde visteis los peces sin cabeza? —pregunté súbitamente. No me sorprendió verlo señalar con la cabeza hacia proa.

—Allí. He visto muchas cosas extrañas en estas islas, pero en ésa más que en ninguna. Hay lugares así.

Callé preguntándome qué nos esperaba. Ojalá fuera realmente Ian quien había acompañado a Geillis a Abandawe. Llevaba veinticuatro horas tratando de apartar una idea de mi mente.

—Los otros niños escoceses, Lawrence... Ishmael nos dijo que había visto a doce, incluido Ian. Cuando revisasteis la plantación, ¿encontrasteis alguna señal de ellos?

Aspiró profundamente, retrasando la respuesta. Me di cuenta de que buscaba las palabras adecuadas para explicar lo que un escalofrío ya me había revelado.

La respuesta no salió de él, sino de Jamie.

—Los encontramos —dijo suavemente estrechándome la rodilla—. No preguntes más, *Sassenach*, porque no voy a decirte nada.

Comprendí. Tenía que ser Ian el que Geillis había llevado consigo, pues Jamie no soportaría otra posibilidad. Apoyé una mano en su cabeza.

—Bienaventurados los que no han visto —susurré por lo bajo—, pero han creído.

Anclamos cerca del amanecer en una pequeña bahía sin nombre, en el norte de La Española. Era una playa estrecha rodeada de acantilados. A través de una grieta en la roca se veía una angosta senda de arena que conducía al interior de la isla.

Jamie me llevó en brazos hasta la costa y se volvió hacia Innes, que chapoteaba cargado con un paquete de comida.

—Gracias, *a charaid*—dijo formalmente—. Es hora de separarnos. Si la Virgen quiere nos reuniremos aquí dentro de cuatro días.

La cara enjuta de Innes se contrajo desilusionada; luego pareció resignarse.

—Me ocuparé de la embarcación hasta que volváis.

Jamie meneó la cabeza sonriendo.

—No estarás solo. Os quedaréis todos salvo mi esposa y el judío.

La resignación desapareció, reemplazada por la sorpresa.

—¿Que nos quedamos todos? Pero ¿no nos necesitarás, Mac Dubh? —Miró nervioso los acantilados, llenos de enredaderas en flor—. Da miedo aventurarse por ahí sin amigos.

—La mejor muestra de amistad que puedes darme es esperar aquí.

Innes inclinó la cabeza en un gesto de aquiescencia.

—Como tú digas, Mac Dubh. Pero ya sabes que estamos dispuestos. Todos.

Jamie apartó la vista.

—Lo sé, Duncan. —Innes lo abrazó torpemente con su único brazo—. Si se acerca un barco, debéis poneros a salvo. La Marina Real debe de estar buscando esta pinaza. Dudo que vengan hasta aquí pero si algo os amenaza, sea lo que fuere, izad velas y escapad de inmediato.

—¿Dejándote aquí? No. Puedes ordenarme lo que quieras, Mac Dubh, que lo haré. Pero eso no.

Jamie sacudió la cabeza. El sol naciente arrancó chispas de su pelo y su barba crecida.

—No nos harás ningún favor, ni a mi esposa ni a mí, si te matan, Duncan. Obedece y si viene un barco, vete.

Luego le volvió la espalda para despedirse de los otros escoceses.

Innes lanzó un profundo suspiro de reproche pero no volvió a protestar.

El clima de la selva era caluroso y húmedo. Avanzábamos tierra adentro casi sin conversar. No podíamos hacer ningún plan antes de ver lo que había en Abandawe.

Al segundo mediodía conseguimos llegar. Ante nosotros se elevaba una ladera empinada y rocosa llena de hierbajos y puntiagudos áloes. Y, en la cumbre, vimos grandes piedras erguidas, me-galitos que formaban un círculo irregular.

—Nadie dijo que hubiera un círculo de piedras —musité. Me sentía débil, y no sólo por el calor y la humedad.

—¿Os sentís bien, señora Fraser? —Lawrence me miraba alarmado.

—Sí. —Pero la cara debió delatarme, como siempre, pues Jamie me sujetó por la cintura.

—Por Dios, *Sassenach*, ten cuidado —murmuro—. No te acerques ahí.

—Tenemos que averiguar si Geillis está ahí con Ian —dije—. Vamos.

Puse en movimiento mis reacios pies. Jamie me siguió murmurando algo en gaélico. Supongo que era una plegaria.

—Las colocaron hace mucho tiempo —comentó Lawrence cuando llegamos a la cima—. No fueron esclavos, sino los aborígenes de estas islas.

El lugar estaba desierto y tenía aspecto inofensivo. Parecía tan sólo un círculo irregular de grandes piedras puestas de punta, inmóviles bajo el sol. Jamie me observaba nervioso.

—¿Las oyes Claire? —preguntó.

Lawrence pareció sobresaltado pero no dijo nada. Avancé con prudencia hacia la piedra más cercana.

—No lo sé —dije—. No estamos en un Festival del Sol ni del Fuego. Tal vez no esté abierto. No lo sé.

Agarrada a la mano de Jamie, me adelanté un poco para escuchar. Parecía oírse un leve zumbido en el aire pero quizá fuera sólo el de los insectos de la selva. Con mucha suavidad, apoyé la mano en la roca.

Noté vagamente que Jamie me llamaba. Mi mente luchaba conscientemente por abrir y cerrar las válvulas del corazón y por tragar aire y expulsarlo. Un zumbido palpitante, demasiado grave para llamarlo sonido, me llenaba los oídos y me sacudía hasta la médula de los huesos. En algún lugar pequeño y silencioso, en el centro de aquel caos, estaba Geillis Duncan con sus ojos sonrientes clavados en los míos.

—¡Claire!

Estaba en el suelo, con Jamie y Lawrence inclinados sobre mí. Tenía las mejillas mojadas y un hilo de agua me corría por el cuello. Parpadeé, moviendo las extremidades para comprobar si aún las tenía.

Jamie dejó el pañuelo con el que me mojaba la cara y me ayudó a incorporarme.

—¿Estás bien, *Sassenach*?

—Sí—dije confusa—. ¡Está allí, Jamie!

—¿Quién? ¿La señora Abernathy? —Lawrence disparó hacia arriba las cejas y echó un vistazo hacia atrás, esperando verla materializarse.

—La oí... la vi... lo que sea. —Comenzaba a recuperar lentamente mis facultades—. Está aquí. Pero no en el círculo. Cerca.

—¿Dónde? —Jamie tenía la mano apoyada en el puñal y miraba a uno y otro lado.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos, intentando de mala gana recuperar la visión. Tuve varia sensaciones: oscuridad, frescura húmeda y el destello de una antorcha roja.

—Creo que está en una cueva —dije sorprendida—. ¿Hay alguna cerca, Lawrence?

—Sí —confirmó observándome con curiosidad—. La entrada está a poca distancia de aquí.

—Llévanos. —Jamie ya se había puesto en pie y me ayudaba a levantarme:

—Jamie. —Lo detuve apoyándole una mano en el brazo.

—¿Sí?

—Jamie... ella también sabe que estoy aquí.

Eso lo detuvo. Lo vi tragar saliva y apretar los dientes con un gesto afirmativo.

—A *Mhicheal bheannaichte, dion sinn bho dheamhainnean* —dijo suavemente mientras giraba hacia el borde de la colina. «Miguel bendito, defiéndenos de los demonios.»

La oscuridad era absoluta. Me llevé las manos a la cara y sentí el roce de la palma en la nariz, pero sin verla. El pasadizo era desigual, con pequeñas partículas duras que crujían bajo los pies. En algunos tramos los muros se estrechaban tanto que me preguntaba cómo habría hecho Geillis para pasar.

Aun en los lugares en que el pasadizo era más ancho, donde las paredes se separaban tanto que no llegaba a tocarlas con las manos extendidas, se las podía percibir. Era como estar en un cuarto oscuro con otra persona que guarda silencio pero cuya presencia se puede sentir al alcance de la mano.

Los dedos de Jamie me apretaban el hombro; lo sentía detrás de mí como una brisa cálida en el fresco vacío de la cueva.

—¿Vamos bien? —preguntó cuando me detuve para recuperar el aliento—. Hay pasadizos laterales. Los noto al pasar. ¿Cómo sabes dónde vamos?

—Porque las oigo. ¿Tú no?

Hablar y formar pensamientos coherentes requería un esfuerzo. La llamada era diferente: no un sonido de colmena como en Craigh na Dun, sino un rumor parecido a la vibración del aire tras el tañir de una campana grande. La sentía resonar en los huesos del brazo y me producía ecos en las costillas y en la columna vertebral.

Jamie me sujetó el brazo con fuerza.

—¡No te apartes de mí! —dijo—. No dejes que te coja, *Sassenach*. ¡Quédate!

Lo busqué a ciegas y me apretó contra su pecho.

—Jamie. Sujétame, Jamie. —Nunca había tenido tanto miedo—. No me sueltes. Si se me lleva, Jamie, ya no podré volver nunca. Cada vez es peor que la anterior. ¡Me matará, Jamie!

Me apartó suavemente para adelantarse sin retirar la mano de mí.

—Yo iré delante —dijo—. Mete la mano bajo mi cinturón y no lo sueltes por nada.

Avanzamos lentamente en la oscuridad. Jamie no había permitido que Lawrence nos acompañara. Nos esperaba en la boca de la caverna con órdenes de volver a la playa si no volvíamos con tiempo para acudir a la cita con Innes y los otros escoceses.

—Claire —dijo con suavidad—. Hay algo que debo decir. Si hubiera que elegir entre ella y uno de nosotros, seré yo. Lo sabes, ¿verdad?

En efecto, lo sabía. Si Geillis estaba aún allí y uno de nosotros debía morir para detenerla, sería Jamie quien correría el riesgo. Muerto él, aún estaría yo para seguirla a través de las piedras, donde él no podía ir.

—Lo sé —susurré por fin.

—Dame un beso, Claire —susurró—. Recuerda que para mí vales más que la vida. No tengo nada que perder.

Lo besé en la mano y en la boca. Luego me volví hacia el túnel de la izquierda.

—Por aquí —dije.

Diez pasos más allá vi una luz. Era sólo un vago resplandor en las rocas pero bastaba para devolvernos la vista. Solté un suspiro de alivio y de miedo y avancé hacia la luz y la suave vibración de campana. Entonces se hizo más potente, pero volvió a disminuir cuando Jamie se deslizó delante de mí, bloqueándome la vista. Luego se agachó para franquear una arcada de poca altura. Lo seguí.

Llegamos a una cámara de un tamaño considerable. Las paredes más alejadas de la antorcha retenían la fría negrura del pesado sueño de la caverna. Pero la que estaba ante nosotros había despertado. En ella centelleaban partículas minerales que reflejaban las llamas de una antorcha de pino metida en una grieta.

—Habéis venido, ¿eh? —Geillis estaba de rodillas, con la vista fija en un relumbrante chorro de polvo blanco que caía de su puño, dibujando una línea en el suelo.

Oí una exclamación de Jamie, entre alivio y terror: había visto a Ian. El chico estaba en el centro del pentágono, tumbado de costado, con las manos atadas a la espalda y amordazado con un pañuelo blanco. Junto a él había un hacha de piedra negra y reluciente como la obsidiana, con el filo agudo y mellado. El mango estaba cubierto por un vistoso diseño africano de bandas y picos.

—No te acerques más, zorro —dijo Geillis sentándose sobre los talones. Enseñó los dientes a Jamie con algo que no era una sonrisa. Tenía una pistola en la mano y otra, cargada y amartillada, en el cinturón de cuero que llevaba.

Con los ojos clavados en Jamie, hundió la mano en el saco que llevaba colgado del cinturón y extrajo otro puñado de diamantes en polvo. Vi gotas de sudor en su frente blanca. Debía de estar percibiendo el zumbido del paso temporal, tal como lo percibía yo. Estaba descompuesta; el sudor me corría por el cuerpo bajo la ropa.

El diseño estaba casi concluido. Sin dejar de apuntarnos cuidadosamente con la pistola, fue dejando caer el polvo brillante hasta haber completado el pentágono. Las piedras centelleaban con chispas de color, unidas por una línea de mercurio.

—Bien, ya está. —Lanzó un suspiro de alivio echándose el pelo atrás con una mano—. A salvo. El polvo de diamante impide la llegada del ruido —me explicó—. Horrible, ¿no?

Dio unas palmaditas a Ian, que yacía frente a ella con los ojos dilatados por el miedo.

—Bueno, bueno, *mo chridhe*. No te aflijas que pronto terminará todo.

—¡Aparta tus manos de él, maldita bruja! —Jamie dio un paso impulsivo hacia delante con la mano en el puñal, pero se detuvo al ver que Geillis levantaba la pistola.

—Me recuerdas a tu tío Dougal, *a sionnach* —dijo con coquetería—. Coges lo que quieres y que el diablo se lleve a quien te estorbe el paso.

Jamie miró a Ian, acurrucado en el suelo, y luego a Geillis.

—Cojo lo que es mío —corrigió suavemente.

—Pero ahora no puedes, ¿verdad? Un paso más y te mato. Si te dejo vivir es sólo porque Claire parece tenerte cariño. —Su mirada se desvió hacia mí, que permanecía en la sombra, detrás de Jamie—. Una vida por otra, dulce Claire. Una vez, en Craigh na Dun, trataste de salvarme. Yo te salvé del juicio por brujería, en Cranesmuir. Estamos en paz, ¿verdad?

Geillis cogió una pequeña botella, la descorchó y vertió cuidadosamente el contenido sobre la ropa del muchacho. El olor a coñac se elevó, fuerte y embriagador. Cuando los vapores alcohólicos llegaron hasta la antorcha, la llama se elevó con más potencia. Ian dio un respingo, pateando y emitiendo ruidos de protesta hasta que Geillis le dio un fuerte puntapié en las costillas.

—¡Quieto! —ordenó.

—No hagas eso, Geillis —intervine sabiendo que de nada serviría.

—No hay más remedio —replicó serena—. Tengo que hacerlo. Lamento tener que apoderarme de la chica pero te dejaré al hombre.

—¿Qué chica? —Jamie tenía los puños apretados.

—Brianna. Se llama así, ¿no? —Se echó hacia atrás la densa cabellera—. La última de la estirpe de Lovat. —Me sonrió—. ¡Qué suerte que vinierais a visitarme! De lo contrario no me habría enterado. Creía que todos habían muerto antes del siglo XX.

Me sacudió un escalofrío. Sentí que el mismo estremecimiento recorría los músculos de Jamie. Debió de reflejársele en la cara, pues Geillis gritó y dio un salto. Disparó en plena embestida de Jamie. La cabeza pelirroja fue hacia atrás y el cuerpo se contrajo con las manos aún alargadas hacia el cuello de la mujer. Luego cayó, laxo, cruzando el borde del pentágono. Ian lanzó un gemido ahogado.

Sentí el sonido que estallaba en mi garganta. No sé qué dije pero Geillis se volvió hacia mí sobresaltada. El fuego iluminaba poco pero ni la oscuridad total hubiera podido ocultar su expresión al comprender lo que se le avecinaba.

Sacó la otra pistola del cinturón y apuntó hacia mí. Vi con claridad el agujero redondo del cañón... y no me importó. El rugido del disparo resonó en toda la cueva, desprendiendo una lluvia de polvo y piedras, pero ya me había apoderado del hacha.

Oí un ruido detrás de mí, pero no miré. Los reflejos del fuego ardían en las pupilas de Geillis. No sentí miedo, ira ni duda. Sólo el movimiento en arco del hacha.

El impacto me recorrió todo el brazo. Solté el hacha, con los dedos entumecidos, y me quedé muy quieta. Ni siquiera me moví cuando Geillis avanzó hacia mí, a trompicones.

La sangre, a la luz del fuego, no es roja sino negra.

Dio un paso hacia delante y cayó con los músculos relajados, sin hacer intento alguno por salvarse. Lo último que vi de su cara fueron los ojos: separados, hermosos como piedras preciosas, marcados por el conocimiento de la muerte.

Alguien estaba hablando, pero las palabras no tenían sentido. La grieta abierta en la roca emitía un zumbido potente que me llenaba los oídos. La antorcha parpadeó, lanzando una llamarada súbitamente amarilla ante la corriente de aire. «El batir de alas del ángel negro», pensé.

El sonido se repitió detrás de mí. Al volverme vi a Jamie. Se tambaleaba sobre las rodillas. La sangre que le chorreaba del pelo le teñía de rojo y negro un lado de la cara; el otro estaba niveo; parecía la máscara de un arlequín.

«Detén la hemorragia», me indicó el instinto. Busqué a tientas un pañuelo pero Jamie ya se había arrastrado hasta Ian para soltar las correas, salpicándole la camisa con gotas de sangre. El muchacho se puso en pie y alargó una mano para ayudar a su tío.

Poco después la mano de Jamie se apoyaba en mi brazo. Levanté la vista, aturdida, para ofrecerle el pañuelo. Lo cogió para limpiarse un poco la cara. Luego me tiró del brazo, llevándome hacia la boca del túnel. Tropecé y estuve a punto de caer. Eso me devolvió al presente.

—¡Vamos! —me estaba diciendo—. ¿No oyes el viento? Se acerca una tempestad.

«¿Viento?», pensé. «¿En una cueva?» Pero tenía razón; la corriente de aire no había sido imaginaria; la leve exhalación que provenía de la grieta se había convertido en un viento que resonaba como un gemido en el estrecho pasadizo.

Me volví para mirar pero Jamie me empujó hacia delante. Mi última visión de la cueva fue una borrosa impresión de azabache y rubíes con una silueta blanca en el centro. Luego la corriente de aire llegó con un rugido y apagó la antorcha.

—¡Cristo! —Era la voz de Ian, llena de terror—. ¡Tío Jamie!

—Aquí —dijo Jamie asombrosamente sereno—. Aquí, hijo. Acércate. No tengas miedo. Es sólo la respiración de la caverna.

Cuando lo dijo pude sentir cómo el aliento frío de la roca en mi cuello me erizaba el pelo de la nuca. La imagen de la cueva como algo vivo, que respiraba ciega y malévola a nuestro alrededor, me heló la sangre en las venas. Al parecer, esta idea aterrorizaba tanto a Ian como a mí, pues oí una leve exclamación y sentí su mano que trataba de agarrarse a mí. Le cogí la mano y busqué en la oscuridad con la otra hasta encontrar la tranquilizadora mole de Jamie.

—Tengo a Ian —dije—. ¡Por Dios salgamos de aquí!

Como respuesta, me cogió la mano. Desanduvimos juntos el túnel serpenteante, tropezando en la oscuridad y pisándonos los talones. Durante todo ese tiempo el viento no dejó de gemir a nuestras espaldas. No veía nada: ni la camisa de Jamie delante de mí ni el movimiento de mis propias faldas. Trataba de apartar el recuerdo de lo que dejábamos atrás, la morbosa fantasía de que el viento encerraba voces susurrantes y secretos que no se debían escuchar.

—La oigo —dijo Ian súbitamente con la voz rota por el pánico—. ¡La oigo! ¡Oh, Dios, Dios mío! ¡Es Geillis! ¡Viene hacia aquí!

Un grito se ahogó en mi garganta. Sabía perfectamente que no era ella, sino el viento y el miedo de Ian, pero eso no cambió el arrebato de terror que me brotó desde la boca del estómago, haciendo que mis intestinos se convirtieran en agua. Yo también sabía que ella se acercaba, gritando a pleno pulmón. Entonces Jamie nos abrazó a ambos tapándonos los oídos contra su pecho. Olía a humo de pino, a sudor y a coñac. Estuve a punto de ponerme a llorar de alivio.

—¡Silencio! —dijo con furia—. No voy a permitir que os toque. ¡Jamás! Vamos —continuó en voz más baja—. Es sólo el viento. Cuando cambia el clima en la superficie, las cuevas resoplan por sus grietas. No es la primera vez que lo oigo. Fuera se acerca una tempestad. Vamos.

• • •

La tormenta fue breve. Cuando llegamos a la superficie, tambaleándonos, la lluvia había cesado y nos cegó la luz del sol.

Lawrence estaba cerca de la entrada, protegido bajo una palmera. Al vernos se levantó de un salto y una expresión de alivio ablandó las arrugas de su cara.

—¿Todo bien? —preguntó.

Jamie asintió con una semisonrisa.

—Todo bien —confirmó señalando a Ian—. ¿Puedo presentarte a Ian Murray, mi sobrino? Ian, éste es el doctor Stern; nos ha sido de gran ayuda en tu búsqueda.

—Os estoy muy agradecido, doctor —dijo el muchacho inclinando la cabeza. Luego añadió con una sonrisa trémula, pasándose la manga por la cara sucia—: Estaba seguro de que vendrías, tío Jamie. Pero tardaste un poco, ¿no? —La sonrisa se ensanchó y empezó a temblar, parpadeando para contener las lágrimas.

—Es cierto, Ian. Lo siento. Ven aquí, *a bhalaich*. —Jamie lo estrechó en un abrazo dándole palmadas en la espalda, entre murmullos en gaélico.

Tardé un momento en darme cuenta de que Lawrence me estaba hablando.

—¿Estáis bien, señora Fraser? —Sin aguardar respuesta, me sujetó por el brazo.

—No estoy segura. —Estaba completamente exhausta, como después de un parto, pero sin la misma exaltación. Todo me parecía irreal: Jamie, Ian y Lawrence eran como juguetes que se movían y hablaban a lo lejos, emitiendo sonidos que me costaba entender.

—Creo que debemos salir de aquí —observó Lawrence mirando la boca de la cueva. Estaba algo intranquilo. No preguntó por la señora Abernathy.

—Tenéis razón.

Aunque tenía fresca en la mente la imagen de la caverna, me parecía tan irreal como la verde selva y las piedras que nos rodeaban. Giré en redondo y emprendí la marcha sin esperar a los hombres.

Hacia el crepúsculo nos detuvimos en un pequeño claro, cerca de un arroyo e instalamos nuestro primitivo campamento. Ya había descubierto que Lawrence era una presencia utilísima en esas excursiones. No sólo tenía tanta habilidad como Jamie para buscar refugio o construirlo: además, por estar familiarizado con la flora y la fauna de la zona, era capaz de zambullirse en la jungla y volver al cabo de media hora con puñados de raíces, hongos y frutas comestibles con los que aumentar las espartanas raciones de nuestras mochilas.

Mientras Lawrence buscaba alimentos, Ian salió en busca de leña. Yo me senté con Jamie para curarle la herida de la cabeza.

Después de lavarle la sangre, descubrí con sorpresa que la bala había perforado la piel por encima de la línea donde comienza a nacer el pelo pero que no había señales de salida, como si hubiera desaparecido dentro de la cabeza. Hurgué en el cuero cabelludo hasta que un grito del paciente me anunció que había encontrado la bala.

Tenía un bulto en la parte trasera de la cabeza. La bala había viajado bajo la piel, siguiendo la curvatura del cráneo, hasta detenerse cerca del occipucio.

—¡Cielo santo! —exclamé—. Tenías razón al decir que tu cabeza era de hueso macizo. Esa mujer te disparó a quemarropa y ese maldito proyectil no pudo atravesarte el cráneo.

Jamie emitió un bufido como queja.

—Tengo la cabeza dura, pero eso no habría bastado si la señora Abernathy hubiera usado una carga completa de pólvora.

—¿Te duele mucho?

—La herida no, pero tengo un horrible dolor de cabeza.

—No me extraña. Aguanta un poco que voy a extraerte la bala.

Como ignorábamos las condiciones en qué encontraríamos a Ian, había llevado el más pequeño de mis botiquines que, afortunadamente, contenía un frasco de alcohol y un pequeño bisturí. Rasuré una parte del cuero cabelludo y lo mojé con alcohol. Sosteniendo la piel tensa entre los dedos de la mano

izquierda, hice un corte rápido y presioné la hinchazón con el pulgar derecho. La bala cayó en mi mano izquierda como una uva. Puse una gasa en la pequeña herida y la sujeté con una venda alrededor de la cabeza. Entonces, sin poder resistirlo más me puse a llorar. Aunque era consciente de estas sensaciones, no podía evitar el sentirme, todavía, fuera de mi cuerpo.

—*Sassenach*, ¿estás bien? —Jamie me miraba con preocupación bajo el vendaje de pirata que le había hecho.

—Sí —respondí tartamudeando por los sollozos—. No sé por qué lloro. ¡No lo sé!

—Ven aquí. —Me cogió de la mano para sentarme en sus rodillas y estrecharme entre los brazos—. Todo va bien, *mo chridhe*, todo va bien.

De repente me encontré de nuevo dentro de mi cuerpo, caliente y estremecida. Poco a poco dejé de sollozar y me recosté en su pecho para sentir la paz y el consuelo de su presencia.

No reparé en el regreso de Lawrence e Ian hasta que oí que el chico decía, con más curiosidad que alarma:

—Te corre sangre por el cuello, tío Jamie. —Tendrás que ponerme otro vendaje, Ian —dijo Jamie sin preocuparse—. Yo estoy ocupado abrazando a tu tía.

Poco después me quedé dormida, envuelta en sus brazos.

Desperté acurrucada en una manta, junto a Jamie. Él estaba recostado en un árbol con una mano apoyada en mi hombro. Al notar que me despertaba me apretó un poco. Estaba oscuro. A poca distancia se oía un ronquido rítmico que debía de ser Lawrence, pues la voz de Ian se oía al otro lado.

—No, en el barco no lo pasé tan mal —decía en voz baja—. Tenía la compañía de los otros muchachos. Nos daban de comer decentemente y nos sacaban a caminar por cubierta, de dos en dos. Estábamos asustados, pues no sabíamos dónde nos llevaban, pero no nos maltrataron.

El *Bruja* había remontado el río Yallahs para entregar su carga humana directamente en Rose Hall. Allí, los desconcertados niños recibieron la cálida bienvenida de la señora Abernathy, que inmediatamente los metió en una nueva prisión.

El sótano de la hacienda estaba bien preparado, con camas y bacinillas. Resultaba bastante cómodo pese a tener que soportar el ruido que se hacía arriba durante las horas del día. Ninguno de los muchachos tenía idea de por qué estaban allí. Hicieron muchas conjeturas, cada una más improbable que la anterior.

—De vez en cuando, un negro gigantesco bajaba con la señora Abernathy. Siempre le implorábamos que nos dijera qué estábamos haciendo allí y por qué no nos dejaba salir, pero ella se limitaba a sonreír, nos daba unas palmaditas y nos decía que ya saldríamos en su momento. Luego escogía a un muchacho; el gigante lo cogía de un brazo y se lo llevaba. —La voz de Ian sonaba afligida.

—¿Volvían esos muchachos? —preguntó Jamie.

—No, generalmente no. Eso nos asustaba muchísimo.

Transcurridas unas ocho semanas le tocó el turno a Ian. Ya habían desaparecido tres de los chicos cuando los ojos verdes de la señora Abernathy se posaron en él. Ian no estaba dispuesto a cooperar.

—Pateé al negro, le pegué y hasta le mordí la mano —dijo melancólico—, pero no sirvió de nada. Se limitó a darme un golpe en la cabeza con tanta fuerza que me dejó un pitido en los oídos, y me cogió en brazos como si fuera un crío.

Lo habían llevado a la cocina, donde lo bañaron y lo vistieron con una camisa limpia antes de llevarlo a la parte principal de la casa.

—Era de noche y todas las ventanas estaban iluminadas. Se parecía mucho a Lallybroch cuando bajas de las colinas, al oscurecer, y mamá acaba de encender las lágrimas. Se me partió el corazón.

Pero no tuvo mucho tiempo para nostalgias. Hércules (o Atlas) lo llevó al piso superior, donde estaba el dormitorio del ama. La señora Abernathy lo esperaba vestida con una especie de túnica con extrañas figuras bordadas. Se mostró cordial y le ofreció algo de beber. Tenía un olor extraño, pero no tenía mal sabor. Como Ian no podía decidir al respecto, lo bebió.

En el cuarto había dos cómodos sillones, con una mesa baja en medio y una gran cama al lado con doseles dignos de un lecho real. Ocuparon los sillones y ella le hizo varias preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas? —preguntó Jamie al notar que vacilaba.

—Bueno, sobre mi hogar y mi familia. Me preguntó los nombres de todos mis hermanos y mis tíos. —Di un respingo: ¡por eso Geillis no se había sorprendido al vernos aparecer!— Todo tipo de cosas, tío. Después me... me preguntó si alguna vez... si alguna vez me había acostado con una chica, ¡como si me preguntara qué había comido por la mañana! No quería responder, pero no pude evitarlo. Sentía mucho calor, como si tuviera fiebre, y me costaba moverme. Respondí a todas sus preguntas mientras ella continuaba sentada, simpática, observándome con sus grandes ojos verdes...

—Así que le dijiste la verdad.

—Sí, sí. —Ian hablaba con lentitud, reviviendo la escena—. Le dije que sí y le hablé... de Edimburgo, de la imprenta, el marino, el burdel... de Mary, de todo.

Entonces Geillis pareció disgustarse; se le endureció la expresión y entornó los ojos. Ian tuvo mucho miedo y habría querido huir, pero se lo impedían la pesadez de sus miembros y la presencia de aquel gigante inmóvil ante la puerta.

—Se levantó para pasearse a grandes zancadas, diciendo que si yo no era virgen estaba arruinado y que qué tenía que hacer un niño como yo, echándome a perder con las mujeres. De pronto se detuvo para beber un vaso de vino. Entonces pareció serenarse, se echó a reír mirándome con atención y dijo que tal vez no todo estaba perdido. Si no le servía para lo que tenía pensado, tal vez le sirviera para otras cosas.

La voz de Ian sonaba algo sofocada, como si le apretara el cuello de la camisa. Como Jamie emitiera un sonido interrogante, él tomó aliento, decidido a continuar:

—Me... me ofreció la mano para levantarme, me quitó la camisa y... ¡Te juro que es verdad, tío! Se arrodilló en el suelo y se metió mi polla en la boca.

Aunque la mano de Jamie se tensó sobre mi hombro, su voz no reveló más que un suave interés.

—Te creo, Ian. ¿Y te hizo el amor?

—¿El amor? —El chico parecía aturdido—. No... es decir, no sé. Se... ella... bueno, hizo que se me empinara, después me llevó a la cama y siguió haciendo cosas. ¡Pero no fue como con Mary, no!

—No, por supuesto —comentó el tío.

—¡Dios, qué extraño! —En el tono de Ian se percibía un escalofrío—. En medio del asunto, levanté la cabeza y allí estaba el negro, en pie junto a la cama, con una vela. Ella le indicó que la levantara un poco más para ver mejor.

Hizo una pausa para beber agua y dejó escapar un largo suspiro.

—Tío, ¿alguna vez... te has acostado con una mujer sin querer hacerlo?

Jamie vaciló un segundo antes de responder.

—Sí, Ian.

—Ah. —Oí que el chico se rascaba la cabeza—. ¿Sabes lo que se siente, tío? ¿Puedes hacerlo, no quieres y te parece detestable, pero... pero te gusta?

Jamie dejó escapar una risa breve y seca.

—Bueno, Ian, lo que sucede es que esa parte del cuerpo no tiene conciencia, pero tú sí. —Me soltó el hombro para mirar a su sobrino—. No te aflijas. No podías evitarlo y lo más probable es que eso te haya salvado la vida. Los otros chicos, los que no volvieron al sótano..., ¿sabes si eran vírgenes?

—Teníamos mucho tiempo para conversar y acabamos por conocernos bastante. Unos sí que lo eran y otros se jactaban de haber estado con una chica, pero por lo que decían me pareció que no era cierto.

Hizo una pausa, obligado a hacer una dolorosa pregunta.

—¿Sabes qué fue de ellos, tío? ¿De los muchachos que estaban conmigo?

—No, Ian —respondió Jamie sin alterarse—. No tengo ni idea. —Volvió a reclinarse en el árbol con un profundo suspiro—. ¿Podrás dormir, pequeño? Te hará falta. Mañana nos espera una buena caminata hasta la costa.

—Oh, claro que puedo dormir, tío —le aseguró Ian—. Pero ¿no quieres que monte guardia? Eres tú el que debe descansar con ese disparo en la cabeza. —Hubo un silencio. Después añadió con timidez—: No te he dado las gracias, tío Jamie.

—No tienes por qué, Ian —dijo después de soltar una carcajada—. Acuéstate y duerme. Yo te despertaré si hace falta.

Ian se acurrucó y al poco rato dormía profundamente.

—¿Quieres dormir tú también, Jamie? —Me incorporé a su lado—. Ya que estoy despierta puedo montar guardia.

Había cerrado los ojos. La luz de la fogata, ya casi apagada, le bailaba en los párpados. Sonrió buscando mi mano a tientas.

—No, pero puedes vigilar un poco. Si mantengo los ojos cerrados me duele menos la cabeza.

Pasamos un rato en silencio cogidos de la mano. Ocasionalmente se oía algún ruido o un grito lejano en la oscuridad, pero nada parecía amenazarnos.

—¿Volveremos a Jamaica a por Fergus y Marsali? —pregunté al fin.

—No. Creo que pondremos rumbo hacia Eleuthera. Es colonia holandesa, tierra neutral. Enviaremos a Innes en el barco de John para que le diga a Fergus que se reúna con nosotros. Preferiría no volver a pisar Jamaica.

—Claro —callé un momento. —¿Cómo se las arreglará el señor Willoughby? Digo, Yi Tien Cho. Si se queda en las montañas, no creo que lo encuentren, pero...

—Oh, se las arreglará perfectamente —interrumpió Jamie—. A fin de cuentas, tiene a ese pelícano para que pesque por él. Y si es astuto irá hacia el sur, a la Martinica. Allí hay una pequeña colonia de mercaderes chinos. Le hablé de ella y me ofrecí a llevarlo una vez que hubiéramos resuelto nuestros asuntos en Jamaica.

—¿Ya no estás enfadado con él? —dije con curiosidad. Encogió un hombro, acomodándose mejor.

—Oh, no. No creo que pensara lo que hacía, ni cómo podía terminar todo esto. Además, sería absurdo odiar a un hombre por no darte lo que nunca tuvo.

Abrió los ojos con una leve sonrisa. Comprendí que estaba pensando en John Grey. Luego miró a su sobrino.

—Gracias a Dios —dijo—, éste volverá con su madre en el primer barco que zarpe hacia Escocia.

—No sé —dije sonriendo—. Después de tantas aventuras, tal vez no quiera regresar a Lallybroch.

—Poco me importa lo que quiera —aseveró Jamie—. Irá, aunque sea preciso embalarlo en un cajón. ¿Buscas algo, *Sassenach*?

—Ya lo he encontrado —dije sacando el estuche de jeringuillas de mi bolsillo. Lo abrí para verificar su contenido a la escasa luz de la fogata—. Oh, bueno, queda lo suficiente para una dosis.

Jamie se incorporó un poco.

—No tengo fiebre —advirtió desconfiado—. Y si estás pensando clavarme esa porquería en la cabeza, ya puedes ir cambiando de idea, *Sassenach*.

—A ti no —aclaré—. A Ian. ¿O quieres devolverlo a Jenny plagado de sífilis y otras enfermedades sexuales?

Jamie alzó las cejas. El dolor ocasionado por el gesto le arrancó una mueca.

—-¡Ay! ¿Sífilis? ¿Tú crees?

—No me sorprendería en absoluto. Uno de los síntomas de esa enfermedad, en su etapa avanzada, es una profunda demencia. En el caso de Geillis no es fácil determinarlo. En cualquier caso, más vale prevenir que curar, ¿no?

Jamie soltó una risa.

—Bueno, así el joven Ian aprenderá cuál es el precio de la diversión. Será mejor que yo distraiga a Stern mientras tú llevas al muchacho tras los arbustos. Lawrence es un buen hombre, pero muy curioso. No quiero que te lleven a Kingston para quemarte por bruja.

—Supongo que sería molesto para el gobernador —apunté secamente—, aunque personalmente lo disfrutara.

—No creo que lo disfrutara, *Sassenach*—dijo tan seco como yo—. ¿Tienes mi chaqueta a mano?

—Sí. —Recogí la prenda para dársela—. ¿Tienes frío?

—No. —Se recostó hacia atrás con la chaqueta cruzada en las rodillas—. Pero quería sentir a los niños cerca de mí mientras duermo. —Cruzando suavemente las manos sobre la chaqueta y los retratos, volvió a cerrar los ojos—. Buenas noches, *Sassenach.*

63

De las profundidades

Por la mañana, recuperados por el descanso y por un desayuno compuesto de bananas y bizcochos, continuamos la marcha hacia la costa. Al poco rato, Ian incluso dejó de renquear. Pero al bajar por el desfiladero que conducía a la playa nos encontramos con un sorprendente espectáculo.

—¡Dios mío, son ellos! —balbuceó Ian—. ¡Los piratas!

Giró en redondo para huir de nuevo hacia las colinas pero Jamie lo sujetó por un brazo.

—No son los piratas —dijo—. Son esclavos. ¡Mira!

Poco hábiles para pilotar grandes navios en el mar, los esclavos fugitivos habían hecho encallar el barco en la costa de La Española. El *Bruja* yacía inclinado en los bajíos, con la quilla hundida en el lodo arenoso. Un grupo de negros corría dando gritos por la playa, otros buscaban refugio en la selva y unos pocos ayudaban al resto a bajar del barco.

Una rápida mirada al mar nos enseñó la causa de la agitación. En el horizonte había una mancha blanca que se iba haciendo cada vez más grande.

—Una cañonera —dijo Lawrence con interés.

Jamie murmuró, para horror de su sobrino, algo en gaélico.

—Salgamos de aquí —ordenó secamente, empujando a Ian desfiladero arriba.

—¡Un momento! —Lawrence se protegió los ojos con la mano—. Viene otro barco, más pequeño.

Era la pinaza privada del gobernador de Jamaica, que se inclinaba, con las velas hinchadas por el viento, formando un peligroso ángulo para rodear la curva de la bahía. Jamie dedicó una fracción de segundo a sopesar las posibilidades y me tiró de la mano.

—¡Vamos!

Cuando llegamos a la orilla, el pequeño bote de la pinaza se acercaba por los bajíos, con Raeburn y MacLeod a los remos. Jadeando, con las piernas débiles por la carrera, corrí hacia las olas hasta que Jamie acabó levantándome en vilo; nos seguían Lawrence e Ian bufando como ballenas.

Al ver a Gordon en la proa de la pinaza, que nos esperaba varios metros más allá, apuntando su mosquete hacia la costa, comprendí que nos seguían. El arma lanzó una bocanada de humo y Meldrum, que estaba tras él, alzó el suyo para disparar. Los dos se turnaron, cubriendo nuestra marcha, hasta que manos amigas nos izaron desde la borda y nos subieron a la pinaza.

—¡Virad! —ladró Innes desde el timón.

La botavara giró hacia el lado opuesto y las velas se hincharon de inmediato. Jamie cayó a mi lado en el banco, jadeando.

—Santo Dios, Duncan, ¿no te dije que te mantuvieras lejos?

—Ahorra saliva, Mac Dubh —replicó Innes sonriendo bajo el bigote. Gritó algo a MacLeod y éste manipuló los cordajes.

La pinaza escoró cambiando de curso y puso proa hacia mar abierto... apuntando directamente hacia la cañonera, que ya estaba lo bastante cerca para que pudiéramos distinguir la *Marsopa* de gruesos labios bajo el bauprés.

MacLeod bramó algo en gaélico, con un ademán que no dejó dudas sobre su significado. Con un triunfal grito montañés emitido por Innes, pasamos como una flecha ante la proa del *Marsopa*, tan cerca que llegamos a ver las caras asombradas de la tripulación en la barandilla.

Una vez fuera de la ensenada vi que la cañonera continuaba hacia tierra.

—Van tras el barco de los esclavos —explicó Meldrum—. Estábamos allí cuando lo vieron, a cinco kilómetros de la isla. Pensamos que mientras ellos estaban ocupados persiguiéndolo, nosotros podríamos aprovechar para recogeros.

—Bien hecho —dijo Jamie con una sonrisa—. Espero que el *Marsopa* siga ocupado un buen rato.

Un grito de advertencia de Raeburn nos indicó que no era así. El brillo del bronce de dos cañones apareció en la popa. Nos estaban apuntando. La sensación de recibir un disparo a quemarropa no resultó muy grata. Pero nosotros seguíamos alejándonos a toda velocidad. Innes movió el timón con violencia justo en el momento en que se oyó el tronar de los cañones. Acto seguido, un chorro de agua se levantaba a veinte metros a babor, demasiado cerca para nuestro gusto: un proyectil de veinticuatro kilos podía atravesar el fondo de la pinaza sin ninguna dificultad, haciendo que nos hundiéramos como una piedra.

Innes, entre maldiciones, se curvaba sobre el timón. Nuestra carrera se tornó más errática aún y los tres proyectiles siguientes cayeron bastante lejos. Entonces oímos un potente cañonazo y el flanco del *Bruja* voló hecho astillas: el *Marsopa* había apuntado los cañones de proa hacia el barco varado.

Una lluvia de metralla barrió la playa en dirección a un grupo de fugitivos. Cuerpos enteros y mutilados volaron por los aires y cayeron en la arena como palillos negros, tiñéndola de rojo.

—Santa María, Madre de Dios. —Ian se persignó horrorizado. Otros dos disparos abrieron un gran agujero en el flanco del *Bruja*. Varios cayeron en la arena y otros dos hicieron blanco entre la gente que huía. Entonces rodeamos el promontorio que ponía fin a la ensenada y la playa y su carnicería quedaron ocultas a nuestra vista.

—Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte —concluyó Ian en un susurro.

Jamie indicó a Innes que se dirigiera a Eleuthera y éste consultó con MacLeod el rumbo que debíamos seguir. Los demás estábamos demasiado horrorizados para conversar.

Hacía buen tiempo y una fuerte brisa nos impulsaba. Al caer el sol, La Española ya había desaparecido en el horizonte y la Gran Turca se elevaba a la izquierda.

Tras tomar mi pequeña ración de bizcocho y agua, me acurruqué en el fondo del bote, entre Ian y Jamie. Innes, bostezando, se acomodó en la proa mientras MacLeod y Meldrum se turnaban en el timón.

Por la mañana, un grito hizo que me incorporara sobre un codo, somnolienta y dolorida por la noche pasada sobre aquellas tablas húmedas. Jamie estaba en pie, con el pelo agitado por la brisa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No lo puedo creer —dijo mirando hacia popa—. ¡Otra vez esa maldita cañonera!

Era cierto; hacia proa se veían unas diminutas velas blancas.

—¿Estás seguro? —inquirí bizqueando—. ¿Cómo lo sabes desde tan lejos?

—Yo no lo sé —reconoció Jamie—, pero Innes y MacLeod dicen que es ese condenado barco inglés. Ya han liquidado a los pobres negros y ahora vienen tras nosotros. —Se encogió de hombros—. No hay mucho que hacer; ojalá podamos mantener la distancia. Dice Innes que, si llegamos a la Isla del Gato al oscurecer, podremos salvarnos.

Durante todo el día nos mantuvimos fuera del alcance de los cañones, pero Innes parecía cada vez más preocupado.

Entre la Isla del Gato y Eleuthera, el mar era poco profundo y estaba sembrado de arrecifes coralinos. Un buque de guerra jamás podría seguirnos por aquel laberinto... pero difícilmente podríamos navegar a la velocidad suficiente para evitar que el *Marsopa* nos hundiera con sus cañones. Una vez allí constituiríamos un blanco fácil.

Por fin, de mala gana, decidimos poner proa al este, a mar abierto; no podíamos arriesgarnos a perder velocidad y había una pequeña posibilidad de eludir a la cañonera durante la noche.

Al llegar el alba, todo rastro de tierra había desaparecido. El *Marsopa*, por desgracia, no. Hasta entonces no había acortado la distancia, pero al levantarse el viento del amanecer izó más velas y empezó a acercarse. Nosotros ya íbamos a toda vela y no teníamos dónde ocultarnos; sólo podíamos seguir adelante... y esperar.

Durante las largas horas de la mañana, el *Marsopa* se fue haciendo cada vez más grande. El cielo comenzaba a encapotarse y se había levantado un fuerte viento que ayudaba a la cañonera, con su enorme velamen, mucho más que a nosotros.

Hacia las diez ya estaba lo bastante cerca para arriesgar un disparo. Cayó lejos pero consiguió asustarnos. Innes miró para apreciar la distancia y, sacudiendo la cabeza, se concentró en el timón. Nada ganaríamos navegando en zig- zag; temamos que continuar en línea recta tanto tiempo como pudiéramos, reservando los intentos de esquivarles para cuando no nos quedara otra cosa.

A las once teníamos al *Marsopa* a cuatrocientos metros. Cada diez minutos sonaba el monótono tronar de sus cañones de proa probando puntería. A las once y media había empezado a llover y la mar era gruesa. Una ráfaga nos alcanzó de lado, haciéndonos escorar hasta poner la barandilla de babor a treinta centímetros del agua. Mientras nos desenredábamos en la cubierta, Innes y Macleod enderezaron hábilmente la pinaza. Eché un vistazo atrás (cosa que hacía cada pocos minutos) y vi correr a los tripulantes del *Marsopa*, arriando las velas.

—¡Eso sí que es suerte! —me gritó MacGregor al oído—. Así se retrasarán.

A las doce y media, el cielo tenía un subido tono purpúreo y el viento se había convertido en un gemido espectral. La cañonera seguía arriando velas pero aun así se le desprendió una, que se alejó aleteando como un albatros. Hacía tiempo que no nos disparaba. Era imposible apuntar a un blanco tan pequeño en medio de aquel oleaje.

Yo me aferraba a la borda con una mano y a la mano de Ian con la otra. Jamie, encorvado detrás de nosotros, nos rodeaba con los brazos para protegernos. La lluvia caía de lado con tanta fuerza que nos hacía daño.

Las olas alcanzaban una altura de doce metros y la pinaza las remontaba ligera, alzándonos a alturas vertiginosas para descender luego bruscamente. Jamie estaba pálido a la luz de la tormenta, con el pelo pegado al cráneo por el agua.

Estaba oscureciendo cuando sucedió. Había un fantasmagórico resplandor verde en el horizonte, sobre el que se recortaba la figura esquelética del *Marsopa*. Alcanzados por otra ráfaga lateral, dimos un tumbo en lo alto de una inmensa ola.

Mientras nos levantábamos de otro doloroso revolcón, Jamie me cogió del brazo, señalando hacia atrás. El palo mayor del *Marsopa* estaba torcido y continuó inclinándose hasta que la parte superior se rompió y cayó al mar arrastrando el cordaje y las vergas. Todo junto actuó como si fuera un ancla improvisada, haciendo que la cañonera girara pesadamente. En aquel momento, una ola cayó violentamente sobre ella atrapándola de costado. El *Marsopa* escoró y dio un viraje completo. La ola siguiente cayó sobre la popa rompiendo los palos como si fueran pequeñas ramas.

Bastaron tres olas más para hundirlo; no hubo tiempo para que la indefensa tripulación escapara pero sí para que nosotros compartiéramos su terror.

Jamie estaba rígido como el acero. Mirábamos paralizados por el espanto. Sólo Innes se mantenía tercamente aferrado al timón, enfrentándose a las olas una a una.

Otra ola se levantó junto a la barandilla; suspendidos en ella aparecieron los restos del naufragio, con los hombres de la tripulación formando un grotesco y macabro ballet. Vi el cuerpo inerte de Thomas Leonard a unos tres metros de distancia, con la boca abierta por la sorpresa y el largo pelo rubio en torno al cuello.

Entonces nos sacudió una ola enorme que me arrastró de la cubierta. De inmediato me vi devorada por el caos; sorda, ciega e incapaz de respirar, iba dando tumbos con los brazos y las piernas a merced de la fuerza del agua. Todo estaba oscuro; sólo tenía intensas y confusas sensaciones: presión, ruido, frío. No sentía los tirones de la cuerda que me habían atado a la cintura. De repente algo caliente me recorrió las piernas: «orina», pensé sin saber si era mía o de otro cuerpo.

Me golpeé la cabeza con algo; el crujido fue horrible. De pronto me encontré de nuevo en la cubierta de la pinaza, tosiendo hasta casi escupir los pulmones. Me incorporé poco a poco, con la soga tan ceñida a la cintura que podía haberme fracturado las costillas. Tiré débilmente tratando de aflojarla para respirar. Entonces Jamie me rodeó con el brazo, buscando a tientas su cuchillo.

—¿Estás bien? —-gritó tratando de imponerse al aullido del viento.

—¡No! —susurré sacudiendo la cabeza y tocándome la cintura.

Jamie cortó la soga; su cabeza empapada había adquirido un color caoba. Por fin pude aspirar una bocanada de aire, ignorando la punzada en el costado y el escozor de la carne despellejada en la cintura.

El barco se bamboleaba salvajemente, con la cubierta convertida en un tobogán. Jamie me arrastraba gateando hacia el palo.

La ola me había empapado las ropas, pegándomelas al cuerpo, y el viento era tan fuerte que las hacía revolotear hasta mi cara como alas de ganso. El brazo de Jamie me ceñía por el torso como una cincha. Me aferré a él. Trataba de impulsarme con los pies y ayudarle a avanzar cuando unas manos nos arrastraron el último par de metros hacia el relativo amparo del palo.

Hablar era imposible... e innecesario. Raeburn, Ian, Meldrum y Lawrence se habían atado al palo. Por mal que fueran las cosas en cubierta, nadie quería bajar a la oscuridad de la bodega sin saber lo que sucedía arriba. Me senté con las piernas separadas y el mástil a la espalda. El cielo había adquirido un gris plomizo por un lado y un verde luminoso e intenso por el otro; los relámpagos caían al azar sobre la superficie del océano. El viento era tan fuerte que hasta los truenos llegaban apagados, como cañones disparados a lo lejos.

De pronto, un rayo cayó junto al barco, tan cerca que vimos como el agua empezaba a hervir. No podía oír lo que Jamie me gritaba, sólo pude sacudir la cabeza enmudecida por el horror. El pelo, como las faldas, se me secaba al viento y bailaba alrededor de la cabeza, tirando de las raíces y crujiendo por la electricidad estática. Los marineros que me rodeaban se movieron súbitamente. Cuando levanté la vista vi que las vergas y el cordaje estaban bañados por la fosforescencia azul del fuego de San Telmo.

Una bola de fuego cayó a cubierta y comenzó a rodar hacia nosotros hasta que Jamie le pegó un puntapié que la hizo saltar por la borda, dejando tras de sí un olor a quemado. Jamie tenía los cabellos de punta, cubiertos de fuego, como si fuera un demonio; al tocárselos con los dedos, éstos se recubrieron de un haz de luz azul. Cuando me cogió de la mano, a ambos nos sacudió una descarga eléctrica, pero no me soltó.

No sé cuánto duró aquello: horas, días. El viento nos secaba la boca, ya pastosa por la sed. El cielo pasó de gris a negro, pero no había modo de saber si era de noche o es que iba a llover.

Cuando llegó la lluvia, la recibimos agradecidos. Mejor aún: no fue lluvia, sino pedrisco; no me importó que me golpearan el cráneo con guijarros: reuní aquellos granizos con ambas manos y me los tragué a medio derretir. Supusieron un fresco alivio para mi garganta torturada. Meldrum y MacLeod, gateando por la cubierta, recogieron el granizo en cántaros, cacerolas y cualquier objeto capaz de contener agua.

A ratos dormía con la cabeza apoyada en el hombro de Jamie; al despertar, el viento seguía aullando. Insensible al miedo, me limitaba a esperar. Vivir o morir no era importante si aquel ruido espantoso cesara de una vez.

Por fin el viento amainó un poco. La mar seguía muy gruesa y la pequeña embarcación se agitaba como una cáscara de nuez, pero el ruido había disminuido. Pude oír a MacGregor pedir a Ian que le pasara una taza de agua. Los hombres tenían la cara despellejada y los labios partidos, pero sonreían.

—Ya pasó —dijo la voz de Jamie, grave y ronca, en mi oído—. La tormenta ha pasado.

Era cierto. Había grietas en el cielo plomizo y algunos destellos azules. Supuse que era por la mañana, algo después de la aurora, pero no había modo de asegurarlo.

Aunque el huracán había cesado, el viento aún era fuerte y la corriente nos llevaba a gran velocidad. Meldrum se hizo cargo del timón; al inclinarse para consultar la brújula dio un grito de sorpresa. El fuego de San Telmo no había dañado a nadie, pero había convertido la brújula en una masa de metal fundido; sin embargo, el soporte de madera seguía intacto.

—¡Asombroso! —comentó Lawrence tocándola con aire reverente.

—Sí, pero es un gran inconveniente —completó Innes secamente. Echó un vistazo hacia los restos de los nubarrones—. ¿Sabéis orientaros por las estrellas, señor Stern?

Después de mucho analizar el sol naciente y las pocas estrellas matutinas, determinó que íbamos rumbo al nordeste.

—Debemos virar hacia el oeste —dijo Stern inclinado con Jamie e Innes sobre los toscos mapas—. Aunque no sabemos dónde estamos, la tierra estará al oeste.

Innes asintió sobriamente.

—Así es. Sabe Dios cuánto tiempo llevamos navegando hacia mar abierto. El casco sigue entero pero eso es todo lo que puedo asegurar. En cuanto al palo y las velas... bueno, tal vez resistan un tiempo. —Parecía tener grandes dudas—. Quién sabe dónde terminaremos.

Jamie le dirigió una amplia sonrisa, limpiándose la sangre del labio partido.

—Mientras encontremos tierra, Duncan, no soy muy exigente.

Innes enarcó una ceja con una leve sonrisa.

—¿Sí? ¡Y yo que te hacía decidido a vivir como marinero, Mac Dubh! ¡No has vomitado una sola vez en los dos últimos días!

—Porque durante ese tiempo no he comido nada —observó Jamie irónico—. Mientras lleguemos a alguna isla, poco me importa que sea inglesa, francesa, española u holandesa..., pero te agradecería que fuera un lugar donde hubiera comida Duncan.

Innes se pasó una mano por la boca y tragó saliva con dificultad. A todos se nos hizo la boca agua.

—Haré lo que pueda —prometió.

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista!

Cinco días después llegó, por fin, el anuncio, con una voz tan enronquecida por el viento y la sed que parecía un graznido, pero lleno de júbilo. Subí corriendo, resbalando en los peldaños. Todos estaban asomados a la barandilla observando la forma negra que se curvaba en el horizonte. Estaba lejos, pero indiscutiblemente era tierra sólida. Innes ordenó al timonel que virara un punto más hacia el viento.

Vi una hilera de grandes aves que volaban en majestuosa procesión, rozando una costa lejana. Eran pelícanos que pescaban en los bajíos, con el sol centelleando en las alas.

Tiré a Jamie de la manga señalando.

—Mira... —pero no pude decir más. Hubo un fuerte crujido y el mundo estalló en fuego y negrura. Cuando reaccioné estaba en el agua, aturdida y medio ahogada. Tenía algo envuelto en las piernas que tiraba de mí hacia abajo.

Pataleé enloquecida, tratando de liberar las piernas. Algo pasó flotando junto a mi cabeza y le lancé un manotazo. Madera, bendita madera, algo a lo que agarrarme en medio de las olas.

Una forma oscura pasó por debajo del agua y a dos metros de mí emergió una cabeza roja.

—¡Sujétate! —exclamó Jamie. Llegó a mí en dos brazadas y se zambulló bajo el trozo de madera que me sostenía. Sentí un tirón en la pierna y un dolor agudo; luego la tensión cesó. La cabeza de Jamie volvió a emerger junto al tronco. Me sujetó las muñecas y se quedó allí, aspirando grandes bocanadas de aire mientras las olas nos arrastraban.

El barco ya no estaba a la vista; ¿se habría hundido? Una ola rompió sobre mi cabeza y Jamie desapareció. Sacudí la cabeza, parpadeando y allí estaba otra vez, sonriéndome con esfuerzo mientras sus dedos me apretaban las muñecas con más fuerza.

—¡Sujétate! —graznó otra vez.

Me agarré a la madera astillada con todas mis fuerzas. Flotábamos a la deriva medio cegados por la lluvia, como un desecho del mar; a veces veía la costa lejana; a veces, sólo el océano abierto y cuando las olas rompían sobre nosotros no veía más que agua.

Sentía algo en la pierna: un extraño entumecimiento con punzadas de dolor. Por la mente me pasó la pata de palo de Murphy y la sonrisa afilada de un tiburón. ¿Y si una de aquellas bestias me había arrancado la pierna? Pensé en mi pequeña provisión de sangre caliente brotando a chorros de un muñón y perdiéndose en las frías aguas. Presa de pánico, traté de arrancar la mano de entre los dedos de Jamie para tocarme y averiguarlo.

Bramó algo ininteligible y me sujetó las muñecas con obstinación. Al cabo de un momento recobré la razón: si hubiera perdido la pierna estaría inconsciente.

En realidad, era lo que empezaba a suceder. Mi campo visual tenía un margen gris y veía puntos brillantes en la cara de Jamie. ¿Estaría realmente desangrándome o era efecto del frío y la impresión? Importaba muy poco; el efecto era el mismo.

Me invadió una sensación de languidez, de paz absoluta. Ya no sentía los pies ni las piernas; sólo la tremenda presión de Jamie me recordaba que tenía manos. Cuando mi cabeza quedó bajo el agua, me

costó recordar que debía retener el aliento.

La ola pasó y el madero se elevó un poco, sacándome la nariz del agua. Al respirar se me despejó un poco la visión. A treinta centímetros de distancia estaba la cara de Jamie con el pelo pegado a la cabeza y las facciones contraídas.

—¡Sujétate! —rugió—. ¡Resiste, maldita seas!

Le sonreí con dulzura. Esa sensación de paz me llevaba por encima del ruido y el caos. Ya no había dolor. Nada importaba. Otra ola se abatió sobre mí. Esta vez olvidé retener el aliento.

La sensación de ahogo me reanimó lo suficiente para ver el destello de terror en los ojos de Jamie. Luego todo volvió a oscurecerse.

—¡Maldita seas, *Sassenach*! —dijo él desde muy lejos—. ¡Maldita seas! ¡Si te me mueres, te mato!

Estaba muerta. A mi alrededor todo era de un blanco deslumbrante; percibí un ruido suave, susurrante, como el que deben hacer las alas de un ángel. Me sentía en paz, sin cuerpo, libre de terror, de ira y llena de felicidad. Entonces tosí.

No carecía de cuerpo. Después de todo me dolía la pierna. Me dolía muchísimo. Gradualmente, fui tomando conciencia de muchas otras cosas que también me dolían, pero la espinilla izquierda se llevaba la palma sin duda alguna. Tuve la clara impresión de que me habían quitado el hueso para reemplazarlo por un atizador al rojo vivo.

Al menos, era obvio que la pierna estaba allí. Cuando entreabrí los ojos, el dolor resultó casi visible, aunque quizá fuera sólo un producto de mi aturdimiento general. Fuera mental o físico en su origen, el efecto era una especie de blancura atravesada por destellos de una luz más intensa. Como me hería los ojos, volví a cerrarlos.

—¡Has despertado, gracias a Dios! —dijo una aliviada voz escocesa cerca de mi oído.

—No es cierto —dije. Mi propia voz era un croar con incrustaciones de salitre. Tosí otra vez. La nariz comenzó a chorrear en abundancia. Entonces estornudé.

—¡Aj! —protesté con asco por la cascada que me invadía el labio superior. Mi mano parecía remota e insustancial pero hice el esfuerzo de levantarla para limpiarme la cara.

Jamie tenía el pelo revuelto y tieso por la sal y una gran herida en la nuca. No llevaba camisa; se cubría con una especie de manta.

—¿Te sientes muy mal? —preguntó.

—Horriblemente —grazné. Al oír mi voz tan ronca, Jamie alargó la mano hacia una jarra de agua que estaba junto a mi cama.

Parpadeé confusa. Era realmente una cama, no una litera ni una hamaca. Las sábanas de hilo contribuían a dar aquella abrumadora impresión de blancura, reforzada por las paredes y el techo encalados y las largas cortinas de muselina hinchadas por la brisa. Los destellos de luz eran los reflejos que reverberaban contra el techo; al parecer había agua cerca, reflejada por el sol.

—Creo que te has roto la pierna, *Sassenach* —me dijo Jamie innecesariamente—. Será mejor que no la muevas mucho.

—Gracias por la advertencia —musité apretando los dientes—. ¿Dónde diablos estamos?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Sólo puedo decirte que es una casa bastante grande. No presté mucha atención cuando nos trajeron. Un hombre dijo que el lugar se llama Les Perles. —Me acercó la taza a los labios y bebí con gratitud.

—¿Qué ocurrió?

Mientras no me moviera, el dolor de la pierna era soportable. Automáticamente me llevé dos dedos al cuello para comprobar el pulso que era tranquilizadoramente firme. Si no estaba desmayada, la fractura no debía ser muy grave.

Jamie se frotó la cara. Parecía muy cansado y noté que la mano le temblaba por la fatiga. Tenía un gran cardenal en la mejilla y una línea de sangre seca por el cuello.

—Creo que se rompió la parte superior del palo. Una de las vergas, al caer, te tiró por la borda. Te

hundiste como una piedra y me tiré tras de ti. Pude sujetarte... y también a la verga, gracias a Dios. Tenías parte del cordaje enredado en la pierna tirando de ti hacia abajo, pero logré desprenderlo.

Lanzó un profundo suspiro.

—No hice más que sujetarte. Al cabo de un rato sentí arena bajo los pies y te llevé a la costa. Allí nos encontraron unos hombres y nos trajeron aquí. Eso es todo. —Se encogió de hombros.

Sentí frío, pese a la brisa cálida que entraba por las ventanas.

—¿Qué fue del barco? ¿Los hombres? ¿Ian? ¿Lawrence?

—Creo que están a salvo. Con el palo roto no pudieron acercarse a nosotros. Cuando lograron improvisar una vela nosotros ya habíamos desaparecido. —Tosió frotándose la boca con el torso de la mano—. Pero están a salvo. Los hombres que nos encontraron dicen haber visto una embarcación pequeña varada en un pantano a cuatrocientos metros de aquí; ya han ido a rescatarla y a traer a los hombres.

Bebió un sorbo de agua y fue a la ventana a escupirlo.

—Tengo arena en los dientes —protestó con una mueca—, en las orejas, en la nariz y probablemente también en la raja del culo.

Volví a cogerle la mano encallecida, con marcas de ampollas reventadas y sangrantes.

—¿Cuánto tiempo me sostuviste en el agua? —pregunté siguiendo suavemente las líneas de la mano hinchada.

—Bastante —respondió con sencillez.

Sonrió y me estrechó la mano. Entonces caí en la cuenta de que estaba desnuda, pues sentía las sábanas suaves y frescas en la piel.

—¿Qué ha pasado con mi ropa?

—Como no podía sostenerte con el peso de las faldas, te las arranqué. Lo que quedaba no valía la pena.

—Supongo que no —dije lentamente—. Pero ¿y tú, Jamie? ¿Dónde está tu chaqueta?

Se encogió de hombros con una sonrisa melancólica.

—En el fondo del mar, supongo. Con los retratos de Willie y de Brianna.

—Oh, Jamie, cuánto lo siento. —Le estreché la mano con fuerza y apartó la vista parpadeando.

—Bueno —dijo en voz baja—. No creo que los olvide. En todo caso bastará con que me mire al espejo, ¿no?

Solté una risa que era casi un sollozo, mientras él tragaba saliva con dificultad, sin dejar de sonreír. Luego se miró los pantalones desgarrados y pareció recordar algo.

—No vine con las manos vacías —comentó buscando en el bolsillo—. Aunque preferiría conservar los retratos y haber perdido esto.

Abrió la mano y en su palma estropeada apareció un centelleo: piedras preciosas de primera calidad: una esmeralda, un rubí (masculino, supuse), un gran ópalo, una turquesa tan azul como el cielo que se veía por la ventana, una piedra dorada como sol atrapado en la miel y la extraña pureza cristalina del diamante negro.

—Tienes el adamante —me extrañé rozándolo. Se mantenía fresco pese a haber estado tan cerca de su cuerpo.

—Sí. —No miraba la piedra sino a mí—. ¿Para qué sirven los adamantes? ¿Para conocer el gozo en todas las cosas?

—Eso me han dicho. —Le acaricié la cara con suavidad—. Tenemos a Ian. Y nos tenemos el uno al otro.

—Sí, es cierto.

La sonrisa le llegó a los ojos. Dejó las piedras en la mesa y se reclinó en la silla cogiendo mi mano entre las suyas. Me relajé. Una paz cálida empezaba a invadirme pese a los rasguños y el dolor de la pierna. Estábamos vivos, juntos y a salvo, lo demás no importaba: ni las ropas ni una tibia fracturada. Todo eso se arreglaría a su debido tiempo. Ahora no. Por ahora bastaba con respirar... y mirar a Jamie.

Pasamos un rato en apacible silencio contemplando las cortinas soleadas y el cielo abierto. Después de diez minutos o quizá de una hora oímos pisadas ligeras y un delicado toque en la puerta.

—Adelante —dijo Jamie incorporándose sin soltarme la mano.

Se abrió la puerta y entró una mujer de rostro simpático, iluminado por la bienvenida y teñido de curiosidad.

—Buenos días —dijo con cierta timidez—. Debo pediros perdón por no haberos atendido antes. Estaba en la ciudad y al regresar, hace un momento, supe de vuestra... llegada. —Sonrió al decir esa palabra.

—Os damos sinceramente las gracias, señora, por el amable tratamiento que se nos ha brindado —dijo Jamie levantándose para hacerle una reverencia formal—. A vuestro servicio. ¿Tenéis noticias de nuestros compañeros?

Ella se ruborizó un poco. Era joven, de unos veinte años, y no parecía saber cómo comportarse ante aquella situación. Tenía la piel clara y rosada y llevaba el pelo recogido en un moño. Su acento me llamó la atención.

—Oh, sí —dijo—. Mis criados los han traído desde el barco y ahora están comiendo en la cocina.

—Gracias —dije sinceramente—. Sois muy amable.

Enrojeció azorada.

—En absoluto —murumuró mirándome con timidez—. Debo pediros perdón por mis malos modales, señora. Todavía no me he presentado. Soy Patsy Olivier, la esposa de Joseph Olivier.

Miró a Jamie como si esperara un gesto equivalente. Intercambiamos una mirada. ¿Dónde estábamos? La señora Olivier era obviamente inglesa y su esposo tenía apellido francés. La bahía no nos ofrecía ninguna pista. Podía ser cualquiera de las islas de Barlovento, o de las Barbados o las Bahamas, o Exuma, o Andros... incluso podrían ser las Islas Vírgenes. Entonces se me ocurrió que el huracán podía habernos desviado hacia el sur; en tal caso bien podíamos estar en Antigua (¡en el regazo de la Marina Británica!), la Martinica o las Granadinas. Miré a Jamie, encogiéndome de hombros.

Nuestra anfitriona nos observaba expectante. Jamie, aspirando hondo, me apretó la mano.

—Confío en que esta pregunta no os parezca demasiado extraña, señora Olivier, pero ¿podríais decirnos dónde estamos?

La joven elevó las cejas parpadeando con asombro.

—Pues... sí. Esto se llama Les Perles.

—Gracias —intervine viendo que Jamie tomaba aliento para continuar—. Lo que queremos saber es en qué isla estamos.

Una amplia sonrisa de comprensión inundó su cara redonda y rosada.

—¡Ah, comprendo! Os desvió la tempestad. Anoche mi esposo me decía que nunca había visto un viento tan terrible en esta época del año. ¡Qué suerte que os hayáis salvado! ¿Venís de las islas del sur?

El sur. Entonces no estábamos en Cuba. ¿Tal vez habíamos llegado a Santo Tomás o a la misma Florida? Intercambiamos una rápida mirada. Sentí latir el pulso en la muñeca de Jamie.

La señora Olivier sonrió con indulgencia.

—No estáis en ninguna isla, sino en el continente. En la colonia de Georgia.

—Georgia —repitió Jamie—. ¿En América?

Parecía algo aturdido, y con razón, pues la tempestad nos había desviado casi mil kilómetros.

—América —repetí suavemente—. El Nuevo Mundo.

El pulso se había acelerado bajo mis dedos, como un eco del mío. Un nuevo mundo. Refugio. Libertad.

—Sí —confirmó la señora sin tener ni idea de lo que significaba esa noticia para nosotros, pero nos sonrió con amabilidad—. Esto es América.

Jamie irguió los hombros y le devolvió la sonrisa. La brisa limpia y brillante le agitaba el cabello como si fueran llamas.

—En ese caso me presentaré señora —dijo—. Me llamo Jamie Fraser.

Luego me miró con los ojos azules y brillantes como el cielo que se extendía a su espalda. Notaba los latidos de su corazón en la palma de mi mano.

—Y ella es Claire. Mi esposa.

F I N

Escaneada por Morgrin sin fines de lucro como copia de seguridad.